MARÍA TERESA MAGDALENA HERRERO

Vientos de Ira



Table of Contents

Vientos de Ira
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
EPÍLOGO

Vientos de Ira

María Teresa Magdalena Herrero

Vientos de Ira
María Teresa Magdalena Herrero
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier formato o cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del autor.
© María Teresa Magdalena Herrero 2023
Diseño de la cubierta: Daniel Magdalena.
Primera edición 2023
ISBN 978-84-09-55645-8
Depósito legal M-32556-2023

A mis padres:
por todo,
por sus historias,
por salvarnos
del rencor.

"¿Puede haber algo más ridículo
que la pretensión de que un hombre
tenga derecho a matarme
porque habita al otro lado del agua
y su príncipe tiene una querella con el mío,
aunque yo no la tenga con él?"
Blaise Pascal

"La guerra vuelve
estúpido al vencedor
y rencoroso al vencido".
Friedrich Nietzsche

1

Manuel caminaba cabizbajo, arropado en su capote, hundidas las botas hasta las rodillas en la nieve. Llevaba un verdugo de lana por el que apenas se le veían los ojos y en sus pestañas se agolpaban los copos impidiéndole ver bien. Por encima una gorra, de la que había arrancado las insignias en un instante de desesperación, calada hasta las orejas. Hacía un frío infernal y la ventisca arrojaba contra aquellas pobres almas sus gélidos susurros. Él era afortunado, apenas cargaba con la mochila militar, su fusil y una bolsa con algunos alimentos y agua. A su alrededor mujeres, niños y ancianos arrastraban hasta la extenuación maletas y bultos. Levantó la vista y se limpió los ojos, el gusano gigantesco de los vencidos se movía con lentitud. Miró al infinito, las enormes masas montañosas se perfilaban contra el cielo plomizo más allá de sus pasos conformando una durísima barrera que se interponía entre aquella marea humana y la libertad.
—¡Sigue! ¡No te pares, por el amor de Dios! Sé que estás cansado, pero no puedo cogerte —se oyó gritar por encima del ruido del viento.
Manuel bajó los ojos. Delante de él, a pocos pasos, un hombre maduro, que cojeaba ostensiblemente de una pierna, tiraba fuertemente de las riendas de una mula. A su lado caminaba una mujer que se apoyaba en el lomo de la acémila, delgada y frágil aun teniendo en cuenta la ropa que llevaba, y junto a ella, tres niños luchaban por avanzar contra el vendaval. El más pequeño lloraba y se quedaba atrás a pesar de los gritos de su madre que parecía que no era capaz de convencerle de que continuara la marcha. Por fin, se soltó del animal y se dio la vuelta. La fuerza del viento la lanzó hacia su hijo en un revuelo de pelos y telas que restallaban sordamente. Cada paso era complicado y para el niño casi imposible porque se hundía en la nieve hasta los muslos.
Manuel miraba la escena mientras seguía la marcha adelantando por un lateral a la familia que se había parado. De repente, un recuerdo sacudió su memoria, un recuerdo que mantenía sujeto al olvido momentáneo, porque sobrevivir se había convertido en su única meta. ¿Qué habría sido de Paola y su familia? Un dolor sordo le hizo olvidar durante unos instantes el frío y la nieve. Se paró, se dio la vuelta, se acercó al niño y sin una palabra lo tomó en brazos y lo escondió en su capote.
—Continúen, si paran se quedarán helados. Yo me haré cargo del niño —gritó.
La mujer asintió con la cabeza. Llevaba el pelo recogido en un moño, una pañoleta de tela basta haciendo las veces de verdugo y, sobre todo ello, una gruesa manta. Tenía la piel muy blanca pero llena de rojeces y los ojos llorosos.
—Gracias —dijo dándose la vuelta para emprender la marcha. Comentó algo con el hombre que tiraba de la mula y éste hizo con la barbilla un gesto de agradecimiento dirigido a Manuel. Nada más.
El niño era como un pajarillo, apenas se notaba su peso, temblaba sin control y sin decir una palabra ni pronunciar una queja se acurrucó en los brazos del militar. Calculó que tendría unos siete años y tanta ropa encima que era normal que no se pudiera mover. Su madre le había quitado los zapatos y le había puesto muchos calcetines, unos encima de otros, por lo que sus pies parecían enormes bolas chorreantes. Le quitó las primeras capas y guardó esos calcetines húmedos en su mochila, si no, hubieran acabado empapando sus ropas también. El pequeño, rendido, se relajó al calor del cuerpo abrigado de su salvador y se durmió inmediatamente mientras todos seguían la triste marcha. Aún quedaban muchos kilómetros de montaña.
Ahora podían caminar de día, los árboles y la espesura del bosque los protegían. No había sido así algunas jornadas atrás cuando las columnas de desplazados eran bombardeadas y ametralladas sin consideración por los aviones alemanes e italianos que parecían empeñados en cebarse con aquellos miles de ciudadanos desprotegidos y asustados. Él había sufrido varios de esos ataques, había saltado sin dilación a la cuneta y se había protegido con lo primero que había encontrado, a veces sin nada, a la espera únicamente de que el azar decidiera por él. Tras el paso de los aviones sólo quedaba muerte, gemidos y gritos desesperados, muchos ya no lograrían llegar a la frontera.
Manuel caminaba solo, toda su compañía había sucumbido en la defensa de Barcelona y él

había huido con otros muchos militares, hombres anónimos con cara de desesperación, famélicos y agotados, que no encontraron en su corazón una razón convincente para morir como héroes. Todo estaba perdido, él lo sabía hacía meses, el fin de aquella horrible guerra y la victoria de los sublevados era un hecho.
Durante la larga marcha se había mantenido taciturno, no se había relacionado con nadie, no había protegido a nadie ni había importunado a ninguna persona, el trauma de sus muertos iba tras él como la larga cola de una novia, sin poder desprenderse del arrastrar de sus telas. Ver a sus compañeros caer a su alrededor uno tras otro, sin poder hacer nada, y tener la desfachatez de seguir vivo era un sentimiento que apretaba su alma como una losa y le producía pesadillas.
Y de repente, aquel niño resquebrajaba sus decisiones sin ningún esfuerzo y abría un sendero diáfano que le facilitaba el sufrimiento añadido de sus recuerdos. El crío se removió inquieto, le sacó de sus reflexiones y a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio.
—Tranquilo zagal —susurró—. Descansa ahora, que aún nos queda mucho.
Las remembranzas del pasado se colocaron a su vera y siguieron el mismo camino revoloteando por los bajos de su capote. Seguramente Pau aún estuviera en Madrid, en aquella casa devastada por la pobreza, cuidando de sus hijos hambrientos. Marcia había sido encarcelada meses atrás acusada de contrabando y no sabía qué otras cosas más, lo sentía por esa mujer corajuda que demostró valor y decisión al no delatar a nadie, pero ella sabía a qué se arriesgaba y lo aceptó sin pestañear. En el fondo percibía que aquella dama de buena cuna en su corazón escondía una amargura tan profunda que nada de lo que pudiera ocurrir le importaba demasiado. Pero Pau… ella era otra cosa. La última vez que la vio era un montón de huesos andrajosos e invencibles, no sabía de dónde sacaba el arrojo y la fuerza para seguir tirando de todo, para seguir confiando en el regreso de Adrián, para buscar alimentos en el infierno si era necesario. Mientras él pudo, había amparado su desconsuelo y había ayudado en su maltrecha economía desde la distancia, pero desde que la casa de Marcia fue desmantelada no había vuelto a tener noticias suyas. La incertidumbre lo atenazaba y era ese otro sentimiento más que se empeñaba en mantener a raya. Manuel, Manuelín como lo llamaba cariñosamente, no había dejado de estar enamorado ni un minuto, no había podido desgajarse de sus ojos ni olvidar sus palabras o sus paseos o sus confidencias. Aún recordaba la primera vez que la vio, recién llegada a Madrid, asustada como un pajarillo que han sacado de su nido, pero se casó con otro y, por más que se empeñó en olvidarla, no pudo. Aquella última noche ni siquiera le dejó hablar.
Una pena conocida pero no por ello menos dolorosa se agarró a los pliegues de sus entrañas y le hizo cerrar los ojos un instante. Dio un paso en falso y bota y pierna se hundieron hasta la cadera.
—¡Cuidado, señor! —la voz angustiada de la madre del niño que llevaba en brazos se elevó por encima del viento que parecía amainar lentamente—. No se salga del sendero, con la nieve nunca se sabe los peligros que puede esconder, tan suave como parece y tan traicionera, se lo dice una navarrica que de nieves y fríos está curtida.
Manuel levantó la cabeza y vio sus ropajes moverse al compás de sus pasos siguiendo a la mula y tirando de sus dos hijos que agarraban con fuerza sus manos. Ni siquiera se había detenido, había pasado a su lado y había lanzado la advertencia. El camino no permitía más que avanzar y avanzar. Recolocó al pequeño, que seguía dormido, e inició de nuevo la marcha recordándose que tendría que andar con más cautela si no quería romperse una pierna o algo mucho peor. Una herida o una rotura podrían significar el fin, sobre todo porque Manuel marchaba solo. El miedo que creaban los rumores a lo largo de las inmensas filas de futuros exiliados —rumores que iban y venían, se magnificaban y se volvían a olvidar— provocaba en los seres que por allí caminaban un insano instinto de supervivencia que estaba absolutamente reñido con cualquier muestra de solidaridad. Había que llegar pronto porque cerrarían las fronteras, las tropas de Franco los seguían de cerca, los ametrallarían en cuanto mejorara el tiempo, había un número limitado de personas que podrían pasar al país vecino… Todo esto y mucho más se escuchaba en las frías noches junto a las arreciadas palabras del viento.
Comenzó a anochecer, las temperaturas bajaron aún más, aunque había dejado de nevar con tanta fuerza y el viento se había apiadado de ellos dejando de soplar. Contra la incipiente oscuridad, como suspendidos en el aire, planeando, ligeros copos helados continuaban su lento descenso para acabar depositándose suavemente en cualquier superficie. Algunos caminantes

se detenían en los bordes de la senda, bajo los árboles, para descansar un poco. Habría quien ya no despertaría porque quedaría dormido en aquella gélida trampa. Manuel también estaba extenuado, la carga del niño, que al principio le pareció tan liviana, iba notándose con el paso de las horas. El pequeño seguía durmiendo al calor de su cuerpo y él se preguntó cuánto haría que aquella criatura no dormía en condiciones y se sintió culpable. Nunca, jamás, nadie, por ningún motivo, tendría que lanzarse a una barbarie como aquella y condenar a criaturas inocentes a vivir semejantes horrores que no les pertenecían y para los que no estaban preparados. Él había sido uno de los que se habían dejado llevar por la euforia, uno de los que habían pedido armas para el pueblo, uno de los que soltaban discursos incendiarios de aquí para allá, de los de conmigo o contra mí, un estúpido más, se confesó componiendo una sonrisa amarga. La palabra debería ser el arma más sofisticada. Ahora sólo el sarcasmo más escéptico llenaba su ideal político. Había visto demasiadas cosas, había comprobado límites insospechados de bajeza humana, cobardías inimaginables, tropelías en nombre de unos ideales que se manchaban sin pudor, la guerra era eso. Y entre todo aquel fango surgían los héroes anónimos más desconcertantes, aquellos que obligados a acudir a una batalla en la que no creían, obligados a matar no sabían bien por qué, eran capaces de dar lecciones de humanidad y honradez.

—Vamos a parar, estamos extenuados Pablo —Manuel oyó claramente la voz de la madre de aquel rapaz que colgaba de sus brazos y sintió un alivio enorme.

El llamado Pablo frenó la mula y la condujo al borde del camino sin pronunciar una palabra, todos siguieron al animal y se internaron con mucha prudencia entre los árboles. Habían llegado a una arbolada planicie donde la nieve tenía una menor profundidad y, sin separarse demasiado de la multitudinaria serpiente que arrastraba los pies bajo un cielo sin estrellas rumbo a un futuro desconocido, que fluía constantemente como un manantial en su nacimiento, prepararon un improvisado campamento, sacaron de la mula unos mendrugos de pan y unos pedazos de queso curado y se dispusieron a tomar fuerzas y a descansar un poco.

Manuel despertó al niño que le miró con ojos extrañados y lo depositó con cuidado en el regazo de su madre. Tenía los brazos entumecidos y pequeños calambres surgían a lo largo de sus extremidades aquí y allá. Estaba dispuesto a dar media vuelta cuando la mujer se aferró a su antebrazo.

—Muchas gracias por recoger a mi hijo. No sé qué hubiéramos hecho sin usted. Ya ve cómo está mi marido, desde que sufrió el accidente, no es el mismo.

Manuel la miró. Se había echado la manta hacia atrás y se había quitado todo lo que le tapaba el rostro para poder comer. Era una mujer pasada la cuarentena, enjuta, de nariz aguileña y ojos menudos que rebosaban inteligencia y decisión.

—Siéntese con nosotros y deje que le ofrezcamos algo de comer al menos.

El soldado estaba a punto de excusarse para seguir su camino cuando una voz profunda le sobresaltó por detrás.

—Tiene razón mi mujer, Jesusín es tan pequeño que apenas puede avanzar, pero encima de la mula se cae, le debemos la jornada de hoy.

Cuando se dio la vuelta, se encontró con el rostro afable de Pablo que se estaba colocando los pantalones después de haberse perdido entre los árboles para aliviarse.

—Debo continuar, mis hombres van por delante y tengo que unirme a ellos —mintió.

—Me llamo Pablo, Pablo Martínez. Y esta es mi mujer Sonsoles, mi hijo Pepín, mi hijo Luis y el que has traído en brazos, Jesusín —señaló uno por uno. Después extendió su mano y el soldado se la estrechó.

—Manuel —respondió escuetamente.

Pablo se acercó y le rodeó los hombros tomándose unas familiaridades que desconcertaron al militar que miró sus manos con recelo. Después le guio junto a su mujer y le invitó a sentarse.

—Usted y yo sabemos que no hay nadie por delante que lo espere, le vengo observando desde ayer y sus pasos no delatan más que nostalgia. Así que, si no le importa, comparta con nosotros esta humilde comida, descanse y denos la oportunidad de agradecerle su gesto.

Pablo hablaba como un sacerdote, su voz ronca mantenía un timbre constante que invitaba a la escucha y al recogimiento. Juntaba las manos mientras se expresaba y sus movimientos eran tan suaves que parecía que sus dedos enguantados flotaran por el espacio. Sonsoles, mientras tanto, hacía pequeñas aberturas en la nieve y, sacando unas mantas, acomodaba a sus hijos de

manera que formaron un círculo entre todos, el frío arreciaba con empeño y se avecinaba una larga noche.
La primera intención del militar fue quedarse unos instantes para no ser desconsiderado y seguir su marcha a su propio ritmo, pero al sentarse sobre su capote y comprobar su debilidad, decidió permanecer con aquella familia unas horas y compartir su descanso. Era mucho más seguro estar acompañado en aquellos momentos de indecencia humana.
—¿De dónde vienes? —Pablo hablaba con la boca llena de una mojama que le hacía rumiar constantemente.
—Estuve defendiendo Barcelona, salí de allí huyendo y como todos, me dirijo a la frontera.
Manuel no tenía ninguna gana de hablar, prefería el silencio y el murmullo de las voces lejanas que continuaban caminando. Le dolía rememorar, volver a cualquier instante del pasado reciente y se negaba a dar explicaciones a un desconocido de sus dolores e incertidumbres. Lo único que necesitaba era arrebujarse unas horas para seguir. Miró a los niños que observaban en silencio al extraño, masticando una vez tras otra la misma mojama que su padre y nuevamente un sentimiento de culpabilidad dobló su corazón devolviéndole los reflejos horrorosos de la contienda, a seres inhumanos despedazándose sin descanso para morir del mismo modo, a mujeres cuya imagen se materializaba en Paola, demacradas, abandonadas, zaheridas. Se sacó el verdugo que aún cubría su rostro y lo sacudió en un vano intento de lanzar aquellos pensamientos lejos. Inmediatamente sintió en sus mejillas la gélida llegada de la noche y un invisible remolino de copos quedó flotando a su alrededor.
Pablo había continuado relatando con suave acento algunas vicisitudes del camino que su interlocutor no oyó, perdido en sus propias elucubraciones.
—…siendo furriel he podido hacerme con esta acémila y evitar tener que cargar con todo lo que llevan las alforjas. Y no crea que fue fácil, supongo que usted se imaginará esa insana locura que desordena las conciencias cuando se trata de huir para salvar la vida. Aún llevo un trozo de munición en la pierna, regalo de un compañero con el que he compartido media guerra. Ya ve usted, cuando se trata de salvar el culo ni familia parece existir. No se atrevió a más cuando comprobó que o me mataba o me llevaba al animal.
Pablo calló de repente y se tocó la pierna herida. A través de la oscuridad, Manuel no podía ver bien, pero le pareció que a aquel hombre se le llenaban los ojos de lágrimas. El silencio se hizo dueño de ese espacio y los ecos lejanos de los caminantes rellenaron el vacío de su voz.
—¿Tiene usted familia? —preguntó de repente. Parecía haber olvidado los últimos instantes de desconcierto y amargura y a su tono volvían a asomar esos ecos cadenciosos de sus primeras palabras.
Iba a contestar que la única familia que tenía en el mundo era su padre y que gracias a Dios se encontraba fuera de peligro en el país vecino, porque su otra familia, la postiza, se había desmembrado y desaparecido dejando apenas un rescoldo de añoranza. Sin embargo, la angustia corrosiva y viscosa que envolvía su alma le ordenaba callar, no seguir con aquel diálogo que podría alargarse en el tiempo y alterar su maltrecho control. Por eso compuso un rictus de incomodidad y negó con la cabeza, esperaba que fuera suficiente y saciase la curiosidad de aquel hombre. Sonsoles le ofreció entonces un poco de queso, algunas castañas que aceptó gustoso y varios tragos de vino que calentaron su garganta. Después, la mujer fue acomodando a los niños para que descansaran unas horas antes de continuar el viaje, acercó la mula y la obligó a colocarse en el suelo mientras le gritaba.
—¡Vamos Camila! ¡Arre!
Consiguió que se tumbara y a su calor se acomodó ella abrazando a sus polluelos y cubriéndose con las mantas. En pocos instantes, Manuel oyó sonidos rítmicos bajo las mantas que susurraban monótonamente e invitaban al sueño. Estaban rezando.
—¿Fumas? —el furriel extendió su mano con un cigarro recién liado en los dedos. Sorprendido, Manuel lo tomó con avidez, hacía largos días que no sentía el sabor roto y balsámico del tabaco. Con la primera calada cerró los ojos y al abrirlos miró la negrura del cielo en el que empezaban a brillar algunas diminutas y titilantes estrellas. Se arrebujó más en su capote, la helada comenzaba a caer a pesar del resguardo de los árboles cercanos. Aquí y allá se sucedían los susurros, los gemidos, los llantos infantiles, sonidos de una marea humana enmudecida e interminable.
—He arramplado con todo lo que he podido, lo suficiente para que Camila pueda soportar el

peso —susurró tras la brasa de su cigarrillo—. Total, ya daba lo mismo y necesitábamos provisiones para el camino.
Ante el mutismo de su interlocutor que seguía disfrutando de aquel cigarro con auténtico placer, el marido de Sonsoles decidió dar la velada por concluida. Iba a desearle buenas noches cuando la voz del miliciano interrumpió sus intenciones.
—Disculpe que esté tan callado, pero lo último que me podía esperar en este mundo era volver a disfrutar de un cigarro, en medio del bosque, haciendo un alto en esta gélida y dolorosa marcha. No se puede ni imaginar lo que se lo agradezco.
Pablo asintió levemente mientras corroboraba en silencio aquel sentimiento.
Amanecía cuando emprendieron de nuevo el camino. Manuel, que tantas ganas tenía de proseguir su ruta en solitario, sin entender las motivaciones que lo llevaban a realizar aquel acto, tomó a Jesusín en brazos.
—¡Arriba zagal!
Pablo no dijo nada, observó al soldado enfundar a su hijo pequeño debajo del capote y emprender la marcha. Sonsoles, ajena a todo, recogía el campamento incansable, asegurándose de no dejarse nada por el camino.
—¿Y Jesusín? —dijo de pronto asustada volviéndose en todas direcciones.
—Va con el miliciano —la tranquilizó su marido señalando con la cabeza hacia delante. Las pisadas de sus botas resonaban con rítmicos chasquidos en la nieve. Tras él comenzó a caminar Pablo con la mula y por último iba Sonsoles con los otros dos pequeños. En un instante pasaron a formar parte del fluir de los vencidos.
La ventisca había cesado y la nieve había dejado de caer, pero el frío era, a aquellas horas de la madrugada, muy intenso. El silencio volvió a hacerse dueño de la comitiva. Nadie preguntó al militar por el niño que cargaba en brazos, ni siquiera sus padres, y Manuel nunca supo en qué momento, en qué lúcido instante decidió acompañar a aquella desconocida familia en su periplo. Lo que sí sentía con ese gesto era una paz interior que hacía demasiado tiempo que no disfrutaba, la responsabilidad de que un inocente llegara a su destino sano y salvo. Quizás se tratara de las sobras de sus sueños, de lo poco que quedaba de su arrojo o tal vez fuera un síntoma de su necesidad de creer que algo quedaba de humano en su corazón.
Según un tímido sol se iba alzando en el escarpado horizonte, el camino se convertía en sendero primero para irse empinando lentamente al principio y luego con mayor violencia. Comenzaban a ascender la montaña que les iba apretujando contra una de sus paredes en un zigzagueo sin fin. Delante, Pablo tirando de la acémila, después el resto de la familia y, cerrando la comitiva, Manuel con el niño que, descansado, se agarraba con fuerza a su poderoso cuello. Al mediodía, el cielo amenazaba con desgarrarse de nuevo y unos oscuros nubarrones de un gris compacto se cernían sobre ellos. Al borde del sendero, como en un escaparate, se seguían amontonando pertenencias sin dueño que se habían convertido en cargas inútiles y se abandonaban, eran los últimos despojos de una vida pasada.
Albos retazos de nieve deshilachada comenzaron a caer de nuevo con sosiego, cubriendo lentamente de blanco los opacos colores de la huida, mimetizando los abrigos con una tierra que ya estaba ahogada en su níveo manto. El suelo se hacía peligroso e inestable, podías resbalar y despeñarte con un simple movimiento erróneo o una mala pisada. De cuando en cuando un grito, un lamento o un suspiro rompían el silencio gélido de la marcha. Ancianos que no podían más y se sentaban en un repecho con la intención de coger resuello mientras rítmicas nubes de vaho salían de sus labios. A su lado un hijo, un marido, un nieto que les alentaba a continuar, deseoso de volver a ponerse en marcha.
—Seguid vosotros —decían dando palmaditas en un antebrazo conocido— continuaré después, cuando recobre el aliento. Y ansiaban que aquello fuera verdad, aunque muchos de ellos, enfermos, reumáticos, añosos, jamás lograrían sobrevivir.
Manuel andaba con cuidado, poniendo los pies en las huellas seguras de los que le habían precedido y no dejando caer el peso de todo el cuerpo hasta que estaba completamente seguro de que no había peligro, de que no resbalaría. Sonsoles sujetaba fuertemente las manos de sus hijos y de vez en cuando les daba indicaciones cuando los tres no cabían en el sendero.
De repente tronó un grito, un alarido estruendoso que surcó el aire y terminó con un sonido sordo de algo que se quiebra para siempre. Por delante alguien, algún desgraciado, había caído o se había dejado caer por el barranco. Hubo quien paró un instante, otros continuaron la

marcha, ya no había nada que hacer. La curiosidad impulsó a Sonsoles a asomarse para ver lo que había ocurrido y ese mínimo descontrol permitió que levantara la guardia y no fuera consciente de dónde pisaba, bajo la nieve unas pequeñas ramas que habían sostenido el espejismo y más allá, el abismo.
La mujer chilló al sentir que su pie se hundía en el vacío y desequilibraba su cuerpo hacia el fin. Varios pares de ojos se volvieron a la vez y asistieron al milagro. Un hombre mayor, con la piel curtida y surcada de profundas arrugas entre las que se abrían unos diminutos ojos que, impulsado por la misma curiosidad, se había colocado junto a Sonsoles, lanzó su cayado al aire y envolvió la cintura de la mujer que ya se precipitaba la vacío. Manuel echó mano al bastón y con la fuerza de los dos atrajeron aquel cuerpo condenado, que cayó de bruces a los pies de su marido. Sus hijos lloraban y se abrazaban a ella y Pablo se agachó y la ayudó a levantarse.
—¡Ay, mujer, mujer! Esa ansia de cotilleo te traerá muchos problemas.
Sonsoles estaba pálida y respiraba entrecortadamente. Aun así, aún tuvo fuerzas para responder.
—¿Acabo de estar al borde de la muerte y todo lo que se te ocurre decirme es esto? ¡Menudo marido tengo! —Se levantó muy tiesa, tomó nuevamente a los niños de la mano y sin hacer caso a todos aquellos ojos que la contemplaban, agradeció el gesto al anciano y echó a andar de nuevo.
Pasaban de las doce de la noche cuando se detuvieron a descansar. Todos se encontraban exhaustos y hambrientos, pero nadie decía nada, nadie se quejaba. Los dos hombres se quedaron fumando y charlando en susurros cuando los demás se acomodaron junto a la mula.
—Tenemos diez hijos ¿sabes? Todos desperdigados menos estos tres. Ella —dijo señalando el montón de mantas bajo el que se guarecía la familia— está destrozada por las ausencias, pero ahí la tienes, luchando por los que siguen aquí, su fuerza me enamora cada día.
El humo se desvanecía en blanquecinas volutas que se mezclaban con el vaho del aliento generando un halo lechoso en la oscuridad de aquel cielo negro.
—¿Alguno cayó? —Manuel se arrebujó en su capote y dejó a un lado el arma que se clavaba en sus huesos, pero lo suficientemente cerca como para estirar el brazo y cogerla.
Pablo se encogió de hombros y soltó el humo con fuerza.
—No tenemos la certeza de nada y eso es lo más cruel.

2

Pablo estudiaba en el seminario de Pamplona cuando conoció a Sonsoles. Ella pertenecía a una familia acomodada de tradición y rosario, una familia de misa diaria y oración antes de comer y dormir. Era una muchacha alegre, un pajarillo sin alas, un espíritu inquieto encarcelado en las tradiciones de sus mayores. Desde muy pequeña traía de cabeza a la niñera, al servicio y a sus propios padres, y caminaba por la casona familiar arrastrando los castigos, las regañinas, los encierros y más de una bofetada. Se moría de aburrimiento en las reclusiones a las que era sometida para domeñar su carácter, odiaba las agujas, los hilos, los bordados y todas aquellas zarandajas en las que al parecer debía desaprovechar su tiempo. Mientras tanto, soñaba con evadirse, envidiaba con furia las actividades de sus hermanos y fantaseaba con poder escapar algún día de aquellas cadenas. Muchas noches, cuando todos dormían, bajaba a oscuras hasta el despacho de su padre y allí encendía una pequeña lámpara, buscaba en los innumerables anaqueles de libros que cubrían las paredes de suelo a techo y escogía uno, bien grueso, cuyo título llamara la atención de su insaciable curiosidad. Habría deseado quedarse allí para siempre, leer todos y cada uno de esos tomos cargados de sabiduría; de historia, de ciencia, novelas, ensayos, todo. Sin embargo, con el corazón latiendo desenfrenado, reorganizaba la estantería para que no se notara la ausencia y corría escaleras arriba para esconderlo en su cuarto a la espera de un castigo, una siesta o cualquier otro momento que le permitiera abandonarse a la lectura.

Pablo llegaba de otro mundo. Sus padres eran campesinos del alto Aragón, dueños de una no desdeñable cantidad de hectáreas de tierra que trabajaban de sol a sol y que por las leyes del mayorazgo pertenecían a su hermano mayor. Tenían algún jornalero que ayudaba en las tareas más cotidianas y contrataban temporeros para la época de recogida. Pablo era un muchacho despierto que destacó en sus primeros días de colegio, en aquellos años en los que era demasiado joven para acompañar a su padre a los campos. Un día, en la tasca donde solía reunirse lo más granado del pueblo, el maestro comentó con el cura las buenas maneras de aquel niño y ensalzó sus extraordinarias dotes para el estudio. La maquinaria se puso entonces en marcha y el párroco habló con el padre de Pablo de las ventajas que tendría para el niño formarse en un seminario, donde toda la educación podría ser gratuita solicitando una beca y donde sus excelentes cualidades podrían verse desarrolladas en el marco adecuado. Aunque en un primer momento nada de todo esto convenció al campesino, el cura no cejó en su empeño hasta conseguir que el muchacho se presentara a las pruebas de acceso.

—No se preocupe usted, entrar en un seminario no significa que el niño tenga que hacerse sacerdote. Pero puede que la voz de Dios le llame a su lado. ¡Nunca se sabe! En ningún caso es una obligación.

—No es que me disguste tener un hijo cura, entiéndame, padre, pero creo que Pablito no tiene mucha vocación de rezo y menos de encierro.

En el fondo, el campesino sospechaba que al zagal iban a tratar de sorberle el seso y él no era muy de Iglesias, más bien lo contrario. No obstante, tuvo que rendirse a la evidencia y poco a poco se fue convenciendo de que su hijo tenía una capacidad y una fuerza de voluntad enorme para el estudio, concluyendo en que posiblemente fuera cierto que su lugar no estaba doblando el lomo para recoger espárragos. Y como ocurre en estos casos, una cosa llevó a la otra y todas se precipitaron desembocando en el seminario de Pamplona donde Pablito fue a dar con sus huesos.

Sonsoles vivía en aquella ciudad y acudía con su niñera todos los días a misa de once, una obligación que la tenía amargada desde que abría los ojos. Los domingos, en cambio, iba a misa de doce feliz, con toda la familia, eso era más divertido porque después paseaban hasta la Plaza del Castillo y tomaban, si el tiempo lo permitía, un rato el fresco. Y fue en uno de aquellos paseos cuando se cruzaron por primera vez y sus miradas concurrieron en los ojos ajenos y se imantaron. No podían dejar de observarse y tal fue la intensidad de su interés y tan poco el disimulo, que a Sonsoles le cayó una reprimenda por actuar de aquella manera tan impropia en una señorita, malo era hacerlo con cualquier muchacho, pero mucho más grave era que se

tratara de un seminarista.
Pablo ya estaba pensando en el sacerdocio cuando se cruzó con ella por primera vez. Se sentía cómodo entre las paredes inmaculadas de aquel edificio situado en el centro de la ciudad, había sido adiestrado con el paso de los años en la fe católica y, aunque en el fondo de su mente científica las ideas chirriaban, se convenció de que era un camino tan bueno como cualquier otro para desarrollar la bondad innata de su corazón. Ayudar a los demás, se decía, es una buena forma de culminar una vida, porque volver a su pueblo significaba dejar los libros, dejar de asistir a clase, dejar aquella vida que le fascinaba, y tenía claro que aquel camino era mucho menos atractivo.
Nunca pensó que una simple mirada lo anclara a la realidad con aquella monstruosa fuerza, que lanzara, hecha añicos, su decisión por un retrete ficticio y que la llamada del amor aporreara su puerta con aquel brío. El domingo de su primer encuentro se convirtió en el punto de partida de una búsqueda incansable en la que su vocación, ya de por sí muy frágil, se desmoronó vertiginosamente ante la visión de la que, tras muchas vicisitudes, se convertiría en su esposa.
Un pescozón imprevisto le hizo volver los ojos hacia el Padre Bernardo que caminaba a su lado observando con desagrado la actitud de su pupilo.
—Déjese de zarandajas, señor Martínez, y céntrese en lo verdaderamente importante. Las faldas sólo llevan al pecado de la carne y a la corrupción de la mente —. El sacerdote caminaba a grandes zancadas, con paso seguro, moviendo su sotana a un lado y a otro con un ritmo vertiginoso. Pero para Pablo aquel instante significó a la vez el punto y final de un periodo y un renglón en blanco dispuesto a escribirse por otro lado.
Al llegar al seminario acudió presto a la Iglesia y, al ver su gesto, el padre Bernardo se sintió aliviado y maldijo a esas criaturas cargadas de sensualidad que Dios había creado para conducirles al pecado. A pesar de todo, Pablo era inteligente, pensó, y sabría muy bien donde estaba su lugar.
Nada más lejos de la realidad.
El muchacho acudió al templo a dar explicaciones al Altísimo de su futura partida. El descubrimiento femenino había hecho que de pronto comprendiera que no tenía la vocación suficiente para encarar un sacerdocio, estaba allí porque no había una opción mejor, ahora era consciente y, consiguiera o no encontrar a la muchacha que ocupaba por completo su mente en esos instantes, lo cierto era que ya no se consideraba capaz de renunciar a una vida que se presentaba tan atrayente. Poco había hecho falta para arrancarle de una convicción que sabía, en el fondo de su alma, que no era más que el resultado de un trabajo constante de los sacerdotes del seminario.
Indagando aquí y allá consiguió poner nombre a la musa de sus sueños, a la dueña de aquellos ojos y de ese pelo rebelde que se escapaba de su inmaculado peinado constantemente. Pamplona no era más que una capital de provincia donde todo el mundo se conocía y no fue demasiado difícil volver a encontrarse con ella y preguntar a sus compañeros si alguno sabía quién era. La Plaza del Castillo hervía de bullicio los domingos por la mañana.
—¿La del vestido azul? ¿La estirada?
Sonsoles ya lo había visto entre los críos y las niñeras que inundaban el parque, su corazón empezó a palpitar con furia, pero no quería ser demasiado evidente porque si no, sus padres no volverían a dejarla salir.
—Sí, esa misma, pero no veo yo que sea muy estirada.
Estaban sentados en unos bancos en la misma plaza, con las sotanas mortificándoles de calor y los fajines arrugados en su cintura.
Sonsoles de Solá era su nombre, la hija de un acaudalado empresario, un hombre influyente en la ciudad, intachable y muy religioso. También supo que vivía en la zona de la Taconera y que acudía a misa de once todos los días a la Iglesia de San Nicolás, dato del todo inútil ya que a esas horas Pablo andaba entre libros, teología y latín. Igualmente se enteró de que era la hermana menor de cinco hermanos, todos ellos varones, sobre los que su padre ejercía una disciplina férrea y una actitud patriarcal.
Pablo no sabía cómo enfrentarse a sus superiores, cómo explicar que no le llamaba la voz de Cristo, que tantas veces habían tratado de inculcarle, que no tenía eso que se llamaba vocación. Estaba seguro y decidido, rezaba sin entusiasmo, estudiaba con la mente perdida en sus ensoñaciones y por las noches solo deseaba volver a verla el domingo, conseguir de sus labios

una palabra.
El padre Bernardo comenzó a notar las transformaciones en su discípulo, su falta de atención, sus olvidos, sus cambios de humor, pero no acertó con la causa, pues el incidente de un domingo ya remoto dormía en los pliegues más profundos de su memoria. Hasta que un día, en clase de latín, el sacerdote pilló al muchacho escribiendo poesías de amor, ajeno por completo a dativos, nominativos o ablativos. Se enfureció tanto al comprobar que su alumno más distinguido, de alguna manera que desconocía, se había dejado llevar por la tentación del maligno con figura de nueva Eva, que le tomó por una oreja y lo llevó en volandas hasta el director.
El crujido de las telas de las sotanas era el único sonido que rompía el imperturbable silencio de los pasillos atestados de aulas en esos momentos del día. Don Bernardo llevaba el ceño fruncido y los ojos cargados de un odio que nunca, antes, Pablo le había visto. Era una preciosa tarde de mayo y por las cristaleras del pasillo el verdor más absoluto llenaba de deliciosos olores el añejo edificio. Flores aquí y allá asaltaban la vista y contrastaban contra los oscuros trajes de los seminaristas que estaban en los patios.
Don Bernardo llamó con los nudillos a la puerta de un despacho y una voz desde dentro les permitió pasar. Era una sala grande y suntuosa con una mesa enorme en un lado, tras la cual el director del seminario se quitaba las gafas y se levantaba para acercarse a la pareja.
—¿Qué ocurre, hermano? —su voz sonaba contrariada. Posiblemente habían interrumpido un trabajo más importante que los inoportunos problemas de las aulas.
—¡En clase de latín este muchacho se dedica a hacer poesías de amor llenas de perdición y pecado! —. Don Bernardo no podía esconder su ira.
—El director miró con interés al seminarista que mantenía los ojos en el suelo, presa de una insoportable vergüenza.
—¿Y qué tiene que decir al respecto, señor Martínez?
Pablo sentía un pánico incipiente. Le dolía mucho la oreja, de la que aún Don Bernardo lo sostenía. Pero era el momento de asumir la verdad y decir lo que durante semanas le venía quemando las entrañas. Sin embargo, no era fácil, temía la respuesta de todos, temía sentir la frustración y el quebranto de las cosas inacabadas. Él había asumido un compromiso, había aceptado formarse y dedicar su vida a Dios, pero cuanto más lo pensaba, más claro tenía que aquel no era su camino. Había rezado hasta la saciedad con la intención de conseguir primero el perdón de su Padre Celestial, pero ya no estaba seguro de nada, ya no le invadía la sensación de bienestar, de seguridad absoluta cuando salía de la iglesia. Ahora se ahogaba en un mar de dudas, de culpabilidades y fracasos.
—Yo…Yo quisiera… —balbuceó.
—Adelante, adelante, hable sin miedo —volvió a oírse la voz del director. Pablo sabía que tras aquella impostada suavidad se escondía la más implacable de las furias. Lo había comprobado en otras ocasiones con otros compañeros, nada había que molestara más a aquel hombre que le sacaran de su trabajo. Iba a abrir la boca, pero Don Bernardo lo interrumpió.
—¡Usted, precisamente usted! —gritó mirando a su alumno con indignación—. Esto sí que no me lo esperaba. Había puesto tantas expectativas en su formación, un hombre temeroso de Dios, inteligente, trabajador, justo, comedido… ¿y me da usted esta bofetada?
En su discurso tiraba y tiraba de la oreja del muchacho que tenía que ponerse de puntillas para que no se la arrancara de cuajo. El sacerdote estaba rojo de ira y de buena gana habría abofeteado a aquel pecador.
—Deje, deje, padre Bernardo, que le va a arrancar la oreja. Al fin y al cabo, son jóvenes a los que la naturaleza y las tentaciones engañan, pero con una buena dirección espiritual volverán al camino correcto ¿No es así, señor Martínez?
Se sintió acorralado, las miradas de los dos hombres traspasando su alma; la oreja, por la que empezaba a correr la sangre, después de que el sacerdote la soltara, ardiendo, colorada como un tomate; sus pensamientos, desbocados, sin encontrar la decisión que creía que poseía y, sobre todo, los signos de interrogación que, balanceándose entre las librerías de la sala, esperaban una respuesta. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos y sin saber cómo empezó a asentir.
—Veo que entra usted en razón —le dijo el director tomándole del brazo—. Y ahora, cuéntenos a quién van dirigidos los corazones y las alabanzas, todo tiene solución, Dios está lleno de amor

y con una buena penitencia aprenderá a apartarse de las tentaciones de la carne que, como a todos, le empiezan a atacar en lo más hondo de su juventud.
Estas últimas palabras albergaban una irónica dureza contenida que no le pasó desapercibida a Pablo, que ya empezaba a imaginar la tormenta de castigos que se le venía encima, todo el sentido implícito en el significado de "una buena penitencia". Y comenzó a sudar copiosamente. Entonces recordó la cara de Sonsoles, su mirada limpia, la suavidad que creía reconocer en sus gestos y, sin saber muy bien de dónde le llegaba el valor, soltó a bocajarro lo que pensaba.
—No quiero dedicarme al sacerdocio, me falta vocación, no estoy seguro de poder honrar a Nuestro Señor Jesucristo como se merece.
La primavera se suspendió en aquel instante frenando el ciclo vital en el enorme despacho. La ira de Don Bernardo y la dureza del director se tornaron inmediatamente en estupor primero, para pasar a un sentimiento indefinido y desagradable que Pablo no supo traducir. Pero estaba claro que nada bueno le esperaba.
Inicialmente llegaron los sermones, después los ayunos, le impusieron un director espiritual que no dejaba de perseguirlo, de espiarlo, de controlarlo, perdió su estatus de alumno distinguido, las comparaciones con sus compañeros ensalzando sus trabajos, sus razonamientos, sus comentarios. Y dada la negativa del muchacho a volver al camino de la fe, poco a poco fue olvidado como un pupilo más.
Pasó por atormentados períodos de dudas, se sintió excluido y solo, y cómo no, hicieron acto de presencia la culpabilidad y el miedo a la ira divina. Tuvo noches en blanco planteándose la posibilidad de haberse equivocado, de volver al redil, a la paz, al sosiego perdidos, a eso que tanto echaba de menos. Y las preguntas se agolpaban en su mente y martilleaban sus horas. ¿Quién era Sonsoles? Apenas un nombre configurado en amada a base de sueños. ¿Podría algún día acercarse a ella, hablarle, compartir ese sentimiento que le tenía en vilo día tras día?
Pero Pablo era inteligente y sabía que Sonsoles había sido simplemente el detonante de algo mucho más profundo, algo que estaba gestándose en su interior a pesar de él, de sus rezos, de su impostada convicción de quedarse para siempre en brazos de Dios. No es mi camino, se repetía una y otra vez, no es mi camino y Cristo lo sabe. Tal vez me trajo la visión de esa belleza para enfrentarme a la realidad, los caminos del señor, siempre me dijeron, son inescrutables. Después se ponía de rodillas y pedía perdón por su blasfemia y lloraba con desconsuelo y le desgarraba el miedo de estar haciendo todo mal.
Fueron unos días terribles, apenas comía, apenas dormía, las ojeras y su delgadez empezaron a preocupar al padre Bernardo que, a pesar del desengaño, siempre sintió un afecto especial por su alumno y pupilo, y finalmente, derrotado, el sacerdote citó a Pablo en el aula de gramática y habló con él. Manteniendo una actitud hostil pero cercana, le llamó estúpido por haberse dejado engañar de la misma forma que Adán; de nada habían servido sus enseñanzas y sus desvelos, había sucumbido al primer encontronazo con la manzana del pecado. Pablo escuchaba cabizbajo, sin fuerzas para argumentar nada.
—… por eso, creo que estás en lo cierto, tu vocación no es lo suficientemente fuerte como para dedicarte a esta ardua tarea nuestra en la que lo fundamental es la fe, el cumplimiento de las normas que nos han sido impuestas y el temor de Dios. Así que no debes mortificarte más —y aquí dejó entrever un hilo de ternura—, termina tus cursos y macha a ese mundo que tanto te llama.
Las palabras del padre Bernardo fueron un bálsamo para su alma, una especie de perdón, de redención, de calma, una aceptación dolorosa que devolvió a su vida el equilibrio. A partir de aquel momento cesó la presión, le cambiaron de director espiritual y nadie más dijo una palabra sobre su vocación, lo que le permitió, ya convencido de su salida, continuar con sus estudios, sus clases y sus ilusiones sin trabas ni zancadillas.
Los domingos seguía acudiendo a la Plaza del Castillo y esperaba con impaciencia y allí, casi siempre, acudía la familia de Sonsoles. Sin embargo, no conseguía encontrar la manera de acercarse a ella que nunca se separaba del brazo de alguno de sus hermanos. Cierto es que no dejaba de mirarle de soslayo, señal inequívoca de su interés, lo que enardecía los sueños y las ansias de aquel joven enamorado.
Una mañana de primeros de junio Pablo hizo, por mediación de un compañero de habitación, un importante descubrimiento. Un primo de Sonsoles estudiaba en el mismo seminario un par de cursos por debajo de él. El corazón le dio un brinco al enterarse, por fin un resquicio a la

esperanza. Aquel sería el camino, estaba seguro, tenía que conseguir, costara lo que costase, comunicarse con aquella dama y contrastar sus impresiones o comprobar que se equivocaba y dar por zanjado un sentimiento que no le permitía vivir tranquilo.

3

Pablo conoció a Fernando Elizalde una tranquila y soleada mañana de verano. Era sábado y él estaba leyendo en el patio, o haciendo que leía, a la espera de que el muchacho hiciera acto de presencia. Había investigado y descubierto que solía ir con sus compañeros a jugar al fútbol los fines de semana y el único camino disponible hacia la zona deportiva le obligaría a pasar por delante de sus narices. No tenía un plan premeditado, ni siquiera tenía muy claro qué hacía allí perdiendo el tiempo al acecho de aquel desconocido, pero una fuerza interior le obligaba muchas veces a actuar en contra de la lógica que siempre había sido su carta de presentación. No se reconocía, no sabía qué le pasaba. El grupo no se hizo esperar y cuando estaban a su altura, lo llamó por su nombre

—¿Fernando? ¿Fernando Elizalde?

Un muchacho rubio, con la cara llena de pecas, se detuvo y le miró lleno de curiosidad. Nunca se había fijado en aquel compañero que ahora se dirigía a él.

—Soy yo. ¿Te conozco?

—No, no. Pero tengo algo que proponerte. Cerró el libro, se levantó y le rodeó por los hombros en un gesto paternal que apenas le dejaba moverse. Con un ademán de la mano indicó al resto del grupo, que se había detenido sorprendido, que continuara. Ellos obedecieron porque se trataba de un seminarista mayor, y él se llevó, un poco contra su voluntad a Fernando. Se dirigieron al espacio más recóndito del patio. Pablo no sabía cómo iba a enfocar el problema, no tenía ni idea de cómo convencer a aquel chico asustado, que le miraba con los ojos como platos y que no se atrevía a moverse, de que le facilitara la comunicación con Sonsoles.

Curiosamente, resultó mucho más sencillo de lo que imaginaba. Fernando estaba estudiando allí contra su voluntad, su vocación era inexistente, pero su padre, ante sus continuas conductas desobedientes y desafiantes, había decidido internarle en el seminario para cortarle las alas y para que los curas hicieran de él una persona de bien. Ayudaba mucho a la Iglesia y al mantenimiento de aquel recinto su progenitor, por lo que no tuvo ninguna traba para dejar a su hijo en sus férreas y caritativas manos. Así que, desde el primer instante, Fernando estuvo encantado con su papel de Celestina, pues conformaba un aliciente en aquella vida aburrida de estudios, rezos y recogimiento. Más aún, le daba la posibilidad de vengarse, de alguna manera, de su familia, esos pesados que no paraban de recriminarle siempre sus comportamientos, considerándolo poco menos que una mancha para el apellido Elizalde en comparación con sus primos, a sus escasos dieciséis años. Y para colmo, su prima Sonsoles era su más firme defensora, la única que había puesto alguna objeción a la decisión de encerrarle con los curas.

—Dame lo que quieras que lleve este fin de semana a Sonsoles y no dudes de que tendrás su respuesta —. La mirada del joven resplandecía de malicia y parecía que las pecas brillaban en su cara con mucha más intensidad que antes. Tenía los ojos grisáceos y pequeños, pero manaban vivacidad y astucia.

Pablo le dio una carta inflamada de amor y sentimiento, una carta extensa, resultado de otras mil cartas anteriores hechas y rehechas a golpe de corazón. También contenía unos versos con una métrica perfecta pero poco tino poético y por último una pregunta, la que quemaba su espíritu… ¿Había esperanza para sus deseos?

Le conminó a que no abriera la carta y no leyera nada de su contenido, mucho dudaba que cumpliera ese joven pecoso el requisito, aun así, no le quedaba más remedio que confiar en su único recurso disponible.

Lo vio marchar moviendo las faldas de la sotana con jovialidad, con la carta en el bolsillo y el corazón henchido de una felicidad un tanto malsana. Iba saboreando el placer de la venganza. Sabía que sin su ayuda jamás la pareja llegaría a encontrarse, menudo era su tío, menudos sus hermanos. ¡Un seminarista nada menos! Y ahí hacía acto de presencia él, la oveja descarriada, para conseguir que aquellos corazones se cruzaran mientras su tío, el perfecto, seguía malmetiendo contra él, diciendo a su padre: “Andrés, no dejes que ese hijo tuyo se te vaya de las manos. Firmeza, Andrés, firmeza y mano dura, eso es lo que necesita. Le habéis mimado demasiado y ahora no puedes dejarle de la mano de Dios. Mira los míos, no respiran si no les

doy permiso.”
Ya vería quien respiraba más y mejor. Había llegado la hora de divertirse.
Pablo nada sabía de aquellos pensamientos, pero no confiaba mucho en Fernando. Le había transmitido una desconcertante impresión. Había acogido su descabellada idea con un entusiasmo inconcebible, como si fuera una broma, algo con lo que divertirse, y había estado desde el primer instante dispuesto a participar, implicado en conseguir que su prima se fijara en él. Daba igual que fuera un seminarista, que estuvieran jugando con fuego, el muchacho parecía encantado con su misión, supuso que por extrañas razones familiares que a él se le escapaban.
La tarde ya caía en la ciudad, algunas campanas tañían convocando a misa a la población y el calor intenso de aquella jornada poco a poco empezaba a declinar. Pablo seguía reflexionando en el banco donde instantes antes proponía a Fernando su plan y observaba distraído una tela de araña que brillaba en su perfección contra unos rayos dorados y tardíos. Una tela de araña, se dijo, y un poso de arrepentimiento estrujó su corazón con fuerza un instante.
El lunes hubo respuesta de Sonsoles. Fernando se acercó por detrás cuando Pablo iba a clase de Gramática y le deslizó la misiva en la mano, simulando un afectuoso saludo. Tan exageradamente efusivo fue, que don Bernardo, que como siempre abría la fila de alumnos, se volvió, aunque sólo pudo asistir al cómplice guiño de aquel muchacho rubio y fuera de lugar.
—Señor Elizalde, ¿se puede saber qué hace usted aquí en vez de estar con sus compañeros en clase de teología?
—Disculpe usted, don Bernardo, sólo he venido a saludar a mi buen amigo —y compuso una angelical sonrisa que contrariaba el brillo de sus ojos burlones—. Ya me iba.
Y dando media vuelta salió como una flecha en dirección contraria. Don Bernardo sacudió la cabeza con gesto de resignación pues de todos era conocida la rebeldía del pequeño de los Elizalde. Se volvió entonces hacia Pablo, al que se le había cortado la respiración, y le miró con el ceño fruncido. Iba a preguntarle qué asuntos se traía con el personaje que acababa de desaparecer, pero se lo pensó mejor y continuó caminando. El seminarista por fin pudo coger aire y retomar el color. Sabía que tarde o temprano el sacerdote querría contestaciones, pero cuanto más tarde fuera el interrogatorio mejor, más se lo podría preparar. Y en cuanto a aquel rubio idiota, engreído y descarado, ya encontraría el instante de tener unas palabras con él.
Por el momento, lo único que realmente le importaba era el papel que tenía en el bolsillo quemándole las entrañas. Tanto lo apretaba que temió que al sacarlo estuviera tan arrugado que no pudiera entender nada. Esperó con impaciencia que terminara la clase. La voz monótona del profesor se deshacía en su mente sin llegar a ningún lugar útil, ahogada entre otras percepciones mucho más intensas, mucho más perentorias, mucho más importantes. La espera se le hizo eterna, sentía la respiración potente de su corazón y un calor que subía y bajaba por su cuerpo sin control ninguno; y cuanto más aumentaba su deseo, menos avanzaba el tiempo. Nunca en su vida había tenido unas ansias como aquellas. Tan cerca de saber y tan lejos del momento.
Distraído, miraba por la ventana y se perdía viendo unas brillantes nubes blancas pasar tiñendo de claroscuros el paisaje. Avanzaban libremente, informes, ignorantes de su desasosiego. Por primera vez en su existencia añoraba la libertad, la posibilidad de decidir sobre su tiempo sin explicaciones, sin cortapisas, sin arrepentimientos.
—¡Señor Martínez!
El ronco vozarrón de don Bernardo le sacó de sus pensamientos y volvió la vista hacia el aula, encontrándose de repente con los ojos de sus compañeros clavados en él, unos burlones, otros serios y los más, preocupados. Después detuvo su mirada en el sacerdote que se acercaba con paso firme hacia él. Por último, llegó el pescozón y continuaron los gritos.
—¿Me puede aclarar dónde está últimamente? ¿Se ha enterado de algo de lo que he explicado? —sin dar lugar a una contestación soltó la mano de nuevo y otro pescozón restalló en el aire. Pablo ni se inmutó, ni se cubrió, ni le miró, simplemente soportó la humillación. Hasta hacía muy poco tiempo había sido el alumno más destacado de la clase, por no decir de todo el centro, y trató de no desafiar a don Bernardo porque no quería que ocurriese lo que al instante sucedió.
—¡Al terminar esta asignatura quiero verlo en el despacho del director!
Apretó con fuerza la carta que guardaba en su bolsillo y sintió que no podría soportar la espera. Don Bernardo vio algo extraño en su comportamiento, se paró en seco y se quedó

observándolo muy atentamente. Pablo, por instinto de protección, de forma refleja, sacó la mano del bolsillo con demasiada premura. El religioso, con gesto de malicia, preguntó
—¿Qué escondes ahí?
No podía creer que tuviera tan mala fortuna, tragó saliva, trató de serenarse y con el gesto más cándido que pudo componer contestó que no escondía nada. Pero el sacerdote no le creyó, vislumbró el nerviosismo en su mirada e insistió.
—Saque los bolsillos para que vea yo que no miente.
—Reverendo, sabe que yo no…
—Sabía, señor Martínez, sabía, pero últimamente he descubierto que no sé nada sobre usted. Ahora haga el favor de enseñarme sus bolsillos.
Pablo metió las manos y rozó el papel, se negaba a perder aquellas valiosas palabras, estaba dispuesto a enfrentarse con quien fuera, pero no a entregar el sobre, daba igual si le echaban por desacato y desobediencia. De repente, tocó un agujero en el fondo del forro, un agujero del tamaño de dos dedos que él se precipitó en descoser más con un empujón de su mano. Entonces, apretó el sobre hacia adentro y cuando se coló en las entrañas de las entretelas, hizo el ademán de sacar el bolsillo. Don Bernardo se impacientaba. Por fin se dejó ver la tela limpia del forro cogida por los dedos del muchacho que así disimulaba el agujero.
El sacerdote puso cara de desconcierto, estaba seguro de que tanta turbación escondía algo, pero allí estaban los bolsillos, como dos lenguas fuera de la boca, completamente vacíos. Movió las manos para que todo volviera a su lugar y se dio media vuelta rumbo a la tarima sin pronunciar una palabra más. Después suspiró, tomó la regla con la que señalaba todo y siguió sus clases.
La conversación con el director duró más de lo previsto, aquel hombre quería zanjar el tema Martínez para siempre, estaba un poco harto de oír hablar de ese muchacho, tanto para ensalzarlo como para censurarlo, lo único que deseaba era seguir con su libro de hagiografía y sus investigaciones. El seminarista, por su parte, escuchó con la cabeza baja todas aquellas razones, innumerables consejos, la regañina, los caminos del Señor y los de Satanás, impaciente por zafarse de esas palabras vacuas que a sus oídos llegaban, asintiendo de vez en cuando e intentando poner gesto de arrepentimiento, pero sin nada que ocupara su mente más allá de los ojos resplandecientes de Sonsoles.
Cuando por fin el sacerdote acabó su discurso, y le impuso el castigo correspondiente a tan desatinados comportamientos, Pablo levantó los ojos y obtuvo el tan ansiado permiso de salir. Llegó a los servicios, se metió en una cabina y se registró frenéticamente entre las telas de la sotana en busca del sobre que le había dado Fernando. No le fue fácil localizar el papel ni sacarlo, tuvo que romper totalmente la tela para que le cupiera la mano y rebuscar con denuedo para llegar hasta él. Cuando al fin lo sacó, lo primero que hizo fue olerlo, se llenó los pulmones y creyó percibir un suave aroma a limón. Después lo observó, era un sobre de buena factura, de color lila muy claro y, aunque estaba arrugadísimo, era obvio que provenía de alguien con posibles. Lo abrió con mimo, temblando, emocionado por el simple hecho de que las manos de su amada, antes que las de él, hubieran tocado la misma hoja.
Dentro había una cuartilla de idéntico color al del sobre con florecillas impresas en una esquina. Estaba claro que Sonsoles había querido evitar una broma de su primo al que debía de conocer bien. Cuando fijó sus ojos en las letras sufrió un pequeño desengaño, frente a su carta extensa e inflamada de amor, en aquella hoja no había más que un par de líneas escritas con una caligrafía apretada y nerviosa.
Nada de queridísimo, ni apreciadísimo ni tontadas de ese tipo. Era una misiva breve que contenía un mensaje escueto, un lugar, una hora y un recuerdo. *Ha de tener presente que yo vivo en una cárcel, voy a escaparme por usted, espero que no me decepcione.* Y firmaba la carta con un sucinto Sonsoles, ni tuya siempre, ni nada de nada.
Pablo se sintió entre descorazonado y defraudado. Había generado en su alma demasiadas expectativas y esas letras que más parecían el mensaje secreto de una espía, que las primeras palabras de amor de una pareja, lo desconcertaban. Se apoyó en la pared, y por primera vez notó el olor del orín. Temió estar siendo un tanto ridículo, salió de la cabina con la hoja en la mano y decidió seguir con su día como si nada. Más tarde repararía en todo aquello con sosiego. Lo que el seminarista no sabía era que efectivamente estaba en lo cierto cuando hablaba de espías y muy pronto podría comprobarlo.

Volvió a hablar con Fernando ya entrada la noche y, aparte de la amenaza de romperle todos los huesos si volvía a ponerle en evidencia delante de cualquiera, cosa que Fernando se tomó muy en serio teniendo en cuenta la cara de loco que ponía aquel hombre, le pidió que comunicara a su prima que estaba de acuerdo.
—¿De acuerdo? ¿Con qué? —preguntó con curiosidad.
—Eso es cosa nuestra —se apresuró a contestar Pablo—. Tú sólo eres un simple mensajero y más te vale que nada de todo este negocio salga de aquí o bien sabe Dios que te juegas esa bonita y pecosa cara.
La cita estaba fijada para el siguiente martes a las cuatro de la tarde en casa de una tal Ana María Astiz, que vivía en una calle cercana a la Plaza del Castillo, y cuyas señas formaban parte de la escasa misiva de Sonsoles. Pablo no se sentía tranquilo, tenía que ir, él había comenzado toda aquella locura, pero las dudas lo asfixiaban… ¿Cómo iba a presentarse en una casa desconocida así, sin más? ¿No se trataría de una burla? Él había idealizado a una persona de la que apenas conocía su nombre, le había puesto sentimientos, emociones, interés, pero todo era producto de su imaginación. ¿Y si los primos querían pasar un rato divertido a su costa? La semana se convirtió en un auténtico calvario, temía y deseaba que llegara el momento con la misma intensidad, visitaba la iglesia todas las mañanas en busca de consuelo y permanecía allí, rezando, hasta que las campanas indicaban la hora del comienzo de las clases. Trataba de concentrarse al máximo en sus tareas con el mismo ímpetu que antaño, para evitar pensar, para no venirse abajo y constatar que todo aquello no era más que la actuación absurda de un loco, que la primera tentación que Cristo había puesto en su camino había demostrado no sólo la fragilidad de su vocación, sino la de su espíritu pecador. Pedía perdón una y otra vez postrado ante la imagen inmutable que dominaba el altar en un sagrado silencio.
Todo aquel recogimiento, aquel interés en las clases, sus rezos y sus visitas constantes a la iglesia equivocaron a Don Bernardo que creyó nuevamente que la oveja estaba volviendo ella sola al redil, que la crisis había pasado y que contarían de nuevo con una mente brillante al servicio de Dios. Poco podía imaginar el sacerdote cuán equivocado estaba.
El martes, Pablo pidió permiso para salir del seminario con la excusa de que necesitaba consultar unos libros en la biblioteca de la catedral. Don Bernardo, que deseaba fervientemente que el muchacho volviera a su rutina y olvidara sus devaneos con el mundo exterior, no dudó en concedérselo, así que, tras la comida, se puso en marcha.
—¿No llevas nada para apuntar tus dudas? —Le preguntó don Bernardo extrañado cuando pasó por delante, sin nada entre las manos, rumbo a la puerta.
—Aún no me voy —improvisó sin detenerse, colándose por el pasillo que daba a los aseos.
Una vez dentro del servicio se lavó la cara y trató de serenarse. Tendría que ser más cauto y actuar con más inteligencia si quería que aquello no se convirtiera en un grave problema, si quería que el secreto de su visita continuara siéndolo. El corazón lo tenía desbocado desde que había amanecido y apenas había podido ingerir bocado a causa de las náuseas que le provocaban los nervios. Respiró profundamente y se secó la humedad de las manos en la sotana. A continuación, salió con paso tranquilo al pasillo y se dirigió a su habitación. Allí tomó su bolsa y recopiló material de estudio que metió cuidadosamente. Sacó la nota de Sonsoles y la metió también. Por último, cerró la hebilla y volvió al pasillo. Al cruzar el despacho de Don Bernardo se despidió parándose un instante y esta vez sí, salió por la puerta. Tendría que darse prisa si quería llegar a tiempo.
La casa era muy señorial, una especie de palacete de tres plantas rodeado de un muy cuidado jardín. Tenía una verja de hierro forjado, negra, muy alta, acompañada de setos que impedían al viandante ver el interior ajardinado y las ventanas del primer piso. En una de sus esquinas presentaba una torre hexagonal con cubierta de tejas cuyas paredes estaban prácticamente revestidas de hiedra salpicada aquí y allá por flores de un vivo tono rosáceo. Pablo llegó con resolución a la puerta, pero cuando estuvo frente a los hierros retorcidos que conformaban diversas formas vegetales, su decisión se vino abajo. Se quedó allí inmóvil, sin saber si salir corriendo o llamar preguntando por una desconocida de la que únicamente conocía su nombre. Se volvió y echó a andar alejándose de la puerta, pero al llegar a la esquina se detuvo. No había llegado hasta allí ni se había jugado tantas cosas para huir de aquella manera, se dijo, tendría que arriesgarse y confiar en Dios nuestro Señor. Se volvió y desandó el camino para plantarse de nuevo frente a la puerta, levantó la mano para abrir la verja, pero nuevamente se detuvo.

Dios ya estaba bastante disgustado con su comportamiento como para ayudarle, volvió a pensar mientras dejaba caer su mano y volvía a quedarse inmóvil sin tomar ninguna decisión.
Sonsoles mientras tanto esperaba con el corazón latiéndole con furia, miraba el reloj tan continuamente que Ana no tuvo más remedio que sonreír.
—Vendrá, ya lo verás. Nadie escribe esa carta para luego echarse atrás.
—Pero Ana ¡son las cuatro! No está bien que una señorita espere a un caballero. Si mi padre llegara a enterarse de algo de esto… No quiero ni imaginarlo.
—Tranquilízate de una vez —Ana se levantó del sofá en el que aguardaba junto a su amiga y recogiéndose las faldas se acercó al ventanal. El ruido de las telas sobre el suelo alfombrado sonó rítmicamente al compás de los movimientos de aquella joven. De repente, se llevó las manos a la boca y de sus labios surgió una exclamación.
—¿Qué pasa? —preguntó Sonsoles temerosa, levantándose de un salto, imaginando ya la figura de su padre perfilada contra el marco de la puerta dispuesto a encerrarla para siempre en un convento.
—Ahí tienes a tu amante…pero no me dijiste…no me avisaste de que él era…era…
—No es sacerdote, si es eso a lo que te refieres —interrumpió Sonsoles el tartamudeo de su amiga que no daba crédito a la sotana. Es un seminarista, pero sólo estudia, no creo que quiera dedicarse a la Iglesia.
Ana estaba perpleja, había accedido a embarcarse en aquella aventura romántica para ayudar a su amiga a conocer a ese pretendiente del que no dejaba de hablar. Aquella tarde estaba sola en casa, sus padres estaban demasiado ocupados en sus quehaceres y ella había aprovechado la ocasión para que pudieran concertar su primera cita. Le parecía excitante su papel de Celestina, pero aquella sotana…
Por fin vieron como Pablo abría la cancela y entraba rumbo a la puerta por el caminito de piedras. Ana por un momento deseó que se hubiera ido, pero ya estaba ahí. Dejó a su amiga en la habitación hecha un manojo de nervios y bajó las escaleras a toda prisa para evitar confusiones con el servicio. El timbre sonó y una criada se apresuró a abrir, pero antes de que la mujer preguntara al visitante, desde la mitad de las escaleras se oyó la voz potente de Ana.
—Padre Pablo. ¡Qué alegría volver a verle!
La criada se volvió y sin decir una palabra se retiró dejando la puerta libre para que la señorita se acercara a aquel desconocido y le tomara las manos con afecto.
—Creí que nunca le veríamos, su presencia se hace de rogar. Y dígame, ¿qué le trae por aquí?
Ana cerró la puerta tras él y le precedió rumbo a la biblioteca. Una vez dentro, le indicó un sillón y se sentó ella frente a él. Pablo estaba totalmente desconcertado, no sabía qué decir y le parecía una blasfemia estar pasándose por religioso cuando no lo era. Entonces Ana inició una conversación cargada de fantasías acerca de la vida de aquel sacerdote ficticio, de lugares que ambos desconocían, de obras de caridad inventadas y cosas por el estilo. La muchacha le indicaba por gestos que le siguiera la corriente y él lo intentaba a duras penas. De repente, Ana se levantó y Pablo lo hizo también.
—Siéntese, por favor. Espere un minuto. Voy a presentarle a mi mejor amiga, a la que a menudo hablo de usted y de sus obras que, afortunadamente, se encuentra de visita hoy aquí.
Pablo tuvo un ataque repentino de pánico mezclado con angustia y una lividez cadavérica surcó su rostro. Si alguna vez había sentido ganas de huir, nada comparado con aquel momento. Llegada la hora, solo deseaba evaporarse como el agua bajo el fuego. En medio de su agonía Ana salió y se dirigió a las escaleras. Momentos después, como una aparición, hacía acto de presencia Sonsoles, que semejaba un ángel envuelta en aquel vestido de seda verde. Nunca olvidaría, en toda su vida, aquella imagen.
—Le presento a Sonsoles, Sonsoles Elizalde de Solá —dijo de manera forma—. Y él es el padre Pablo.
—Mucho gusto —tartamudeó el seminarista—. La señorita Ana me ha hablado mucho de usted y de su amistad.
—El gusto es mío, reverendo.
Y ahí acabó la conversación. Pablo se había quedado mudo, las palabras se habían escondido en lo más recóndito de su garganta y se negaban a salir, la verborrea de la que siempre había presumido había quedado derrotada por aquellos ojos que lo escrutaban con una tímida sonrisa en los labios. Ana miraba a ambos y la tensión del momento traspasaba su corazón. El

silencio comenzaba a hacerse demasiado espeso e incómodo.
El amor sorprende a veces, y nos regala esos momentos especiales que nos acompañarán como una seña de identidad a lo largo de la vida. Bajo el sonrojo y la vergüenza, bajo el silencio y la constatación de que lo que pretendían no era lo correcto, Pablo y Sonsoles quedaron amarrados el uno al otro de por vida. Perdido en aquellos ojos risueños, el seminarista supo que no había más horizonte que el que contemplaba en esos momentos, que su vida comenzaba y acababa en aquel instante y que fuera donde fuera, viviera lo que viviese, aquellos segundos abrasarían su corazón más allá de la eternidad. Sonsoles olvidó su educación, sus maneras, olvidó las normas de un decoro que de nada le servían frente a aquel muchacho que la contemplaba con el deleite bailando en los ojos. Y supo que su vida estaba predestinada a ser vivida a su lado, sus hijos a ser los suyos y su tiempo a ser compartido por ambos.
Ana, de repente, fue consciente de que se había convertido en el borrón de una hoja en blanco y que su presencia estaba de más en aquel entorno.
—Os dejo solos unos minutos mientras hago que busco algo. El servicio tiene mil lenguas y no sería correcto que os quedarais aquí sin nadie delante. Siento no poder ofreceros más.
Ana salió de la biblioteca diciendo en voz alta y clara que ella iría a buscarlo, que la esperaran un segundo. Salió dejando la puerta abierta, y subió las escaleras con parsimonia. En la parte de abajo, rodeados de libros, quedaron los amantes.
—Es usted aún más bella de lo que recordaba —rompió al fin el silencio Pablo.
—No tenemos demasiado tiempo para las adulaciones. Creo que ha sentido usted al verme algo parecido a lo que me ha pasado a mí, ¿no es cierto?
El falso sacerdote se quedó turbado ante tanta franqueza. No era propio de una joven de su condición decir las cosas tan claras. Pero lejos de molestarle, le gustó su actitud.
—Tiene usted razón, señorita, mi corazón se ha parado al verla y creo que no podrá volver a ponerse en marcha hasta que no sepa que usted también siente lo mismo.
Sonsoles se ruborizó por primera vez. Su tez pálida se tiñó de rojo dando a su aspecto un tono aún más angelical.
—No hubiera contestado a su carta si no me hubiera interesado por usted ¿no cree? Pero le confieso que es una situación muy delicada. Si fuera otro hombre, si tuviera posición y apellido y, por supuesto, si no estuviera en el seminario, las cosas serían muy sencillas. Pero en estas condiciones, al menos de momento, nuestra relación es imposible.
—¿Eso quiere decir que no podremos seguir viéndonos? —su voz fue más un quejido que una pregunta y se entrecortó al final de la misma.
—No, no. Tendremos que mantener nuestros encuentros en secreto.
—Pero si hablara con su padre y le dijera…
—¡Usted no sabe lo que dice! —Se enojó ligeramente y un mohín de desaprobación se formó en sus labios—. No le daría tiempo ni a explicarse, lo echaría a patadas de casa y a mí me encerraría sabe Dios dónde.
—Cuando salga del seminario verá que…
—¡No insista, por favor! No quiero que tome mis palabras a mal, pero usted no está ni estará jamás a la altura de las expectativas de mi señor padre o mis señores hermanos, que me venderán sin miramientos al mejor postor siempre y cuando sea ventajoso para los negocios familiares. Mis sentimientos no tienen cabida en este asunto, ya me lo dejó lo suficientemente claro mi padre cuando tenía catorce años y me pilló coqueteando con un amigo de mi hermano. Cosas de críos, pero me subió a su despacho y tras una bofetada que aún me duele, me explicó con claridad qué se esperaba de mí y cuál habría de ser mi futuro, incluso se atrevió a barajar algunos nombres para mí desconocidos.
Pablo sintió un insano encono contra aquella familia que pintaba Sonsoles y, como un caballero andante, se prometió sacarla de aquellas garras malignas que tan cruelmente la trataban.
—Pero habrá que…
—Nada de peros —interrumpió nuevamente la voz de la muchacha que evidentemente disfrutaba organizándolo todo—. Yo no voy a hacer siempre lo que los demás quieran, así que de momento espere recibir noticias mías y podremos seguir viéndonos, conociéndonos…el futuro…Dios proveerá.
Pablo sintió un pinchazo al oír mencionar al Santísimo. Se reconoció a sí mismo que aquella mujer no era como había imaginado, no era ninguna inocente y dulce doncella necesitada de

protección; era resuelta, mandona y lo que era peor, al parecer estaba dispuesta a faltar al cuarto mandamiento porque no daba la impresión de ser muy proclive a obedecer adecuadamente a sus padres en ciertos asuntos. A pesar de ello y contra su voluntad la atracción que sentía se multiplicó por mil antes sus palabras.
Ana apareció en el umbral de la puerta con un libro en las manos y una amplia sonrisa en los labios.
—Por fin lo encontré, padre —dijo tendiéndole el libro—. Son unos salmos bellísimos.
—Gracias, me alegro de que le hayan gustado —contestó siguiendo la pantomima.
Lo tomó en sus manos y fue consciente de que la reunión llegaba a su fin. Tras un silencio incómodo y a su pesar, se levantó y se dirigió a Sonsoles.
—Ha sido un placer señorita —y cogiendo su delicada mano la besó, cosa del todo impropia dada su condición. Sonsoles soltó una carcajada que suavizó la tensión e hizo sonreír al seminarista que comprendió lo inadecuado de su actitud, aunque había resultado una sensación inigualable rozar su piel. Entonces se dio la vuelta y cuando iba a despedirse de Ana, ésta le tomó del brazo con gran confianza y lo acompañó hasta la salida.
—Espero volver a verle pronto, padre. Sus consejos espirituales me son siempre de gran utilidad —y le guiñó un ojo.
Pablo salió al jardín y de éste a la calle cerrando la puerta de hierro. Nada había sido como tantas veces había soñado, ni siquiera había entendido por completo las palabras de Sonsoles. Estaba perplejo por la actitud de las dos mujeres que parecían dominar el espacio y los tiempos, dejándole únicamente el papel de marioneta a la espera de instrucciones. Dentro se había sentido arrebatado por la realidad del encuentro, ahora, con la luz cegadora del sol de la tarde, se sentía vacío y estúpido a la espera de no sabía qué. Emprendió el regreso sin reparar en el aroma primaveral que inundaba la ciudad.

4

Sonsoles llenaría de sorpresas y sobresaltos la vida de su enamorado. Era una muchacha un tanto caprichosa, pero sobre todo era tozuda y amaba la aventura. Se buscaba las formas más inverosímiles para salir de su casa y encontrarse con Pablo. Eran encuentros clandestinos y breves en los que la primera impresión del muchacho fue amoldándose al amor. La joven se hacía querer, llenaba de fantasías su mente y con sus dulces palabras le guiaba por los senderos del deseo.

Una tarde concertaron un encuentro casual en el parque de la Taconera, donde en contadas ocasiones a Sonsoles se le permitía pasear sola con su amiga Ana para aliviar los calores del día. Pablo esperaba sentado en un banco, el misal en las manos y la mente arrasada por la ilusión de volver a verla. Había amanecido un día claro de cielos despejados y azul intenso. Las copas de los árboles del parque se mecían suavemente al compás de una débil brisa que hacía bailar en el suelo un sinfín de claroscuros, brillos y sombras que descomponían el perfil de las cosas. Olía a lilas y a jazmín y el canto de los pájaros se alternaba con el chirrido inconfundible de las chicharras más tempranas.

Vio llegar al cortejo desde muy lejos, Ana y Sonsoles cogidas del brazo caminaban lentamente seguidas de cerca por sus doncellas, resguardadas del sol bajo unas sombrillas muy recargadas. Hablaban y reían como si fueran ajenas a todo, como si el mundo girara en torno a su juventud para ofrecerles todo lo bueno de aquel magnífico día a cambio de su belleza. No parecían ser conscientes del intenso arrebato que arrastraba a Pablo quien a duras penas lograba mantenerse quieto. Se levantó de su banco, respiró profundamente y echó a andar con decisión para hacerse el encontradizo. A aquellas horas de la tarde, el parque estaba lleno de paseantes; de niños y niñeras, de vendedoras de flores y golosinas, de señoritas y caballeros, de militares y de criadas. Un enjambre de sonidos, de silencios y de anécdotas que el seminarista no estaba en condiciones de analizar.

—¡Padre! ¡Cuánto tiempo sin verle! —la voz de Ana resonó entre las hojas de los árboles y arrastrando a Sonsoles como si ésta fuera una timorata, se acercaron al seminarista que simulaba cara de sorpresa. Las criadas quedaron atrás hablando de sus cosas, que las señoritas departieran con un sacerdote no tenía nada de interesante.

Los ojos de los amantes se encadenaron sin intentar comprender la verborrea que a su lado Ana desplegaba como muestra de un saber estar social que no pusiera en guardia a las defensoras de las buenas costumbres, a esas que, al pasar a su lado, saludaban con un simple cabeceo.

—Estás bellísima —fueron las únicas palabras que Pablo pudo pronunciar en un susurro. Después le tendió el libro que llevaba entre las manos y que Sonsoles sabía repleto de inflamados mensajes de amor. Ella, en cumplida correspondencia, abrió su bolso de embrague y disimuladamente le deslizó un sobre que éste guardó inmediatamente.

—Me gustaría verte vestido de hombre, sin sotana quiero decir. Con esos hábitos siempre tengo la sensación de estar pecando gravemente…

—Y lo haces, querida —la ironía de Ana estaba siempre suspendida en el ambiente.

—Ya queda poco para terminar este curso, los últimos exámenes y colgaré la sotana.

—En fin, padre, nos tenemos que ir. Espero volver a verlo pronto, mi madre me pregunta a menudo por usted. Desde que dejó la parroquia hay que ver qué cara es su presencia —La amiga de Sonsoles interrumpió el diálogo, ya se habían detenido demasiado. Seguía simulando que eran quienes no eran.

—Buenas tardes, señoritas. Lleven mi bendición.

—Buenas tardes —. Y las mujeres comenzaron a caminar abriendo una brecha cada vez más profunda entre ellos. Pablo hacia el sur, ellas hacia el norte, con el mismo gorjeo con el que habían llegado.

Avanzó hacia el seminario con paso firme, como si tuviera un objetivo que cumplir. Aquellos encuentros siempre le dejaban un amargo sabor en la boca, apenas se hablaban, ni siquiera se rozaban ni tenían complicidad ninguna. Seguía con la sensación de que mil ojos lo traspasaban más allá de la tela burda de su traje y las dudas comenzaban a acecharlo sin piedad. Tal vez se

estuviera precipitando, tal vez no se había parado a reflexionar un segundo, tal vez aquello era un sinsentido desde el comienzo. Eran demasiado diferentes, vivían en mundos distintos y antagónicos, con un futuro enrevesado y difícil. ¿Qué podía ofrecerle él? ¿Esos vestidos? ¿Esos lujos? ¿Ese servicio? ¿Todos sus caprichos? Desde luego, no. La disyuntiva se planteaba en una única cuestión ¿Sería ella consciente de que habría de renunciar a todo eso por amor, simplemente por amor, y estaría dispuesta a ello?

Pablo acabó sus estudios, y como había anunciado, dejó el seminario seguido por la inquina de unos, el cariño de otros y la incomprensión de la mayoría que nada entendían de aquel giro en lo que parecía una vocación fundamentada. Escribió a su padre una larguísima carta en la que intentaba explicar los motivos que lo habían llevado a tomar semejante decisión y cómo trataba de planear un futuro que se había quedado huérfano. Evidentemente, se abstuvo de comentar nada relacionado con sus males de amor, pero sus palabras hablaban por sí solas. Él no lo sabía, pero para su padre aquella carta significó un alivio inmenso y una considerable alegría, pues ya maldecía él, todas las noches, el día en que dejó marchar a su hijo con esos *sorbe sesos* que le habían comido la cabeza. Supuso, igualmente, que unas faldas andarían por medio, porque ese cambio tan repentino no podía deberse más que a una moza que le hubiera vuelto más loco que las patrañas de los curas.

Mientras tanto, los encuentros con Sonsoles seguían sucediéndose con una cadencia muy irregular, aunque cada vez intercambiaban cartas más largas y entregadas, cargadas de buenos deseos, de sentimientos y de amor. Se habían apeado de tratamientos, de lisonjas, de fórmulas sociales y poco a poco empezaron a abrir el corazón sin tapujos, conociéndose y reconociéndose en la fragilidad, el miedo y el sentimiento del otro. Pablo había ido despejando las dudas con el paso de los días y el fluir de las noticias, amarrado a unas palabras que llenaban su corazón de emociones. Estaba seguro de que no deseaba en este mundo otra cosa que no fuera estar a su lado. Sonsoles por su parte, y dada su naturaleza impaciente del ahora y el ya, sufría la impotencia de no poder acercarse a su amado. Ana solía reñirle ante sus imprudencias, estaba demasiado tensa y sus padres comenzaban a notar cambios, aunque obviamente desconocieran el motivo, lo que había comenzado como un juego, se estaba transformando en un peligroso capricho. Su amiga empezaba a preocuparse y por eso trató de hablar con ella, de intentar que pusiera los pies en el suelo y aceptara la realidad. Pablo no era un chico para una persona de su clase, sus padres jamás lo aceptarían, y lo que era aún más terrible, nunca llevaría con él el tipo de vida al que ellas estaban acostumbradas, el mundo en el que habían nacido y en el que se desenvolvían con soltura. Pero Sonsoles, henchida de amor, no entraba en razones.

—Sonsoles, querida, ¿no te das cuenta de que corres tras un imposible? Tu padre jamás permitirá que Pablo se acerque a ti, no te queda más que olvidarlo. Ha sido un juego divertido, pero se está volviendo peligroso y yo no quiero verme implicada en todas estas majaderías.

—Pero Ana, yo le amo…—susurraba la muchacha entre suspiros— ¿Quieres que acepte que me tendré que casar con quien no quiero?

—No, Sonsoles, no le amas. Has dibujado en tu mente a un príncipe azul que ni conoces. La vida es otra. A ti te gustan los vestidos, los afeites, los criados, las mansiones, la vida vulgar de personas mediocres no está hecha para ti. Ha sido divertido y excitante, pero déjalo ahí.

—Ana, no lo entiendes. ¡Yo le amo! No es un juego y no soy tan frívola ni tan caprichosa como piensas. No es un juguete con el que quiero jugar y volver a casa después a llorar en brazos de papá. Te digo que estoy enamorada y que ese hombre es todo lo que llena mis días, aunque tú no lo creas.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Escaparte de casa? ¿Como una perdida? ¿Como una buscona tras los pasos de un hombre?

—¡No sé, no tengo ni idea! ¿Disfrutas torturándome?

—No querida, precisamente porque eres mi amiga trato de que veas lo absurdo de tu comportamiento. Si lo llego a saber no empezamos con la broma. Ahora olvídalo y seguiremos como si nada, al fin y al cabo, no es más que un vulgar exseminarista. Ya verás lo que te espera, a tu alrededor revolotearán los herederos más perseguidos de Pamplona y más allá.

La sonrisa dulce y melosa de Ana no convenció en absoluto a Sonsoles que, lejos de darle la razón, se quedó callada mirándola como si no la reconociera. Estaban en una salita del palacete sentadas en unos mullidos sillones de terciopelo. Las paredes estaban enteladas y numerosos

cuadros colgaban de ellas. Las ventanas, que daban al jardín, estaban entreabiertas y los visillos, de color vainilla, revoloteaban al compás de la brisa. Sonsoles se levantó y se acercó al ventanal, a sus pies una diminuta fuente imprimía al silencio los ecos del agua y sobre el borde divisó un pájaro negro que se bañaba, aleteando después para sacudirse las gotas. Los setos que rodeaban la fuentecilla, con formas perfectas, obra de un jardinero experto, resplandecían bajo el sol de la mañana, verdes y brillantes. Olía a hierba húmeda y recién cortada.

Sonsoles sentía el corazón desolado, Ana jamás se había tomado en serio su amor, ahora lo sabía. Había accedido a ayudarla como pasatiempo, para tener algo divertido que hacer en las tardes de primavera, como jugar a la brisca o leer poesía, sólo que mucho más excitante. Eran niñas de la alta sociedad, estaban por encima del bien y del mal, misa diaria, buenas costumbres, pero el alma de un inocente daba igual, podían entretenerse con sus sentimientos y dejarle a la deriva, roto y frustrado. Eso estaba permitido. Se separó de la ventana, volvió a su asiento y juntó las manos antes de hablar.

—Amo a ese hombre, no sé si lo podrás comprender, y haré lo que esté en mi mano para que sea mi novio, aunque tenga que discutir con mi padre o con todos los santos del santoral —su voz sonó decidida.

—Pero, ¡qué estás diciendo, criatura! ¡No seas loca! Estos enamoramientos vienen y van, coqueteamos, nos reímos, damos falsas esperanzas y después nos desposamos con el pretendiente correcto. ¡Así es el juego! Acabarás en un convento si sigues con esas ideas desquiciadas.

—No hables como mi madre, no lo soporto. Ahora si me disculpas tengo un fuerte dolor de cabeza.

—No te disgustes Sonsoles, somos amigas desde la infancia y sabes que no diría nada que pudiera hacerte daño, sólo velo por ti. ¿No harías lo mismo en mi lugar?

—Déjame sola, por favor. Ya seguimos hablando otro día que ahora tengo cosas que hacer.

Ana se levantó entre siseos de tela y miró con desconcierto a su joven amiga que había adquirido una actitud distante, al parecer se tomaba demasiado en serio lo de aquel dichoso seminarista. De repente, temió que fuera a hacer una tontería y se asustó. Habían ido demasiado lejos con aquella bobada y Sonsoles siempre había sido enamoradiza y propensa a las exageraciones, tendría que convencerla de alguna manera para que abandonara aquel disparate, pero ese no era el día, estaba claro a juzgar por el ceño fruncido de su rostro. Conocía demasiado bien ese gesto y era mejor no tensar más la situación.

—En fin, te dejo tranquila. Recuerda que esta tarde tenemos una cita en casa de Clara, será un tostón, como casi siempre, nos destrozará los oídos con sus últimas piezas al piano y después nos mortificará con su parloteo sin fin.

En cualquier otro instante Sonsoles habría sonreído, pero aquella mañana, simplemente asintió, se levantó y acompañó a su amiga hasta la puerta donde se despidieron fríamente. Después volvió a la salita, sacó un papel de color lila con florecillas en una esquina y escribió una nota bastante breve, pero peligrosa. La dobló y la metió en un sobre que ocultó con cuidado en el fondo de su costurero. En cuanto viera a Fernando se la daría, ya era hora de cambiar las cosas, de tomar decisiones, de elegir su camino.

Fernando no visitó a sus tíos hasta dos días después. Entró como una tromba, besó a su prima y achuchó a su tía que, con grandes y simulados aspavientos, pero a carcajadas, trataba de quitárselo de encima. Esto sólo lo hacía porque sabía que su tío no estaba en casa, él era, a los ojos de su sobrino, un caballero amargado que vivía en la época medieval y cuya mayor distracción consistía en hacer la vida imposible a todos los que le rodeaban. Después de merendar salió con su prima al jardín, momento que aprovechó ella para darle la misiva.

—¡Eh, eh! ¿Qué haces? Tu amigo ya no está en el seminario. No pretenderás que le busque por todo Pamplona para darle una carta tuya llena de simplezas y florecillas.

—Sí, eso pretendo, aunque te pondré las cosas más fáciles pues sé la dirección donde tienes que llevarla —su voz era firme.

—Ni hablar primita, yo no soy tu cartero. ¡Lo que me faltaba! Búscate otro mensajero, querida.

—Vas a hacer lo que te digo porque si no me chivo a tu padre y le cuento lo de tus salidas nocturnas saltando el muro del seminario.

—Pero ¿quién te ha contado eso? —Fernando la miraba desconcertado y furioso—. Seguro que ha sido la cotilla de tu amiga Ana.

—Se dice el pecado, pero no el pecador, así que la llevarás gustoso ¿no es así?
El muchacho se sintió acorralado, no podía hacer otra cosa, si su padre se enteraba de sus escapadas, Dios sabía lo que podría ser de él, no digamos si llegaba a oídos de su tío. Sacudió la cabeza como intentando hacer desaparecer los negros pensamientos que habían hecho acto de presencia y miró con rencor a su prima.
—Está bien, pero es la última vez. A ver si piensas que no tengo otra cosa que hacer en esta vida que ser tu recadero.
Sonsoles sonrió taimadamente y sus ojos dejaron traslucir lo que pensaba, llevaría todas las notas que ella le diera si no quería tener un grave problema.
—¿Y si me chivo yo del lío que te traes con el seminarista? —se defendió.
—¡Inténtalo!
Esa única palabra sonó como una amenaza tan cortante y profunda que por un momento el vello se le erizó. Esa chica estaba cada día más rara. Él sabía que tenía todas las de perder, que nadie le creería, que darían veracidad a lo que Sonsoles, la niña ejemplar, dijera.
Se fue malhumorado, apretando con fuerza el sobre en su bolsillo, odiaba la sensación de estar en manos de nadie y menos de aquella estúpida consentida. ¿Qué sería lo próximo que se le ocurriría pedirle? Tan ensimismado y furioso caminaba que no vio a Ana llegar y a punto estuvo de darse de bruces con ella.
—Buenas tardes Fernando ¿dónde va usted tan disgustado?
—¿Quién le ha dicho que yo estoy disgustado? —contestó con voz desabrida.
La amiga de Sonsoles se quedó callada, confusa por aquella contestación tan descortés, sin saber qué decir y un gesto de sorpresa asomó a sus labios. Iba a despedirse para seguir su camino antes de que se sonrojara más de lo necesario cuando la voz de Fernando, esta vez más suave, la tranquilizó.
—Discúlpeme usted, señorita Ana, es que mi prima me ha vuelto a dar una nota para el seminarista ese, que no sé qué tratos se traen entre manos y, al parecer, a mí me ha tocado el papel de Miguel Strogoff.
Ana relajó el gesto y sonrió ante la ocurrencia. Un instante después, una idea surcó su mente repentinamente, reflexionó unos segundos sobre ella y supo cuál era la solución, lo que tenía que hacer.
—¿Y puede enseñarme la nota? —en aquel instante ya había urdido un plan.
—¡Claro! Me parece que usted está liada en el mismo embrollo tanto o más que ella —metió la mano en el bolsillo y sacó el sobre que ya estaba arrugadísimo—. Lo siento, ha sido fruto de la rabia.
Ana le sonrió de nuevo mientras sus dedos abrían con cuidado aquel papel doblado que leyó rápidamente intentando contener la incredulidad para no significarse delante de Fernando, porque aquello era grave, muy grave, mucho más de lo que esperaba. Sonsoles, definitivamente, se estaba volviendo loca de remate, estaba perdiendo los papeles, actuando de forma vergonzante y ella no estaba dispuesta a consentir que hiciera tales locuras, iba a atajar aquel asunto de raíz, aunque se enfadara para siempre, aunque la odiara. Algún día se daría cuenta de que lo hacía únicamente por su bien. Era necesario tomar una decisión tajante y ella, como buena amiga, no tenía otra opción que hacer las cosas como debían de hacerse.
El sábado, ya bien entrada la madrugada, cuando todos dormían en casa de los señores de Elizalde de Solá, una figura delicada, envuelta en un vaporoso camisón que cubría una gruesa bata, bajó por las escaleras del palacete cuidadosamente, en absoluto silencio. Se había puesto unos calcetines gruesos, de esos que su padre utilizaba para cazar, de manera que ni un solo ruido hicieran sus pies sobre la madera de la escalera más allá de los quejidos propios de ese material. Una vez en el vestíbulo se puso las zapatillas y abrió con mimo la puerta dando dos vueltas a la llave. En cada tintineo, en cada chasquido, Sonsoles se paraba, con el corazón latiendo con fuerza en las sienes, y escuchaba en el silencio, tratando de descubrir cualquier sonido que delatara que alguien en aquella casa se había despertado. Sin embargo, no fue así y llegó al exterior sin problemas. Sintió sobre su rostro el frescor de la madrugada, inhaló con fuerza el olor de la hierba y las flores, aspiró profundamente, llenando los pulmones de la felicidad que la embargada y se arrebujó en la bata antes de salir corriendo a la parte trasera del jardín. Allí estaba Pablo, esperándola, con gesto de preocupación. Había saltado el muro ayudándose de una escala, la del jardinero, la que utilizaba para limpiar los lienzos de pared y

que Sonsoles había dejado preparada.
Según llegó, la joven se lanzó a sus brazos, pillándole desprevenido, pero tras la sorpresa inicial, la acogió en su regazo con deleite. Nunca había estado tan cerca de su cuerpo. No hubiera sabido definir su aroma, pero le pareció el perfume más maravilloso del mundo y se sumergió en él. Unos instantes después, ella se separó y él pudo ver las lágrimas que corrían, abundantes, por su rostro. Iba a preguntar, pero ella se adelantó.
—Quería verte, esta espera…
Las palabras quedaron ahogadas por unas voces que apagaron los susurros de los amantes y helaron sus corazones. Una luz que no sabían de donde provenía les deslumbró y la voz seca del señor de Elizalde se dejó oír claramente.
—¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas, vestida con esas trazas y en brazos de un hombre? Ven aquí ahora mismo. Pensé que me habían gastado una broma de mal gusto, pero no, he aquí la prueba, mi hija escapando de casa a citarse con un desgraciado como si fuera una mujerzuela.
Sonsoles estaba aún más pálida que la luna que lanzaba sus rayos plateados sobre la tragedia. No sabía qué hacer, si moverse o seguir al refugio de aquellos brazos que la transmitían amor y protección. Un tirón que le pareció descomunal la separó de su resguardo y la hizo caer al suelo con violencia, allí se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar desconsoladamente. Pablo se agachó inmediatamente para intentar socorrerla mientras iniciaba una explicación dirigida a su padre que no dudó, aprovechando que el joven se agachaba, en dar el primer golpe, un golpe al que siguieron tantos que perdió la cuenta primero y el conocimiento después. En su mente solo quedaron los gritos desesperados de Sonsoles rasgando la noche.
Cuando se despertó estaba tirado en la calle, aturdido y apaleado, había sangrado por la nariz y seguramente por algún sitio más, pero ya estaba todo seco. Se levantó dolorido, apenas sí podía andar, el sol estaba ya alto en el cielo y al salir del descampado en el que cualquiera habría pensado que estaba durmiendo la mona, los viandantes le miraron con una mezcla de horror y asco. Debía tener un aspecto horrible, pero no quedaba más remedio que moverse y, caminando muy despacio, llegó a la fonda en la que se hospedaba y en la que, gracias a Dios, no se cruzó con nadie. Subió a su cuarto y se derrumbó en la cama, vestido y sucio como estaba.
La pátina de lo correcto que cubre a menudo actos incorrectos no es más que un simple y frágil barniz de la superficie. A lo largo de los siglos, en millones de historias donde el amor es protagonista, injerencias ajenas, abanderando el buen hacer, destrozaron sin contemplación el origen, el núcleo del amor tantas veces inconsciente, pero puro. Las razones para actuar en contra de los amantes se entretejen con miles de hilos de emociones y apariencias sobre los que subyace y se eleva uno que justifique nuestros malévolos actos.
Pablo y Sonsoles únicamente deseaban vivir en paz, vivir su amor siendo ellos mismos los que dirigieran sus pasos, para bien o para mal, eso era lo de menos. Lo de más, la posibilidad de elegir, de decidir, de equivocarse. Pero casi nunca la vida es tan simple y la interacción con los otros, con aquellos que sienten un derecho sobre los amantes o simplemente que creen que sus elecciones serían mejores, termina por inmiscuirse y forzar decisiones que, de no verse obligados, jamás habrían tomado.
Fernando estaba harto de ser el mensajero chantajeado de su prima, harto de estar encerrado en el seminario, harto de que su padre le tratara como a un tarado, harto como solo un adolescente puede sentirse. La delación significaba poder hacerse ver a los ojos paternos como el garante de la virtud de su prima, subir escalones, tener algo que decir y, de paso, vengarse.
Ana, la fiel amiga, no quería perder la amistad de Sonsoles. Estaba aburrida de oír hablar casi en exclusiva de Pablo, que si Pablo por aquí, que si Pablo por allá, que ha hecho esto, que me ha escrito aquello. Había dejado de ser la primera, la confidente, la única y había sido relegada al papel de observadora. En el fondo envidiaba aquel amor loco y aventurero lleno de dificultades que Sonsoles disfrutaba, que hacía brillar sus ojos y su corazón. Sin embargo, se decía una y otra vez que no la traicionaba al delatarla, simplemente la alejaba de aquel descontrol.
Dejando a un lado los miles de motivos y matizaciones, Fernando y Ana se habían conchabado para chivarse de la cita que Sonsoles había propuesto para aquella madrugada y aunque el señor Elizalde en un primer momento se negó a creerlo, acudió al supuesto encuentro acompañado de dos de sus hijos rezando para que aquello no fuera más que un malentendido. Pero allí, delante de sus narices, se encontró a su hija, su maravillosa hija en brazos de aquel

blasfemo. La ira que lo arrasó a continuación no tuvo límites y si no hubiera sido porque llegó la señora Elizalde alertada por los golpes y los gritos de Sonsoles, seguida de gran parte del servicio y alguno más de sus hijos, lo hubiera matado allí mismo.
Cuando Pablo amaneció conmocionado y dolorido, con un ojo que apenas podía abrir y miles de moratones, lo único que le preocupaba era su amada, a la que dejó, contra su voluntad, en aquella casa a la que jamás podría acercarse. Supuso, además, que aquel suceso significaba el fin y fue tal el dolor que su corazón soportaba, que hubiera preferido una paliza eterna a aquel sentimiento de orfandad e impotencia que lo embargó y le hizo llorar durante horas. El señor Elizalde, sabiéndolo todo, la alejaría de él para siempre sin que tuviera la menor posibilidad de seguir sus pasos.
No salió de su habitación en varios días. Llamó a la casera, una matrona con un delantal cuajado de manchas ancestrales y una cara regordeta de ojos hundidos, y le contó un embuste sobre un ajuste de cuentas en el que él había sido una víctima inocente. Haciendo acopio de su oratoria de seminarista, consiguió que le subiera las comidas a su dormitorio para así poder dejarse llevar libremente por su tristeza. Apenas salía de la cama si no era para acudir al baño que estaba en el pasillo, siempre mirando antes, para no encontrarse con ningún otro inquilino.
Sonsoles quedó encerrada en su cuarto llorando desconsoladamente, avergonzada y aturdida por el rumbo que habían tomado los acontecimientos. Recibió la visita de su primo que, arrepentido, intentaba pedir disculpas, aunque no encontró más que silencio y ausencia, el mal estaba hecho y ya no había vuelta atrás. Fernando salió de allí como un proscrito, como había entrado, escondido en las sombras de las últimas horas nocturnas. La joven no levantó la cabeza de la almohada ni una sola vez, nada que no fuera su amor le importaba, ni las palabras de consuelo ni la llegada del día significarían nunca nada más para ella.
Varios días más tarde, sus padres, con cara circunspecta y notorias señales de no haber dormido, se presentaron en la alcoba y se sentaron frente a una pequeña ventana a cuyo lado Sonsoles miraba el jardín sin inmutarse. El señor Elizalde carraspeó antes de comenzar su discurso. Miró a su hija, pero ella no movió ni un músculo, se mantenía ajena y distante. Su padre ignoraba que para ella nadie había entrado en aquella estancia y las palabras que allí se pronunciaran nada tenían que ver con su futuro porque ya había decidido que era hora de rebelarse. El señor Elizalde declamaba su tristeza, su dolor, la deshonra, el sabor de la traición de una hija, lo peor que podía esperarse. Hacía mención a su infancia, a su educación, a la confianza que siempre le habían dispensado.
—…"Y ahora, ahora te encuentro con ese … con ese … "—. El hombre se dio cuenta de que había elevado el tono de voz y ante la falta de un adjetivo que definiera a aquel sujeto, que no fuera una palabra excesivamente soez, se vio obligado a callar un instante. Fue la única vez que Sonsoles se dio la vuelta y lo miró a los ojos fijamente. Su expresión le desconcertó, no supo traducir aquella serenidad acerada, aunque sintió recorrerle un escalofrío que no fue capaz de entender.
—¡Qué bochornoso espectáculo! —prosiguió con nerviosismo—. Menos mal que lo hemos parado a tiempo gracias a que tu primo ¡quién lo iba a decir! y tu amiga Ana han sido lo suficientemente maduros y generosos como para preocuparse de ti, teniendo en cuenta que tú habías perdido el juicio y no sé en qué estabas pensando para citarte con ese … truhan blasfemo. ¡Imagínate! Nos hubiéramos convertido en el hazmerreír de toda la buena sociedad de Pamplona.
Sonsoles apuntó en su agenda de rencores a su amiga Ana de la que, hasta aquel instante, no había sospechado. Su padre continuó con su perorata y sus planes. Ingresaría en un internado, se convertiría en una señorita formal y olvidaría a aquel individuo. Cuando llegara la hora de desposarse, ya encontrarían un buen partido acorde con su alcurnia. Sonsoles dejó de escuchar aquel discurso monótono y aburrido que nada tenía que ver con ella porque aquel que se elevaba como adalid de las buenas costumbres y de la fe cristiana se había extralimitado con el hombre al que amaba y ella no se lo perdonaría nunca. Su iglesia de los domingos, sus obras de caridad, sus rezos antes de las comidas, todo, no era más que una pantomima. Jesucristo jamás habló de violencia y descontrol y menos con un ser tan bondadoso como Pablo.
—¿Me estás escuchando? —la voz del señor Elizalde la sobresaltó, pero inmediatamente se recompuso. No daría ni una pista de lo que pensaba.
—Por supuesto, padre. Ha sido una irresponsabilidad por mi parte y no volverá a ocurrir.

Aceptaré sus decisiones sin rechistar porque estoy segura de que serán la mejor de las opciones para enmendar mi absurdo comportamiento. Le pido disculpas por todos los quebraderos de cabeza que les he podido causar y por esa noche de disgusto —habló sin dejar de mirar al infinito, como un autómata, las palabras exactas que sabía que llenarían de complacencia a su progenitor. Una leve sonrisa de satisfacción se asomó unos instantes a los labios de aquel hombre que empezó a pensar en una tormenta pasajera de estupidez adolescente.

Al llegar la noche, Sonsoles se vistió con ropa de sus hermanos que había encontrado en el desván. En la hora de la siesta, sin que nadie se percatara, pues todos dormían el disgusto, subió las escaleras hasta aquella olvidada estancia de sus juegos. Sabía dónde buscar y tardó apenas unos minutos en bajar, aún más sigilosa, para terminar en su habitación con la respiración entrecortada y la angustia lanzando zarpazos a su estómago. Esperaría la llegada de la noche y saldría por la ventana de su dormitorio, se deslizaría hasta la reja de la habitación inferior y desde allí trataría de alcanzar el jardín. Era difícil y lo sabía, pero ya lo había practicado con su primo en la infancia y confiaba en poder conseguirlo.

5

Daban las doce en la iglesia de San Nicolás cuando Sonsoles se decidió a marchar. Apenas un hatillo con ropa simple, nada de vestidos y bordados, nada de abalorios ni de sombreritos, sabía que aquel tipo de vida se quedaba encerrado en aquella habitación para siempre. Cogió, eso sí, todo el dinero y las joyas que tenía y algo más que encontró en el despacho de su padre cuando se coló antes de la cena. Sabía que de ello dependería el inicio de su nueva vida junto a Pablo y no dudó en arramblar con las pequeñas cosas que consideró de valor. Nunca tuvo la sensación de robar, más bien tomaba con antelación parte de su herencia o quizás de su dote, pero estaba segura de que algo de todo aquello le pertenecía.

Tiró primero el hatillo y después inició el complicado descenso. Todas las luces de la casa estaban apagadas y en la oscuridad de la noche se sentía protegida. Resbaló una vez y perdió pie, pero se asió fuertemente a la reja sintiendo un dolor punzante primero y el goteo de la sangre después. Era evidente que se había cortado. Pero más allá de este simple incidente, en pocos minutos tocó suelo y recogió sus cosas. Miró por última vez hacia arriba, hacia la ventana desde la que había visto correr el tiempo, desde la que las nubes formaban imágenes en su imaginación, desde la que la lluvia y el sol habían acompañado sus días. Allí, sobre su escritorio, en un sobre de color lila en el que se podía leer claramente “Para mis padres”, una cuartilla del mismo color, decorada con florecillas, explicaba el motivo de su huida. No se casaría jamás con nadie que no fuera Pablo, su decisión era firme y ya que sus padres no lo aceptarían nunca, les ahorraría problemas desapareciendo de sus vidas. Lloró desconsoladamente antes de partir, destrozaba su corazón pensar que no volvería a ver a los suyos, pero un sentimiento más fuerte, una pasión incontrolada le insuflaba las fuerzas con las que seguir adelante.

Saltó el muro exterior con la misma escalerilla que había utilizado su amante, se arañó las manos y se hizo un agujero en el pantalón al dejarse caer por el otro lado hasta la acera. Una vez fuera, un tanto atemorizada y con algún que otro signo de arrepentimiento, emprendió la marcha hacia la pensión donde esperaba encontrar a Pablo. Anduvo un tanto temerosa por las calles de la ciudad, ella jamás había transitado por allí, y menos sola, a esas horas de la noche. Cada sombra se le antojaba un peligro y sabía que nadie decente se encontraría a su paso, más que caminar corría perdiendo el resuello. Todo su capital iba con ella y el miedo hacía que toda aquella locura cada vez le pareciera más peligrosa.

Al doblar una esquina se topó con un hombre que encendía un cigarrillo. El corazón se desbocó en su pecho y la boca se le secó de repente. A la luz de la cerilla aquel rostro mal afeitado le horrorizó. Él, viendo la cara de pánico de aquella estrafalaria muchacha vestida de zagal, trató de evitar que saliera corriendo para preguntarle si le ocurría algo, pero Sonsoles, con un movimiento ágil y cimbreante, salió disparada como alma que lleva el diablo. El sujeto meneó la cabeza y volvió a apoyarse en la pared mientras la veía alejarse, sonriendo ante lo imprevisto de la fugaz aparición.

Por fin llegó a su destino sin aliento. Había hecho casi todo el camino corriendo, parando únicamente a descansar cuando le faltaba el aire, pero ahora, ante aquel modesto portal de cristales biselados, no sabía qué hacer. La noche era tibia, el cielo estaba completamente despejado y una luna redonda y brillante se alzaba en lo alto del firmamento. Tanta claridad, una vez había llegado allí, no era buena compañera, le hacía demasiado visible y demasiado fuera de lugar. Pero la puerta, como era de esperar, estaba cerrada. No había contado con esa contingencia, ella no vivía en un piso y por lo tanto había olvidado que los portales y los porteros por las noches descansaban. Se sentó descorazonada y con una brizna de desesperación en los tres escalones de la entrada, poniendo tras de sí el hatillo como si fuera un cojín, más por prevenir un posible robo que por estar a gusto.

Se levantó y miró desde atrás el edificio. En el segundo piso una tenue luz, tal vez la de una vela, temblaba contra el lienzo de pared visible. Una sombra deambulaba confundida con los claroscuros de la noche, se engrandecía y empequeñecía al compás de los movimientos de su persona. De repente, se asomó a la ventana y Sonsoles descubrió los perfiles conocidos de su amor. Estuvo tentada de llamarlo a gritos, de chillar su nombre, pero su buena educación

controló su impulso. A cambio, corrió a situarse bajo la ventana, pero cuando llegó, el espacio estaba vacío y únicamente la amarillenta claridad titilante rellenaba el vano. Se sintió desalentada. Si llamaba, despertaría a todo el mundo y eso era lo último que deseaba, tendrían que salir inmediatamente de la ciudad sin que nadie lo supiera. Sabía que su padre intentaría encontrarla y su única baza era la discreción.
Recogió unas cuantas piedrecitas del suelo e intentó lanzarlas contra aquella ventana. Las primeras chocaron contra el muro, la puntería no era una de sus virtudes, pero al fin consiguió lanzar una que iba directamente al marco. En ese momento volvía a asomarse Pablo que recibió el chinazo en plena cara. Sonsoles se tapó la boca y él lanzó un improperio que nadie escuchó, mientras se llevaba la mano al pómulo. Después apareció de nuevo achinando los ojos en busca del autor de aquella broma de mal gusto.
A los pies del edificio Sonsoles saltaba haciendo aspavientos con las manos, pero Pablo no veía desde allí más que a un muchacho con el pelo demasiado largo que se burlaba de él tras la hazaña.
—¡Será …! ¡Eh, tú, sinvergüenza! Como baje vas a ver si te doy chinitas…
—Pablo, soy Sonsoles —levantó un poco la voz la muchacha haciendo bocina con sus manos.
—¿Qué dices? —el seminarista empezó a encontrar extraña la situación y el nombre de Sonsoles llegó a sus oídos descontextualizado.
—Mi amor, soy yo, Sonsoles… —insistió elevando el volumen.
No podía dar crédito a lo que veía. Sonsoles, vestida de chico, saltaba bajo su ventana a esas horas de la madrugada, su corazón se desbocó al instante, algo horrible había tenido que pasar. Se quedó paralizado, asomado, con las manos fuertemente ancladas al alféizar, sin reaccionar.
—¡Ábreme! —la cara de desesperación y los aspavientos de la joven le sacaron por fin de su letargo. Bajó de tres en tres los escalones y con sumo cuidado abrió la puerta del portal que produjo al moverse un chirrido seco.
Sonsoles, nada más descubrir su figura, se lanzó a sus brazos y un gemido sordo salió de sus labios, mitad pena, mitad alivio, mientras el joven la acogía incrédulo en su regazo y la acariciaba el pelo.
—Pero ¿qué haces tú aquí, criatura? ¿Y a estas horas? ¿Vestida...así? ¿Qué ha ocurrido? —las preguntas se agolpaban en sus labios.
Entre hipidos se explicó con impaciencia, las palabras se amontonaban desordenadas en su boca y salían de allí sin orden ni concierto, instigadas por el pánico y la vergüenza de ver descubierta su huida antes de tiempo. Había que escapar, salir corriendo y abandonar la ciudad, se había fugado del encierro de su casa y ya no había vuelta atrás. Mientras hablaba la asaltó una duda horrible. ¿Y si Pablo no estaba de acuerdo? No había contado con su opinión, no había pensado nada, había dado por hecho que la pasión que la arrastraba era siamesa de la que sentía él.
El carácter reflexivo del muchacho marchaba muy por detrás de las palabras que, a borbotones, lanzaba Sonsoles. No contestó inmediatamente. El portal estaba a oscuras y sólo un haz de luz formado por la claridad de la luna se colaba entre los barrotes. Los amantes hablaban en susurros.
—¿Así que te has fugado de casa con ese hatillo que llevas en las manos, vestida con esas absurdas prendas y en mitad de la noche? —resumió incrédulo.
Asintió atemorizada por la duda. Dicho así, hasta a ella se le antojaba una estúpida locura. Con una ráfaga de lucidez, rebuscó en los bolsillos y fue sacando joyas y billetes arrugados y colocándolos encima de un escalón.
—También he traído esto para poder salir adelante un tiempo —su mirada era la de una niña confundida en busca de confirmación.
—Y antes de irte —prosiguió su reflexión Pablo— has robado todo lo que has podido para poder empezar desde cero.
Ya no pudo contenerse más y comenzó a llorar amargamente. Era evidente que se había equivocado y que el hombre que tenía enfrente no sentía el amor arrasar sus sentidos con la fuerza que la traspasaba a ella hasta casi provocarle dolor. No habría sobrevivido separada de sus ojos.
—Yo… —balbuceó— pensé que me amabas como yo a ti, que no podríamos vivir separados. Mi padre me iba a llevar a no sé qué lugar, colegio o monasterio, me iba a encerrar hasta el

momento de venderme al mejor postor para sus negocios. ¿No lo entiendes?
A través de las lágrimas volvió a descubrir ese rostro que tanto le gustaba, suave, atento, cariñoso…la ironía había desaparecido, las frases hirientes, la incomprensión. Se acercó a la joven y la abrazó.
—Buscaremos una solución, vida mía. Todo se va a arreglar —las palabras llegaron como un bálsamo a los dolientes oídos femeninos—. Recoge todo, mételo en la bolsa y espérame aquí. Tienes razón, hay que huir de Pamplona. Si ya la situación era difícil, con este último acto de rebeldía, se ha convertido en imposible. Lo que me pregunto es si has sopesado tus actos con un mínimo de lógica, consciente de las consecuencias que te traerán estas lluvias.
Ella asintió convencida y a lo largo de todos los años que compartió con él, jamás se arrepintió de la decisión que tomó aquella noche esplendorosa de verano. Sin embargo, en ese momento el antiguo seminarista seguía insistiendo.
—¿Sabes que no podrás mantener el tren de vida al que estás acostumbrada? Yo jamás poseeré el capital de tu padre ni sus recursos y tendrás que decir adiós a vestidos, fiestas, caprichos, comodidades…—era una duda que venía atormentándole desde hacía mucho tiempo. Sabía que estaba fuera de lugar el comentario, pero no pudo contenerse.
—Mira cariño, sé que para mí se acabó ese mundo, pero comienza uno más real, más mío y lo que es fundamental, por mí decidido. Entiendo que pueda sonarte raro, abandonar la protección del padre sin tener un marido, pero la única vida que concibo está a tu lado, compartiendo lo que nos tenga que venir y viviendo lo que para nosotros esté escrito —Sonsoles iba volviendo a tomar las riendas de sí misma tras el pánico inicial y se secaba las lágrimas con un pañuelito finísimo de bordados primorosos que había sacado de un bolsillo del pantalón.
Pablo se quedó mirando aquella prenda con preocupación y Sonsoles que siguió la dirección de su mirada, sonrió levemente.
—No te preocupes, no es lo que piensas. Sabré vivir sin lujos, esto es una pequeña licencia al recuerdo.
Esperó en el portal mientras él recogía sus cosas, dejaba una nota a la casera con el dinero que debía del mes —lo que faltaba era que los persiguieran las autoridades también por impago— y salía rumbo a no sabía dónde ni en qué condiciones. Sin embargo, su corazón, tras el colapso inicial, se encontraba henchido de felicidad. Lo que esa mujer había hecho por estar a su lado, aunque pudiera ser pecado, lo llenaba de orgullo. No estaba dispuesto a creer que Dios no perdonara a quienes solo seguían sus palabras “Amaos los unos a los otros como Yo os he amado” ¿Y qué mayor prueba de amor que aquella?
Eran las cinco de la madrugada cuando se dirigieron apresuradamente hacia el barrio de San Jorge donde se encontraba la estación ferroviaria. Debían de salir inmediatamente de Pamplona, no contaban con demasiado tiempo y esperaban que, para cuando la familia fuera consciente de la desaparición, ellos ya estuvieran a una distancia lo suficientemente importante como para poder tener alguna posibilidad de que no les pillaran. Pablo sabía que el medio más rápido era el tren, Sonsoles ni siquiera había pensado cómo se irían de allí, pero cogida del brazo de su novio caminaba a saltitos intentando seguir las zancadas impacientes de él.
—Toma, ponte esta gorra que disimule tu pelo y mantén la cabeza gacha, pasaremos más desapercibidos. Intenta hablar lo menos posible.
Caminaban cerca de las vías por un terreno sin asfaltar, sucio y descuidado, lleno de matojos secos cuyas pequeñas espinas se quedaban pegadas a los pantalones. No se oía nada más que el trinar de los pájaros que saludaban al día. A lo lejos unos edificios de ladrillo con tejado a dos aguas conformaban la Plaza de la Estación.
—Quédate aquí y espérame. Voy a acercarme a ver cuál es el próximo tren y a dónde va —dijo el joven sentándose en unas cajas de madera medio podrida cerca ya de las casas—. Cuantas menos personas nos vean, menos posibilidades de que nos reconozcan.
—¡Pero esto está asqueroso! —Sonsoles se mantenía de pie y miraba con evidentes gestos de disgusto el panorama que se abría ante ellos.
—Vete acostumbrando, querida, ahora no somos más que proscritos —volvía a tener el semblante serio y como ella sabía qué pensaba, suspiró y se sentó a su lado sin rechistar. Él la abrazó y pospuso momentáneamente su excursión. Un rato después, las campanas de una iglesia cercana dieron las siete y Pablo se levantó.

—No te muevas que en un momento estoy de vuelta y decidimos.
Sonsoles vio la espalda de aquel hombre alejarse entre la maleza rumbo a uno de los edificios en cuya puerta principal podía verse un cartel que por su situación ella no podía leer. Volvió a sentarse a esperar, observando cómo de un hormiguero cercano salían y entraban cientos de hormigas en procesión. Era fresca la mañana, pero no podía sacar nada de su hatillo que no desentonara con aquellas ropas masculinas. Cogió un palito e instigó a las hormigas mientras que de vez en cuando volvía la cabeza buscando con la mirada a su novio. Ya empezaba el bullicio a hacerse cargo de las calles. Hombres con blusones grisáceos tiraban de carretones cargados de productos, mujeres con cestas y los primeros coches de caballos confluían en el inicio de la jornada. Desde su escondite todo parecía irreal y los sonidos lejanos, un zumbar de fondo que apenas le rozaba.
Por fin volvió. Se sentó a su lado y se rascó la cabeza.
—¿Y bien? —los ojos de Sonsoles denotaban impaciencia.
—¿Estás segura de lo que vamos a hacer? Si nos pillan yo voy preso y tú a un convento. No tenemos nada más que un poco de dinero y…
—Mucho amor —le interrumpió con contundencia—. No lo pienses más. Si no estás convencido, me iré yo, ya no puedo echarme atrás, estoy segura de lo que hago y si me encierran otra vez, buscaré la forma de fugarme de nuevo. Mi pregunta es … ¿Sientes lo mismo que yo?
La mujer se mantenía erguida y sus ojos, clavados en los de su novio, esperaban una contestación rotunda que diera respaldo a su decisión.
Por respuesta Pablo simplemente la abrazó y con aquel gesto constreñido de amor las dudas se desplazaron en busca de otros corazones que las dieran más cobijo.
—A las nueve sale el primer tren a Zaragoza con parada en Castejón. Creo que quedarnos en Zaragoza es demasiado arriesgado por la cercanía y porque es la opción más lógica. Así que desde allí podríamos seguir hasta Madrid, la capital es el lugar en el que podríamos escondernos con más facilidad.
—¡Madrid! —repitió con incredulidad—. Eso está lejísimos.
—Es nuestra única esperanza. Si conseguimos llegar allí, podremos buscar la manera de salir adelante.
Pablo compró los billetes más baratos y cinco minutos antes de que la humeante y oscura máquina comenzara a echar su vapor de las entrañas, la pareja se acercó a su vagón correspondiente. Cuando estaban a punto de subir, unos gritos desde atrás los sorprendieron. Al darse la vuelta vieron a un hombre con sotana que se acercaba con paso resuelto, los brazos abiertos y una sonrisa en la boca. Sin pensarlo dos veces y, antes de que llegara junto a ellos, Pablo se puso por delante de Sonsoles y con la mano la empujó hacia la puerta.
—¡Sube! —susurró—. Y no me conoces.
El antiguo seminarista mientras tanto se acercó al padre Bernardo y lo saludó.
—¡Qué casualidad! ¿También vas a Castejón?
El joven no sabía qué contestar y asintió
—¿Negocios? ¿Ocio? ¿Alguna jovencita? —la mirada pícara del sacerdote distaba mucho de la sobriedad que de aquel hombre guardaba en su recuerdo.
El pitido estridente indicando la inminente salida del tren interrumpió la conversación y permitió a Pablo un segundo de reflexión.
—Debo subir al tren o lo perderé y le aconsejo que haga lo mismo. Ya tendremos tiempo de hablar cuando vuelva.
El sacerdote volvió a sonreír y estrechó la mano de su antiguo pupilo.
—Me ha alegrado verte. Espero que no hayas olvidado tus deberes cristianos y sigas siendo un hombre de ley, temeroso de Dios. Cuando vuelvas, pásate por el seminario y charlamos, que ya no vayas a ser sacerdote no significa que no tengas que tener un guía espiritual.
—De acuerdo padre, así lo haré —mintió con la vergüenza rozándole el alma y, dando un salto, se subió al vagón. Mientras, con el maletín en la mano, el padre Bernardo corría hacia los vagones de primera.
En el último asiento de madera, hecha un ovillo, le esperaba Sonsoles con el corazón desbocado, ni siquiera se había atrevido a mirar por la ventanilla. Junto a ella reposaba su hatillo.

—¡Es una suerte que el clero viaje en primera! Aun así, no me fío de este hombre, en cualquier momento aparece por aquí y ya podemos despedirnos de esta aventura. Haremos el trayecto separados y no volveremos a dirigirnos la palabra, en Castejón bajará y podremos seguir el viaje más tranquilos —Pablo hablaba desde el banco de al lado con los codos apoyados en las rodillas y la cara escondida entre las manos. Todo el mundo se iba instalando en sus asientos y echándose hacia atrás, decidió mantenerse en silencio. Sonsoles asintió y apoyó la cabeza contra la pared.

El traqueteo del tren no impidió que la joven quedara profundamente dormida, ni las voces de los pasajeros ni el continuo y molesto movimiento fueron capaces de competir con una noche de insomnio. Su novio velaba por ella desde los asientos del otro lado y contra todo pronóstico el padre Bernardo no volvió a molestarlos.

Cuando Sonsoles abrió los ojos, el tren se había detenido y por la ventanilla se divisaba un viejo fuerte artillero construido a tenor de las últimas guerras carlistas. Era una construcción de ladrillo, de planta hexagonal, con almenas y tejado a seis aguas en el que aún podían verse los desperfectos de la última contienda. Volvió la vista al interior y allí estaba él, sonriéndole en su despertar y en el asiento de al lado un niño con pecas e inmensos ojos negros, de largas pestañas, que la miraba con extrañeza.

Se levantó y se sentó junto a Pablo que viajaba solo. El recorrido continuó, el tren los llevó hasta Zaragoza sin contratiempos y desde allí cogieron otro hasta Madrid.

Los primeros años en la capital fueron muy duros. Sonsoles estaba dispuesta a huir con su novio, pero de ninguna manera se amancebaría con él antes del matrimonio, punto éste en el que estuvieron totalmente de acuerdo. De esta manera, hasta que pudieron arreglar los papeles del matrimonio vivieron en pensiones distintas y buscaron trabajo. Pablo fue el primero en encontrarlo gracias a la formación casi universitaria que había recibido en el seminario. Entró en las oficinas de una empresa que hacía comercio con Cuba y llevaba a cabo todo tipo de tareas, cualquier cosa que el secretario del dueño tuviera a bien encomendarle. No cobraba mucho, pero tenía para mantenerse y ahorrar un poco. Sonsoles entró en una fábrica de ladrillos que se encontraba a las afueras. Para ella era durísimo el trabajo, acostumbrada como estaba a una vida de lujos y caprichos, pero a pesar de todo, la libertad que sentía al salir por las mañanas y encontrarse con sus compañeras compensaba el cansancio y la bajeza. Nunca se quejó. Sus manos, de primorosa manicura, se llenaron de callos, de cortes, de durezas; su pelo, siempre bien cortado se convirtió en una melena que domaba bajo un pañuelo y, aun así, su buena educación, sus maneras de niña rica y su cultura, no pasaban desapercibidas para los que la rodeaban.

Nunca quiso contestar a preguntas indiscretas y únicamente soñaba con el día en el que la boda pondría el punto y final a aquella historia, el día en el que por fin se sentiría segura al lado del hombre al que amó desde el primer momento en que sus miradas se cruzaron.

Fue una ceremonia discreta y solitaria, apenas unos amigos que hicieron de testigos, los padres de Pablo y una merienda en el Retiro, pero los amantes destilaban tal felicidad que llenaron y rellenaron con su amor los espacios vacíos. Más adelante, Pablo consiguió una plaza de guardia urbano con cuyo sueldo pudo Sonsoles dejar de trabajar para dedicarse por entero a su condición de madre. En su hogar, desde aquel día, jamás faltó el amor.

Allá en Pamplona la familia Elizalde de Solá vivió un auténtico calvario. Nunca pasó por sus cabezas que su única hija dejara la casa familiar con nocturnidad, como una proscrita, robando joyas y dinero, para fugarse con un seminarista renegado. Cuando encontraron la carta, el padre y los hermanos peinaron con discreción la ciudad en busca de la muchacha, pensando que se habrían escondido en algún lugar, prestos a proporcionarle un castigo ejemplar si ya no era demasiado tarde, pero el resultado fue desalentador. Mientras, en su magnífica casa, la madre caía en un estado de desesperación que no le permitía más que llorar y llorar. Mucho peor fue cuando, al día siguiente, en el seminario, indagando sobre el paradero de Pablo, se enteraron de que había sido visto en la estación cogiendo un tren hacia Castejón. De la angustia inicial se pasó al momento de ira.

—Iba solo —repetía el padre Bernardo.

—Si han seguido hasta Madrid será imposible localizarlos. ¡Sabe Dios dónde estarán! —. La rabia del señor Elizalde iba en aumento.

—Si hablamos con las autoridades, padre, será un escándalo mayúsculo, no habrá rincón en

toda Navarra donde no seamos diana de burlas y comentarios. Sabe qué crueles son las gentes con las desgracias ajenas. Total, cuando la localicen ya estará deshonrada para siempre ¿Qué hará con ella entonces? ¿Meterla en un convento? Es duro padre, pero esa no se merece nuestras preocupaciones, volverá arrastrándose y ya será tarde. Olvidemos que una vez estuvo en nuestras vidas.
—¡Calla insensato! Estás hablando de tu hermana, que no se te olvide nunca. Haremos lo que tengamos qué hacer.
—Pero padre, ella no ha pensado para nada en nosotros, es una egoísta…
—He dicho que te calles —susurró el señor Elizalde no dando pábulo a más argumentos.
Sin embargo, tras reflexionarlo detenidamente, el padre de Sonsoles tomó una decisión definitiva y muy dolorosa, inventarían un embuste que lanzarían en los lugares adecuados para que se esparciera por toda la ciudad. Su hija estaba enferma y había ido con unos familiares a Ochagavía a ver si el aire de las montañas hacía que mejorara su dolencia, de ahí a casarla sería coser y cantar. Ella había decidido ser una perdida y como tal sería enterrada en el seno de aquella familia, su nombre no volvería a mencionarse nunca más.
Cuando transcurrió el tiempo y el miedo desapareció dejando paso a un rescoldo de remordimiento, Sonsoles, pensando en la pena que infringía con su desaparición, sobre todo a su madre y, aun sabiendo que no habría respuesta, decidió mandar una carta informándoles de todo lo que había ocurrido, incluida la boda. Y así continuó haciéndolo periódicamente, con la esperanza de que algún día fuera perdonada por el dolor que su actitud había provocado. Nunca dijo que se arrepintiera de su marcha, ni dejaba intuir dolor en sus misivas, muy al contrario, procuraba expresar la felicidad que la embargaba.
Y, contra todo pronóstico, un día obtuvo respuesta y el amor de su madre que, a escondidas contestaba, llenó aún más de dicha su vida. Y sus hijos supieron que tenían otra abuela muy lejos de allí, ya habría tiempo más adelante para las explicaciones.

6

La marcha de la pequeña Paola había sido el zarpazo final en el ya maltrecho corazón de su madre. Vio partir a la niña de la mano de su hermano y para no echar a correr tras ella y arrancársela, se repetía de manera obsesiva que aquello duraría apenas unos días, todo lo más un mes, que Adrián regresaría y podrían comenzar una vida distinta, que todo se arreglaría.
Sin embargo, había ido transcurriendo el tiempo, el verano se abría paso, y su marido no regresaba. En cuanto tenía noticia de algún retorno, de algún soldado que herido o sano volvía del frente, se lanzaba con una batería de preguntas inconexas, casi delirantes, sobre el recién llegado. En más de una ocasión la apartaron con cajas destempladas de los soldados que regresaban y que no entendían qué preguntaba aquella mujer enloquecida. Pili estaba muy preocupada, la situación tras la entrada de las tropas franquistas en la capital no había variado demasiado sus vidas a excepción del hecho, al principio fundamental, del fin de los bombardeos.
Pero aquello no era más que un espejismo. A los bombardeos sucedió una caza de brujas espeluznante que rasgaba la noche con detenciones y fusilamientos. El hambre, no obstante, tenía el mismo color, dolía igual y atacaba de la misma manera, sólo que ahora Paola se había desentendido del avituallamiento en gran medida y sin sus ideas, sin el estraperlo y sin sus desvelos, apenas tenían nada que comer, aparte del escaso racionamiento que habían impuesto. Los niños lloraban y la obsesión enfermiza de su madre con el regreso del padre, acabaría con todos ellos.
Petra volvió del pueblo al cabo de un mes y medio. En vista de que no recibía noticias de Paola, supuso que no habría nuevas y, aunque Carmen tenía todo tipo de detalles con ella, creyó llegado el momento de regresar a su hogar.
Así estaba la situación cuando un tibio día de finales de junio, Pili entró en la casa vecina y se encontró a Paola metida en la cama tapada hasta la cabeza con una manta raída. Su hijo Adrián lloraba desconsolado con una rabieta que le cortaba la respiración, mientras la pobre Carmencita, con su hermano pequeño en brazos, trataba de calmarlo sin conseguirlo, recibiendo de éste únicamente patadas y golpes. Ante tal espectáculo, Pili se hizo cargo de la situación, soltó de los brazos de la niña a su hermano que aún se revolvía y le dio un ligero azote en el culo que hizo que el pequeño redoblara su llanto, aunque más acompasado. El segundo azote y la regañina posterior hicieron su efecto y el niño quedó sobre su cama sollozando e hipando ya tranquilo.
—Tía Pili, ya no sabía qué hacer. Llamé a mamá, pero no quiere contestarme, ha empezado a decir que no la llame mamá, que la llame como me dé la gana, pero no así. Le supliqué que se levantara, ella nunca está en la cama, pero no me escucha. Después Adrián se puso a llorar y como no podía hacerle caso porque estaba con ella —y señaló a Paola— mira la rabieta que ha cogido. Está muerto de hambre y dice que le duele la tripita.
Carmencita se sentó a los pies de la cama de su madre y empezó a llorar también. Pili la consoló un instante y después le pidió que la dejara a solas con ella, que no se preocupara, que todo se iba a arreglar. Una vez a solas, se dirigió a su vecina que ni siquiera había sacado la cabeza de debajo de la manta.
—Mira niña, no puedes seguir así, tenemos que organizarnos la vida como antes. Hay que buscar comida, cosas para quemar, todo lo que nos pueda servir, porque el verano se acabará y de momento las cosas siguen igual.
Silencio e inmovilidad. Paola no daba señales de vida. Pili insistió con cariño.
—Sé que todo esto es muy duro, que temes por Adrián, que has tenido que dejar marchar a tu hija, sé que…
—¡Vete! —el grito fue desgarrador y heló la sangre de la melliza. Sin embargo, se recompuso y siguió con su discurso.
—Sé que es duro, te entiendo…
Paola se revolvió en la cama, sacó la cabeza completamente y miró fijamente a su amiga, pero su gesto no concentraba más que desprecio.

—¡Tú no sabes nada! ¡No entiendes nada! ¡Nunca tuviste ni hijos ni marido! —escupió a gritos con rabia y rencor— ¡Tú…
La bofetada rasgó la mañana y tras esa llegó la siguiente. El gesto de estupefacción de la muchacha era atroz. La sorpresa dio paso a una ira tan profunda que, olvidando todo lo vivido, se lanzó como una fiera a devolver aquella ofensa, a devolver el odio acumulado, la desesperación, la impotencia y el dolor porque sin ningún culpable con quien pagarlo, Pili le había dado la oportunidad perfecta.
La esforzada vecina jugó a defenderse al principio, no quería dañar a Paola, sólo intentaba que reaccionase, que dejara a un lado los lamentos y las dudas y se preocupara de los que seguían allí, junto a ella, bajo su responsabilidad. Sin embargo, el ímpetu de aquel saco de huesos era inmenso, imposible saber de dónde sacaba la fuerza y, sin darse cuenta, se vio acorralada en un rincón de la habitación con una desquiciada Paola enfrente, que portaba un trozo de hierro —siempre lo guardaba bajo su cama como defensa— dispuesta a castigar con él a su vecina.
Pili mientras tanto, seguía tratando de que la razón volviera a aquella desesperada mujer, pero la mirada cruel de ésta y las intenciones que llevaba empezaron a hacer que le temblaran las piernas, las palabras se atoraban en su boca y balbuceara.
—Paola ¿qué haces? Soy yo. ¿No me ves? Reacciona muchacha, vuelve en ti, tienes dos hijos a quienes cuidar y un marido al que esperar.
Pero ella no veía, ni oía, ni sentía nada. Todo era pringoso, sucio y descontrolado en su mirada, escuchaba unas voces entrecortadas que llegaban de algún sitio, pero no entendía el significado. Su mente, sus sentidos estaban colapsados y solo necesitaba hacer daño, devolver con ira su dolor, sacar de su corazón toda la ponzoña y la injusticia acumulada.
La barra de hierro caía a plomo sobre la cabeza de su vecina y sólo un leve movimiento en el último segundo evitó la tragedia. Pili dio un paso hacia ella para tratar de frenar el golpe, Paola erró y solo alcanzó el hombro de su enemiga que cayó de rodillas ante la magnitud del envite. No desistió, sino que cogió impulso para elevar la barra de nuevo y asestarle el golpe mortal. En ese momento, algo sujetó el arma por detrás e hizo que la muchacha perdiera el equilibrio y soltara el hierro para no caer. Era Petra que, avisada por Carmencita, que había escuchado los gritos y la voz enloquecida de su madre, había acudido a toda velocidad a ver qué pasaba. Ahora tenía ella el barrote en las manos y ganas no le faltaban de dar una lección a quien había tratado así a su hermana. Pero se contuvo. Lanzó el hierro bien lejos, al comedor, haciendo un sonido estruendoso y se acercó a Pili sin dejar de observar a su vecina.
—¿Estás bien? —preguntó a su hermana tendiéndole la mano para que se levantara.
—Sí —contestó escuetamente mientras se masajeaba el hombro dolorido—. Nada que no se arregle con agua fresca.
Carmencita miraba a su madre asustada, tras ella Adrián se escondía agarrando la enclenque y sucia pierna de la niña. Paola desde el suelo observaba toda la escena como si fuera la primera vez que la veía, como si despertara de una horrible pesadilla para descubrir que era verdad lo que soñaba, y unas lágrimas cansinas y culpables surcaron sus ojos. Ante esta reacción, Pili se acercó a ella y la condujo a la cama, donde ambas se sentaron.
—Esto no puede seguir así, niña mía. Está bien preocuparse de los que no están, pero de los que están, necesitas ocuparte. Tienes dos hijos más y lo estás olvidando. Adrián no llega, puede que esté vivo o que no lo esté. Tienes que estar preparada para todo, pero sólo el tiempo te mostrará la verdad. Sabes que muchos han sido asesinados por el camino, tu hermano mismamente te lo dijo, otros han huido, se han escondido y tienen miedo de regresar. No sabemos qué ha sido de tu marido, pero todos los días escuchamos a tu hijo llorar porque tiene hambre, y eso es real, eso está aquí, ante tus narices y es tu responsabilidad. Metiéndote en la cama y aislándote no vas a solucionar nada, es más, todo empeorará porque te necesitamos para sobrevivir, necesitamos de tus ideas, de tu valor y de tu empuje. Vuelve, vuelve Paola con nosotras, no te rindas…
Las últimas palabras quedaron suspendidas del silencio que se abrió a continuación, rebotaban una y otra vez por los resquicios que aún no se habían sellado dentro de la mente de la joven y empezaban a tomar sentido. Abrió los brazos hacia sus hijos y estos se acurrucaron en su regazo y apoyando la cabeza sobre ellos cerró los ojos.
—Ya no puedo más, os lo juro. He intentado todo, he tratado de mantenerme en pie, de buscar la esperanza donde ya no existe, de luchar, pero mis fuerzas se han agotado y sólo quiero que

todo termine y que termine ya. Me estoy volviendo loca, violenta como un animal. ¿No habéis visto lo que ha sucedido? Sé que Adrián está vivo, lo siento, mi alma no se ha desgarrado de su ausencia, no sé por qué no llega, tal vez huyó lejos y he de pensar que tardará en volver.
Para decir las últimas palabras elevó el tono y sollozó con más fuerza.
Las dos hermanas se miraron llenas de dudas, se acercaron y abrazaron a la familia de Paola. Fue un abrazo largo, silencioso y cálido, las palabras sobraban, era mucho mejor sentir la intensidad del apoyo.
—Hoy descansa, muchacha. Todos tenemos derecho a hundirnos un día, pero coge fuerzas que mañana saldremos con tu hacha en busca del cielo.
Entre las lágrimas Paola sonrió al oír hablar del hacha. Asintió levemente y con suavidad se dejó caer en la cama, necesitaba descansar, ya pensaría mañana. Las vecinas se llevaron a los niños con ellas y jugaron en el patio toda la tarde a hacer presas con el agua de un barreño. Paola cayó en un profundo y reparador sueño que la sumió en las profundidades de sus oníricos miedos. Mañana sería distinto, se dijo mientras todo se desdibujaba en su memoria y de la vigilia caía en el sueño, mañana tal vez llegue Adrián y mi sino cambie.
Las palabras de las dos pes obtuvieron sus frutos y Paola se levantó con el ánimo más dispuesto. No había cambiado nada en su paisaje desolado por la guerra y los miedos por la ausencia de su esposo continuaban asidos a sus entrañas, pero decidió que, aunque le faltara el aire para respirar, aunque la esperanza la hubiese abandonado, aunque si hubiera dependido de ella se hubiera dejado morir, había llegado la hora de caminar hacia algún sitio. Tenía que conseguir comida y recursos para el invierno, no sabía cómo, pero habría de improvisar alguna solución, aún tenía dos hijos que esperaban de ella el milagro.
Desde mayo, se habían recuperado las cartillas de racionamiento, compuestas por un talonario donde aparecía reflejada la cantidad y el tipo de mercancía según los miembros de cada hogar. Tenían nivel social, de primera, de segunda y de tercera y Paola y su familia, evidentemente, pertenecían a los ciudadanos de tercera categoría, a los llamados pobres, a los que menos recibían. Y no sólo eso, además estaban estigmatizados por la mancha que significaba que el cabeza de familia, aunque desaparecido, hubiera militado en las filas republicanas. Pronto la mujer fue consciente de su desgracia, de lo que significaba en aquella sociedad enquistada, asustada y cruel pertenecer al bando equivocado. Era la viuda de un rojo asesino.
Don Anselmo, su vecino de siempre, el que tenía la tienda de ultramarinos en el barrio, se había enriquecido durante la guerra con prácticas muy poco ortodoxas, utilizando el estraperlo y la usura a partes iguales y, ahora que se instalaban los vencedores en la ciudad, le había faltado tiempo para asegurarse la permanencia en el status que había adquirido. De forma camaleónica se había convertido en el más ferviente seguidor de los principios que poco a poco se imponían en la ciudad, lanzaba el brazo al aire con deleite y con su vozarrón gritaba con entusiasmo ¡Arriba España! También había delatado a otros vecinos, algunos de ellos escondidos en sótanos y escondrijos, a los que habían detenido, juzgado, encarcelado e incluso alguno ejecutado. Pero con ello se aseguraban la afección al régimen, la limpieza y la posibilidad de seguir abusando de los pobres desgraciados impunemente.
Aquella mañana, con las cartillas en la mano, Paola salió seguida de Pili a recoger su exigua ración y el pan, producto que, a pesar de su espantosa calidad, era de uso diario. Al llegar a la explanada, una numerosa cola engrosada por niños tiñosos llenos de mocos y mugre se abría ante el establecimiento. Caras cargadas de miseria y miedo conformaban aquel cúmulo humano. Cogieron la vez y se dispusieron a esperar con paciencia. Poco a poco fueron avanzando hasta que, por fin, más de una hora después, les llegó su turno. Marta, la mujer de Don Anselmo, tras el mostrador, con cara de pocos amigos iba repartiendo las migajas de la miseria.
Paola le tendió los papeles y la mujer sin mirarlos siquiera arrancó los cupones correspondientes.
—¿Qué tal Marta? Hace mucho que no te veía tras el mostrador —su voz rompió un silencio cargado de susurros.
Marta ni siquiera levantó la vista ni contestó. Simplemente hizo unos paquetes con papel de estraza y se los tendió con cara de disgusto. Paola se extrañó, pero aún fue mayor su sorpresa cuando comprobó que faltaba una buena parte de lo que les correspondía. Sin perder las buenas maneras ni la paciencia reclamó su comida.

—Perdona, pero te has equivocado, aquí faltan cosas.
La tendera que ya estaba confeccionando otro paquete levantó los ojos y la miró fijamente.
—Es lo que hay —sentenció.
—Pero es que has cogido cupones de…
—¡Calla la boca, sucia comunista! Comes porque nuestro Generalísimo es demasiado generoso, si por mí fuera, os dejaba morir a todos de hambre.
Paola empezó a perder la paciencia, no daba crédito a lo que sus oídos escuchaban. Aquella mujer sabía de sobra quien era su esposo, sabía que jamás se había interesado por la política, habían pasado la guerra cerca, habían compartido refugio alguna vez y todavía iba allí a recoger lo que le tocaba. Bien era cierto que había notado un cambio de actitud en ella, pero no le había dado mayor importancia. Estaba demasiado desquiciada con sus problemas para reparar en aquello. Sin embargo, esa mañana, sus hirientes palabras fueron una muestra clara de su sentir.
—Marta, ya me conoces, no juegues con la comida de mis hijos o…
No terminó la frase, una carcajada ronca rompió los susurros y solidificó el silencio, todos los oídos puestos en aquellas palabras.
—¿O qué? ¡Pobre desgraciada! Si fuera tú, me daría la vuelta y agradecería con la fidelidad de un perro lo que se me ofrece, no me obligues a denunciarte ante las autoridades que tú, y todos lo sabemos, tienes mucho que esconder. Fíjate si estoy siendo buena cristiana contigo.
Paola, pasado el estupor, se vio anegada por una rabia ciega y estaba a punto de contestar e incluso dispuesta a saltar el mostrador y llevarse por la fuerza lo que era suyo, cuando una mano asió su brazo con fuerza.
—Vamos chiquilla, aquí ya no podemos hacer nada —era Pili que arrastraba de ella hacia la puerta, sin embargo, la joven se resistía.
—Pero…
—Hazme caso mi niña, vámonos —. Los ojos de ambas mujeres se cruzaron un instante, sin saber por qué la muchacha percibió el peligro y con la sangre hirviendo en las venas salió de la tienda. Atrás quedaban el silencio de todos y las palabras de Marta que victoriosa, sintiendo el poder sobre los más débiles, se regodeaba en su superioridad.
—¡No te digo la sinvergüenza! Todavía insinúa que me he quedado con su comida. Dos tiros le daba yo, un paseíto por los alrededores y un problema menos. Con el daño que han hecho a la patria y aún vienen a morder la mano que les da de comer. ¿Verdad que son unos desagradecidos?
La clientela asintió poco convencida, pero ya se rumoreaba que aquella pareja delataba sin conciencia a quien se pusiera delante. Se habían hecho íntimos de un mando militar que escuchaba con deleite todo aquello que quisieran decir, pues su odio a los rojos era tan visceral, que hubiera fusilado a medio país, a todo lo que oliera a revolución.
Una vez fuera, Pili le explicó la situación. Aquel matrimonio se había hecho más franquista que el propio Franco y robaba impunemente a todo aquel del que se pudiera aprovechar.
—Pero eso es una extorsión, me quita el pan de mis hijos —Paola lloraba de impotencia.
—Mira niña, formas parte de los vencidos, tu marido defendió a los perdedores y eso no se perdona. No hay quien no haya perdido seres queridos y se necesitan culpables, se necesita verter el odio y el dolor sobre alguien y los que fueron enemigos durante varios años no pueden olvidar de un plumazo quien disparaba al otro lado. Todos los días suenan las campanas, se suceden las misas por los caídos, por Dios y por España, sólo por ellos, los muertos del otro lado no merecen absolutamente nada y sus familias tampoco. En esto consiste la guerra. Don Anselmo y Marta, sin escrúpulos, se cobijan bajo el sol que más calienta y no dudarán en echarte encima a todos los perros o a la guardia civil. No nos queda más que aguantar si no queremos problemas.
Paola no podía dar crédito a lo que oía. Si ya de por si recurrían al Auxilio Social y con las cartillas apenas comían, ¿qué sería de ellos si los tenderos se quedaban con sus raciones?
—Tengo que buscar un trabajo, conseguir algo de dinero, si no, no podremos sobrevivir.
—Imposible, niña, aún no dan trabajo a los rojos. Uno sólo se coloca con padrinos, en cuanto huelan el otro bando, te echarán de allí a patadas. Yo buscaré algo, que no soy sospechosa y tú deberás volver a las calles con mucha prudencia; vender, vender y vender.
—Si me pillan me llevarán a la cárcel… un mínimo de quince días.

—No te pillarán Paola, sabes defenderte, esconderte y huir a tiempo. Confía en tu instinto.
Paola reconoció que su vecina tenía razón. Las cosas, lejos de mejorar para ella, aún se podían poner un poco más difíciles. Echó de menos a todos los que habían ayudado a su familia en tiempos pretéritos, aquellos de los que había perdido el rastro, de Marcia, de Manuel, del comandante Puente… Después, surgiendo de la nada, llegó el recuerdo de Adrián y con él la amargura. Tenía que dejar a un lado aquella ausencia, si la ponía en primera persona acabaría con ella. Su corazón hablaba, su corazón decía que estaba vivo y ella se amarraba a aquella esperanza con una fuerza sobrehumana, pero después se aturullaban los tal vez. Había oído que había enormes cantidades de heridos, que muchos republicanos habían huido por mar, exiliándose a otros países hasta que las cosas se calmaran, quizá, tal vez, Adrián se encontrara entre ellos.
Sin embargo, la inquina que fue generando hacia Anselmo y Marta crecía cada día, con cada abuso, con cada bravuconada, con cada palabra hiriente que se veía obligada a aguantar. No entendía el cambio de aquellas personas que conocía hacía tanto tiempo, de aquella mujer que le daba agua en sus desmayos por el embarazo, personas con las que había compartido los horrores de la guerra, que habían llorado juntos las bajas del barrio. Y ahora, de repente, se habían metamorfoseado dando a luz a esos sinvergüenzas lameculos, a esos desconocidos desaprensivos sin conciencia que vilipendiaban a sus vecinos. Pero ella pondría las cosas en su sitio, no sabía cómo ni cuándo, pero no permitiría que todo siguiera así. Un germen de idea se revolvió en el útero de su cerebro empezando a tomar forma, pero Paola dejó que siguiera alimentándose sola. Tenía cosas más urgentes de las que preocuparse.
Pili consiguió un empleo en una fábrica por un modestísimo sueldo que apenas llegaba para que no se murieran de hambre las hermanas. Salía de su casa al amanecer, con un pañuelo cubriéndole los ralos cabellos y volvía al atardecer con una pátina rojiza en todo el cuerpo y las manos llenas de cortes. Paola volvió a las calles, seguía llevando su hacha escondida y hacía estraperlo siempre que tenía algo que ofrecer, a menudo los huevos de las gallinas que aún le quedaban. También volvió a hacerse cargo de llevar imágenes sagradas a las beatas que no podían o temían aún salir de sus casas a cambio de una caritativa propinilla paupérrima. Aprendió a hacer pequeños hurtos con agilidad y de nuevo paseó su bolsa por Madrid cargada de todo tipo de cachivaches que pudieran ser útiles en algún momento. Aunque sonase a frivolidad, el hecho de que ya no hubiera bombardeos y que empezaran las primeras reparaciones, hacía que fuera mucho más difícil encontrar desechos. Aun así, el hambre señoreaba en la casa, entre los niños y los adultos; a pesar de haber terminado la guerra, en aquel nido de pobres, como en tantos otros hogares, ese hecho no había significado casi nada.
En uno de aquellos días de caos en las calles, de inicio de reconstrucciones, de pequeñas limpiezas en los barrios más pudientes, buscando entre los escombros maderas para el invierno, Paola descubrió una granada. No sabía mucho de armas, pero no era la primera que las veía ni la primera que no había explotado, un artilugio mortífero que todos rodeaban con preocupación y recelo en los días del conflicto. Aquella, sin embargo, estaba nueva, con la anilla colocada en su lugar. En un movimiento rápido, la tomó en sus manos e iba a colocarla con cuidado en su bolsa cuando una voz ronca la increpó.
—¡Eh, tú! ¿Qué andas cogiendo?
Paola dio un respingo soltando sin ningún miramiento la bomba en su bolsa y se dio la vuelta con brío moviendo así el contenido por si quería alguien ver lo que había dentro.
—¿Me hablas a mí? —confeccionó su cara más inocente y miró a los ojos al soldado que se acercaba a ella a grandes zancadas.
—¿Y a quién si no? No veo a nadie más que esté entre los escombros —. Era un hombre menudo, cuarentón, con la cara apergaminada por el sol y las privaciones. Llevaba un fusil cruzado a la espalda. En las prematuras arrugas de la cara se escribían los surcos de su sufrimiento y una cicatriz reciente bajaba del oído hacia la garganta.
—Busco madera para el invierno o cualquier cosa que me pueda ser útil. Tengo tres hijos que alimentar —trató de imprimir a su voz serenidad.
Al oír lo de los tres hijos, el rostro del soldado, antes grave, se volvió taimado.
—Si quieres, podría ayudarte un poco, darte algo de comida… —la lascivia inundaba su mirada.
Paola se echó atrás y su adrenalina la advirtió inmediatamente del peligro, eran de uso común aquellos intercambios, madres desesperadas que se prostituían por unos mendrugos de pan

para sus hijos y que en muchas ocasiones no recibían a cambio más que una paliza.
—No es necesario, gracias. Me las apaño bien sola —la voz femenina sonó decidida y esto enardeció aún más al soldado que mirando en derredor observó que no había nadie cerca. Envalentonado se aproximó más.
—¿Estás segura? —y metiendo la mano en su mochila, que había dejado en el suelo, sacó un pedazo de tocino, un mendrugo de pan y un trozo de queso y los colocó encima de una piedra plana como si fuera el escaparate de una tienda. Paola no quería mirar aquellos manjares, pero el olor llenaba sus sentidos aflojando su voluntad. Estaba muerta de hambre, lo sabía, pero hasta que no vio aquel festín, no supo cuánto. Suspiró y apartó los ojos con un esfuerzo sobrehumano, si sucumbía una vez, ya no habría marcha atrás. Tomó aire, se mordió el labio y negó con la cabeza mientras se daba la vuelta dispuesta a saltar entre los pedruscos y las basuras para alejarse de aquella tentación. Pero el soldado no estaba dispuesto a que una pordiosera muerta de hambre —lo sabía por cómo había mirado su comida— le diera la espalda y se negara a yacer con él. Dejando los alimentos saltó con agilidad por entre los escombros y la alcanzó sujetándola por un brazo. Paola le vio llegar e intentó zafarse, pero fue inútil, en un santiamén la obligó a darse la vuelta y con una mano apretando su mandíbula la forzó a elevar los ojos. Lo que vio no presagiaba nada bueno. Por eso, para tener más posibilidades soltó la bolsa que desprendió un ruido metálico cuando la granada chocó contra las piedras, pero el soldado estaba demasiado cegado por el deseo como para advertir semejante nadería.
—Y ahora, en vez de preguntarte, ha llegado la hora de exigirte. Tú decides, por las buenas y puedes quedarte con uno de los tres regalos o por las malas… entonces perderás todo.
El soldado la seguía manteniendo sujeta por el brazo de modo que ella no tenía posibilidad ninguna de defensa. A pesar de las náuseas que sentía y pensando que aún contaba con una posibilidad, compuso una beatífica sonrisa y dejó de tensar los músculos de todo su cuerpo.
—¡Venga soldado, sea! En el fondo me estás haciendo un favor, hace días que no como nada. Me estás obligando, así que ante la Santa Madre Iglesia no estoy cometiendo pecado —. El soldado aflojó y soltó una carcajada atronadora.
Paola, libre de la manaza del hombre, comenzó a desvestirse, demorándose en un botón del desastrado vestido que parecía negarse a ser desabrochado. Él seguía sus movimientos con una sonrisa bobalicona y confiada. Ya sólo una parte de su cuerpo estaba con vida. Paola sonrió a pesar de la adversidad, confirmando la evidencia de que los hombres dejaban a un lado el cerebro cuando hacía su llamada la entrepierna. Él pensó que la sonrisa iba dirigida a él y el muy estúpido se azoró.
Y fue en ese instante cuando metiendo la mano por debajo de su vestido, el soldado vio como un hacha resplandeciente golpeaba su cuello sin entender bien cómo había ocurrido todo. Lo último que recordaba eran las manos de aquella mujer sumergiéndose bajo sus faldas dejando al descubierto una piel esplendorosamente blanca.
Los ojos de Paola refulgían de ira y de asco.
—Y ahora, si no quieres que te rebane el pescuezo, te vas a quitar el cinturón y me lo vas a dar y ese cuchillo, también las botas y la camisa. Y el fusil.
El soldado gimió de rodillas en el suelo. La sangre chorreaba y caía por su camisa sucia y él intentaba cortar la hemorragia.
—Me vas a meter en muchos problemas si te llevas mi arma.
Paola no escuchaba, recogió el fusil y lo lanzó a la bolsa. No apuntó bien y quedó entre unas piedras, de nada servía porque no sabía utilizarlo. Después, cambió el hacha por el cuchillo más rápido y afilado y sin apartarlo del cuello, cerca de donde manaba la sangre, le ordenó tumbarse en el suelo y poner las manos a la espalda. Con muchas dificultades para evitar que la cogiera desprevenida, a sabiendas que en un cuerpo a cuerpo no tenía nada que hacer, le ató las manos con el cinturón. El soldado maldecía y la insultaba a gritos, pero no había nadie alrededor. Después con el hacha rasgó la camisa y utilizándola a modo de cuerdas le ató las piernas varias veces. Posiblemente su éxito radicaba en que aquel hombre aún no creía lo que había ocurrido, no llegaba a comprender cómo aquella débil y hambrienta mujer actuaba de una forma tan metódica y decidida, sin mostrar miedo alguno. O al menos, sin demostrarlo.
Con los últimos jirones de la camisa, Paola amordazó al soldado. Cogió el pan, el queso y el tocino, lo envolvió en el mismo papel con el que habían salido de la mochila y también registró ésta. Tomó todo lo que era útil, lo metió en su bolsa y dudó qué hacer con el fusil. Era

demasiado peligroso cargar con el arma hasta su casa, decidió con rapidez, lo dejaría ahí y cuando lo descubrieran no le formarían un consejo de guerra, pensó con un punto de guasa. El soldado mientras tanto hacía esfuerzos por gritar y se revolvía tratando de soltarse de sus ataduras, que Paola reconocía como poco fiables. Así que salió a toda prisa, dejándole atrás, blasfemando una cacofonía incomprensible, ya repuesto por completo de la sorpresa, consciente del error que había cometido infravalorando a un enemigo que, como él, llevaba varios años en guerra.

Mientras volvía a casa con su tesoro, Paola iba poniendo las cosas en orden. En primer lugar, aquella zona de Madrid quedaba vetada para ella en mucho tiempo, un segundo encuentro con el soldado al que acababa de robar podría significar su fin. En segundo lugar, llevaba muchas cosas que se venderían bien en el mercado negro y por las que podría obtener buenos beneficios para su maltrecha economía, sin olvidar las viandas que ya desprendían un aroma maravilloso y que invitaban a parar en el camino. Y, en tercer lugar, aquella humillación que aguantaba siempre que tenía que ir a la tienda de Anselmo con las cartillas de racionamiento, los insultos y los desafíos, se iba a acabar, había encontrado la manera de que desaparecieran para siempre. Paola ya no era la muchacha de buenos sentimientos, temerosa de Dios, frágil y vulnerable que llegó a Madrid, estaba harta de agachar la cabeza y soportar los abusos. Matar o morir, ese parecía ser el lema, y ella había conseguido una granada. Era cuestión de esperar el momento oportuno, pero sabía que la hora de la venganza estaba muy cerca.

La madrugada era tibia, una brisa refrescante soplaba ligeramente moviendo las telas que hacían de cortinas en la habitación. La cama estaba deshecha y sobre las desgastadas sábanas se vislumbraban los contornos de un cuerpo que había dejado su marca. Los hijos de Paola dormían los dos juntos en la otra habitación, desde que acabaron los bombardeos se sentían seguros por las noches. De repente, una potente explosión sacudió los cimientos del barrio e inmediatamente los sonidos de la tragedia dejaron oír sus voces. Niños llorando desconsolados, mujeres que salían de sus casas con la cara desencajada, hombres de mirada perdida, rostros en los que la reminiscencia del horror de un pasado muy cercano recordaba el pavor sordo de la guerra, todos con la interrogación en el alma. Y entre aquel caos, la figura de Paola se unió a los vecinos preguntando con cara de angustiada preocupación qué era lo que había sucedido.

—¡La tienda de Anselmo, la tienda de Anselmo ha saltado por los aires! La gente está llevándoselo todo —. Una mujer joven, que Paola sólo conocía de vista, llegó corriendo y gritando mientras con el dedo señalaba tras ella.

Como un reclamo, las palabras de aquella vecina pusieron en marcha una marea humana que a la carrera se dirigió a la tienda. Efectivamente el establecimiento ya no tenía puerta y parte del muro de la fachada había desaparecido también. Pequeños incendios se veían aquí y allá, pero lo más llamativo era ver una legión de pordioseros en camisón arramplando con todo lo que aún servía, aún a riesgo de quemarse. Paola se metió también y haciéndose con un saco de arpillera medio deshilachado que encontró en el suelo, fue cogiendo todo lo que pudo, hasta que las primeras sirenas se oyeron a lo lejos y el hormiguero humano desapareció como por ensalmo, de tal manera que cuando las autoridades llegaron, ni un alma se veía en las calles. Poco después, el matrimonio de tenderos se personó igualmente en su local y se sintieron desfallecer al comprobar, no sólo los desperfectos de la detonación, sino la furia del saqueo que había dejado las estanterías, los sacos y las tinajas vacíos.

La versión oficial fue que había explosionado por accidente una granada defectuosa que probablemente habría llegado allí durante la guerra y por más que la Guardia Civil trató de esclarecer los hechos con referencia al saqueo, lo cierto es que nadie había visto nada, nadie había cogido nada y nadie sabía nada. Como en Fuenteovejuna, sin hablar unos con otros, el barrio se puso totalmente de acuerdo para esgrimir la misma versión. Finalmente, y ante la falta de testigos, el tedio de los agentes que consideraban que había cosas más importantes por las que preocuparse y la cerrazón de los vecinos, el caso se dio por cerrado a pesar de las quejas que a gritos lanzaban, mezcladas con amenazas, el señor Anselmo y su mujer. Al comprobar que no había más que hacer, decidieron dejar el barrio, se llevaron lo que pudieron salvar y allí quedaron los muros semiderruidos de lo que un día fue su flamante comercio de ultramarinos. Muchos curiosos asistieron al desmantelamiento del local, formaban un semicírculo en torno a lo que fue la entrada, observando las idas y venidas de sus propietarios, cargando cosas inservibles a un carro que habían llevado, ayudados de un mozo al que jamás habían visto.

Paola, con cara burlona era uno de estos curiosos. Se negaba a dejar pasar la oportunidad de ver dónde quedaba su antigua soberbia.
En un momento dado, salió de la fila de vecinos y se acercó a Marta con una sonrisa lobuna.
—¡Qué desastre! ¡Menuda mala suerte que estallara la granada en tu local!
Marta se giró y se dio de bruces con la mirada abrasadora de Paola. Era evidente que estaba disfrutando del momento.
—Y tú, ¿a qué has venido, roja infame?
—Pero Marta, ¿por qué me tratas así? Sabes de sobra que las circunstancias llevaron a mi marido a la guerra —Paola levantó el tono impostando una voz lastimosa que sus ojos desdecían.
Un murmullo de asentimiento se elevó desde los que observaban la escena. Muchos de los hombres habían tenido que acudir a la llamada de su gobierno.
—Lárgate de una vez y déjanos trabajar.
Y cuando se daba la vuelta, en un susurro, Paola articuló las palabras que hacía tiempo rondaban su corazón.
—Ojalá te pudras y saltes por los aires como tu maldita tienda. Espero que te haya servido de aviso, olvídate de que existimos.
Marta se quedó mirándola con los ojos como platos, ojos que mudaron de la sorpresa al pánico y después a la incredulidad de nuevo. Cuando quiso contestar Paola ya había desparecido entre la gente, pero un rastro de angustia dejó tras de sí.
—¿Dónde estabas la madrugada de la explosión? —Pili soltó las palabras a bocajarro mientras fregaba los cacharros.
—Salí a tomar el aire, no podía dormir —secaba los platos a su lado.
—Te vi. Salía a trabajar y te vi llegar por la cuesta justo antes del estallido.
—¿De qué habláis? —Petra, sentada a la mesa de la cocina, no entendía nada.
—Vale, ya lo sabes —La mirada de Paola como un relámpago confirmó las sospechas de Pili.
—¿Saber qué? ¿No tendrás nada que ver con ese horrible suceso? —Petra se sentía fuera de juego, lejos de alguna conspiración que su hermana y su vecina habían tramado o al menos conocían.
—No me quedó más remedio, eran un par de sinvergüenzas aprovechándose de la necesidad de los demás. Se me presentó la ocasión, no había nadie, nadie salió herido y al final, todos obtuvieron su tajada. El que roba a un ladrón tiene mil años de perdón.
Su vecina movió la cabeza de un lado a otro mientras su hermana se llevaba la mano a la boca espantada, pero ni un sonido articuló su garganta. Después continuó la conversación.
—A veces me das miedo —dijo—, eres capaz de cualquier cosa. Un Don Quijote herido.
—Más miedo me da esta vida que nos ha tocado vivir, pero no queda más remedio que seguir. ¿No decías que tenía que continuar? ¿En qué quedamos? Ya estoy en la calle, si no defiendo lo que es mío, esta miseria me comerá —de repente, sus rasgos se endurecieron y su voz sonó ronca—. Ojalá se pudran en el infierno, ojalá pasen hambre y nadie les ofrezca ni un mendrugo de pan.
La noche se iba posando suavemente abriendo paso a una miríada de estrellas que pugnaban por salir. Paola no sentía ningún remordimiento, los acontecimientos llegaban y desaparecían en un constante ir y venir de su mente. Sólo contaba el hoy, el ahora. Al menos habían cenado, Carmencita se había chupado los dedos y Adrián se había mostrado charlatán con su lengua de trapo que a todos hacía reír. Un pequeño arsenal de comida descansaba en la despensa. De momento, suficiente.
Dormir con la tripa llena tenía un sabor a añoranza, un sabor añejo casi olvidado.

7

Cuando Manuel y la familia de Pablo llegaron a la frontera, lo que encontraron fue una infinita hilera de personas esperando el milagro, un milagro que muy pronto verían convertido en doloroso abandono.

El gobierno francés, con Edouard Dedalier al frente, cerró las fronteras con España en un primer momento porque consideraba a los exiliados españoles "extranjeros indeseables". Más adelante, el 5 de febrero de 1939, presionado por la opinión pública, permitió la entrada de los refugiados, pero con una campaña de descrédito tal que la acogida del país vecino estuvo cargada de miedo y desprecio. Un nuevo infierno esperaba en las playas de Francia la llegada de los derrotados y las víctimas de la tragedia.

La comitiva caminaba en silencio, un silencio atronador de pasos descastados, un silencio de profunda incertidumbre sazonada por pequeñas dosis de esperanza en recobrar la dignidad. Ese era el sentimiento que sobrevolaba el cielo despejado y gélido a las puertas del exilio. Sin embargo, pronto el espejismo se esfumó. Al llegar al puesto fronterizo, los gendarmes, sin ningún pudor, cacheaban a hombres, mujeres, ancianos y niños para luego separarlos y lanzarlos literalmente a un pastizal embarrado y rodeado de alambrada de espino. Manuel y Pablo, según se iban acercando al puesto, intercambiaron una mirada de desaliento. El miliciano tocó la pistola que llevaba al cinto, sabía que las cosas no iban a pintar bien, pero había de recono cerse que sabía que el destino quedaría marcado cuando decidió coger el camino de la huida.

Les quitaron todo, incluso la mula, con las alforjas ya casi vacías, las armas del miliciano, la escasa comida… Sonsoles, sin hacer caso a su marido que trataba de sujetarla para que no hiciera tonterías, se plantó ante aquel hombre que no conocía y al que tampoco entendía y le pidió, con su hijo pequeño en los brazos, haciendo gestos, que al menos les dejara algo de comida y que les diera un poco de agua. El francés era un joven veinteañero, de asustados ojos claros y pelo rizado y oscuro. Miró extrañado a aquella madre orgullosa, giró su cabeza en un sentido y otro, como si quisiera asegurarse de que nadie lo veía y sin que supieran por qué lo hizo, con un leve asentimiento dejó que Sonsoles se guardara parte de la comida que acababan de usurpar a la familia y le tendió una cantimplora con agua de la que bebieron todos ante el gesto huraño del chaval. Un hombre corpulento llegó por detrás y le dio un manotazo en el hombro profiriendo gritos incomprensibles, después cogió la cantimplora de las manos de Sonsoles, que en ese momento daba de beber al último de los niños, y se la entregó al joven de muy malos modos, tan fuerte contra su pecho que hizo que se tambaleara.

Inmediatamente después, sin dejar de gritar, empujó a la familia con su fusil y, aunque Manuel le miró con inquina, no pudo evitar que de nuevo se tuvieran que poner todos en movimiento hacia un campo vallado lleno de vacas, donde otros muchos se hacinaban.

La noche fue terrible, al frío hubo que unir la humedad del suelo y los lamentos de los heridos y sin la mula todo era distinto. Manuel se quitó el capote y Pablo hizo otro tanto para que los niños pudieran tumbarse protegidos de aquellas inclemencias. Cuando ya era noche cerrada, ambos hombres se acercaron a la verja dejando a la familia acoplada al cuidado de Sonsoles.

—Esto no pinta nada bien —los ojos de Manuel brillaban en la oscuridad de la noche —. No esperaba una alfombra roja, pero me parece a mí que llegamos en calidad de prisioneros.

Pablo rebuscaba entre sus ropas con la cabeza gacha.

—Los documentos se firman cuando no hay problemas, después las reglas del juego cambian cuando las realidades llaman a nuestra puerta —levantó la cabeza sonriente, aunque su compañero apenas pudo ver más que el hilo blanquecino de sus dientes.

—¿Qué haces? —preguntó intrigado.

—Lió un cigarro.

—¿Tienes tabaco aún? —se sorprendió el miliciano—. ¿Cómo has hecho para esconderlo en el registro?

—Eso da igual, soy como un ladrón de guante blanco y aguarda a ver lo que ha rescatado mi mujer.

—¿Tu mujer? ¿También ha guardado algo? ¿Para los niños?
—No hombre, no. Algo que ni te imaginas. Tiene tu pistola.
—¿Qué? —Manuel levantó la voz.
—¡Shhhhh! ¿Qué quieres que aparezcan aquí todos los gendarmes de Francia? Aún no la conoces, menuda raza tiene. Toma.
Pedro le tendió el cigarrillo que iban a compartir y que se delataba por un minúsculo punto de luz anaranjada.
—Tápalo todo lo que puedas con la mano, no nos vayan a descubrir, ni los unos ni los otros. A partir de este momento creo que entramos en el juego peligroso de la supervivencia —continuó Pablo.
—¿Dónde quedan los derechos de las personas? ¿El famoso Estatuto Internacional de Derecho de Asilo a los refugiados políticos? Nosotros no somos delincuentes, no somos esclavos, no hemos hecho nada malo, simplemente hemos luchado por la libertad, aunque hayamos perdido. La verdad es que no me esperaba esto. Manuel soltaba volutas de humo mientras hablaba con desaliento mirando un cielo cargado de estrellas.
Pablo no pudo reprimir una leve risita. Extendió su mano y Manuel se apresuró a pasarle el cigarro.
—¿Encuentras graciosa la situación? —. La extrañeza y el malestar se fundieron en sus palabras.
—No, no, ¡qué va! Vivo preocupadísimo por mi familia y estoy de acuerdo en que lo que nos hemos encontrado no augura nada bueno. Me hace gracia tu inocencia. Tal vez … —Pablo buscaba unas palabras que no fueran hirientes—. Te faltan años de experiencia para entender a tus congéneres.
Dio otra profunda calada al cigarrillo y se lo pasó de nuevo. Miró el cielo, se frotó las manos y movió los pies que tenía helados. Rebuscaba en su mente cómo decir las cosas.
—Escucha compañero. Sé que eres un hombre leído, me lo acabas de demostrar al mencionar el Estatuto Internacional. La mayor parte de los que se encuentran aquí, encerrados como nosotros, simplemente se han movido por inercia, por instinto de supervivencia, tratando de huir de la muerte, del horror y del hambre. Tú sabes que deberíamos estar amparados por un acuerdo internacional. Pero debes aprender que lo que se escribe son sólo palabras sobre un papel, buenos deseos en tiempos en los que no nos acucian las preocupaciones o cuando es el vecino el que tiene el problema y nosotros nos erigimos, respetabilísimos, en defensores del más débil. Sigues manteniendo un halo de soñador idealista ¿me equivoco? Los años reparten sabiduría, pero no es más que una paradoja del destino, porque cuantos más años pasan, más sabes, pero menos necesitas y casi nadie te escucha.
—Pero, si un montón de países se ponen de acuerdo…
—No insistas, amigo mío —le interrumpió—. Nadie moverá un dedo por nosotros. No seremos bienvenidos en ningún lugar, lo tengo bastante claro. Llevamos escrita la palabra problema en nuestra frente. Hemos perdido y Francia no se enemistará con el gobierno de Franco por unos miles de pordioseros republicanos. He oído que hace unos cuantos días la frontera estaba cerrada… ¿Crees de verdad que alguien va a hacer valer un Estatuto? ¡Y unos cojones…!
—Pero habrá países que levanten la voz ante una injusticia así.
—No lo creo. ¿No está Alemania rearmándose a pesar de las amenazas? ¿Dónde ha quedado la firma del Tratado de Versalles? No te engañes, no somos más que un grano en el culo que le ha tocado en suerte a este país que vivía tan tranquilo sin nosotros. No sabrán dónde alojarnos ni qué darnos de comer ni qué carajo hacer con nosotros. Espero equivocarme, pero lo dudo.
Manuel miraba al infinito pensativo. Tal vez Pablo tuviera razón. Los libros al final le habían mostrado teorías ideales con sujetos ideales y en condiciones ideales, pero la realidad se había impuesto como algo mucho más complejo, mucho más duro, mucho más doloroso. En el fondo el abatimiento y la resignación le hacían sentirse defraudado. Por eso no siguió luchando, por eso huyó ante la derrota, porque en el fondo de su corazón sabía que ni un solo hombre puede definirse en las letras de un libro, tanto menos la Humanidad.
—Tal vez tengas razón, amigo —suspiró.
—Me temo que esta va a ser una nueva lección de vida —Pablo apagó el cigarrillo pisándolo hasta hundirlo en el barro—. Intentemos dormir, mañana presiento una larga jornada.
Al día siguiente, ya bien entrada la mañana, mientras un sol desleído no conseguía calentar los cuerpos ateridos por el frío nocturno, unos soldados de aspecto extranjero comenzaron a tirar

mendrugos por encima de la alambrada. Las luchas por coger uno de aquellos tesoros no se hicieron esperar, comenzaron los gritos, los pisotones, los insultos, las blasfemias, los golpes… no faltaban los que, fuera de los alambres, se sonreían e incluso señalaban con el dedo a alguno de aquellos hambrientos que conseguían comerse un pedazo de pan lleno de barro y arena. Otros los miraban con desprecio y los más con lástima.

Manuel a codazos, consiguió hacerse con dos en el aire, Pablo con uno más y Jesusín, entre las piernas de dos mujeres que se tiraban literalmente de los pelos, con el cuarto, aunque lleno de barro. Toda la familia se reunió en un rincón ante las miradas amenazadoras de aquellos que no tendrían nada que llevarse a la boca aquel día.

—Parece que estén echando de comer a los animales —Sonsoles miraba indignada a los gendarmes tras la alambrada

—¡Eh, tú! —gritó— ¿Te diviertes con el espectáculo? Ven aquí que te voy a explicar…

—¡Calla mujer! —tomó del brazo a su esposa y la hizo girar—. ¿Pretendes que nos den un tiro?

Sonsoles calló, aunque mantuvo su mirada ceñuda fija en los soldados que ni se habían percatado de sus gritos, tal era la algarabía del hambre. De la mano, su hijo más pequeño, a su alrededor los otros dos agarrados a sus faldas mirando al suelo.

—¿Qué nos espera, Pablo? Me siento como un animal. ¿Tú has visto cómo nos han lanzado los mendrugos? Como a los puercos. Nos mataremos por quedarnos con más parte de la miseria. Es horrible —sollozó mientras unas lágrimas solitarias y compactas de rabia partieron de sus ojos. Pero ella las secó casi al instante.

—Tranquila, mujer, en otras plazas hemos toreado y salimos ilesos —el marido rodeó a su mujer por los hombros y con su cuerpo cobijó también a sus hijos.

—Estoy agotada y no me quejo por mí. ¿Y los niños? ¿Cómo podremos alimentarlos y protegerlos?

La conversación se detuvo porque habían abierto las puertas y estaban obligando a todo el mundo a salir de allí. Los refugiados seguían llegando en oleadas interminables y había que dejar paso a los siguientes. En la cancela, un gendarme les apremiaba a moverse en un español gangoso. Algunos preguntaban a dónde iban, pero aquel hombre sólo contestaba ¡ *Allez, allez!*

Cuando Manuel llegó a su altura, seguido de la que ya consideraba su familia, se paró a su lado sin interrumpir la marcha y comenzó a preguntar. El gendarme puso cara de pocos amigos, pero se encontró con la fría mirada poblada de tristes recuerdos del miliciano y reconoció la indiferencia que le sugería la vida. Sintió una especie de miedo sordo sazonado de remordimientos y claudicó.

—Van a un campamento de refugiados que está a unos pocos kilómetros de aquí y que ha sido acondicionado para ustedes por el gobierno francés. Y ahora siga caminando, no pueden salirse del trayecto y no pueden pararse bajo ningún concepto —el timbre agudo de aquella voz, el acento ausente de erres y la mirada huidiza hicieron sospechar a Manuel de aquellas palabras, pero nada más podía hacer, cogió a Jesusín en brazos, se cerró el capote y comenzó a caminar reflexivo. Algo no encajaba en todo aquello.

—¿Dónde crees que nos llevan? —Sonsoles se dirigía al miliciano y éste se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, pero algo en la actitud del tío ese —y señaló con el dedo hacia atrás— me escama. Trata de no pensar que somos seres humanos, estoy seguro, trata de no pensar y simplemente cumplir órdenes. Lo he visto demasiadas veces y no me gusta lo que suele significar.

El silencio se alzó más fuerte que el frío, ese que el triste sol no lograba templar. La columna se puso en marcha. Pablo cojeaba menos, su herida se había ido curando con los cuidados diarios de su esposa y apenas le dolía ya. No tirar de la acémila y el día de descanso habían facilitado sus pasos y mostraba un andar más ligero.

Era noche cerrada cuando llegaron a su destino, más de doce horas después, sin parar, sin comer, exhaustos y lo que se abría ante sus ojos era desolador, un paso más hacia el abismo, una playa inmensa, más alambradas, más abandono, más frío y más miseria.

Una vez dentro, obligados por el flujo humano y las tropas extranjeras, se colocaron en un rincón, cerca de los alambres y se dispusieron a pasar la noche. Al fondo el rumor del mar, amparado por la negrura, difícilmente se oía soterrado de murmullos, de silencios y de los quejidos intermitentes de los más débiles. Apenas hablaron, estaban agotados, prepararon un

agujero, los capotes, las mantas raídas y cayeron en un profundo y nostálgico sueño del que pretendían no volver a una realidad que se volvía cada vez más insolente. Ni siquiera fueron conscientes del hambre, sólo el sueño reparador los acuciaba.
La humedad del amanecer despertó a Manuel, un cielo gris le dio la bienvenida y cuando se movió comprobó que sus ropas estaban empapadas del relente marino. Tenía los músculos ateridos y una sensación de frío que ni en los momentos más duros de la montaña había sentido. Se incorporó frotándose los brazos y observó lo que la noche había escondido a su llegada. Pensó que tal vez hubiera sido mejor dejar al destino seguir su curso y que él, como soldado que había sido, hubiera terminado en cualquier calle con un tiro en la cabeza. Ahora lo que tenía ante sí era imposible de describir o peor aún, de vivir.
Estaban en una playa inmensa, al fondo, si se levantaba, podía divisar un mar grisáceo y en calma que seguía su lento deambular ajeno a las penurias y los sufrimientos de sus recién llegados vecinos. Después se abría otro mar, pero este de pobreza, de palos, telas o trozos de cualquier cosa que sirviera para protegerse de esa humedad que le había calado hasta los huesos.
—Deprimente ¿eh? —. La voz de Pablo surgió tras él, cavernosa.
Manuel no contestó, seguía con la mirada perdida en el infinito de aquella amalgama inhumana.
—Habrá que apañarse —insistió su amigo.
—Imposible sobrevivir —contestó en un murmullo más para él que para su interlocutor—. Moriremos de hambre, de sed, de cualquier enfermedad o de una cuchillada por un trozo de pan.
Pablo sacudió la cabeza y se puso en pie dando unos golpecitos en el hombro de su compañero, donde se había apoyado para levantarse.
—No te desanimes, no pierdas la fe, de un ateo a otro. Con mi derrotismo vamos más que servidos, esto es un puto infierno.
El campamento iba despertando, la playa se llenaba de personas que hacían sus necesidades como podían, no había donde esconderse y el pudor había dejado paso a la desidia de saber que ese era un mal menor. Sonsoles se despertó y se unió a los hombres con los brazos en jarra, atrás había quedado la debilidad de la noche anterior, atrás la queja y frente a ello, sus ojos se habían llenado de una dureza y una determinación imposibles de definir.
—Hay que buscar algo para protegernos de la humedad, los niños enfermarán si pasamos las noches al raso.
Pablo se sobresaltó pues no había sentido a su mujer llegar, tan perdidos sus pensamientos en las grisáceas aguas de aquel océano.
—¿Buscar Sonsoles? ¿Buscar qué? Esto es una playa, una maldita playa y en las playas no hay nada, a excepción de arena y agua —su marido elevó una voz cargada de desesperación.
Ella le miró muy fijamente, con las cejas curvadas y un rictus grave que tensaba todo su rostro. Se secó las comisuras de los labios y dio un fuerte suspiro.
—He parido diez hijos y de siete no sé nada. No creas que los olvido, no creas que no sufro cada instante sin saber de ellos, es mi terrible infierno personal que sobrellevo lo mejor que puedo. Pero ahí, en ese asqueroso agujero, empapados, agotados y hambrientos, tengo a los tres más pequeños y su única salvación está en nuestras manos —y señaló a su marido—, y te aseguro que mataré, robaré y me saltarán la tapa de los sesos intentando protegerlos y mantenerlos con vida. Y si ese no es tu plan, ya te estás yendo con viento fresco fuera de mi vista. Si no, mantengo mis palabras. ¡Hay que buscar algo, lo que sea, para protegernos por la noche! Esta playa hija de puta no va a poder con nosotros ¿entiendes marido?
Pablo la observaba boquiabierto.
—¡He dicho que si me entiendes! —gritó desesperada.
Manuel, que seguía la conversación en un segundo plano, salió en defensa de Pablo que no sabía qué contestar. Admiraba la entereza de su esposa, pero sentía una pena infinita porque él no era capaz de ver un futuro, no encontraba salida a aquella situación y menos con tres niños pequeños a su cargo.
—Allí he visto cañizos, al otro lado de la alambrada —y giró la cabeza indicando el lugar del que hablaba—. Son bastante altos y con los capotes y las mantas podríamos hacer una especie de chamizo.

—La idea no está mal, pero tú mismo has dicho que están fuera y, si no recuerdo mal, nosotros estamos dentro. Fuera están todos esos enormes negros y los desagradables gendarmes muy bien armados. ¿Qué se te ocurre? ¿Les pedimos por favor que nos dejen darnos una vuelta por los alrededores, para buscar con qué guarecernos? —ironizó Pablo, lo que le valió una mirada feroz de su mujer.
—Pablo, hay que luchar —no quería que Sonsoles se viniera abajo—. Sé que esto es deprimente, sé que parece imposible sobrevivir en estas condiciones, que la desesperación nos supera, pero mejor morir luchando que dejarse morir ¿no te parece?
Asintió con desgana a las palabras del miliciano, pero no veía qué podían hacer en aquel arenal para no morir lentamente. Entonces Manuel se acercó más a ellos y les susurró unas palabras.
—Esta noche saltaré la valla y trataré de traer todo lo que pueda. Ahora voy a ir a inspeccionar el perímetro para buscar la zona más apropiada y menos peligrosa. Vosotros me esperaréis al otro lado para recoger lo que traiga, no vaya a caer en manos ajenas. Tenéis que estar muy atentos, ser muy silenciosos y cautos.
—Saltaré contigo —dijo su amigo con firmeza, parecía haber recuperado el ánimo.
—No es buena idea. Si algo me pasa… tú podrás seguir protegiendo a la familia.
—Es mi familia, soy yo…
—Pablo, a mí nadie me espera y además tengo más experiencia que tú en esto de la guerra y de reptar para que no me maten. Siento decirte que serías una carga —y sonrió abiertamente dándose la vuelta para no seguir con aquella conversación.
Pasaron la mañana tratando de secar las mantas y de engañar al hambre y sobre todo a la sed, con angustia comprobaron que no había agua dulce y se enteraron de que la racionaban exhaustivamente. Preguntaron y preguntaron y cuanto más supieron más descorazonados se fueron sintiendo. No había letrinas, ni fuentes, ni ninguna de las mínimas condiciones para que viviera un ser humano, aquello no era una especie de moridero extraordinariamente extenso.
Pasado el mediodía, después de masticar un poco de mojama que habían salvado del viaje, Manuel dejó a la familia y se fue a inspeccionar el campamento. En el cinto llevaba la pistola, inútil en aquel paisaje, aunque le proporcionaba la tranquilidad de poder darse un tiro antes de morir como una acémila. Caminaba despreocupado, al menos eso trataba de mostrar, pero observaba con detenimiento todo lo que acontecía a su alrededor. Así supo que en la zona que primero se habilitó para los refugiados había pequeñas chabolas hechas con palos, lonas, ropa… probablemente elementos llegados del mar y robados a la tierra, era evidente que no era el primero en tener la idea de saltar. Igualmente observó muchos enfermos de disentería, catarros e infecciones y supo cuál sería su futuro si no andaban con mucho cuidado. Tras las vallas, soldados de color jugaban a las cartas y hacían guardia con sus fusiles para evitar incidentes; en una zona despejada los vio comer y reír sin percatarse de que unos metros hacia el mar la muerte y el hambre campaban a sus anchas. Quiso odiarlos, pero sus días de soldado habían hecho un callo en su corazón.
—¿Estás pensando en saltar? —la voz quebrada le susurró esas palabras demasiado cerca y se volvió a la defensiva. Un brazo le sujetó con fuerza y al volverse se enfrentó a unos ojos duros como el hielo, escondidos tras unos pómulos que marcaban un rostro surcado de arrugas—. Tranquilo, estás significándote demasiado, nos y esos tienen el gatillo fácil y mucho aburrimiento, haz que me conoces.
—¡Hombre, andaba buscándote! —el desconocido le dio un abrazo que olía a sudor agrio seguido de varias palmadas en la espalda y de forma imperceptible lo separó de la alambrada hablando a voz en grito. Una vez mezclados en la marea humana se presentó.
—Mi nombre es Eusebio, Eusebio Marín y espero que me perdones por asaltarte de esta manera. Estamos preparando una salida y tu insistencia en mirar hacia fuera era poco discreta, nos pones en peligro. Esos —y señaló hacia el exterior— se las saben todas y tenemos que estar muy atentos.
El miliciano salió de su asombro por fin y el corazón le volvió a latir con normalidad. Separó disimuladamente la mano de la pistola que había cogido de manera casi refleja y la extendió. El tal Eusebio la estrechó.
—Mi nombre es Manuel y me pregunto por qué piensas que quiero saltar la valla —contestó imprimiendo a sus palabras toda la inocencia de la que fue capaz.
Eusebio sonrió y se tocó el cráneo pelado con las dos manos. Manuel vio que le faltaba parte

del dedo meñique y que llevaba un pedazo de camisa militar a modo de pañuelo.
—Eres nuevo, eres militar, eres joven, no quieres morir en este infierno. ¿Quieres algún motivo más? Todos hemos pasado por lo mismo, hemos soñado con escapar, con morir, con burlar a esos monos y que se jodan porque somos más listos. Pero si vas a hacerlo, hazlo bien. Salimos en grupo, hay más posibilidades de éxito.
El miliciano le miró y sus alarmas se encendieron. Aquel sujeto no le gustaba en absoluto, era un zorro viejo, seguramente había sufrido tortura, seguramente se las sabía todas y seguramente haría cualquier cosa por sobrevivir, pisaría a quién fuera necesario y traicionaría a quién le hiciera frente. Su amabilidad era lobuna y su sonrisa helaba la sangre. Asintió dándole la razón con prudencia.
—Después de la salida, reunimos lo que hayamos encontrado y lo repartimos. Nuestro código exige que se elija por orden de antigüedad y aunque al principio tengas que aceptar lo peor, poco a poco irás teniendo más categoría…ya sabes… como en el ejército —y volvió a sonreír con malicia.
—Yo soy un lobo solitario, no me gusta ni arriesgar por nada ni compartir lo que es mío —dijo desafiante y le miró con frialdad. Le sacaba casi dos palmos de altura, era más joven y más fuerte porque aún el hambre, la sed y la fatiga no habían hecho mella en él.
—En este lugar es peligroso bailar solo.
—Yo nunca bailo, nunca amenazo y nunca hablo en balde —los dos hombres se sostuvieron la mirada sopesándose. Por fin Eusebio rompió el silencio.
—¡Que te follen! Pero ándate con cuidado, aquí no hay amigos y sí muchos enemigos. ¡Me cago en la hostia con el recién llegado!
—Me arriesgaré —sonrió también—. Y gracias por tus buenos deseos.
Manuel se dio la vuelta y caminó seguido por la mirada gélida que sentía quemar su nuca. Era un bravucón, uno de tantos. Si le molestaba demasiado le metería un tiro o lo ahogaría en la playa, pero suponía que no haría falta, el tal Eusebio había entendido de sobra el mensaje y los sujetos peligrosos nunca hablaban tanto, actuaban antes de que siquiera hubieras entendido la primera palabra. Tenía que ser más cauto, se dijo. Lo primero que necesitaba era deshacer su atuendo militar para mimetizarse con la turba de aquel campamento y lo segundo encontrar un lugar difícil por el que salir. Tenía que aprovechar que aún tenía fuerzas porque utilizar los caminos ya transitados no le daría resultado.
Decidió saltar aquella noche, el cielo estaba nuboso y había una luna raquítica. Saldría por la zona más cercana al agua, allí donde no había nada. Tendría que dar toda la vuelta, pero no vigilarían un arenal yermo y era difícil encontrarse a nadie tan cerca del mar. Sonsoles y Pablo podrían esperar sin problemas y sin el temor a que los asaltaran si conseguían algo.
—¡Eso es un suicidio! —fueron las primeras palabras de Pablo—. No es que tengas que burlar una guardia ni dos, pretendes pasearte por todo el perímetro de ida y de vuelta. ¿Estás loco o qué?
—Contaré con el factor sorpresa. Saldrán más por el otro lado, cerca de los cañizos e intuyo que nadie esperará que haya un chiflado que llegue desde aquí. Lo conseguiré. Vosotros sólo tenéis que esperar en absoluto silencio, venid uno y después el otro, como si fuerais a orinar y os tumbáis en la arena, del resto me encargo yo.
Sonsoles escuchaba atenta sin decir una palabra y asentía a cada orden.
—¿Pero es que no le vas a decir nada? —le inquirió su marido— ¿No crees que es una idea absurda?
—Si dice que puede hacerlo, es que puede, no voy a ser yo quien diga que no. En realidad —se dirigió a él con serenidad—, sería más fácil para ti no hacer nada, no somos tu familia y podrías arreglártelas para sobrevivir sin tantos problemas. Nunca te agradeceré lo suficiente…
La voz de Sonsoles se quebró y avergonzada se dio la vuelta dirigiendo sus ojos al mar para tratar de contener las olas que se estrellaban contra sus párpados. El silencio rodeó aquellas almas y sólo el rumor apabullante de la humanidad encarcelada se hizo oír.
—¡Hala! Basta de sentimentalismo. No queda más que esperar a la noche.
Y con estas palabras de Manuel, todo quedó preparado.

8

El sol acababa de salir con timidez entre unas nubes metálicas con sus panzas bien cargadas de agua. Carmen caminaba cabizbaja al lado de Petra que había decidido volver a Madrid. Cuando lo dejó caer, la madre de Paola dio un respingo y se negó en redondo, los caminos no eran seguros, parecía que el mundo se hubiera desubicado y como fantasmas harapientos, seres de aquí y de allí se movían por la inercia de llegar a algún lugar que pudieran llamar hogar. Estaban deshumanizados, borrachos de sangre, dolidos, ofuscados, era un maremágnum de insolencia y odio a punto de estallar a cada paso. Pero Petra no quería esperar más. Echaba de menos su casa, a sus vecinos y sobre todo a su hermana de la que no sabía nada desde el día en que se ofreció a acompañar a la niña con su abuela. Ahora tenía por delante un largo viaje, pero al contrario que su hospitalaria compañera, ella sólo deseaba reencontrarse con su mundo. En el pueblo los días se le hacían monótonos y pesados, sin nada que hacer, mirando la carita de la pequeña Paola que tras llamar a su mamá los primeros días y anegar de angustia los recodos de la casona rural con su llanto, comenzó a integrarse en aquel mundo en el que el tiempo discurría de la mano del sol que salía y se ponía sin descanso. Su piel se oscureció de caminar por los campos y los pucheros de legumbres, viudos de carne, vivificaron su salud e imprimieron en la niña un aspecto mucho mejor del que traía. Petra ya no tenía nada que hacer allí y por eso, recogió sus cosas y se marchó.

Carmen la acompañó hasta la carretera y la vio enfilar el arcén rumbo a su libertad. Cuando volvió a su casa, la pequeña Paola estaba sentada en la cocina y giró la cabeza cuando la oyó entrar, la miró con esa intensidad que únicamente los niños son capaces de mostrar, con sus enormes ojos verdes cargados de interrogantes que no se atrevía a plantear.

—¿Y la tía Petra? —dijo al fin.

—Mira mi niña, la tía tenía cosas que hacer…

—¿Se ha ido? ¿Sin darme un beso siquiera?

—Ella no quería despertarte porque…

—Todos se van, nadie quiere quedarse conmigo —interrumpió a su abuela a quien no quería escuchar. Sus ojos se llenaron de lágrimas de amargura, de nada le valían las explicaciones y Carmen comprendía su desconsuelo.

—No digas eso, la abuela está aquí contigo y nunca te dejará sola, y el tío Manuel, el tío José y la tía Lucía y no digamos nada del abuelo —y tomándola en brazos la sentó en su regazo mientras la comía a besos.

La niña se abrazó a su cuello y dejó de llorar. Aquel olor a espiga y a jabón de aceite se convertiría desde aquel instante en su cueva de seguridad. No volvió a preguntar por su madre ni por la tía Petra, dejó a un lado aquellos dolores adaptándose a la nueva situación con esa capacidad infantil de blindar su corazón. Cuando por fin se separó de los brazos de Carmen, se secó los ojos y el hipo le permitió hablar, dijo algo que nadie se hubiera esperado.

—No quiero ser Paola, abuela, es un nombre feo. Prefiero que me llaméis Paz, es más bonito, más corto y no me recuerda todo el rato a mamá.

Y la abuela, por no desatar la tristeza de nuevo en aquel ingenuo corazón, cambió su nombre e hizo que toda la familia hiciera lo mismo, de tal manera que, en aquel remoto pueblo de veranos ardientes e inviernos rigurosos, nunca nadie conocería a la de la Carmen, la hija de la Paola, por otro nombre que no fuera el de Paz.

Lucía se casó pronto y se marchó a vivir a un pueblo cercano, a formar su propia familia. Fue una boda anodina de finales de guerra, sin vestido, sin abalorios, sin alegría más allá de la que demostraban los novios. Mientras Lucía caminaba hacia la iglesia del brazo de un Marcial al que ya comenzaban a pesarle los años, todas las mujeres del pueblo cantaban a la novia flanqueando su trayecto y lanzaban pétalos de flores. Ella se había puesto su mejor vestido que no era nada del otro mundo y portaba un ramo multicolor que desentonaba por su belleza en aquellas manos callosas. Montaron una mesa grande en el patio de la entrada y comieron las dos familias juntas el mismo puchero de todos los días, quizá con un poco más de apaño y algún trocito de chorizo y, mientras felicitaban a los recién casados en bajito, Paz miraba ceñuda a su

tía, la enésima en abandonarla. Su tío Manuel, observando el gesto de la niña, alzó por los aires su diminuto cuerpo, le hizo reír y su inquina se fue deshaciendo al compás de esos brazos fuertes que le brindaron el consuelo de la compañía.
—Tío ¿tú no te vas a casar?
Manuel estaba sentado en el suelo, contra la pared, en los escalones del zaguán, en la boca una ramita daba vueltas al compás de sus reflexiones, todo había acabado ya y los esposos se habían marchado a casa de los padres del novio donde vivirían de momento. Sonrió por la ocurrencia.
—Pues no tengo intención, no, ni siquiera tengo novia, ¿o es que tú quieres ser mi novia? —la risa de la niña se esparció por la recién estrenada noche mientras negaba con determinación—. Pero no te preocupes que si me caso me quedo a vivir aquí contigo y con los abuelos ¿qué te parece?
—Muy bien —y los ojos de Paz se iluminaron.
—Igual eres tú la que vuelves con mamá, esto no es…
—¡Shhhhh! —la niña lo miró enfadada—. De mamá no se habla.
Y dando media vuelta se fue saltando hacia la calle donde su abuela hablaba con las vecinas de la suerte que había tenido su hija con Blas, su marido, que era un buen hombre. El relente de la noche comenzaba a convertirse en frío y Carmen se arrebujó en su toquilla negra de lana, vio a su nieta jugar con una piedra y lanzó sus ojos al horizonte por el que moría el día.
—¿Y de la Paola no se sabe más? ¿Volvió el marido?
—No sabemos nada, nada de nada. En fin, vamos a irnos retirando que el día ha sido muy largo —cambio de tema.
—¿Y cómo no ha venido la Paola a la boda de su hermana? —insistió la vecina con ese aburrimiento malicioso que fermenta en la ociosidad de los pueblos.
—Ya sabes, el camino es largo y peligroso, tiene dos criaturas más y la capital…qué te voy a contar… Parece que está refrescando mucho ¡Paz! —gritó de repente— ¡Vamos, a casa! Ya has danzado bastante por hoy, mañana será otro día.
Carmen sonrió a su vecina que quedó falta de información, parada como una seta en medio del camino. Le dio unos golpecitos en el antebrazo y cogiendo a su nieta de la mano caminó hacia la entrada de su hogar.
—Ya hablaremos en otro momento —dijo con amabilidad—, no quiero que se me ponga la niña mala. ¡Hasta mañana si Dios quiere!
—¡Hasta mañana Carmen! —y la vecina cotilla, un poco contrariada, siguió su vereda.
Una vez dentro de la casa, Carmen se desplomó en una silla de la cocina, se quitó los zapatos teñidos por la arena y el barro y se puso las alpargatas que dormían bajo la silla. Junto al hogar, Marcial removía las ascuas, Manuel apuraba una copa de vino con Paz que se había colocado sobre sus rodillas y José trajinaba con unas cuerdas. Un silencio de añoranza planeaba sobre la familia porque a la alegría de la boda se superponía ahora la nostalgia de una pérdida, el vacío que dejaba la hermana que abandonaba el nido.
—Ha sido una bonita ceremonia —dijo por fin Carmen intentando conjurar los fantasmas de la melancolía.
Todos asintieron y murmuraron en señal de aceptación, pero ninguno se decidió a decir nada, así que la mujer, consciente de que no iba a recibir refuerzos por parte de los demás miembros de la familia, que demostraban sin tapujos sus sentimientos, sacó fuerzas de su propia soledad y dando un golpe seco sobre sus muslos con las dos manos se levantó.
—A ver Paz, como ya no está Lucía, tú eres, junto a la abuela, la mujer de la casa. Vamos a hacer la cena. Y vosotros id dejando sitio y cambiando esas caras, que lo que se ha celebrado en esta casa ha sido una boda, no un entierro.
La niña saltó de los brazos de su tío y se acercó a Su abuela que ya ocupaba el lugar de Marcial junto al hogar. Los hombres se fueron diluyendo en aquella pequeña cocina mientras ya sonaban los cacharros, se avivaba el fuego y el olor de la sopa surcaba el aire.
Paz era una niña muy viva, y con el paso de los días dejó atrás sus recuerdos y se sumergió en aquel devenir de la vida en el pueblo, del que su madre había huido hacía ya muchos años.
Carmen la enseñó a escribir a pesar de que una pareja de maestros fue nombrada para hacerse cargo de las escuelas del pueblo. Don Lucas, el antiguo profesor, había sido delatado como republicano y una noche, no hacía demasiados meses, un camión había parado en la puerta de

su casa, lo había sacado de la cama y, en pijama, tal como estaba, se lo habían llevado sin más comentarios. En realidad, Don Lucas lo esperaba hacía tiempo, ya tenía los papeles de su destitución y no había que ser muy avispado para saber lo que estaba ocurriéndoles a otros muchos que, como él, habían ejercido en aquellos años de gobierno *rojo* . Algunos buenos convecinos le habían aconsejado que se escapara, que huyera a las montañas, al extranjero, que se escondiera, pero el maestro, ya un hombre añoso y algo torpe, había negado con una sonrisa afable, como la que dedicaba a sus alumnos más revoltosos.

—¿A dónde cree usted que llegaría? No tengo salud, no tengo dinero y cualquiera en su sano juicio dirá lo que la guardia civil quiera escuchar. ¿Acaso usted levantaría la voz en mi favor? ¿Se enfrentaría a mis captores y les diría que me he entregado en cuerpo y alma a mi labor que no es otra que la de crear en mis alumnos el deseo de aprender? Y aún en el supuesto que lo hiciera, ¿cuántos más elevarían su voz?

Sus interlocutores bajaban la cabeza avergonzados y reconocían la razón en los labios de aquel viejo profesor, de aquella vocación de enseñanza encerrada en un cuerpo ya decrépito. Era una buena persona, alguien que no había hecho mal a nadie, un hombre poco interesado en la política y más centrado en acabar con la ignorancia de aquel lugar. Y como él mismo pronosticó, el pueblo entero escuchó llegar el vehículo, parar en las escuelas y llevarse a su maestro. El pueblo entero contuvo el aliento, el pueblo entero dejó que un silencio ominoso surcara los tejados e impregnara de culpa a todos los vecinos.

9

La noche cayó silenciosa una vez más sobre las ruinas de aquella porción de humanidad olvidada. Sonsoles no fue al punto de encuentro porque tuvo miedo de dejar solos a los niños al cuidado de las escasas pertenencias de las que disponían que, aunque misérrimas, eran su más preciado tesoro. Su hijo mayor acababa de cumplir once años, pero era de complexión frágil, siempre asustado, siempre lloroso, no tenía capacidad de cuidar de los otros más pequeños. Cuando se lo planteó a los hombres, ambos estuvieron de acuerdo con la decisión.

Manuel saltó, como había planeado, por una zona de la valla que casi rozaba el mar, una zona en la que apenas había vigilancia porque únicamente la oscura inmensidad de la playa se abría a sus ojos, negra y amenazadora bajo una diminuta luna menguante. Allí la humedad era terrible y convertía el frío en agujas insoportables, no era de extrañar que estuviera tan solitario. Pablo le había deseado suerte mil veces y se había tumbado junto a la alambrada a esperar, dolido por no ser él quien asumiera los peligros, por dejar en manos de otro la supervivencia de su familia, por haberse dejado convencer de que su vida era más necesaria que la de Manuel. No se creía un cobarde, siempre había afrontado los desafíos de su existencia con determinación, pero en esos instantes se había dejado llevar por las palabras de los demás y sabía que, si Manuel no volvía o le ocurría algo, jamás se lo podría perdonar.

El miliciano corrió cerca de la valla por aquella tierra de nadie hasta que oyó voces y se detuvo en seco. Alguien se acercaba desde un campamento que se vislumbraba al fondo en el que había una hoguera encendida. Se lanzó al suelo y trató de mimetizarse con la arena. Era un hombre negro, por lo que el blanco de sus ojos resplandecía en la oscuridad como si tuviera luz propia, andaba tranquilo, comentando en voz alta algo con sus compañeros que se reían desde la lejanía. De repente se paró, bastante cerca de Manuel, hizo un agujero y se bajó los pantalones, el olor que se esparció por los alrededores no permitió dudar de su actividad. Los compañeros seguían con sus gritos, pero el soldado silbaba tranquilamente hasta que terminó, se levantó y volvió por el mismo camino por el que había llegado. El prisionero se levantó y siguió con su carrera.

Unos minutos después el fugitivo se detuvo. Sonaban unos gritos muy fuertes, órdenes incomprensibles y un aluvión de soldados, que, desde el campamento, se dirigía en el mismo sentido por el que llegaba Manuel. Carreras en las tinieblas de aquella negrura, jadeos, disparos. El miliciano siguió corriendo, pero en aquella oscuridad sin luna era imposible orientarse y temía toparse de bruces con los soldados que, al ser negros muchos de ellos, se distinguían aún peor en la noche. Por fin, a lo lejos vio una masa más oscura que se movía al compás de la brisa y supuso que eran matojos, plantas o algo parecido. Se dirigió hacia allí y cuando rebasó los límites de la vegetación decidió no arriesgarse más, sacó un saco de los que llevaban en las mulas y empezó a arrancar todo lo que se puso a su alcance. Estaba bien arraigado y a pesar de que no era un hombre débil, le costaba extraer aquellas ramas. Pronto notó que las manos le ardían, pero siguió hasta llenar el saco. Las carreras, los gritos y los disparos continuaban, pero aún sonaban lejos.

Arrastró su botín por la arena de nuevo y echó a correr en sentido contrario, de vuelta a la alambrada, sólo que el exceso de peso se notaba y sus pies se hundían más y más en aquel terreno difícil. En algunos tramos se veía obligado a arrastrarlo, jadeando por el esfuerzo. Paró un segundo para retomar fuerzas. Debía de encontrarse aproximadamente en la misma zona donde había defecado el soldado y a lo lejos un fuego iluminaba la noche. Ya no se oía nada, los soldados debían de haber acudido a la llamada para evitar la fuga por el otro lado. Pensó durante unos segundos, sabía que era una locura, pero tan tentadora. ¿Por qué no?, se preguntó. Echaría una mirada y, si era demasiado peligroso, volvería por donde había llegado. Sí, se dijo, una miradita solamente, tal vez en otra salida le sería útil la información.

No se lo pensó dos veces, dejó el saco escondido junto a la alambrada, medio hundido y corrió agachado hacia la hoguera. Cuando ya pudo distinguir claramente las llamas, reptó

sintiendo como la arena se le colaban por la nariz y se le pegaba en la boca. Parecía todo desierto. Se aproximó más y más, pero en la explanada no había nadie, solo la hoguera que lanzaba a la noche el baile de sus llamas. Se paró, estaba en las sombras, si continuaba sería visible por la luz que emanaba del fuego. Dudó. No era seguro. Al fondo se veían unos barracones. Cambió de táctica. Se levantó y rodeó el campamento por la zona más cercana al mar sabiendo que por ahí no llegaría nadie, hasta que alcanzó al primer barracón.
Escuchó.
Nada.
A lo lejos se oían gritos, pero las balas habían enmudecido. No llegaba a discernir si era en su lengua o en la de los gabachos, poco importaba. Si quería hacer algo, debía de darse prisa.
Reptó escondido en las sombras y vio el campamento desde el otro lado. En el centro, las llamas perdían fuerza. Sus ojos militares hicieron un barrido rápido y detectaron lo que buscaba, siempre pegado a las lonas se coló en una zona de abastos. Entró y, al ver lo que se abría ante sus ojos, descubrió que tenía tanta hambre que se hubiera quedado allí, sin preocuparse de que lo mataran, comiendo todo lo que pudiera hasta ser descubierto como un niño glotón cogido en falta. Dejó la fantasía atrás y actuó con mucho cuidado. No debían de notar su presencia, según los refugiados del campo, las represalias solían ser muy duras.
Se llenó los bolsillos de latas, procurando dejar todo equilibrado, y tomó de aquí y de allá lo que pudo, siempre que su ausencia no fuera visible. Por fin, decidió salir. Ya estaba girando para camuflarse entre las sombras, cuando dos soldados llegaron por su derecha con las armas en alto, hablaban entre ellos en susurros y creyó entender que habían oído algo. Posiblemente estaban de guardia a la entrada del campamento, de espaldas a él. Se lanzó al suelo y se cubrió con el doble techo de la tienda. Los oyó moverse, hablar, recorrer el campamento cada uno por un lado buscando un posible intruso. Sus botas casi rozaron su cuerpo amparado en la negrura. Por fin bajaron las armas y se acercaron a la hoguera a calentarse charlando más distendidos. Quedó atrapado, uno de los soldados se sentó frente a su escondite mientras hablaba tranquilamente con su compañero. Esperó, pero no se movían. Los gritos, las carreras, los disparos. todo había cesado. Pocos minutos después llegaron más soldados hablando a voces y se acercaron al fuego para entrar en calor.
Manuel sabía que tenía que salir de allí antes de que amaneciera, la oscuridad le protegía en aquellos instantes, pero con las primeras luces sería totalmente visible y la comida que llevaba encima era su sentencia si lo descubrían. Su mente trabajaba a toda velocidad tratando de trazar algún plan, pero en su desesperación era consciente de que estaba perdido, no podía salir de allí, no podía permanecer allí y aquellos hombres no se irían. Su mejor baza y tampoco muy segura, era que la mayoría se fueran a dormir y dejaran a algunos de guardia. Pero con uno que lo viera era más que suficiente para dar la voz de alarma.
De momento no le quedaba otra cosa más que esperar. Como había vaticinado, poco tiempo después la mayoría desaparecieron y dos muchachos jóvenes, uno negro y otro de piel aceituna se quedaron de guardia. Hablaban en susurros. El miliciano observó cómo dialogaban relajadamente, a veces sonreían por algo que uno le decía al otro, después volvían a los susurros. Por fin se hizo el silencio. Ambos hombres miraban las llamas y de vez en cuando lanzaban ramitas y pequeños troncos. El de piel aceituna empezó a dormitar y su compañero le llamó la atención.
El miliciano se desesperaba y solo se le ocurrían soluciones perentorias. Darles un tiro no era opción, se le echarían encima los compañeros antes de que pudiera levantarse. ¿Y si lanzaba una piedra en la dirección contraria para que fueran a investigar? Absurdo. Iría uno, el otro continuaría de guardia, eran soldados no idiotas. Calculó que como máximo le quedaban un par de horas de oscuridad, no le quedaba más opción, había que intentarlo, la noche era su mejor aliada, una vez que llegaran las primeras luces todo se habría acabado.
Aprovechó que uno de los guardianes, el que estaba mirando en su dirección, se levantó, supuso que iba a coger un poco de agua, para zafarse de la lona con mucho cuidado. Rodó en la arena para librarse completamente de la tela y comenzó a reptar lo más velozmente que pudo hacia la parte trasera, hacia la oscuridad de la noche.
Oyó volver al soldado y sentarse. Se quedó inmóvil un momento con la cabeza metida en la

arena esperando sentir el cañón de su arma en la nuca, pero nada de eso ocurrió. El silencio solo se interrumpía por el chisporroteo de unas llamas que se habían avivado de nuevo. Siguió reptando, probablemente era el brillo de la hoguera lo que los deslumbraba y les impedía ver su cuerpo arrastrase hacia la negrura. El factor sorpresa jugaba a su favor, nadie en su sano juicio se habría internado hasta allí. Reptó y reptó y siguió reptando a pesar de que había dejado atrás el campamento, muy atrás. Por fin se levantó y sintió como las latas tintineaban en sus bolsillos y en los pliegues de su ropa. Al fondo, en el horizonte, un renglón de luz, un descosido en la penumbra que se iba abriendo paso con lentitud. Llegó al saco y siguió corriendo con las fuerzas que imprime el miedo.

Pablo estaba sentado, las manos en la cabeza, temiéndose lo peor. Le vio llegar antes de ser visto y se levantó como un resorte para indicar que aún seguía allí, aterido, a pesar de las horas transcurridas. Con las últimas fuerzas Manuel hizo volar el saco por encima de sus cabezas y gran parte de los arbustos cayeron al suelo. Mientras el miliciano cogía fuerzas para saltar con el peso extra de la comida, Pablo recogía todo con rapidez para meterlo en el saco de nuevo. Saltó al fin, estaba exhausto, los músculos ya no le obedecían, fue un esfuerzo final y titánico y como no podía ser de otra manera se arañó la mano con la verja que se incrustó en su piel desgarrando la carne. Soltó un pequeño gemido y después un aluvión de maldiciones. Pablo le ayudó a sacarse el alambre y, sin mediar palabra, pegados a la valla, volvieron. Sonsoles los esperaba con impaciencia.

—¿Pero de dónde salís? Hace horas que os espero —La mujer hablaba asomando la cabeza por entre las ropas que cubrían su cuerpo y el de sus hijos.

—¡Silencio! —musitó su marido—. Mañana hablaremos, ahora a dormir, de aquí no se ha movido nadie.

—Espera, espera, hay algo que tenemos que guardar —la voz de Manuel era apenas audible. Sonsoles y Pablo se miraron sin comprender—. Hice una incursión a un campamento.

Y empezó a sacar todo lo que había robado y lo puso sobre las ropas de Sonsoles.

—Hay que esconderlo muy bien, ya me entendéis. Un chivatazo y estamos jodidos, alguien que huela comida y estamos jodidos. Tenemos muchas posibilidades de estar jodidos como no seamos muy cautos.

No pudo ver su cara, pero el sentimiento de gratitud era tan fuerte que Manuel pudo sentirlo en sus extremidades entumecidas. Sonsoles. sin mediar una palabra, vació el saco con las ramas, lo sacudió lo mejor que pudo haciendo el menor ruido y metió todos los tesoros. Después se abrazó a ellos como si fueran un nuevo hijo.

—¡Hala, a dormir! Antes de tocar esto tienen que matarme. Descansad todo lo que podáis— susurró.

Los hombres se tumbaron, arracimados a los más pequeños para impedir, en la medida de lo posible, que el calor se escapara de aquellos cuerpos. A su lado las ramas, cerca la comida. Manuel estaba extenuado, le dolía todo, con más insistencia la mano que había dejado de sangrar, pero la humedad incansable le comía los huesos. Desde su pelo finas gotas surcaban su rostro y le impedían dormir, Pablo a su lado se movía intranquilo. Minutos después el cansancio los venció y despertaron muy tarde, cubiertos por el capote militar para que la luz no los molestase.

Por fin había salido el sol, un sol de finales de invierno, pero sol, al fin y al cabo. Sonsoles había colgado la ropa para que se secara y del saco con la comida no había ni rastro. Las ramas estaban en el suelo y todos sus vecinos las miraban con una mezcla de deseo y extrañeza. La mujer, sentada junto a ellas, jugaba con piedrecitas a las tres en raya con los niños.

La mañana pasó ideando un techado con el que guarecerse, parecían náufragos que hubieran llegado a una isla desierta, y en realidad eran algo parecido, pero en vez de llegar del mar, habían llegado de la tierra, de una tierra incluso más hostil que las aguas, más peligrosa y más traicionera. La salida de Eusebio y los suyos se había saldado con seis detenidos que estaban atados a unos postes en la puerta del campo de concentración, descalzos y cabizbajos. No se encontraba el cabecilla entre ellos, así que habría pillado un buen botín. Algunos tenían un ojo morado, otros la ropa rota. Manuel no quiso ir a verlos, le reconcomía un poco haberse aprovechado de los planes que había descubierto por

casualidad y pretendía además que su salida pasase totalmente desapercibida. No se fiaba lo más mínimo de aquel sujeto de ojos metálicos.
Por la tarde tenían terminado el chamizo. Habían aprovechado la alambrada como pared y habían colocado allí trapos, calcetines, telas, lo que pudieron encontrar. Todos habían cedido parte de su ropa, y de ahí hasta el suelo habían ido fijando ramas mezcladas con toda la porquería que los niños habían encontrado en la playa, restos orgánicos incluidos. Por último, el capote, utilizado hasta la saciedad, lo pondrían de puerta por las noches sujeto a los alambres. Era un espacio muy pequeño, cabían dentro como sardinas en lata, pero confiaban en ir mejorando de una manera u otra.
Cuando la monotonía, la inactividad y el tedio son el devenir cotidiano, hay que tener la mente alerta para no caer en la locura. Manuel era una persona con cierta cultura, pero Pablo era un intelectual desde sus días en el seminario. Ambos hombres buscaban retos diarios con los que mantenerse atentos y poder, de alguna forma, hacer aquella horrible existencia más llevadera. Beber agua de mar era nocivo, ambos lo sabían, cocinar con ella no tanto, pero como no tenían leña, no podían cocinar y las cantidades de agua que les proporcionaban sus carceleros eran tan mínimas que tenían que andar con pies de plomo para que los niños, desesperados y acuciados por la sed, no se despistaran y fueran hasta la orilla. Necesitaban alguna forma de conseguir algo de agua del relente y de la lluvia en caso de que lloviera. La parte de recoger agua de lluvia la tenían bastante clara porque, según se iban comiendo las latas, guardaban los envases sin que nadie los viera. Tener latas vacías no era tan raro, pues muchas veces los soldados se acercaban y se dejaban ver comiendo, para luego lanzar la lata dentro y reírse de cómo se mataban por chupar los restos. No todos eran así, pero entre la especie humana siempre hay quien despunta por su crueldad.
La repartición de la comida se realizaba como si fueran bestias y en cierta medida el hambre deshumanizaba de una manera horrible y llevaba a hacer lo que nunca se pensó que se pudiera hacer. Golpes y armas era lo único que detenía a la turba hambrienta y sedienta. Manuel y Pablo, utilizando su fuerza, conseguían su parte y los niños, entre las piernas, a riesgo de ser pisoteados, trataban de obtener algo más. Poco a poco entraron en el devenir de los días que se iban templando. Dormir a cubierto no les quitaba el frío, pero sí la humedad que era mucho más peligrosa para la salud.
Eusebio les había visitado, y entre unas palabras y otras, que querían ser corteses, los había amenazado por salir sin el permiso de su cuadrilla. Él tenía ese monopolio y había que seguir las reglas de su mafia. No sabía cuándo lo habían hecho, pero el miserable chamizo daba fe de que así había sido. En un primer momento los dos hombres se habían mantenido callados aguantando las ironías de aquel despreciable hombrecillo que apareció custodiado por otros dos más corpulentos, pero animado por el silencio, pensando que era debido al miedo, Eusebio soltó la lengua y se aupó en sus palabras para dejar clara su supremacía en aquella parte del campo. Cuando mentó a su esposa, Pablo intentó saltar a la provocación, que en realidad era lo que pretendía aquel ser ruin, pero Manuel se lo impidió apretando su brazo con fuerza y colocándose delante para evitar el encontronazo. Finalmente, ante la falta de respuesta de aquellos dos hombres a los que ya consideraban, tanto él, como todos los que asistían al espectáculo, dos cobardes, escupió en el suelo, se dio la vuelta y se marchó.
La función había acabado y todos los que se habían arremolinado en torno a ellos comenzaron a disolverse comentando lo que había pasado. Cuando la vida se contamina de la monotonía del mar, cualquier hecho se convierte en noticia. Pablo estaba con la cabeza gacha, irritado como no recordaba haber estado jamás.
—¿Por qué no me has dejado romperle la cara? —dijo cuando la muchedumbre se hubo disuelto.
—Porque no era el momento. ¿Qué querías? Nos hubieran machacado, a ver si te crees que venían sólo ellos tres. Y después de que nos patearan, todos a los postes de la entrada. Y al volver, adivina lo que podíamos habernos encontrado. Ese, seguro que tiene tratos con los de ahí fuera. No te fíes de él. Más cabeza, mi buen amigo, y menos corazón. No voy a dejar que enseñe a los demás en mi pellejo lo que ocurre si no aceptas sus normas.
—Pero tengo que aguantar que…
—No te preocupes Pablo, nadie volverá a molestarnos —le cortó.

—¿Qué piensas hacer? ¿Matarle?
—No será por ganas, pero no, hay otras formas.
Sonsoles llegó corriendo, acababa de enterarse de lo que había ocurrido. llevaba a sus hijos a rastras empujados por su ímpetu. Estaba lavando a los niños en la playa y una mujer había ido a contárselo, no sabía si era cierto, ni sabía quién era el tal Eusebio. Su marido no quería alarmarla por lo que le hizo una versión edulcorada del problema.
—Creo que no me estás contando toda la verdad —dijo cuando terminó de hablar mirándole con los ojos entornados—. Dímelo tú, Manuel, ¿ese hombre es peligroso?
Él miró un instante a su amigo y se encogió de hombros en un gesto de impotencia.
—Sí, lo es.
Pablo resopló contrariado.
—Ella también tiene que estar preparada, no saber la verdad es un as en la manga para ese hijo de puta —concluyó.
La mujer iba a empezar a hablar cuando el miliciano levantó un brazo y la instó a que callara.
—Lo arreglaremos, pero de momento que quede así, como un cotilleo ¿de acuerdo?
Ella asintió y se llevó a los tres niños dentro del chamizo.
—Es mi familia, no quiero que vuelvas a arriesgarte por nosotros, esta vez seremos dos — Pablo le señalaba con el dedo y con cara de pocos amigos.
La primavera estaba intentando enviar señales de su llegada, un sol disuelto se insinuaba entre unas nubes tan blancas que parecían algodón. Contra esa frescura de la naturaleza, más abajo, la vida se abría paso a golpe de miseria. Los niños empezaban a acercarse a la orilla a salpicar mientras las madres procuraban que no se mojaran, era la infancia y su capacidad de encontrar la risa en cualquier parte por muy sórdida que fuera.
Manuel no tuvo en cuenta las palabras de Pablo, sabía que se enfadaría, pero había contraído con aquella familia una deuda por salvar su alma de la peor de las enfermedades, la soledad. Aquellas personas le habían devuelto un motivo por el que seguir adelante, por el que levantarse cada día. Cuando se sentaba con Jesusín y le hacía dibujos en la arena para que los adivinara, cuando conseguía un poco más de agua, cuando soñaba con Pablo en volver a tener un cigarrillo entre las manos, sentía que estaba vivo, que su corazón latía de nuevo y no quería que ese pequeño mundo que le rodeaba se viniera abajo otra vez. Era su misión, su misión secreta, protegerlos hasta sus últimas fuerzas de todo lo que fuera necesario.
No había pasado ni una semana del incidente, cuando una noche Manuel salió a altas horas de la madrugada. Pablo le oyó, aquello era tan pequeño que cualquier movimiento era un terremoto familiar, pero pensó que iba a orinar y no tardó en dormirse. El miliciano estuvo unos minutos sentado en la puerta por si acaso se daban cuenta de su falta, pero cuando oyó los ronquidos de su amigo se levantó y siguiendo la alambrada como un fantasma se plantó en la chabola de Eusebio. En sus paseos, mirando como quien no ve, había tanteado el terreno, investigando con quien compartía su *vivienda* y comprobó que dormía solo. Sus acólitos tenían sus propios camastros, chamizos o como quiera Dios que se llamasen todas aquellas proezas de la imaginación humana.
No le dio tiempo a despertarse y ya tenía el arma en la cabeza. A pesar de que sus ojos eran diminutos, se salían de las órbitas ante el frío del cañón sobre su piel. La mano de Manuel le cubría la boca para que no pudiera avisar a nadie. Eusebio estaba aterrado, no conocía a aquel hombre lo suficiente como para saber si apretaría el gatillo, pero la fiereza de su mirada le ponía sobre aviso. No se trataba de ningún juego.
—¿Me escuchas bien? —la voz del miliciano era un susurro.
Eusebio asintió.
—Te lo voy a explicar una sola vez y, como ves, yo no necesito ni público que me jalee, ni guardaespaldas. No tengo nada que perder, la vida me importa un carajo, no sé si sabes lo que eso significa.
Eusebio volvió a asentir y Manuel pensó que diría sí a cualquier cosa con tal de conservar el pellejo.
—Significa que te metería un tiro entre los ojos y me quedaría tan tranquilo ¡Me cago en la puta! Y que vengan los moros a cogerme, esos desgraciados, que aquí los esperaría. El resto

me sería indiferente. Sin embargo, me preocupan mis amigos, esos con los que tú te metiste, esos a los que amenazaste y con eso, querido camarada, no se juega. Esa parte ya no me da igual. ¿Lo entiendes?
Eusebio asentía con fuerza farfullando mientras llenaba de babas la mano de su captor.
—Tranquilo, no hace falta que digas nada. Para eso ya estoy yo. No quiero una guerra ni que pidas perdón, lo único que quiero es que hagas como que no existimos. Fíjate si soy generoso, solo que te olvides de que estamos en este mismo campo porque si no, te vuelo la tapa de los sesos. ¿Entendiste con claridad?
Nuevo asentimiento.
—Y ahora voy a quitarte la mano de la boca y espero que sepas estar calladito —le dejó libre y se sentó frente a él sin dejar de apuntarle. ¿Alguna pregunta?
—¿De dónde has sacado un arma? —inquirió confuso.
—Eso a ti no te importa. Vayamos a nuestro asunto. ¿Te ha quedado claro?
Eusebio asintió de mala gana. Manuel no se fiaba de él, pero era lo más que podía hacer. Se levantó y vio un montón de mantas en un rincón, no se lo pensó dos veces y cogió un par de ellas.
—¡Eh! —protestó el dueño.
Manuel volvió a apuntarle.
—¿Algún problema? No serás tan insensible como para no prestar una manta a unos niños indefensos —. El rostro impertérrito del miliciano apenas se vislumbraba en la oscuridad, pero ni un temblor dejaban sentir sus labios—. Podría saberse quién tiene cosas que los demás deseamos, y señaló con la pistola el resto del espacio, quién tiene trato con los gabachos. Y no olvides lo que te he dicho, cabrón, si te veo cerca te mato. No voy a preguntarte nada y esto es más que una amenaza, te ahogo con mis propias manos.
Eusebio le miró fijamente y supo que lo haría. Lo apuntó en su mente rastrera de superviviente corrupto y decidió que de momento evitaría a ese hombre. Manuel salió y él se quedó farfullando insultos que no se había atrevido a decir.
Ya estaba llegando al chamizo cuando descubrió el perfil de una figura conocida, torció el gesto, se avecinaba tormenta. Una silueta caminaba de un lado a otro como un perro encerrado. Alzó la mirada y descubrió a su amigo.
—¡No me digas de dónde vienes! Has vuelto a hacerlo —gritó en susurros.
—He encontrado esto para los niños —y le tendió las mantas—. Pónselas encima para que no se mojen.
—¡Me importan una mierda las mantas, joder! Dime que no has vuelto a hacer las cosas solo—. Su compañero seguía con el brazo extendido y las mantas en la mano.
—Tengo otra sorpresa mucho mejor —contestó desoyendo las preguntas.
Pablo se revolvió y empujó con las dos manos a Manuel que tuvo que dar un paso atrás para no perder el equilibrio.
—Eres un grandísimo hijo de puta, quedamos en resolverlo juntos, recuerda que es mi familia, ¿lo entiendes? Yo tengo que defenderla, yo tengo que velar por ella y tú…
—¡Déjalo ya! —le interrumpió con gesto agotado—. No quiero joderte, en serio, sólo trato de ayudar. Tu familia te necesita, a mí no. Si algo sale mal…
Se hizo un silencio, Pablo no era hombre de reproches, ni siquiera entendía por qué se sentía así, con esos celos absurdos. En el fondo sentía lástima de aquel hombre abandonado y solo, que lo único que deseaba era encontrar un lazo con el que congraciarse con la vida. Movió la mano en el aire como tratando de espantar pensamientos ridículos y cogió la manta que ya no le ofrecía.
—Pero que sea la última vez ¿entendido? Negociaremos juntos las cosas. Somos amigos ¿no? —su voz sonaba menos crispada—. ¿Y qué otra sorpresa tienes?
Los ojos de Manuel brillaron en la oscuridad y del bolsillo sacó un pequeño paquete.
—Cortesía de la casa —y se lo tendió.
Era un paquete de cigarrillos que temblaron en la mano del antiguo seminarista. Pablo sonrió a la madrugada. No podían esperar más, caminaron hacia el agua y en la orilla, con el suave murmullo del deambular de las olas mansas, compartieron en silencio uno de aquellos cigarros robados que los supo a libertad.

10

La capital iba volviendo a una crispada normalidad cargada de represalias. Con esa tradición al clientelismo que ya había impuesto siglos atrás el Tribunal de la Inquisición, los odios viscerales de unos vecinos por otros llevaban a las delaciones para evitar ser denunciados. Había que demostrar ser el más adicto al régimen, gritar los vivas a Franco con mayor fuerza, pero, sobre todo, había que borrar cualquier mancha que en el pasado más reciente pudiera tener ni siquiera un tono políticamente rojizo.

Tras la casa de Paola, cerca del arroyuelo, entre las dunas de cascotes y tierra, algunas noches se oían disparos y motores; sin embargo, nadie comentaba absolutamente nada sobre aquellas incursiones de la parca. Había cientos de encarcelados, muchos de ellos condenados a muerte, pero también era un secreto a voces los llamados paseíllos, grupos de hombres y mujeres sacados de sus casas, de sus camas, arrancados de sus familias que desaparecían sin dejar rastro. Es lo que tienen las dictaduras, que no admiten quien las contradiga. Había que dejar bien limpios los cimientos sobre los que construir la nueva nación.

Y Adrián seguía sin volver, sin dar señales de vida, ni una carta, ni un recado con algún compañero, nada de nada. Paola se dejaba la vida para tirar de la familia, sus horas se multiplicaban por cien para poder salir adelante, pero en la soledad de la noche, cuando su cabeza
caía rendida sobre la almohada, lloraba en silencio su pena, la amargura de una verdad que se negaba a sí misma.

Las hermanas habían dejado de tocar ese tema porque solo era una fuente de conflictos. Intentaban que Paola abriera los ojos, que barajara la posibilidad, más que probable, de que Adrián no volviera nunca, una aceptación que podría facilitar poner un punto y final del que naciera una nueva vida, pero ella se empeñaba en lo contrario con la misma cabezonería con la que buscaba comida.

Perder a un ser querido es muy duro, pero tener un lugar donde llorarlo, un luto que guardar, una confirmación de que nunca más estará a nuestro lado permite que el tiempo deje que conviva con los vivos en la paz del recuerdo. Un desaparecido es otra cosa, un desaparecido es la ignorancia más profunda, la falta de esperanza y la creencia del milagro. A un marido desaparecido no se le llora, porque siempre encuentras en tu corazón una diminuta llama de esperanza, un quizás hizo esto o lo otro, quizá perdió la memoria, quizá está mal herido, quizá, quizá, quizá… como dice la canción. Una desaparición es un punto y seguido que jamás se convierte en final.

El hambre seguía campando por la ciudad como un ave carroñera y la familia de Paola no era una excepción a esa norma. Carmencita salía con su madre todos los días en busca del sustento que se materializaba unas veces sí y otras no. Cuando las gallinas famélicas ponían algún huevo, se apostaban en alguna esquina y los vendían a buen precio o los cambiaban por otros productos. El llamado estraperlo señoreaba a sus anchas por la urbe y, aunque estaba penado con cárcel, a Paola pocas cosas ya le alteraban el pulso. Su hija vigilaba, tenía un sexto sentido para descubrir entre los transeúntes aparentemente iguales, los que escondían una amenaza y con un sistema de señas se comunicaba con su madre.

Igualmente seguía llevando la imagen de la virgen de unas casas a otras para obtener míseras propinas que se veía obligada a agradecer como si fueran de oro macizo. En aquellos hogares donde no había apreturas ni necesidades era tratada como una sirvienta. Entraba por detrás y esperaba pacientemente que las señoras hicieran sus rezos y peticiones mientras que los aromas de las comidas que se guisaban en las cocinas le hacían babear. Y era en aquellos instantes cuando una rabia sorda subía desde sus entrañas y tenía que calmarse tragando saliva varias veces seguidas. La crueldad y la injusticia de aquella desigualdad rebelaban su corazón. Sus hijos llorando por las noches sin nada que llevarse a la boca y aquellos otros niños nadando en la abundancia. En algo se había equivocado.

Cuando salía con la imagen a cuestas agradeciendo una propina ruin, miraba la cara de la

virgen y controlaba sus ganas de estrellarla contra cualquier esquina. Tú no has podido ser madre, pensaba, si no, no permitirías todo esto.
Era una fría mañana de invierno. Carmencita y Paola se dirigían a casa de los señores de Palomeras del Viso con la Virgen a cuestas. Una nueva dama más que se había unido al grupo de las santurronas de la tripa llena. Iban recogiendo, como siempre, cualquier cosa que quemar o que fuera posible comprar o vender. Llegaba el momento de hacer nuevamente zapatos para el invierno y la imaginación no tenía freno en cuanto a materiales.
—Espérame aquí sentada, no te muevas y no hables con nadie, enseguida vuelvo —Dejó a la niña y se internó en un espacioso portal que unos obreros restauraban para quitar los recuerdos de los impactos de balas. Un portero le salió al paso de muy malos modos al ver su aspecto, pero cuando vio a la virgen se santiguó y con cara de malas pulgas le indicó una escalerilla estrecha que salía de un lateral. Ni siquiera saludó.
—Segundo izquierda.
Paola subió con la pesada imagen unos escalones empinados, desiguales y oscuros. Llegó con el corazón desbocado a una puerta gris que tenía una aldaba para llamar. Dio tres golpes. Oyó unos pasos presurosos y la mirilla al descorrerse dejó ver un ojo que la escrutaba.
—¿Quién? —preguntó la voz.
—Traigo la Virgen para la señora de Palomeras del Viso.
Un silencio, unos susurros y un cerrojo al descorrerse. La puerta se abrió y ante sus ojos apareció una mujer enjuta, de rostro serio y mirada indiferente.
—Sígame —fueron sus únicas palabras.
Paola la siguió por un pasillo y desembocaron en una espaciosa cocina que tenía una enorme mesa en el centro que, inmediatamente le recordó otra cocina en la que había servido hacía muchos años, quizá en otra vida. Los recuerdos hicieron ademán de abalanzarse sobre su corazón como un alud, pero ella los contuvo. Dejó la imagen que amenazaba con caerse sobre el tablero y se frotó las manos. La mujer salió de la cocina y la dejó allí sola.
Paola miró en derredor. Sobre la mesa una cesta con cuatro o cinco manzanas amarillas y lustrosas. Trato de girar la vista en otra dirección. Zanahorias, cebollas y otras verduras que no podía alcanzar a ver desde su situación estaban en remojo en una gran pila. Para sus adentros agradeció que todos aquellos manjares no se estuvieran cocinando, de esa manera el tormento era menor. Por un momento barajó la posibilidad de llevarse algo de todo aquello, una zanahoria, una cebolla, lo que fuera, pero pronto lo desestimó, si perdía aquel trabajo… era una mala opción. Cambió el peso de pie y se miró las manos blanquecinas y rojas a causa del frío. Por fin volvió la mujer seguida de una joven de lánguido rostro que al verla sonrió y le dio los buenos días, lo que suponía una novedad entre aquellas damas.
—¿Le importaría llevármela al salón? —dijo en un tono de súplica que descolocó totalmente a Paola.
—Por supuesto, señora. Dígame dónde quiere que la ponga.
Salieron y giraron a la izquierda entrando en la zona noble de la casa. Dejaron un par de estancias atrás y abriendo una puerta de doble hoja entraron en un enorme salón decorado con muebles antiguos y desgastados. Alguno había desaparecido y un cerco en la madera del suelo delataba su falta.
—Disculpe el desorden, aún estamos de mudanza, con esto de la guerra la casa está echada a perder. Puede colocarla sobre la mesa.
Paola aupó la figura y la situó donde aquella mujer indicaba. Ya había ido un par de veces a esa casa, pero nunca había entrado. La criada estirada había cogido la imagen y la había llevado dentro mientras ella esperaba en las escaleras.
—He hablado con el sacerdote —continuó con su voz fatigada— y me ha permitido quedármela hasta mañana. ¡Tengo tanto que rezar!
Paola torció el gesto, aquel cura no le había dicho nada y si la dejaba allí todo el día perdería las propinas de las casas que le quedaban, era un contratiempo muy desagradable. No se quería imaginar la que le caería al día siguiente por no haber llevado la imagen a su tiempo. Los sacerdotes hacían lo que les daba la gana, no tenían en cuenta las necesidades de los

demás. Intentando ser lo más educada posible trató de plantear la cuestión.
—¿Está segura de que puede quedarse con la imagen todo un día? Es algo irregular —buscaba las palabras más adecuadas—. El sacerdote no me ha informado de nada y hay otras señoras esperando poder rezar a la Virgen.
—No se preocupe —extendió la mano y le dio unos golpecitos en el antebrazo—, está todo arreglado. Mi marido se ha encargado y cuando venga a por ella mañana verá como no tiene ningún problema.
Paola se rindió, no tenía más que decir, donde hay patrón no manda marinero, solía recitar su madre. Así que se dio la vuelta para salir.
—¿Tiene usted hijos? —interrumpió sus pasos. Paola se volvió extrañada, aquellas señoras apenas solían dirigirle la palabra y menos llamándola de usted.
—Sí señora, tengo tres. Un varón y dos chicas.
—¿Y marido?
Se sobresaltó ante aquella pregunta tan directa y tartamudeó al contestar.
—Aún no ha vuelto.
La mujer sonrió y ni aun así se desperezaba la tristeza de sus ojos.
—Imagino que no le hago ningún favor quedándome con la imagen, perderá dinero hoy —reflexionó.
Paola se encogió de hombros. No quería decir nada de lo que pudiera arrepentirse, con aquellas mujeres nunca se sabía.
—Sígame hasta la cocina, por favor.
La siguió aturdida, desconfiaba de aquel comportamiento y más aún del tratamiento educado y amable que estaba recibiendo. No se fiaba, algo se escondía en algún lugar que ella aún no había encontrado, por eso se mantenía más en alerta, si cabe.
Entraron de nuevo en la cocina donde la mujer que había abierto se dedicaba a preparar la comida.
—Herminia, hágame el favor. Prepare un paquete con comida para … —se dio la vuelta— Disculpe, pero aún no sé su nombre.
—Paola, me llamo Paola, señora.
—Lo que le decía, Herminia. Prepare un paquete de comida para Paola y sus hijos
—Ayer no quedaron sobras, señora —dijo la tal Herminia con sequedad.
Aquella mujer de aspecto débil se volvió muy lentamente y la languidez de su rostro se volvió severidad. Lanzó la mirada a través de la ventana desde donde se veía el cielo y suspiró profundamente.
—No he hablado de sobras, pero deje que ya lo hago yo.
Y ante la estupefacción de Paola, la señora de Palomeras del Viso, cuyo nombre de pila desconocía, sacó papel de un cajón y puso sobre él verduras, manzanas, un trozo de cecina, un trozo de queso y un pedazo de pan negro. Lo envolvió y con una cuerda lo ató. Cuando tuvo el paquete hecho, y bajo la mirada de desaprobación de la criada, le tendió aquel tesoro.
—Al menos no quiero que cargue sobre mi conciencia haberles quitado la comida a sus hijos. Si no le importa, mañana sobre esta misma hora puede venir a recoger a la Virgen.
Paola asintió y dio las gracias totalmente sorprendida.
—Acompáñele a la salida, Herminia. Hasta mañana, Paola —. Y salió hacia otra zona de la casa.
—Hasta mañana —contestó desconcertada.
Herminia la condujo por el mismo pasillo por el que habían llegado, abrió y cuando iba a decir adiós le dio con la puerta en las narices.
Al salir del portal con su paquete en la mano, Carmencita le preguntó por la imagen, extrañada.
—Se la queda hasta mañana.
—¿Y las demás? ¿No te regañarán mañana por no ir hoy?
—La señora me ha dicho que no, que todo estaba solucionado por su marido que debe de ser un pez gordo. ¡Si vieras que caserón! Y mira —dijo levantando el paquete.
—¿Qué es, mamá?
—Comida, cariño, comida fresca y rica de la que hace mucho que no probamos. Hoy hemos

terminado de dar vueltas, nos volvemos a casa.
—¿En serio? —la voz infantil denotaba ilusión—. ¡Un día para jugar! No me lo creo.
Paola echó a andar con las palabras de su hija resonando en su cabeza. Su infancia se estaba pasando cargada de miserias, de preocupaciones y de responsabilidades que no eran propias de una niña, pero no podía hacer otra cosa, necesitaba de su ayuda, de su vigilancia, de su apoyo. Se sintió culpable.
—¿Estás llorando? —Carmencita la miraba con preocupación.
—Lloro de felicidad, cariño —mintió—. Hoy descansaremos gracias a esta buena señora.
Le dio la mano y continuaron caminando con parsimonia porque, no recordaba desde cuándo, no tenía prisa por llegar.

11

María Robles Martorell, quien con el tiempo se convertiría en la señora de Palomeras del Viso, era hija de un industrial madrileño que había hecho fortuna gracias a su capacidad, a su buen ojo y, sobre todo, a su labia infinita. En realidad, su industria consistía básicamente en comprar, almacenar y vender, y lo hacía con una magistralidad tal, que su fortuna se multiplicó en pocos años, sin olvidar, por supuesto, la inamovible decisión que siempre había tenido de desposarse con Manuela Martorell Urruti, una dama de la alta sociedad, con mucho linaje y poca solvencia, matrimonio que había servido para apuntalar su apellido y darle el fuste del que no disponía.

Su dinero abría puertas y su matrimonio adulaciones, un tándem perfecto. La pareja tuvo cinco hijos, cuatro varones que heredaron la capacidad negociadora de su padre y que hicieron crecer aún más su imperio, y una chica, María, que se crio entre algodones y caprichos. Mientras que los muchachos eran, desde muy pequeños, la comitiva constante de su padre, Manuela se había reservado la educación y el amor de su hija y lo disfrutaba con una ansiedad un tanto obsesiva, tanto que la pobre María desarrolló un carácter tímido y ausente que se doblegaba siempre ante el ímpetu arrollador de los dictados maternos.

Eran una familia convencional y feliz. El tiempo entre las paredes de la mansión de los Robles Martorell parecía haberse detenido en un devenir constante y cotidiano, sin más contratiempos que las nimiedades propias de la gente con dinero. Nada parecía poder desordenar esa paz, nada hasta aquel fatídico día, el decimoctavo cumpleaños de María, el día de su puesta de largo. Ante tal acontecimiento Manuela decidió hacer una fiesta como jamás se hubiera visto entre sus amigas y conocidas, una fiesta a lo grande, como lo fue la suya, una fiesta que diera a su hija la bienvenida a la edad adulta. Para ello organizó durante varios meses todos y cada uno de los detalles y se gastó una verdadera fortuna en los preparativos, dispendio al que su marido trató de poner freno y no consiguió.

—Solo tienes una hija, así que deja de ser roñoso —le contestó cuando él protestó por alguna de las facturas.

—¿Roñoso? ¿Pero tú te has puesto a sumar lo que llevas en esa fiesta? ¿En serio son necesarios esos delfines de porcelana?

Manuela le hacía cuatro carantoñas y le tocaba su fibra más sensible.

—Tú de estas cosas no entiendes, tenemos que mantener nuestro estatus y la niña tiene que demostrar que no se casará con cualquiera. Se necesita más que un buen nombre o una fortuna de pacotilla. Hazme caso, cariño, sé lo que me digo. Tú nunca te has movido en estos círculos fuera de tus negocios.

Al señor Robles le escocían estas palabras, que su mujer le recordara sus orígenes, no le hacía ninguna gracia, pero tenía que reconocer que él no sabía nada de la alta sociedad y ella había pertenecido desde su nacimiento a esos pocos escogidos. Al fin claudicó y sólo se dedicó a firmar pagarés y a soltar el dinero que Manuela precisaba.

El día señalado llegó y todo estaba preparado en el palacete familiar cerca de la Castellana. María lucía bellísima con un vestido de seda amarillo pastel y adornos dorados que su madre, como era de esperar, había elegido para ella. Manuela iba en tonos lila con un soberbio atuendo que dejaba al descubierto sus hombros, elegante, llamativo, pero sin caer en lo chabacano, aún podía lucir una cierta figura. Llegaron los invitados, lo más granado de la sociedad madrileña y la celebración dio comienzo. Todo era perfecto, un cuento de hadas, un gusto refinadísimo tras cualquier mínimo detalle y no faltaban camareros elegantemente ataviados que no dejaban de pasar con viandas y champán. Una cena extraordinaria y un baile que abrieron padre e hija, orgullo y timidez danzando al compás. Nada hacía presagiar lo que vendría a continuación.

Pasada la medianoche se desencadenó la tragedia. Una pequeña deflagración, llamas y el pánico de los invitados que se dirigieron en tropel hacia la puerta de la entrada, una puerta que, como era de esperar, se encontraba cerrada. Esto desató el caos, todo el mundo quería salir, el jardín estaba en llamas y el humo comenzaba a invadir el gran salón de la mansión.

Manuela, desesperada por lo que estaba ocurriendo, salió disparada a la zona de servicio para que abrieran las puertas, pero el mayordomo se encontraba en el jardín tratando de sofocar las llamas y el servicio había huido hacia arriba. Ella no tenía ni idea de dónde estaban las llaves. Su marido fue a buscarla, el humo cada vez era más denso. Los invitados habían corrido al piso de arriba y habían cerrado las puertas para tratar de evitar los gases y esperar a los servicios de bomberos. Los más osados ya se empezaban a descolgar por las ventanas.

Cuando se dirigían abrazados rumbo a las escaleras, la estructura de una de las puertas del salón que comunicaba con el jardín se vino abajo levantando un millar de chispas sobre el suelo de mármol y desdichadamente una de esas pavesas prendió el vestido de Manuela que seguía avanzando arrastrada por su marido sin reparar en más. En pocos instantes, la tela era una llamarada y los gritos de la mujer atroces. Su esposo se lanzó sobre ella para intentar ahogar las llamas y la hizo rodar. Las sirenas ya se escuchaban en el exterior. Apenas podía respirar. Arrancó una cortina y terminó de apagar el fuego que consumía aquel cuerpo, sollozando.

Cuando ya se creía perdido, el señor Robles escuchó un tremendo golpe en la puerta principal, que se abrió de par en par dejando paso a una corriente vivificante. Levantó la vista y entre el humo, únicamente vislumbró los reflejos opacos de las luces de la entrada.

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritó con sus últimas fuerzas y cayó desmayado por efecto de los gases. Manuela hacía rato que no se movía, ni gritaba, ni tosía.

Los invitados pudieron salir de las habitaciones tosiendo, llorando y rezando. Algunos tenían heridas leves, sobre todo aquellos que habían saltado desde la segunda planta. Muchos, ataques de pánico y algún que otro desmayo debido bien al miedo o bien al humo. A la señora de la casa se la llevaron en el coche familiar a un hospital, llegó viva, pero la gravedad de sus quemaduras era tal, que los días que sobrevivió a la tragedia fueron un grito constante de dolor. Su esposo estuvo a su lado noche y día, sufriendo con ella y viendo, sin poder remediarlo, cómo su vida se escapaba entre dolorosos aullidos. Tanto es así, que llegó un momento en el que rezó porque acabara de una vez, porque descansara en paz. A los cuatro días, Manuela expiró.

La mansión no había sufrido grandes desperfectos, casi todo el incendio se había circunscrito al jardín, que estaba devastado y a una parte del salón por donde se habían asomado las llamas. El resto, ennegrecido y maloliente, no presentaba mayores problemas. Habría sido muy sencillo reconstruirlo, volver a dar a aquella finca el aire que tenía antes del infortunio, pero nadie estaba dispuesto a revivir cada día la muerte de una madre y una esposa, así que se puso todo a la venta y la familia se trasladó a una nueva propiedad.

La muerte de Manuela fue un duro golpe para la familia, pero poco a poco el tiempo fue amainando el dolor para permitir la convivencia con la angustia. Todos iban rehaciendo su vida, volviendo a la cotidianidad de los días, todos, excepto María. La muchacha era incapaz de salir de la melancolía, ella vivía las veinticuatro horas del día pegada a su madre y nadie como ella sentía su pérdida, añoraba su presencia y echaba de menos su compañía. Deambulaba por la nueva casa como un fantasma, apenas hablaba, apenas comía y apenas dormía. Su padre estaba muy preocupado por el estado de la joven y comentaba con sus hijos cómo podían salvarla de aquella angustia, pero ninguna de las iniciativas que tomaron tuvo ningún efecto, ella sonreía con melancolía, después negaba con la cabeza y agradecía los detalles, pero poco más.

No había pasado demasiado tiempo desde el óbito de Manuela, cuando el señor Robles decidió casarse de nuevo. Y no es que las soflamas del amor otoñal hubieran llamado a las puertas de su corazón o que no echara de menos a su primera esposa, más bien se trató de una solución estratégica para buscar salida a varios de sus problemas. Un hombre al frente de un hogar era algo antinatural desde su perspectiva, era una cuestión de representación, soledad y organización. Si María no se ocupaba de la intendencia del hogar, alguien tenía que hacerlo. Asistir a las recepciones en su condición de viudo y levantar la lástima y los comentarios de la gente le incomodaba y la cama y el silencio se le hacían muy duros en las noches de recuerdos. Buscar una sustituta a Manuela se le antojó la mejor solución, no se le pasó por la mente, ni un instante, lo que aquella decisión supondría para su hija.

María ni siquiera asistió a la ceremonia, en un primer momento el señor Robles lo achacó a

su estado de abatimiento, pero más adelante fue consciente de su error. Jamás le perdonó a su padre aquella traición. La relación padre e hija se enquistó para siempre y nunca más se disolvió aquella inquina. Ana, la nueva esposa, era una mujer muy refinada, muy culta y muy intolerante y enseguida chocó con María que nunca puso facilidades para que tuvieran una buena comunicación. Ana se quejaba a su marido de los hábitos de la desastrada de su hija y el señor Robles le pedía paciencia. Sin embargo, día tras día, la situación se iba haciendo cada vez más insoportable. Si Ana daba una orden, allí estaba María para ordenar lo contrario o al menos algo distinto, si María quería cambiar esto o aquello, allí estaba Ana para desdecirla. Era imposible vivir en paz en aquel hogar y cada día perdían a alguien del servicio porque no las aguantaban, pero sobre todo porque para evitar enfrentamientos, nunca se echaban la culpa una a la otra, sino que el veneno recaía sobre la criada de turno que no había hecho nada más que seguir unas órdenes siempre contradictorias.

El punto de inflexión llegó el día en el que Ana trató de echar de casa a Fina, la mujer que había sido la nana de María, la mano derecha de su madre, su único consuelo en aquellos días de aflicción. Por allí la muchacha sí que no estaba dispuesta a pasar y, superando su endémica timidez, se enfrentó a su madrastra. Cuando el señor Robles abrió la puerta de su hogar, todo estaba en un silencio tan denso, tan pesado, tan incómodo, que supo que algo había ocurrido. Su mujer le dio su versión, consentida, malcriada, envidiosa, engreída, mala persona, el señor Robles tuvo que parar aquel torrente de insultos contra su hija y aconsejarle más moderación en sus palabras, al fin y al cabo, se trataba de su familia.

Cuando llamó a la puerta de su dormitorio, María aún lloraba abrazada al retrato de su madre, arpía, resentida, petulante, insolente, fueron las lindezas que lanzó contra su madrastra y de la misma manera, el señor Robles tuvo que hacer mención a la moderación. Después cerró la puerta y salió abatido de la habitación donde su hija, después de entrar en uno de sus mutismos prolongados, seguía llorando.

Ya en el salón, en su sillón preferido, con un brandy entre las manos y atontado por el humo de un puro que, en suspensión, rodeaba su silueta, se convenció de que aquello no tenía solución si las dos mujeres continuaban viviendo bajo el mismo techo. Era imposible que llegaran a una entente cordial, más bien todo lo contrario, terminarían tirándose de los pelos si aquella convivencia continuaba. Se perdía preocupado en estos pensamientos cuando unos golpes en la puerta los interrumpieron.

—Adelante —dijo mirando el color ambarino de su bebida.

La puerta se abrió lentamente y la cabeza de Ana asomó tras ella.

—¿Se puede o interrumpo?

Con la mano libre, el señor Robles indicó que pasara sin disimular su hastío. Ella avanzó con tanta levedad que parecía que flotara en el aire. Se sentó frente a él con la espalda muy recta, con esa postura propia de las hijas de buena familia.

—Tenía que hablarte de algo —. Su cuello estilizado lo parecía aún más con la rigidez de la postura. Su voz sonaba ronca y desilusionada.

—Te escucho —contestó de mala gana pensando que Ana volvería al tema de su hija.

—Estoy embarazada.

La noticia cayó como una bomba en medio de una playa haciendo que el mundo se cubriera de arena. Su esposo cerró los ojos tratando de mantener la compostura y no dejar que el volcán que se estaba formando en su interior entrara en erupción. Eso no, pensó, ahora no.

El señor Robles era un hombre añoso y aunque casi duplicaba la edad de su mujer, que ya no era ninguna niña, esto no significaba que Ana no pudiera engendrar un hijo. Pero con esa ignorancia que a veces ataca a los hombres, aquella nunca fue una idea que se le pasara por la cabeza, él se consideraba una persona demasiado mayor y las ocasiones en las que habían hecho uso de la vida marital habían sido tan escasas y tan poco satisfactorias, que se creyó a salvo de embarazos.

—¿Estás segura? —su voz tenía un tono extraño que borró el rictus sonriente de su esposa.

—Esperaba otra reacción, parece que te hubiera dado una mala noticia —sus palabras contenían un dolor profundo.

—No… eh, no, no quería… es que no pensaba que pudiera —balbuceó.

—Somos un matrimonio y hemos hecho uso del sagrado lazo de nuestra unión ¿Nunca pensaste en tener un hijo? —se quebró su voz.

—Lo siento Ana, pero no pensé que pudiera. Me he quedado de piedra, pero ya voy recobrando la calma —y sonrió—, y te juro que me hace muchísima ilusión tener un hijo contigo.
El señor Robles mentía y su esposa estaba al corriente, pero en aquel mundo de simulaciones, en aquel saber hacer y saber estar, ambos sonrieron como si estuvieran realmente felices de la buena nueva.
—Me voy a retirar ya que ya es tarde y el médico me ha dicho que necesito descansar mucho y comer por dos —y le guiñó un ojo—. Soy primeriza con una edad un tanto avanzada.
—Claro, claro —contestó con la misma falsedad en los labios—. Ahora tendrás que cuidarte mucho, quiero… quiero que mi hijo esté a la altura de su padre.
Cuando Ana salió del salón, el señor Robles suspiró profundamente. Ni un solo minuto de aquella conversación había dejado de pensar ni en María ni en sus otros hijos. La noticia caería como un jarro de agua fría. María no lo aceptaría, no quería ni imaginárselo, pero los demás tampoco. Compartir herencia con un hermanastro sería un duro golpe para ellos, nunca habían estado de acuerdo con la nueva boda de su padre, pero se habían mostrado respetuosos, no obstante, esta noticia era una bomba y temía que se rompiera el maltrecho equilibrio por el que caminaba su familia. Pensó en Manuela y un escalofrío le recorrió la columna vertebral, aún la echaba de menos, nadie sabía cuánto. ¿Estaría traicionando su memoria egoístamente?
Como había vaticinado, la noticia del embarazo no fue tomada con mucho entusiasmo, pero ya poco se podía hacer y los vástagos Robles Martorell volvieron a ser respetuosos con su padre, cada uno tenía su vida, su mujer, sus hijos y poco les importaba aquella intrusa más allá del dinero que les pudiera restar en la herencia, además sabían que había mucha fortuna para repartir. El problema real tenía nombre propio y se llamaba María, a ella sí que le supuso un disgusto del que tardó varios días en reponerse. Si la boda le había parecido una traición, la llegada de un nuevo miembro a la familia le parecía la más vil de las deslealtades hacia su madre. Se enfureció tanto que estuvo varios días encerrada sin atender a nadie, masticando su dolor y su soledad entre las paredes de su dormitorio con la única compañía de Fina. Sin embargo, aún le deparaba más sorpresas el destino y en su encierro voluntario no era capaz de imaginar, ni siquiera de intuir que el señor Robles creía haber encontrado la solución a todos los problemas domésticos que le tenían desesperado. Ni en el peor de sus sueños imaginaba qué maquinaba su padre. Ya iba siendo hora de casar a María, esa era su solución. Había cumplido veintidós años y pasado el luto por su madre, era un partido a tener en cuenta y no se podía esperar mucho más. Su dedicación se centró entonces en buscar un buen pretendiente para su hija.
María montó en cólera con la noticia y vio en esta maniobra un intento ruin de su padre para quitársela de encima y vivir tranquilo y a gusto con su nueva familia, lo que en cierta medida era verdad. Y ahí empezó su nuevo calvario. La muchacha era una mujer bella pero melancólica, lo que daba a su aspecto un cierto aire infantil, de dejadez, de cansancio por la vida. Se acercaba a los hombres con terror, se le atoraban las palabras y solía despacharlos sin ninguna razón. Los pretendientes no duraban ni una semana. Su padre estaba harto y empezaba a impacientarse con tanto desdén y tanto capricho y terminó amenazándola con casarla a la fuerza si no cambiaba de actitud. En el otro extremo de la cuerda, Ana no paraba de aguijonear a su marido con cada nuevo rechazo, pues por fin veía la manera de librarse para siempre de esa hijastra malcriada e impertinente.
Y entonces llegó don Leocadio Palomeras del Viso, un joven como los demás, como cualquiera de sus otros pretendientes, pero a la vez absolutamente diferente a sus ojos. El amor es así de caprichoso, así de incongruente, así de absurdo. Leocadio no era el más guapo ni el más simpático ni siquiera el más galante que había visitado esa casa, sin embargo, desde el primer instante, algo se revolvió en el corazón de María y le hizo latir con más fuerza para después remozar su mirada y hacer que sus ojos no pudieran ver más allá. Sin sentirlo, empezó a serle indiferente su madrastra, sus palabras, las de su padre y todo lo que no fuera la voz de su amado porque con Leocadio volvió la dicha a aquel hogar.
Ana esperaba con impaciencia la llegada de la boda, que se demoró un año de preparativos mientras el señor Robles comprobaba que su hija parecía más feliz de lo que nunca había

estado. Sabía que su salida del domicilio familiar facilitaría mucho su día a día y les permitiría cuidar de aquel hijo que ya sentía como empezaba a rejuvenecerlo. María, por su parte, no veía la hora de dejar atrás aquella casa y comenzar con Leocadio, al que amaba más que a nada en el mundo, una nueva existencia.

La boda se celebró en enero de 1936, tras catorce meses de noviazgo, en la iglesia de los Jerónimos y fue un acontecimiento de primera magnitud en la sociedad madrileña de la época. Leocadio era un apuesto joven de buen apellido y, aunque no disponía de la fortuna de su suegro, tenía algunos negocios familiares que enseguida medraron con las excelentes influencias del padre de su esposa. Fueron a París de viaje de novios, regalo de bodas del señor Robles, y cuando aún no se habían acostumbrado a su nueva vida, estalló la guerra.

En un primer momento Leocadio tranquilizó a su esposa arguyendo que aquello no duraría más de unas pocas semanas, España desgraciadamente sabía demasiado de golpes de estado. Sin embargo, poco después pudieron comprobar cuán equivocados estaban.

Una noche, a horas intempestivas, el padre de María llamó a la puerta del joven matrimonio y se encerró con Leocadio en su despacho más de una hora. En el pasillo, frente a la puerta, frotándose las manos con nerviosismo y caminando de arriba abajo, su esposa escuchaba voces que no conseguía entender. Por fin se abrió la puerta y la cara demacrada de los dos hombres mostró de manera precisa la gravedad de la situación.

—Recoge lo más imprescindible y guárdalo en un par de maletas, en pocas horas salimos de viaje —dijo Leocadio, apenas un susurro.

—Pero …

—No hay tiempo para explicaciones María, más adelante ya nos mandarán nuestras cosas. Es peligroso quedarse en Madrid, nos pondremos a salvo hasta que las cosas se tranquilicen. Tu padre ya ha dispuesto todo para la evacuación de la familia, así que date prisa, que te ayude Fina.

Era una noche templada, sin ninguna nube que impidiera observar la miríada de estrellas que parpadeaban en el cielo infinito, el mundo estaba en calma, como cualquier otra noche, pero algo en el aire enrarecido por ese mismo silencio no hacía presagiar nada bueno. Cuando llegaron a la casa paterna, sus hermanos esperaban ya con sus respectivas familias, los pequeños con cara de sueño y los adultos con el miedo escalando por sus corazones. En la puerta varios automóviles esperaban con los motores encendidos.

—Bien, ya estamos todos —dijo el señor Robles—. Acomodaos en los coches que salimos inmediatamente.

—Pero ¿dónde vamos, padre? —la voz de su hija se elevó por encima de los susurros de los demás.

—A Portugal. Cogeremos la carretera de Extremadura que está bastante despejada. Es un viaje largo, pero no tenemos más opción. Las cosas se están poniendo muy peligrosas en Madrid, sobre todo para gente como nosotros.

María, ajena a todo, exceptuando la felicidad que sentía viviendo con su marido, apenas sabía de qué peligros hablaba, pero decidió callarse, actuar como sus cuñadas y seguir las instrucciones, ellos sabían más de esas cosas, eran los encargados de protegerlas.

—Hemos hecho estas cestas con bocadillos —comentó el señor Robles tendiendo los paquetes— y ahí va el agua.

En pocos instantes la comitiva partió. Decidieron espaciar la salida y tomar caminos diferentes para no llamar tanto la atención por aquel Madrid revolucionario e iniciaron el viaje rumbo al exilio. Tardaron tanto en llegar a la frontera con Portugal que María no sentía las extremidades, pues llevaba a uno de sus sobrinos en las rodillas y el peso liviano que le pareció sentir al inicio del viaje, se había convertido en una auténtica tortura a medida que cubrían los kilómetros.

Después de mostrar los pasaportes y escuchar suspiros de alivio, la mujer de Leocadio empezó a sentirse indispuesta. Al principio era un dolor muy fuerte en la zona abdominal inferior que atribuyó al peso del niño y a la postura. Después le sobrevino un mareo y por último indicó al conductor que parara, necesitaba vomitar. No llegó a poner el pie en el suelo, trastabilló y cayó inerte en la cuneta. Leocadio salió a toda prisa por la otra puerta y corrió alarmado al escuchar los gritos del sobrino que María llevaba sobre sus piernas. Ella estaba sobre la hierba, boca abajo, totalmente inmóvil. Encendió una linterna y se asustó al

ver una enorme mancha oscura que compartía la tapicería del coche y la falda del vestido de su mujer, y al acercar el haz de luz comprobó lo que tanto se temía, era sangre.
María no se desangró porque estaban a pocos kilómetros de Aveiro donde vivía una partera que actuó con celeridad para evitar que aquel aborto natural se convirtiera en una tragedia. Mientras que el coche en el que viajaba la frustrada madre y su marido, el señor Robles, Ana y el hijo de estos se quedaba allí para dar a la muchacha unos días de reposo, los demás continuaron camino a Lisboa donde días después tomarían un barco rumbo a Londres que era el fin último de su viaje.
La pérdida de aquel bebé fue para María un amargo trago. Apenas había tenido la intuición de un posible embarazo y ya lo había perdido, como perdía todo en su vida. ¿Qué sería lo próximo? ¿Su marido? ¿Alguno de sus hermanos? Nuevamente las tinieblas se abatieron sobre su delicado espíritu y la sumieron en un pozo de tristeza que la acompañó durante todo el trayecto hasta Lisboa. Allí se reunieron con el resto, que los esperaban impacientes, y zarparon con un mar en calma hacia una ciudad, un idioma y una cultura desconocidos, un mundo, sin embargo, mucho más seguro que lo que ofrecían sus compatriotas.
Por más que lo intentó, jamás volvió a quedarse embarazada. Primero atribuyeron la demora a las dificultades del viaje, después al cambio de clima, a la humedad, a su apatía… Leocadio trataba de animarla, visitaban la ópera, acudían a fiestas, paseaban por la ciudad, pero nada podía con la pena inmensa que arrastraban los pliegues de su vestido por no poder ser madre y dar un hijo a su marido.
Cuando la guerra terminó y nuevos aires de violencia surcaban Europa, toda la familia decidió regresar. Los negocios iban viento en popa, aunque sonara poco ético, una guerra es muy rentable para quien sabe aprovecharse de ella y el señor Robles y su labia podían vender cualquier cosa a cualquier cliente en cualquier parte. Así que la fortuna había aumentado en el exilio, un dinero con el que el general Franco contaba para hacer de la paupérrima España una nueva nación a cambio de sustanciosos favores, un dinero, en cambio, que desgraciadamente no podía comprar un hijo.
María no podía ver una criatura sin preguntarse por qué a ella Dios no le concedía lo que era natural a las mujeres, por qué no podía disfrutar del don de la maternidad, aunque fuera una sola vez. Por eso rezaba con tanto ímpetu, tratando de que la Virgen, en su santa intermediación, le facilitara el indulto por aquellos terribles pecados que se suponía debía de haber cometido para ser castigada con tal severidad. Leocadio, ella lo sabía, aunque no lo dijera, estaba decepcionado por haberse casado con un campo yermo, estéril, y cada día esa idea le quemaba más y más el corazón.
El día en el que Paola llevó la imagen a su casa estuvo en penitencia, toda la noche en vela con el rosario en la mano. Leocadio, en la habitación marital, roncaba sutilmente. Él se sentía efectivamente contrariado por no poder concebir un hijo al que dejar sus negocios, pero no compartía con su mujer esa obsesión enfermiza por la maternidad, si Dios no les daba la gracia de tenerlo, habría que amoldarse a vivir sin él. Nada más.
A la mañana siguiente, cuando llegó Paola, el rostro de la señora de Palomeras del Viso no sólo mostraba su innata melancolía, sino unas ojeras violáceas que hablaban de su sufrimiento y su insomnio. Entró en el salón y recogió la imagen. Cuando salía por el pasillo María la llamó y le instó a que pasara nuevamente por la cocina, la miró sin comprender, no se lo podía creer, aún tenía gran parte de lo que había recibido el día anterior guardado a buen recaudo.
—¿Quiere tomar un poco de caldo? Hoy el día está frío y seguro que aún tiene que caminar mucho.
Asintió y dejó la imagen sobre la mesa. No había rastro de la criada. María puso a calentar un puchero e inmediatamente un aroma a pollo inundó su nariz. Llenó un tazón y lo puso frente a ella.
—Venga, siéntese y tómeselo tranquila —de una alacena sacó un trozo de pan y se lo tendió.
Paola se sentía mal, una traidora, su hija estaba en la calle con todo aquel frío mientras ella se tomaba un exquisito caldo con pan.
—¿No le gusta? —preguntó la señora mirándola sin comprender.
—¡Oh, sí! Por supuesto. Pensaba en mis hijos. No acabo de sentirme bien aquí comiendo y

ellos pasando hambre, entiéndame bien, no pretendo ser desagradecida, quiero decir que usted no tiene por qué…
Las palabras estaban saliendo de su boca sin orden ni concierto, no quería que aquella mujer se enfadara y no volviera a darle nada para su familia, pero al tragar se le hacía un nudo en la garganta mientras pensaba en el pequeño Adrián, en lo bien que le vendría un poco de aquel caldo.
—¡Sus hijos, claro! ¡Qué desconsideración! Pero no sé cómo hacer para que pueda llevarse caldo...
—No se preocupe, ya hizo bastante ayer…
—Espere, mientras toma eso, voy a prepararle otro paquete para los niños. ¿Cómo se llaman?
—Carmencita, Paola —se le quebró la voz— y Adrián, el más pequeño. ¿Usted no tiene hijos?
La joven se paró en seco, un ademán que Paola comprendió inmediatamente. Acababa de meter la pata.
—Perdone, no es asunto mío. Siento si he sido…
—No se preocupe —la interrumpió dándose la vuelta—. Es algo que duele, pero no es culpa suya, Dios no tiene a bien concederme el tan anhelado bebé.
—No tiene de qué preocuparse, ya llegará, es usted aún joven.
—Perdí a mi primer hijo, era un niño. Aborté a los tres meses más o menos, aún no se lo había comunicado a nadie y desde entonces…
—Entiendo —sintió una enorme lástima por ella y se arrepintió de su ira del día anterior. Ella tenía unos tesoros mucho más importantes que todo el dinero de aquella casa, unos tesoros que no se compraban con riquezas. Estaba segura de que la señora de Palomeras del Viso estaría dispuesta a pagar lo que fuera con tal de ser madre, algo tan simple para ella.
—Sé que es difícil de entender para alguien con hijos, soy un fracaso como mujer, como esposa y como la madre que nunca seré —. Y las lágrimas discurrieron con serenidad por su rostro, como si estuvieran acostumbradas a aquel ritual, como si no fueran más que gotas de lluvia que se desbordan sin voluntad.
—No diga eso, señora —Paola se levantó, había acabado de tomarse el caldo y le puso una mano sobre el antebrazo dando un leve apretón—, no pierda la esperanza. Todos tenemos problemas en estos días, pero la vida va y viene, los días son de diferentes colores y todo acaba por ser, a pesar de nuestros deseos. Usted no consigue ser madre, yo no soy esposa, mi marido está desaparecido y aun así soy afortunada, hay quien ha perdido hijos, padres o a ellos mismos en esta maldita guerra. No pierda la esperanza, en serio.
María se secó los ojos y Paola pensó que había hablado de más y se maldijo por ello, había sido muy imprudente. El marido de aquella mujer estaba codo con codo con los ganadores y ella era la viuda de un perdedor. En ese instante sonó la puerta y la joven se apresuró a coger el paquete y a meterlo bajo la lona que cubría la imagen, indicando que había acabado su conversación. Se despidió citándola para la semana siguiente.
Cuando salía de la cocina se encontró con Herminia, la criada, que la miraba con desprecio mientras se hacía a un lado para que pasara, sin saludarla siquiera. Miró sus manos desnudas e hizo un gesto de asentimiento, como si temiera que la señora le hubiera dado nuevamente un paquete de comida. Jódete, pensó.
Y bajó las escaleras con un sentimiento agridulce en la comisura de los labios. No debía confiar en aquellas señoras que hoy te hablan y mañana te denuncian, tenía que ser más cautelosa, escuchar y callar, esa era la máxima. Sin embargo, en el fondo de su alma creía reconocer el dolor en las entrañas de la señora del Viso y le pareció sincera. Arrastraba una pena tan profunda que no le dejaba vivir. Paola volvería más veces, se sentaría en más ocasiones en esa cocina y hablaría con María de la soledad inmensa de su existencia.
Salió a la mañana gris y gélida de un Madrid que se desperezaba del horror como podía. Carmencita echaba vaho en sus manos y saltaba de un lado a otro para quitarse el frío, de sus zapatos rotos sobresalía un pedazo de calcetín grisáceo. Sonrió al verla llegar mientras su madre notaba la culpabilidad haciéndose hueco en su estómago repleto de caldo, sintió náuseas, pero al apretar el paquete que sostenía bajo el manto de la virgen consiguió que el

arrepentimiento controlara sus entrañas imponiéndose la penitencia del ayuno. Siguieron su camino mientras un cielo plomizo y callado se desvanecía en llanto. Finas gotas, apenas perceptibles, empezaron a caer con la suavidad que anuncia la tristeza.

12

La fuerza camaleónica de los seres humanos, su capacidad de supervivencia, el desconocimiento de los límites de uno mismo eran una lección de vida en aquel campamento que, como una cuadra, albergaba animales que luchaban por seguir adelante un día más. Se trataba de volver a los viejos orígenes donde los instintos más bajos y las virtudes más heroicas se daban la mano en una convivencia a la que poco a poco todos se iban acostumbrando. Hubo más salidas, hubo más prisioneros, hubo quien repartió y quién se aprovechó de la miseria de otros. Hubo días en los que no paró de llover, en los que quienes tenían algo para cobijarse se mojaron un poco y los demás no dejaron de empaparse mirando con codicia unos chamizos inmundos. Hubo quien no resistió, quien murió de frío, de hambre, de disentería, de nostalgia, de pena…

Pablo y Manuel se las iban apañando para mantener a la familia a flote. Pablo era de los que repartían la pobreza, su espíritu medio religioso medio comunista le obligaba, a pesar de las intensas y dolorosas miradas que le dedicaba Sonsoles.

—Tienes una familia, Pablo, una familia que también pasa penurias. ¿Cómo se te ocurre regalar esas ramas con la falta que nos hacían?

—No te hagas mala sangre, mujer, el pequeño cayó enfermo y no puede dormir en el suelo. Nosotros tenemos bastante, no vamos a notarlo.

Manuel callaba, observaba esas conversaciones interminables fruto del aburrimiento y sonreía en sus entrañas mientras los escuchaba. Era una forma de no perder la cabeza, de no pensar en lo que realmente les acuciaba, los piojos que se los comían, la humedad que les taladraba los huesos a cada instante, el rapto de la intimidad, la falta de todo lo que a un ser humano le otorga la dignidad.

En el campo repartían comida como se da de comer a los cochinos y el agua la racionaban para que no los llamaran asesinos. Se cocinaba con agua de mar, los afortunados que tenían algo que quemar para hacer una lumbre y los que habían encontrado qué poner en la cazuela. Todo era en conjunto, se tenía y se miraba al que tenía, se lloraba y se soportaban las horas observando al de al lado. Se jugaba a las cartas, a las damas, a las tres en raya. Los niños corrían jugando al escondite y las madres chillaban sus nombres; cualquier cosa a cambio de vencer la desesperación, de seguir hacia delante.

Manuel se había hecho un experto en escapadas nocturnas. En cuanto se enteraba de una salida, él se preparaba por aquella zona de la playa que había aprendido a reconocer como la palma de su mano. Nadie sabía cómo lo hacía y la familia lo tenía bien escondido, hasta Eusebio en cierta ocasión que se cruzó con él, le preguntó.

—¿De dónde sacas todo eso, cabrón? Yo creo que se la chupas a alguno de estos negros —y con un dedo torcido y mugriento indicó a los soldados senegaleses que los mantenían a raya.

Las carcajadas de sus acólitos frenaron aquella tarde plomiza, todo a su alrededor quedó en silencio, suspendido en la mirada de los que rodeaban la escena que contenían el aire. El miliciano jugaba con Jesusín a las tres en raya con una ramita entre los labios resecos. Levantó la vista con tranquilidad, escupió la ramita y se levantó.

—¿Cuánto te pagan a ti? —fue la respuesta de Manuel que acompañó con una sonrisa.

Eusebio le miró con frialdad.

—Algún día te cazarán y ese día ninguno de los que proteges estará a salvo.

El miliciano dio dos pasos y se puso a menos de medio metro de él. Tuvo que bajar la mirada ante su escasa estatura y los guardaespaldas se tensaron.

—Te lo dije una vez a solas y hoy te lo voy a repetir poniendo por testigo a todos los que nos están oyendo —dio un barrido a su alrededor con los ojos y se detuvo en la mirada asustada de Sonsoles—. Si tocas a cualquier miembro de esta familia, te mato. Creo que está bastante claro. Me da igual si tardo días o años, te buscaré debajo de las piedras y te mataré como a un perro.

—Y eso, si tienes los huevos que hay que tener para pasar por encima de mi cadáver —

Pablo se había colocado al lado de Manuel—. Porque no olvides que esa familia de la que hablas es la mía.
Eusebio comenzó a dilatar la boca en desagradable sonrisilla de ratón cuando, de repente, quedó helada en sus labios. Miraba a Manuel, pero sus ojos le traspasaban y se perdían más allá de su persona. Los músculos de su cara se crisparon y en los rostros de sus matones la dureza se fue transformando en asombro primero, para tornarse en recelo después. Pablo se dio la vuelta, confuso, y lo que vio le dejó el alma desencajada. Tras él Luis, armado con un palo, Pepín con otro más pequeño y Jesusín con una rama apenas, se habían colocado detrás de su padre con cara de pocos amigos, dispuestos a defender a los suyos, un ejército infantil más proclive a levantar hilaridad que miedo. Pero no era eso lo que había mudado el rostro de los tres tipos, sino que, al ver el gesto de los niños, muchos más hombres y mujeres se habían congregado tras el miliciano y su compañero, un grupo que avanzando en un silencio amenazador hizo retroceder a Eusebio y sus compinches.
—No nos hemos dejado la vida luchando por la libertad para que tú nos la robes —surgió una voz muy cercana a Manuel.
—¡Ya vale de amenazas! —gritó una mujer de voz chillona.
—¿Te parece poca la mierda en la que vivimos, hijo de puta? ¡Vete a mamarla por ahí!
—¡Por aquí no vuelvas, gilipollas! Me cago en …
—¡Calla! —le cortó la voz de una mujer —que tú serás muy rojo, pero yo no, y en mi presencia no se blasfema, Juan.
Y con un concierto de voces que se apoyaban las unas a las otras, muchas de ellas desconocidas, sin ningún acuerdo anterior, expulsaron al matón de aquella zona del campamento. Eusebio no se volvió a dejar ver por allí, es habitual en los cobardes huir, probablemente porque todo lo que mueve su existencia es tan material que no lo pueden perder. Los héroes, en cambio, suelen basar su valor en metas mucho más sublimes.
No llevaban allí mucho tiempo, cuando las autoridades francesas fueron conscientes de que aquella playa inmunda se convertiría, si no en un foco de infección y muerte, quizás sí en un foco de problemas. Aquellos inmigrantes pobres y hambrientos tenían muy poco que perder y, ante la situación y la inactividad que agiliza las mentes, no era descabellado pensar que empezaran a producirse revueltas. Algún pequeño conato de protesta ya se había tenido que disolver con cierta violencia, por ello, y en vista de que la situación en España no era proclive a su regreso, decidieron construir lugares más adecuados a la vida de aquellos pobres infelices.
Una mañana, los soldados entraron en el campamento y se llevaron a un montón de hombres, los más jóvenes, a trabajar en la construcción de un nuevo campo más alejado de la playa. Manuel y Pablo fueron con ellos, Eusebio y sus gorilas también iban en el lote, todos juntos para hacer su existencia ligeramente más llevadera. Barracones y letrinas, chabolas y un mínimo resquicio de dignidad para los perdedores era el objetivo.
Era una noche templada de cielo raso, la falta de luna permitía una legión de estrellas que parecían querer aplastar el mundo con sus leves resplandores. Los hombres acababan de regresar al campamento, agotados, después de un duro día de trabajo y empezaban a repartirse por el espacio bajo ese cielo maravilloso que nadie contemplaba, arrastrando los pies por la sempiterna arena que todo lo enfangaba. Y entonces, sin previo aviso, una corneta sonó. Al principio con timidez para ir ganando potencia hasta convertirse en un auténtico lamento.
En esos instantes Sonsoles estaba echando una especie de sopa sucia en unas latas vacías y quedó petrificada. Sus hijos se pegaron a su falda y ella los abrazó. Era un sonido solitario, amargo, doloroso, un sonido que hizo callar a la gran muchedumbre que atestaba aquel horrible lugar, enmudeciendo incluso el monótono murmullo del mar eterno, que por una vez se dejaba de sentir. Todo se paró, las sombras en la noche quedaron congeladas. Tocaba silencio, pero la vibración de sus notas rozaba las almas removiendo las nostalgias, las penas, las pérdidas y la derrota. Muchos miraban al suelo, muchos apretaban sus ojos entre el índice y el pulgar y centenares de lágrimas amargas regaron aquella noche esa costa de un país que les daba la espalda, que no les había mostrado los principios de su manida Revolución. Cuando dejó de sonar y apenas una última nota se desvanecía en la noche, de las sombras volvió a surgir una voz, desconocida, una voz cimbreante y profunda

Los campos heridos de tanta metralla,
Los pueblos sangrantes de tanto dolor,
Y a ella se unieron otras muchas voces en una marea melancólica que sonaba desgarrada, arrullada por los acordes de la derrota
Y los campesinos sobre la batalla,
Para destrozar al fascismo traidor.
Entonces se oyó el suave sonido de la corneta que completaba el coro.
Dejando el arado tirado en la tierra,
Tomando el fusil para pelear,
Y la tristeza entrelazó a los hombres y mujeres que ya difícilmente podían contener la pena.
Marchamos alegres hacia las trincheras,
Para que en España haya libertad
Somos campesinos.
Hoy somos soldados …
Y todas las voces al unísono, susurrantes, sin estridencias ni gritos, terminaron la canción que se agotó lentamente, como un animal herido que pierde el aliento.
—¡Cuánto engaño! —susurró Manuel—. ¡Cuánta mierda escondida tras los ideales!
Pablo le indicó que callara, allí hasta el más nimio grano de arena tenía oídos.
—Siempre serán los mismos los que han de sufrir —continuó con amargura a pesar de la mirada contrariada de su amigo.
Poco después habrían de mudarse al nuevo campamento, pero las notas de aquel dolor quedaron impresas en el aire, colgadas de las estrellas, cruzando la oscuridad, como una premonición, hacia lugares desconocidos. Aquella noche, no obstante, el silencio fue mucho más pesado y melancólico. Nadie quería pensar qué futuro les depararía esa situación, pero lo que todos sabían y no querían verbalizar, es que se habían convertido en un gigantesco problema para cualquier nación. Los malos augurios sobrevolaron los sueños.
Manuel y Pablo salieron y se sentaron cerca de la alambrada. Todavía parecían repiquetear los sonidos metálicos de la pesadumbre. Pablo rebuscó en sus bolsillos y encontró su anhelado tesoro, aún les quedaba un poco de tabaco. Se liaron un cigarrillo y de espaldas al mar, fumaron en silencio.
—Tenemos que ser vivos —dijo por fin Pablo pasándole el cigarro a su amigo.
—¿Vivos? —se rascó la cabeza, no sabía si eran piojos o el salitre que apelmazaba su cabello.
—Listos, rápidos, inteligentes… ¿Algún sinónimo más? Estaba pensando en cuando vayamos al nuevo campamento, hay que tener claro lo que hacer. Aunque todos estos —y señaló la noche fuera de las alambradas— quieran ordenar el traslado, mucho me temo que si se desborda la cosa se van a echar a un lado. Total, si nos matamos, se acaban los problemas para ellos.
—Pero hasta…
—¿Qué andáis haciendo por aquí? —Sonsoles surgió de la oscuridad con una manta raída sobre los hombros y cortó lo que iba a contestar Manuel.
—Anda, mujer, ve con los niños, si se despiertan… —Pablo miró a su esposa incómodo.
—No podía dormir. Los niños están derrotados, ellos ni se dan cuenta de lo que pasa, se acostumbran a todo. Esta mañana he pillado a Pepín y a Jesusín haciendo muecas a un gendarme, se han puesto tan pesados que han hecho reír al guardia y les ha regalado un trozo de pan duro. Venían partiéndose de risa con el botín, no se dan cuenta de que ese era un buen hombre, otro les habría soltado un bofetón o algo peor.
En realidad, Sonsoles seguía contagiada de nostalgia y no quería estar sola. Nubarrones cruzaban su mente. Su marido aceptó su presencia sin decir una palabra más y ella se sentó en el suelo junto a él.
—Dicen que nos iremos en poco tiempo al nuevo campamento ¿Viviremos mejor? —. Necesitaba romper el silencio que le hacía sentir que no era bienvenida.
—No —fue la escueta respuesta de su marido. Lo pensó mejor y continuó—. Pasaremos algo menos de frío, algo menos de hambre y poco más. Estamos construyendo barracones como los que ves ahí fuera, letrinas y algunos lugares para cocinar. A partir de ahí lo que nuestra imaginación sea capaz de concebir.

—Dicen que si tienes familiares en Francia puedes salir de aquí, solo es necesario que te reclamen o vengan a por ti.

Los dos hombres se volvieron a mirarla y ella siguió mirando al frente.

—¿Qué andas tramando, Sonsoles? ¡Que te conozco! Nosotros no conocemos a nadie en este puñetero país.

—No tramo nada, Pablo, ¡nada! —se indignó—. Pienso y pienso y no dejo de pensar cómo salir de este vertedero.

—¡Shhhh! No levantes tanto la voz, a nadie le importa lo que decimos.

Sonsoles ya no pudo más y se echó a llorar, se había quedado la tristeza anclada en su corazón y había abierto una vía por la que los sentimientos se le escapaban a chorros.

—Yo… yo no sé si puedo más, esto… esto —balbuceó entre hipos—, no es vivir, esto es esperar a morirse de alguna manera horrible. Los niños están sucios, están tísicos, se les notan las costillas, son unos golfos que roban lo que pueden, son pendencieros, imprudentes. Tengo que estar todo el día encima de ellos y …

Las palabras se quebraron en sus labios y dejó de hablar. Puso la cabeza contra las rodillas que recogía con los brazos y dejó a su desesperación desbordarse. Pablo la abrazó e hizo que se apoyara en él, sintió sus huesos clavarse en su cuerpo y fue consciente de los kilos que había perdido, del deterioro de aquel cuerpo que un día fue una gran dama. Un sentimiento de culpa le recorrió la espalda.

—Tranquila cariño, tranquila. Todo se arreglará, te lo juro. Buscaré la manera de que salgamos de aquí. De momento ten paciencia.

Manuel se incorporó, sobraba en aquella escena, pero antes de que se diera la vuelta, Sonsoles lo retuvo con una mano.

—Espera un momento —se secó los ojos con rabia—. Lo que os tengo que contar … no sé cómo decirlo…

—¡Habla mujer de una vez! Me tienes en ascuas.

—Hoy he tenido un problema —dijo por fin.

—¿Qué clase de problema? —preguntó su esposo entrecerrando los ojos y tratando de vislumbrar con claridad el rostro de su mujer.

—No sé si hago bien en contarlo. Ha sido tan…tan desagradable…

—¡Sonsoles! —Pablo se impacientaba, cogía montoncitos de arena y los dejaba escapar entre las manos.

—Esta tarde, mientras estabais trabajando, me ha perseguido un hombre cuando trataba de orinar. Ha tratado de … ya sabéis.

—¡Me cago en …! ¿Quién es ese hijo de la grandísima puta? —se levantó como un resorte. Manuel le puso la mano en el brazo y le pidió silencio.

—¿Le conoces? —susurró el miliciano.

—Ese es el problema —contestó—. Yo creo que lo ha hecho para provocaros, era uno de los que acompañaban al tal Eusebio.

Pablo se zafó de las manos de Manuel con cierta violencia y caminó hasta casi rozar el agua.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Será cobarde y malnacido! —rugió. Se dio la vuelta y a grandes zancadas alcanzó a su amigo y encarándose con él negó con energía.

—Esta vez voy a cortarle las pelotas a ese cabrón, por mis padres que están bajo tierra que voy a acabar con todo esto. ¡A mi mujer, ni mirarla! Fíjate lo que te digo, le ahorco con mis propias manos. ¡Ahora mismo va a saber…

Manuel se levantó, le miró y le dio unos golpecitos en la espalda con cariño. Pablo estaba indignado, iba a volver a hablar, pero su compañero se lo impidió. Sonsoles asistía a la escena sin saber qué decir, preguntándose si había hecho lo correcto o quizá hubiera sido más prudente callar y ser más cautelosa.

—Eres una persona de innegable cultura, amigo, pero muy poco estratega. Deja toda la rabia salir por tu boca, patea la tierra si con eso te vas a sentir mejor, pero no seas ni tan ingenuo ni tan estúpido de caer en la trampa de un cobarde de tres al cuarto. ¿Tú crees que no ha sido algo premeditado? ¿Crees que no ha sido una provocación como ha dicho tu mujer? El otro día tuvo que irse con el rabo entre las piernas y eso no es bueno para su negocio. En este lugar, donde lo único gratis son las palabras, habrán surgido los murmullos, la gente habrá comentado y todo habrá llegado a sus oídos. ¡Hay otro gallito en

el corral!
—Pero es mi familia —y recalcó el mi con fuerza—. Mi familia y mi mujer.
—¿Y por qué cojones crees que no la toma conmigo? —inquirió molesto—. ¿Por qué cojones ha ofendido a Sonsoles?
Pablo calibró aquellas palabras, pero no contestó.
—Yo no tengo nada que me pueda quitar ¿no lo entiendes, cabezota? La única puta manera de joderme, de que después de ti caiga yo, es esa. Empezar por el eslabón más débil. ¿En serio crees que si hubiera querido no la habría forzado? Conocemos casos todos los días. ¿No es así?
Se dio la vuelta y miró a la mujer que, derrotada, perdía los ojos en el infinito de un mar que apenas se vislumbraba.
—Tiene razón —dijo al fin—. Me ha asustado y después se ha ido. No hubiera tenido nada que hacer más que chillar si él hubiera querido.
—Pero…
—Escucha lo que tiene que decir el miliciano —Sonsoles continuaba con la vista perdida en una oscuridad interminable, su voz cargada de amargura y derrota—. Tú eres un buen hombre, todo corazón y coraje, pero no has hecho más que repartir cosas por los frentes, no dudo de tu valor, marido, pero él sabe más de estas cosas.
Pablo se dejó caer en la arena ofendido, resentido, humillado. Miró al suelo y se dispuso a escuchar al que todo lo solucionaba en aquella familia, quien traía el alimento, quien los defendía, quien jugaba con sus hijos… ¡qué demonios pintaba él allí! Manuel lo observó un momento y casi pudo escuchar el rumiar de sus elucubraciones y la desazón de sus inseguridades. No era su intención, de ninguna manera, menospreciarle, pero tampoco quería perderlos. Prefería su desdén vivo, que su gratitud muerto. Aun así, trato de dulcificar sus palabras.
—Pablo, amigo, sé lo que estás pensando —comenzó.
—¡No tienes ni puta idea, coño!
—Es tu familia. Si prefieres hacerlo a tu manera, me voy a dormir y punto. Por nada del mundo quisiera que pensaras que te estoy faltando al respeto.
—Pues lo haces. Yo soy el cabeza de familia y siempre he cuidado de que estuvieran bien —contestó con acritud.
Manuel se giró hacia él.
—Como quieras. Si puedo ayudarte, me lo dices.
El militar vio el terror en los ojos de Sonsoles, pero su estrategia no podía llegar por la fuerza, eso Pablo no lo permitiría nunca. Debía de mascar su rabia primero y dejar a su mente trabajar después.
—¡Espera! –Sonsoles emitió un suspiro y su marido la miró enfurruñado. Después se dirigió al militar.
—Yo no he dicho que te vayas, podemos hacer esto juntos. Te… te agradezco —se le trastabillaban las palabras porque sabía que estaba a punto de claudicar—. Yo te agradezco todo lo que has hecho por nosotros, es sólo que…
—Es sólo que puede más tu estúpido orgullo —concluyó su esposa con disgusto.
Pablo sintió que la ira le alcanzaba las orejas y estaba a punto de contestar en muy malos términos cuando Manuel se levantó repentinamente e interrumpió la discusión. El matrimonio le miró extrañado.
—Creo que por hoy ya hemos tenido bastante, es mejor irse a dormir. Mañana veremos las cosas de otra manera y podremos pensar con claridad cómo acabar con ese malnacido de Eusebio. Se está volviendo peligroso, hemos desafiado su poder y, aparte de la humillación, hemos facilitado un camino que no le interesa. Él comercia con la necesidad y la desesperación y le va muy bien. Necesita darnos un escarmiento para no perder su estatus y el temor que inspira en gran parte del campamento.

13

Eusebio nació en una familia de campesinos castellanos pobres y analfabetos dedicados a trabajar de sol a sol, donde lo que menos falta hacía era un nuevo integrante. Mercedes y Regino veían aumentar la familia sin control y ya sumaban siete hijos a pesar de su juventud. Y eso sin contar los gemelos que nacieron muertos y la pequeña Ramona que murió antes de cumplir su primer año de una infección que fue imposible de controlar. Mercedes había intentado todos los remedios que sus vecinas le habían contado para evitar quedarse embarazada, pero como su marido decía, apenas se la enseño y ya la tengo preñada.

Y es que Regino culpaba a su mujer de los embarazos, como si sólo fuese cuestión de uno, y Mercedes lloraba desconsoladamente cada vez que intuía una nueva gestación. Excepto con el primero, prueba de la incuestionable capacidad de los progenitores para reproducirse, los demás fueron acogidos por aquel hombre como un castigo divino y su regalo de bienvenida consistía en doblar a golpes a su mujer por no ser capaz de evitarlo.

Como le había recomendado su cuñada, Mercedes hirvió las enaguas en jugo de cebolla y las dejó secar para ponérselas cuando su marido la reclamase por la noche. Según ella, era un método infalible porque la cebolla mataba los bichillos que sembraban a las mujeres. Pero Regino, con el miembro a punto de estallar arrancó aquel trapo que olía a demonios y tras la penetración prohibió a su mujer andarse con esas zarandajas.

Trató igualmente de utilizar el perejil, que se consideraba abortivo, introduciéndoselo por la vagina. Pero sentía tal repelús y tal miedo a tener un niño tonto, que acababa por lavarse en el río no fuera a ser peor el remedio que la enfermedad. Tanto pavor llegó a tener al esposo, quien aumentaba la intensidad de los golpes con cada nuevo embarazo, que se empeñó en abortar de las maneras más peregrinas que se le pasaban por la cabeza antes de claudicar y dar una noticia que le pondría los ojos morados. Saltos desde lo alto de la mesa, desde la rama de un árbol, fricciones de alcohol en el vientre… todo con la vana esperanza de que el niño *se soltase.*

Eusebio fue el séptimo vástago, el noveno embarazo, y aunque su confianza en que consiguiera acabar con aquel nuevo ser era nula, no por ello dejó de intentar perderlo, no obstante, el feto se anclaba a su vientre con fuerza y todo fue en vano. Por las noches se deshacía en llanto escuchando roncar a Regino sin atreverse a decir nada porque la existencia del bebé no traería un pan debajo del brazo, como decía la tradición, sino una nueva lluvia de golpes e insultos, tan severos que esta vez dejó a Mercedes arrastrando una pierna durante meses.

El niño vino al mundo en una fría y lluviosa tarde de enero en la cama conyugal, sin ninguna ayuda más allá que la de su madre, una oronda mujer que vivía en un pueblo vecino. Apenas se quejó, tan acostumbrada estaba a los dolores y a los partos. Descansó un par de horas y se levantó a hacer la cena para Regino, no fuera a impacientarse más de lo debido y este, según entró por la puerta, echó a su suegra.

—Ya está aquí el mocoso ¿no? Pues hala, sobra usted, que bastantes somos ya para que se quede en esta casa, y a ver si le dice a esta puta coneja que deje de parir, que me tiene hasta los cojones de tanto niño.

La madre de Mercedes miró a su hija con lástima, cogió sus cosas y se fue. Un día me la mata, pensó, un día deja a esos niños huérfanos, pero no tuvo más remedio que volver a su casa dejando a su desgraciada hija en manos de aquella bestia.

Mercedes trataba de que sus hijos no dejasen de mamar porque alguien le había dicho que mientras se producía la leche no se tenían embarazos, así que ella se empeñaba en repartir el fruto de sus agrietados pezones a los más pequeños todo el tiempo que fuera posible.

Eusebio fue el penúltimo de la saga, tras él llegó su hermana Remedios, tres años después, pero la paliza fue tal que su madre estuvo vomitando sangre un par de días. Regino pretendía que se levantara de la cama porque los niños estaban llorando, porque las comidas estaban sin hacer, porque la casa era un pozo de mierda, pero Mercedes creyó que

eran sus últimas horas y, por primera vez en su vida, hizo caso omiso a su marido. Si quería seguir pegándola que lo hiciera, cerró los ojos y dejó de oír y en su silencio daba gracias a Dios por dejarla acabar por fin. Al tercer día, Regino decidió llamar a su suegra porque su mujer parecía estar muriéndose. No reaccionaba, no hablaba, temblaba continuamente y tenía permanentemente los ojos cerrados. Para su sorpresa la suegra apareció con su marido, un hombre rudo y todavía fornido.

Ocuparon la casa y la madre de Mercedes se hizo cargo de su hija, aunque por un momento, cuando la vio en aquel estado pensó que aquello no tenía remedio, y de sus nietos. Su marido se encerró con Regino en el pajar, hasta ella llegaron los gritos, aunque era incapaz de discernir su significado. Después, un estrépito de cosas que caen y, por último, entró Regino, se puso la zamarra y salió dando un portazo de su casa. Minutos después el abuelo se sentaba en la mesa de la cocina mirando un vaso de vino que encontró en una alacena.

—¡Hecho! —dijo a su mujer—. Esto no se va a volver a repetir o vengo con la faca y le destripo. Antes lo tenía que haber cortado, creo que le ha quedado claro. Por un bofetón, no pasa nada. ¡Pero esto!

La madre de Mercedes asintió y siguió con sus tareas.

Regino no volvió a ensañarse con su mujer porque ya no se quedó en estado nunca más, posiblemente como producto de la paliza, pero ya fuera de manera física o psicológica eso no impidió que su bestialidad siguiera aterrando a toda su familia.

Eusebio asistía a los correazos que su padre repartía entre sus hermanos mayores y no entendía por qué, aunque intentaba comprender, sumido en los gemidos de éstos, las razones, no lo conseguía. Entre los insultos y las preguntas retóricas, las ironías y las palabras que aún no conocía, lo único que sacaba en claro era un profundo terror cada vez que se cruzaba con su progenitor. Sus hermanas también lo temían, se escondían siempre que podían, pero como Remedios era muy pequeña, a Azucena le tocaba sufrir todas las humillaciones. Mercedes, mientras tanto, parecía haber perdido un poco la cordura desde que sus padres se fueron y trabajaba mecánicamente en su hogar, pero completamente al margen de lo que allí se cocía. Cuando su marido llegaba e insultaba a unos, pegaba a otros, levantaba la falda a su hija con grandes carcajadas y cosas por el estilo, ella siempre se iba al banco de la puerta y se tapaba los oídos mientras cantaba bajito.

Eusebio también creció, acompañó a su padre al campo y también sufrió palizas y vejaciones. Regino, a medida que los hijos se convertían en hombres, los dejaba en paz, decía que ya los había educado bastante, pero en realidad lo que ocurría es que aquel hombre no era más que un cobarde que temía que alguno de ellos se revolviera contra él y lo matara. Erró en sus cálculos, sin embargo, y no lo vio venir. Puede que Eusebio se pareciera bastante a él o quizás el muchacho pensó que aún le quedaban demasiados palos por encajar hasta desarrollarse lo suficiente. ¡Quién sabe lo que le pasó por la cabeza! Tal vez ni siquiera lo pensó, pero una tarde de septiembre, en plena cosecha, Regino llegó hecho un basilisco porque tenía que pagar más al arrendador, y como siempre, como cada una de las veces que algo le salía mal, Eusebio supo que arremetería contra el que estuviera más cerca. En ese momento sólo estaba él.

El muchacho estaba doblado en los surcos recogiendo la cosecha, en silencio, asustado. Se irguió un segundo para secarse el sudor y ese nimio gesto fue suficiente detonante para desatar la ira de su padre que se fue hacia él con el conocidísimo gesto de quitarse el cinturón.

—¿Crees que nos regalan las cosas? ¿Ya estás holgazaneando?

Su hermano Rafael, un poco más allá, bajó la cabeza y trató de hacerse invisible para que no le tocara a él también. Al verle venir y contra todo pronóstico, Eusebio, nunca supo por qué, echó a correr como un conejo saltando de surco en surco, no estaba dispuesto a soportar otra paliza y huyó sin pensar en las consecuencias.

Con los gritos furibundos de Regino, Rafael levantó la cabeza y haciendo visera con la mano siguió la carrera de su hermano y las blasfemias de su padre que salió tras él sin ninguna posibilidad de alcanzarlo. Los pocos años volaban por el miedo así que Rafael trató de seguir trabajando como si aquello no fuera con él, temblando y con un nudo en el estómago que apenas le dejaba tragar saliva. Aterrorizado pensaba que si no cogía al pequeño volvería y la tomaría con él y seguro que estaría muy, muy encabronado. Sin poder

controlarlo sintió que se orinaba encima y por un instante estuvo tentado de salir corriendo en dirección contraria, pero no se atrevió, se quedó allí, muerto de miedo, gimiendo, tratando de mimetizarse con las plantas que arrancaba.

Eusebio llegó a su casa. Cuando Azucena lo vio entrar renegando, sin resuello, a esas horas, supo que algo malo había pasado.

—¿Qué has hecho desgraciado?

Mercedes miró de reojo a sus hijos, se empezó a frotar las manos con angustia y se fue al banco de la puerta a taparse los oídos. Azucena miró en silencio cómo su madre los dejaba solos.

—¡Dime qué ha pasado, Use! —gritó su hermana mientras lo zarandeaba.

—Padre, padre quería pegarme y me he escapado —dijo sin aliento ya consciente de que el tiempo se le agotaba y que lo iba a matar.

—Que has hecho ¿qué? ¡Quieres que nos mate a todos! —Azucena se secó las manos en un trapo y se las puso en la cabeza. Dio un par de pasos—. ¡Remediosss!

La niña apareció con un balde de agua y lo dejó en medio de la cocina.

—¿Qué pasa?

Al ver a sus hermanos, su rostro se volvió la viva imagen del terror. Delgada, pálida, con dos ojos enormes en una cara consumida y sucia.

—¡Corre al pajar y escóndete hasta que yo vaya a por ti! —le chilló. La niña soltó todo y salió escopetada.

—Y tú —dirigiéndose a Eusebio—, escóndete también en otro lugar. Yo le diré que no te he visto por aquí. ¡Vamos! ¿Qué esperas?

Su hermano iba a decir algo, pero lo pensó mejor y se escondió, tal vez funcionara, no obstante, busco un lugar desde el que pudiera observar la situación, no se alejó mucho, dejar a Azu a merced de ese monstruo no estaba en sus planes.

A los pocos segundos apareció Regino, asfixiado, sin resuello, con la cara granate de ira, gritando como un poseso.

—¡Hijo de la gran puta! ¡La carrera que me he tenido que dar! ¿Dónde te has metido, cabrón? ¡Me cago en tus muertos! ¡Sal de donde estés que te voy a enseñar a correr, malnacido, cobarde!

De repente, se dio la vuelta y vio a Azucena que lo miraba tratando de mantener una cara de extrañeza que se descomponía a golpes de miedo.

—¿A quién busca? —se atrevió a decir, aunque las palabras salieron de su boca entrecortadas por el pavor.

Regino la miró y sin decir una palabra, la cogió de la coleta y la arrastró hasta dejarla a pocos centímetros de él. Azucena trastabilló gimiendo y tropezando contra el cubo que había dejado Remedios en medio de la cocina. Se sujetaba la cabeza con las manos tratando de que no le arrancara el pelo, por lo que acabó contra el cuerpo sudoroso de aquel animal que tenía por padre y cayó al suelo. No llegó, sin embargo, a caer completamente, sino que quedó de rodillas porque Regino la mantenía en vilo izada por los pelos.

—Y ahora vas a chivarme dónde se ha metido la comadreja de tu hermano Use —se agachó y le susurró en el oído con voz gutural y los ojos fuera de sus órbitas.

—Padre yo no…

Antes de que pudiera terminar la frase, Regino había hecho que su cara girara a derecha y a izquierda sin soltar la coleta, dos bofetones que restallaron en el aire. La muchacha empezó a sollozar.

—Padre… no he visto… —la voz se ahogó en llanto.

Regino soltó la coleta para tener las manos libres y poder pegar a placer a aquella puta mentirosa.

—¡Eres como la zorra de tu madre! —chilló ya fuera de sí soltando patadas y puñetazos—. Estáis todos en contra mía, lo sé, pero yo soy el padre y aunque te tenga que matar a hostias, me vas a decir la verdad ¡Puta, más que puta!

Azucena se había hecho un ovillo y gemía en el suelo encajando sin decir nada todos los golpes que su padre le propinaba. De repente, la lluvia de puñetazos y patadas cesó y un sonido sordo retumbó en la cocina. La joven no se atrevía a levantar los ojos, pero le extrañó el silencio. Por fin se decidió, tras unos breves segundos, a quitarse las manos de la

cabeza.
Lo que vio le produjo un espanto indescriptible que, en contra de sus principios, se mezclaba con un alivio que surgía de lo más recóndito de sus entrañas. Giró la cabeza para no seguir contemplando aquella terrible escena y se encontró con los ojos de su hermano que aún llevaba el arma llena de sangre en las manos. No pudo hablar. Eusebio sostenía con fuerza el enorme cuchillo de campo de su padre y miraba con determinación su obra. Aprovechando que estaba de espaldas propinando una paliza a su hermana que lo protegía, el joven había cogido esa especie de machete y se lo había clavado en la garganta segándole la vida. En el suelo, boca arriba, el cuerpo inerte de aquel hombre violento mantenía los ojos abiertos en una mueca de incomprensión, mientras que sus manos, que habían tratado de taponar la sangría, habían acabado por claudicar y caer inermes sobre su pecho. El charco de sangre era inmenso, oscuro, aterrador.

Cuando Azucena se incorporó, se dio cuenta de que estaba llena de salpicaduras de sangre y empezó a chillar. En ese momento entró Mercedes y le mandó callar.

—¡Calla de una vez, Azu! —Eusebio no creía haber oído un tono tan decidido a su madre jamás. Parecía que hubiera vuelto de un sueño reparador —¡Que se pudra en el infierno mil veces este hijo de puta!

Y sin que pudieran remediarlo, la mujer de Regino arrebató el cuchillo a su hijo, que aún lo tenía entre las manos, y se lanzó sobre el cuerpo de su marido. Lo clavó una y otra vez, y otra y otra, hasta que le fallaron las fuerzas, hasta que apenas hubo un lugar más en el que lacerar aquel cadáver. Mientras su madre se ensañaba con ofuscación, los hermanos se quedaron paralizados, consternados, sin atreverse a detener la ira de aquella mujer que en una especie de trance catártico lloraba e insultaba, gruñía y gritaba en una letanía sin fin.

Por fin, aquel ritual horrendo se acabó y Mercedes, embadurnada de la sangre de su marido, se dejó caer en una de las sillas de la cocina. El arma se escurrió de sus manos produciendo un leve tintineo sobre el suelo. Nadie se movió. El silencio cayó como un animal salvaje sobre ellos, como algo pesado y viscoso, y empezó a tomar consistencia, a modelarse en forma de pensamientos, en la constatación de un parricidio.

Azucena tomó las riendas de la situación y, con la ayuda de Eusebio, limpiaron de sangre toda la cocina y llevaron el cuerpo de su padre, envuelto en una manta, a su habitación, al lugar que compartía con su mujer, a aquel lugar en el que Mercedes no volvió a poner los pies jamás. Después reunieron a los hermanos, los dos mayores ya estaban casados, y les expusieron la situación. Entre el horror, surgió el alivio; entre el dolor, la venganza; entre el arrepentimiento, los recuerdos. Cada uno a su manera, cada uno con sus añoranzas y sus memorias se horrorizaron a la vez que aplacaron su deseo de sentirse, por fin, libres de aquella pesadilla.

Hablaron por primera vez sin la coacción de la figura paterna, se escucharon, decidieron. Eusebio permanecía tranquilo, convencido de lo que había hecho, sin ningún atisbo de arrepentimiento o duda. Miraba a sus hermanos y escuchaba sus planes sin sentirse partícipe de ellos. Vivían apartados del pueblo, simplemente había que enterrar a aquel desgraciado y seguir con la vida, sólo que ahora sin miedo.

—Las cosas no son tan fáciles, Use. Pronto notarán la falta de padre y comenzarán los rumores. Después vendrán los guardias y nos freirán a preguntas, tenemos que estar unidos y decir lo mismo. Además, ¿qué hacemos con madre? Ella no está bien.

Mientras decidían cómo hacer las cosas para no tener problemas, sin que nadie se percatara de ello, Mercedes había tomado el camino al pueblo. Despeinada, ojerosa y llena de sangre, caminó los pocos kilómetros que separaban su casucha de la aldea y allí contó a quien quiso oír cómo su hijo había cortado el cuello al cabrón de su marido. Lo contaba como un cuento, como una hazaña, su Use, su salvador, el más valiente. Al principio pensaron que se había vuelto loca, desde su último parto era de todos sabido que había perdido un poco la cabeza. Hablaba sola, se autolesionaba, al menos eso iba contando Regino en la taberna protestando del desastre de mujer que le había tocado en suerte. Pero cuando fueron conscientes de que las manchas de la ropa eran realmente sangre, saltaron todas las alertas y alguien decidió que fuera lo que fuera lo que hubiera pasado en esa casa, había que dar noticia a las autoridades.

Para cuando los hermanos se dieron cuenta de la desaparición de su madre, ya era muy

tarde para enmendar nada. Los dos mayores se acercaron a la aldea sin ser vistos y tal y como se temían escucharon cómo su madre daba mil y un detalles de la muerte de Regino. Use estaba en peligro. Mercedes, trastornada como estaba, ensalzando a su hijo como un héroe, lo estaba delatando y con sus palabras posiblemente consiguiera que acabara en el garrote. Cuando los hermanos volvieron, estalló el caos. Ninguno sabía qué hacer, pero todos temían verse implicados en aquel asesinato. Remedios lloraba sentada en las piernas de su hermana que le acariciaba el pelo.

—Así que padre podía molernos a correazos y no ocurría nada. Se pasaba tocando a la Azu y no ocurría nada, dejó a la madre medio boba y no pasaba nada, y yo no puedo defenderme.

Los demás callaban y miraban a su hermano pequeño con preocupación.

—Use, ¡lo has matado! —por fin verbalizó Azucena—. Y es… era tu padre. Los guardias te llevarán preso por asesino. Creo que deberías huir antes de que lleguen.

Eusebio se quedó de piedra, no entendía de qué hablaba su hermana.

—¿Huir? ¿Qué quieres decir con huir? ¿Qué me vaya para siempre?

Su hermana asintió.

—Creo que sería lo mejor para todos.

El joven miró a cada uno de sus hermanos y uno por uno fueron apartando la vista, solo Azucena siguió con los ojos clavados en él.

—Padre era una mala bestia, todos hemos sufrido sus golpes, sus amenazas, sus insultos. Yo os he librado de ese cabrón, yo os voy a hacer más fácil la vida y a cambio, en vez de ayudarme, me echáis como a un perro, lejos de aquí. ¡Sois tan hijos de puta como él! – chilló, pero ninguno dijo nada.

—¿Dónde coño pensáis que voy a ir? ¿De qué voy a vivir? No me hagáis esto ¡Joder! —su tono se volvió lastimero y surgió el niño que aún anidaba en él.

—Lo único que queremos es librarte de una acusación por asesinato que daría, como poco, con tus huesos en la cárcel. Preferimos que huyas, seguro que sabrás buscarte la vida. Te daremos todo el dinero que podamos y cuando vengan a buscarte diremos que desde que mataste a padre no hemos sabido de ti, no nos digas nada, el que no sabe, no puede decir.

¿Decir? ¿Qué iba a decir? Si no entendía nada. Eusebio no daba crédito a lo que estaba sucediendo, continuaba convencido de haber actuado bien, ese malnacido no merecía vivir, se tenía que pudrir en el infierno. Aún tenía grabada en la mente su última mirada, el estupor de verse sorprendido por su propio hijo, la constatación de que por aquella herida se le escapaba la vida. Había visto morir a muchos animales de la misma manera y su padre no era mejor que ninguno de ellos. Mientras se ahogaba en su propia sangre, el muchacho sentía un enorme alivio, se sentía liberado, un héroe que apartaba a toda su familia de un monstruo con apariencia de padre, y por respuesta, ¿esto? En vez del agradecimiento, el abandono. Ahora se daba cuenta, no eran tan diferentes de él.

Se levantó furibundo de la silla que había ocupado, hizo un pequeño petate y cuando volvió a la cocina su hermano mayor le tendió unos pocos billetes.

—Es lo más que hemos podido reunir

Se tragó las lágrimas y volvió a mirarlos a todos con la vaga esperanza de que alguno se pusiera de su parte.

—¡Os ha salido barato libraros de él! ¡Menudos hijos de puta! Si lo llego a saber… ¡Pero qué coño, que os den por el culo a todos! —gritó escupiendo la rabia mientras salía por la puerta.

Eusebio salió de aquella casa y no volvió a ver a ninguno de sus hermanos, tampoco volvió a confiar jamás en nadie que no fuera él mismo.

Anduvo perdido por las montañas varios meses como un ermitaño, siempre escondido, siempre temiendo que alguna patrulla lo localizase. Se refugiaba en cuevas, cazaba para comer y de vez en cuando robaba lo que podía en alguna que otra granja. Hacía tiempo mientras se iban olvidando de su cara. Se dejó crecer lo poco que aún tenía de barba y su piel se curtió al aire libre. Cuando se sintió seguro, por caminos secundarios, emprendió la ruta hacia la capital, donde pudo mimetizarse con lo más oscuro de sus gentes.

En Madrid conoció a Beatriz Bella, nombre artístico de Pepa López, una vedette de revista venida a menos que se ganaba la vida entre la prostitución y negocios inconfesables.

Eusebio andaba perdido buscando a quien levantarle la cartera cuando Pepa lo paró y le preguntó si le gustaría ganarse unas monedas.

—Puede —respondió el muchacho precavido lleno de desconfianza, mirando sin pudor el maquillaje excesivo y chorreante de aquella mujer.

—Es sencillo. Vas a esa cafetería de ahí enfrente —dijo señalando un el dedo amarillento una tabernucha de mala muerte—, y entregas este paquete a un hombre con un traje marrón y una flor blanca en el ojal.

—¿Así, sin más? ¿Y qué me darás a cambio?

—Algo de dinero.

—¿Cuánto?

—Dos pesetas

—¿Y por qué no se lo das tú misma? Te saldría más barato —volvió a preguntar entrecerrando los ojos.

—Mira chaval, déjalo, haces demasiadas preguntas.

—Vale, vale. Dame el paquete.

Pepa lo sacó de entre sus faldas, era pequeño pero pesado y estaba envuelto en papel anudado con una cuerda, la caja disimulaba el arma que llevaba dentro.

—Dame el dinero.

—Yo te espero aquí y cuando vuelvas…

—De eso nada, señora, siempre cobro por adelantado.

Pepa sonrió mostrando unos dientes negruzcos y rotos y sacó de su bolso las monedas. Por un momento temió que aquel sinvergüenza se escapara sin hacer la entrega, pero no le quedaba otra opción. El rufián de Silverio no había aparecido esa mañana y no tenía más remedio que confiar en la suerte, la opción de abortar el plan podría acarrearle graves consecuencias. Suspiró mientras veía alejarse a aquel desconocido que cruzaba presuroso la calle y se adentraba en el bar, esperó con el corazón acelerado y de repente, la figura del joven emergió de nuevo en la soleada mañana.

Se encaminó hacia donde estaba ella y Pepa echó a andar apresuradamente seguida por Eusebio que no entendía por qué parecía huir de él, dobló la esquina y cuando el muchacho hizo otro tanto, le cogió de un brazo y lo metió de golpe en un portal.

—¿Pero tú estás loco? —le gritó tratando de zarandearlo. Eusebio se deshizo con facilidad de sus frágiles brazos.

—Pero ¿qué haces? ¿A qué viene esto? —respondió desconcertado. Había ido a decirle que ya había hecho el recado y que si tenía más mandados estaría encantado de sacarse unos dinerillos y la chiflada esa le trataba así.

—Casi me descubren por tu culpa —dijo por fin sacando un cigarrillo de algún lugar de su bolso, arrugado y medio vacío. Lo estiró con los dedos—. Ellos no pueden saber que te lo he dado yo.

El muchacho se encogió de hombros. ¡Que se lo hubiera dicho antes! Él no era adivino. Pepa encendió el cigarro y aspiró profundamente.

—¿Cómo te llamas? —dijo de pronto, como si allí no hubiera pasado nada. Le cogió la barbilla con unas manos huesudas de uñas pintadas y anillos de bisutería y le escrutó la cara.

—Eusebio —contestó girando el rostro para zafarse de aquellas manos.

—Eusebio ¿qué más?

—Eusebio a secas.

—Y dime Eusebio a secas ¿cuántos años tienes? ¿Y tus padres?

—Tengo dieciocho —mintió

—Y no tengo padres, murieron — volvió a mentir.

Pepa lo miró entre las volutas de humo y su mente comenzó a maquinar la posibilidad de sustituir al impresentable de Silverio, que había crecido demasiado y estaba medio borracho un día sí y otro también, por aquel huérfano joven y dispuesto. Quizás pudiera convertirlo en un fiel esbirro, su apoyo, quien se enfrentara a los peligros por ella.

—¿Dónde te alojas? —volvió a interrogarlo.

Eusebio torció el gesto un poco harto de tanta pregunta.

—¿Para qué quieres saberlo? —refunfuñó. Llevaba varios meses durmiendo al raso.

—Tal vez te interesaría trabajar para mí a cambio de cama, comida, algo de dinero si las cosas nos van bien y lo que se tercie —volvió a sonreír con coquetería.

Las últimas palabras arrastraban un halo seductor decadente y desdentado. Eusebio la miró fijamente tratando de decidir si aquello era un golpe de suerte o una nueva trampa en su camino, pero pensó que estaba en la calle, robaba para comer y tarde o temprano acabaría en un calabozo. La propuesta le parecía más segura y siempre tenía la posibilidad de largarse si las cosas se ponían feas.

—Hecho —dijo y, cogiendo el cigarro de las manos de la vedette, fumó con ansia el final de la chusta.

A partir de ese momento, Eusebio entró a formar parte de los bajos fondos de la ciudad. Comenzó con pequeños trabajitos de enlace y entrega de mercancías que no conocía, pero poco a poco, su patrona le fue introduciendo en los negocios, contrabando, prostitución y servicios de protección. Chulo, matón, guardaespaldas, cualquiera de esas palabras hubiera podido definir sus variadas funciones con *la Pepa*, alias Bea. También fue su primera amante, su descubridora, hasta que se cansaron el uno del otro, de las continuas peleas y gritos y dejaron su relación reducida a lo estrictamente profesional. Eusebio vestía traje, comía decentemente, dormía en un cuartucho maloliente y oscuro y llevaba dinero en el bolsillo, no podía pedir más, se conformaba y no tenía más aspiraciones. Dos veces en semana visitaba el burdel de la Rosi, del que se hizo asiduo y no sentía ningún remordimiento en apalizar a este o aquel por encargo de su patrona, en extorsionar a pequeños comerciantes o amenazar a las prostitutas.

Las cosas se le fueron de las manos cuando poco antes de que comenzara la guerra mató a un hombre. No era su función, no tenía ningún encargo, no debería haberlo hecho, pero aquel malnacido le reconoció.

Nadie sabía nada de su origen, ni de su huida, ni del asesinato de su padre. Aquellos días se habían perdido en el olvido y él se consideraba un hombre nuevo, sin pasado y, de repente, en un golpe absurdo del azar, en un burdel de mala muerte al que fue a amenazar a una madame que llevaba varios meses sin pagar su cuota, se le encontró de sopetón. Eusebio ni se fijó en él, pero su antiguo vecino tuvo la mala fortuna de quedarse mirando aquellos ojos de acero.

—Yo te conozco —le dijo en la puerta, impidiéndole el paso.

—Lo dudo —contestó con calma, sin inmutarse, clavando su peor mirada en aquel entrometido al que pensaba que no había visto jamás. Sin embargo, sus viejas alertas se encendieron.

—Nunca olvido una cara —insistió alegremente—. Estoy seguro de que te conozco, deja que piense un instante dónde te he visto.

Eusebio vio demudarse su cara cuando al fin se hizo la luz en la mente de aquel mequetrefe que acababa de reconocerle. Tragó saliva y compuso una mueca que quiso ser una sonrisa.

—Pues no, no caigo, tal vez me equivoqué —el temblor de la voz delataba su miedo.

—¿Seguro que no sabes quién soy? —se acercó a él y le habló muy cerca, con una mueca felina que le horrorizó.

—¡No! En serio que no sé…

El matón le puso una faca en los riñones y sonrió de forma lobuna.

—Venga, vamos a darnos un paseíto a ver si refrescamos esa memoria de pez.

El otro profirió un gemido y trató de revolverse, pero sintió la punta de la navaja traspasar la ropa hasta la piel.

—Déjame ir, por favor —imploró en un susurro.

Pero ya caminaban por un pasillo rumbo a la salida.

En un primer momento Eusebio no sabía cómo manejar aquella situación, podía asustarle mucho, unos cuantos golpes, incluso un pinchacillo y dejarle marchar, seguro que se le quitaban las ganas de contárselo a nadie. Pero a medida que lo alejaba del burdel y se encaminaban hacia las últimas chabolas de aquel triste barrio, decidió no arriesgarse, ya había tenido bastante con aquellos meses en el bosque mirando siempre a su espalda. Y así, tras darle vueltas mientras caminaba, se convenció de que no volvería a vivir tranquilo con la sospecha de que había alguien en el mundo al corriente de su existencia.

En un lugar solitario sin que el rehén apenas se diera cuenta de lo que ocurría, le rebanó el

cuello y tiró el cuerpo cerca de una ribera atestada de zarzas y matorrales, esperaba que tardarán en encontrarlo. La noche le había dado cobijo en su asesinato y la noche lo devolvió a la ciudad silbando, como si nada hubiera ocurrido, satisfecho de su decisión. La Pepa lo interrogó cuando lo vio aparecer con el cigarro apenas sujeto en la comisura de los labios.

—Tenía un trabajillo que hacer —contestó a sus preguntas.

—¿Un trabajillo? ¿Qué clase de trabajillo que yo desconozco? ¿Para quién? Recuerda que yo soy la que te pago —le espetó. Estaba un poco borracha y su voz ronca arrastraba las eses.

Su antiguo amante levantó los brazos en señal de rendición, no tenía ganas de escenitas aquel día, pero las gotas de sangre, que se ocultaban en la parte interior de la manga, se hicieron visibles. La Pepa entornó los ojos, dejó el vaso sobre la mesa de su salón atestada de objetos y se levantó vacilante hacia él. Eusebio había crecido mucho desde sus primeros días en Madrid. No era alto, pero sí de complexión fuerte y aparentaba bastantes años más de los que en realidad tenía.

—Quítate la chaqueta, Use.

—Pero qué…

—¡Que te quites la chaqueta, cojones! —parecía que el alcohol había pasado a segundo plano.

—Está bien.

Obedeció, se quitó la chaqueta y ella pudo ver claramente la sangre en la manga y la pechera de la camisa.

—¿Qué has hecho? ¿Quién te ha encargado … —mareada por el alcohol, se volvió a sentar con gesto de cansado hastío —? Ahora me lo vas a contar todo, desde el principio.

Eusebio decidió que era mejor explicar las cosas y zanjar el tema de una vez. Total, había trabajado para él mismo y podía dar una explicación sin detenerse en demasiados detalles de manera que evitara malos entendidos, había que mantener a la jefa contenta.

No mencionó la muerte de su padre, pero sí habló de problemas con la justicia antes de llegar a Madrid y cuando *la Pepa* quiso saber más, de malos modos contestó que ese asunto no le incumbía. Sin embargo, lo acaecido en el burdel lo narró con todo lujo de detalles y concluyó con el asesinato como el que cuenta que se ha encontrado con su prima por la calle. La mujer lo miró desconcertada, aquella frialdad estaba por encima de todo lo que había imaginado, sabía que aquel hombre era duro, sabía que no se arredraba cuando había que repartir golpes, que también los encajaba con valentía, pero estaba hablando de un asesinato.

—¡Has hecho una gilipollez, demente de los huevos! —se enfadó la vedette de pronto, como si una ráfaga de aire frío hubiera despejado repentinamente su cerebro—. Atraerás a la bofia y eso no es bueno para nuestros negocios.

—¡No será para tanto! —empezó a impacientarse—. Nadie me ha visto, es solo un palurdo menos.

—¿Nadie te ha visto entrar en el burdel? ¿Ni salir? ¿Ni caminar? ¡Pero tú estás loco! Mira cabrón, la cabeza está sobre los hombros para pensar y tú no la utilizas. Que estés aquí tan tranquilo, silbando y fumando después de matar a un hombre, ya me cuesta entenderlo, allá tú con tu conciencia, pero que hayas hecho una estupidez semejante sin planearlo ni un momento. ¡Eso es de imbéciles, joder!

—¡No te pases, Pepa! —aunque había gritado, era consciente de que ella tenía razón. Había pensado muy poco, pero no estaba dispuesto a reconocerlo—. No me hables de arrepentimiento ¿eh?, que tú no eres ninguna santita, porque no veo esos remilgos para apalear a este o aquel o amenazar a esas niñas que ayudas a que sean más putas.

La prostituta levantó las manos en señal de paz.

—Por lo pronto tienes que desaparecer una temporada hasta que las aguas se calmen.

Encendió un cigarrillo y exhaló el humo. Después lo señaló con un dedo ajado y amarillento y con voz cansada pero firme continuó.

—Te mantienes en contacto conmigo y yo te voy diciendo.

Se dio la vuelta y se sentó de nuevo con el cigarro en la boca, pensativa.

—¿Queeé?

Una nube negra se abatió sobre Use y recuerdos que creía muertos le revolvieron la sangre.

Se vio en su pueblo una vez más, se repetía la historia, otra vez la misma solución, nuevamente tendría que coger sus cosas y marchar.

—No me parece buena idea. ¿Y si me escondo aquí?

—¡Imposible! Sería el primer lugar en el que mirarían. Por lo pronto vamos a dormir y mañana estudiaremos las cosas con más tranquilidad —Eusebio iba a rebatir, pero la mirada que le regaló la vedette no dejaba lugar a dudas, no había más que hablar, así que desapareció molesto rumbo a su cuarto.

Al día siguiente, el barrio se levantó con la noticia de que había aparecido un cadáver junto al arroyo. La sangre de la víctima había tintado el agua que corrió río abajo hasta la zona donde las mujeres iban a lavar. Tal y como Pepa había vaticinado, todo se había hecho sin pensar. Temprano, la vedette se enteró del hallazgo y sin darse tregua aporreó la puerta de su compinche que apareció en calzoncillos, rascándose la cabeza y protestando por el alboroto.

—Coge tus cosas y lárgate echando hostias. Ya ha aparecido el muerto. Lo escondiste tan bien que su sangre se ha quedado estancada en el lavadero del río. No quiero que nadie me relacione con asesinatos, ya bastante tengo con sobrevivir con lo mío.

—Pero… —intentó protestar Use.

—¡Ni peros ni peras, joder! Vete de aquí de una vez, coño. Si te pillan cerca la jodemos. ¡Venga!

Y así salió Eusebio de casa de Bea Bello, por la puerta de atrás, con una maleta roñosa y la sensación de que la vida se repetía sin fin. Por segunda vez en su corta existencia, no sabía dónde dirigir los pasos.

Cruzó la ciudad y entró en una pensión de mala muerte donde comió y descansó un poco. En la habitación se afeitó el bigote, se cortó el pelo, se quitó el traje y se vistió con sus ropas más viejas. Una gorra completó su disfraz. Pocos días después encontró un trabajo en una obra de las afueras, en la que estaba doce horas haciendo cemento por un mísero sueldo. Sus compañeros de trabajo estaban tan cansados, que nadie tenía fuerzas para fijarse en el nuevo mientras éste no se quejase y siguiera el ritmo de trabajo. Cuando volvía a la pensión estaba agotado y caía en la cama sin tiempo para pensar, y así sobrevivió varias semanas sin que nada lo perturbara más allá de la ira que lo ahogaba cada día un poquito más.

Un domingo por la noche, desesperado por no tener noticias de su patrona, pasados casi dos meses desde su huida, decidió acercarse a su casa escondido entre las sombras. Quería volver a su antigua vida cuanto antes y no estaba dispuesto a aceptar una negativa más ni a que nadie lo volviera a largar de una patada como si fuera una piedra en medio de la calle. Según se acercaba, la ira lo envalentonaba más y más y un rencor oscuro y denso iba ahogando su alma. Pero lo que se encontró no lo esperaba en absoluto y le dejó de piedra. La casa estaba cerrada, oscura, vacía y un cartelón en la puerta principal indicaba que se alquilaba. Las dudas barrieron la rabia y llenaron el espacio de incertidumbre. Estaba a punto de darse la vuelta, desanimado, cuando vio a una anciana que bajaba caminando lentamente por la acera. No podía irse de allí sin intentar saber el paradero de la Pepa, así que con toda la amabilidad de la que fue capaz, le preguntó por su amiga.

—¿Esa buscona? Esa ya está en el infierno, muchacho, se la llevó hace un mes no sé qué enfermedad. Las putas es lo que tienen. ¿La conocías? Esto era un mal bicho, no sé si lo sabes.

Eusebio la miraba sin atender, no podía creer que la Pepa estuviera muerta, sin ella el futuro cambiaba de color. Aquella vieja tenía ganas de pegar hebra, seguía dando unas explicaciones que a él no le interesaban en absoluto. Su traje negro delataba que posiblemente fuera viuda, lo que solía llevar aparejado una gran necesidad de que alguien la escuchara, pero tenía claro que no iba a ser él.

—No, no la conocía —la interrumpió—. Si era puta, seguro que no es a quien busco, señora.

Saludó llevándose un dedo a la gorra y se perdió en la oscuridad dejando plantada en medio de la acera, sorprendida y con muchas ganas de cotillear, a su interlocutora.

La vuelta la hizo con la cabeza baja por las calles atestadas de negrura, una oscuridad como la que subyacía en su corazón. Y vuelta a empezar, se dijo, y apretó el paso porque al día siguiente tenía que madrugar.

Pocos días después de enterarse de la muerte de la Pepa estalló la guerra. Eusebio no

entendía nada de política, de hecho, se había mantenido totalmente fuera de lo que pasaba, pero en aquellas jornadas de locura vio la forma de salir del cemento que le pudría las manos y se alistó para defender Madrid de los insurrectos. Con un arma en las manos, rápidamente, volvió a sentirse como pez en el agua. Medró en el ejército republicano como no podía ser de otra manera, nada que perder, nada que lo esperara, nada que le preocupara. Sus acciones eran a menudo suicidas, pero todo le salía bien y aunque sus compañeros le temían más que lo apreciaban, él no se molestaba en perder un minuto en semejantes minucias. Cumplía órdenes y sus órdenes, a su vez, tenían que ser cumplidas, y si en el camino podía quedarse con algo entre las manos, mejor. Le encantaba ver a hombres y mujeres morirse de miedo, sentía un placer perverso en ajusticiar, golpear y torturar en nombre de unos ideales que a él le traían sin cuidado, pero la sensación de poder que sentía era absolutamente indescriptible.

No obstante, se le acabó la suerte cuando en una incursión en las filas enemigas fue apresado por sus enemigos. Estuvo encarcelado y fue torturado. Por supuesto cantó hasta la Traviata antes de que le pusieran un dedo encima. No sentía ninguna lealtad con nadie y no le costó ni un segundo delatar hasta a quien no lo merecía. No estaba dispuesto a sufrir ni un minuto más de lo estrictamente necesario antes de ser fusilado que era su destino final. Perdió algún dedo como bien había observado Manuel, gracias a la saña de sus captores, en los que se reconoció, pero no pedía más a la vida que tener una muerte rápida. Sin embargo, la diosa Fortuna tenía otros planes para él e instigado por ese sentido de la supervivencia que tenía tan desarrollado, fue capaz de aprovechar la oportunidad que se le brindó cuando el coche que lo trasladaba reventó una rueda. La suerte volvía a decantarse de su lado. Sabiendo lo que le esperaba, decidió intentar la huida, ya estaba muerto y lo sabía, le habían condenado e iba a ser ajusticiado. No tenía nada que perder. Mientras le bajaban para arreglar la avería, y aprovechando un descuido, emprendió una carrera suicida. No era su día, pensó después. Sintió cómo le rozaban las balas mientras se lanzaba a una loca galopada cuya única finalidad era alcanzar los árboles del espeso bosque que salpicaba a ambos lados de la carretera.

Si llegaba allí y se internaba, tenía una remota posibilidad de escabullirse. Era un medio que conocía, en el que sabía mimetizarse, por algo había pasado escondido tanto tiempo después de matar a su padre. Y lo consiguió. Sus captores, dos soldados que conformaban una extraña pareja —uno muy entrado en carnes, con una cara roja permanente y una sonrisa bobalicona producto del exceso de vino y otro exageradamente alto y delgado, calvo y con una nariz tan grande y ganchuda que era lo único que se recordaba de su rostro —, no hicieron demasiado hincapié en encontrarlo. Anduvieron con los fusiles listos por si escuchaban el más mínimo sonido, pero no se atrevieron a alejarse demasiado del camión donde el conductor y tres presos más, esperaban impacientes el resultado. Eusebio los oyó hablar escondido semienterrado en una madriguera rodeada de matorrales.

—No lo encontraremos en este bosque —decía el alto apartando ramas con el arma.

—¿Y qué hacemos? —preguntó el otro con voz quejumbrosa—. ¿Qué decimos a Lodosa cuando lleguemos? ¿Que se nos ha escapado el rojo hijoputa y no hemos podido encontrarle? ¿Quieres que nos hagan un consejo de guerra?

Se pararon. Estaban a pocos metros del preso que contenía la respiración, su corazón latía tan fuerte que temía que lo escucharan. Menos mal que en un día tan gris como aquel y ya anocheciendo, las sombras hacían prácticamente invisible su escondite.

—Da dos tiros al aire —el de la nariz ganchuda volvía a hablar.

—¿Qué? —el de la cara roja se rascó la cabeza mirando a su compañero sin entender.

—¡Que des dos tiros, coño!

—¿Al aire? ¿Para qué?

—Vamos a decir que le dimos caza como a un venado. Y que para no tener que arrastrarlo, lo hemos dejado en el bosque para que se lo coman las alimañas. Total, la población más cercana está a no sé cuántos kilómetros. Este no sale de aquí, te lo digo yo. Mira el frío que hace, sin comida, ni bebida y con las manos atadas no tiene ninguna posibilidad.

El gordo amplió su sonrisa mostrando unos dientes ennegrecidos y escasos. Estaba claro quién llevaba la voz cantante en aquella pareja de soldados. Dos disparos sonaron en la quietud del bosque, dos disparos que permitieron soltar un suspiro de alivio a Eusebio

cuando vio cómo se alejaban de allí rumbo a la carretera. Pero no se movió. Escuchó las voces lejanas, supuso que los soldados explicaban a su compañero, el conductor del camión, su mentira. Después el motor renqueante llegó a sus oídos como una bendición, vio entre la maleza el reflejo de unos faros que se alejaban y por fin se atrevió a salir de su escondrijo. Nadie lo echaría en falta. En aquellos días en los que la vida valía menos que un trozo de pan, un desaparecido más no significaría absolutamente nada en aquel maremágnum de muerte.

Hacía mucho frío, la noche se había ido extendiendo por aquel paraje y la temperatura bajaba a un ritmo casi doloroso. Tenía que moverse y encontrar resguardo para pasar la noche. Se sacudió y descubrió que tenía una herida en el brazo. Era superficial, una bala que había rozado su piel había roto el jersey y la camisa y había dejado un rastro de sangre. Ahora sólo le escocía.

Caminó en la oscuridad, tratando de orientarse. Por fortuna el cielo se fue despejando y la estrella polar le servía de guía. Llegó a una zona rocosa por la que discurría un pequeño arroyo. Lo primero que hizo fue liberar las manos, buscó una piedra puntiaguda y comenzó a frotar la cuerda una y otra vez. No consiguió romperla, pero la aflojó lo suficiente como para sacar con dificultad y dolor las manos.

Bebió agua, tenía la boca seca y se sentó en la orilla mientras observaba los alrededores. Descubrió una pequeña hondonada entre unas piedras llenas de musgo y recogió varios helechos que colocó con cuidado para aislarse un poco del suelo. Las piedras formaban una especie de cámara y le protegerían levemente. Estuvo mirando las estrellas, aterido de frío, sin nada con lo que abrigarse, recordando tiempos pasados, aunque en aquella ocasión disponía de un cuchillo, de manta, de trampas, de piedra para hacer fuego. No eran las mismas circunstancias, concluyó. Por fin, el sueño le venció.

Acababa de amanecer cuando despertó, tenía el cuerpo rígido y dolorido. Hizo un esfuerzo, se levantó y trató de estirarse. El paisaje era completamente distinto con la luz del día. Había salido de la zona boscosa y se encontraba en una pequeña llanura, demasiado expuesto a ojos extraños. Bebió de nuevo agua en abundancia, se alivió y comenzó a caminar rumbo al norte, siempre al norte. La guerra ya estaba perdida, él no era ningún héroe ni pretendía quedarse en la nueva España que habría de perfilarse siendo él un rojo hijo de puta, había tenido bastante con haber estado a punto de ser fusilado una vez. Ahora había que salir por patas, siempre hacia el norte, eso era, hacia aquel país llamado Francia, un país donde alguien le dijo que sería libre por fin. Él no era tan ingenuo, esos conceptos no estaban a su alcance. Con seguir vivo tenía de momento bastante, más adelante la fortuna enseñaría una de sus caras y él la aceptaría sin rechistar.

14

Paz, antes llamada Paola, se acopló sin dificultad a la familia que formaban sus abuelos y tíos. Manuel era su preferido, su tío del alma, la figura del padre que ya no recordaba. Sentada en sus rodillas escuchaba los cuentos que éste inventaba para ella, paseaba de la mano a su lado hasta la cruz que estaba en el cruce de caminos al final del pueblo y preguntaba sin cesar todo lo que se le venía a la cabeza. Él contestaba con paciencia y cuidaba de su sobrina con un mimo infinito porque reconocía en su rostro las trazas de la tristeza. Mamá, sus hermanos o su vida en Madrid habían desaparecido de su vocabulario, de esa forma que tienen los niños de sobrevivir a las tragedias. Ayudaba a su abuela a hacer las tareas de la casa como un botones que a todo dice que sí. Era disciplinada y siempre atenta a lo que le pedía Carmen. No se quejaba y afrontaba con voluntad de hierro cada nuevo aprendizaje. Y sin sentir, lentamente pasaba el tiempo y la vida iba tomando tintes de fingida normalidad en aquellas tierras.

Una noche, sin embargo, la familia se despertó cuando unos golpes aporrearon el portón de entrada. Hacía poco tiempo que se habían acostado, pero aquel sonido heló la sangre de jóvenes y adultos. Los golpes se volvieron a repetir esta vez acompañados de una voz profunda que gritaba.

—¡Abran inmediatamente a la Guardia Civil!

Marcial saltó del lecho como un resorte y se dio de bruces con su hijo Manuel que salía a la carrera a abrir la puerta. Inmediatamente entraron al patio dos parejas de guardias con sus fusiles al hombro.

—Buenas noches —se oyó la voz acobardada de Marcial, una visita de la benemérita no era plato de buen gusto para nadie—. ¿En qué podemos ayudarles?

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire templado de la noche. Las casas vecinas también tenían visita y se oían aquí y allá sonidos, gritos, portazos...

—¡Apártense inmediatamente!

Los civiles no dieron ninguna respuesta, entraron como una tromba en la casa y comenzaron a revisarlo todo. Carmen estaba sentada en la cocina con Paz en los brazos y su hijo José, que apoyaba las manos en los hombros de su madre como muestra de protección. Ya sabían de qué se trataba, era una requisa, habían oído hablar de ellas en el pueblo. Inmediatamente Marcial y Manuel se reunieron con ellos y encendieron unas velas.

Poco a poco, en la cocina, los guardias fueron amontonando la mayor parte de las reservas alimenticias de aquel hogar, garbanzos, judías, carne en salazón, harina, semillas… Todo lo que salvaría a la familia de pasar hambre en los próximos meses estaba allí amontonado. Carmen sollozaba quedamente y Paz la miraba sin comprender.

—Abuela, ¿qué están haciendo…

—¡Chissst! —había contestado inmediatamente Manuel poniéndose un dedo en los labios.

Los cuatro agentes empezaron a cargar todo para dejarlo en la puerta donde más adelante lo recogería un camión que en esos momentos estaba aparcado en la plaza, junto a la iglesia.

—No se lo lleven todo —rogó el abuelo de pronto—, tengo una nietecita que…

—¡Silencio! —gritó uno de los guardias que ya había echado mano al arma y miraba a todos con despiadada antipatía—. La patria necesita de los sacrificios de los españoles. ¿Acaso no estáis dispuestos a renunciar a esta pequeñez en pos de una España grande y libre?

Sin que Manuel lo pudiera impedir, su padre insistió rogando clemencia hacia una familia que afrontaría el invierno sin reservas, con una niña que apenas se había recuperado de los rigores del hambre en Madrid. Hablaba sollozando y con la vista en el suelo, como quien se dirige a un dios. Su mujer lo miraba asustada, pero no dejaba de sorprenderle su valentía, aún con los ojos cargados de llanto. Superando el miedo atávico que todos masticaban, él, una vez más, salía en defensa del clan. El guardia lo miró con desprecio y antes de que terminara de hablar le dio un fuerte golpe con la culata.

—¡Calla ya, joder! Pareces una plañidera. Menos llanto y más trabajar, hijo de puta. A mí

me importa un huevo lo que comáis en invierno. Estas son las órdenes y no quiero escuchar una palabra más.

Marcial cayó de rodillas al suelo, sujetándose la cabeza de la que empezaba a manar un poco de sangre. Carmen ahogó un grito, se tapó la boca con las manos, soltó a Paz y se lanzó a ayudar a su marido. La niña, sin que nadie se percatara de su movimiento, se abalanzó sobre el guardia y le dio una patada en la espinilla que suscitó más sorpresa que dolor en aquel hombre insensible. Se le demudó la cara, se crispó su gesto e iba a devolver el golpe, cuando Manuel se puso por medio.

—Discúlpela, es solo una niña —dijo, pero en vez de utilizar el tono sometido de su padre, le habló mirándole a los ojos, imperturbable, y la tomó en brazos retirándose inmediatamente de su campo de actuación. El sujeto los miró un instante contrariado, decidiendo si merecían un correctivo, pero en ese momento entró otro compañero y torció el gesto ante la escena.

—¿Qué ha pasado, Ruíz?

—Nada señor, son estos muertos de hambre, no les parece bien apoyar a la patria —y se puso firme, muestra clara de que era un superior.

—No es eso, señor —se oyó la voz de Marcial que insistía ante el pánico que crecía en los demás mientras se levantaba con un trapo taponando la herida, un trapo que le había dado Carmen y que se teñía por segundos—, simplemente rogaba que nos dejara algo para el invierno.

El recién llegado miró al tal Ruíz con cierto aire de desaprobación, algo prácticamente imperceptible, pero que el otro comprendió sin duda.

—De aquí ya no nos llevamos más, el camión está lleno. Sal y reúne a todos en la plaza. Nos vamos.

—Pero señor …

—¡Ruíz! ¿Pretende decirme lo que tengo que hacer? —las palabras salieron como cuchillos de aquellos labios y achantaron visiblemente a su subordinado que miró a Manuel con los ojos enrojecidos por la rabia.

—¡No señor! ¡A sus órdenes, mi teniente!

Y salió sin decir una palabra más. El teniente miró a Marcial cuya sangre goteaba ya por la muñeca y estuvo tentado de decirle algo, Ruíz era un animal desbocado y extremista, pero lo pensó mejor y se dio la vuelta con un gesto de indiferencia.

—Que tengan buenas noches. ¡Viva España!

—¡Viva! —se obligaron a contestar sin ninguna convicción.

Se oyó el portón al cerrarse, durante unos segundos todos se mantuvieron en silencio. Marcial suspiró y aquello fue como la señal para que el mundo volviera a girar.

—Trae que te mire eso —Carmen se acercó a su marido dispuesta a curarle la herida. Se estaba haciendo mayor, en realidad ambos estaban envejeciendo prematuramente. Manuel mantenía un gesto hosco, la mandíbula apretada, los puños crispados, de buena gana habría tumbado de un puñetazo a aquel despreciable sujeto que se escondía tras un arma. Su madre le observó un segundo.

—Guarda esa rabia para buscar la solución, contra esos sólo podemos perder. Y tú Paz… ¿Se puede saber en qué estabas pensando para dar una patada a ese señor? ¿Desde cuándo se dan patadas a las personas mayores?

—Hizo daño al abuelo —contestó con contundencia la niña cuyos ojos resplandecían acuosos a la luz de las velas.

—No vuelvas a hacerlo ¿me has entendido?

—Pero abuela ese señor es malo y …

—¡No hay peros que valga! Esto son cosas de mayores.

Paz miró con el ceño fruncido a la abuela y no dijo nada, no pensaba hacerle caso, el abuelo no había hecho nada malo y ese señor horrible le había golpeado, iría al infierno de cabeza, seguro.

Guardaron lo poco que les habían dejado y volvieron a acostarse de nuevo. Fue una noche larga, llena de sueños y despertares, de pesadillas y desvelos donde unos personajes malévolos con trajes extraños habían contaminado la paz de un hogar que no había hecho daño a nadie.

A la mañana siguiente Manuel, Marcial y José ya tenían un plan, el mismo que muchas familias antes que ellos habían trazado, la construcción de un lugar secreto para asegurarse de no ser expoliados nuevamente. El problema era dónde ubicar ese refugio porque, cuando no encontraban nada, los civiles buscaban y buscaban hasta dar con el escondite y entonces había represalias. Manuel dio con la solución; en el *sobrado.* Era un espacio bastante grande, oscuro y de difícil acceso, podían dejar parte de sus bienes fuera, sabiendo que no podían contar con ellos, y hacer una doble pared que escondiera el resto. Estaba tan a la vista que era imposible imaginarse que se habían atrevido a engañarles tan en sus narices y los olores no podrían delatarlos porque se mezclarían con los de las cosas que estaban a la vista. Su padre estuvo de acuerdo y a ratitos, sin hablar con ningún vecino, procurando hacer poco ruido y siendo discretos con los materiales, trabajaron en ese espacio secreto que en un par de semanas estuvo acabado.

Cuando subió Carmen, no se podía creer que allí hubiera nada, en un lugar tan extenso, era muy difícil descubrirlo. Abrazó a su marido y dio un beso a cada uno de sus hijos, cuando en diciembre mataran al cerdo que estaban criando, podrían quedarse con gran parte de los productos que les darían cobertura casi todo el invierno si lo gestionaban bien. Por fin, respiraban más tranquilos en su creencia de que todo estaba a buen recaudo.

A Paz no le dijeron nada, ya se sabe cómo son los niños con estas cosas y una palabra fuera de lugar, un gesto o cualquier signo que pudiera inculparles se convertiría en algo muy peligroso. Durante aquellos días, la niña tenía prohibido acercarse, pero cuando todo estuvo terminado, pudo volver a subir con el permiso de sus mayores.

—Abuela, ¿qué meriendo hoy? —llegó saltando y dejó sus cosas sobre la mesa de la cocina. El antiguo maestro había confeccionado cartillas de lectura que él mismo había ilustrado para que todos los niños tuvieran una con la que aprender.

—Quita eso de ahí, mañana te olerá todo a quemado si lo dejas en la cocina.

Paz diligente lo recogió y lo dejó sobre su cama.

—¿La merienda?

—Sube y coges un dedo de chorizo, pero un dedo sólo ¿eh?

La niña pensó que su abuela era muy roñosa, ¡solo un dedo! ¡Con el hambre que tenía! Pero no dijo nada, se dio la vuelta y ya iba a salir por la puerta cuando Carmen la retuvo.

—Un dedo a lo ancho, no a lo largo, que te conozco. Mira el dedo de la abuela que el tuyo es muy chico —y lo levantó en posición horizontal. Paz afirmó y siguió su camino relamiéndose mientras subía por aquellos empinados escalones.

—¿Qué andas haciendo tanto tiempo por ahí arriba?

—Ya bajo abuela, es que estaba cortando el pedazo.

En realidad, Paz no había obedecido completamente, se había agenciado un trozo algo más grande y había dado un bocado antes de descender nuevamente. Las boceras coloradas en las comisuras de sus pequeños labios la traicionaban.

Terminó de bajar los escalones con mucho cuidado parándose de uno en uno como Manuel le había enseñado y, al llegar al final, se encontró de sopetón con su abuela que la miraba con cara de reproche.

—¡Enséñame el trozo!

La niña abrió la manita y descubrió una raja de chorizo del tamaño adecuado.

—¿Y lo que te has comido? —insistió.

—No he comido nada, abuela, ¡aunque tengo un hambre…! —levantó los ojos, esos inmensos ojos verdes y miró a Carmen tratando de controlar el puchero dibujado en pimentón que ya se formaba en sus labios. La mujer estuvo a punto de echarse a reír, pero se contuvo.

—¡Que sea la última vez que te comes nada sin mi permiso! Y como me vuelvas a mentir te doy con la vara. No quiero niñas ladronas y mentirosas en mi casa ¿Entendido? —levantó la voz.

Paz se echó a llorar asintiendo con vigor, la abuela la cogió por el brazo y, sin muchos miramientos, la llevó a la cocina.

—¡Toma! con este pan tienes más que suficiente. ¡A mí me vas a engañar! —murmuró— ¡Quién ha sido cocinero antes que fraile, lo que pasa en la cocina, bien que lo sabe! Y dejando que entre hipidos devorara la merienda, se dio la vuelta y siguió con sus

quehaceres.
Paz salió después a jugar con los niños y las niñas del pueblo, aún calentaba el sol y podían danzar un par de horas. Por las llanuras castellanas se oían sus gritos, ajenos a las penurias, ajenos a sus ropas desgastadas y remendadas, la mayoría de las veces recicladas de otras prendas de adultos, los pelos cortos y apelmazados, las manos sucias, las rodillas llenas de costras, pero el corazón a salvo, el corazón todavía inmaculado. La fortaleza de la infancia los trataba de rescatar de aquella dureza en la que se vivía, de la mala alimentación, de los problemas que acuciaban a sus familias. Se harían mayores prematuramente, pero mientras tanto chillaban "Tú la llevas".

Las sombras de la noche se iban extendiendo por las calles del pueblo. Alguna luz parpadeante de una vela o un candil se asomaba a un ventanuco. Los niños, inmersos en sus juegos, se olvidaban del tiempo hasta que una voz rasgaba la oscuridad y hacía que los insectos enmudecieran durante un instante.

—Paz ¡a casa! que ya no son horas de estar en la calle.

—Un ratito más, por favor.

—¿Te lo tengo que repetir? ¡Como tenga que salir a por ti, te vas a enterar!

Y se oían, de repente, los pasitos que, a la carrera, llegaban al portón. Dos bracitos empujaban con fuerza la puerta haciendo peso con todo el cuerpo y unos ojos brillantes y risueños entraban, subían los dos escalones y se colaban en la cocina. Allí, cerca del fogón, terminando de preparar la cena, la abuela la miraba con ojos de censura, pero ella se acercaba y le daba un beso.

—¡Voy poniendo la mesa!

Y, mientras colocaba los platos de loza basta, los vasos de barro y los cubiertos, escuchaba llegar a los hombres. Como una exhalación salía para tirarse a los brazos de su tío Manuel que la hacía volar por los aires. Olía a campo y a sudor, a grano y a tierra removida, olía como nadie más que él podía oler. De la mano entraban los dos y tras la cena, con paciencia, le tomaba la lección, como siempre decía, aunque sabía que no era necesario, la niña no sólo había memorizado y desentrañado ya las letras, sino que había entrado en el secreto de la lectura, un mundo mágico del que jamás, en toda su vida, podría desgajarse.

—¿Me contarás una historia esta noche? —le miró con ojos suplicantes.

—Ya está bien, niña. Es muy tarde y tienes que ir a dormir que mañana es día de escuela —contestó Marcial adelantándose a su hijo mientras miraba distraído el fuego que se consumía en el hogar.

—Pero abuelo… —la mirada que Carmen le echó no dejaba lugar a dudas. El abuelo hablaba poco, pero nadie le contrariaba, ni siquiera su hijo mayor.

Manuel se levantó con la niña en sus brazos.

—¡Hala! A dormir. ¿Quieres que te acompañe a la habitación?

La sonrisa pícara enmarcada en rizos rubios no se hizo esperar.

—Síííííí

Y salieron de la cocina hacia la negrura de la casa. Marcial miró a su mujer, ésta sonrió y se acercó a él dándole unas palmaditas en el brazo.

—Esta criatura es una bendición en medio de tanta miseria —. Seguía mirando fijamente el fuego.

—Ni que lo digas.

En ese momento volvió Manuel. Ocupó de nuevo su silla y cogió unas cuerdas que estaba arreglando.

—¿Habéis oído lo del Mula?

Mientras Marcial asentía en silencio, Carmen miró a su hijo desconcertada.

¿El Mula? ¿El hijo de Pascuala?

—Sí, ese mismo.

—Se lo llevaron ayer por la noche unos tipos vestidos de uniforme y no han vuelto a tener noticias de él —José despegaba por primera vez los labios. Había estado toda la cena en silencio, detalle que no había pasado desapercibido a su madre.

—¿Y por qué? Ese muchacho no ha roto un plato en su vida. ¿Qué tiene? ¿Quince…?

—Dieciséis —rectificó José—. Es poco más que un niño. Cualquier día aparecen por aquí y nos dan un susto.

—No digas tonterías, José. Nosotros no hemos hecho nada, vivimos sin meternos con nadie y tu hermano luchó en el frente con el ejército de Franco —soltó Carmen como si la hubieran aguijoneado—. Algo habrá hecho esa familia o ese crío para que se lo lleven ¿no?

El silencio que siguió a estas palabras fue esclarecedor.

—¿Qué pasa? —se asustó— ¿Qué no me contáis?

—Madre —esta vez fue Manuel el que tomó la palabra—, las cosas no son tan simples. El Mula es un chaval bueno, trabajador, ayuda a sus padres como un animal. No entiende de guerra ni de política. Su desaparición no tiene nada que ver con él, se lo aseguro. Alguien lo ha delatado.

—¿Delatado? ¿Qué hay que delatar?

—¡Da lo mismo, madre! ¿Es que no lo ve? Vive aquí encerrada en sus quehaceres y no se entera de nada.

—¡José! Un respeto a tu madre —dijo de pronto Marcial y su voz sonó como un trueno. El joven torció el gesto, pero no replicó.

—Mire madre —prosiguió el primogénito—, esto de la guerra no se ha acabado. El campo de batalla y los alistamientos sí, pero hay otra guerra, mucho más cruel y mucho más silenciosa y dura. Franco no quiere opositores, nada que huela a republicano, quiere acabar con todos. Y aquí llega lo más horrible. Hay desalmados que para demostrar lo que son capaces de chupar el culo a este régimen, acusan a sus vecinos, a los que conocen de toda la vida, de lo primero que se les ocurre: de rojos, de masones, de republicanos, de anarquistas… Qué más da con tal de salvar el pellejo, no importa a quién se lleven por delante, y eso es lo que ha pasado con el Mula, ese muchacho que no ha tenido tiempo más que de pasar hambre.

Carmen miraba a su hijo con los ojos abiertos de par en par, incrédula y temerosa. En su cerebro se iban abriendo interrogantes y miedos en un porcentaje parejo.

—¿Me estáis diciendo que cualquier día pueden llamar a esa puerta unos desconocidos y haceros desaparecer para siempre? —preguntó y un escalofrío recorrió su cuerpo.

Los tres hombres asintieron en silencio y ella observó el gesto a través de las sombras parpadeantes que provocaba el rescoldo del hogar. Se llevó una mano a la boca en ese gesto de terror tan suyo y un nudo se formó en sus entrañas.

—Manuel está más seguro, ha luchado en el frente y es más complicado buscar un motivo para acusarle de algo, pero José —. El marido de Carmen calló de repente.

—Madre —relevó José a Marcial—, Luis, el de la taberna, le ha dicho a padre que oyó una conversación en la que se mencionaba mi nombre con insinuaciones sobre mis ideas políticas…

—¡Pero si a ti esas cosas nunca te han interesado! —le interrumpió Carmen con espanto en la mirada.

Marcial se levantó y acercó la silla a la de su mujer, puso una mano en su antebrazo y comprobó que temblaba, cogió aire con fuerza dispuesto a proseguir y cuando José hizo ademán de hablar, lo frenó con un gesto de la mano.

—Mira, mujer, seré claro. Luis y yo nos conocemos de toda la vida, jugábamos juntos cuando no levantábamos un palmo del suelo y desde que se quedó con ese negocio charlamos un día sí y otro también entre chato y chato. No ha querido decirme a quiénes oyó, es lógico, también se preocupa de su propia seguridad y la de su familia. Además, su hermano fue miliciano y eso le aterra, que alguien se entere y pueda él pagar por algo que nunca le ha incumbido. Su hermano murió en la batalla del Ebro y con eso ya tiene bastante castigo, como me ha dicho infinidad de veces en privado.

Se levantó, se echó agua en un cuenco y bebió con avidez. Carmen miraba a sus hijos con expresión indefinida y ellos mantenían los ojos fijos en el fuego, sin decir una palabra.

—Ayer el jodío me llevó a la trastienda con la excusa de que viera una grieta en uno de los muros del almacén y allí me lo dijo. José corre peligro. Me aseguró que los que habían hablado no eran los delatores, había un tercer hijo de perra que se lo había contado a esos dos. Tal vez, incluso, lo hubieran dejado caer allí para que Luis me avisara, en estos tiempos ya no sabes quién es tu amigo y quién el enemigo.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿No se ha sufrido ya suficiente con esta maldita guerra? —sollozó Carmen levantándose a llenar otro cuenco con la jarra. ¿Esperaremos hasta que…

No pudo seguir, las palabras se le hicieron un nudo en la garganta y un profundo llanto arrasó con su entereza. Se apoyó en la mesa con las dos manos y bajó la cara. Inmediatamente los tres hombres la rodearon y la obligaron a sentarse. Manuel se arrodilló junto a sus piernas y le acarició. José se puso por detrás y colocó las manos en sus hombros y su marido, menos afectivo, ahogado en su timidez, se colocó a su lado.

—Tiene que irse, madre.

Las palabras sonaron pesadas, injustas, dolorosas, fueron palabras que quemaron al rozar el aire, que abrasaron en los oídos ajenos, palabras que arrastraban abuso, miseria, impotencia.

José, su pequeño, su niño, tan tímido como el padre, pero igual de bueno que él. José que no había matado una mosca en su vida, que se salvó de la guerra porque no veía bien, José, el que siempre tenía miedo, el que ponía las manos en sus hombros para protegerla; ese muchacho, que era su hijo, sin saber por qué, como producto de la maldad humana, ¿tenía que dejar su hogar? El llanto arreció y entre balbuceos logró hacer la pregunta que rompía su corazón.

—Pero ¿a dónde irá que no esté en peligro?

—Tranquilízate, mujer. Ya lo hemos pensado todo

Carmen hizo un esfuerzo por esconder su fragilidad, su miedo y su dolor. Se secó las lágrimas con la manga del vestido y levantó la cabeza intentando demostrar un valor que no poseía.

—¡Habla, marido!

—Saldrá mañana para Madrid a visitar a su hermana Paola. Eso es lo que tienes que decir a todo el que te pregunte. Pero no con esa cara, tienes que fingir, Carmen, y fingir bien. Estás contenta porque te traerá noticias de tu hija, en ello va su seguridad.

La madre asintió decidida.

—Por eso no te preocupes, lo haré bien.

—Pero él no irá a Madrid, se quedará en las montañas con mi amigo Leandro, el de la leña.

—¿Y nos podemos fiar de él? ¿No nos traicionará si ve las cosas mal?

—Es un tipo de palabra. Además, ya sabes lo que le ocurrió a su familia, no puede ver a los civiles y todo lo que pueda hacer para tocar los cojones lo hará, estoy seguro. Estará allí escondido —continuó— y veremos si aquí hay algún movimiento. Si pasa el tiempo y no aparece nadie, bajará de la montaña como el que regresa de ver a su hermana y ¡Santas Pascuas! En caso contrario, planearemos alternativas.

Su madre asintió recuperando las fuerzas y con la voz más calmada, apretando la mano del hijo que se apoyaba en su hombro, preguntó a su marido.

—No le pasará nada, ¿verdad?

—Sabes que antes me dejaría cortar en pedazos que permitir que le pasara algo a mi hijo.

Carmen asintió.

—Madre —la voz de José rasgó el silencio—, mañana salgo para Madrid a ver a Paola, a darle noticias de su hija, de usted, de toda la familia. Si necesita ayuda, me quedaré allí una temporada, una casa donde no hay un hombre, puede resultar peligrosa.

Ella asintió de nuevo sin pronunciar una palabra, sobrecogida y temerosa.

—Estaré bien —continuó ahora susurrando, como si las paredes pudieran oír—. Nadie conoce como yo estas montañas.

Después apretó los brazos en torno a ella y la besó en la nuca.

Carmen sollozaba en silencio con la inseguridad que da el miedo.

15

La noticia corrió como la pólvora. Las mujeres, los niños, los ancianos y los heridos serían evacuados de los campos y repartidos por zonas de Francia para ser realojados, mientras los hombres quedarían recluidos en los campos de concentración. El gobierno francés alentaba a los soldados a que volvieran a España, prometiendo que era la mejor opción, insinuando que el gobierno del General Franco sería benévolo con su vuelta voluntaria, sobre todo en el caso de aquellos hombres que no tuvieran sobre sus espaldas delitos de sangre.

Por otra parte, vientos de guerra volvían a silbar en los oídos de los refugiados. El régimen nazi de Adolf Hitler amenazaba las fronteras europeas y su terrible maquinaria militar estaba dispuesta para la batalla. La guerra era inminente y cualquier soldado sería bienvenido para luchar por la libertad. Sin embargo, con el hartazgo de la guerra española aun corriendo por las venas, ninguna opción era asequible para aquellos seres vencidos y desvalidos. Francia, por su parte, tenía otras muchas cosas de las que preocuparse, los refugiados no eran más que un problema menor añadido a los suyos.

Sonsoles se enteró por la mañana. Jacinta, una vecina de penurias, se lo contó nada más asomar la cabeza recién levantada.

—¡Nos evacúan, Sonsoles! Al parecer nos sacan de aquí y nos llevaran a casas decentes. Por fin se les ha caído la cara de vergüenza.

—¿En serio? ¿Cómo te has enterado?

Jacinta, sin poder parar de moverse por el nerviosismo y la felicidad, le explicó que estaban llegando camiones y que un soldado le había contado a la Lucrecia, esa que hablaba francés, que eran para evacuar a las mujeres y los niños.

Sonsoles no sabía quién demonios era la tal Lucrecia, pero se le torció la cara cuando comprendió que no todos saldrían de allí.

—¿Y los hombres?

—Ellos se quedarán aquí, al menos por ahora, pero imagino que antes o después los sacarán también ¿no crees?

—Yo no pienso moverme sin mi marido. ¡Ni hablar! —y comenzó a recoger cosas como si estuviera en el salón de su casa. Tenía que moverse, tenían que pensar. Era absurdo lo que escuchaba, no podía ser cierto. Llevaban juntos desde siempre, habían cruzado los montes, pasado miserias, hambre, peligros… no estaba dispuesta a permitir que aquellos extranjeros indeseables lograran lo que una guerra no había conseguido.

—¿Pero qué tontería es esa? Tienes que pensar en tus hijos, ellos no sobrevivirán aquí ni un mes más. Los hombres se las apañan. Y qué piensas, ¿que ellos se quedarían aquí por ti? ¡No seas ignorante!

—Mi Pablo nunca me dejaría sola.

La tal Jacinta se la quedó mirando con cara de lástima, pensando que era una ingenua. Quién, si no ellos, habían llevado a España a aquella situación, quiénes, si no ellos, se habían comportado como gallitos de corral, quién había mirado por sus mujeres y los hijos que dejaban atrás. Ella, desde luego, saldría corriendo con tal de que sus niños comieran, sin pensar en lo que harían, tal y como su marido decidió hacer cuando partió hacia el frente a defender no sé qué demonios de libertades y derechos.

—Ya —fue lo único que contestó.

—Ellos nos han defendido —Sonsoles levantó la cabeza con orgullo.

—Pues no sé a ti, pero a mí me prometió el paraíso a su vuelta, igualdad y no sé qué patrañas más, y mira con qué regalito me he encontrado. Todos iguales en esta mierda de lugar, que un cerdo vive mejor que nosotros. Bueno, tú verás —se dio la vuelta al ver aparecer a Pablo—, yo me iré en cuanto me llamen.

Los dos hombres se acercaban con paso cansino hasta llegar donde Sonsoles los esperaba con la angustia instalada en las entrañas. Jacinta podía decir lo que quisiera, pero ella no estaba dispuesta a separarse de Pablo, no tenía ninguna garantía de ir a un lugar mejor que

en el que estaba y mira que no era difícil. Además, todo el mundo hablaba de una inminente guerra en Europa ¿Y si era verdad? ¿Qué haría ella en un país extranjero, donde no conocía ni el idioma, con tres niños pequeños, en medio de la contienda?

—Ya te has enterado ¿no? —la voz de su esposo interrumpió sus pensamientos.

Le miró desconcertada y asintió. El rostro de los dos hombres era un poema.

—Yo no pienso ir a ningún sitio sin ti —sentenció.

Pablo se acercó a ella, la tomó por la cintura y la mujer supo inmediatamente que lo que estaba a punto de escuchar iba a no le iba a gustar en absoluto.

—No hay otra salida, es una orden que tenemos que acatar. No hay posibilidad de decidir, ninguna. Y en esta ocasión creo que es lo mejor para los niños y para ti, es una oportunidad de sobrevivir.

—No Pablo, no. No hemos llegado hasta aquí para separarnos ahora. Ya bastante desaparecidos hay en nuestra familia, te recuerdo que tenemos más hijos de los que no sabemos nada. ¡Yo no podré soportar otra despedida!

Pablo la dejó llorar, susurrándole promesas al oído, jurando que todos volverían a reunirse algún día, y subrayó el todos.

Y a Sonsoles no le quedó más opción que claudicar.

Antes de abandonar aquel campo de refugiados, que no era más que una playa maloliente, unos médicos y algunos enfermeros se aseguraban de revisar la salud de los que salían. Les miraban la boca, les auscultaban y unas cuantas cosas más en un protocolo que concluía con una inyección en un brazo. Nadie se atrevía a preguntar nada. Las mujeres, los niños y los ancianos guardaban su turno en un silencio entre aliviado y nervioso y los que tenían familiares caminaban a su lado como una comitiva.

—¿Dónde vamos? —preguntó Jesusín después de un rato pegado a la mano de su madre— ¡Quiero ir a jugar!

—Tenemos que salir de aquí para ir a una casa muy chula. Ya verás lo que te va a gustar.

—¿Y papá? ¿Y el tío Manuel? —insistió el niño que veía que ellos no estaban en la fila.

—Vendrán después.

Pablo le oyó y le guiñó un ojo. Después se separaron definitivamente, los hombres se quedaban allí, no podían seguir avanzando. Carmen no quiso mirar atrás.

Siguieron esperando en la larga fila y cuando estaban a punto de llegar al puesto médico, una voz lejanamente conocida, elevándose por encima de los murmullos y del mar, rompió la mañana.

—¿Mamá? ¿Mamá, eres tú?

Sonsoles se detuvo de golpe y perdió el color, no podía creer lo que estaba viendo, no podía mover los pies del suelo, se había quedado paralizada en aquellas palabras que produjeron una catarata de recuerdos y ausencias. El llanto, que con tanto esfuerzo había controlado, se desbordó como una torrentera en día de lluvia. Por fin cayó a la arena de rodillas y se tapó la cara con las manos.

Pablo, que no sabía qué estaba ocurriendo, al ver desvanecerse a su mujer, intentó llegar hasta ella, pero los soldados se lo impidieron. Ya iba a liarse a puñetazos cuando Manuel lo contuvo.

—¿Qué quieres? ¿Qué te metan un tiro entre ceja y ceja? Espera un segundo, ella es fuerte, lo superará y seguirá como todas las demás.

—Algo ha pasado, lo sé. Ha sido de repente, de repente ha caído al suelo.

—Mira ya se acerca el enfermero.

Un joven moreno, apuesto, con un bigotito muy a lo actor americano y una bata resplandecientemente blanca que destacaba en aquella orquesta de ocres desgastados y descoloridos, se acercó a grandes zancadas.

Pablo y Manuel se quedaron de piedra cuando aquel hombre abrazó con fuerza a Sonsoles y la puso de pie, mientras ella le besaba y le acariciaba la cara. Después saludó a sus otros hijos, dijeron algunas palabras y el muchacho se giró hacia ellos. Pablo se quedó sin respiración.

—Hijo —fue la única palabra que salió de sus labios y sus ojos se humedecieron de felicidad.

Después todo ocurrió muy deprisa. El desconocido se acercó al médico y habló con él para

instantes después sacar a su madre de la larga fila y sentarla en la zona médica junto a sus tres hermanos. Se dio la vuelta y buscó a su padre ante las miradas atónitas de los que seguían la historia sin comprender nada, sintiendo crecer la envidia por aquel trato de favor.

—¿Ese es tu hijo? —preguntó Manuel por fin, perplejo.

Pablo asintió aún conmocionado. Es mi hijo Agustín, uno de los mayores, pero no sé qué coño hace aquí.

—¿Es médico o enfermero?

Pablo le miró con intensidad y después, por el rabillo del ojo supo que había muchos oídos pendientes de su respuesta.

—Sí —mintió.

Manuel asintió comprensivo.

Agustín abrazó con fuerza a su padre que, paralizado, no era capaz de entender qué demonios pintaba su hijo entre los médicos franceses, aunque era evidente que aquel no era el lugar adecuado para hacer preguntas.

—Padre…

—Agustín yo…

—Ahora no, ya hablaremos más tarde —le cortó el joven con autoridad. Se dirigió a los soldados en francés y les dijo algo que no entendieron. Instantes después sacó a su padre de entre los hombres que, apiñados, intentaban enterarse de qué pasaba, como había hecho con su madre.

—¡Espera, hijo! —le susurró frenando su salida—. No puedo irme sin él.

Agustín se dio la vuelta extrañado y se fijó en el hombre que su padre señalaba, al que aún sujetaba por la manga, pero no fue capaz de reconocerlo.

—Sin él, posiblemente no estaríamos aquí. Es un miliciano y ha hecho mucho por la familia, ha cargado con tu hermano pequeño, nos ha dado de comer, nos ha defendido…

Agustín tiró de su padre para separarlo de todos los oídos indiscretos y Pablo tuvo que soltar el capote de su amigo.

—No sé si voy a poder sacaros a todos —musitó pensativo.

—No sería justo abandonarlo ahora, nunca me lo perdonaría. ¿Qué tipo de hombre haría algo así? En los peores momentos ha sido casi como un hermano para mí. Si no puedes liberarle, me quedaré con él.

—¡Eso es una insensatez, padre! Donde van no es mucho mejor que de dónde vienen ¿Y madre? Acaso no piensa en ella.

—Sé que estará de acuerdo conmigo, la conozco muy bien. Comprendo que no es el mejor momento para hablar, pero los dos o ninguno.

Agustín suspiró, se dio la vuelta y volvió a dirigirse a los soldados en francés. Sus palabras no fueron muy bien acogidas por aquellos hombres malcarados y uno de ellos con un tono de voz poco conciliador y muchos gestos al aire contestó negando con la cabeza. La conversación continuaba cuando desde el puesto médico fue requerido por su superior. Se volvió y salió corriendo, y allí se repitieron los gestos señalando hacia donde había dejado a su padre. Frente a él, un cuarentón de pelo increíblemente rubio se tocaba la barbilla. Por fin, se acercaron los dos a Pablo.

Mientras tanto, los hombres que rodeaban a Manuel empezaron a impacientarse. No entendían aquel trato especial y para poner palabras a sus sentimientos se oyó la voz de Eusebio que olió el momento de la venganza y, levantando un puño, arengó a sus compañeros.

—¡No sé qué culo habrán chupado, pero esos hijos de puta se van a ir con las mujeres!

La masa empezó a moverse como una marea.

—El de la bata es alguien de su familia. Hablaban en español —gritó uno.

—¡Que se jodan como todos los demás! —gritó otro.

Los soldados perdieron el interés en Agustín y empujaron con fuerza a los refugiados que empezaban a soliviantarse instigados por las palabras de Eusebio que no paraba de gritar y que moviéndose lentamente se puso a la altura de Manuel.

—Qui est ton oncle? —preguntó el médico con cara de pocos amigos.

—Celui-là

Pensando que los ánimos se estaban calentando demasiado y decidido a acabar con el problema, el médico se dirigió a los soldados con autoridad y, señalando a Manuel, le hizo un gesto para que se acercara. El miliciano, que cada vez estaba más presionado por sus compañeros, empezó a separarse del grupo entre empujones e insultos, cuando de repente notó una mano que le sujetaba fuertemente del brazo. Se dio la vuelta, incómodo, para saber quién le frenaba y tuvo el tiempo justo para desviar la cabeza de forma refleja y evitar que un objeto punzante, no habría sido capaz de decir de qué se trataba, se clavara en su garganta. Eusebio aún le sujetaba cuando recuperó el equilibrio. Sus ojos, emponzoñados de malicia le observaban sin comprender cómo había fallado.

—¡Hijo de la gran puta! ¡Cobarde! —le gritó Manuel y con todas sus fuerzas, su rabia, su ira, empujado por las noches sin sueño, por los compañeros muertos y por todo su dolor, le propinó un puñetazo de tal magnitud que los huesos al romperse crujieron acallando a todos los que los rodeaban. Se hizo el silencio. Eusebio se sujetaba la cara con las manos por las que chorreaba la sangre, sin poder decir ni una palabra, el punzón en el suelo abandonado— ¡Ojalá te pudras allá donde vayas!

El miliciano se giró y se abrió paso, esta vez sin demasiados problemas. En un instante, dando grandes zancadas, se sumó al grupo que ya se alejaban hacia el puesto médico sin esperar.

—No tenías que haberlo hecho, me las hubiera apañado —le susurró a Pablo—. Ha sido peligroso.

—¿Me hablas tú de peligros? Ya he visto las intenciones de Eusebio, eso sí, le has dejado la cara como un mapa —Y sonrió—. A los amigos hay que cuidarlos.

—Ya me explicarás todo este lío —susurró.

—Espera que primero me entere yo, por el momento nos mantendremos callados, es lo más prudente.

Manuel asintió. Ya habían llegado junto a Sonsoles que abrazó con fuerza a su marido, abrazo al que se unieron los niños. Unos soldados muy jóvenes y sonrientes les condujeron a una tienda que estaba tras los vehículos donde se iban acomodando mujeres y niños, les ofrecieron un asiento, agua y algo de comer. Momentos después llegó Agustín, saludó a todos y habló en voz muy baja.

—He dicho a Pierre que él —y señaló a Manuel— es mi tío, aunque no creo que se lo haya creído. De cualquier manera y hasta que os explique todo este jaleo, mantened la boca cerrada. Ahora os van a llevar a mi casa, esperadme allí, no os mováis ni salgáis a la calle y cuidado con los pequeños. Hay comida, podéis asearos y descansar. Sobre las siete regresaré y podremos ponernos al día.

Besó a su madre con cariño y guiñó un ojo a sus hermanos.

—Cuida de todos, padre —dijo mientras salía.

—No sé qué coño pensará que llevamos haciendo desde que salimos de España —murmuró para sí mientras veía cómo se alejaba ese hijo que de repente se había convertido en médico. Tampoco quería pensarlo demasiado, el destino aquella vez se sentía benevolente, se ponía de su parte y, al parecer, un nuevo horizonte más humano se estaba abriendo para todos.

16

Amaneció un día turbio, plomizo, un día otoñal con regusto a invierno prematuro. El viento levantaba la arena de las calles y despeinaba y enloquecía las faldas que no sabían si pegarse a las piernas o huir despavoridas.

Paola cargaba con su imagen de la Virgen avanzando con dificultad contra ese viento empeñado en frenar su camino. Había dejado a Carmencita en casa, con las vecinas, cuidando del pequeño Adrián que estaba tosiendo demasiado. La cría había tomado la noticia con una mal disimulada alegría y era comprensible, al fin y al cabo, no era más que una niña con obligaciones de adulto para la que un día sin deambular por las calles, sin pasar frío, sin tener miedo, era un regalo.

Nuevamente tocaba dirigirse a la casa de los señores de Palomeras del Viso. En realidad, ella sólo conocía a la señora, al marido nunca lo había visto, y a esa desagradable criada que la miraba como si fuera un despojo al que repudiar.

El portero estaba como siempre sentado en su cuartucho. Levantó la vista, la miró un segundo y la volvió a posar en aquello en lo que estuviera entretenido. Estaba acostumbrado a las visitas de Paola, no tenía que indicarle nada porque ella ya sabía dónde estaba la escalera de servicio, así que ni se dignó saludar. Últimamente parecía que se hubiera hecho invisible a los ojos de la mayoría de las personas, era solo una pordiosera más entre una maraña humana inmaterial que no contaba para los que tenían algo, aunque fuera poco. Subió las escaleras con esfuerzo y llamó al timbre.

Una muchacha joven, vestida impecablemente con cofia y delantal abrió la puerta. Durante un instante la miró extrañada, pero inmediatamente esbozó una sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Traigo a la señora la imagen de la Virgen.

—¡Oh! Sí, es cierto que me lo dijo, se me había olvidado. Adelante.

Y cerrando la puerta comenzó a caminar con Paola siguiendo sus pasos por aquel corredor conocido. Desembocaron en la cocina, dejó la imagen sobre la gran mesa y esperó a que la nueva criada avisara a la señora.

Mientras esperaba, como en cada visita, hacía un recuento de todos los manjares que había sobre la mesa. Verduras, fruta, una frasca de leche, paquetes probablemente procedentes de una carnicería… estaba tan concentrada en aspirar el aroma de los alimentos que no oyó entrar a la nueva cocinera.

—Buenos días nos dé Dios

Paola dio un respingo y se volvió. Sus ojos se cruzaron con una mujer rolliza, con las mejillas muy coloradas que se secaba las manos en un mandil blanco lleno de manchas.

—Perdone que la haya asustado —continuó mientras sonreía dejando ver unos dientes descolocados y amarillentos.

—No se preocupe, es que no esperaba encontrarme con nadie en la cocina —respondió Paola ya repuesta.

—Todos vamos volviendo de nuevo.

En el fondo Paola se alegraba de no haberse topado con la estirada doncella que investigaba si la señora del Viso le regalaba algo o no, siempre tan desagradable, siempre tan superior. Al parecer el servicio de la casa se iba recomponiendo con aquellos que habían sobrevivido y nuevas contrataciones por los que no lo habían conseguido. Instantes después, la joven que le había abierto la puerta regresó y le pidió que le acompañara al salón, doña María estaba esperando su visita.

—Buenos días Paola, adelante, deja la imagen en la mesa y ven a sentarte un momento a mi lado —y señaló un bonito sofá de brocado rojo.

Paola se quedó petrificada. Sentarse en aquel maravilloso sofá con sus ropas desgastadas y sucias le parecía un sacrilegio, por lo que optó por permanecer de pie. María seguía manteniendo esa palidez y esa melancólica mirada que le hacían parecer tan desvalida. La miró con extrañeza y la mujer sonrió con dulzura.

—No creo que sea una buena idea, señora. Podría manchar esa tela tan bonita y seguramente tan cara.

María volvió a sonreír y le indicó con un poco más de firmeza que se sentara, por lo que no tuvo más remedio que acercarse al sofá y sentarse, eso sí, tan en el borde, que casi perdió el equilibrio y a punto estuvo de caerse.

—La verdad es que no tengo muchas oportunidades de hablar con nadie. A mi marido no le gusta que salga de casa sin él, dice que la situación aún es peligrosa, que todavía tardará un tiempo hasta que se estabilicen las cosas, y yo, mientras tanto, muero de aburrimiento. Así que, aunque le parezca estúpido, espero su llegada cada semana con ilusión.

—Supongo que rezar a la imagen de la Virgen le consuela —trató de ser prudente.

—No me entiende. Rezar consuela mi espíritu, hablar con usted me reconforta y me saca durante un rato de la monotonía de mi existencia. Si al menos Dios, en su infinita Gloria, me concediera el don de la maternidad. Los días con un bebé a mi cargo, con una criatura en la que volcar todo mi amor serían diferentes, nada podría hacerme tan feliz. Pero… —Se interrumpió de repente, como si se hubiera olvidado de algo, volvió a sonreír dulcemente y cambió radicalmente de tema—. Y dígame ¿cómo están sus hijos? ¿Les gustó el último paquete que se llevó?

Paola pensó en lo absurda que era la vida. Mientras contaba mil y una banalidades de sus hijos, comprendía la irrealidad en la que estaba inmersa aquella mujer de piel pálida y ojos tristes. No podía imaginarse una casa sin cortinas, sin ropa de cama y mesa, ni unos niños llorosos que piden comida, ni ropas ajadas recogidas de cualquier sitio, usadas por Dios sabe quién. En su universo de muñecas, su vida se circunscribía a aquellas paredes y a lo que su mente quisiera imaginar. Ella oyó hablar de la guerra, pero no la sufrió, oyó de malos y buenos, pero estaba entre los buenos, oyó lo que quisieron contarle y con eso le era suficiente. Y desde luego Paola no iba a perder el tiempo ni a meterse en problemas por enseñarle la cruda y oscura realidad que estaba a las puertas de su casa.

—No se desespere con lo del bebé, a veces hace falta tiempo. Si una vez estuvo embarazada, podrá conseguirlo de nuevo, pero no se obsesione. Mi madre siempre contaba lo que le ocurrió a una vecina del pueblo que sólo pensaba en ser madre, pero que al cabo de cinco años de matrimonio no había conseguido quedar en cinta. Por eso estaba muy alterada y siempre triste. Así que un día su marido, harto de la ofuscación de su mujer, le abrió los ojos, estaba aburrido de aquel tema, de hablar siempre de lo mismo, de la tristeza que ahogaba a todas horas aquel hogar. Ya no quería hijos, sólo deseaba recuperar a su mujer, a la persona con la que se había casado, eso le bastaba para ser feliz. La mujer pensó que el marido tenía razón y decidió que como Dios no le daba hijos, volcaría todo su amor en él. Apenas dos meses después estaba embarazada. El destino es caprichoso, créame.

—¿En serio?

—Sí, en serio. El ansia no es buena compañera. Relájese señora, deje pasar la vida y todo volverá a su lugar.

Aquel día la señora del Viso le preparó una gran cantidad de comida. Hasta unos trozos de carne le dio, unos manjares de los que no disfrutaban hacía años. Había esperado pacientemente en la cocina mientras ella rezaba con fervor a la virgen y había salido de aquella casa con un sabor agridulce. Por un lado, sujetaba con fuerza su paquete con la comida dentro y sentía un enorme agradecimiento, por otro, una señal de alarma rugía en sus entrañas, aquella era la mujer de un personaje importante y la gente influyente era muy voluble. Habría de ser cuidadosa, se recordó.

Al llegar a su casa preparó un puchero que olía a pasado, a otros tiempos. Se sentó en la cocina y echó de menos a Adrián, pero sólo un momento. Carmencita le cantaba una canción a su hermano, una melodía que también olía a pasado *una, dola, tela, catola, quila, quilete, estaba la reina, en su gabinete, vino Gil, apagó el candil, candil candilón, cuenta las veinte que las veinte sooonnn.* La risa de Adrián despejó las tristezas, su hermana le hacía cosquillas. Llegó Pili, tras ella Petra.

—¡Qué bien huele! ¿La señora de la Virgen? —Petra ya tomaba asiento en la cocina, al lado de su amiga.

—Ella misma. Hoy hasta carne me dio.

—Dios la bendiga —Pili tomó asiento en el otro lado.

—A ella no sé, pero a nosotros nos está haciendo un favor. En el fondo me da pena —Se levantó y removió el guiso.

—¿Pena? —Pili la miró desconcertada— ¿Te recuerdo cómo vive esa señora?

—Pues si la conocieras… es difícil ver unos ojos tan tristes.

—Déjate de monsergas, una niña caprichosa es lo que es. ¿Que no puede tener un hijo? Pues mala suerte, que borde, que cante o que baile, ella puede hacer lo que le dé la gana, peor es perderlo o verlo llorar de hambre. Lo que me faltaba, que sintieras lástima por esa señoritinga. Ella que siga rezando y que nos dé un paquetito cada vez que vas. El día menos pensado le gusta otra cosa y si te he visto no me acuerdo. Estas ricas son así, no te confíes. Hoy eres su bufón y mañana caerás en desgracia, así que aprovechemos las donaciones mientras podamos y comamos por su salud.

—¡Qué bruta eres a veces, Pili! —sonrió su vecina.

—Vamos a poner la mesa que creo que eso ya está a punto. ¡Carmencita! ¡A comer! Y trae al niño. Que le da pena... —se fue murmurando Pili mientras salía al patio a por un poco de madera—. Ya me gustaría verla pasando frío y penalidades, a ver si no tener un hijo era el mayor de sus problemas.

Paola miró a su amiga que rezongaba en el patio y sonrió, en el fondo sabía que tenía razón, pero la señora del Viso le transmitía una melancolía y una tristeza reales. No vivía en su mundo, pero imaginó que cada cual tenía sus pesares.

17

El autobús en el que montaron a toda la familia paró frente a una casita baja que tenía un jardín delantero y estaba rodeada por una verja que pedía a gritos una mano de pintura. Paredes desconchadas y sucias, ventanas de madera desportilladas y manchas de humedad que se dejaban ver por las zonas que tocaban el suelo, componían el paisaje. El conductor les dio a entender que tenían que bajarse allí y ellos obedecieron, cruzaron la verja que chirrió con descaro y Manuel pudo observar el rostro de una mujer que, tras las cortinas de la casa de al lado, no les quitaba ojo y fruncía el ceño con un poco disimulado disgusto.

Caminaban agrupados en una extraña formación, un tanto asustados después de los meses de cautiverio, los niños pegados a la madre y los hombres a la cabeza. Pablo abrió con la llave que su hijo le había dado y entraron en un confortable recibidor que les saludó con un caldeado ambiente. Apenas si se atrevían a moverse, se sentaron en la cocina y se pusieron a esperar no sabían qué. Por fin Pablo rompió el silencio.

—El chico ha dicho que podemos asearnos y comer.

Todos le miraron sorprendidos, era como profanar algo que no era suyo.

—Pero ¿vamos a revolver las cosas en esta casa que no es nuestra? No sabemos quién vive aquí o si el *niño* vive solo —. Sonsoles miraba para todos lados y no se atrevía a levantarse siquiera. Hacía tanto tiempo que no estaba bajo un techo, que se le hacía extraño tanto confort, una parte de su dignidad había quedado enterrada entre la arena de aquella miserable playa que había sido su hogar.

Pablo se levantó con decisión y empezó a abrir cajones y alacenas. Sacó leche, galletas, verduras, algo de carne… iba apilando en absoluto desorden todo sobre la mesa mientras los demás le miraban hacer desconcertados. Aquellos manjares se les antojaban tan inalcanzables que aun estando delante de sus ojos, les parecían irreales y estaban seguros de que desaparecerían en cuanto volviesen la mirada. Por fin se detuvo y se giró hacia su mujer que mantenía la vista anclada en la comida.

—Y ahora cariño vas a hacer un guiso de los que tú sabes ¿o es que ya olvidaste cocinar? — le guiñó un ojo y salió de la cocina.

Poco a poco la tensión se fue disipando y para cuando llegó Agustín todos habían pasado por el agua dulce y se habían frotado bien con jabón. Jesusín había llorado por la contundencia del estropajo que le había dejado la piel enrojecida pero limpia. Nunca hubieran imaginado semejante placer en un poco de agua. También habían comido y en la casa aún flotaba el aroma del guiso del que habían guardado un plato para el hijo que todavía quedaba por llegar.

Cuando el muchacho llamó a la puerta sufrieron un sobresalto, todos menos los niños que, rendidos de tantas emociones, con la tripa repleta y arropados del calor que emanaba de la cocina de carbón, estaban dormidos. Fue Pablo el que se levantó y se asomó por la ventana.

—¿Quién va? —levantó ligeramente la voz tras la puerta, por la ventana no se distinguía más que una silueta.

—Soy yo, Agustín. Abre la puerta, padre.

Pablo abrió no sin cierto resquemor, pero ahí estaba su hijo que aún no se había quitado la bata. Entró con rapidez y cerró tras él.

—Hola a todos —saludó—. ¿Los pequeños?

—Duermen —Sonsoles se levantó y le abrazó con una precipitación mal contenida.

—Aquí huele de maravilla —sonrió a su madre separándose con dulzura de sus brazos— espero que algo haya quedado para mí.

La mujer cerró los ojos con melancolía, esas palabras removieron en su alma ecos de tiempos pasados. Volvió a abrirlos y una lágrima solitaria se derramó por su mejilla. Le tomó del brazo y lo acompañó a la cocina, a donde se dirigieron todos en una comitiva silenciosa.

Agustín comió con gusto, tomó un vasito de vino y se levantó a preparar café. Puso cuatro tazas sobre la mesa y del comedor trajo un paquete de cigarrillos. Hasta aquel momento habían hablado de naderías, pero el aroma de la infusión y el humo del tabaco invitaron a

las confidencias.
—¿Se sabe algo de los demás? —preguntó mirando a su padre
Pablo negó con pesar.
—Salimos huyendo con todo lo que fuimos capaces de acarrear. Robé lo que pude del cuartel y me llevé un tiro de regalo, pero conseguimos llegar a la frontera, como ya te comenté en el campo, Manuel tiene también mucho que ver con nuestra supervivencia.
El miliciano fumaba con los ojos semicerrados sin abrir la boca. Miró a Agustín y sonrió.
—Exagera —dijo.
—No le hagas caso —continuó Pablo—, en la playa yo no sé qué hubiera sido de nosotros sin él, saltó muchas veces las vallas corriendo un gran peligro.
—Estáis famélicos todos, sobre todo madre, se le notan los huesos —exhaló el humo.
—Llevó a cuestas a Jesusín por las montañas —retomó la conversación de nuevo—. Hubo momentos en los que la nieve nos llegaba por encima de los tobillos, los pequeños apenas podían caminar, ha sido uno más de la familia y espero que entiendas que no podía dejarle allí a su suerte. Imagino que viste cómo trató de agredirle Eusebio…
—No te preocupes padre, ya está hecho. Aunque nadie se ha creído que fuera mi tío han hecho la vista gorda. No abundan enfermeros que quieran meterse en los campos con los refugiados.
—¿Enfermeros? ¿Y desde cuando tú eres enfermero? —Sonsoles no daba crédito.
—Pues desde que preguntaron que quién lo era y me apunté.
—¡Pero si tú no sabes nada de medicina!¡Si llorabas nada más ver al médico!
—Es una larga historia, una historia de la que quizás no os sintáis demasiado orgullosos, pero no deja de ser lo que me salvó la vida —Agustín tenía la mirada perdida en algún lugar de su memoria que se escurría más allá del vidrio de una de las ventanas.
—Me da igual lo que hayas hecho si ha servido para tenerte de nuevo a mi lado —se levantó de su silla, rodeó la mesa y fue a abrazar nuevamente a su hijo—. No tengo noticias ni de Paco ni de las chicas, así que me importa un bledo por dónde hayas tenido que saltar.
Pablo observaba a su hijo con los ojos entornados y de vez en cuando cruzaba una mirada cómplice con Manuel.
—¿Estuviste en el frente? —esta vez se dirigía al miliciano que en todo momento se había mantenido en un segundo plano.
—Así es. Luché defendiendo la República, el único gobierno legítimo.
Agustín asintió con cierta desgana.
—Quizá sea mejor que deje la historia para otro momento.
Era patente que el muchacho sentía cierta desconfianza ante aquel desconocido que acababa de pronunciar una consigna por él traicionada.
—No te preocupes, sé lo que puede parecer —por fin se pronunció el miliciano—, pero yo también salí huyendo como las ratas de un barco que se hunde. No creo que tu historia y la mía difieran tanto. Y aunque así fuera, no soy nadie para juzgar a quién, como yo, decidió salvar el pellejo.
Agustín se mordió ligeramente el labio mientras reflexionaba, mientras volvía a las ráfagas de metralleta, a las bombas, a los compañeros muertos, a los gritos, a esos recuerdos imborrables, dolorosos, desgarradores que muchas noches le despertaban.
—Me enviaron al frente del Ebro —comenzó el hijo de Pablo—. Aquello fue una sangría. Al principio la fuerza y la moral estaba de nuestro lado y parecía que contendríamos a esos demonios franquistas. Pero tras meses de resistir, todo se vino abajo. Nuestros mandos insistían en mantener posiciones en ese maldito río para demostrar a toda Europa la fuerza de la República. Supongo que, si no eres tú, ni tu hijo, ni tu hermano, ni tu padre quién está soportando bombardeos, fuegos de ametralladoras, minas, muerte y destrucción por doquier, es fácil hablar de mantener posiciones. Pero había que estar allí.
Se levantó con los ojos brillantes, imposible saber si de tristeza, de miedo o rabia. Llenó un vaso con agua y lo bebió de un trago, después encendió otro cigarrillo. Manuel pensó que apenas era un niño grande convertido en adulto a la fuerza.
Vi morir a compañeros, los oí llorar por las noches, orinarse de miedo. Yo mismo lloré y me pregunté infinidad de veces qué se me había perdido a mí en aquella guerra. Aún no había tenido tiempo ni de tener una novia que me recordase. Y me acordaba de mi madre y de

mis hermanos y de mi padre, y quería creer que lo que hacía era para ellos, por ellos, para conseguir una vida mejor. En los pocos momentos que callaban las armas me preguntaba qué mal me habían hecho aquellos a los que disparaba sin piedad y que les había hecho yo para que respondieran de la misma manera. No cesaban las palabras para las novias, para los padres, para los amigos que pasaban de boca en boca, de muerto en muerto. Que sepan que fui valiente, que los recuerdo, que están en mi corazón, imágenes que aún me asaltan por las noches y hacen añicos mi sueño.

Sé que era a finales de octubre, no recuerdo el día porque allí todos eran iguales. Fuimos bombardeados ferozmente al amanecer y después vino el infierno. Ya no era importante mirar al cielo, allí la lucha era otra. Estábamos apostados en una serranía que llamaban de Cavalls y no pudimos contener el avance del general Yagüe. Aquello fue una matanza. No éramos capaces de mantener la posición y cuando vi que todo estaba perdido corrí, sujeté con fuerza el arma y traté de alejarme de allí, de salvar la vida, es lo único que se me ocurrió hacer, correr todo lo deprisa que podía para esconderme entre los árboles y salir de aquel horror. Las balas silbaban perdidas, jugándose al azar la vida y la muerte, las bombas ensordecían el atardecer, los gritos, las órdenes, los lamentos, todo se mezclaba en un amasijo interminable de espanto.

Cuando creía que el corazón se me escaparía por cualquier resquicio de la piel, paraba unos segundos a coger resuello y seguía mi alocada carrera no sabía hacia dónde. Otros corrían también, veía sus figuras entre los árboles, pero no podía acertar a comprender si eran perseguidos o perseguidores. En mi carrera tropecé con algo que no supe identificar, ya había anochecido, y caí. Me hice mucho daño en el tobillo y supe que hasta allí había llegado mi aventura porque no podía seguir corriendo. Cojeé hasta el obstáculo que se había interpuesto en mi camino y vi que era un soldado de las tropas rebeldes. Estaba muerto. Me senté a su lado con la espalda contra un pino y le miré, no podía apartar los ojos de su rostro, parecía simplemente feliz. Tenía un disparo en la cabeza, pero hubiera jurado que estaba dormido. Entonces vi asomar de su chaqueta un paquete de cigarrillos, los cogí, encendí uno sin preocuparme de ser descubierto y me dispuse a esperar mi suerte. Incluso le hablé al cadáver y le felicité porque me había cazado como a un conejo aún después de muerto. Estaba agotado, desquiciado, resignado, harto de matar y de ver morir y he de reconocer que en el fondo era una liberación acabar con todo aquello, viajar al mundo en el que se encontraba aquel joven soldado que tan en paz parecía.

No sé cuánto tiempo estuve allí, ni entiendo por qué nadie de todas las sombras que se movían por entre los árboles acabó donde yo estaba, pero lo cierto es que estuve solo con mis pensamientos y con aquel cadáver hasta que cayó definitivamente la noche. Todo parecía perdido, estaba exhausto, me había rendido completamente y, sin embargo, el sentido de la supervivencia, aún más fuerte que la desesperación, acabó llenando mi mente de posibilidades. Miré nuevamente a mi mudo acompañante, era aproximadamente de mi complexión, de mi estatura, incluso de mi misma edad. Una idea absurda se fue forjando dentro de mí, una idea que poco a poco fue tomando forma, fue moldeándose y, sin nada mejor que hacer, decidí ponerla en práctica. Me desnudé, cambié mis ropas por las del cadáver y me convertí de repente en un soldado franquista.

En el fondo sé que puse mi vida en manos del azar, cualquier compañero podría darme un tiro pensando que pertenecía al otro bando, o quizás podrían reconocer al soldado muerto y darme un tiro por traidor. Pero ya estaba hecho. Me levanté con esfuerzo y, escondiéndome entre la maleza, emprendí cojeando el camino contrario al que había traído. El bosque estaba ahogado de ruidos, de quejidos, de soldados que corrían. Empecé a calibrar que había sido una estupidez lo que había hecho y paralizado de terror decidí esconderme hasta que llegaran mis *nuevos* compañeros. Sé que fue una cobardía, pero no me arrepiento de lo que hice, prefiero ser un cobarde vivo que un valiente muerto —se justificó.

—Cerca de un riachuelo encontré una oquedad llena de zarzas —continuó su relato ante el silencio de los demás—. Era el lugar idóneo. Me arañé las manos, la cara, cualquier trocito de piel que no cubría una tela se llenó de sangre, pero era un lugar seguro y allí pasé la noche.

No dormí ni un instante, el retumbar de las armas, las carreras, los gritos, y, sobre todo, el

miedo a ser descubierto hizo de aquellas horas las más largas y dolorosas de mi vida. La conciencia también me pesaba, la traición y la cobardía me hicieron llorar, pero la vida, mi vida, era lo más importante.
Tocaba con las manos el tabaco que aún estaba en el bolsillo de la chaqueta, lo acariciaba y sentía verdadera necesidad de fumar, pero lo deseché por el miedo a que alguien viera la llama. Por fin comenzó a amanecer. Poco a poco y sin que me diera cuenta, los sonidos de la muerte habían desaparecido y sólo se oía el pasar del viento entre las hojas.
Saqué del otro bolsillo la cartera del soldado muerto y la inspeccioné, decidí dejar a un lado las emociones, porque sólo me llevarían a cometer errores. Olvidé, me esforcé en olvidar.
Se llamaba Antonio, Antonio Ragel, era de León, de mi misma edad y llevaba la foto de los que debían de ser sus padres y otra de una muchacha que presumí que era su novia. Tenía una cara redonda, los ojos claros y dulzura en el gesto. Poner cara a su mundo no me hizo ningún bien, es más, me llenó de tristeza y volví a pensar que era absurdo lo que estaba ocurriendo, en qué momento y por qué razones nos matábamos los unos a los otros.
Aquella cartera quemaba en mis manos, terminé de examinarla, la cerré y me acurruqué en el suelo lleno de pesar. Pensaba en ustedes, en mi familia, en si alguna vez volvería a verlos.
Andaba ahogado en mis tribulaciones y miserias cuando oí ruidos, alguien se acercaba, mejor dicho, varios hombres se acercaban con recelo, hablando en susurros. Sentía el ruido de sus botas. Por sus palabras supe que eran del bando rebelde, buscaban prisioneros, heridos o botín. Era mi oportunidad, respiré hondo y recé porque nadie me reconociera.
Para no tener que volver con los compañeros del soldado fallecido, con el cuchillo de campo me hice una herida profunda en el tobillo que tenía ya maltrecho, tuve que morder la pardusca tela de la manga para no gritar de dolor, lancé el arma al fondo de la cueva y arañándome de nuevo salí a la luz del amanecer. No quería volver al regimiento de aquel a quien había usurpado la identidad, hubiera sido un suicidio.
Sangraba con abundancia y cuando me topé con el primer soldado me tiré al suelo. Debía de tener un aspecto horroroso entre los arañazos y la sangre que no se sabía de dónde venía. El soldado se acercó con cautela, apuntándome con su arma y al ver mi uniforme, me pidió la documentación, se la di y pareció satisfecho. Me ayudó a levantarme y me llevó a un claro.
—Estamos haciendo la ronda, prisioneros o heridos, por los muertos poco se puede hacer. Esos malditos rojos han huido por todas partes. ¡Endiablados cobardes, hijos de puta!
Yo no tenía fuerzas para abrir la boca, estaba espantado, el miedo me paralizaba y empezaba a pensar que hubiera sido mejor haberme abandonado a la suerte en aquel bosque que meterme en la boca de un lobo que podría devorarme con mucho más dolor.
Antes de que me diera cuenta, habían llegado más soldados y entre un par de ellos me llevaban hacia no sabía dónde. Me desmayé. Tal vez de miedo, quizás de agotamiento o pudo ser que se me fuera la mano con el corte, porque iba dejando un importante surco de sangre. Cuando abrí los ojos estaba en un hospital de campaña, me habían lavado, vendado el pie y dejado en una camilla, a mi alrededor heridos de verdad, sangrantes, moribundos, asustados y, pululando por todas partes, médicos y enfermeros rebozados en sangre.
Estuve algunos días en aquel simulacro de hospital, por lo que pude entender, el corte no tenía buena pinta, se me había hinchado mucho el pie y tenía algo mal en el hueso que no acerté a comprender. Recibí buenos cuidados, al parecer la infección no se propagó como temía el médico que me atendía y mejoré muchísimo. Empecé a caminar poco a poco y cuando parecía inevitable la vuelta a mi regimiento, supe que era momento de desertar por segunda vez. Nadie se preocupaba de los heridos más allá de los equipos sanitarios, así que me fue fácil durante la noche escabullirme y ganar de nuevo el bosque, ya nadie me perseguiría porque me había convertido en nadie. Bastante tenían aquellos soldados sabiéndose vencedores como para echar en falta al cojo silencioso, quise pensar que supondrían que había recibido el alta.
Corrí por aquellas montañas tanto como pude, temiendo a cada instante volver a hacerme daño o encontrarme con quien no debía. Me deshice de la ropa en cuanto pude, en la primera casona derruida con la que me topé. No quedaba nadie allí, supongo que habrían huido ante la inminencia del combate, estaba todo patas arriba, saqueado y lo que fue la cocina había estallado por los aires, probablemente debido a una bomba. Subí unas

estrechísimas escaleras y accedí a un piso en el que la mitad del tejado también había desaparecido, pero en una alcoba había ropa por el suelo, lo que cualquier otro soldado había rechazado, supuse. Me desnudé y me puse las prendas que vi en mejor estado, pero aun así no dejaba de parecer un vagabundo, pasé la noche a cobijo y al amanecer me puse en marcha otra vez con más hambre y frío del que había sentido en mi vida

Recorrí los caminos más secundarios, caminos de carreteros, de montaña, hasta unirme a la comitiva de exiliados que se dirigían a este país. La travesía fue muy dura, la tristeza, la soledad, el hambre, el frío, todo eso es imposible de describir. No obstante, lo peor era no saber de los míos, de ustedes, de mis hermanos, dudar de si volveríamos a vernos.

Crucé la frontera y terminé en una playa que era una cárcel maloliente y llena de infecciones donde la vida no valía nada.

Manuel y Pablo cruzaron sus miradas en un mudo asentimiento.

No llevaba ni dos días en aquel lugar inmundo cuando se presentaron unos soldados que hablaban español preguntando si había entre los prisioneros personal sanitario. Yo estaba asustado, convencido de que no saldría de allí vivo, por lo que sin pensármelo dos veces di un paso al frente con otro compañero que se presentó como médico. Para que mi embuste no se descubriera con facilidad, dije que estaba estudiando para enfermero cuando estalló la guerra. Era suficiente. Nos sacaron a los dos de aquel campo y nos acomodaron en una pequeña casa. Al parecer esperaban la llegada masiva de exiliados y era una forma de contención de enfermedades, si había que infectarse que lo hiciéramos nosotros.

Marcelo, el médico, él sí que lo era, se dio cuenta a los dos minutos de que no tenía ni idea de nada.

—¿Dónde estudiaste? —me preguntó entrecerrando los ojos.

No sabía qué responder.

—En una universidad —acerté a decir.

Y el doctor sonrió.

—No tienes ni idea, ¿verdad? ¿A qué te dedicabas, muchacho?

Era absurdo mantener el engaño. Si Marcelo no había tardado ni dos minutos en pillarme, los franceses me devolverían a la playa apaleado.

—Aprendiz mecánico —respondí avergonzado.

Marcelo asintió varias veces.

—Pues si no quieres que estos gabachos te fusilen por mentiroso, procura no despegarte de mí, serás mi ayudante. Abre bien los ojos y los oídos porque te tienes que poner rápidamente al día, sobre todo de cómo se llama el material y los instrumentos.

Y así, al lado de Marcelo, aprendí lo básico para pasar desapercibido. En los campos nadie se queja y a los franceses en general les importa muy poco lo que les pase a esos pordioseros de las playas con tal de que no les infecten con nada. Es muy triste todo.

Ahora me dedico a esto, me han cedido esta casa, me entiendo en francés y no me falta nada para cubrir mis necesidades básicas, aunque se me rompe el alma cada vez que tengo que asistir a mis compatriotas. Los sentimientos me superan en algunos momentos, unas veces me pesa la culpa, otras me pesa el alivio, otras la indignación, otras el miedo, y así vivo a la espera de no sé qué.

Pero ahora están aquí, ahora que los he visto, que sé que están vivos, me siento mucho más reconfortado y aunque suene egoísta decirlo, siento que ha valido la pena lo que he hecho para reencontrarme con mi familia.

Agustín dejó de hablar, miró su vaso vacío y después levantó los ojos y los cruzó con los del miliciano. No descubrió ninguna señal de que aquel hombre le juzgase y se tranquilizó.

—Ya es tarde —rompió el silencio Sonsoles—. Tenemos más días por delante para contarnos muchas cosas. Ahora deberíamos descansar, ha sido un día agotador y por fin dormiremos limpios, calientes y con la tripa llena. No le podemos pedir más a la vida.

Todos estuvieron de acuerdo y organizaron la pequeña casa para tener un sitio para cada uno. Agustín cedió su cuarto a sus padres, los niños en las butacas del salón, él se fue a la otra habitación y Manuel se empeñó en dormir en la cocina, en unas mantas en el suelo. El sueño los pilló por sorpresa, sintiéndose seguros bajo aquel techo que, después de tantas penurias, les cobijaba.

18

Tras la Guerra Civil Española, casi medio millón de hombres, mujeres y niños caminaron hacia el exilio, hacia Francia, buscando salvar su vida. Lo que encontraron allí, sin embargo, fue el internamiento obligatorio en campos de refugiados en unas condiciones de absoluta miseria. Estos exiliados se redujeron cuando el general Franco hizo el ofrecimiento de acoger sin represalias a todos aquellos españoles que no tuvieran manchadas las manos de sangre. Curiosamente, los que confiaron en esas palabras y decidieron volver, fueron en su gran mayoría encarcelados, sometidos a juicio e incluso ejecutados. Los que quedaron en libertad, siempre con la mancha de su condición política, sufrieron una posguerra aún más dura.

A finales del verano de 1939 Europa se preparaba para una guerra. No cabía duda de que Hitler estaba dispuesto a saltarse todas las reglas y que la diplomacia difícilmente era capaz de contener al nazismo que supuraba, cargado de odio, en Alemania. El Tratado de Versalles, que había puesto fin a la Primera Guerra Mundial, había impuesto enormes sanciones al país germano por considerar a esta nación la causante del inicio de la Gran Guerra y esta humillación estaba muy presente en los corazones de los perdedores, una mecha que se podía inflamar con facilidad. Simplemente era cuestión de buscar el momento adecuado, las condiciones apropiadas y un enemigo común.

Pocos meses llevaba la familia de Pablo viviendo en Colliure cuando la alarma y las nuevas noticias alteraron su tranquilidad. Ningún miembro de la familia había encontrado trabajo ni recibían ayudas de ningún tipo, por lo que todos vivían de lo que pagaban a Agustín por su labor con los refugiados. Únicamente Sonsoles cuidaba de vez en cuando de una vecina anciana, le hacía los recados y le ayudaba con las labores del hogar por lo que percibía unos pocos francos. Manuel había expuesto en varias ocasiones su intención de dejarlos, ya habían hecho demasiado por él, se sentía inútil, como un parásito, pero en cada ocasión, Pablo, apelando a que era un miembro más de la familia, se negaba en rotundo a que el miliciano quedara abandonado a su suerte.

No obstante, ante la inminencia de la guerra y el rearme de los pueblos, supieron que era necesario tomar una decisión. Quedarse en Francia podía significar soportar un segundo conflicto armado y esto les llenaba de angustia. Las últimas noticias de España animaban al retorno, sin represalias si no habías tenido delitos de sangre, pero en el fondo no eran más que rumores de los que no sabían si fiarse.

Era el final de una apacible y calurosa tarde de agosto, todos estaban sentados en el jardincillo de la casa, los niños jugaban al escondite y los grillos no cejaban en su constante canción. Cada uno en sus pensamientos, bebían la limonada que Sonsoles hacía todas las mañanas para mitigar la sed. Agustín abrió la cancela y entró como un torbellino, su rostro, un tanto demacrado, no auguraba nada bueno. Su madre lo miró con detenimiento.

—¿Te encuentras bien?

El muchacho asintió, acercó una silla, le dio unas palmaditas en el brazo y se sirvió un vaso de la limonada que acababa de traer. La mujer había recuperado el color y algún kilo que otro, pero las profundas arrugas surcaban su rostro como si fuera un mapa apergaminado.

—Las noticias que van llegando no son nada halagüeñas —comentó por fin. Todos se volvieron hacia él, pero nadie dijo nada, preferían que se explicase sin presiones—. Parece que la guerra es inminente, hay movimientos de tropas alemanas hacia la frontera con Polonia, Hitler quiere su salida al mar sea al precio que sea.

—¿Y no pueden dársela para que se quede tranquilo? —argumentó su madre con ingenuidad. Su hijo la miró enternecido—. No me miréis como si hubiera dicho una barbaridad, es su salida al mar a cambio de que no haya guerra.

—No es tan sencillo. Hitler no parará, ni con salida al mar ni sin ella, por eso todos los países se preparan, porque todos son unos incompetentes.

Sonsoles seguía sin entender qué provecho tenía un conflicto bélico más allá de matar a personas inocentes. ¿No habían aprendido nada de los horrores que se habían vivido en

España? Pero decidió callarse, al parecer todos sabían más que ella de cómo funcionaban las cosas, pero no dejó de sentir la alarma y la angustia apoderarse de sus entrañas, sentimientos que no se habían ido muy lejos y que por eso tardaron poco en regresar.

—¿Y qué vamos a hacer? —Pablo lanzó la pregunta que todos se hacían.

—Es lo que llevo planteándome todo el día —contestó Agustín y volvió a servirse limonada —. Quedarnos podría ser una opción, pero si entramos en guerra dudo mucho que se preocupen de los refugiados y menos que dediquen un franco a su estancia. Si me preguntan que van a hacer, yo me inclinaría a pensar, por lo que se rumorea, que el que se quede tendrá que alistarse. Tú, padre, no sé si te librarías, pero Manuel y yo vamos de cabeza.

El miliciano asintió. No entendía demasiado aquel endiablado idioma, pero cuando se paseaba por las calles del pueblo sólo veía inquietud y recelo en los ojos de sus vecinos.

—Yo no voy a ir a ninguna maldita guerra más —sentenció Manuel—. Prefiero arriesgarme a que me peguen un tiro en mi país. Al fin y al cabo, la muerte es igual en todas partes.

—Pero tú eres un militar, en cuanto pongas un pie en España te harán un consejo de guerra y te fusilarán. Yo al menos como furriel tengo alguna opción, no he matado a nadie.

—Primero me tienen que coger, amigo. El país está destrozado y de momento no creo que nadie sepa quién es su vecino.

Pablo frunció el ceño.

—Yo estoy con Manuel, no me fio nada de estos gabachos, nos desprecian y no dudarán en ponernos contra las cuerdas —afirmó Agustín.

—¿Me estáis diciendo que volvamos a España y que sea lo que Dios quiera?

—Padre, de momento evitaríamos que madre y los niños sufrieran de nuevo. Ellos no van a tener problemas, usted no tiene delitos de sangre y Manuel y yo nos buscaremos la vida.

Todos quedaron en silencio, nadie sabía quién se equivocaba y quién tenía razón, lo peor es que no sabían que no había posibilidad de acertar, una hipótesis que no tuvieron en cuenta.

El gobierno francés ponía todas las facilidades para que los *rouges* españoles volvieran a su patria. La familia de Pablo tenía además la ventaja de contar con los ahorros de Agustín que, al cambio en pesetas, era una pequeña fortuna. Fueron horas de confusión, pero al final llegaron a un acuerdo.

Decidieron que primero viajarían Pablo, Sonsoles y los niños. Lo hicieron en transporte, nada que ver con aquellas jornadas caminado bajo el frío, el viento y la nieve, y cuando llegaron a Madrid alquilaron un piso grande y desvencijado muy cerca del que ocupaban cuando estalló la guerra, por si volvían los que faltaban. Les horrorizó encontrar Madrid como un vertedero de escombros y a sus gentes, derrotadas y tristes, pero había que seguir adelante. Allí se enteraron de que Francia había declarado la guerra a Alemania después de que ésta invadiera Polonia y pensaron que habían tomado la mejor solución. Todos los días Sonsoles se acercaba a su antigua residencia, ahora cerrada, por si se encontraba con alguno de sus hijos y obligaba a Pablo a permanecer en casa para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos en la capital.

Y fue en una de estas salidas cuando se encontró con una antigua vecina. La señora oronda que Sonsoles recordaba había desaparecido, de hecho, si no hubiera sido porque ella la reconoció, la navarra jamás habría sabido quién era.

—¿Sonsoles? ¿Eres tú? —la voz le llegó desde detrás. Se volvió y le costó reconocer a quién le preguntaba.

—¿No sabes quién soy? Lola, la señora Lola.

Tuvo que hacer un ejercicio de imaginación para ver en aquellas facciones un recuerdo de su vecina.

—Pero Lola, no te había reconocido. Estás más …

—Soy un esqueleto andante, lo sé —no le dejó terminar la frase—. Aquí las cosas están mal, el racionamiento no es suficiente y es complicado encontrar comida.

—Ya …

—Y dime, ¿de dónde sales, hija? Hace siglos que no te veo, y como la casa está cerrada…

—Hemos vuelto de Francia hace tres días y hemos alquilado un piso un poco más arriba, cerca de Manuel Becerra.

—¿Y habéis vuelto todos?
Sonsoles se quedó unos segundos callada, confirmar que Pablo había vuelto no le parecía una buena idea, tenía mucho miedo a que le delataran.
—No, sólo los pequeños y yo. Pablo sigue en Francia a la espera de saber cómo se desarrollan las cosas aquí. De los demás no sé nada.
—Tu hija Angelines sigue en Madrid con su marido, la he visto algunas veces.
A Sonsoles se le iluminó la cara.
—No sé nada de ella desde que nos mudamos. Si te la encuentras dile que estamos en Madrid —y le dio la dirección de su nuevo piso. Hablaron de naderías y siguieron su camino tras despedirse efusivamente.
Al llegar a casa escuchó trastear a Pablo por la cocina, siguió el pasillo y se encontró a su marido dando un vaso de agua a Jesusín que estaba sediento, pues acababa de subir de la calle. Sus pies estaban descalzos y una nube negra barrió la mente materna en un instante.
—¿Y tus zapatos?
Jesusín dejó de beber un instante y miró a su madre como si aquella pregunta fuera absurda.
—En la *porte* —el niño intercalaba palabras francesas por doquier.
—¿Que has dejado los zapatos en el portal? —su madre se echó las manos a la cabeza—. Vuela ahora mismo escaleras abajo y más vale que sigan ahí cuando llegues.
Jesusín, sin comprender nada, salió corriendo como si se tratara de un juego. Bajó las escaleras dando saltos, pero cuando llegó al portal no había nada, sus zapatos habían desaparecido. Se echó a llorar y subió las escaleras sabiendo que le iba a caer una buena regañina, aunque no entendía por qué, su madre siempre insistía en la otra casa en que los zapatos quedaran fuera para no mancharlo todo.
—¿Y? —ella le esperaba en la puerta, pero nada más ver los surcos de sus lágrimas comprendió que ya no estaban.
—Pero tú siempre dices…—no pudo seguir, atorado en los hipos del llanto.
Sonsoles comprendió que el niño no sabía que estaba en otro país donde las cosas eran muy diferentes, trató de serenarse y dejar el enfado que le quemaba a un lado.
—Aquí no se pueden dejar las cosas en la calle ¿entendido?
El niño asintió.
—No se puede dejar nada de nada porque se lo llevan. Y ahora, hasta que no consigamos otros zapatos, no podrás bajar a la calle ¿ha quedado claro?
Jesusín volvió a asentir.
—Los españoles son voleurs —dijo por fin.
Su madre sonrió.
—No digas eso cariño, no todos son ladrones, tú eres español.
—¡No! —se encabezonó el pequeño—. Je suis francais, ellos no roban.
—Anda, ve a lavarte las manos que vamos a comer —y así acabó la conversación mientras observaba cómo el niño se perdía por el pasillo refunfuñando medio en francés medio en español. Suspiró y se permitió una leve sonrisa.
Dos días después, al amanecer, Pablo y toda su familia se despertaron sobresaltados. Alguien aporreaba la puerta.
—¡Abran inmediatamente a la ley! —sonaba los gritos entre los golpes que parecían querer derribar la puerta.
Sonsoles se incorporó asustada y miró a su marido que con parsimonia se ponía los pantalones.
—Esto era de esperar, mujer, tarde o temprano tenía que ocurrir. Ahora sólo queda que me dejen explicar que yo no he matado a nadie.
Y salió de la habitación vistiéndose para abrir la puerta antes de que se viniera abajo. Ella se puso una bata y salió tras él, las piernas le temblaban y las lágrimas se iban apoderando de sus ojos. En el pasillo vio a los pequeños que trataban de salir del cuarto, les obligó a volver, intentaron preguntar, pero al ver la cara de su madre obedecieron asustados.
—¿Pablo Martínez? —se oyó retumbar una voz desconocida al otro lado de la casa.
—Servidor —la voz de Pablo trataba de sonar tranquila, pero tembló. Su esposa se apresuró.

—Queda usted detenido
La puerta se cerró antes de que Sonsoles, desesperada, llegara a oír las últimas palabras. Cuando alcanzó la entrada ya no quedaba nadie, únicamente el retumbar de los pasos por la escalera. Abrió, pero los ojos de su marido al girar en el descansillo inferior le rogaron que no hiciera nada.

Cerró de golpe, se abrazó el vientre y cayó de rodillas al otro lado de la puerta por la que acababan de salir. ¿Y ahora qué? se preguntaba y un terrible vacío inundó sus ojos, su mente y su vida. Y otras manos, pequeñas, cálidas y asustadas se abrazaron a ella y otras lágrimas se mezclaron con las suyas y como un único cuerpo atormentado permanecieron en silencio sollozando.

—¿Dónde se han llevado a padre? —preguntaban los niños. Pero no había respuestas.

La vecina —pensó de pronto—, la señora Lola, ella había delatado a su marido. Nadie más conocía su vuelta, nadie más sabía de ellos, y esta constatación aún le asustó más.

Cuando pasó el momento de pánico, el de rabia, el de miedo, el de desesperación… Cuando la cabeza volvió a funcionar mandando los sentimientos a las entrañas, Sonsoles trató de pensar qué caminos podría seguir. Lo primero, lo más urgente era conseguir información, tenía que saber dónde habían mandado a Pablo, donde le juzgarían, donde estaría encarcelado hasta entonces. Pero se acordó de la señora Lola, su amable vecina y fue consciente de que iba a ser muy complicado encontrar a alguien en quien confiar. También le habría gustado avisar a su hijo y a Manuel, que supieran que no estarían seguros en España, pero sabía que no tenía ningún medio de conseguirlo. El dinero también sería un grave problema en pocas semanas. Agustín había sido muy generoso con ellos, pero el viaje, el alquiler y la poca comida que habían podido conseguir se había llevado gran parte del pecunio. Una mujer con tres hijos pequeños en aquel Madrid de la posguerra tendría muchas dificultades para salir adelante. Por primera vez pensó que tal vez volver había sido un error, aunque trató de consolarse pensando que pronto su marido saldría de prisión, él no tenía las manos manchadas de sangre.

Miró por la ventana, hacía tantos años que no se separaba de Pablo que se sintió petrificada, sin saber hacia dónde dirigirse. En realidad, era el pánico el que la mantenía bloqueada y ella lo sabía. Se dio la vuelta, sobre la mesa, olvidado y solitario, el tabaco de su esposo. Sintió unas terribles ganas de llorar, pero se mordió los labios para evitarlo, no era momento de dejarse vencer.

Los niños seguían durmiendo después del susto. Ella se dirigió a la cocina, tomó un vaso de agua y se sentó cerca de la mesa desvencijada de madera, mil veces utilizada. Miró aquel vaso pardusco, las paredes sucias, miró la cocina apagada y la enorme pila de piedra. No sabía qué hacer, no sabía dónde dirigirse, no sabía cómo funcionaba aquella ciudad que dejaron tanto tiempo atrás.

Así pasaron las horas, los niños más callados que de costumbre no preguntaron por su padre, sabían que alguien malo se lo había llevado. No quisieron bajar a la calle y jugaron con un balón de telas viejas que hicieron con lo que encontraron encima de un armario. La noche fue eterna para Sonsoles en aquella cama vacía y al amanecer, seguía con la mente poblada de sombras.

Salió de entre las sábanas temprano, la angustia le comía por dentro y las náuseas no le habían abandonado ni un segundo. Trató de preparar algo de desayuno para los pequeños, mezcló con agua lo poco que le quedaba de la leche que en el mercado negro habían conseguido, y allí echó todo el pan duro desmigado para que se fuera reblandeciendo. Separó en tres tazones el resultado, renunciando a su parte, no era capaz de ingerir nada, pero tampoco sabía cómo se las podría arreglar de ahí en adelante y los niños necesitarían más alimento que ella. No sabía qué más hacer y esperó a que se levantarán.

Tras la noche sin dormir, apoyada la cabeza sobre una mano, quedó en duermevela. Despertó sobresaltada cuando unos golpes en la puerta rompieron su maltrecha tranquilidad, alguien llamaba, aunque no con la contundencia ni con la fuerza del día anterior. Y de nuevo, de sopetón, surgió aquella angustia infinita. ¿Y si venían a por ella? ¿Qué sería de sus hijos? Los ojos se le anegaron de lágrimas una vez más y supo que no quedaba otra opción que abrir.

El pasillo se le hizo interminable, miles de pensamientos, soluciones, escapatorias y

súplicas pasaron por su mente en sólo unos instantes y quiso no ser capaz de llegar jamás. Abrió temblando y lo que se encontró en aquel rellano mal pintado y sucio le dejó sin habla, sin que sus piernas pudieran sostenerla ni un segundo más, cayó de rodillas sollozando, mientras con las manos se tapaba la cara.

La joven que estaba frente a ella, tras el desconcierto inicial se agachó y la abrazó con fuerza.

—¡Madre!

Sonsoles no dejaba de llorar permitiendo que todo el miedo y el dolor que había contenido durante la noche fluyeran libremente ahora que sabía que tenía a alguien a su lado.

—Madre, levántese —le suplicó la joven— ¿Qué le ocurre? ¿No ha venido padre con usted?

El llanto arreció nuevamente y su hija intuyó de inmediato lo que había ocurrido, la tomó por los brazos y la condujo dentro de la casa, tampoco era necesario dar a los vecinos ninguna información extra. En aquellos tiempos de inseguridad, la prudencia era la mejor compañera. Angelines la acompañó a la cocina y se sentaron alrededor de la mesa.

—Tranquilícese y cuénteme qué ha sucedido. ¿Llevan mucho tiempo en Madrid? ¿Cómo se les ocurrió volver? —La muchacha se dio cuenta de que estaba haciendo demasiadas preguntas y decidió que lo más prudente en aquel momento era tratar de calmar la angustia de su madre que no tenía fuerzas ni para contestar. Se levantó, tomó un tazón y le acercó agua. Sonsoles, hipando, bebió despacio.

—Se han llevado a tu padre, ayer se lo llevaron y no he vuelto a saber de él —Se limpió los ojos y sacó un pañuelo de la manga para sonarse.

—¿Quién se lo llevó?

—No lo sé, cuando llegué a la puerta ya se iban.

—Tendri…

—¿Angelines? ¡Angelines!

Los niños acababan de entrar en la cocina y todos se lanzaron sobre su hermana en un griterío infantil. Al ser una de las mayores siempre había sido una segunda madre para ellos y, aunque el más pequeño apenas la recordara, se dejó llevar por la felicidad de los demás.

—Parad, parad —lo dijo sonriendo, separándose para verlos mejor—. ¡Madre mía! Lo que habéis crecido. Se sentó al pequeño en las rodillas y le revolvió el poco pelo que tenía.

Vio que a su madre se le volvían a anegar los ojos y con un leve gesto de la cabeza le indicó que saliera de la cocina, había que tratar de proteger lo máximo posible a los niños de tanta barbarie. Ella obedeció y dejó a su hija hacerse cargo de los desayunos mientras se acurrucaba sobre su cama y a lo lejos oía las voces infantiles pisándose unos a otros para contar a su hermana su *aventura,* triste aventura, sin duda, que les robaba la infancia.

Media hora después, Angelines entraba en la habitación donde Sonsoles seguía acurrucada.

—Esa no es la actitud, madre, desde ahí no podemos hacer nada, levántese y empecemos a buscar soluciones. Lo primero es saber dónde está, supongo que de aquí lo habrán llevado a la comisaría y ahí es dónde vamos a ir ahora mismo, así que vístase que la espero charlando con los niños.

Poco después llegaron a la jefatura y observaron con desánimo que otras muchas estaban en la misma situación. Una cola de mujeres, unas solas y otras con sus hijos, se agolpaban a las puertas de la institución acompañadas de un silencio cargado de desánimo. Esperaron pacientemente su turno y cuando les tocó, un policía mal encarado y con evidentes muestras de cansancio les preguntó el nombre del detenido.

—Pablo, Pablo Martínez —dijeron al unísono. El policía consultó una lista.

—Porlier—contestó sin levantar siquiera la cabeza—. ¡Siguiente!

—¿Qué es Porlier?

—Una cárcel, madre.

—¡Pero si tu padre no ha matado a nadie!

—¡Como todos, hay que joderse! De repente estos sucios y cobardes rojos nos quieren vender que han sido unos santos, pero bien que se lo pasaban con un fusil en las manos. ¡Hágase a un lado señora y lárguese de una vez!

Sonsoles iba a replicar, pero Angelines tiró de su brazo y la sacó casi a rastras de allí.

—Pero si tu padre … —seguía intentando defenderse.

—¡Calle de una vez! Es igual lo que diga, de nada sirve el diálogo, lo mejor es no significarse, acatar las normas y callar, poco a poco veremos con qué posibilidades contamos.

Una vez de vuelta en casa, Sonsoles seguía en un estado de abatimiento total. No había tortura peor que no saber, que no poder comunicarse con su marido y confirmar que estaba bien. Aunque Angelines trataba de consolarla, la amargura, la soledad y el miedo se habían anclado a su vientre con una virulencia terrible, casi con más fuerza que en los peores momentos pasados, supuso que era el agotamiento, cada vez se le hacía más cuesta arriba la vida.

—Nos tenemos que poner en contacto con Lourdes, su marido es Guardia Civil, él quizá pueda darnos información de padre.

—¿Guardia civil? ¡Qué dices, hija! Felipe es carabinero. ¿Tienes contacto con tu hermana? ¿Sigue en Cádiz? ¿Está bien?

—Mi hermana está perfectamente, hablo con ella siempre que puedo, suele llamarme al restaurante donde trabaja mi Julio al menos una vez al mes desde el cuartel. Acaban de hacer desaparecer a los carabineros, los han incluido en el cuerpo de la guardia civil, así que, aunque controlando la frontera igual que hacía antes, ahora Felipe pertenece a la benemérita y entre usted y yo, no le ha hecho ninguna gracia el cambio. Por lo menos podemos intentar que nos dé información mediante algún conocido ¿no le parece?

Su madre la miró a los ojos, derrotada pero ansiosa. Después amagó una sonrisa y un pequeño rayo de luz empezó a iluminar las tinieblas de su corazón.

19

Era noche cerrada, oscura, de luna desleída, noche de silencios, de amenazas, de extraños presagios. Todos dormían en casa de Paola cuando un sonido persistente hizo que abriera los ojos desorientada, estaba perdida entre la vigilia y el sueño y no acababa de ubicar aquel ritmo desacompasado. Se quedó escuchando por si todo era producto de la ensoñación, pero el extraño tintineo hizo que se sentara en la cama asustada. Era el marco de la ventana de su cuarto lo que sonaba, un golpeteo apenas perceptible, pero con una cadencia ahora constante. Se preguntó si podrían ser termitas u otro animal, pero enseguida lo desechó, nada en la naturaleza tenía un ritmo tan monótono. Decidió asomarse y comprobar qué era aquello que le impedía dormir, abrió las telas que hacían de cortina y trató de ver en la oscuridad, pero nada había más allá que la calle, la farola, ahora apagada, de la esquina y la casa de enfrente. El sonido se había detenido.

Decidió volverse a la cama y, no se había sentado aún, cuando unos golpes en la puerta rompieron el silencio, alguien llamaba levemente con los nudillos. Paola se levantó de un salto, con el miedo atenazando sus entrañas, cogió su hacha de debajo de la cama y fue hacia la entrada. Si vinieran a hacerme daño no llamarían así, reflexionó mientras se acercaba, tal vez sus vecinas tenían una urgencia y necesitaban su ayuda, se lamentó por undécima vez de no tener mirilla.

—¿Quién va? —preguntó elevando la voz.

Silencio. Sólo los golpes continuaban uno tras otro. Paola cada vez estaba más nerviosa.

—¿Quién está ahí? —volvió a preguntar tratando de controlar el creciente desasosiego.

—Paola, ábreme. ¡Por favor! —las palabras le llegaron como un susurro a través de la junta de la puerta y el marco.

—¿Quién eres? ¿Cómo conoces mi nombre? —susurró ella de la misma manera, tratando de hacer llegar a su mente el recuerdo de aquel tono de voz.

—Soy Manuel, Pau, Manuelín. ¡Ábreme, por favor! —era más una súplica que otra cosa.

Paola suspiró. Pensó un instante y rescató de su mente la voz de su amigo. Sí, probablemente fuera él. Puso el pie en la puerta y abrió unos centímetros, lo justo para vez la cara demacrada y casi irreconocible de su antiguo protector.

Iba a preguntarle, pero se lo pensó mejor y le abrió de par en par, era peligroso que alguien pudiera verlos. El miliciano entró y cerró rápidamente tras de sí. Paola se apartó de él y se sorprendió de su aspecto, aunque rápidamente fue consciente de que el suyo no sería mucho mejor.

—¿A qué has venido, Manuelín? ¡Nos pones a todos en peligro! —Fue el frío y susurrante saludo de la mujer que se apartó y cruzó los brazos.

—Lo siento Pau, lo siento en el alma, pero eres mi única oportunidad. Deja que me esconda un par de días aquí, que descanse, coja fuerzas y me iré sin molestarte nunca más —al mirarla volvió a sentir su corazón desbocado, pero trató de concentrar su esfuerzo en conseguir que ella lo acogiera.

La mujer lo miró sin comprender, estaba absolutamente desconcertada, pero no pudo dejar de sentirse egoísta y desagradecida.

—He vuelto de Francia —continuó—. Las cosas allí no pintan bien, aquí soy un proscrito, si me cogen me fusilarán en el mejor de los casos.

Paola se apoyó en el marco de la puerta agobiada y suspiró. Aquello era lo último que necesitaba. Se llevó las manos a la cara y trató de serenarse y pensar. No sabía qué hacer. Un miliciano en casa era una sentencia de muerte, tenía que pensar en sus hijos, sin embargo, él no dudó en ayudarla cuando pudo. Le miró y tomó una decisión.

—Dos días, ni uno más —terminó por decir.

Manuelín soltó todo el aire que tenía retenido en los pulmones.

—Gracias —susurró. Sé a lo que te arriesgas, nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Ella movió la mano con ademán resignado como queriendo espantar los peligros.

—¿Tienes hambre? —dijo dándose la vuelta para llevar el hacha, que aún mantenía

fuertemente asida, de nuevo a su habitación.

—No quisiera molestarte y menos a estas horas. Con un lugar para dormir es suficiente.

Paola estaba decidiendo dónde podía ser más seguro que durmiera mientras sacaba un poco de pan duro y los pocos restos del caldo de la noche.

Manuelín la había seguido hasta la cocina y se había dejado caer en una silla.

—¿Adrián? —preguntó.

Ella negó sin volverse.

—Te prepararé un lugar en el gallinero —cambió de tema—. Es el lugar más seguro, pues si te pillan puedo alegar que no sabía que te habías colado. No es demasiado agradable, pero es todo lo que te puedo ofrecer, entenderás que no voy a poner a mi familia en peligro.

—Lo entiendo—interrumpió sus palabras.

—Y no quiero que te vean los niños —prosiguió—. Carmencita quizá ya es capaz de guardar un secreto, aunque no deja de ser una niña, pero Adrián es imposible que lo entienda.

Asintió el miliciano mientras devoraba los restos que su antigua amiga le había puesto sobre la mesa.

—Veo que te manejas bien, este caldo tiene sabor.

—Me busco la vida como puedo —por fin se sentó a la mesa y abandonó ligeramente el gesto de contrariedad—. Hemos pasado todo tipo de calamidades, hoy has tenido suerte, normalmente nos vamos a la cama sin nada en el estómago.

Hablaba distraída, estaba tan descolocada que no organizaba bien sus ideas, quería ayudar a Manuel, pero también quería proteger a los suyos y eso le parecía imposible hacerlo a la vez.

—Espero que entiendas…

No terminó la frase.

—No hace falta que te disculpes por nada, sé que sólo soy un inmenso problema en tu vida, no hubiera venido si no estuviera en una situación desesperada porque todos aquellos que podrían echarme una mano están muertos o encarcelados, el resto no quiere jugársela y lo entiendo. No sabes lo que te agradezco un par de días de descanso.

Paola se levantó, y salió de la cocina dejando al miliciano con la palabra en la boca. Volvió al cabo de unos minutos con una manta roída y un orinal. No sabía si hacía bien o mal, pero se sentía en deuda con su amigo.

—Vamos antes de que me arrepienta —dijo al fin.

Manuel no abrió la boca y la siguió a través de la puerta de la cocina hacia un patio cubierto de parras que empezaban a dejar ver sus racimos prietos. Al fondo, una casucha desvencijada de madera deslucida y alambre en las ventanas se distinguía como una mancha aún más negra en la oscuridad.

—Ten cuidado y no te tropieces, el patio está lleno de trastos —susurró ella.

—Vale, tendré cuidado donde piso.

Paola se movía con rapidez, conocía de memoria cada rincón de aquel espacio. Llegó al gallinero, abrió la puerta que no eran más que unos viejos tablones unidos por unas traviesas, una de ellas móvil que permitía abrir y cerrar, y le dejó pasar. Dos gallinas famélicas los miraron llegar desde los troncos donde descansaban, pero ni se inmutaron.

—Esto estará infestado de chinches y pulgas, pero no te puedo dar más que esta manta vieja —dijo en susurros—. Es la de mi cama, pero tú la necesitarás más que yo. Te dejo también este botijo de agua, raciónala bien porque hasta la próxima noche no hay más.

—Es suficiente. Mil gracias Paola. Nunca podré agradecerte…

—Ya hablaremos en otro momento, ahora hay que descansar. Confío en ti, no salgas por nada del mundo, los niños tienen prohibido acercarse aquí para que no vean las gallinas, creen que hay un monstruo, y no se acercarán.

Manuel asintió y Paola salió igual de silenciosa que había entrado. La luna dejaba pasar por las ventanas sucias y enrejadas un leve haz de luz lechosa. El hombre estaba agotado, ni lugar para las sensaciones quedaba en su corazón exhausto, solo necesitaba descansar, llegar hasta allí le había supuesto un esfuerzo casi inhumano. Puso la manta en el suelo para que le protegiera de los insectos y se dejó caer, ni un segundo fue necesario para que un profundo y reparador sueño lo acunara en sus brazos.

Por la mañana le despertaron los sonidos de la vida. Una gallina amarronada lo miraba desde su nido mientras empollaba, la voz de Paola a lo lejos aceleró sus pulsaciones, voces de niños mezcladas con otra voz femenina. Con mucho cuidado asomó la cabeza por el ventanuco que daba a la casa, el tronco de una parra lo cruzaba por el centro. Entre eso y el alambre hexagonal cubierto de excrementos que cerraba la ventana era imposible que desde el patio nadie le viera mirar.

De repente, un niño salió. Tenía la cabeza rapada y unos pantalones cortos que habían conocido mejores tiempos. Se sentó en el suelo y se puso a jugar con la arena y con unas piedras blancas. Un instante después salió Paola, se agachó junto al crío, le dijo algo y ambos se rieron. Manuel sintió su corazón romperse en mil pedazos y se puso a llorar sin consuelo, se dejó caer en aquella manta vieja, se cubrió la cara con las manos y permitió que su alma vaciara por sus ojos toda su culpa, esa que no le dejaba ni a sol ni a sombra. Cuando volvió a asomarse ya sólo estaba el niño, tumbado, haciendo ruidos extraños que manaban de su imaginación.

Paola seguía robándole el aliento, no lo podía remediar, se reconoció. Esa mujer valerosa, que no se había dejado doblegar por las circunstancias, que le abrió la puerta con un hacha en la mano y, estaba seguro, no habría dudado en utilizarla si hubiera sido necesario, todo y más por defender a su familia, le seguía atrapando el alma.

—¡¿Qué has hecho qué!?

Paola, Pili y Petra estaban en la cocina. Los niños jugaban en el patio pues aún la temperatura era agradable.

—Shhhhh. ¿Qué queréis? ¿Que se entere todo el vecindario? —con las palmas hacia abajo les mandó callar.

Petra estaba conmocionada, no tenía ni fuerzas para hablar. Dejó a su hermana la voz cantante.

—¿Y dónde lo has metido? —susurró Pili que seguía sin dar crédito a lo que oía.

—En el gallinero.

—¿En tu gallinero? —volvió a levantar la voz y se encontró con la fría mirada de su vecina, prosiguió en un susurro—. ¿En ese cuartucho inmundo?

La muchacha asintió con gesto culpable.

—Llegó de madrugada, no sabía qué hacer. No tuve corazón para dejarle tirado, él hizo mucho por nosotras —trató de justificarse—. Pero no quiero que nos ponga a todos en peligro, no quiero que los niños lo vean y se les escape cualquier comentario y vengan… ya sabéis. No se me ocurrió un sitio mejor.

Pili se sentó junto a su hermana. Paola tenía razón, hubiera sido muy cruel abandonarlo, pero ¡era tan peligroso tenerlo allí!

—Le he dicho que dos días, dos días para descansar y después…

—Y después qué, mujer… ¿Después le echarás para que lo fusilen? Madrid para él es una trampa mortal, sería condenarlo a muerte.

Paola, que se había mantenido de pie, se sentó junto a las hermanas. Puso los codos en las rodillas y dejó caer la cabeza. Se sentía en un callejón sin salida, en una encrucijada sin una puerta favorable. Si se quedaba pondría en peligro todo lo que quería, si le dejaba marchar, se sentiría toda la vida culpable de su destino. El silencio decía mucho más que cualquier respuesta.

—¿Es un hombre joven y fuerte? —preguntó repentinamente Petra que se había mantenido en silencio.

Ambas mujeres se volvieron hacia ella sin entender.

—¿A qué viene esa pregunta ahora? ¿Es quieres casarte con él o qué? —la voz de su gemela sonó entre burlona y ofendida.

—Si no hablaras tanto y pensaras más, las cosas nos irían mejor —respondió Petra un poco indignada. El rubor le había subido hasta las orejas—. Lo decía porque tengo una idea para que no se vaya y no sea tan peligroso tenerlo aquí.

—Somos todo oídos, hermana— y torció el gesto, incrédula.

—Podemos hacer un escondrijo entre tu casa y la nuestra.

La miraron con los ojos como platos y sin mediar palabra estallaron en una sonora carcajada.

Petra se puso colorada por segunda vez.
—¡Ah! se me olvidaba que la única que puede tener ideas es doña Pilar, las demás somos imbéciles.
Las otras dos trataban de controlarse, pero la risa nerviosa producto de la tensión les provocaba el llanto. Ante aquella reacción, sin decir una palabra más, Petra se levantó airada y se disponía a marchar cuando su vecina la retuvo por la manga.
—No te enfades, mujer, pero reconoce que es una locura —dijo secándose las lágrimas y conteniendo como podía la risa.
—Pues yo no lo veo así, la verdad. Quizás si escucháis y dejáis de reír me puedo explicar.
Pili se tapaba la boca para no enfadar aún más a su hermana.
Paola le pidió que siguiera.
—Tu habitación se comunica con la nuestra por una pared ¿no es cierto? —su vecina asintió ya más relajada—. He preguntado si era un hombre fuerte porque él tendría que trabajar casi siempre, pues mientras trabajan unos, otros tienen que entretener a los niños para que no se enteren de nada.
—Aún no entiendo qué quieres hacer —dijo Pili que iba recuperándose del ataque de risa.
La miró con el ceño fruncido. Le dolía cuando se mostraba tan altiva.
—La idea es construir un zulo tirando las paredes y haciendo las habitaciones más pequeñas.
Paola negó con la cabeza, miraba fijamente la chapa que les servía de mesa y mientras pensaba, restregó con la uña algo que estaba pegado. Se rascó la cabeza.
—Lo de tirar las paredes es imposible. ¿Tú sabes el ruido que hay que hacer para doblegar todos esos ladrillos? Sería imposible mantenerlo en secreto, toda la vecindad se preguntaría qué andamos haciendo. Son tiempos de miedo y secretos.
Pili asentía con los labios apretados, a veces su hermana era demasiado ingenua.
—Pues decimos una medio verdad, que vamos a unir las casas. Somos muy amigas, casi hermanas, todo el mundo lo sabe. ¡Sería una idea fantástica! —repuso con terquedad.
—Tu idea es imposible, pero se me está ocurriendo algo que puede ser una solución, al menos, momentánea.
Un silencio apremiante se dejó caer y Pili no pudo contener más la tensión.
—¡Habla de una vez, muchacha! ¡Que se me va a salir el corazón del pecho!
—El tejado —dijo por fin dando un leve golpe en la mesa.
—¿El tejado? ¿Esa es tu solución? ¿Crees que es un gato?
Paola sonrió ante la ocurrencia de su vecina que seguía un tanto dolida por las burlas.
—Me refiero a aprovechar el espacio entre el techo de la casa y el tejado. Una vez Adrián subió para arreglar unas goteras y dijo que era más grande de lo que parecía. Hay una trampilla en la habitación pequeña y con una escalera se puede subir. Tal vez pueda quedarse allí hasta que se tranquilicen las cosas un poco.
—¿Encima de la habitación de los niños? ¿Y si hace ruido? ¿Y si necesita salir por lo que sea? Me parece la segunda locura que estás dispuesta a hacer por ese hombre, primero le dejaste entrar y ahora te quieres jugar el cuello escondiéndolo.
—Tengo que madurarlo. Ahora me voy a por la virgen, mis santurronas me esperan —se levantó de un salto y llamó a Carmencita. Las gemelas se turnarían para cuidar a su hijo. Salió al patio a despedirse de Adrián que jugaba con unas piedras y dejaron atrás la casa con su vieja bolsa en las manos y el hacha bien guardada entre las faldas.
La misma criada sonriente le abrió la puerta y le dejó entrar. Llegaron a la cocina donde, como en cada visita, el olor a comida bien hecha le revolvía las entrañas. La doncella mal encarada o ama de llaves o lo que fuera, entró y le pidió con voz cortante que esperara. Unos minutos después accedía al salón de aquella enorme casa y dejaba sobre la recia mesa de la señora del Viso la imagen. Quitó con un movimiento rápido el terciopelo que la cubría y se echó a un lado juntando las manos dispuesta a esperar que María terminara sus rezos.
—Venga a sentarse a mi lado —y le volvió a indicar el sillón de la vez anterior. Esta vez no dijo nada y se sentó en el filo con la espalda bien recta.
—¡Tengo que contarle un secreto! —Paola se sorprendió y miró a su clienta. La señora se había transformado, su cara ya no reflejaba esa profunda melancolía sino que destilaba un halo de esperanza. No tuvo que pensar mucho más, estaba claro que la virgen le habría

otorgado ver cumplido su sueño, seguro que estaba o creía estar embarazada. Pero no dijo nada.

—Creo que estoy embarazada —susurró aleteando con las manos como un bebé cuando ve la comida.

—¿En serio? —se hizo la sorprendida.

La señora del Viso cabeceo afirmando y se puso un dedo en los labios pidiendo silencio.

—Aún no se lo he dicho a nadie, sólo tengo dos faltas, pero necesitaba sacarlo de mi pecho y confío en usted, Paola, en sus consejos de madre, en la discreción que me ha demostrado siempre. A pesar de llevar la imagen de acá para allá, jamás la he oído hablar nunca de nadie, eso me dice mucho de su forma de ser. El servicio es un foco de chismorreos.

—Le doy la enhorabuena, señora —Lo dijo con la boca pequeña. Se alegraba por ella, pero no dejaba de pensar que quizás ya no necesitaría la presencia de la imagen o al menos no tan a menudo, lo que significaba, egoístamente, perder gran parte de su sustento.

—Ha sido usted un ángel para mí —y le tomó las manos. Comprobó la suavidad de aquella piel y se sintió incómoda y avergonzada por sus manos callosas y las retiró sonriendo en cuanto pudo—. ¡Me tiene que contar tantas cosas…! Tres hijos nada menos, me tiene que explicar y dar consejos y yo sabré recompensarla.

Sin decir una palabra más, de repente, como solía, abandonó la conversación y se arrodilló ante la imagen. La mente de Paola era un hervidero de incertidumbres. Pacientemente esperó que aquella dama acabara su plegaria de agradecimiento, porque estaba segura de que esta vez era eso y, cuando por fin se puso en pie, volvió a cubrir la imagen con el manto de terciopelo. Se disponía a salir cuando su clienta la detuvo.

—Espere un segundo aquí, si me hace el favor— Y salió de la estancia apresuradamente.

Paola se quedó sola en medio de aquel enorme y elegante salón un tanto confundida, pero no había tenido tiempo aún de sopesar la situación, cuando la señora volvió a entrar con un paquete bastante grande en las manos.

—Esta vez no he dejado lugar a la improvisación —señaló tendiéndole el paquete—. La arpía esa siempre está pendiente de lo que hago y lo que dejó de hacer para ir después con el cuento a mi marido por cualquier cosa, como si fuera un bebé que necesitara ayuda.

Se refería a la criada con cara de limón que siempre curioseaba si se llevaba algo o no.

—Mi marido es bueno… —miró al suelo y se retorció las manos —pero esto de la guerra nos ha vuelto a todos un poco salvajes ¿no le parece? Él no ha matado a nadie, nosotros huimos de España y hemos estado a salvo en Inglaterra, pero todo lo que ha pasado aquí es una grandísima desgracia.

Su interlocutora asintió. No pensaba pronunciarse, sabía que la discreción era su mejor aliada y ya pesaba en sus manos el paquete de comida.

—Como le decía, él es bueno, pero no le gusta que me mezcle con personas, como le diría …

—¿Pobres? ¿Rojas? —no se pudo contener y se arrepintió nada más pronunciar aquellas palabras. Cerró los ojos con fuerza e iba a disculparse cuando María continuó.

—No se lo tome a mal, pero sí, él quiere mantenerme en una jaula de cristal, aunque poco a poco voy viendo por los ojos de los demás toda la miseria que esta guerra ha traído y me duele mucho.

Paola comprendió que aquello era una despedida, el señor se había enterado de su *amistad* y no estaba dispuesto a que su radiante mujer…

—Pero yo soy María Robles, por encima de señora de Palomeras del Viso y, aunque suene extraño en estos días, no estoy dispuesta a que nadie me diga con quién me relaciono y con quién no —manifestó con fuerza interrumpiendo los pensamientos de Paola que la observó extrañada. Y bajando un poco el tono, siguió—, aunque eso no quiera decir que no me importe tener problemas en mi hogar. Yo apenas conozco a nadie por aquí y todavía no puedo salir sola a ver a mis amigas. Cuando acompaño a Leocadio me siento como un florero con todos esos militares estirados a mi alrededor y sus señoras pendientes de cada uno de mis movimientos, es agotador. Así que, como solución intermedia, usted me sigue regalando su presencia, sus palabras, su experiencia a través de la imagen de la virgen y yo, ¿cómo le diría?... le ayudo a gestionar su economía. No entiendo de rojos o blancos, pero sí del sufrimiento, quizá no de la guerra, pero en otros ámbitos soy experta y no por ello son dolores menos despreciables.

De repente se calló, desplegó una enorme sonrisa que iluminó su rostro de una felicidad desconocida hasta entonces y observó con esperanza a la mujer vestida de andrajos que tenía enfrente.

—¿Qué me contesta?

Paola estaba desconcertada. Ni siquiera sabía qué sentir en aquellos momentos. ¿Estaba comprando su amistad porque se aburría? ¿La apreciaba y se preocupaba de su familia? Tampoco llegaba a entender la posición de una mujer adinerada, a la que no le faltaba de nada, que se empeñaba en seguir hablando con ella a pesar de que su marido no estaba conforme. Tal vez lo veía como un juego en su tediosa vida, pero no estaba segura de nada. Lo que sí tenía claro era que aprovecharía aquella situación hasta el último momento.

—Lo que a usted le parezca bien —acertó a verbalizar—. Yo seguiré trayendo a la virgen siempre que lo considere necesario.

—Entonces ¿será mi cómplice? ¿Me ayudará a que nadie se entere de lo que le ofrezco?

—Por supuesto.

—Perfecto. Guarde bien lo que le he dado, que nadie en la casa lo vea, sobre todo esa bruja de Herme, que es la persona más retorcida que conozco. No puede entrar aquí, aunque se muera por saber de qué hablamos. Yo siempre digo que usted reza conmigo —y se rio muy bajito con la mano tapándose la boca—. Y ahora márchese, que seguro que tendrá un montón de cosas que hacer ¡Nos vemos la semana que viene!

Antes de salir de aquel salón, Paola desmontó el pedestal de la imagen, el lugar donde antaño, cuando la escultura estaba en la iglesia, se echaban las ofrendas, un cofre bastante amplio donde colocó, desmontado, el paquete que le había dado la señora.

—¡Eres muy astuta!

—La miseria es lo que tiene, señora, que agudiza el ingenio.

Y salieron las dos del salón. Doña María se perdió por el pasillo hacia el corazón de la casa, mientras que Paola se dirigía a la cocina para coger el pasillo de servicio y salir de la casa. La cocinera guisaba mientras tarareaba una canción.

—¡Eh! Tú —sonó una voz desde el otro lado de la cocina.

Paola se volvió. La tal Herme se dirigía hacia ella con celeridad.

—Sí, me refiero a ti —confirmó.

Evitando que se desequilibrara la imagen se dio la vuelta completamente y advirtió problemas.

—¡Enséñame lo que llevas! —rugió.

—¿La virgen? ¿Quiere rezar? —contestó con fingida ingenuidad.

Si Herme pudiera haberla barrido de la faz de la Tierra con su mirada, lo hubiera hecho sin dudar.

—¡A mí no me vengas con retrancas, pordiosera! —Y dando un tirón al paño de terciopelo, dejó la imagen desnuda ante sus ojos. La decepción y la rabia a partes iguales le quemaban el alma. Ahora vas a dejar eso ahí y voy a …

—¡¿Se puede saber qué estás haciendo?! —La señora acababa de entrar en la cocina y miraba iracunda a Herme. Había levantado la voz, lo que Paola pensó que era incapaz de hacer, desde que intuía que estaba embarazada, algo se había transformado dentro de ella.

—Yo… pensaba que tal vez… una persona de esta calaña sola por la casa es posible… —La criada tartamudeaba roja y avergonzada. No tenía ninguna excusa y lo sabía.

Paola mientras tanto se mantenía en silencio, la escultura mirando con su rostro lleno de dulzura la escena y el paño tirado en el suelo de la cocina como prueba acusadora.

—¡No vuelvas a pensar por tu cuenta! —María habló con firmeza—. La señora de esta casa soy yo ¿lo has entendido? Y si no estás conforme con algo, ya puedes irte. Comunicaré a mi marido tu falta de respeto. Espero que no se vuelva a repetir porque no seré tan indulgente la próxima vez.

—Sí, señora. Disculpe mi torpeza, pero… —la tal Herme se batía en retirada.

—¡Retírate! no quiero oír ni una palabra más.

Cabizbaja salió de la cocina, no sin antes lanzar una mirada cargada de odio hacia Paola.

—Siento lo que ha ocurrido, espero sepa disculpar este comportamiento —María se expresaba con una distancia que no había tenido en el salón.

—No se preocupe, señora. Muy buenos días —y cubriendo de nuevo la imagen, se dio la

vuelta para salir. Al girarse, la cocinera, que había sido testigo de todo lo que había sucedido, le lanzó una mirada cómplice y un guiño, y en ese momento supo que doña María contaba con otra aliada en su casa.

Salió al fulgor de la mañana de aquel día de finales de verano y respiró hondo. Madrid revivía lentamente como un bebé al que le costase despertar. Por aquel barrio todo eran obras, de nuevo señoras encopetadas y hombres trajeados se dejaban ver por todos los rincones, una marea poderosa que se esforzaba en olvidar lo inolvidable. Es más fácil superar el dolor si simplemente te ha rozado sin herirte. A su lado, cerca, invisible, otra marea pugnaba por sobrevivir en una ciudad que les daba la espalda. Carmencita, sentada en la acera, la esperaba, sonrió al verla y a Paola se le encendió el alma a sabiendas de lo que llevaba escondido.

Cuando llegó a su casa, lo primero que hizo fue sacar la comida.

—¡Madre mía! ¿Tú has visto lo que te ha dado?

Pili iba sacando cosas del paquete y pensaba que el corazón se le iba a salir por la boca.

—Tenemos que organizarlo bien para que nos aguante una semana. Con esto y con el racionamiento comeremos todos los días y cenaremos alguno ¿no te parece?

Su vecina asintió. Quedaron en silencio.

—Está embarazada.

—¿Qué? ¿Quién está embarazada?

—Doña María, tiene dos faltas. Cuando me lo ha contado, he pensado que se nos acababa el ángel de la guarda, ya no necesita pedir nada a la Virgen, lo tiene todo.

—¿Pero? —Pili sabía que iba a decir algo más y la animó.

—Pues que dice que sea una especie de amiga o confidente.

—¿Amiga de esa señorona? —intervino Petra.

—Y que me recompensará. Ni siquiera su marido sabe lo del embarazo y me lo ha contado a mí. No entiendo nada.

—No hay nada que entender, niña. Mientras te siga dando comida, que te cuente lo que le parezca, El Quijote en verso si le viene en gana. Tú ver, oír y callar.

Paola asintió. No dejaba de pensar en doña María, aunque seguía teniendo muchas reservas a la hora de creerla, estaba llegando a la conclusión de que era una buena mujer, posiblemente vivía fuera del mundo, de la realidad que la rodeaba, cubierta de algodones, pero al mirarla traslucía su buen corazón. Su existencia se ceñía al encierro en una cárcel de oro y a pesar de ello, no se negaba a saber, cada día que pasaba era más consciente de lo que había a su alrededor y de quién era su marido. Dejó aparcadas sus elucubraciones y empezó a hacer la cena, los días que por la noche había algo que comer eran una fiesta.

Cuando ya habían terminado la frugal comida y los niños estaban en la cama, Paola preparó un plato para Manuelín, cruzó decidida el patio y entró en el gallinero. El hombre se sobresaltó, pero al intuir su figura sonrió.

—Te traigo algo de comer, no es mucho porque no nos sobra, pero está rico.

El guiso humeaba y casi le da un mareo cuando llegó el olor hasta él.

—Huele de maravilla. ¿De dónde sacas estos… —no encontraba la palabra— manjares?

Paola no pudo por menos que echarse a reír, la ocurrencia no tenía desperdicio.

—¿Manjares? ¡Un cocido de mi madre sí sería un manjar! —se quedó seria—. Me busco la vida. Miró la cara descompuesta del miliciano y se apresuró a desmentir sus malos pensamientos.

—No me vendo, si es eso lo que piensas…

—Pau, yo no he querido decir que tú hagas nada malo.

Pau, pensó... ¿Cuánto tiempo hacía que nadie la llamaba así?

—Le he caído en gracia a una señoritinga a la que llevo una imagen de la virgen a cambio de una propina. Y de vez en cuando me da un paquete para los niños. Entre eso, lo que saco con las propinas de otras señoras, lo que ganan mis vecinas, el racionamiento, vendiendo los huevos y lo que encuentro entre los escombros, nos vamos apañando. Pero no hace frío, el invierno es mucho más duro.

—No sabes cómo te admiro —los ojos de Manuelín la miraban con cariño.

—No hago nada más allá de lo que hacen miles de madrileñas para sobrevivir, tengo dos hijos que mantener y sueño con volver a traerme a mi niña que está en el pueblo.

Manuel la miró desconcertado.

—Al acabar la guerra, en vista de que Adrián no regresaba y sin nada que llevarnos a la boca, me encontré con mi hermano que volvía del frente y me convenció de que mi Paola se fuera con mis padres hasta que mi marido volviera o se solucionara un poco la situación. Espero poder ir a por ella la primavera que viene, no quiero que piense que la he abandonado.

El miliciano iba comiendo aquel guiso, poco más que agua y verduras con un regusto lejano de carne, de vez en cuando una monda de patata bien limpia y cocida hacía las delicias de su paladar. Se le antojó una comida exquisita.

—¿Qué piensas hacer cuando te vayas? —Paola exhaló el aire que retenía en los pulmones y suspiró, estaba a punto de lanzarse a los pies de los caballos ella sola.

—Esconderme, supongo, como he venido haciendo hasta ahora —contestó rebañando tranquilamente las últimas gotas, sin fijarse en su amiga que se frotaba las manos con nerviosismo. Ella agradeció que no rogara quedarse, que no hablara de su futuro como lo que era, un suicidio.

—Manuel, yo…

Él levantó los ojos y la miró con una ternura infinita, después amagó con una sonrisa.

—No hace falta que digas nada —interrumpió sus palabras—. Imagino lo que estás pensando, no necesito que te justifiques ni que pienses que me traicionas, mañana me iré y te agradeceré el resto de mis días estas dos jornadas de descanso y comida, a pesar del peligro que supongo para todos los tuyos. Sólo hay agradecimiento en mi corazón, sólo eso.

—No era lo que iba a decir, veo que en el fondo muy poquito has cambiado —y sonrió.

—Ah ¿no?

—No, señor militar.

La atmósfera de complicidad que se estaba creando a su alrededor les trajo viejos recuerdos de juventud, de charlas en las escaleras, de paseos por Madrid. Por un instante parecía que en aquella oscuridad se escondía su vida, la que pudo ser, la que se malogró como tantas otras.

—Perdone usted, señorita. Soy todo oídos —comentó con ironía y, dejando el plato a un lado, se recostó apoyándose en una sucia pared cargada de excrementos, que crujió por su peso.

—Hemos tenido una idea para que no tengas que irte.

—¿Hemos? —preguntó. No podía verle claramente, pero notó que se tensaba. Todas las alarmas se habían encendido en la mente del soldado.

—Sí, mis vecinas y yo.

Se incorporó incrédulo.

—¿Cómo se te ha ocurrido semejante locura? Te pones en un peligro innecesario, Pau. En los tiempos que corren nunca sabes con quién hablas. Hoy mismo me voy de aquí, por nada del mundo quisiera…

Paola levantó los brazos y trató de tranquilizarlo. En la oscuridad sus manos se rozaron, los aspavientos de él habían chocado con los ademanes de ella. En un susurro le mandó callar.

—Para, para, soldado. Mis vecinas son de fiar, son como mis hermanas, de hecho, pasan más tiempo aquí que en su casa. No podría hacer nada sin consultar antes con ellas, somos una pequeña familia y créeme que jamás saldrá de su boca nada que pueda perjudicarme. No es algo que haya surgido ahora, hemos compartido todo, antes, durante y después de la guerra. Miedos, dudas, enfados, hambre, hemos compartido nuestra miseria lo mejor que hemos podido. Puedes estar tranquilo.

Manuel se volvió a recostar, pero lo que menos sentía era tranquilidad. Él sabía cómo estaba la situación y empezó a impacientarse con la idea de marchar, de dejar aquella casa donde sólo podría provocar problemas. No se encontraba preparado para lo que estaba a punto de escuchar.

—Te vamos a esconder — confesó con contundencia.

El silencio se mezcló con la oscuridad y paró el tiempo. Manuel, sorprendido, tardó unos segundos en reaccionar, la idea era tan dulce que la saboreó unos instantes.

—¡No, no y mil veces no! Te agradezco que por un momento lo hayas pensado, pero sería injusto. Un suicidio. No tienes ni idea del peligro al que te enfrentas. Si por quedarme aquí

os pasara cualquier cosa… —Manuelín calló y contuvo el aliento tratando de desprenderse de las imágenes de su horror particular —. El peso de mis culpas ya es bastante insoportable como para añadir alguna más.

—Ni siquiera has oído mi plan —la voz de Paola reflejaba su hartazgo.

—¿Es que no lo entiendes? Sería como guardar una granada en tu armario.

—Lo que entiendo es que dejarte marchar sería firmar tu sentencia de muerte. Sé perfectamente lo que hay ahí fuera, no olvides que mientras vosotros jugabais a la guerra, quien ha sobrevivido en este Madrid peligroso y destrozado he sido yo. Y desde que empezó el conflicto, por un bando y por otro he sabido de fusilamientos y de denuncias, de violaciones, de llamadas nocturnas, de militares iracundos y de miedo. Sin mencionar el hambre, el frío y las bombas. Así que escucha lo que tengo que ofrecerte y no vengas a darme lecciones de vida como si fuera una pobre mujer que no se entera de nada. Siempre tienes la posibilidad de seguir con tu plan y Santas Pascuas.

El silencio volvió a adueñarse del espacio. Paola aprovechó esos instantes para serenarse, estaba realmente enfadada, tanto que le hubiera estampado una sartén en la cabeza. Los hombres a veces creían que no había más seres inteligentes en el universo. El miliciano reflexionaba, las últimas palabras le habían descolocado completamente, la complicidad se había diluido.

—Te escucho, Pau —dijo por fin cuando aquel vacío se empezaba a hacer molesto.

—Entre el techo de esta casa y el tejado hay un espacio diáfano, lo sé porque Adrián tuvo que subirse allí a arreglar algo del tejado y aunque yo nunca he estado, mi marido comentó que no se esperaba que fuera tan amplio. Se accede por una trampilla que hay en la habitación pequeña, pero hace siglos que está cerrada. La idea es meterme esta noche y ver si realmente podrías esconderte allí, no tenemos una escalera, la quemamos hace tiempo para calentarnos, como comprenderás no tenía ningún uso, pero puedo subir una silla sobre la cama y auparme.

En caso de que fuera posible, no podrías salir nunca, no hay ventanas y la única ventilación llega por dos pequeños ventanucos redondos por los que apenas cabe una cabeza. Te tendrías que encargar de ir acondicionándolo con lo poco que te podamos ofrecer. Sé que estará sucísimo y presumo que habrá alguna rata porque a veces las oímos. Eso sí, has de ser muy cuidadoso con los ruidos por los niños, por el resto del vecindario puedes estar tranquilo, esta casa sólo tiene paredes comunes con mis vecinas ¿Qué te parece?

—No sé, Pau… no sé. Es tan tentador… pero tan peligroso a la vez.

La mujer se levantó del pequeño taburete en el que se había sentado, el que utilizaba antaño para recoger los huevos, se palmeó las piernas, cogió el plato que estaba en el suelo y miró a su amigo un segundo.

—No hace falta que lo decidas ahora. Por lo pronto voy a ver qué hay allí arriba, a lo mejor te estoy ofreciendo un imposible. Vete pensándolo esta noche y mañana hablamos, luego vendré a vaciar el orinal, ahora es demasiado pronto.

Salió y cerró el gallinero. Los rayos de una luna que se iba redondeando se filtraba entre las parras perfilando los contornos de todo lo que iba amontonando en el patio, seguro que algún día serviría de algo. Temía el invierno, lo conocía bien, sería duro y quizá con un miembro más en la familia.

Desde el ventanuco Manuel la miró marchar, con paso firme se metió en la casa. Seguía siendo un saco de huesos, pensó para sí, pero un saco de huesos que, no tuvo más remedio que reconocerlo, nunca había dejado de amar.

20

Nadie le había dirigido la palabra desde que salió de su casa. Lo único que sabía era que estaba en el calabozo de una comisaría, sentado en una silla desde hacía varias horas, no podía calcular cuántas, pero eran muchas y necesitaba ir al baño.

—¡Oiga! —llamó.

Pero no recibió ninguna respuesta. Si no aparecía alguien pronto se mearía los pantalones. Estaba nervioso, y aunque se repetía una y otra vez que él no tenía delitos de sangre, en lo más profundo de su corazón el terror lo atenazaba. Oyó pasos y sintió un momentáneo alivio. Un hombre corpulento entró por la puerta y cuando Pablo intentó hablar, una lluvia de golpes le estrelló contra el suelo. Antes de que se multiplicaran, antes de que sintiera estallar los huesos hasta perder el sentido, fue consciente de que lo tenía todo perdido.

Veinticuatro horas de preguntas y violencia, veinticuatro horas que se convirtieron en una vida entera. Poco importaron ya las ganas de ir al baño, las respuestas que había tejido en su cabeza, lo único por lo que rezaba era porque acabara todo aquello. Recordaba un juzgado al que se presentó medio moribundo, un consejo de guerra, palabras inconexas, listas de delitos, rostros graves vestidos de uniforme, compañeros de suplicio a su lado, mirando al suelo, y no pudo evitar escuchar la sentencia final. Estaba condenado a muerte.

Trató de protestar, de defenderse, de explicar que estaban equivocados, pero la mano férrea que lo mantenía en pie para oír el veredicto lo enmudeció. Un amago de abrir la boca lo devolvió al dolor extremo y calló. Volvió a constatar que todo estaba perdido y se rindió a la evidencia. Ya no quiso escuchar más, ni siquiera le importaron las últimas palabras, esas que dictaban que, a la espera de que se cumpliera la sentencia, sería enviado a la cárcel de Porlier. ¡Qué más daba!, pensó desalentado, no existía un lugar decente donde morir de aquella manera.

De todos era conocido que la cárcel de Porlier había sido una *checa* durante la guerra, unas instalaciones que se habían utilizado en el bando republicano para detener, interrogar, torturar y ejecutar a simpatizantes o sospechosos de simpatizar con el alzamiento del general Franco. De allí habían salido las *sacas* de presos que habían sido asesinados en Paracuellos del Jarama.

Una vez acabada la guerra, había continuado con su función penitenciaria, pero esta vez como Prisión Provisional de Hombres nº 1, reorganizada por el régimen del dictador. De aquí, paradójicamente, volvieron a salir miles de presos para ser ajusticiados, repitiéndose la historia con protagonistas del bando contrario. En aquellos tiempos que corrían, Porlier era casi garantía de muerte y los fusilamientos, en sus inicios, fueron prácticamente diarios.

Pablo entró en la cárcel ayudado por dos presos porque no se tenía apenas en pie y fue directamente a la galería número tres, la galería donde se apelotonaban los prisioneros que habían sido condenados a muerte. Con la correspondiente queja de algunos, le hicieron un sitio y lo tumbaron en una esquina, en una especie de jergón que los más generosos habían montado con telas y abrigos. Perdió la noción del tiempo, de las cosas que ocurrían a su alrededor, se dejó caer en un duermevela absurdo con olor a rendición, deseando que sus heridas fueran tan grandes como para provocarle la muerte, una idea que como un martillo pilón retumbaba en su cabeza. Alguien le cuidaba y le daba algo con el agua, no sabía bien qué, pero hubiera deseado que le envenenaran allí mismo para acabar de una vez con todo aquello.

No obstante, la naturaleza humana es caprichosa, se aferra a la vida y contra todo pronóstico Pablo fue mejorando poco a poco. Los golpes habían sido muchos, pero los malnacidos aquellos sabían bien dónde pegar para alargar la agonía de sus enemigos. Matarlo hubiera sido un acto de caridad, mucho más cruel era una recuperación sazonada de sufrimiento sabiendo que no había salida. No menos importante fue la ayuda de don Álvaro Serrallo, un médico castrense que se ocupó de él desde el primer momento, otro preso a la espera de su fatal destino que mientras llegaba su hora no olvidaba su juramento hipocrático.

De esta manera, una semana después de su llegada, Pablo ya caminaba, aún tenía fuertes dolores, pero podía incorporarse. Según le comentó Álvaro, se suponía que tenía una o varias costillas rotas, por eso le dolía tanto al respirar, por lo que le recomendó el mayor reposo posible, pero Pablo consideró que era absurdo tratar de curarse para morir después de un tiro, reflexión que compartió con el médico. La respuesta de éste fue contundente.

—Nunca hay que perder la esperanza, ni siquiera cuando salgamos de aquí rumbo al paredón.

Durante su convalecencia Pablo no había sido consciente del horror de aquel agujero, de la tortura que suponía la espera de la muerte, pero una vez medio repuesto, una vez que dejó a un lado sus ansias de acabar con todo de una vez, se enteró de cuál era la rutina de la parca en aquella galería perdida de una prisión madrileña.

—Hoy nos visitará *La Pepa* —le comentó el médico la primera noche que Pablo estaba en disposición de hablar. Su voz acongojada había cambiado su tono optimista y el exseminarista supo que algo desagradable se cernía sobre ellos.

—¿ *La Pepa?* —el preso trató de incorporarse con un rictus de dolor.

—¿No has oído la corneta? Pues cuando acaba tan lentamente quiere decir que esta noche habrá muertos.

Pablo no acababa de entender. Álvaro se tocó los bolsillos de su raída chaqueta y por fin se detuvo en uno. Sacó un cigarrillo y empezó a fumar compulsivamente. Pablo le miró con codicia, extendió la mano y le pidió otro.

—No es bueno fumar cuando aún te cuesta respirar.

—Me van a matar igualmente, al menos que tenga el regusto del tabaco en los labios.

El médico sacó otro cigarro, lo encendió y se lo pasó a su compañero. La galería, siempre tan bulliciosa, estaba sumida en un angustioso silencio, un silencio demasiado tenso, tanto que parecía haberse convertido en amarga y lúgubre gelatina. El doctor apagó el cigarro con mano temblorosa y le susurró con un deje de temor.

—Ahora vendrá un hijo de puta y leerá los nombres de los que se lleva, a esos ya no los volveremos a ver. Si me vas a preguntar cómo se entera el corneta, ni idea, pero el tío lo sabe antes que nadie. Es un tipo raro, pero nos hace un favor, nos da la ocasión de prepararnos o dormir tranquilamente un día más. Él es el encargado de tocar silencio, para que callemos, y el muy cabrón, si termina el toque normal, estate seguro de que esa noche no hay listas. Sin embargo, si acaba como hoy, tan lentamente…

No terminó de hablar, tampoco hacía falta dar muchas más explicaciones. Las pequeñas luces de los cigarros, aquí y allá, se incendiaban rítmicamente como diminutas luciérnagas entre unos corazones desbocados y ansiosos esperando la muerte. Después empezaron los movimientos nerviosos, la tensión de la espera se hacía insoportable. Pablo en su rincón aún no había interiorizado lo que estaba a punto de ocurrir.

Resonaron unas botas sobre el piso y al fondo de la galería apareció un oficial seguido de dos muchachos armados con fusiles. Un cigarrillo colgaba de sus labios y destilaba una actitud altanera en su forma de andar. Se paró en medio del corredor, las piernas abiertas y la mirada desafiante, haciendo que la respiración de todos los presos se mantuviera en suspenso.

Él oficial ni se inmutó, dio una profunda calada al cigarrillo y casi sonrió. Era evidente que disfrutaba del momento, del poder que sobre la vida de aquellos *rojos* ejercía.

—¡Pablo…! —y calló para dar otra calada al cigarro mientras torcía la cabeza como si no entendiera lo que ponía en el papel que llevaba en la mano.

El corazón del prisionero recién recuperado se aceleró y no supo si sería capaz de levantarse con dignidad y salir de aquella celda sin echarse a llorar. Fueron unos segundos, pero su mente viajó a los días del seminario, a la sonrisa de Sonsoles, al nacimiento de sus hijos …

—¡Sánchez Ragel! —concluyó el nombre a voz en grito.

Un mudo suspiro de alivio abandonó las gargantas de todos los Pablos que había allí encerrados.

—Soy yo —surgió una voz desde el fondo de la galería. Se abrió una puerta y el condenado, un hombre de unos cuarenta años, con la cara curtida y unas manos fuertes y cargadas de venas, muy erguido, se colocó entre los guardias armados.

—¡Viva la República! —chilló y recibió un golpe que lo dobló momentáneamente. Gritos de ánimo salieron de muchas gargantas hasta que el oficial dijo el siguiente nombre.
—¡Luis…!
Y de nuevo se quedó en silencio fumando su cigarro. Pablo pensó que, en aquellos momentos de angustia, el oficial disfrutaba ensañándose con ellos en sus últimas horas. Le pareció inhumano… pero ¡que era humano en aquella maldita guerra!
—¡García Moral!
En esta ocasión nadie contestó.
—¡Luis García Moral! —atronó la voz del oficial repitiendo el nombre al completo esta vez. Un muchacho de apenas veinte años se acercó. Algunos compañeros trataban de insuflarle ánimo, pero cada paso que daba perdía las fuerzas un poco más. Lloraba. Hacía esfuerzos por secarse las lágrimas, pero no era capaz de contener los sollozos. De repente, las piernas le fallaron y estuvo a punto de caer al suelo. El curtido Pablo Sánchez Ragel se acercó a él y lo sostuvo hablándole al oído.
El oficial le miró con desprecio y murmuró algo de un ejército de cobardes, pero inmediatamente volvió a su papel y a su cigarro.
Y así continuó la lista con distinto resultado. Unos salían con el puño en alto, vítores de sus compañeros y vivas a la República, conscientes de que más allá de quitarles la vida no podían hacerles sufrir más. Otros no tenían tanto coraje y se derrumbaban cuando su nombre surgía de aquellos condenados labios. De nada servían los ánimos y las voces de sus compañeros. Incluso hubo un hombre que se desmayó, no aguantó la tensión, sus nervios se rompieron y tuvieron que llevárselo en brazos con la consiguiente guasa del oficial.
Por fin, aquella ominosa lista concluyó y todos desaparecieron. La galería permaneció en silencio colmada de emociones, el terror compartido, la tristeza por los compañeros a punto de ser fusilados, el rencor hacia los verdugos de sus camaradas y, como no, el alivio de sobrevivir un día más, sin esperanza real, pero con la incertidumbre de poder ver, al menos una última vez, a alguno de sus seres queridos.
—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Pablo se incorporó y preguntó en susurros al médico.
—Tres meses —suspiró.
—¿Y cómo lo soportas?
—No queda otra. Vivir dignamente y tratar de morir de igual forma, eso me enseñó mi padre. La fe no me abandona. Sé que mi mujer está tocando todos los palillos habidos y por haber para que me conmuten la pena, para que la rebajen a cadena perpetua. Su familia es influyente, yo no he matado a nadie, curar soldados era mi cometido y lo que me tiene aquí es que era afiliado al Partido Socialista, pero si me han de fusilar, será que ha llegado mi hora.
—Yo no sé si podré… —comenzó Pablo titubeante.
—Me llamo Álvaro Serrallo —le cortó el doctor—. Aún no me he presentado.
—Pablo Martínez —y le tendió la mano.
—¿Te puedo tutear? — Pablo asintió—. Al llegar todos tenemos la misma sensación, nos negamos a aceptar lo que estamos viviendo y pensamos que no seremos capaces de seguir.
—Haz caso al médico —una voz surgió a su lado. Se giró y vio a un hombre apoyado en la pared con un palito en los labios.
—Pero no hay que perder la esperanza —continuó Álvaro—, no hay que dejarse vencer por la desesperación, si has de vivir pocos días, al menos no los desperdicies sufriendo, no les sigas el juego a los verdugos. Yo me distraigo volviendo a los tiempos felices, a las personas que amo y esos recuerdos me ayudan a seguir. Eso y mis compañeros.
Se quedó un instante callado.
—Algunos, sólo hay que fiarse de algunos de los compañeros —interrumpió la misma voz de antes.
—Bueno, en eso tienes razón, Germán. Este es Germán Caballero —y señaló al dueño de la voz—, maestro de escuela. Puedes fiarte de él, es buena gente.
El aludido hizo un gesto de saludo con la cabeza.
Pablo le correspondió con un gesto, aún estaba conmocionado por lo que había visto.
—Shhhh —chistaron desde algún lugar indeterminado en la oscuridad.

—Y ahora a dormir. Mañana ya tendremos muchas horas para hablar —Concluyó el doctor
Pablo se tumbó en su jergón de trapos, le seguía quemando el pecho y las palabras del médico no habían calado en su ánimo tanto como le hubiera gustado. Quizás es que estaba hecho de otra pasta, una pasta de menor calidad que la de aquel hombre sensato que, al parecer, vivía cada día con la alegría de sobrevivir una jornada más. Pensó en Sonsoles, en su Sonsoles y le atravesó el corazón la idea de no volver a verla nunca más, dibujó en su memoria las caras de sus hijos, uno a uno, de la del mayor a Jesusín, el más pequeño. Y sin poder contenerlo, arreció el llanto y una mano anónima llegó hasta su hombro y le dio un apretón. Se secó los ojos y se serenó. Entonces sintió que las lágrimas no sólo habían quemado su alma, también habían vaciado su espíritu de tanto dolor y, mandándole un mensaje de amor a su mujer a través de la oscuridad, consiguió que el sueño reparador lo trasladara a otro mundo más amable.

Mientras esperaban la llamada de Lourdes, que podía producirse en cualquier momento, Angelines decidió acercarse a la cárcel. Estaba bastante cerca y pensó que tal vez podría tener noticias de su padre o al menos enterarse de qué posibilidades había de contactar con él. No hizo más que seguir la calle Lista y se encontró de bruces con una enorme fila de personas que se apretujaban a las puertas de la prisión. En general, eran mujeres, mujeres demacradas y esqueléticas, unas con sus hijos de la mano y otras solas, algún anciano también había, y Angelines se preguntó qué esperaban. Las puertas estaban cerradas, pero era evidente que se abrirían en algún momento, aquellas personas no estaban allí por estar, aunque era imposible que esa marea humana entrara en el recinto. Decidió preguntar.

Se colocó en la cola y miró a la mujer que tenía delante. Era bajita, con una nariz prominente que se hacía aún más evidente por la delgadez de aquel rostro ceniciento. Tenía los labios agrietados y costras en la frente que supuso seguirían por su cabello, aunque todo su pelo estaba tapado por un pañuelo negro. Aún estaba dilucidando si dirigirse a ella, cuando una muchacha de unos quince años se colocó detrás.

—¡Bendita sea la Virgen! ¡Qué tarde he llegado hoy! —murmuró. Y se puso de puntillas para observar con desaliento las innumerables cabezas colocadas delante de ella.

Angelines se volvió sin pensarlo dos veces.

—¿Abrirán las puertas? ¿Se puede visitar a los presos?

La muchacha la miró con los ojos entrecerrados. Podría haber sido muy guapa en otro contexto, limpia, bien arreglada, nutrida. Destacaban sus ojos azules y profundos en aquel rostro casi infantil que se abría a la madurez a golpe de carencias. Después de sopesarlo, se decidió a hablar.

—¿Nueva?

Angelines asintió.

—¿Tu marido? —inquirió de nuevo.

—Mi padre —la muchacha la miró de arriba a abajo.

—Sí, abrirán las puertas, pero hoy posiblemente nos vayamos igual que hemos venido.

La hija de Pablo la miró sin comprender.

—No sé quién eres, no me fio de nadie que no conozca.

—Me llamo Angelines, Angelines Martínez. Hace días se llevaron a mi padre y no hemos vuelto a saber de él. En la comisaría nos dijeron que estaba aquí y hoy he decidido venir a ver si puedo verlo —se colocó el pelo tras las orejas y trató de sonreír—. Mi madre se está volviendo loca.

—Di a tu madre que se tranquilice porque estos no tienen prisa por nada —y señaló hacia las puertas cerradas—. ¿Sabes en qué galería está?

Angelines negó con la cabeza. Aquella muchacha la estaba poniendo nerviosa con tanta pregunta sin sentido.

—¿Qué hay que hacer para ver a un preso? —volvió a intentarlo.

—Tener suerte, ser rápida, fuerte y llegar pronto, cosa que hoy no hemos hecho.

La joven iba a volver a preguntar sobre las crípticas palabras de la muchacha de ojos azules cuando esta se giró y retomó la palabra hablando muy bajito.

—Mira, te explico. Cuando abren las puertas, todas las personas que ves empiezan a correr para entrar lo antes posible. Puedes dejar un paquete con comida para tu familiar, incluso una nota, pero de todo ello no se sabe lo que le va a llegar, si tienes suerte hay una especie

de sala donde puedes hablar a gritos, pero se llena enseguida y cuando el tío del uniforme hace sonar las palmas se acabó la visita. Lo que sí nos cuentan, cuando nos podemos comunicar, es que apenas comen nada, que están llenos de piojos y que muchos se están muriendo. Cuidado con lo que mandáis, lo abren todo y lo leen todo y si algo no les parece bien va a la basura o a sus bolsillos. Hay días que nos podemos acercar a las verjas y tratar de buscar entre todos los prisioneros, pero te puedes imaginar la que se organiza; empujones, codazos y si te descuidas acabas matándote con otra. Hay algunas muy peligrosas por aquí, por eso hay que tener un ojo fuera y otro dentro.

—¿Por qué me has preguntado en qué galería está? —siguió indagando Angelines.

—Porque si es la tercera … allí están los condenados a muerte. Si un día no te dejan entrar…

La muchacha se dio la vuelta y parecía que ya había acabado de hablar, pero dudó un instante.

—El día que entres pon tu mejor sonrisa, explícale que todo va bien, que pronto encontrarás la manera de sacarle, aunque sea mentira, son cadáveres sin esperanza —estas últimas palabras estaban rebozadas de tristeza.

Un silencio tenso se abrió entre las dos.

—Gracias por la información —murmuró con la voz entrecortada.

La joven no volvió a abrir la boca y ella decidió intentarlo al día siguiente. No llevaba nada de comer, ni nota de aliento, ni fuerza en el corazón para dar ánimos.

—¿Qué has podido saber? —la ansiedad se reflejaba en el rostro de Sonsoles que estaba pálida, sentada en una silla de la cocina. A sus pies los más pequeños jugaban. Su hija decidió evitar los detalles dolorosos.

—Es posible entrar en la cárcel para hacer una visita, pero hay que madrugar. Volveré mañana, le llevaré algo de comida y escríbale unas letras, al parecer se las hacen llegar.

Sonsoles la miró incrédula.

—De eso nada, iré yo —sentenció.

—Pero madre, no creo que sea sitio …

—Mira hija, te lo agradezco, pero es mi marido —y se levantó de golpe como si las fuerzas hubieran vuelto de repente a sus piernas—. Tendrás que explicarme cómo llegar, pero necesito verle y hablar con él, saber que está bien.

Conocía a su madre y si había decidido ir sería imposible disuadirla. Soltó un suspiro.

—Me quedaré con los niños —dijo al fin.

—He estado pensando —continuó Sonsoles mientras empezaba a partir unas batatas— que Julio y tú deberíais mudaros a esta casa. Es muy grande y podemos pagarla entre todos. Tu hermano Agustín nos dio dinero que al cambio ha sido una pequeña fortuna, nos ha permitido abonar el alquiler de seis meses y comer, pero llegará un momento… Hay que unir fuerzas, hija, hay que tratar de hacer las cosas bien.

Miró a su madre un tanto desconcertada. Minutos antes parecía la viva imagen de la desolación, sólo había hecho falta una mínima esperanza y ya estaba intentando organizarlo todo.

—Tengo que consultarlo con mi marido, madre. No sólo depende de mí, pero me parece que puede ser una idea muy buena, el invierno se acerca y la comida cada vez es más escasa y más cara. Hasta el momento nosotros nos hemos apañado con lo que puede traer Julio de las sobras de la taberna, pero cada vez nos dan menos.

—Pensadlo bien hija, cuanto más unida esté la familia, mejor nos irá a todos.

De repente, el timbre de la puerta volvió a tronar y ambas mujeres se sobresaltaron. Sonsoles se levantó de un salto y agarró con fuerza la muñeca de su hija.

—¿Con quién has hablado? —gimió desesperada y aterrada a partes iguales. Con la mano libre la sujetó por el vestido—. ¡Con quién!

Angelines se soltó con cuidado, por un momento recordó a la quinceañera de ojos transparentes que le había hablado de la cárcel, pero enseguida lanzó ese pensamiento fuera de su cabeza, no había dicho absolutamente nada aparte de su nombre.

—¡Con nadie madre! Haga el favor de tranquilizarse.

Salió al pasillo con decisión rumbo a la puerta. Sus hermanos pequeños se marcharon disparados a su habitación un poco asustados al ver cómo su madre se derrumbaba en una silla con el gesto demudado y comenzaba a gemir con las manos en el rostro sin ningún

motivo aparente. Se oyeron gritos, Sonsoles quiso taparse los oídos y a punto estaba de hacerlo, cuando levantó la cabeza confundida. Efectivamente eran gritos, pero no parecían gritos de terror o de miedo, prestó atención, se secó las lágrimas. Voces femeninas llegaban hasta ella pisándose la una a la otra. Se volvió esperanzada y casi se le para el corazón al distinguir a la joven que aparecía por la puerta de la cocina.

—Mire madre a quién le traigo —la sonrisa de Angelines llenaba todo el espacio de alegría.

—¿María? ¿Eres tú? ¡María! —y se lanzó a los brazos de su otra hija que la recibió con un cariño infinito, mientras su la mayor se unía al abrazo y las tres sonreían, hablaban, reían y lloraban a la vez. Los niños, desde su habitación, alertados por las voces, se sumaron a la fiesta en un crisol de gritos, risas y aspavientos.

María era todo lo contrario a su hermana. Ésta era recia, de espaldas anchas, altura más que considerable para una mujer y cabellera azabache como la noche. La más pequeña, sin embargo, siempre había sido poca cosa, un nervio atado a un corazón indomable. De carácter similar al de su madre, fuerte y cabezota, era rubia, de rostro dulce y una belleza que ningún miembro de la familia acertaba a entender de dónde había salido. Su padre siempre bromeaba diciendo que había elegido lo mejor de cada casa.

—Belleza navarra —decía Sonsoles en aquellos tiempos tan felices, pero ya casi olvidados.

—¡Navarro ni de barro! —contestaba su marido haciendo un gesto que a todos hacía reír.

—¡Pues anda tú que los maños!

Volvió a la realidad de golpe, se separó del abrazo y miró a su hija, las penalidades de la guerra se habían cobrado parte de su belleza.

—¿Cómo nos has encontrado? ¿Quién te lo ha dicho?

María miró a su madre desconcertada.

—Padre —contestó como si fuera lo más obvio del mundo.

Un silencio opaco y triste dejó a todos en suspenso. María los miraba uno a uno sin comprender.

—A papá se lo han llevado unos señores *très mauvais* —la voz del pequeño Jesusín se elevó dejando un espacio diáfano a la pena.

María abrió unos ojos como platos e inmediatamente se le anegaron de lágrimas. Apenas pudo hablar para pedir explicaciones, pero su madre, sin extenderse en detalles, le contó lo sucedido. Mandaron a los críos a la habitación de nuevo y las tres mujeres se sentaron alrededor de la mesa de la cocina. Después de comentar las calamidades, Sonsoles miró a su hija de arriba a abajo.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? Te veo muy delgada.

—Vivo con mi novio —comentó. Su madre iba a torcer el gesto, pero se contuvo. No era el momento—. No sé si sabrá cómo andan las cosas en Madrid, nos las vemos y deseamos para poder sobrevivir. Pasado mañana nos echan de la casa, no tenemos nada que llevarnos a la boca y hace dos meses que tampoco tenemos dinero para pagar el alquiler. Juan está desesperado, busca trabajo, pero aún cojea demasiado para que nadie le quiera contratar.

—¿Cojea?

María afirmó con pesadumbre.

—Una bala perdida nada más entrar en combate, le hicieron prisionero, se escapó y se cambió de bando. Entró en Madrid con las tropas de Franco —. Se encogió de hombros con un mohín indefinido, tratando de dar por concluido este capítulo un tanto embarazoso. Conocía las ideas de su padre y no sabía cuál podría ser su reacción, pero nadie dijo nada, nadie se sentía capaz de juzgar a los demás por salvar su vida.

—¿Y por qué has dicho que fue padre quien te dijo que habíamos vuelto? —volvió a preguntar su madre.

—Pensaba que lo sabían. Cuando acabó la guerra pasaba por nuestra vieja casa siempre que podía, por si volvían. Miraba desde la verja y comprobaba que todo estuviera cerrado. Sé que era una tontería, esa casa no es nuestra, pero era la única esperanza que tenía de saber de ustedes y los niños. También perdí el rastro a Angelines y la verdad es que me sentía muy sola y temía lo que podría haber sido de todos ustedes. Hace unos días, en mi rutina, me acerqué y vi una nota que colgaba del pomo de la puerta. Tuve que saltar la valla, pero algo en el corazón me decía que era mi familia quién me hablaba. Padre dejó allí el mensaje, pero no he podido venir hasta hoy porque no se leía demasiado bien la dirección y

he tenido que intentarlo varias veces hasta dar con esta casa, supongo que la nota llevaba allí ya varios días.
Y siguieron hablando, contándose las desventuras de aquellos tiempos difíciles, buscando soluciones, sintiéndose más arropadas al ir, poco a poco, recobrando a cada uno de los elementos de su dilatada familia. María supo de Agustín, entre Francia y España, de Lourdes, siguiendo a su marido destinado en la Línea de La Concepción y de los pequeños. Sonsoles, como no, ofreció igualmente a su otra hija la posibilidad de mudarse con ella, había espacio para todos en aquel caserón de Manuel Becerra, destartalado pero amplio, pagado por adelantado. María ni siquiera se lo pensó, su situación era mucho más desesperada que la de su hermana y el ofrecimiento, una puerta abierta a la esperanza. El ala protectora de la madre volvía a extenderse con fuerza resguardando a su prole.
En un momento de la conversación, Sonsoles perdió el hilo del cotorreo de sus hijas. Pensó en Pablo, había dejado notas por toda la antigua casa para guiar de nuevo a sus hijos, y lo amó aún más si cabe. Después le imaginó encerrado, preso, seguramente maltratado, y un dolor intenso le quebró el alma. Se concedió un segundo a la añoranza y se juró sacar como fuera a su esposo de aquella trampa mortal que no se merecía.

21

Petra se llevó a Carmencita y a Adrián a su casa con la promesa de jugar a hacer recortables con una vieja revista que Paola había encontrado en sus paseos por Madrid. El papel era un bien escaso y muy importante para encender el fuego en invierno, pero lo mismo daba que estuviera entero o hecho pedazos.

Mientras tanto, Paola se dispuso a subir a la parte interna del tejado con la ayuda de Pili. Arrastraron un montón de cosas sobre una cama para hacer una torre a la que se pudiera encaramarse la muchacha en un equilibrio inestable. Empujó con fuerza la trampilla que se abrió sin demasiados problemas y, agarrándose a los bordes, se impulsó y metió medio cuerpo, después subió una pierna y por fin desapareció en el hueco. A Pili casi se le vinieron encima todos los trastos y tuvo que hacer malabarismos para sujetarlos. Sonrió al pensar lo ridículo que hubiera sido que al asomarse su vecina la hubiera visto en el suelo despatarrada.

Se sacó una vela del bolsillo, la encendió y miró a su alrededor. Aquello estaba sucísimo y olía a humedad y a cerrado. Se veían las vigas, pegotes de cemento aquí y allá, arena y, como no, los excrementos de las ratas por todas partes. Levantó la vela y ahí estaban, empezando a chillar y a moverse de forma descontrolada alejándose del fuego. Una sensación de inmenso asco subió por su garganta. Trató de olvidar a los repugnantes animales, ya verían cómo hacerlas desaparecer, y siguió observando el lugar. Había espacio para que una persona estuviera casi de pie en el centro y luego la altura iba disminuyendo a los lados. Decidió que sí era viable la idea de esconder a Manuelín en aquel tejado si eran capaces de limpiarlo y hacerlo un poco más acogedor y habitable. Sopló la vela y volvió la oscuridad. Sacó los pies de nuevo por la abertura y tanteó el apoyo, su vecina sujetó todo fuertemente y ella fue descendiendo con cuidado hasta quedar de pie en la cama. Estaba llena de polvo y suciedad, trató de sacudirse, pero fue en vano.

—¿Y bien? —Pili preguntaba mientras iba bajando cosas.

—Tiene posibilidades, pero hay que pensarlo todo muy bien. Para empezar, hay ratas —la vecina torció el gesto con asco—, y habrá que buscar una escalera que no parezca una escalera para poder subir y bajar sin jugarte la vida. Arriba hay mucho espacio, sucio, pero amplio. Creo que podremos hacerlo.

—Lo de las ratas es un problema.

—Creo que Manuelín preferirá vivir con ratas a morir fusilado —concluyó. Estaba claro que ya había tomado la decisión, su vecina la conocía demasiado bien y sabía que era mejor no entrar en polémica.

Al caer la noche, una vez acostados los niños, volvió al gallinero. Las gallinas no habían puesto nada, tal vez alarmadas por la intromisión de aquel extraño en sus dominios. Cogió el taburete y se sentó cerca de su amigo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó alargando un cuenco con sopa.

—Mucho mejor. Por fin he podido descansar tranquilo y a cubierto, y el guiso de ayer me devolvió la vida.

—La sopa también está muy buena y te he añadido un huevo escalfado para que cojas fuerzas. Es un tesoro, pero necesitamos que te recuperes, hay mucho trabajo por hacer.

Manuelín la miró indeciso, no sabía qué decir.

—Pau, no sé si te estás arriesgando demasiado, esto puede ser muy peligroso.

—Todo es peligroso hoy en día. Además, no creo que sea tan fácil que te descubran a no ser que hagamos alguna tontería, esto no es un pueblo, aquí la gente no se conoce tanto. Yo no voy a variar mi forma de vida, no me relaciono con casi nadie, ni siquiera con los vecinos de siempre porque no me fío ni de mi sombra. Adrián no ha vuelto, hace mucho que acabó esta maldita guerra, pero él no ha regresado y, sin embargo, nadie olvida con quién luchó, soy la viuda de un rojo asesino, poco más. La rutina de mi existencia hará el resto, nada cambiará, nada. De puertas adentro aún conservo la dignidad, no serán capaces de robármela, es mi territorio y en mi territorio mando yo. Esta guerra me ha demostrado que tengo que

buscarme las habichuelas, da igual el camino y eso es lo que voy a hacer, no me importa a qué tenga que enfrentarme, nadie va a salir en mi ayuda y yo no voy a permitir que me dobleguen.

El miliciano, emocionado, admiró una vez más aquel endiablado empuje, tragó saliva y puso sobre la mesa sus miedos.

—Pero sé todo lo que significa, una boca, una preocupación más y a cambio, la nada, no puedo ofrecerte nada, ni siquiera protección, sólo problemas.

—No estás del todo en lo cierto, ya te buscaré una ocupación, tú tranquilo. Quizás los zapatos.

—¿Zapatos?

—Sí, pero eso ya es otro tema —agitó la mano como si quisiera espantar un insecto—. Te lo explicaré cuando sea necesario. De momento nos centraremos en adecentar ese tejado.

Manuelín la miró preocupado.

—¿Estás segura, Pau?

—Completamente.

El silencio volvió a llenarse de complicidad y la silueta de una sonrisa se dibujó en la oscuridad.

—No tendré vida suficiente para agradecerte lo que vas a hacer por mí.

Ella se sonrojó, pero Manuel no pudo verlo. Una ola de cariño invadió nuevamente su alma y deseó abrazarlo, pero se contuvo, a cambió se levantó y recogiendo el cuenco que ya estaba vacío se volvió para marcharse. Se lo pensó un instante y se giró de nuevo.

—Hay que planear muy bien el momento en el que dejes el gallinero y subas al tejado. Creo que es el instante más peligroso, una vez arriba todo será coser y cantar. Buenas noches.

—Mañana nos pondremos manos a la obra. Buenas noches, Pau y… un millón de gracias.

La puerta se cerró y Paola se introdujo en su casa con una sensación extraña en el corazón. Él, como siempre, la observó ensimismado mientras se alejaba, siendo consciente que amaba cada uno de sus movimientos.

El traslado del miliciano habría de hacerse de noche, pero a esas horas los niños dormían en la misma cama que tenía que servir de escalera y la solución llegó nuevamente de mano de las vecinas. Para los críos ir a dormir a casa de las *tías* era toda una aventura, de manera que se tomaron como una fiesta lo de aquella noche, aún tibia, en la que los sonidos de la naturaleza se deslizaban por la oscuridad dando una falsa apariencia de normalidad.

Unos golpes suaves interrumpieron los pensamientos de Paola que, sentada en una de las viejas sillas de la cocina, cosía el penúltimo remiendo a unos pantalones del pequeño Adrián. Pili entró rápidamente con la noticia de que todos dormían, Carmencita se iba haciendo mayor y había preguntado varias veces por qué su madre no iba con ellos, pero las vecinas habían sabido convencerla y la niña había acabado cayendo en un profundo sueño mientras Petra les contaba un cuento eterno sobre princesas y malvados ladrones.

Iban a poner el plan en marcha, un plan que las hermanas apenas comprendían, pero apoyaban sin cortapisas. Paola había dejado atrás los sentimentalismos hacía mucho tiempo y, sin embargo, ahora decidía arriesgarse por ese hombre del que poco sabían. No obstante, conocían su carácter y una vez tomada una decisión, por muy absurda que pareciera, la llevaría hasta sus últimas consecuencias y ellas, como su familia que se consideraban, la seguirían al fin del mundo.

Manuelín ya estaba preparado cuando su amiga abrió la puerta del gallinero.

—Vamos, ha llegado el momento, tenemos que movernos a oscuras, pero se ve bastante bien. Por las noches se oye todo y tengo la sensación de que mil ojos nos vigilan, así que no hagas ningún ruido —susurró.

—Te sigo —contestó el soldado con una voz apenas audible.

En absoluto silencio, caminaron hacia la puerta de la cocina, entraron y se dirigieron directamente a la pequeña habitación donde les esperaba Pili con los nervios desatados. En una mesilla, una pequeña vela lanzaba extraños reflejos sobre sus rostros. Cerraron la puerta para que nadie pudiera ver luz desde el exterior, sin preocuparse por la ventana ya que daba al patio.

—Pili, éste es Manuel —hizo las presentaciones.

—Y ésta es Pili, mi vecina y amiga.

—Encantado —inclinó él la cabeza.
—Mucho gusto —sonrió ella al miliciano.
—Bueno, pues ya os conocéis. Ahora vas a subirte a la cama, de ahí a esa silla que sostendremos nosotras y entrarás por la trampilla. Sólo he podido subir un par de veces a limpiar un poco, pero con las ratas no sé qué hacer, las espanto y vuelven. Te he dejado alguna vela, cerillas y algo de comer. Petra ha hecho una manta trenzando pedazos de tela y poco a poco intentaremos encontrar más cosas para que estés a gusto.
—No tenéis que molestaros más, te lo aseguro. Me habéis devuelto la vida, ya te lo dije Pau, estás arriesgando... —. La voz de aquel hombre curtido en la batalla se quebró, no pudo seguir hablando, no quería que lo vieran llorar, así que se encaramó a la cama y se subió ágilmente a la silla, abrió la trampilla y desapareció en la oscuridad, unos instantes después asomó la cabeza.
—Gracias Pau, de corazón, muchísimas gracias. Y a usted y a su hermana les estoy igualmente agradecido.
Las dos mujeres estaban petrificadas, conmocionadas, emocionadas de ver a un hombre como aquel con lágrimas en los ojos. La primera en reaccionar fue Paola.
—¡Qué gracias ni qué gracias! —hizo un aspaviento con la mano—. Tú compórtate, no hagas ruido y todo irá bien. Si tuvieras una urgencia grave, da tres golpes en el suelo donde está el techo de la cocina y trataremos de venir lo más pronto posible. La comida te la daré por aquí, dando un golpe en la trampilla.
Manuel asintió ya repuesto de su debilidad.
—Y ahora todo el mundo a dormir —susurró la dueña de la casa dando por concluida la conversación
Se cerró la trampilla, Paola se fue a su cuarto y Pili durmió en la cama de los niños.
El miliciano encendió la vela y, como había mucha madera en aquel tejado, apuntó mentalmente que tendría que buscar un lugar seguro donde colocarla. Después inspeccionó el lugar. Como había dicho Pau, era bastante amplio y estaba razonablemente limpio. En el centro, perfectamente doblada estaba la manta de la que le había hablado y a su lado una sopa y un mendrugo. Se sentó y respiró profundamente, tomando conciencia de golpe de que aquellas paredes podrían convertirse en su único universo durante un tiempo ilimitado. Sopló la vela y se sentó a comerse lo que le habían dejado, estaba hambriento, no había ingerido nada en todo el día y la sopa, aunque ya fría, le devolvió el optimismo. Estaba vivo, estaba a salvo y, sobre todo, volvía a estar cerca de ella, no podía pedir más.
Extendió la manta y se colocó encima, no tenía ganas de dormir. La inactividad le mantenía descansado y el descanso le robaba el sueño. Se giró y un leve haz de luz se coló por el entramado de madera y cemento del suelo. Estaba exactamente sobre la habitación de Paola y por aquel diminuto orificio podía ver parte de ese cuarto. Ella estaba sentada en la cama con algo parecido a un camisón y se peinaba con parsimonia mientras mantenía la mirada perdida en el infinito. Sólo podía ver un lateral de su rostro, pero no pudo evitar que las lágrimas volvieran a agolparse en sus ojos, no las dejó salir, no tenía derecho a ese desahogo. Y volvió la culpa. Él y otros muchos como él habían llevado a mujeres como ella a aquella situación, no se habían parado a pensar en las consecuencias, en los heridos, los muertos, los desaparecidos, no habían contado con la más que probable posibilidad de destrozar una generación cuya felicidad se perdería para siempre. Paola se tumbó en la cama y sopló la vela, todo quedó a oscuras y Manuel se sintió desdichado de perderla ... una vez más.
Mantener a los niños durmiendo en aquella habitación se convirtió en algo peligroso, pronto fue obvio. Por muy despacio que se moviera Manuel, la madera del suelo crujía y miles de sonidos extraños se esparcían por la casa, centrándose en la pequeña habitación de la trampilla.
Una mañana Paola descubrió a Carmencita tranquilizando a su hermano que se empeñaba en decir que había fantasmas, que los oía por la noche. Esto la sobresaltó, se dio cuenta del riesgo que corrían y se dedicó a buscar soluciones. Por el momento, calmó a los niños asegurando que se trataba de ratas que se habían colado en el tejado y después les prometió que subiría y limpiaría todo para hacer que esos asquerosos animales se fueran.
—¿Que hay fantasmas? —. Las hermanas estaban en la cocina y Paola acababa de llegar

con lo que les correspondía del racionamiento.
—Eso dice Adrián.
—¿Esto es todo lo que te han dado? —. Petra abría los paquetes con desesperación—. Hay más jabón que comida.
—Si tuviéramos que vivir de esto moriríamos de hambre —. Paola miró con desaliento aquellas raciones mínimas y de calidad indeseable.
Pili cambió de tema, el asunto de la comida no tenía solución y únicamente desbordaba la impotencia y la rabia. Cada vez eran más largas las colas y menos lo que obtenían después de esperar interminables horas en la acera. Y eso sin tener en cuenta los peligros, los robos y la violencia que podían esperar en cada esquina cuando iban de vuelta a casa. Pero a su vecina no parecía asustarle nada, con su inseparable bolsa y su hacha en el refajo caminaba tranquila sabiendo que aquello se reduciría a dos variables, matar o morir.
—¿Y por qué dice que hay fantasmas?
—Porque oye a Manuel moverse, es evidente. Los tablones del techo crujen. Por el día no lo percibimos, hay demasiado ruido en la casa y por el exterior, pero al llegar la noche todo se magnifica y el jodio niño tiene buen oído. Carmencita también lo ha escuchado, pero con la explicación de las ratas se ha quedado convencida, Adrián, sin embargo, es un cabezota y sigue erre que erre con los fantasmas.
—¿Y qué piensas hacer?
—Buscar una solución, lo que me faltaba es que el niño fuera contando que hay fantasmas en la casa. Sería cuestión de sumar dos más dos y… en fin, que he pensado que voy a cambiar la habitación a los niños.
—¿En tu habitación no se oye nada?
—No, al menos yo no he notado nada. Les he prometido que voy a subir a matar las ratas y con esa excusa los voy a mandar a mi cuarto. Esa habitación da a la calle y es más ruidosa, con lo que es más fácil que se disimule cualquier sonido. Haré que compro matarratas, subiré, estaré allí un buen rato y bajaré diciendo que es posible que no nos molesten más. A Manuel le restringiré aquella zona y esperemos que el de los fantasmas se quede tranquilo —sonrió.
—¡Chiquillos! —Petra empezó a lavar unos boniatos para la comida.
Paola se levantó y salió de la cocina.
—Tengo que devolver la imagen a la Iglesia, que la recogí esta mañana. En media hora estoy aquí y comemos —dijo levantando un poco el tono de voz.
—No tardes niña, hoy tengo turno de tarde y quiero comer pronto —su vecina le habló mientras salía.
—Media horita —y la puerta se cerró.
Los niños tomaron con regocijo mudarse al cuarto de mamá, su cama era enorme, había un armario que, aunque no tuviera puertas, estaba lleno de tesoros y, sobre todo, lo más importante, allí no había fantasmas. Adrián andaba feliz por la casa, tan delgado que los ojos parecían dos enormes pozos negros, el pelo rapado para disuadir a los piojos, las chinches y demás fauna ligada a la miseria. Las rodillas siempre con costras y la cara a menudo sucia.
—¿A ti no te dan miedo los fantasmas? —preguntó con su lengua de trapo.
—No hay fantasmas, Adrián, te lo he dicho un millón de veces. No existen —Carmencita hacía dibujos en el suelo del patio con un palito—. Son ratas, ya te lo ha dicho mamá, pero eres muy cabezota.
—Es el fantasma de papá.
Su hermana se quedó de piedra, nunca hablaban de su padre, él ni siquiera lo había conocido y su madre se mantenía en un silencio permanente respecto a ese asunto desde que se llevaron a la pequeña Paola al pueblo. Eran los temas prohibidos de aquella familia. Siempre que, por cualquier motivo aparecían, la tristeza lo cubría todo y enseguida se cambiaba de tercio. La niña lo sabía bien.
—¿El fantasma de papá? Adrián ¿de dónde has sacado eso?
—Es el fantasma de papá —repitió el niño tozudo.
Carmencita resopló contrariada.
—No hay ningún fantasma de papá, él se fue y yo creo que no va a volver.

—¡Pero yo quiero tener un papá!

La niña se sintió afligida y por un momento se le enredaron las palabras en la tristeza y no supo contestar. Apenas recordaba ya a aquel hombre que la sentaba en sus rodillas, el rostro se había perdido en el tiempo y hacía mucho que no le echaba de menos. Tomó aire con fuerza y volvió a hacer los dibujos mientras pensaba qué decir. No quería que Adrián fuera con el cuento a su madre y ésta perdiera el control. No recordaba la cara de su padre, eso era cierto, sin embargo, no podía olvidar la de su madre, no podía olvidar aquel rostro desencajado y feroz el día que estuvo a punto de matar a la vecina a golpes.

—Mira Adri, papá no está en ninguna parte, no es un fantasma, se fue al cielo y desde allí nos cuida —. Al final se decidió por contarle el cuento del cielo que le había narrado Petra la última vez que preguntó por él y todo el ambiente se enrareció.

—¿Y ese cielo está en el tejado?

—No, eso son las ratas, te lo hemos dicho muchas veces.

—¿Y dónde está entonces? ¿Muy lejos? ¿Y podríamos ir allí? Yo quiero ver a mi papá.

Carmencita resopló una vez más, aquello se le estaba yendo de las manos, quería cortar la conversación, convencer al niño y que no dijera nada a su madre, pero su hermano era la curiosidad con dos patas.

—No se puede subir al cielo, uno sube ahí cuando está muerto.

—¿Papá está muerto? —el niño compuso un puchero.

—No quería decir eso, pero haces muchas preguntas y no sé responderte bien.

—No lo entiendo —insistió—. Paco, el de enfrente, tiene un papá que volvió del cielo y dice que yo no tengo papá porque el mío *estaba rojo.*

Ahí estaba, Carmencita lo supo, sin quererlo había llegado al núcleo del problema, al motivo de la desazón del chiquillo. Soltó el palo, que dejó a un lado, y extendió los brazos hacia él.

—Ven, cariño —dijo con dulzura.

El pequeño se acurrucó en los brazos de su hermana y Carmencita se decidió por la verdad.

—Papá tuvo que ir a una guerra. ¿Sabes lo que es una guerra?

El niño asintió.

—Donde se disparan los hombres —dijo muy serio.

—Bien —continuó—, pues papá se tuvo que ir. Tú no habías nacido, sólo estábamos mamá, Paola y yo. Él no quería irse, pero le obligaron y no ha vuelto. Tal vez le dispararon, se murió y no le dio tiempo a decírnoslo. Tal vez está escondido, tal vez huyó a un lugar lejano…

—¿Y a Paola también la pueden haber disparado?

—¡No! Paola está con los abuelos y está bien.

—¿Y por qué se fue?

—No quería, pero éramos muchos y con la abuela estará mejor.

—¿Y por qué no vamos todos con los abuelos?

—¡Vale ya, Adri! —Carmencita estaba agotada con tantas preguntas—. Te lo he explicado lo mejor que he podido, ahora me tienes que prometer una cosa.

—¿Qué?

—No hables ni de papá ni de Paola con mamá, se pone muy triste y no va a por comida — esta era la mejor baza, Adrián era muy comilón y siempre tenía hambre.

—Vaaale

Y de repente, el niño se soltó de los brazos de su hermana tan feliz, como si instantes antes no hubiera estado a punto de echarse a llorar. Se le había pasado todo con esa facilidad infantil para adaptarse a cualquier situación. Salió corriendo con sus patillas de alambre hacia la cocina y la niña, perpleja, oyó cómo preguntaba a Petra por la comida.

Dos días después, Paola anunció que subía a matar ratas al tejado.

—¿Puedo subir contigo, mami? —preguntó el pequeño de sus hijos con una mirada entre pícara e inocente.

—No, hijo. Las ratas te pueden morder y hacer que te pongas muy malito.

Le bastó con la explicación y salió corriendo al patio en busca de su hermana. Mientras, su madre se encaramó hasta la trampilla y se introdujo por la abertura, Pili le acercó un plato con comida, un mendrugo, más velas, unos cigarrillos que habían podido conseguir de

estraperlo y otra manta tejida con desperdicios de prendas viejas y lanas desechadas. Después desmontaron la escalera improvisada y Paola cerró la trampilla. Aunque a aquellas horas de la mañana y con los niños en el patio era difícil que se enteraran de nada, no quiso dejar ninguna puerta abierta a la improvisación que era la madre de la metedura de pata. Manuelín se acercó.

—¿Has subido a matar ratas? —dijo confuso, en un susurro.

—¡Qué va!

Y le indicó que se sentara, ella hizo lo mismo a su lado y en pocas palabras le explicó lo sucedido, el teatro que se veía obligada a hacer para evitar más equívocos. Manuel torció el gesto, estaba resultando todo muy complicado. Él trataba de no moverse, pero los tablones crujían permanentemente.

—¿Tú crees que así se conformarán? No puedo moverme menos, te lo juro, a veces hasta tengo calambres de estar en la misma postura.

—Sí, estoy convencida, ya les he mandado a mi cuarto y tú te mantendrás alejado de ese lado —y señaló la zona que estaba en la otra punta.

—Te estoy complicando demasiado la vida —murmuró y dejó caer la cabeza entre las rodillas con gesto de derrota—. Quizás lo mejor sería …

—¡Para! ¡Para ya con eso! —su voz sonó dolida, sonó enfadada—. Hay que acoplarse, todo tiene solución, pero mi Manuel no es la persona derrotada y hundida que tengo enfrente. No necesito tirar de más gente, te lo aseguro, no tengo fuerzas, con tirar de mí tengo suficiente. Así que esta ha sido la última derrota.

—Pero Pau ...

—¡La última, Manuel, la última! —le interrumpió apuntándole con el dedo—. Vamos a seguir viviendo porque no nos queda otra y tú con nosotras. Te voy a alimentar, te voy a cuidar, te voy a proteger, pero no me pidas que te dé unos ánimos que no tengo.

Manuel asintió despacio, ella tenía razón, estaba superada, pasaba hambre, penurias, miedo, se enfrentaba a un mundo hostil cada día sin saber cómo iba a salir de él, con una familia a sus espaldas y se acostaba cada noche proyectando cómo sería la siguiente jornada. Sin embargo, en los pocos días que llevaba con ella, no la había oído quejarse ni una vez.

Paola tomó aire, sus ojos brillaban, pero ya no se permitía el consuelo del llanto a no ser que fuera de rabia, a no ser que lo necesitara para combatir su suerte. Manuel la miraba con los labios apretados, con las manos aferradas al suelo para no dejarlas marchar, para no permitir que se escaparan y abrazaran aquel cuerpo que tanto deseaba. No quería confundirse ni confundirla. El silencio se hizo espeso entre la desazón, la tristeza y la confusión. Por fin Manuel lo rompió. Con la voz ronca y la garganta atestada de palabras que no iba a pronunciar, fragmentó la realidad.

—Lo siento, Pau, de corazón, lo siento. No tengo derecho…

Y sin saber por qué Paola se le acercó despacio, ante la incredulidad del soldado y, sin dejarle acabar, le abrazó y le susurró al oído, como si fuera uno de sus hijos en un día de pesadillas.

—Ánimo Manuel, ánimo. Lucha con tus fantasmas para seguir viviendo, arremete contra ellos como si te fuera la vida, esa que tantas veces pusiste en peligro. Acaba con ellos, uno a uno, sin desaliento, sin dejar ni un resquicio al pasado, no te reboces en tu tristeza, si lo haces, acabarás ahogándote en ella. Porque este presente es tan doloroso que no te puedes permitir el lujo de girar la cabeza y lamentarte de un pasado que ya no está. Mátalo, déjalo atrás y sigue, un paso tras otro. Piensa en hoy, para mañana ya habrá tiempo.

Él, cogido por sorpresa, se dejó abrazar y sintió la humedad de las lágrimas de Paola en su cuello. Nunca se preguntó para quién había hablado su amiga, si para él o para ella, de lo que estaba seguro era de que no podía fallar, no se podía permitir ese lujo. En aquel momento supo que seguiría aquellos pasos hasta el infierno si fuera necesario, nunca más la dejaría sola, y disfrutó, por primera vez en mucho tiempo, del calor de unas palabras. Estuvieron unos inmensos minutos así, uno junto a otro, sin hablar, sin pensar, alimentándose de la respiración del otro.

De repente, tal como se había acercado, se separó bruscamente, se soltó el pelo y se lo volvió a coger con fuerza en una coleta mirando hacia su derecha. Se sentía avergonzada de

aquel instante de flaqueza y no sabía cómo enfrentarse a los ojos de ese hombre por el que no sabía qué sentir. Se acordó de Adrián y mil puñales rasgaron su corazón sin compasión.

—Manuel, yo…

Manuel la miró con los ojos cargados de ternura y una sonrisa entregada, comprendiendo al instante lo que pasaba por su mente, casi rozando los remordimientos de su alma, sintiendo la zozobra de su corazón.

—No hace falta que digas nada. Soy tu amigo, siempre lo he sido y siempre lo seré. No pido más, ahí queda todo. Necesitaba la fuerza que me acabas de regalar en este abrazo y como tal lo tomo, como el de mi camarada de batallas, quién me guarda las espaldas y por quién daría la vida antes de que sufra. No tienes que sentirte mal, no has traicionado a nadie, Adrián está entre nosotros, como siempre.

Paola suspiró y se recolocó en el suelo.

—Hace tanto tiempo que camino con esta carga a cuestas, amigo mío, tanto tiempo, que ni siquiera sé si tengo sentimientos. He hecho cosas… —tragó saliva—, he hecho auténticas barbaridades. No tengo miedo a que me maten más allá de dejar solos a mis hijos, pero mi vida como tal, no existe. La Paola que conociste está enterrada, no hay ingenuidad en mí, ni sentimientos nobles, no hay contestaciones, ni primaveras, ni futuro. Camino, camino, camino sin descanso no sé hacia dónde, matar o morir, ese es mi lema.

—No hay otro lema, créeme.

—Sí, Manuel, sí hay más elecciones, morir con dignidad, esa es una elección.

—No te maltrates así, has hecho lo que tenías que hacer y has salido victoriosa de la podredumbre en la que has tenido que sobrevivir.

—No te equivoques, nada ha cambiado, seguimos igual, pero sin bombas. Muerte, hambre, humillaciones, insultos. Y aunque no lo creas, yo me he contaminado, soy igual que todos.

—Nunca serás igual que ellos. Y no me refiero a un bando u otro, he podido comprobar honestidad en ambos, así como bajeza en los dos. Me refiero a la esencia, al ser, al núcleo. Tú eres buena, lo eres y contra eso no puedes luchar. Si las circunstancias te han arrastrado, los culpables somos otros, los que os hemos hundido en este fango de mierda somos los merecedores de las humillaciones, los insultos, el hambre y la muerte. Tú sólo defendiste lo que otros quisieron robarte.

—He perdido una hija por el camino que no sé cuándo podré recuperar, supongo que ya ni se acordará de mí. Tengo un marido desaparecido, dudo que esté vivo, pero ni siquiera le puedo llorar. Una familia desmembrada. Todo estalló en mil pedazos el día que falló la palabra y la cordura, para dar paso a la batalla y el odio. ¿Y ahora qué? ¿A qué puerto he de volver? ¿Qué me tengo que perdonar y por qué he de arrepentirme?

Y no pudo contenerse más y dejó que las lágrimas, las pasadas y las actuales, las que había tragado y las que salieron en soledad, las de tristeza, las de ira, las de rabia, las de impotencia, todas, se precipitaran sin freno por su rostro, saliendo a borbotones en muda procesión hasta empapar su vestido ajado, remendado y descolorido. Y mientras tanto Manuel la miraba sin atreverse a secar sus dolores y, cuando no pudo más, cuando pensó que el corazón se le desharía si no hacía algo, extendió la mano con dulzura y apretó su brazo, lo que hizo que el llanto arreciara y la desolación se extendiera por aquel espacio perdido.

—Lo siento, yo …

—¿Madre? ¿Estás ahí? ¿Te queda mucho? Dice la tía Pili que ya no se oye nada —la voz infantil de Carmencita la devolvió de golpe a una realidad de la que no quisiera haber salido nunca. Se puso de rodillas y con la manga del vestido se secó la cara y la nariz.

—¡Ya salgo! —gritó—. Creo que de momento no he dejado ni una.

Se giró y miró a su amigo torciendo la cabeza con ademán interrogativo. Este asintió y con un gesto de la mano y una sonrisa le indicó que estaba todo dicho. Abrió la trampilla y se perdió por el hueco.

—¡Espera madre que sujetemos la silla!

Manuel oyó, sin moverse, cómo Paola se deslizaba a su mundo, escuchó a la niña ayudar a su madre, preguntar por qué tenía los ojos tan rojos. Oyó a Paola disculparse echando pestes del producto que envenenaba también a las personas. Escuchó el ritmo de la vida y no supo dónde encajar lo que había ocurrido en aquel tejado. Se sentía diferente, aquellas

lágrimas, aquellos susurros le habían transportado a otra época, a unas ilusiones perdidas, a un universo dulce y reconfortante que le dio alas para poder pensar en el día siguiente, en la esperanza de que se repitiera una complicidad semejante, en poder convertirse, de alguna manera, en el amigo de las sombras con quien poder desahogar sus angustias. Y sabía que ahí estaba el límite, pero era un camino tan maravilloso, que se dejó caer en la manta y se abrazó al aroma que sus pasos habían dejado flotando en aquel aire viciado.

22

Hacía una mañana triste, oscura y gris. El cielo amenazaba lluvia y el color plomizo del firmamento emanaba sensaciones de desasosiego y pena que atenazaban sin consuelo el corazón de Carmen.

José tenía todo preparado, un hatillo con su ropa y algo de comida. Se caló la gorra y miró a sus padres y a su hermano que estaban en el zaguán esperando su marcha. Carmen se frotaba las manos y se mordía los labios para evitar el llanto. El joven se acercó y abrazó a su padre dándole dos palmadas en la espalda, se fundió con su hermano, que le dijo algo al oído que le hizo sonreír y, por último, se giró hacia su madre, que desarmada, con el alma a la vista, se deshizo en llanto. Se acercó a ella y la envolvió con sus brazos.

—No pene madre, estaré bien. Conozco esas montañas como la palma de mi mano y Leandro estará conmigo, todo esto pasará pronto y volveré a casa con todos ustedes.

—¿Y cómo sabré que estás bien? —preguntó la mujer secándose los ojos con un pañuelo.

—No puede comunicarse con nosotros más allá de lo que nos cuente Leandro, Carmen. Sería peligroso —apuntó Marcial que a pesar de todo se mantenía sereno.

Carmen asintió.

—Pues ya llegó la hora, José. Haz como te he dicho, sales a la carretera, rodeas la senda para coger el camino a Madrid y a la altura de las tierras *del Arturo,* subes por el pedregal. Será una jornada larga por todo el rodeo que tienes que dar, pero es importante que no te cruces con nadie una vez pases los prados altos. Si vieras a alguien, que lo dudo, te escondes. En el cruce de la Peña Alta te esperará Leandro y desde allí subiréis juntos a su casa.

El muchacho asintió. Era la tercera vez que su padre le recordaba el plan, lo conocía de memoria, pero sabía que así se quedaba más tranquilo. Se puso el hatillo al hombro, cruzó la puerta y apenas había dado dos pasos cuando una voz infantil rompió la mañana.

—Tío, ¿te vas?

Todos se giraron sobresaltados, nadie había oído a la niña llegar hasta allí, se suponía que estaba durmiendo, pero Paz, con un camisón demasiado grande, producto de otro de su abuela, miraba desconcertada a su tío.

—Sí, pequeña, tengo que ir a Madrid.

—¿Te vas sin despedirte? —inquirió desconcertada. Era difícil no emocionarse al escuchar aquella vocecilla que más parecía un lamento—. Yo creí que … que no … que tú estarías...

Y se echó a llorar con desconsuelo. Manuel la cogió en brazos e intentó tranquilizarla.

—No se va para siempre, Paz, tiene que hacer unas cosas y después volverá, como cuando voy a los campos y por la tarde te cuento un cuento.

—¿Esta tarde vuelve? —la esperanza se abrió paso en los ojos infantiles.

—No, esta tarde no, pero en unos días regresará, ya sabes que no me puede dejar solo, hay mucha faena.

Paz no estaba completamente convencida.

—Te traeré un regalo, ¿de acuerdo? —apuntó José besándola en la frente.

—¡Un regalo! Vale, tío, pero no tardes ¿eh? Mamá dijo que vendría y no llegó nunca.

Y tras estas palabras escondió la cabeza en el cuello de su tío y no quiso mirar a nadie. Todos permanecieron en silencio, el mensaje de la niña había sido devastador.

—En unos días estaré de vuelta, te lo prometo. ¡Cuidaos mucho en mi ausencia!

Y José dejó la casa de sus padres con paso decidido mientras Carmen rezaba a la Virgen para que cuidara de su pequeño. Marcial maldecía rezongando aquella odiosa guerra y su hijo hacía reír a la niña para que olvidara sus decepciones. Todo se produjo sin complicaciones, como había planeado Marcial, apenas vio a nadie, sólo se cruzó con un vecino en la carretera que, al ver el hatillo, le preguntó que dónde iba, pero José, con toda la tranquilidad del mundo, le contestó que iba a Madrid a visitar a su hermana.

—Pues ten cuidado, hijo, los caminos no son seguros todavía.

José sonrió, se llevó una mano a la gorra en señal de saludo y siguió como si nada. En el

fondo sabía que era bueno que alguien le hubiera visto en aquel punto, que pudiera corroborar que estaba en Madrid. Un par de horas más tarde, cuando divisó a Leandro sentado entre las rocas con un haz de leña a su lado, suspiró aliviado. Tenía sentimientos encontrados, por un lado, había estado muy preocupado y había pasado mucho miedo cuando su nombre había salido a relucir en las bocas equivocadas, pero una vez pasado el susto, había asumido aquello como una aventura, con esa ingenuidad, con esa despreocupación que provoca la juventud.

Leandro era un hombre fornido, alto y con un rostro cuadrangular de facciones duras. Hablaba poco y en el pueblo se le tenía tanta lástima como respeto, sobre todo después de lo ocurrido con su familia. Era amigo de Marcial, de toda la vida, porque habían sido vecinos, aunque el leñador era bastante más joven. Tras la tragedia, él había cerrado a cal y canto la casa que tenía en el pueblo y se había trasladado al refugio del monte, se había aislado de todos y solo bajaba a vender su leña y a comprar provisiones.

Cuando vio llegar a José se levantó, se puso al hombro el haz y comenzó a caminar. El joven le siguió en silencio.

—El refugio no es muy grande —dijo por fin sin darse la vuelta—, pero estaremos cómodos. De vez en cuando suben los civiles a darse una vuelta, en realidad buscan *maquis,* pero como ya nos conocemos, yo hago que soy muy amable y ellos juegan a que crea que suben a ver si me encuentro bien. Sospechan que pueda ayudar a los de las montañas que tantos quebraderos de cabeza les dan, pero nunca encuentran nada, así que se despiden y hasta la próxima.

—¿Y es verdad?

—¿El qué, muchacho?

—Si es verdad que ayudas a los de las montañas —le brillaban los ojos de emoción.

—Eso no es de tu incumbencia y la primera lección que aprenderás conmigo es que cuanto menos sepas de nada, mucho mejor para ti —la contestación del leñador fue como un jarro de agua fría—. Te cuento esto para que estés alerta, no deben saber que estás allí y si los ves, te escondes. Ellos no te esperan, lo que hace que juegues con ventaja, además Tris te ayudará.

—¿Tris? —José no sabía que hubiera alguien más viviendo en el refugio.

—Mi perro, un mastín que se llama Tris, es el cabrón más listo del mundo, ya lo comprobarás. Huele a los verdes a distancia y se pone a ladrar como un loco, aunque cuando se acercan no les hace nada, sólo ladra para avisar. Así que, si le oyes, es hora de esconderse.

—¿Y si ladra por otro motivo?

—Sería raro, así que te escondes también. Tris es un perro muy tranquilo que se pasa la mayor parte del tiempo tumbado en el primer rayo de sol que encuentra. Si ladra, algo raro ocurre.

Y ahí acabó la conversación. Leandro siguió su ascenso a buen paso y José a la zaga. Más de una hora después alcanzaron un claro en el que se levantaba una cabaña de madera. Los ladridos del perro llegaron a sus oídos con claridad, pero un silbido le hizo callar, aun así, se quedó alerta a pocos metros de la casa hasta que su dueño se acercó, le dio unas palmaditas en la espalda y le acarició la cabeza.

—Deja que te huela —le dijo a José dándose la vuelta y, mientras seguían las caricias y el perro olisqueaba al muchacho, un lazo invisible de fidelidad se tendió entre todos ellos. Instantes después, el perro dio un último lametazo a los dos hombres, se giró y fue a tumbarse cerca de la puerta.

—Y ahora te enseñaré tu nuevo hogar.

No había pasado ni un día y Carmen ya echaba de menos a su hijo pequeño. Un velo de tristeza cubría su rostro y trajinaba en silencio por la casa sin ganas de nada, la pesadilla que vivían parecía no tener fin. Primero fue la guerra, esa palabra maldita que se llevó a tantos jóvenes a la tumba y que la obligó a separarse de su hijo sin la seguridad de que pudiera volver a verle, después el odio que se generó a continuación, ese odio, esa rabia que se masticaba en el pueblo como un veneno destructor, los saqueos de sus recursos en nombre de no entendía qué poder y ahora… y ahora esto. Se sacó el pañuelo de la manga y volvió a secarse un par de lágrimas rebeldes.

Su José no había hecho daño a nadie, era honesto, trabajador y respetaba a sus padres. ¿Quién querría hacerle daño? Sintió la indignación crecer en sus entrañas y un pensamiento agresivo se cruzó en su camino rumbo a la cocina. No se enteraría ella, no tendría la mala fortuna de enterarse de quién había hecho eso, porque Marcial era más sensato, más conformista, pero ella, no sabía de lo que sería capaz si llegaba a enterarse de quién era el malnacido que se había propuesto hacer daño a los suyos. Suspiró. No estaba bien pensar así, Dios no estaría contento con esas ideas. Se santiguó. Pero en las profundidades de su mente seguía alimentando la cólera furibunda contra el daño gratuito.

—¡Abuela! ¿Dónde estás? —la voz de su nieta la hizo dar un respingo.

—Voy a subir al sobrado —levantó la voz para que Paz la escuchara.

En un santiamén tenía a la niña a su lado.

—¿Qué quieres ahora?

—Es malo mentir ¿verdad abuela?

—Es un pecado, Paz. No se miente, está muy feo. A ver qué has hecho ahora.

La niña se quitó un mechón de pelo que, aunque rubio, cada vez se oscurecía más. Se rascó la cabeza, tragó saliva y se decidió.

—No he hecho nada, pero tengo una pregunta. ¿Va a volver de verdad el tío?

A Carmen la pilló de improvisto, era una niña muy lista para su edad, se le encogió el corazón y a punto estuvo de echarse a llorar. Se esforzó por mantener la emoción a raya y suspiró.

—¡Claro! No te preocupes, tardará un poquito porque Madrid está muy lejos, pero volverá, te lo aseguro.

—Y entonces, ¿por qué estás tan triste? Ni siquiera me has regañado cuando se me ha caído un poquito de leche en la mesa y lloras cuando crees que no te veo —y le señaló el pañuelo que se escondía en su manga.

Carmen tuvo que reírse, no le quedó otra opción ante los ojos inquisidores de su nieta, era eso o derrumbarse, deshacerse en llanto y confesar a una niña los miedos de una madre que no puede hacer nada ante los peligros que acechan a su hijo.

—No estoy triste, cariño, es sólo que lo echo de menos, es el más pequeño y nunca había dejado la casa. Aunque sé que va a volver, y esto se lo escribió a fuego en el corazón, me da miedo que pueda perderse, que no tenga dinero para regresar o qué sé yo.

—¡Pero si el tío José es muy listo! —dijo sonriente. Se acercó con un movimiento rápido y abrazó a su abuela a la altura de las caderas—. No te preocupes, yo te ayudaré tanto como el tío para que le eches de menos un poquito menos.

Carmen volvió a sonreír.

—¡Anda zalamera! Sabes tú latín. ¿Has hecho ya las letras que te puse en el papel gris?

Paz abrió los ojos desmesuradamente y negó lentamente con la cabeza.

—¡Voy ahora mismo! ¡Verás qué letras te hago hoy más bien! —y salió corriendo hacia la cocina donde Carmen le había hecho una especie de caligrafía en un papel de estraza. Aún no habían abierto la escuela definitivamente y, siguiendo la tradición familiar, la abuela estaba intentando enseñar a leer y a escribir a la niña. Se dio la vuelta y la vio perderse por el pasillo, tan pequeña, tan llena de vida, observaba lo que ocurría a su alrededor desde su inocencia, escondiendo dolores, adaptándose a lo que llegaba sin apenas quejarse. ¡Se parecía tanto a su madre! Mi Paola, pensó, mi otra niña. Una hija de la que apenas sabía nada, más allá de que aún seguía con vida. Tenía que dejar esos pensamientos a un lado, sólo le provocaban dolor, un dolor absurdo, un dolor sin esperanza, porque había que aceptar que pasara el tiempo, que el mundo volviera a recolocarse, que se olvidaran los rencores y las envidias, que las aguas volvieran a su cauce. Decidió confiar en ello y subió al sobrado en busca de algo de chorizo con el que aliñar el guiso.

José se adaptó a la vida de la montaña con facilidad, le gustaba tanto la naturaleza que se sentía como pez en el agua. Pronto aprendió las rutinas diarias y empezó a salir a buscar leña con Leandro, una leña que éste bajaba al pueblo para venderla y poder comprar lo necesario para vivir. También cazaban y ponían trampas para alimentarse y, por las noches, frente a la chimenea, mascaban en silencio sus pesares. A José le faltaba su familia, nunca se había separado de ella, echaba de menos el bullicio de las comidas, el calor de la mirada de su madre, el orgullo en los ojos de su padre, las confidencias con su hermano y el torbellino

infantil que era Paz. Durante el día, el trabajo le tenía absorbido, no quería ser una carga para Leandro y se esforzaba en sacar adelante todo lo que éste le decía, pero al llegar la oscuridad, llegaban los fantasmas de las ausencias.
Leandro no ayudaba, era tan reservado que podía pasar horas mirando el fuego sin despegar los labios. José había oído algo en el pueblo de la trágica pérdida de sus seres queridos, pero no se atrevía a preguntar a pesar de que, en varias ocasiones, tras un buen trago de vino, creyó ver en los ojos del leñador el rastro indiscutible del dolor.

23

Leandro se casó en el pueblo. Consuelo, su mujer, con un traje prestado de color crema y un ramo de flores silvestres se veía radiante aquel día de mediados de junio. Por fin hacían realidad su sueño, llevaban desde los quince años de novios, desde los quince años mirándose, reconociéndose, esperándose. Se sabían afortunados al haberse encontrado tan pronto y se habían enamorado porque no entendían otra manera de vivir.

Los padres de Leandro les habían ayudado a reformar un viejo molino en desuso que había pertenecido a la familia desde tiempos inmemoriales, aunque nadie en toda la comarca recordaba haberlo visto en funcionamiento. A las afueras del pueblo, pegado al río, era una construcción de piedra de buena factura, aunque toda la techumbre estaba desplomada y las malas hierbas crecían por doquier. Dos años habían tardado en hacer de aquella ruina un hogar, dos años de trabajo intenso, de utilizar todo el tiempo libre, de pedir favores y ahorrar dinero. Leandro se sentía orgulloso de cómo había quedado todo, hasta había puesto un pequeño jardín en la parte trasera porque sabía que a Consuelo le encantaban las plantas. Aquel sería su hogar, donde nacerían sus hijos y sus nietos. Eran una pareja feliz, una pareja de esas que destilan amor y paz a su paso y pronto la felicidad culminó con su primer hijo, Alejandro, y dos años después, con su hija Aurora.

Y entonces, estalló la guerra. Quizá sería mejor decir, les estalló la guerra.

A Leandro lo llamaron a filas a finales de 1938 y no le quedó más remedio, como a otros miles de hombres, de abandonar a su familia para luchar por unos ideales que no entendía. En el pueblo la guerra se vivía desde lejos, como un monstruo que se teme, pero que no llega. De vez en cuando veían militares, escuchaban en la carretera pasar vehículos del ejército, hablaban en la taberna; los pocos que sabían leer, opinaban y daban lecciones a los demás, pero poco más alteraba la vida de aquel pequeño lugar, eso y la latente tristeza por los jóvenes alistados en los primeros años, bastantes de los cuales volvieron en un ataúd o no volvieron nunca.

Se despidió de su familia una gélida mañana de invierno y después de besar las lágrimas de su mujer, le juró que volvería, le juró por lo más sagrado que no se dejaría matar. Entró en el cuarto de los niños y retuvo en su retina aquellos rostros inocentes para que le dieran la fuerza en los momentos más duros a los que sabía que se enfrentaría, no podía predecir entonces que esa obstinación por cumplir su palabra se convertiría en su mayor tortura. Consuelo quedó deshecha en llanto con dos niños y unas tierras de las que ocuparse, ella que estaba dedicada a su familia en cuerpo y alma. Rápidamente sus suegros se aprestaron a echarle una mano, ella era huérfana, y poco a poco fue sintiéndose más optimista con el futuro, a pesar de su impotencia y sus miedos. Y no es que Leandro no sintiera miedo, que lo sentía, lo que ocurría es que a las mujeres se les consentía y a los hombres no, ninguno podía permitir que le tildaran de cobarde. Otra cosa era el remolino interior, la imaginación desbordada cuando se revelaba la angustia en los corazones y los hombres procuraban, como podían, contenerla. Miedo a la muerte, al dolor, a la enfermedad, miedo a no volver a ver a los suyos, miedo a lo que les pudiera pasar en su ausencia, miedo enquistado y silencioso. Sin embargo, lo cotidiano se acaba por imponer como única arma contra los temores y Consuelo entró en ello de lleno, su tiempo se completó a base de trabajo con la esperanza puesta en el regreso de aquel al que tanto amaba. Hasta aquella fatídica noche.

Su suegro acababa de irse y le había insistido, como cada día, que cerrara a cal y canto la casa.

—Cierra bien cuando me vaya. Esta casa está demasiado alejada del pueblo y no corren buenos tiempos, menos aún para una mujer sola —le recomendó mientras se abrigaba.

—No se preocupe, estaremos bien —Consuelo terminaba de recoger los trastos que quedaban por medio. Su suegro todos los días esperaba hasta que oscurecía y los niños ya estaban en la cama para despedirse de su nuera, hacerle las últimas recomendaciones y proponer el mismo plan.

—Deberías pensarte lo de venir a casa mientras regresa Leandro, estarías mejor, y nosotros y los niños también. No me quedo tranquilo dejándote aquí sola cada noche.

Consuelo se acercó y le dio un beso cariñoso en la mejilla.
—Esta es mi casa y aquí me quedo —dijo suavemente—. Le agradezco mucho el ofrecimiento y todo lo que están haciendo por mí, pero no insista. El día que vuelva Leandro le estaré esperando en nuestro hogar.
Su suegro se dio la vuelta y salió cabeceando, si algo había descubierto de su nuera, era la cabezonería, empezó a caminar y rápidamente se perdió entre las sombras de la senda que conducía al pueblo. Consuelo cerró todo como cada noche, la puerta bien atrancada y los postigos de las ventanas bien ajustados. Se calentó una sopa y cenó echando de menos a su marido.
Estaba a punto de meterse en la cama cuando unos golpes sonaron en la puerta, la mujer se estremeció y por un momento todas las recomendaciones de su suegro llegaron en cascada a su mente. Se mantuvo en silencio, no eran horas para abrir a nadie. Nuevamente los golpes resonaron en toda la casa, tanto fuertes que su hijo apareció a su lado con cara de sueño.
—¿No abres? Igual es papá.
—¡Shhh! —le recomendó su madre poniéndose un dedo en la boca. El niño se calló. asustado.
—¡Abran o tiramos la puerta abajo!
Un vozarrón masculino y desconocido, acompañado de más golpes, les llegó amortiguado por las paredes.
—¡Mamá! ¿Quiénes son esos hombres?
—¡Calla! —volvió a indicarle a su hijo en un susurro—. Ve, despierta a tu hermana y os vestís sin hacer ningún ruido ¿entendido?
No sabía qué hacer. Se preguntaba si la casa resistiría, si las ventanas no cederían, si la puerta era lo suficientemente recia como para que aquellos hombres no pudieran entrar y se fueran. Nuevos gritos interrumpieron sus elucubraciones.
—¡Abra de una vez o prendemos fuego con todos dentro!
Consuelo sintió verdadero pánico, estaba aterrorizada, estaba desvalida, sola con dos niños y sin ninguna posibilidad de ayuda. Se acercó a la ventana de la cocina, allí había una ranura desde la que podía ver, aunque con mucha dificultad, parte de la entrada. Apoyó la cara contra el marco y al principio no vio nada. La oscuridad era completa. Esperó a que los ojos se le acostumbraran a la negrura y por fin los vio. Eran tres hombres armados con escopetas que llevaban a la espalda y creyó distinguir que tenían uniforme. Hablaban entre ellos entre risotadas. De repente, todo se iluminó. Un cuarto sujeto llegó desde detrás de la casa con una especie de antorcha, Consuelo no podía distinguir bien qué era por el resplandor del fuego, pero inmediatamente fue consciente del peligro que se cernía sobre ellos.
Ahogó un grito y se tapó la boca con las manos. Las lágrimas brotaron silenciosas sin que apenas se diera cuenta. Tenía que hacer algo, tenía que abrir la puerta o intentar huir, algo antes de que la madera empezara a arder y se quemaran vivos en aquella ratonera. Corrió hacia el cuarto de los niños donde, sentado sobre la cama, su hijo abrazaba a su hermana. Se secó la cara y les indicó que se abrigaran. Ella misma se puso un chaquetón de su marido. Empezó a oler a quemado y cuando Consuelo se asomó a la puerta, volutas de humo comenzaban a colarse por debajo. Se oían carcajadas y gritos, palabras que ni siquiera llegó a entender presa del pánico como estaba. Sus hijos lloraban y ella les volvió a demandar silencio. No lo pensó más, tratando de hacer el mínimo ruido posible, abrió la ventana de aquella alcoba que daba a la parte trasera, a su jardín, una bofetada de frío le alcanzó el rostro, pero no tenía tiempo de pensar en esas cosas. Cogió a su hija en brazos y la sacó al exterior, ayudó después a su hijo y por último salió ella. Tomó a la niña en brazos y dio la mano al niño. Agachados comenzaron a alejarse de su hogar, unas llamas en el otro lado empezaban a iluminar la noche. Se dirigieron al río, no les quedaba otra opción, el camino al pueblo quedaba en la otra dirección, la que obstruían aquellos hombres. Un grito se elevó en la oscuridad.
—¡Se escapan los ratones! ¡Allí! ¡Los he visto correr!
Consuelo se supo perdida, no podía escapar arrastrando a dos pequeños. Había pensado seguir la ribera del río para dar un rodeo y volver al camino mucho más adelante, pero

acababan de pillarlos.
—¡Coge de la mano a tu hermana y corre! ¡No te pares, Dios mío! Sigue hasta que estés a salvo, no mires atrás —le indicó al niño.
Estaban borrachos, aquellos sujetos estaban ebrios, ahora llegaban claramente las voces hasta sus oídos.
—¿Dónde vas tú, mamá? ¡No nos dejes solos! —suplicó. sollozaba desconsoladamente, sujetando a su hermana que estaba tan asustada que ni llorar podía.
—Luego me reúno con vosotros —volvió a susurrar—. Voy a tratar de despistarles, tú corre, corre sin parar y no sueltes a tu hermana.
Así lo hicieron, los niños siguieron corriendo río arriba y ella se dejó ver alejándose río abajo. Inmediatamente supo que la habían descubierto, pero respiró tranquila pensando que los niños se pondrían a salvo. No obstante, el azar muchas veces es diabólico y de improviso, salió la luna que estaba escondida entre las nubes, e inmediatamente sonaron varios disparos. Consuelo se frenó en seco, los disparos no habían resonado cerca de ella. Un sentimiento de angustia le alcanzó de lleno y el pánico más devastador le destrozó las entrañas. Se giró y salió disparada hacia donde se habían dirigido sus hijos, sin tomar ninguna medida, sin pensar, en sus oídos sólo estaban grabados los espeluznantes sonidos de las detonaciones. Oyó voces mientras se acercaba y sin ninguna precaución gritó sus nombres con el vano deseo de que contestaran.
El disparo la frenó en seco, sintió que se le quemaban los pulmones, por un instante se miró el pecho y con las manos se tocó la herida que se llenaron inmediatamente de sangre. Miró al frente, cogió un aire que le faltaba y continuó, jadeante, balanceándose como un muñeco roto, adelante entre los matojos, sin sentir el dolor. Una sola idea llenaba lo que le quedaba de vida, sus hijos. Paró por fin, cayó de rodillas al ver los dos cuerpecitos boca abajo, inmóviles, y cuando iba a tocarlos, un segundo disparo le cercenó definitivamente la vida.
—Sólo eran unos niños, Chipi. Eres un animal, yo no quiero saber nada de esto —oyó decir a uno mientras la vida se le escapaba a borbotones.
—Que no hubieran corrido, nos habríamos divertido un rato, pero la puta esta tenía que escaparse.
No pudo oír más, la vida de Consuelo se extinguió en la más completa de las amarguras, maldiciendo en los últimos instantes de su existencia a aquellos malnacidos.
Los cuerpos sin vida los encontró el padre de Leandro al día siguiente. Llegó temprano, seguía preocupado por su nuera y sus nietos y estaba dispuesto a hacerle cambiar de opinión, no era seguro quedarse allí a merced de cualquiera. Lo primero que vio fue la puerta calcinada y se temió lo peor. A pesar de los años corrió desesperado hacia la casa. Entró. Allí no había nadie. Todo estaba igual que lo había dejado la noche anterior, pero las camas estaban vacías, las de los niños deshechas, la de Consuelo aún sin abrir. La preocupación cada vez era mayor.
Salió y gritó los nombres de Consuelo y de sus nietos, una y otra vez, pero sus voces no obtuvieron respuesta. Dio la vuelta a la casa consternado, ¿qué podría haber ocurrido? Entonces descubrió la ventana de la habitación abierta de par en par y observó detenidamente el espacio. Alguien había salido por allí pisoteando las flores, sin cuidado ninguno. Siguió lo que creyó que eran pisadas que se dirigían al río, volvió a llamar desesperado a sus seres queridos, pero no obtuvo respuesta. Al llegar a la orilla se giró a la derecha pensando que en caso de huir lo más lógico sería ir hacia el pueblo y no hacia las montañas, y entonces lo vio, el dantesco espectáculo se le apareció de repente, entre los matojos cercanos al río.
Consuelo boca arriba, con las piernas dobladas y los ojos abiertos, estaba cubierta de sangre. Pensó que probablemente la mataron cuando estaba arrodillada suplicando por sus hijos, los niños, en cambio, estaban boca abajo, pero apenas tenían sangre. Con mucho cuidado el abuelo cogió en brazos a la niña, no respiraba. Tenía también dos disparos, pero la habían dado la vuelta, según comprobó, igual que a su hermano, la sangre, ya casi negra, se acumulaba bajo sus cuerpos. Tenían los ojos cerrados y parecían dos ángeles. El abuelo lloraba balanceándose con sus nietos en brazos sus gemidos eran desgarradores, pero nadie escuchó su lamento. No recordaba cuánto tiempo estuvo así, pero debió de ser un

periodo bastante largo. Después se acercó a la casa y cogió una pequeña carreta en donde colocó los cuerpos, no tenía ningún animal para tirar de ella, así que decidió tirar él. Le parecía una ofensa dejar allí los cadáveres a expensas de cualquier animal mientras él iba y volvía del pueblo.

Los vecinos se arremolinaban murmurando entre dientes al paso de aquel esperpéntico espectáculo. Una mujer se asomó a la ventana y al verlo, salió a toda velocidad para ayudar a su vecino que resoplaba con los ojos hinchados a tirar de aquella pesada y horrorosa carga.

—Pero ¿qué ha pasado? ¡Dios Bendito! ¡Estas criaturas!

El pueblo pareció reaccionar de inmediato y todo el mundo se volcó en ayudar a aquel abuelo sin nietos, sin nuera y quién sabía si a esas alturas tampoco tendría hijo. Al llegar a su casa, salió su mujer alarmada por el alboroto, en un primer momento desconcertada, no entendía por qué sus vecinos estaban allí, en su patio. Giró la cabeza hacia donde todos miraban en un gesto instintivo y descubrió el horror, con su marido al frente, sin nada qué decir. Entonces cayó de rodillas sin fuerzas para preguntar, se cubrió la cara con las manos y se desplomó.

En el entierro estaba el pueblo al completo. Todos querían dar sus condolencias a la familia, pero el abuelo en lo único que pensaba era en la venganza y la justicia. Había estado varias veces con la Guardia Civil, pero a él le parecía que no tenían demasiado interés en investigar lo sucedido. La guerra y su desarrollo eran mucho más importantes que unos desgraciados que habían tenido la mala suerte de estar en donde no debían. Podía haber sido cualquiera, le repetían sin parar, soldados, milicianos, vagabundos, desertores...

El abuelo, por el contrario, no estaba dispuesto a darse por vencido, enloqueció y comenzó a preguntar aquí y allá, los asesinos tenían que ser de la zona, el molino estaba apartado del camino y no era visible, menos en la oscuridad de la noche. Él era un hombre de campo, bondadoso y honesto y aquellos líos le venían grandes, no se le ocurría qué monstruo o monstruos serían capaces de hacer algo así. Su mujer, en cambio, se resignó y le instaba a que rezara y dejara de hacer el ridículo tratando de interrogar a unos vecinos que sólo le contestaban porque sentían lástima de él.

Pocos días después de asesinato, una noche sin luna, llamaron a su puerta, por la ventana vieron la figura de una mujer envuelta en un mantón.

—¿Quién va? —preguntó el abuelo precavido.

—Soy Susana, la de los panaderos —susurró cerca de la puerta—. ¡Abre!

En aquella visita Susana les contó algo que los dejó sin palabras.

—Yo no sé si lo que os voy a contar os puede servir de algo —comenzó frotándose las manos del nerviosismo—. Si se entera mi marido que he venido, me mata.

—Habla mujer —la conminó el abuelo impaciente.

—La noche que ocurrió … —comenzó Susana y se paró, no sabía cómo definirlo sin dañar a nadie— eso, mi marido volvía de la capital. Se le hizo tarde hablando con un cliente y se le echó la noche encima. Cuando salió de la carretera y cogió el camino escuchó voces, se asustó y echó mano del cayado que siempre lleva con él.

—¿Y qué vio? —la apremió el abuelo.

—Vio a tres o cuatro hombres bebiendo en un claro cerca del río, por la vereda que lleva al molino, según me dijo estaban bastante borrachos.

El padre de Leandro se sintió un tanto decepcionado, aquello no arrojaba ninguna luz sobre quién había cometido semejante crimen.

—Pero lo más importante es que uno era el Chipi —bajó los ojos y se santiguó—. No pueden decir que se lo he contado yo, mi marido me mataría, él me lo contó al llegar a casa como una anécdota, pero cuando ocurrió la tragedia… uno y uno son dos ¿Me comprenden? Me dijo que cerrara la boca, no queremos líos con los civiles, pero sólo de pensar en esas pobres criaturas...

—¿Y cómo sabe que estaba el Chipi? ¿Se acercó a verlos? —se cercioró.

—No, ¡qué va! Mi marido es el hombre más cobarde del mundo.

—¿Entonces?

—Alguien lo llamó a voces, por eso lo sabe.

—¿A qué hora más o menos ocurrió eso?

—No lo sé —Susana empezaba a impacientarse, se iba arrepintiendo poco a poco de haber ido hasta allí—. Sobre las diez más o menos porque llegó a casa sobre y media. Lo sé porque me tenía preocupada tanta tardanza y no hacía más que mirar el reloj de la torre.

—¿Sabe quién más había?

—Yo ya me voy —dio por concluida la reunión—. He hecho lo que mi conciencia me dictaba aún en contra de la opinión de mi esposo, no puedo retrasarme más. Buenas noches tengan ustedes.

—Tiene usted razón, ya se ha arriesgado bastante, siento si he sido… pero comprenderá…

Susana ya se había levantado y con un leve gesto de la cabeza salió por la puerta tan en silencio como había llegado.

—¡El Chipi! —murmuró el abuelo— ¡Con la Iglesia hemos topado! Ya entiendo por qué tanta desidia.

—Deja ya este tema —le dijo su mujer bruscamente—. Sólo nos traerá aún más problemas. Y, por cierto, te prohíbo que le digas nada al niño, si se entera le mata y eso sería su sentencia.

El Chipi era un matón de todos conocido, era un borracho fanfarrón hijo de un guardia civil de la zona que se creía con la potestad de hacer lo que le saliera de sus santas narices. Su padre le había intentado enderezar sin éxito y el muchacho sólo se dedicaba a meterse en líos de los que su progenitor le iba librando uno tras otro. Cuando robó a un vecino, las amenazas del Chipi y su familia fueron tales, que el pobre hombre terminó por reconocer, lleno de humillación, que se lo había inventado. También intentó forzar a una vecina que subía al campo, su marido llegó a tiempo y casi le mata de una paliza, lo que evitaron otros vecinos que con el paso del tiempo se arrepintieron. El resultado fue calabozo y paliza para un hombre que sólo había defendido a su mujer. Cuando se emborrachaba rompía cristales, insultaba a la gente, trataba de toquetear a las mozas, pero a sabiendas del resultado, los vecinos solían apartarse a su paso, lo que aún le daba más alas.

Sin embargo, aquello ya había pasado cualquier límite.

—Ni se te ocurra ir a los verdes —le espetó su mujer que ya le estaba leyendo los pensamientos—. Ese chico es intocable, su padre ya se encargará de que el culpable seas tú y estamos hablando de asesinatos. No quiero ver, encima, como te ahorcan. Resígnate, marido, déjalo estar, es la zancadilla que Dios nos ha puesto. Sé que, si sigues, acabarás mal y Consuelo y los niños ya no van a volver por mucho que queramos, nadie los va a resucitar. La venganza, el odio, el rencor son pecados que sólo te llenarán de sufrimiento.

El abuelo miró a su mujer incrédulo, ella, con Dios, lo tenía todo solucionado, ese Dios que hacía y deshacía a su antojo, aunque siempre pagaran los mismos.

—Lo dejaré estar, no puedo hacer nada —mintió. Nada más lejos de su intención, de repente la paz había vuelto a su espíritu.

Aquel hombre no era un loco lleno de ira, no era persona de impulsos irrefrenables, todo lo contrario. Una vez que había conseguido el hilo del que tirar, la venganza se iría resolviendo lentamente, muy lentamente, cuando ya todo se hubiera olvidado, cuando ya Consuelo y sus nietos sólo fueran un suceso pasado. Su corazón era el único que no estaba dispuesto a enterrar ni una gota de sangre inocente en el olvido. Si estaba el Chipi, podía intuir a alguno más de sus compañeros de juergas. Ahora sólo quedaba discernir quién había participado y quién no. Decidió comenzar por el propio Chipi, el rey de la manada, el director de orquesta conseguiría que le dijera lo que necesitaba saber y estaba dispuesto a despellejarle vivo si fuera necesario. Aquella noche durmió de un tirón por primera vez en muchos días, la venganza templó su descanso.

Habían pasado algunos meses desde el crimen y, como el abuelo había supuesto, las aguas ya estaban en su cauce. Las penas acaban restringidas a quien las padece y el resto sufre momentáneos accesos de lástima cada vez más pasajeros. La guerra no había acabado y seguía acaparando el odio y la tristeza, por lo que su familia había quedado relegada al anecdotario de las tragedias. Era hora de actuar, no quería pensar que volviera su hijo y él no hubiera hecho nada. Tan obsesionado estaba que ni siquiera se había planteado la posibilidad de que el muchacho hubiera perdido la vida.

El Chipi había estado unos meses desaparecido, su padre probablemente lo había sacado de la circulación por si acaso, pero ya había vuelto a las andadas, llevaba siguiendo sus

movimientos desde entonces. No era paisano, el cuartelillo estaba en un pueblo cercano y ellos eran una familia oriunda de Jaén que por destino habían aterrizado en mala hora allí. El chaval se dedicaba casi en cuerpo y alma a la bebida y a las putas, pero no sabía beber y cuando estaba borracho se volvía violento y peligroso. Desde lejos, atrincherado en escondites variados, le observó amenazar, pegar, poner el cañón de su fusil en la cabeza de cuantos se revolvían contra él estando en aquel estado. Hasta sus compañeros de fechoría le temían. Pero para el abuelo, el gran misterio había sido siempre por qué aquel desgraciado no estaba en la guerra, algo habría tenido que ver su padre, sin duda. Otra injusticia más contra su hijo.

La ocasión se dibujó sola y no lo pensó dos veces el día que lo descubrió solo y ebrio orinando contra un árbol. Le puso su escopeta de caza en la cabeza y le obligó a caminar por la vereda hasta la casa del molino, ahora abandonada. Era noche cerrada, a esas horas el pueblo dormía y estaban lo suficientemente alejados como para que nadie se enterara de nada.

El Chipi se tambaleaba y no entendía qué cojones hacía aquel viejo, pero cuando intentó revolverse el abuelo, impertérrito, apretó el cañón contra su frente y le advirtió.

—Si tratas de jugármela te vuelo la cabeza. Date la vuelta y sigue andando.

Ni el tono ni los ojos de aquel anciano daban muestras de que fuera a dudar en apretar el gatillo y Chipi que, como todos los matones era un cobarde encubierto, caminó como un corderillo rumbo al matadero. Al llegar a la casa, el abuelo le ató a una de las sillas que había hecho su hijo, se sentó frente a él y puso la escopeta entre sus piernas. Se le quedó mirando en silencio y el muchacho comenzó a ponerse nervioso.

—¿Qué quiere de mí? ¿Le debo algo? ¿Quiere que me lo folle? ¿Es de esos? —arrastraba las palabras, prueba ineludible de que estaba borracho. De pronto, se empezó a reír.

El padre de Leandro preparó el arma y le descerrajó un disparo en el pie.

El Chipi chilló y comenzó a gritar como un loco soltando por la boca todas las barbaridades que se le ocurrieron, después trató de soltarse con tanta fuerza que la silla se cayó y dio con sus huesos en el suelo. De repente, los efectos del alcohol ingerido habían pasado a un segundo plano y empezó a ser consciente de que aquello no era un juego.

—¿Quién coño es usted? ¡Suélteme! En cuanto me suelte le voy a abrir la puta cabeza, viejo de mierda.

La sangre brotaba del pie herido tiñendo el suelo de aquella estancia antaño feliz. El abuelo continuaba impertérrito en silencio.

—¡Me voy a desangrar, hostias!

—¡Cállate ya! —ordenó con voz afilada y volvió a cargar la escopeta con parsimonia bajo la mirada torcida del Chipi que desde el suelo tenía que girar la cabeza para poder ver a su agresor. El miedo inundaba sus ojos.

—¡Eh! Espere un segundo. Creo que se ha equivocado de persona…

—Te repito que te calles, el siguiente va a la rodilla.

El joven dejó el miedo a un lado para abrazarse al horror, pero decidió mantenerse callado a la espera de un descuido. El pie le dolía muchísimo y dudó si podría desangrarse si no le curaban pronto.

—¿Sabes quién vivía en esta casa?

Y de repente el Chipi encontró un motivo para lo que estaba ocurriendo y por su mente trotaron como caballos desbocados los borrosos recuerdos de aquella noche. Apuntó a las ratas que escapaban, falló el primer disparo, pero hizo diana los dos siguientes. También había una ratita grande, que se hubiera trajinado si no hubiera sido porque la muy puta decidió salir corriendo.

—Ni idea —contestó volviendo a la realidad.

—Bien, voy a tener que refrescarte la memoria. Esta es la casa de mi hijo Leandro que está en el frente, no como tú. Aquí vivía con su mujer Consuelo y sus dos hijos. ¿Te suena ya de algo?

El Chipi con una forzada cara de fastidio negó con la cabeza.

—Me lo quieres poner difícil ¿eh? —hablaba con una tranquilidad abrumadora.

—¡Le he dicho que no tengo ni puta idea de a quién pertenece esta casa! ¡No he estado aquí en mi vida! ¡No sé quién coño es el jodido Leandro! ¡Y me pregunto qué cojones hago aquí!

—gritó perdiendo los nervios.
El abuelo se levantó, elevó la escopeta y se dispuso a disparar.
—¡Espere! ¡Espere! —chilló aterrado— ¡Dígame qué quiere saber!
—Quiero saber qué ocurrió ese día. Tú ya estás sentenciado, sé que disparaste a mi nuera y a mis nietos, solo necesito saber quién más estaba contigo —. El abuelo decidió tirarse el farol, seguía tranquilo, como si hubiera hecho eso toda su vida.
—¿Sentenciado? ¿Qué ha querido decir con eso? ¡No puede saber que yo disparé! ¡Allí no había nadie más! Ha sido el Trufas, ha sido ese cobarde hijo de la gran puta el que se ha chivado —. El Chipi lloraba de rabia, de miedo. Chillaba las palabras escupiendo babas y se daba con la cabeza contra el suelo—. Cuando le coja…
—Nadie se ha chivado, hijo, nadie más que tú. Eres tú el que acaba de confesarlo.
—¡Nooo! Yo no he querido decir… no fui yo, se lo aseguro —y los sollozos se convirtieron en llanto—. ¡Perdóneme! Estaba borracho, no sabía lo que hacía...por favor, no quiero que me mate…
Un disparo en la cara resonó contundente por toda respuesta.
Desnudó el cuerpo, lo arrastró hasta el río y lo lanzó al agua sin remordimiento ninguno. Tardarían mucho en encontrarlo, quizá no apareciera nunca. Limpió los restos, quemó la ropa junto a la puerta ya calcinada y se fue.
Cuando volvió a casa, su mujer no preguntó, tantos años juntos y el olor de la sangre no engañaban. Sabía que era un pecado, pero el sabor de la venganza también la reconfortó aquella madrugada. A todos los efectos su marido no se había movido de su lado.
Tres días sin aparecer era mucho tiempo incluso para el Chipi y su padre comenzó a preocuparse. Primero preguntó a sus escasos amigos de juerga, pero ninguno supo dar noticia de él. Todos coincidieron en señalar el último día que habían estado juntos, pero a partir de ahí nadie le había visto. Después fue ampliando su radio de acción y empezó a preguntar a todos los vecinos con los que se cruzaba en sus rondas, pero nadie sabía nada, bajaban la cabeza y negaban. Por sus rostros, el guardia civil presumió que pocos tendrían interés en contarle nada, aunque lo hubieran sabido. Al quinto día comenzaron las batidas y muchas mangas verdes aparecieron por doquier, era nada menos que el hijo de un sargento.
Una mañana soleada, el abuelo, sentado en el poyete de la puerta, miraba todo el despliegue de guardias mientras fumaba con parsimonia. Esos hijos de puta ahora sí movían el culo, y lo movían por un malnacido, lo que no habían hecho por una mujer inocente y sus dos hijos. Apagó el cigarro y lo pisó con contundencia, metió la cabeza por la puerta medio abierta y le dijo a su mujer que se iba a la taberna a jugar la partida con los de su quinta. Mientras jugaban, comentarían los desastres de aquella maldita guerra y el tiempo pasaría más ligero. Llevaba una mano estupenda cuando los uniformes rompieron el suave murmullo de la taberna y el mundo quedó en suspenso unos instantes con el resonar de las botas contra la piedra del suelo.
—Tú —señaló uno de ellos al abuelo.
Todas las cabezas se giraron al unísono hacia el anciano.
—¿Yo? —se extrañó el hombre desconcertado.
—¡Síguenos!
Se levantó con tranquilidad e iba a echar a andar cuando el cura del pueblo, que también participaba en la partida, se puso en medio y preguntó muy enfadado.
—¿Dónde está el sargento? ¡Esto empieza a pasarse de la raya!
Los dos guardias no sabían qué hacer al verse delante de aquel viejo sacerdote rechoncho, colorado como un tomate y con cara de malas pulgas, la Iglesia era otro cantar. Ante el silencio, el sacerdote pidió a su amigo que lo siguiera y este ni se lo pensó. Ambos salieron a la plaza, que bullía a aquellas horas del día y, seguidos de la benemérita, se pararon de golpe al toparse con el sargento. El religioso no se lo pensó dos veces y se acercó, visiblemente molesto, al padre del Chipi que fumaba con los ojos entornados.
—Padre —le saludó el sargento tocándose el tricornio con gesto de contrariedad.
—¿Qué quieres ahora de este buen cristiano? —dulcificó un poco el tono y sonrió—. Estamos en medio de la partida y ya sabes que es sagrada.
El guardia no se inmutó.

—Usted no pinta nada aquí, solo quiero hablar con ese hombre —y señaló al padre de Leandro.

—Pues usted dirá —terció y se adelantó recordando el rostro impasible de aquel hombre cuando suplicó que investigaran lo de su familia—. Si puedo ayudarle en algo…

El civil puso gesto de fastidio, aquello no estaba saliendo como él hubiera deseado, hubiera preferido una detención y unos cuantos palos para descartar, como había hecho con alguno más que podía tener cuentas pendientes con su hijo, un posible ajuste, pero aquella plaza se había llenado de vecinos curiosos y podía ser peor el remedio que la enfermedad. Se suponía que todos desconocían lo que su chaval le había hecho a aquella familia. Por fin tiró el cigarrillo, lo pisó para darse unos segundos de serenidad y, mirando fijamente al abuelo, le preguntó si había visto al muchacho. En su interior el anciano empezaba a disfrutar con aquella situación, sabía que era algo siniestro, pero comprobar el sufrimiento ajeno lo ayudaba a soportar su propio dolor. Aquel hombre, estaba seguro, conocía la verdad y no había hecho nada.

—¿Su hijo? No conozco a su hijo —contestó con tranquilidad—, pero siento lo que ha ocurrido, no se habla de otra cosa en el pueblo.

El tono condescendiente no le pasó desapercibido al guardia.

—El Chipi, ese es mi hijo, lo conoce todo el mundo, no me venga ahora con monsergas.

—Pues fíjese usted que no le pongo cara —dijo negando con la cabeza.

Ante lo inusual de la situación, casi todos los vecinos se habían concentrado en la plaza, pero no entendían nada. La familia de Leandro ya había sufrido bastante, eso era lo que sabían, no era necesario hacerles padecer más. Los civiles no deberían molestarlos sino respetar su duelo. El sacerdote, que se había mantenido en silencio, se acercó al guardia y le dio unos golpecitos cariñosos en el brazo.

—Vamos amigo, estás dando palos de ciego —le susurró para que no le oyeran—. Conozco bien a ese hombre y, si exceptuamos el inmenso dolor que sufre, su alma está limpia como la patena. Entiendo tu desesperación, pero te has equivocado de objetivo, bastante tiene con lo suyo, no busques motivos donde solo hay pena.

No dudó en omitir que su hijo, el famoso Chipi, era un sinvergüenza, un matón y un delincuente y que él, aun siendo guardia civil, se lo había consentido. De todos era sabido cómo se las gastaba. Omitió que más de uno en el pueblo se la tenían jurada y todos lo sabían. ¿Cómo se le había ocurrido dirigirse precisamente a ese hombre, a su viejo amigo, a alguien que nunca tuvo ni tratos ni problemas con aquel hijo de satán? ¿No le parecía suficiente castigo su tragedia? Y repentinamente, como llegan las certezas a una mente entrenada en leer medias verdades y pecados, el cura lo entendió, lo vio todo claro, tan cristalino que tuvo que hacer un enorme esfuerzo por disimular su turbación y la repugnancia que le causó la mirada del guardia.

El sargento se dio la vuelta contrariado, últimamente nada salía bien. Aquel desgraciado tenía la inmunidad de la lástima y él en cambio solo las manos vacías. Quizá el sacerdote tuviera razón, quizá estaba empezando a hacer las cosas a la desesperada y podía ponerse en evidencia o incluso desenmascarar a su vástago. No tenía pistas, nadie sabía nada de él, nadie lo había visto, pero las presiones de su mujer, que lo había dejado a su cargo, eran tremendas. Algún compañero ya le había advertido, se estaba extralimitando. Había dejado a un lado todo y su obsesión empezaba a no tener fin.

Se giró y miró a aquel tipo, casi un anciano, las arrugas de su rostro, sus ojos velados, su figura un tanto encorvada, inmóvil en medio de la plaza. No, pensó, era absurdo, definitivamente estaba equivocado. Nunca hubiera podido reducir a su hijo aquel viejo desesperado, ni pillándole por sorpresa. Antes de que le diera tiempo a volverse del todo y echara a andar, la voz del abuelo retumbó en la diminuta plaza.

—¡Señor!

El guardia se giró completamente y le interrogó con la mirada.

—De lo mío… nada ¿verdad? —preguntó con fingida congoja.

El sargento negó con la cabeza.

—Espero que aparezca pronto su hijo —continuó igual de afligido—, que aparezca sano y salvo, porque yo, mejor que nadie, entiendo lo que está pasando.

El padre de Chipi se fue con un regusto amargo en la boca, no acababa de entender si las

últimas palabras tenían más de una lectura o si estaba empezando a perder la cordura y a ver fantasmas donde no había más que un deseo cristiano. Sea como fuere, tenía la certeza de que aquel no era el mismo hombre que sollozaba en su cuartel en busca de ayuda, parecía mucho más fuerte ¿El tiempo puede curarlo todo? Se preguntó.

Al abuelo no le dio tiempo a ir a por *el Trufas* porque Leandro, como había prometido a su mujer, volvió. Sus padres se habían desesperado por no tener noticias suyas al acabar la guerra. Veían cómo llegaban otros y se preguntaban cada jornada si aquella sería la del ansiado regreso de su hijo. Y un día cualquiera apareció para descubrir que no le quedaba nada, para descubrir que su lucha por la supervivencia había sido en vano.

El abuelo había arreglado poco a poco los desperfectos del molino, que no eran muchos, pero Leandro no quiso ni oír hablar de volver a esa casa. Se hundió en la amargura y se odió a sí mismo por haberlos dejado solos. Las pesadillas del frente se hicieron cómplices de aquellas en las que veía a su mujer y a sus hijos suplicando que les ayudara, muriendo poco a poco desangrados. No lo pudo resistir. No soportaba que le miraran con lástima, que le dieran golpecitos de ánimo, no soportaba la vida, pero le faltaba el valor para dejarla atrás. Cogió sus cosas y se mudó a la cabaña que tenía la familia en la montaña, poco más que un refugio de leñadores. Y así, como un ermitaño, comenzó a ganarse la vida, siempre apoyado por sus vecinos que no dudaban en comprarle la leña y la caza a él.

Un par de meses después de su regreso, Leandro reunió el valor suficiente para visitar el cementerio. Llevó tres ramitos de flores silvestres y los colocó en cada una de las tumbas, acariciando la fría piedra en un vano intento de percibir lo que ya se había esfumado. Se sentó en el suelo junto a la lápida de su mujer y no pudo evitar el llanto. Ahogado en su tristeza, no sintió llegar a su padre que lo había visto pasar por delante de su casa unos minutos antes.

—Se lo dije mil veces, pero no fueron suficientes. Debí obligarla a venir a casa, se habría enfadado conmigo, pero estarían todos vivos —hablaba arrastrando la tristeza, hundiéndose en la pena y la culpa. Leandro levantó los ojos y se secó las lágrimas.

—No te sientas mal, padre, el único culpable de esto es el cabrón que lo hizo. ¿No se supo nada? ¿No hubo ninguna pista?

El anciano se quedó en silencio y negó con la cabeza.

—Fuimos mil veces al cuartel, pero nadie sabía nada, nadie había visto nada. Vivíais muy lejos del pueblo, demasiado para que alguien pudiera escuchar algo y todo ocurrió de noche.

—¿Sufrieron? —acertó a preguntar con el llanto a punto de desbordarse otra vez.

El abuelo negó con la cabeza, no tenía ni idea, pero necesitaba ser piadoso.

—Les dispararon y fin.

—Pero ¿por qué, padre? ¡No entiendo sus muertes! —sollozó de nuevo

Su padre volvió a quedarse pensativo, indeciso, buscando la manera de procurar un poco de paz al corazón de su hijo. Se le partía el alma cada vez que le veía. La guerra y la desgracia se habían llevado su juventud y su alegría a partes iguales y no sabía si, desvelarle la verdad, ofrecería alivio a su sufrimiento. Por fin se decidió.

—Tengo que hablar contigo, pero no aquí. Nunca sabes quién puede estar escuchando.

—¿Qué más sabes? —se impacientó desconcertado.

—Aquí no —insistió y echó a andar rumbo a la salida del campo santo.

Tomaron el camino hacia el molino, no fue una decisión premeditada, más bien la inercia se encargó de tomar la iniciativa. Cuando estaban lo suficientemente lejos del pueblo, el abuelo comenzó a contar la historia, sin dejar nada en el tintero, con toda la crudeza del dolor que habían vivido. Leandro caminaba cabizbajo escuchando el relato sin saber qué decir.

—Había decidido no contarte nada, no sabía si aumentaría tu dolor asimilar que tu padre es un asesino, pero hoy, al verte tan destruido, he pensado que tal vez la venganza podría consolar algo tu pena como lo ha hecho conmigo.

Leandro se mantuvo un buen rato en silencio. Como decía su progenitor, saber lo que había ocurrido le tranquilizaba, pero nunca creyó que aquel buen hombre fuera capaz de matar a un prójimo, el dolor y la culpa hubieron de ser devastadoras para ennegrecer aquel corazón. Se sintió orgulloso de que fuera su padre y de cómo había defendido a los suyos.

—Gracias —dijo al fin— pero esto ha sido todo. Al Trufas lo dejas en paz, no quiero más muertos sobre mi conciencia. El Chipi pagó por lo que hizo, bien muerto está. Posiblemente, yo hubiera hecho lo mismo. A los hijos de puta de sus compañeros ya les castigará la vida o yo, si tengo oportunidad, pero si empiezan a desaparecer sus amigos, sería como ponernos una diana en el pecho.

Y así quedó zanjado el tema, nunca jamás volvieron a decir una palabra al respecto.

Cuando ya parecía que todo había quedado definitivamente olvidado, incluso el nombre del Chipi, en el pueblo surgieron rumores. Nadie sabía su origen, pero se empezó a acusar a aquel muchacho de la muerte de la familia de Leandro, las muertes de niños no se perdonan. En cuchicheos y en corrillos, cuando nadie parecía estar al tanto, maldecían al asesino y a su padre por encubrir el daño a los hijos de los demás. Si ya no estaba entre los vivos, ¡que se pudriera en el infierno!

Marcial era amigo de Leandro. De vez en cuando subía al monte a hacerle compañía y a tratar de mitigar mínimamente su pena. Cuando empezaron los rumores, no entendía a qué venía aquel ir y venir de comentarios si nadie sabía nada a ciencia cierta. Estaba claro que algún desalmado había levantado ese testimonio con el fin de hacer daño. Lo único que le importaba a Marcial de todo aquello es que no llegara a los oídos de Su amigo, que ya bastante tenía con sus propios demonios para sumar un odio infundado. Sin embargo, todo iba en aumento y era la comidilla de cualquier grupo de vecinos, daba igual que estuvieran lavando, en la taberna o preguntando por un enfermo. Al final, la historia de Chipi y Leandro salía a colación decorada por las múltiples bocas que contaban la tragedia.

Marcial estaba muy preocupado y en una de sus visitas al refugio decidió contárselo. Era mejor enterarse por boca de un amigo. Andaban sentados a la puerta de la cabaña, sobre unos troncos. Acababan de tomar un vino y estaban ensimismados mirando el bosque. Leandro se había vuelto muy reservado y prefería el silencio, aunque apreciaba la compañía. Su amigo lo respetaba, pero aquella tarde se había impuesto una misión.

—¿Conocías al Chipi?

Leandro dio un respingo que no le pasó desapercibido a su compañero. Se recompuso y trató de mantener la serenidad.

—¿Al hijo del sargento? ¿Al borracho ese que desapareció?

—Sí, a ese mismo —Marcial entrecerró los ojos para mirar de frente a Leandro.

—No, no le conocía, aunque todo el pueblo sabía que era un hijo de puta. ¿Ya ha aparecido? —se encendió un cigarrillo y expulsó el humo con fuerza sin apartar la vista del bosque.

El marido de Carmen sacudió la cabeza negando.

—¿Entonces?

—Mira Leandro, yo te tengo mucha estima, lo sabes —tomó aire y se decidió— Creo que debes saber algo.

Su compañero le miró con gesto intranquilo, pero se controló nuevamente y no dijo nada, esperó a ver de qué se trataba. Marcial se mordió el labio y bebió un sorbo de aquel vino que rascaba el gaznate.

—Han surgido rumores en el pueblo, unos rumores que no sé de dónde vienen, pero que puede que no te gusten nada y he creído que lo mejor era que los conocieras por mi boca.

—Deja de dar rodeos de una vez. Me tienes en ascuas —elevó la voz Leandro impaciente.

—Se dice en el pueblo —dijo al fin tragando saliva— que el Chipi asesinó a tu familia.

El silencio lo cubrió todo. Marcial quedó esperando no sabía qué y la reacción de su amigo le desconcertó por completo.

—Te lo agradezco, pero ya lo sabía.

—¿Ya te lo habían dicho?

—Ya sabía quién mató a mi familia —le rectificó.

—¿Cómo? —Marcial había perdido el color, no entendía nada y Leandro tampoco estaba dispuesto a desvelar demasiado.

—Yo sé quién asesinó a mi familia hace tiempo, amigo mío, pero no hagas más preguntas. Aquí queda este tema zanjado. No te preocupes, nada me puede hacer daño después de mi sufrimiento, aquí arriba estoy lejos de todo, que hablen lo que quieran, lo hecho no se puede remediar.

Y con estas enigmáticas palabras dio el tema por concluido. Marcial volvió al pueblo

confundido. Por más que lo pensaba, no alcanzaba a entender cómo sabía que el Chipi era el asesino si ni siquiera estaba allí cuando ocurrió todo. Algo extraño se escondía tras aquella historia, algo oscuro y desagradable que él no era capaz de comprender. Nunca más volvió a hablar del tema, ni con Leandro ni con nadie, hay cosas que es mejor que se queden en los corazones de quienes lo sufren.

24

Sonsoles consiguió ver a su marido después de hacer cola varias horas. No se podía permitir el lujo de que no la dejaran entrar, así que de madrugada hizo un paquete, se guardó en el bolsillo la carta que le había escrito el día anterior y salió silenciosamente. Aún era de noche. Cuando llegó, tres mujeres ya estaban apostadas en la puerta. Un Buenos días fue suficiente para reconocerse en la tragedia.

Pablo estaba famélico y demacrado, estaba sucio y parecía enfermo. Su ropa, la misma con la que se lo llevaron, observó Sonsoles, eran apenas unos andrajos que le quedaban grandes de tanto que había adelgazado. Ella se sintió morir ante su presencia, no reconocía a su marido en aquella esquelética figura sucia y derrotada. Suspiró con fuerza, tragó saliva y se rehízo. Lo último que deseaba era añadir más pesar que el que su esposo arrastraba. Le sonrió.

—¿Cómo te encuentras? —le dijo con cariño. Habría dado cualquier cosa por poder abrazarlo, de repente, le veía tan vulnerable que tuvo que hacer grandes esfuerzos por contener las lágrimas y no derrumbarse.

Haciendo caso omiso de sentimientos y palabras vanas, de gestos y superaciones personales, Pablo fue al grano.

—Sonsoles, escucha atentamente. No dan mucho tiempo, tienen que entrar muchas personas más.

—Te he traído un paquete con comida y una carta —volvió a interrumpir la mujer con avidez, sin percatarse de la premura que imponían los gestos de su marido.

—¡Escucha, por favor! —Pablo elevó la voz y puso cara de pocos amigos. Cada vez era más complicado entenderse. Sonsoles, confundida y un poco dolida por aquella actitud, afirmó con la cabeza—. Tienes que ponerte en contacto con una persona, él es el único que me puede sacar de aquí. Es un obispo…

Su esposa iba a protestar, pero él la frenó con un gesto, cerrando los ojos un instante.

—Se llama Marcelino Oyarzun, grábalo en la memoria. Él sabrá lo que hacer. Búscale, escríbele, preséntate en su casa, haz lo que sea necesario para que te reciba. Sólo él puede conseguir que me conmuten la pena de muerte —. Se expresaba con ansia, sabedor de que el tiempo se le acababa. El doctor se lo había dejado muy claro en sus charlas. Piensa quién puede sacarte de aquí, iglesia o estado, si no estás muerto.

Sonsoles se llevó las manos a la boca, pero se mordió los dedos para no llorar, ella estaba fuera y él dentro. Había jurado que lo sacaría de allí y removería cielo y tierra para conseguirlo. Si Pablo decía que había que buscar a aquel hombre, aunque fuera un religioso, lo buscaría hasta debajo de las piedras.

—Dile que vas de mi parte, que eres mi mujer, que no he matado a nadie, él te entenderá —continuó—. El próximo día me traes algo de ropa, comida, lo que os sobre, aquí apenas nos dan nada y, sobre todo, tabaco. El tabaco es lo que me permite no volverme loco.

—No te preocupes te traeré todo lo que me pides. ¿Estás bien, en serio? ¿No estás enfermo, cariño? —se sentía ridícula recordando su paquetito de comida y su carta de amor. Pablo necesitaba mucho más, muchísimo más que unas palabras de ánimo y un poco de alimento.

—Estoy bien, pero esto es un infierno —prefirió no seguir hablando o se vendría abajo después de todo lo que había ensayado ese momento—. Y vosotros ¿cómo estáis?

El ruido era ensordecedor y cuanto más levantaban la voz para escucharse, menos se entendían.

—Bien, estamos bien. Angelines y María seguramente se van a mudar con nosotros. Hemos pensado…

Unas palmadas resonaron en el aire y se hizo un silencio momentáneo. Inmediatamente, como una marea que había llegado del fondo de los corazones, se gritaron despedidas. Había llegado el momento de irse. Sonsoles sintió que su corazón se desangraba a borbotones, pero reunió las fuerzas suficientes para sonreír a su marido y prometerle que le sacaría de allí. Rezó por que le dieran el alimento que había llevado y su carta donde le

contaba la llegada de sus hijas. Pablo se quedó un segundo mirando cómo se alejaba. Cuando ya no podía verla se rompió en llanto.

Sonsoles salió entre empujones de aquella sala, dejando a su compañero, a su amor, a su vida a merced de no sabía qué. Había escuchado antes de entrar que los presos de la tercera galería estaban condenados a muerte y sus peores pesadillas se habían cumplido. Una vez traspasó las puertas de la prisión, se sintió desfallecer, se apoyó en la pared y trató de respirar, pero la angustia era tal que supo que las piernas no la sostendrían y se dejó caer resbalando por el muro hasta el suelo. No lo conseguiría, no sería capaz de sacar a Pablo de allí, era imposible, lo vería morir poco a poco hasta que lo fusilaran.

Mujeres, niños y ancianos pasaban a su lado y la miraban con lástima, pero seguían sus caminos dando la mano a sus propias tristezas. Y empezó a llorar, aunque lo que realmente deseaba era chillar, destrozar, encararse con los carceleros, con los guardias y sacar por la fuerza a su compañero de vida. Lloró sin pudor, con la cara entre las manos y los hipidos propios de una angustia que ni en los peores momentos de la guerra había sentido. Porque siempre estaba él, porque extendía la mano y encontraba la suya, porque lo que les ocurriera, por muy horrible que fuera, los pillaría juntos. Alguien se sentó a su lado y le acarició la cabeza, sobresaltada se separó de golpe para descubrir el rostro lleno de ternura de su hija María.

—Lo sacaremos de ahí, te lo prometo —le susurró a su madre.

Sonsoles no podía hablar, estaba congestionada por el llanto y se le trababan las palabras, pero no dejaba de negar con la cabeza. Su hija la ayudó a incorporarse y la abrazó. Comenzaron a caminar juntas de regreso a casa.

—¡Está en la tercera! ¡En la de los condenados! —dijo entre hipidos cuando por fin fue capaz de articular una palabra—. Está chupado, pálido, demacrado...parece un cadáver viviente.

Y el llanto volvió y se adueñó de ella con tanta furia que sin poder contenerse gritó como si le estuvieran arrancando la piel; de dolor, de impotencia, de ira. Los transeúntes que se cruzaban en ese momento con las dos mujeres se separaban de inmediato y las miraban con recelo. María la abrazó.

—¡Contrólese, madre! —le susurró al oído.

Ella pareció calmarse, pero no volvió a abrir la boca en todo el trayecto. Permaneció con los ojos fijos en el suelo, la cabeza gacha y las lágrimas despeñándose desde su rostro hacia el infinito de sus pies. Una vez de vuelta al hogar, Sonsoles buscó un papel y apuntó el nombre que había grabado a fuego en su memoria, Marcelino Oyarzun.

—¿Quién es ese? —preguntó María mientras se asomaba por encima de su hombro.

—Tu padre me ha dicho que tenemos que encontrar a este hombre y contarle lo que ha pasado. Él confía en que le ayudará, no sé por qué —tomó aire con fuerza para evitar que las lágrimas volvieran a asomar—. Es un obispo…

—¿Un obispo? ¿Padre te ha dicho que busques a un obispo? —se extrañó.

—No me pidas que lo entienda, hija, no sé quién es ni por qué lo conoce tu padre, pero si él ha dicho que es el único que puede ayudarle, sus razones tendrá.

María había llevado ya las pocas pertenencias de las que disponían ella y su pareja y las había colocado ordenadamente en la primera habitación a la que se accedía desde la puerta. Ya no tendrían que volver a preocuparse por el alquiler, al menos, de momento. La casa se organizaba alrededor de un largo pasillo que tenía dependencias a izquierda y derecha y que giraba en ángulo recto hasta desembocar en la cocina.

Cuando Angelines llegó por la tarde, después del trabajo, se extrañó tanto como su hermana y su madre de la petición de su padre.

—¿Un obispo? —volvió a repetir.

Y la madre asintió con contundencia dando el tema por zanjado.

Por la noche llegó Juan, el novio de María. Entró azorado, sintiéndose un intruso. Era un muchacho alto, de cabello claro y ojos profundos. Cojeaba levemente de una pierna y trataba de disimularlo, y llevaba una gorra entre las manos. Enseguida le salió al paso su pareja y, decidida, le tomó de la mano y le llevó hasta el salón, una estancia donde había una gran mesa con sillas y un aparador que había conocido mejores tiempos. Sonsoles zurcía unos calcetines a la luz de unas velas.

—Madre, le presento a Juan, mi novio.
Levantó la cabeza lentamente con la mirada seria, aquellas cuestiones tendrían que haberse tratado entre hombres, pero no había ninguno a mano.
—Buenas noches, señora —el muchacho estaba muy tenso.
Sonsoles se vio a sí misma huyendo por la noche, escapándose de casa como una proscrita, sin la posibilidad de volver a ver a los que tanto amaba. Fijó la vista en los ojos de Juan, parecían sinceros y le transmitieron confianza. Su intuición no solía equivocarse, le gustó a primera vista, pero no se lo iba a poner tan fácil.
—Hasta la boda, dormiréis separados, no quiero pecado bajo mi techo —fueron sus primeras palabras.
—¡Pero madre …! —María iba a protestar, pero Sonsoles cortó el tema de forma tajante.
Juan estaba en silencio, con la mirada fija en el suelo y estrujaba de tal forma la gorra que parecía que en cualquier momento la iba a desgarrar.
—No quiero oír ni una palabra más ¿entendido? Buscad un cura que os case y Santas Pascuas. Lo que ocurriera en el pasado ahí queda, pero esta es una casa decente y los papeles han de estar en regla, como le ocurre a tu hermana.
—Lo que usted disponga, señora.
Juan había sorprendido a las dos mujeres que estaban a punto de comenzar una discusión. El muchacho conocía a su novia y su orgullo y si le surgía el genio, las cosas podían ponerse difíciles. Él, siempre más calmado, era consciente de que no estaban en disposición de rechazar lo que se les ofrecía, la otra opción era la calle. Por eso había intervenido con tanta contundencia.
—Pero Juan … —la voz de María sonó a rendición mientras le clavaba los ojos.
—Lo que diga tu madre se hará. Ahora mismo me instalo donde me indique —dijo dirigiéndose a su futura suegra que se sintió reconfortada con ese comportamiento. La actitud del novio de María cada vez se ganaba más su confianza.
—Lleva tus cosas a la habitación que está junto a la mía, más que nada por evitar tentaciones.
—Le juro señora…
—Ya, ya. Déjate de juramentos, busca un buen cura y ¡arreglado! —y volvió a su labor.
Juan salió a recoger lo que había traído y se dispuso a instalarse mientras María quedó plantada frente a su madre con cara de pocos amigos.
—¿Y desde cuándo se ha vuelto tan religiosa? Si llego a saber…
—No vamos a discutir más, hija. Aquí el comunista es tu padre, a mí me educaron de otra manera. No soy de misa, pero las cosas hay que hacerlas bien, y no te voy a decir eso de que si no te gusta cojas la puerta, porque nos arrepentiríamos las dos. Aquí tenéis un techo y comida, buscad al cura y listo —zanjó el tema.
María salió de la estancia con cajas destempladas y la oyó discutir con Juan al fondo del pasillo. Sonrió.
Buscar a Don Marcelino no fue demasiado difícil, un obispo es un obispo, lo que se convirtió en una misión imposible fue poder acceder a él. En unos días ya habían descubierto que se trataba del obispo de la diócesis de Pamplona, pero esa ciudad estaba muy lejos de sus posibilidades y el religioso aún más. Una carta se perdería, tardaría muchísimo en aquellos días de desazón y quizás, cuando llegara la respuesta, sería demasiado tarde.
—Tiene que viajar hasta allí, madre, no queda otro remedio —sus hijas lo tenían muy claro, escaseaban las opciones.
Sonsoles no quería ni oír hablar de esa posibilidad. Sentía pavor solo con pensar en volver, en tener que recorrer aquella ciudad de la que había huido, de encontrarse con alguien conocido, con alguno de sus hermanos. No se lo quería reconocer, no quería que nadie supiera de sus miedos, de la angustia que le producía la sola idea del regreso, por lo que cada vez que salía el tema y una nueva posibilidad se abría ante ella, se empeñaba en encontrarle algún pero. Sus hijas no acababan de comprender la actitud de su madre.
Primero se mostró insegura por tener que ir sola y María se ofreció acompañarla, pero adujo que era mucho gasto. Después le parecía muy complicado dejar a los niños solos, las hermanas se ofrecieron a cuidarlos, después puso la excusa de dejar solo a su marido.

Lanzaba una excusa tras otra con desesperación y, mientras tanto, en sus visitas a la cárcel, comprobaban día a día el deterioro de Pablo, su delgadez, sus ansias, sus preguntas sobre cómo iba el tema de Don Marcelino a las que no sabían dar respuesta. Sonsoles no dormía, daba vueltas a la cabeza y se sentía culpable y débil por su comportamiento, pero la angustia se agarraba a las entrañas sólo con pensar en pisar aquella ciudad de su infancia. Estaba bloqueada.

Una noche, desvelada como casi siempre, se levantó y fue a la cocina. Había sobrado algo de achicoria y se lo echó en una taza. Estaba fría, pero no le importó. Miraba por la ventana el patio, de paredes grisáceas, con todas las ventanas a oscuras, cuando una voz la sobresaltó.

—¿No puede dormir?

Se volvió y vio a María que llevaba una vela en las manos. Puso una media sonrisa y dio un sorbo a la infusión negando con la cabeza.

—No puedo quitarme a tu padre de la cabeza. Si le matan …

—No lo matarán —sentenció la joven.

—Pero no sé cómo vamos a ponernos en contacto con el obispo ese, es una personalidad inaccesible para nosotras —se preguntó mientras seguía dando pequeños sorbos a la achicoria.

—Madre, sea sincera —se sentó en un taburete y la miró con seriedad.

—No sé de qué me hablas, hija —trató de mostrarse sorprendida.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué no quiere ir a Pamplona? Siempre pone excusas y ninguna solución le parece buena. Hay algo… no sé explicarlo.

Sonsoles apretaba con tal fuerza la taza que pensó que la rompería. No se daba cuenta, pero los nudillos se le estaban poniendo blancos.

—Va a ser tirar el dinero, no nos va a recibir ese señor —se justificó una vez más— ¿Qué le digo? Oiga que mi marido está en una cárcel y lo van a matar y ha tenido la peregrina idea de que le implore por su vida precisamente a usted. ¿No te parece ridículo? ¿Quién se supone que es ese señor para querer ayudarnos?

—Eso no podemos saberlo, pero si lo ha dicho padre, por algo será. Al menos intentarlo, pero no es eso de lo que estoy hablando. Le repito la pregunta. Usted, que ha llegado hasta Francia a pie y ha pasado mil y una penalidades, no quiere ir en un tren a Pamplona por algún motivo que se me escapa.

Por fin, su madre dejó de apretar la taza y suspirando se sentó en una silla desvencijada. Volvió a mirar por la ventana y miles de recuerdos llenaron sus ojos. Se dio la vuelta lentamente y se enfrentó a la mirada inquisidora de María.

—Te voy a contar una historia…

Y poco a poco comenzó a contar la crónica de su vida y desgajó de su corazón los verdaderos motivos de sus reticencias. Se sentía culpable por su debilidad, por la impotencia de ni siquiera intentarlo, pero no se encontraba con fuerzas para enfrentarse con aquella ciudad olvidada. La muchacha escuchaba atentamente ese relato desconocido que hacía encajar muchas piezas en el cómputo de su propia historia. Cuando terminó de hablar, María se acercó y la abrazó.

—Iremos juntas —susurró—. Iremos a Pamplona y veremos a Don Marcelino cueste lo que cueste, aunque tengamos que asaltar su casa de noche y sacarle de la cama en batín.

Sonsoles, entre lágrimas, no pudo evitar sonreír ante la ocurrencia.

Dos días después, madre e hija salieron en tren rumbo a Pamplona y llegaron a la Estación del Norte después de largas horas de traqueteo incansable. Se bajaron del vagón agotadas, dejaron atrás aquella construcción impersonal y se hundieron en el barro de la plaza de San Jorge. Había llovido y los charcos surgían aquí y allá por toda la explanada sin asfaltar, pero Sonsoles apenas notó nada, se quedó parada de repente mirando a un lado y otro mientras una cascada de recuerdos invadía sus ojos. Nada parecía haber cambiado mucho y, sin embargo, todo era distinto. Sin querer desvió la mirada a la zona en la que, no recordaba hacía cuánto tiempo, Pablo y ella se habían escondido antes de coger el tren que les alejaría definitivamente de aquella ciudad.

—Vamos, madre, no se quede ahí como un pasmarote.

Y ella, con el alma pegada a la garganta, haciendo un esfuerzo inhumano, comenzó a moverse. Alquilaron una habitación en una pensión cerca de la propia estación, donde una

mujerona vestida de negro, con una toquilla que le cubría toda la cabeza y unos ojos asombrosamente azules, como licuados de tristeza, las acomodó sin apenas mirarlas.
—El baño está en el pasillo, hay una palangana con agua en la habitación y me tienen que pagar por adelantado —lo dijo del tirón, como un sermón aprendido y mil veces repetido, sin emoción—. En estos tiempos, una ya no puede fiarse de nadie.
Los siguientes tres días fueron un periplo sin fortuna en busca de una oportunidad de ponerse en contacto con don Marcelino, todo fue inútil, un ejército de diáconos, párrocos, presbíteros y demás cargos religiosos protegían al obispo que no se dejaba ver por ningún lado más allá de actos oficiales o litúrgicos en los que era imposible abordarlo. Las mujeres se desesperaban, volvían a la desvencijada habitación agotadas de dar pasos en falso, de hablar con religiosos que con dulces palabras les negaban cualquier tipo de ayuda. Tenían la sensación constante de perder el tiempo y un dinero que necesitarían para comer. La tercera noche, mientras devoraban unas cebollas, un poco de queso y pan en la habitación, en un silencio que presagiaba derrota, Sonsoles se decidió.
—Solo tenemos dos opciones, o nos vamos ya, nos rendimos y renunciamos a hablar con el obispo o …
—¿O qué? —María iba a protestar porque no tenía ni idea qué otra opción podía haber.
—O trato de ponerme en contacto con alguien de mi familia. Ellos son gente de posibles, seguro que se codean con los que están cerca del obispo.
María dejó de masticar y se la quedó mirando pensativa.
—¿A qué te refieres con gente de posibles?
—Mi familia tiene mucho dinero, mucho, y mucha influencia también, pero para ellos estoy muerta, es como si nunca hubiera existido, para todos menos para mi madre, ya lo sabes. Puedo llamar a la puerta, decir quién soy y recibir un portazo, unas palabras crueles o la indiferencia más absoluta.
—¿Y haría eso? ¿Cuánto hace que no los ve?
—Con la abuela intercambiaba cartas antes de la guerra, ya lo sabes. Después de la huida a Francia, la relación desapareció. Ni siquiera sé si están vivos.
—¿Se arriesgaría a que le dieran con la puerta en las narices? —le dolió hacer esa pregunta, pero era imprescindible.
—Una vez aquí, por tu padre estoy dispuesta a todo —levantó la cabeza altiva—. Hasta suplicaría de rodillas y me arrastraría si con eso consiguiera sacarlo de la cárcel.
—Sea, madre. Usted lo ha dicho, por padre, lo que sea. Mañana iremos a ver a esa familia que nunca hemos conocido.
Volver a la casa familiar fue un duro trance para Sonsoles, toda la noche había estado dando vueltas al momento en que llamara a la puerta, pensando si la reconocerían, poniéndose en el peor de los escenarios. Aun así, se había mostrado firme cuando salieron de la pensión y caminaron por calles más conocidas. Aún eran visibles los desperfectos causados por la guerra pues, aunque en Navarra el alzamiento de los sublevados había sido un éxito rotundo desde el primer momento, la ciudad también había sufrido los temibles bombardeos. Cuanto más se acercaba, más familiar le era todo y más nerviosismo sentía. Cuando estuvo frente la verja, sintió que le faltaba valor para llamar y salió disparada dejando la puerta atrás. Notaba que le faltaba el aire y comenzó a llorar con desconsuelo mientras corría sin saber hacia dónde. Su hija la persiguió y con palabras de cariño consiguió que se calmara.
—Vamos a dar una vuelta por ese parque tan grande del que siempre me hablabas. Te tranquilizas y cuando estés preparada volvemos a intentarlo.
—La Taconera —dijo entre lágrimas.
—¿Qué Taconera? —no entendía las palabras de su madre.
—Se llaman los jardines de la Taconera.
Y hacia allí se dirigieron. No hacía frío, pero el día estaba gris y amenazaba lluvia. Sonsoles no dejaba de preguntarse qué pensarían de su aspecto desarrapado, de sus ropas viejas a pesar de llevar lo más nuevo que tenía. A su mente habían vuelto los salones de la casa, los vestidos que siseaban al caminar, las joyas. Ella había robado parte de sus joyas cuando escapó. ¿La habrían perdonado? ¿Y cómo presentarse? ¿La reconocería alguien? Su padre seguro que no abriría la puerta, pero ¿cómo se presentaría a la doncella o a quién abriera?

¿Señorita Sonsoles? Nadie se acordaría ya de la señorita Sonsoles.

Caminaba como un autómata, sin ser consciente del camino que seguían. Se dejó conducir hacia un banco y allí se sentaron las dos mujeres. María estaba preocupada y dudaba de que el empuje que su madre tenía la noche anterior siguiera vivo.

—No tienes por qué hacerlo si no te sientes capaz. Tampoco es seguro que nadie nos vaya a ayudar, según lo que me has contado no te fuiste precisamente por la puerta grande.

Sonsoles compuso una sonrisa forzada.

—Todos los recuerdos de mi infancia y de mi juventud han caído de golpe y me han aplastado. Pero ya estoy bien. Unos minutos aquí sentada y volvemos. Hasta los árboles me parecen más grandes y más verdes —dejó vagar la mirada con nostalgia.

—¿En serio vivías en ese caserón?

Sonsoles asintió.

—¿Y dejaste todos esos lujos por casarte con papá?

Volvió a asentir mirando al suelo.

—Y no me arrepiento, hija. Nunca, ni una sola vez en mi vida me he arrepentido de la decisión que tomé. Quizás no he vivido entre lujos, ni he tenido vestidos de ensueño, joyas y dinero a raudales, pero he estado con quien amaba y os tengo a vosotros. No hay nada en el mundo que pague eso.

—Bueno, yo no diría tanto. No estaríamos ahora aquí sin saber si los marqueses tendrán a bien echarnos una mano.

—No son marqueses.

—Para mí, como si lo fueran —María estaba muy seria y miraba con interés un sauce llorón que se movía dulcemente con el viento.

Sonsoles comenzó a recordar con melancolía. Si cerraba los ojos podía ver a Pablo esperando, ansioso, en aquel mismo parque, con el libro entre las manos y su carta de amor escondida. Y ella, primorosamente vestida, disimulando, mientras el corazón parecía salirse de su pecho, buscando entre los árboles su figura, avanzando sin querer moverse de su lado ¡Le amaba tanto! Eran momentos felices, donde las preocupaciones, por muy grandes que fueran, tenían solución. Ahora no sabía qué pensar.

—Es mejor que nos vayamos, dentro de poco empezará a llover y no quiero presentarme pobre y encima empapada.

María apretó los labios y se tragó las palabras que había estado a punto de pronunciar. Ellas no tenían por qué sentirse menos que nadie. Dulcificó su genio.

—No somos mendigas, madre. No lo olvide.

El timbre sonó en el palacete. Una doncella vestida a la manera tradicional abrió la gran puerta y cruzó el jardín mientras las hojas que el viento levantaba se arremolinaban en los bajos de su vestido. Su delantal era inmaculadamente blanco y hacía juego con su cofia almidonada. Era joven, morena y con la cara redonda y colorada, como era de esperar, Sonsoles jamás la había visto.

—Buenos días ¿qué desean? —les preguntó sin abrir la cancela. Sonsoles sintió rebullir su altivez dormida.

—Buenos días, desearíamos ver a la señora —María se quedó petrificada, incluso el tono de su madre había variado. Hablaba con educación, pero también con contundencia. No sabría decir la diferencia, pero la había.

—La señora no recibe si no les ha citado con antelación, lo siento —la muchacha estaba azorada, era obvio que no llevaba mucho en aquel puesto.

—Entonces dígale a la señora que doña Sonsoles de Solá desea verla con urgencia —el tono altivo de aquella mujer vestida de manera descuidada no le pasó desapercibido a la criada y aún a riesgo de equivocarse, prefirió ser precavida.

—Esperen un instante, por favor. Voy a consultarlo.

Y dándose la vuelta, dejándolas fuera de la reja, la joven volvió a entrar en la casa.

—¿Y esos modos? ¿De dónde salen? ¡Doña Sonsoles…! —comentó perpleja.

—¡Calla! —susurró—. Me moví muchos años en este ambiente, si no es poniéndote por encima, no te hace caso nadie. Ahí vuelve.

Pero quien salió por la puerta no era la criada joven de cara sonrojada con la que acababan de hablar, sino una anciana muy encopetada que se apoyaba en un bastón. Caminaba

despacio porque no se lo permitían los años, pero más deprisa de lo que posiblemente podía. Guiñaba los ojos tratando de ver más allá de sus cataratas que poco a poco la estaban dejando completamente ciega. No había llegado a la verja y ya sonreía. Su pecho se movía desacompasado por el esfuerzo.

—¿Sonsoles? ¿Eres tú, hija? ¿Has venido a verme?

Sonsoles sintió que se le ahogaba el alma, era difícil reconocer en aquella anciana a la madre que dejó un día, elegante, sofisticada, hermosa.

—Buenos días —y no supo qué más decir, las palabras se convirtieron en agua y se derramaron por su rostro.

La octogenaria intentó, sin éxito, abrir la cancela con manos nudosas, seguramente la habría abierto muy pocas veces, siempre había alguien que lo hiciera por ella, pero la doncella, que había salido tras la mujer, pidiendo permiso, la ayudó y, sin mediar palabra, abrazó a su hija con sus frágiles brazos y se secó una lágrima que trataba de escaparse de su correcto maquillaje decrépito.

—¡Hija! ¿De dónde sales? ¿Cuándo has llegado? Dile a tu doncella que coja tu equipaje.

—Madre, no es mi doncella, es mi hija, tu nieta María.

La anciana se llevó una mano a la boca y observó con fijeza a María. Sus ojos estaban muy desgastados y le costaba distinguir bien las cosas entre todas aquellas sombras.

—Mi nieta —dijo más para sí que para nadie. Después pareció reaccionar— ¡Pero vamos dentro! Hace mucho frío hoy. Seguramente va a llover ¡Tenemos tantas cosas de las que hablar!

Y las cuatro mujeres entraron en aquel palacete que tan bien recordaba Sonsoles y que sin palabras dejó a María. Se dirigieron a un gran salón donde chisporroteaba una enorme chimenea que caldeaba aquel desapacible día y la anciana se sentó en un mullido sofá verde que estaba cerca del mirador que daba al jardín. Se secó los ojos con un pañuelo y se recompuso. La criada estaba firme bajo el marco de la puerta esperando lo que quisiera encargarle la señora.

—¿Habéis venido en tren? Estaréis agotadas. ¿Habéis desayunado ya? ¡Sírvenos algo de picar, Estrella!

Y cuando salió la criada se volvió hacia su hija.

—No te habría reconocido nunca. Estás… y mis ojos ...

—Madre, han pasado muchos años y muchas cosas. Ya no soy la joven que usted recuerda, pero estoy feliz de volver a verla.

La anciana asintió con la cabeza varias veces, como si no pudiera parar de hacer aquel gesto, como si a su mente estuvieran llegando en cascada miles de imágenes y recuerdos.

—Imagino que no sabes lo de tu padre —se frenó, se volvió perdiendo la mirada en la vidriera que daba al jardín y tomó aire. Su hija supo inmediatamente lo que iba a escuchar, pero no quiso interrumpir—. Falleció el año pasado, el corazón, fulminante, se desplomó bajando las escaleras.

El silencio se extendió por aquella casa como un veneno. Sonsoles sintió el alivio de no tener que enfrentarse con él y la horrorosa pena de no haber podido ni despedirse. Se arrepintió inmediatamente de ambos sentimientos. Esas cosas son lo que nos ofrece la vida, pensó, todo conlleva dualidades que nos hacen sentir bien y mal al mismo tiempo. Era un silencio que amenazaba con hacerse eterno y llenarse de reproches no pronunciados por lo que María decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—Tiene usted una casa preciosa.

Y con estas simples palabras dichas por alguien ajeno a la tragedia, dejaron atrás el abismo en el que habían estado a punto de precipitarse. Era necesario que el momento de los reproches quedara atrás, no había más tiempo que perder, la brisa del reencuentro se hizo entonces.

25

Manuel se incorporó a la vida en casa de Paola sin pertenecer a su realidad. Se despertaba como todos, escuchaba las quejas de Adrián que no quería despertarse, las discusiones infantiles, las conversaciones con las vecinas. Aspiraba los olores de la comida y esperaba con ansia los momentos en los que Paola subía por cualquier motivo a su guarida. Cuando escuchó el ruido de la lluvia en el tejado taponó alguna pequeña gotera que amenazaba con llenar de humedad las paredes.

Una vez a la semana, aproximadamente, aprovechando que las vecinas llevaban a los niños a algún recado, Paola dejaba salir a su amigo que necesitaba estirar el cuerpo y mover un poco las piernas y paseaban por la casa hablando en susurros con todas las ventanas cerradas, ya hacía tiempo que cubrían los cristales con telas. Terminaban sentados en la cocina comentando cualquier cosa y riéndose de todo lo que había acontecido durante el tiempo que había permanecido encerrado. Al final, Manuel volvía a subir, no sin cierta nostalgia, y se tumbaba en su camastro rememorando la cara, la sonrisa y las palabras de quien, cada vez con más fuerza, le robaba el corazón. Con eso se conformaba, no necesitaba más. Era la penitencia por su traición, por haber sido partícipe en el robo de su vida.

Hacía meses que Manuel vivía entre el tejado y el techo sin contratiempos.

Era una noche de otoño, el cielo había estado gris y amenazando lluvia todo el día. Hacía frío y el viento del norte provocaba innumerables ruidos de madera y metal que se esparcían por toda la casa. Paola cosía en el salón, sentada en una silla muy baja que él había arreglado, a la luz de unas velas, enrollada en una manta. Veía su perfil medio iluminado a través de las grietas de la madera. Adrián jugaba a su lado tumbado en el suelo y Carmencita leía en voz alta un viejo libro que ella guardaba como un tesoro. Aún no iba al colegio, pero Paola, siguiendo las enseñanzas de su madre, la estaba enseñando a leer y a escribir. Como no disponían de papel, utilizaban para sus clases de escritura maderas viejas quemadas y restos de cualquier tipo donde pintaran los tizones. También lo hacían sobre la tierra.

Las vecinas habían estado con ella hasta hacía muy poco tiempo, pero ya se habían retirado. Paola mordió el hilo con los dientes, dobló la prenda, se levantó y recogió lo que estaba haciendo.

—Niños, a la cama que es tarde.

—¿No vamos a cenar hoy? —el pequeño había dejado las piedras con las que se entretenía y había mirado a su madre con desazón.

—No, hoy no tenemos nada. Mañana voy con la Virgen y seguro que traigo algo rico.

—¡Pero tengo hambre! —insistió poniendo un puchero.

—Ya vale Adri, si no hay nada, mamá no puede hacer un milagro —Carmencita intervino.

—¡Pero tengo muchísima hambre!

—Cariño, no tengo nada …

—¡Nunca tienes nada! ¡Eres una mamá muy mala! ¡Estabas roja!

Paola le miró desconcertada. El niño había comenzado a llorar y no era la primera vez que ocurría esto, Adrián rara vez se resignaba a irse a la cama con el estómago vacío y montaba una rabieta que solía acabar con un azote en el culo. Paola trataba de embaucarle siempre con promesas de días mejores y, según el cansancio del pequeño, así iban las cosas. Sin embargo, parecía que ese día estaba especialmente hambriento porque ni siquiera escuchó las primeras palabras de su madre.

—¿Qué estoy roja? ¿Se puede saber por qué me dices una tontería así?

Carmencita había entendido a la primera lo que quería decir su hermano, el rubor había acudido a sus mejillas, pero no se sentía con fuerzas para explicarlo. Confiaba en que pasara desapercibido como una tontería del crío, pero estaba muy equivocada, Adrián no tenía pensado irse a la cama sin luchar.

—¡No te enteras! Los que están rojos son los malos y por eso no nos quieren y tenemos hambre y no tenemos papá —gritó el niño.

Su madre se quedó con la boca abierta. Acababa de entender lo que su hijo quería decir con estar rojo . Carmencita a su lado veía desatarse el huracán y no tenía ni idea de cómo frenarlo.

—¿Quién coño te ha dicho semejante cosa? —casi gruñó Paola.

—Lo dicen los niños, el vecino, dicen que estamos rojos—hablaba con rabia, como escupiendo las palabras entre balbuceos.

—Mira, hijo —tomó aire por la boca para contener su frustración, alguno se iba a enterar de su vecina la roja —eso que dicen…

Unos golpes en la puerta, contundentes, rítmicos, silenciaron sus palabras.

—¡Abran a la Guardia Civil!

Paola se quedó petrificada. Un miedo casi doloroso que no sabía de dónde surgía la invadió por completo. Encima de ella, sobre el techo, Manuel trataba de pensar a toda prisa, pero estaba tan bloqueado como su amiga. La veía ahí parada, en medio del salón casi vacío, con los niños agarrados a su cuerpo, inmóviles, como si se tratara de la escultura de una tragedia griega y se maldecía una y otra vez por encontrarse escondido allí, por ser un problema para aquella familia.

La mujer reaccionó. Mandó a los niños a su cuarto y les dijo que se prepararan para irse a la cama.

—¿Vas a abrir, mamá? —preguntó su hija paralizada, intuyendo que aquello no era nada bueno.

—Obedece y llévate a tu hermano.

—¡Guardia civil! ¡Abran de una vez!

Paola respiró hondo y se acercó a la puerta. Manuel, desde su observatorio, la vio quitar el cerrojo, las manos le temblaban. Una pareja de guardias entró en aquel pequeño salón haciendo resonar sus botas contra el suelo, llevaban capotes para el frío y una escopeta que sobresalía por su espalda. Uno tenía un bigotito de esos a la moda y por su aspecto Manuel decidió que era el más peligroso. Su gesto, su forma de entrar en aquel salón lo delataban. El segundo era un muchacho joven, con la cara alargada y las orejas de soplillo. No parecía que tuviera muchas luces y como comprobaría después, simplemente hacía lo que mandaba su compañero.

—Buenas noches —Paola trató de imprimir seguridad a su saludo, pero no lo consiguió. El temblor de su voz delataba su nerviosismo.

El más joven se llevó una mano al tricornio como cortesía. El del bigote ni se inmutó.

—¿Es usted Paola, la mujer de Adrián…?

Por un momento dejó de escuchar y una nube negra se adueñó de sus sentidos y nubló todo lo que había a su alrededor. Está muerto, pensó, está muerto. La confirmación que tanto temía acababa de llegar.

—¿Oiga? ¿Me está escuchando? —levantó la voz el guardia.

Ella volvió de su realidad paralela.

—Perdone, sí, era el nombre de mi marido —y lo dijo así, en pasado, sintiendo el dolor de cada una de las palabras para irse haciendo a la idea.

—¿Era?

Los miró sin comprender. Si no habían ido a notificar la muerte de su esposo ¿qué hacían allí? El suelo estaba empezando a desaparecer bajo sus pies, contuvo las lágrimas y la angustia que le trepaba por el estómago, y trató de calmarse. Según había oído, esas incursiones nocturnas no acababan con nada bueno.

—Pensé que venían a certificarme… —apenas podía hablar—, su muerte.

—No señora. ¿No sabrá usted más que nosotros? ¿Ha tenido noticias de él?

Sacudió la cabeza negando, temía que si decía una palabra más se desharía en llanto.

—La última carta me llegó antes de que terminara la guerra —pudo balbucear por fin a duras penas.

—¡Ya! —el del bigote la miró con desprecio, de arriba a abajo, disfrutaba con esa sensación de superioridad, de poder sobre los demás. Le encantaba vislumbrar el terror en los ojos de sus víctimas. La empujó a un lado de malas maneras, haciendo que Paola trastabillara y caminó hacia la cocina—. Estamos haciendo una batida de registros, ya sabe, limpiando de ratas los escondrijos.

El guardia sonrió, se volvió a su compañero y le hizo un guiño cómplice. El más joven esbozó una sonrisa bobalicona y caminó tras él. Manuel, desde su escondite sopesaba las posibilidades. Es cierto que iban armados, pero él contaba con el factor sorpresa, al joven no le daría tiempo ni a saber qué había ocurrido, pero el otro… el otro parecía un perro viejo. Se mantuvo inmóvil, decidió no hacer nada por el momento, aunque el empujón le había revuelto la sangre y a duras penas consiguió dominar el impulso de bajar y partirle la crisma.

—Pero ¿qué buscan? —la mujer les siguió con el alma en vilo—. Si me lo dicen quizás pueda ayudarlos.

—Ya se lo ha dicho mi compañero, ratas —el chaval también parecía divertirse.

—¡Tú, quédate ahí y no te muevas! —el del bigotito se volvió y sacándose la escopeta de la espalda se dirigió a la dueña de la casa. Paola se frenó en seco.

Entraron en la cocina y salieron al patio. Estaba todo a oscuras, pero utilizando una linterna, estuvieron revolviéndolo todo mientras Paola los miraba hacer con una sola idea en la cabeza. En cuanto se alejaran más, tenía que ir a quitar el palo que habían colocado cerca de la trampilla para que fuera más rápido dar de comer a Manuel. Si lo descubrían, estaban perdidos.

—¡Eh, tú! ¿Qué es esto?

Se asomó y vio que señalaba el gallinero. ¡Lo había olvidado! No sabía qué contestar, los huevos eran una parte importante de su economía, los vendían en el mercado negro a muy buen precio y si encontraban las gallinas las requisarían.

—¡Qué cojones haces ahí parada como un pasmarote! ¿No me has oído?

No tenía más remedio que decir la verdad.

—Es… es un antiguo gallinero, ahora está lleno de trastos y porquería —contestó balbuceando, sabía que era una inocente excusa para evitar que entraran.

Intentaron abrir, pero no vieron el madero con el que estaba atrancada y ni corto ni perezoso, el del bigotito dio una patada y la echó abajo. Sin entrar, paseó la linterna y no debió de ver nada interesante porque se dio la vuelta sin decir una palabra. Paola respiró aliviada. Notó entonces una manita que se asía a la suya y al darse la vuelta vio a su hijo. Era su oportunidad, aquellos hombres aún no habían visto a los niños, así que se agachó y le susurró al oído.

—Ve a la habitación donde duerme mamá y coge el palo de abrir el tejado.

—¿El de las ratas?

—No me interrumpas cariño, esto es muy importante Coges el palo y lo … —por un momento no se le ocurría qué hacer con él—, lo tiras por la ventana del otro cuarto sin hacer ruido. ¿Has entendido?

Adrián asintió muy serio, se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad de la casa mientras su madre seguía observando cómo los guardias revolvían todos sus trastos, todo lo que se acumulaba en el patio dispuesto para el invierno. El corazón le latía con fuerza, pero mientras siguieran removiendo por allí, todo estaba bien. Fue, en una de esas maniobras, cuando la luz de la linterna se balanceó y un haz se perdió en la noche, cuando Paola la vio, pensó que se derrumbaría y se le heló la sangre en un instante. Pegada a la pared del gallinero, en el rincón que formaba con el muro que daba a la calle, vislumbró durante un segundo a su hija. Estaba agachada, agazapada en la oscuridad tras el tronco sarmentoso de la parra, sujetando las dos gallinas, y tratando de que no se movieran. Paola creyó morir. El miedo la invadió de nuevo con más fuerza. Sabía que tenía que hacer algo, la linterna podía alumbrarla en cualquier momento y sabe Dios qué pasaría si pensaban que los estaban engañando. ¿Cómo se le había ocurrido semejante locura?

Por fin se movió, no podía seguir allí por más tiempo, tomó la decisión de salir al patio en un intento desesperado por distraerlos y que su hija tuviera una oportunidad de volver a entrar en el gallinero. Estaba claro que no mirarían otra vez allí, estaría a salvo. Pero no había bajado el primer escalón, cuando el guardia la enfocó.

—¿A dónde crees que vas? —atronó— ¿Cómo coño te lo tengo que decir, joder? ¡Estate quieta de una puta vez! Cuando te necesite, te avisaré.

Subió de nuevo los escalones temblando sin control ante aquella amenaza. Se volvió hacia la niña en cuanto comprobó que no la veían, debía de estar muy asustada. Se sentía

cobarde, pero no se le ocurría qué más podía hacer, desobedecer resultaría aún más peligroso, desgraciadamente sería el azar que el jugaría aquella partida.
En esos pensamientos estaba cuando vio Carmencita levantarse y empezar a caminar pegada a la pared del gallinero. Sintió que le fallaban las fuerzas y se le secó la boca, quería gritarle que se estuviera quieta, que la iban a descubrir, pero nada de eso era posible. A cambio pudo observar, con el alma en un puño, cómo la niña se movía con agilidad en la oscuridad sin hacer el más mínimo ruido y al final de lo que a su madre le pareció un siglo, conseguía colarse de nuevo en el cobertizo con las gallinas. Paola pensó que se iba a desmayar cuando desapareció de su vista, pero en ese momento llegó Adrián y se colgó de su mano.
—Ya está madre, ya lo he tirado. ¿A que no me has oído? —susurró.
—No he oído nada cariño, lo has hecho muy bien.
Los guardias decidieron que allí no había nada más que trastos inservibles, el frío era cada vez más intenso y resolvieron volver a la casa. Paola pensaba nuevamente en su hija y en el frío que estaría soportando, todo por salvar a las gallinas. Pasaron por delante de ella y se quedaron mirando al niño.
—¿Y este mocoso? ¿Es tu hijo?
Paola asintió.
—Pues no lo sueltes, que se mantenga tranquilito, porque si molesta se va a llevar unas cuantas hostias —el guardia hablaba balanceando el fusil delante de la madre y el hijo. Paola, en un movimiento reflejo, colocó al niño detrás de ella. El crío se aferró a sus piernas con fuerza.
Volvieron al salón y dieron un repaso con la linterna. Estaba prácticamente vacío, por lo que había poco que mirar. La mesa y las sillas que habían comprado cuando Adrián y ella se casaron habían sido pasto de las llamas hacía mucho tiempo, al igual que el aparador. Entraron en su habitación, la que utilizaban los niños ahora. Miraron debajo de la cama, pisaron el suelo aquí y allá con fuerza. Seguramente buscaban agujeros en los que una persona se pudiera esconder. Al girarse repararon en el armario, era un armario de obra, con repisas y sin puertas. Tiraron al suelo todo lo que había allí, desde lo poco que quedaba del ajuar, hasta unos vasos que les regalaron por su boda, único tesoro de aquellos días felices, que se hicieron añicos contra el suelo. Después comenzaron a dar golpes con las culatas de los fusiles en busca del escondrijo. En ese momento llegó Carmencita y se aferró a su otra mano. Estaba helada. Convencidos de que allí sólo había una pared, volvieron al salón. Al ver a la niña se quedaron sorprendidos.
—Y ésta, ¿de dónde coño sale? ¿También es hija tuya? —era el del bigotito otra vez.
La pequeña se escondió tras su madre asustada, Paola asintió de nuevo. y trató de explicarse.
—Cuando volvieron del patio mi hija estaba sentada en la cocina, pero no la vieron.
—Pues no has perdido el tiempo tú —y con un gesto obsceno le guiñó nuevamente un ojo a su compañero que volvió a esgrimir esa sucia sonrisa bobalicona— ¿Hay alguien más que no hayamos visto?
Paola negó con la cabeza. Poco a poco iba recuperando algo de confianza, lo que le permitía pensar con más claridad, aunque echaba mucho de menos su hacha, con ella habría rebanado el cuello de el del bigotito sin inmutarse si trataba de sobrepasarse con su hija o con ella. Pero el arma dormía bajo la almohada como cada noche. Llegaron a la habitación pequeña, la del peligro, la de la trampilla. Paola apenas podía respirar, le faltaba el aire, apretaba la mano de los niños compulsivamente, tanto que Carmencita le susurró que le estaba haciendo daño. La madre aflojó, pero temía que alguno hiciera un comentario sobre ratas, fantasmas o simplemente que hablase de la trampilla.
Sin embargo, nada de eso ocurrió, los guardias dieron un vistazo rápido y concluyeron que allí tampoco había mucho que ver. Una cama y un montón de latas que hacían las veces de mesilla. En ningún momento iluminaron el techo, todo lo que buscaban, lo buscaban en el suelo y las paredes. Por fin se dieron la vuelta y cuando Paola pensó que se marcharían, volvieron a la cocina. No entendió ese gesto y todos sus sentidos se pusieron alerta, por segunda vez echó de menos su hacha en la cintura.
—¡Ven! —ordenó el del bigotito.

Se acercó y vio que se habían sentado al lado de la mesa. Definir el horror es complicado y si temes por alguien más que por tu propia vida, es insufrible. Pero ella sabía que debía resistir, superar el miedo y mantener la cabeza fría, si no, todos estaban perdidos.

—Tienes unos hijos muy guapos…

—Gracias. Si no les importa, me gustaría acostarlos, es muy tarde —dijo con toda la amabilidad de la que fue capaz sin dejar de pensar obsesivamente en el hacha.

—¡Aquí las órdenes las doy yo! —gruñó el guardia de malos modos alzando la voz. Los niños se asustaron.

Manuel seguía sin respirar todo lo que ocurría abajo, pensaba que escucharían su corazón de lo fuerte que latía. No le gustaban aquellos dos tipos y menos que se hubieran dado cuenta de que estaban delante de una mujer indefensa con dos niños. La situación estaba a punto de saltar por los aires, lo sabía porque si tocaban un pelo a aquella mujer, los mataría, aunque fuera lo último que hiciera en la vida. Tenía los puños cerrados, tan tensos que la piel amenazaba con resquebrajarse.

—Ven aquí niña ¿cómo te llamas? —preguntó el del bigotito. La voz melosa de aquel sujeto provocó las náuseas de Paola. La pequeña no se movió y apretó, aún con más fuerza, la mano de su madre.

—¿No me has oído?¡He dicho que vengas! —. La orden no admitía réplica. La madre soltó a la niña y Carmencita se acercó tragándose las lágrimas.

—Carmen, me llamo Carmen —dijo con un hilo de voz.

Tomó a la niña de la mano y la puso frente a él.

—Y bien, Carmen. ¿Dónde está tu papá?

Carmencita le miró sin entender mientras que Paola comenzaba a entenderlo todo, igual que Manuel en su escondrijo.

—No sé dónde está, se fue a la guerra y no ha vuelto —hacía grandes esfuerzos por no llorar, pero al hablar su boca formaba un puchero.

—¿Y tú? —preguntó volviéndose a Adrián— ¿Cómo te llamas?

—Adrián— contestó con desparpajo. La infancia aún le mantenía alejado de la maldad.

—¡Ven! —el niño se acercó confiado—. ¿Tú sabes dónde está papá?

—En el cielo —dijo de manera tajante. La respuesta dejó un silencio confuso en el aire.

El guardia se tocó el bigote pensativo, tal vez no había nadie más allí. Se levantó dejando a los niños atrás y se encaró a Paola y ella supo que aquel era el momento de mostrarse firme, si no estaría perdida. Se acercó mucho, tanto que la mujer pudo oler su aroma agrio. Le acarició la cara y ella se separó con un movimiento brusco. Miles de pensamientos surcaban su mente, pero ninguno quedaba quieto, la imagen más insistente era su hacha, una defensa, una posibilidad.

—Así que no ha vuelto el rojo hijo de la gran puta de tu marido.

Silencio.

Se volvió a acercar y dio la vuelta a su alrededor como un lobo que acecha a su presa. Ella trataba de mantener la calma mirando al suelo. Manuel estaba a punto de salir de su escondrijo, con los músculos en tensión y la adrenalina que provoca la rabia desbocada. La luz de la linterna sobre la mesa desenfocaba las siluetas y convertía en fantasmas a sus protagonistas.

—¿Y ahora cómo se las va a apañar una mujer joven y guapa como tú sin un hombre que la proteja?

Paola seguía en silencio con la mirada fija ahora en el infinito, mirar al suelo era señal de sumisión y ella aún no se había rendido.

—Yo podría… —trató de retirarle el pelo de la cara, pero ella se volvió como si tuviera un resorte. Sabía lo que pretendía aquel sujeto y si Manuel no era un poco inteligente cedería al chantaje y la rata, como él las llamaba, saldría de su madriguera—, podría cuidarte… A tus hijos… aunque fueran de un cabrón rojo, no tendría por qué faltarles la comida.

Y volvió a intentar acariciarla, pero ella volvió a separarse.

—¿Qué me dices?

Manuel se levantó tratando de no hacer ningún ruido, tenía que llegar a la cocina sin que se enteraran. Una vez allí, trató de no pensar en la derrota. Echó una última mirada y vio cómo Paola negaba con la cabeza e intuyó que era una señal para él y se detuvo. ¿Qué estaba

tramando? El guardia del bigotito había visto a Paola negar con la cabeza y pensó que contestaba que no, pero ella sabía que Manuel los observaba y necesitaba mandarle una señal, no quería que lo estropeara todo por ese orgullo masculino que tantos disgustos procuraba a las mujeres. Se giró lentamente y por primera vez en toda la noche clavó los ojos en aquel ser despreciable.

—No hay ninguna rata en esta casa, mi marido está muerto o huido. No creo necesario asustar a unos niños y a una mujer indefensa —estas palabras pillaron totalmente desprevenido al civil que no podía creer la fiereza que adivinó en aquella mirada—. Si no quiere nada más, me gustaría acostar a los niños, están muertos de miedo y de cansancio.

Y entonces aquel hombre se puso rojo de ira, se le hincharon las venas del cuello y sin previo aviso soltó tal puñetazo que la lanzó contra la pared.

—¡Vámonos! Aquí no hay más que rascar —se dio la vuelta y pensándolo mejor se volvió de nuevo y señaló a la mujer que aún estaba en el suelo—. Y tú, puta, ándate con ojo, a la más mínima te enchirono, vamos detrás de ti, zorra. Y le dio una patada mientras ella trataba de protegerse haciéndose un ovillo contra la pared, pero ni siquiera se quejó. Adrián, por el contrario, con su cuerpecillo de alambre se lanzó contra el guardia civil y le propinó una patada.

—¡Deja a mi madre en paz! —chilló. El guardia soltó la mano y abofeteó al niño que fue a parar al suelo junto a su madre que lo retuvo para que no se levantara de nuevo.

—Controla a estas bestias. ¡Qué se puede esperar de un puto rojo!

Y antes de que Paola se pudiera levantar del suelo, antes de que los niños pudieran echarse a llorar, antes de que Manuel tuviera tiempo de bajar, aquella pareja desapareció dando un portazo. Y el tiempo se quedó en suspenso unos segundos, como avergonzado, ralentizando la angustia y de repente, como si hubieran dado permiso para respirar, los pequeños se abrazaron sollozando a su madre que se levantó mareada, con un pitido en el oído que tardaría días en desaparecer. Mientras, Manuel se derrumbaba sobre el suelo del tejado sintiéndose cobarde y maldiciendo a aquellos que provocaban tanto dolor y violencia. No habían acabado de irse los guardias cuando unas llaves giraron en la cerradura y en el oscuro vano aparecieron sus vecinas, entraron a toda velocidad y cerraron de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —susurraron alteradas—. Hemos oído golpes y hemos visto a los civiles salir.

Paola se acercó a la vela cuya llama temblaba con fuerza para evitar que se apagara. La puerta del patio aún estaba abierta y por ella se colaba un viento desangelado. Petra se acercó a cerrarla, la llama se estabilizó y entonces pudieron ver el rostro de su amiga.

—¡Dios mío, chiquilla! —Pili acercó la llama, con el dorso de la mano Paola se quitaba la sangre de la boca y la nariz que manaba en abundancia.

—¡Ese señor nos ha pegado! —sollozó Adrián cuyo oído estaba colorado del golpe y un hilillo de sangre le caía de la cabeza, una pequeña brecha por el impacto contra el suelo.

—No te preocupes, ya ha pasado todo, cariño —Petra cogió al niño en brazos, su madre aún no había visto que sangraba también.

Salieron a la fuente y trajeron un balde hasta arriba y con trapos empapados en agua y sal trataron de curar las heridas. Adrián tenía un pequeño chichón con un corte diminuto en medio y enseguida estuvo bien. El golpe de Paola era otra cosa. Tenía parte del labio partido que se le hinchaba por momentos, al igual que el ojo izquierdo y no dejaba de salirle sangre por la nariz.

—Aprieta el trapo con fuerza para que deje de sangrar —la recomendó su vecina—. No parece que esté rota.

La muchacha obediente siguió las instrucciones, la tensión la había superado. Mantenía el pitido en el oído izquierdo, lo que le impedía escuchar correctamente y un penetrante dolor se ajustaba a su cabeza provocándole náuseas. No sólo había sido la bofetada, en la caída había chocado con la pared cuando la fuerza del golpe la obligó a girar la cabeza de forma refleja. Sin previo aviso vomitó. Los niños estaban muy asustados de ver a su madre en aquel estado. Petra, en vista de las circunstancias, los mandó a la cama y, aunque al principio protestaron, terminaron por claudicar, estaban derrotados y el sueño los venció en pocos minutos. Pili, mientras tanto, ayudó a su vecina a tumbarse también. No era hora de preguntar nada, todo estaba bastante claro, pero Paola necesitaba descansar. Según se

dejaba caer en el lecho, la tensión la sobrepasó y se puso a llorar, no sabía bien por qué, probablemente por todo lo que le había tocado vivir. Temblaba pensando lo que podía haber pasado, volvían a su mente imágenes de su hija, tan cerca de aquel sujeto de manos repulsivas, su hijo volando contra ella, ella misma indefensa ante la brutalidad.

Pili y Petra la dejaron que se desahogara en silencio, después le retiraron el trapo y vieron que la sangre había dejado de salir, pero una costa oscura y seca bordeaba su rostro deformado dándole un aspecto un tanto monstruoso entre las sombras. La muchacha cerró los ojos y con una voz apenas audible les indicó que podían irse, que al día siguiente les contaría todo, pero que necesitaba tranquilizarse y estar sola. Las vecinas le propusieron quedarse, aunque sólo fuera una de ellas por si necesitaba cualquier cosa, pero fue contundente. Nadie debía permanecer allí, ahora sabía que la estaban vigilando, la vigilaban por roja. Finalmente, las vecinas se marcharon con mil recomendaciones.

—Un golpe en la pared y estamos en un segundo —fueron sus últimas palabras.

Cuando la puerta se cerró, Paola cerró los ojos y volvió a dejarse perder en el llanto, el único consuelo que le quedaba. Se sintió sola, frágil, inútil. La imagen de sus hijos cerca de aquellos hombres no se borraba de su cabeza, los habría matado si hubiera podido. De repente algo la sobresaltó, sintió que la cama crujía y pensó que las vecinas habían vuelto a pesar de su negativa, pero una voz conocida y dulce la consoló.

—Me partes el alma, mi vida —y sin pensarlo aquella mujer devastada, hecha un mar de lágrimas, se dio la vuelta y se abrazó con fuerza a Manuelín que la acogió en sus brazos protectores acunándola en silencio.

Y entonces su cuerpo se tensó, los recuerdos volvieron a acosarla y se separó violentamente.

—No deberías estar aquí, es peligroso —dijo entre hipidos a través de las lágrimas sin ningún convencimiento.

Manuel no contestó, la tomó suavemente de la cabeza y volvieron al abrazo. Ella no fue capaz de oponer resistencia, no eran necesarias más palabras. Ninguno, por diferentes motivos, tenía las fuerzas necesarias para dejar paso a lo conveniente. Y así estuvieron muchos minutos, enlazados el uno al otro mientras ella lloraba desconsoladamente y él le hablaba en susurros para que se tranquilizara. No pensaron en los niños, que podían aparecer en cualquier momento, no pensaron en las vecinas, no pensaron en nada, solo en unir sus tristezas, sus angustias y sus miedos y apoyarse al calor de unos brazos.

Manuel se sentía confuso, su prudencia le insistía en que había hecho lo correcto, no era un cobarde, darse a conocer hubiera significado la perdición para todos, pero una parte de su corazón se rebelaba, aún le hervía la sangre y la imagen de la violencia brutal de aquel sujeto contra una mujer desprotegida y un niño le revolvía las entrañas y le impedía aprovechar aquellos momentos de complicidad.

—Tal vez tenía que haberte defendido —confesó ahogado en las dudas cuando Paola dejó de llorar.

Ella se separó y lo miró con los ojos aún anegados.

—Sabes que no, hubiera sido nuestro fin, eso es precisamente lo que pretendía, ¿no te diste cuenta? Tensar tanto la cuerda que mi supuesto y escondido marido perdiera los estribos. Era más difícil, más valiente y más inteligente aguantar que salir a la desesperada.

—Ha sido una suerte que se hayan ido de esa manera, ya no podía soportarlo más.

La mujer compuso una extraña sonrisa, más bien una mueca entre el llanto.

—Tal vez vuelvan… —su voz sonó angustiada—. Saben que soy una presa fácil.

Manuel la abrazó con más fuerza y trató de espantar todos los pensamientos dolorosos de su mente.

—No estás sola, te lo aseguro, pero ahora no debes preocuparte más, tienes que tratar de dormir —acercó la vela y comprobó los daños. Aquel rostro mostraba los signos de la violencia sin paliativos, había recibido un buen golpe que dolería, y mucho, a la mañana siguiente. La hinchazón ya era palpable e iría a más. El ojo estaba adquiriendo tonos morados y el labio le dificultaba el habla, pero no dijo nada, dejó que se deslizara en la cama y estuvo un buen rato hasta que su rítmica respiración le indicó que dormía. Se aseguró de que estaba bien tapada con una manta roída y áspera, descolorida y con algún que otro remiendo. Sopló la vela y sin hacer ruido volvió a su escondrijo pasando por encima de

aquel cuerpo al que no quería despertar.
Una vez arriba se tumbó boca abajo y buscó la rendija por la que espiaba los movimientos de aquella mujer que le robaba el aliento. No se veía nada, la oscuridad era total, pero saber que respiraba el mismo aire, le era suficiente.

26

Paola amaneció desfigurada. Unos rayos de sol deslucidos se colaban por la ventana cubierta con telas y deslumbraron sus ojos. Le dolía la cabeza, pero más le dolía la humillación recibida, le costaba recordar porque la bilis de su orgullo herido subía a su boca. Se vistió con prisas y lo primero que enganchó a la cintura fue el hacha. Estaba furiosa. Los niños seguían durmiendo ajenos a su ira, no quiso despertarlos, bastante miedo habían pasado ya. Salió al patio con paso firme y descubrió que las gallinas, que con tanta valentía había protegido su hija, habían puesto tres huevos en señal de solidaridad, ya estaban viejas, pronto habría que llevarlas a la olla y necesitaba hacerse con alguna más. Se arriesgaría a salir fuera de Madrid, a alguna granja donde pudiera robarlas sin ser descubierta.

Entró de nuevo en la casa y se tocó la cara sintiendo un intensísimo dolor que le cortó la respiración. Debía de tener un aspecto horrible por lo que decidió ponerse en la cabeza un retal a modo de pañuelo que la protegiera un poco de las miradas indiscretas. Despertó a Carmencita, hubiera deseado no hacerlo, pero tenía que acompañarla a vender los huevos y a casa de la señora del Viso, era su única esperanza de conseguir algo de comida porque la despensa estaba vacía y apenas conseguían nada con el racionamiento, llevaban más de un día sin probar bocado. Estaba masticando aún su rabia cuando entró Petra y al ver su aspecto se quedó inmóvil, se arrepintió inmediatamente de su torpeza, pero ya no tenía solución.

—¿Te duele? —preguntó.

—Muchísimo. Debo de tener un aspecto horrible ¿no?

Petra barajó la posibilidad de suavizar la situación, pero desistió de inmediato, era mejor que supiera por qué iba a mirarla todo el mundo. Fue a la cocina y de un rincón sacó el cubo con el agua que había sobrado de las curas de la noche anterior y la muchacha se miró en su superficie. No dijo nada, simplemente llamó a su hija y le explicó que no era nada grave, todo desaparecería en unos días.

Salieron a la claridad del día. Paola, llena de ira, guardaba en su corazón el amargo regusto de una venganza que posiblemente jamás podría cumplir y se mantuvo en un silencio obstinado durante todo el trayecto, la niña prefirió callar también, conocía de sobra ese gesto de su madre.

Vender los huevos no costó trabajo, era un producto apreciado y había quien disponía de mucho dinero para comprar lo que otros ni siquiera se podían permitir y, aunque sabía que se arriesgaba a terminar en la cárcel un mínimo de quince días por hacer estraperlo, merecía la pena y además contaba con su hija y su instinto. Era como un rastreador, se paseaba por las calles y decidía la esquina dónde colocarse, siempre una diferente y, mientras su madre ofrecía el producto, ella vigilaba atenta. Después se dirigieron a casa de la señora del Viso, y la niña, como hacía cada semana, se quedó en la acera esperando mientras su madre se adentraba en aquel edificio señorial.

Abrió la tal Herme, que ni siquiera se dignó mirarla y menos contestar al decidido *Buenos días* que la visita le dedicó. Al llegar a la cocina, como era habitual, le indicó que esperara a que la señora estuviera preparada y Paola, agotada por el peso y las escaleras, apoyó la imagen en la mesa y se quedó con la cabeza gacha para evitar en todo lo posible miradas indiscretas. La cocinera estaba empezando a organizar la cocina, aquel día era demasiado pronto y aún no se percibían los olores de los guisos más allá del agradable aroma a comida que se extendía por aquella estancia en cualquier momento. La miró un segundo, pero no dijo nada. Unos instantes después la tal Herme le indicó que la siguiera y Paola hizo lo propio, abrió la puerta del enorme salón y le franqueó la entrada. Una vez dentro cerró con exquisitos modales. Esperándola estaba María con más que visibles signos de su embarazo que prosperaba sin problemas y llenaba de felicidad aquel hogar. Estaba sentada en uno de los sillones y cosía algo. Al oírla entrar apartó la labor y se levantó solícita. Paola, que llevaba la imagen por delante de su cara, se apresuró a dejarla sobre la mesa para atender a

aquellas manos que se extendían hacia ella.

—Buenos días mi querida …

De pronto dejó de hablar al descubrir el rostro amoratado y el labio partido de su interlocutora que bajó los ojos un tanto avergonzada, sabía que había llegado el molesto momento de las explicaciones.

—¡Dios mío! ¿Qué le ha ocurrido? ¿Quién le ha hecho eso? —preguntó mientras se acercaba alarmada, con una mano tapándose la boca abierta. Parecía mostrar una preocupación totalmente sincera. Sopesó la posibilidad de mentir, pero no se le ocurría nada que pudiera ser más prudente que la propia verdad, por lo que suspiró para coger fuerzas y comenzó a hablar.

—Ayer nos visitó la Guardia Civil, querían constatar que mi marido no había vuelto y lo teníamos escondido en algún lugar de la casa, seguro que alguien había dado un chivatazo.

—¿Tu marido? ¿Y por qué habría de estar escondido? —preguntó extrañada. Aquella mujer no entendía nada de lo que ocurría fuera de su jaula de cristal, por lo que Paola sintió burbujear su ira e hizo un enorme esfuerzo por domarla. Levantó la mano indicando que no tenía importancia.

—No, no. ¡Explícamelo! —insistió ella con esa voz contundente que últimamente estaba mostrando cuando quería algo y que hizo que su amiga tomara aire con fuerza tratando de sujetar a su demonio.

—Señora, mi marido es de los malos, de los *rojos,* a pesar de que nunca se metió en política. Le tocó estar en el lado de los desafortunados, de los que iban a perder de una manera u otra. Nunca dejará de ser sospechoso y su familia nunca dejará de estar en la picota. Ayer, esos dos hombres trataron de comprobar si teníamos a mi esposo escondido, primero revolvieron mi hogar a su antojo, preguntando a mis hijos y consiguiendo que yo fuera capaz de imaginar lo que nos puede pasar si algo así ocurriera. Después me hicieron lo que ve, de un solo golpe, y cuando mi hijo trató de defenderme, le pegaron también. Es muy pequeño ¿lo entiende? —Paola sintió que se descontrolaba su rabia— ¡Es sólo un niño! ¿No ha sufrido suficiente?

Las primeras lágrimas comenzaron ese camino ya conocido.

—¿Puede imaginarse la escena? —continuó— ¿Puede vernos allí? En la oscuridad, con una linterna sobre la mesa, mis hijos agarrados a mis piernas y yo... ¿Yo? ¿Qué le digo de mí? ¡La impotencia brutal de no poder hacer nada! No saber cómo defenderme y defenderlos, jugando a callar, a no decir nada inoportuno. ¿Se imagina algo así?

El llanto era desgarrador, la humedad se había hecho dueña de su rostro y la señora del Viso estaba consternada, tenía los ojos brillantes y no se atrevía a decir una palabra.

María se levantó, se acercó a su amiga, la tomó del brazo y la acercó a un sillón para que se sentara, abrió un cajón y sacó un pañuelo que le tendió. Era blanco, inmaculado, con unas flores malva bordadas en una esquina y no supo por qué, pero aquel pañuelo le recordó a su madre y redobló el llanto, le dolía pensar en ella porque eso llevaba añadido el recuerdo de su hija perdida. Después la señora la dejó sola y salió del salón para instantes después entrar con una taza humeante de manzanilla con mucha azúcar.

Paola se iba tranquilizando a la vez que su arrepentimiento aumentaba, era consciente de que había estallado en el peor lugar posible. El dulzor de la infusión y su temperatura le devolvieron el pulso y trató de disculparse.

—Lo siento… no he debido…

La señora del Viso estaba pensativa y tenía el gesto contrariado. Se tocó el vientre y suspiró. Como siempre, Paola se temió lo peor, esta vez se había pasado de la raya.

—No puedo ni imaginarme lo que ha tenido que pasar —por fin le salieron las palabras que había estado reteniendo—, y permítame que le prohíba esa disculpa. Usted no ha hecho nada malo, es esta maldita guerra que nos ha convertido a todos en salvajes. Hoy rezaré por usted, no necesito pedir nada a la Virgen, ya me ha beneficiado demasiado y puedo ver con claridad como no es así con otros muchos. Y una cosa más, le prometo que nadie va a ir a su casa a molestar nunca más, aún no sé cómo lo voy a hacer, pero tener un marido importante me tendría que servir de algo.

El pánico se adueñó de Paola al oír esas palabras.

—¡No! —casi gritó. Pensó inmediatamente en Manuelín escondido en su tejado, después

suavizó el tono, no quería seguir metiendo la pata—. Se lo agradezco, pero no quiero que haga nada, no quiero significarme de ninguna manera, pasar desapercibida es lo que siempre me ha funcionado.

La señora del Viso negó con contundencia, le indicó con un gesto que tomara la manzanilla y prosiguió.

—Está equivocada, muy equivocada. Las influencias son vitales, créame Paola, de esto sí sé mucho. Tenemos un pacto y espero que una amistad y no permitiré que le hagan daño, mi marido tiene un puesto muy importante cerca del gobierno y poner un cordón alrededor de su casa no tendría que costar demasiado. Una mujer embarazada tiene sus ases en la manga.

Dejó que las palabras cerraran solas el círculo. Paola seguía intranquila, no compartía en absoluto su optimismo, con la taza de fina porcelana vacía en las manos se preguntaba qué ocurriría si aquel señor de postín no hacía nada y les sentaba mal a los del traje verde.

Después estuvieron hablando de niños y canastillas, María preguntaba y Paola le hablaba de su experiencia, de mujer a mujer. Rezó a la Virgen y le pidió las señas de su casa. Por último, sacó del cajón de un mueble un gran paquete y se lo tendió con una sonrisa.

—¡Guárdelo bien! Herme siempre está al acecho. El próximo día le prepararé algo de ropa que ya no uso y que creo que le vendrá bien, lo que lleva está muy desgastado. La espero la semana que viene, seguro que con buenas noticias.

Paola salió de aquella casa muy confundida, había hablado demasiado, pero ¿qué otro remedio le quedaba? No quería que la señora María hiciera nada, los amigos traían siempre de la mano enemigos y ella prefería ser anónima. Sin embargo, las personas importantes nunca dejan decidir al débil. La buena noticia era toda la comida que llevaba en el cajón, le había dado un gran paquete, no sabía qué contenía, pero la perspectiva de comer le hacía la boca agua.

Aburrida y hambrienta, Carmencita estaba sentada en el bordillo de una acera mirando cómo trabajaban enfrente en la reconstrucción de un edificio que seguramente había sido bombardeado. Un montón de obreros se afanaban en sus trabajos y la niña, sin nada mejor que hacer, observaba las labores de cada uno. En una esquina, despejando enormes piedras, unos hombres llenos de polvo sudaban por el esfuerzo. Cruzó la calle con la bolsa de su madre en las manos porque algo le había llamado la atención y justo en ese momento, los trabajadores paraban para tomar el almuerzo en el interior de las ruinas, quedando la calle despejada.

Se agachó disimulando, miró a un lado y a otro y no vio a nadie. Con sus propias manos empezó a limpiar un montón de arena, debajo había visto algo brillante, algo que había llamado su atención. Era una hebilla, la hebilla de una mochila cuya cinta apareció bajo la arena. Volvió a mirar en derredor, escuchó a los obreros charlar en alto y sin peligro cercano tiró con todas sus fuerzas de aquel trozo de tela. La mochila se movió, pero era demasiado pesada y tenía demasiada arena encima, arena apelmazada de muchos días e inclemencias. Se afanó en quitar más tierra, más cascotes, pero la mochila no se liberaba. Se sentó en el suelo y apoyó los pies contra unas enormes piedras para hacer más fuerza, le dolían las manos, los granos se le metían por las uñas, pero sólo pensaba en lo contenta que se pondría su madre si podían vender muchas cosas.

Volvió a tirar con todas sus fuerzas y la mochila, poco a poco, salió de su tumba de arena y piedras. Pesaba muchísimo, tanto que la muchacha empezó a dudar de que pudiera con ella para meterla en la bolsa, si es que cabía allí. Los obreros estaban acabando, oía sus conversaciones, si no se daba prisa la pillarían.

Paola salió del portal y se extrañó de no ver a su hija en el lugar de siempre. El corazón le dio un vuelco y, sin soltar la imagen, empezó a mirar a un lado y al otro con desesperación. Enseguida dio con ella. ¿Pero qué hacía sentada frente a un montón de escombros en la acera de enfrente? Mientras iba cruzando observó que se incorporaba lentamente, con la bolsa abierta y algo, que no conseguía definir, a su lado, parecía que quería meterlo allí.

—¿Qué haces aquí? —La niña dio un respingo—. Me has asustado. Te he dicho mil veces…

Carmencita se volvió, tenía toda la cara y las manos manchadas y a su lado había una mochila muy sucia que era lo que estaba tratando de guardar.

—¡Mamá, deprisa! Tenemos que meterlo en la bolsa, si nos ven los obreros se lo quedarán.

Paola iba a preguntar, pero se lo pensó mejor.
—¿Podrás con la imagen? Pesa mucho.
Ella asintió y su madre se la puso en las manos viendo cómo la niña apretaba los dientes. En un movimiento rápido colocó la pesada mochila en la bolsa, aunque sobresalía la mitad por encima de las asas.
—¡Hay que cruzar ya! ¿Seguro que puedes?
La pequeña no tenía ni fuerzas para hablar, solo movió la cabeza y echó a andar delante de su madre que se colgaba la bolsa a la espalda y trataba de sujetar por la cabeza, bajo el terciopelo, la imagen. Las voces de los obreros volviendo al trabajo se acercaban cada vez más.
Alcanzaron la otra acera y Paola ayudó a su hija a dejar la Virgen en el suelo, se sentó ella también y disimuló la bolsa entre sus faldas.
—¿Se puede saber qué hacías ahí enfrente? No lo habrás robado ¿verdad?
Carmencita le explicó cómo lo había visto y lo había desenterrado.
—¡No te tienes que arriesgar de esta manera! Pueden pensar que estás robando y … no sé qué te puede pasar —miraba al suelo preocupada.
—Me aseguré antes bien, los obreros ya se habían ido y a lo mejor tiene cosas buenas dentro, cosas de vender.
Paola miró fijamente a su hija. Estaba llena de tierra, tierra pegada a sus rodillas, a sus brazos, a sus uñas, la cara tiznada, los ojos anhelantes de reconocimiento. Le sonrió.
—Has sido muy valiente —abrazó aquel cuerpo diminuto y lo atrajo hacia ella—, pero no me des estos sustos, aún no te he regañado por la locura de ayer con las gallinas y ahora esto. Casi me muero allí mismo.
—¿Qué habrá dentro? —cambió despreocupadamente el rumbo de la conversación.
—No lo sé, pero este no es lugar para mirarlo. No sé cómo nos las vamos a apañar para llevar todo esto de vuelta —dudó.
—¿Y si no hay nada de valor? ¿Y si cargamos para nada? —inquirió, su lógica era aplastante.
—Tendremos que arriesgarnos, como tú has hecho hace un momento. Esperemos que el esfuerzo sirva para algo, si no es así… ¡mala suerte! ¡Vamos!
Se colgó la bolsa al hombro para dejar las manos libres y poder coger también la imagen. Pesaba muchísimo, la comida que le había dado la señora, escondida en el cajón, también contribuía a hacer más difícil la marcha. Carmencita se colocó a su lado e intentaba sujetar la bolsa por debajo, sin mucho éxito, tratando de ayudar. El trayecto se les hizo larguísimo y tuvieron que parar mil veces. Paola caminaba lo más rápido que podía a pesar del peso, marchaba muy preocupada porque no se podría defender en caso de necesidad. El hacha estaba ahí, afilada, pero dejar todo aquello supondría mucho tiempo de reacción, y se jugaba demasiado, el dinero, la comida y lo que fuera que hubiese en aquella mochila que pesaba una barbaridad. A eso se le sumaba que estaba dolorida, la cabeza le martirizaba, los latidos se clavaban en las sienes como agujas y hubo un momento en el que se sentía tan mal que pensó que se desmayaría.
Casi llegando al barrio, tuvo que sentarse en una piedra que había en medio del campo. No podía más. Dejó todo en el suelo y respiró profundamente para tomar aliento. El labio había empezado a sangrar un poco, pero si se tocaba sentía un dolor insoportable. Sacó el pañuelo, la señora del Viso se había empeñado en regalárselo, y trató de limpiarse la herida, pero su hija se lo quitó de las manos con cuidado y secó el pequeño reguero de sangre y pus.
—¿Estás muy cansada? ¿Puedes levantarte? ¿Quieres que intente llevar a la Virgen? —preguntó. Empezaba a asustarse, sentía la derrota en la laxitud de los brazos de su madre que apenas podía hablar.
—No, hija. Ve corriendo a casa y que vengan a ayudarme, yo no puedo dar un paso más y tú eres muy pequeña.
La niña, prudente, como le había enseñado Paola, miró a todos lados para comprobar que no había nadie. No le gustaba dejarla allí sola, tan cansada y herida, pero sabía que no había otro remedio. Después salió corriendo como alma que lleva el diablo hacia su casa, a todo lo que sus piernas daban de sí, mientras Paola se levantaba con dificultad. Aún le faltaba el

aire y las piernas le temblaban. Llevaba dos días sin comer, había preferido dárselo a los niños y la debilidad le estaba pasando factura. Se sacó el hacha de debajo de la falda y volvió a sentarse colocando el arma a mano escondida entre el terciopelo de la imagen, era necesario proteger todo aquello. Ciertamente, la Virgen le importaba un comino, si se rompía ya vería cómo se las apañaba, pero la Iglesia tenía dinero para hacer otra, lo peor que podría pasar es que se quedara sin ese trabajo. Mucho más le preocupaba toda la comida que llevaba en el cajón, por ella sí que estaría dispuesta a usar el hacha. Matar o morir, como le había dicho a Manuel, ese era su lema ahora. También la mochila podía contener algo de valor.

Estuvo tentada de abrirla, pero desechó la idea al instante, era mejor tener paciencia y desmontar todo en la seguridad de su hogar. Notó cómo se le cerraban los ojos, se maldijo por su fragilidad, estaba muy mareada, pero empezó a dar patadas al suelo para despejarse. Pasaron muchos minutos que se le hicieron siglos.

Por fin las vio a lo lejos, su hija corría delante, varios metros la separaban de Petra y detrás la mujer con el niño en brazos y la lengua fuera.

—¡Para, no corras tanto, para un poco! —le gritaba.

Pero ella ya había vislumbrado la silueta de su madre y aún corrió con más fuerza. Llegó con la respiración agitada, se paró, se dobló y puso las manos en los muslos para coger aliento.

—¡Ya estamos aquí! He corrido todo lo que he podido, madre. La tía viene por ahí detrás.

Paola asintió, apenas tenía fuerzas para hablar, el mareo era cada vez más pronunciado, pero no podía permitirse el lujo de quedarse allí, había que llegar a su casa como fuera.

Por fin llegó su vecina y nada más ver su semblante supo que no estaba bien, pero no dijo nada, se dedicó a organizar el traslado.

—Lleva tú la imagen y yo cojo la bolsa, la niña que se haga cargo de su hermano.

Habían caminado poco más de cien metros cuando Paola se paró, Carmencita soltó a su hermano y tuvo el tiempo justo de hacerse a duras penas con la escultura antes de que se resbalara de los brazos de su madre que cayó de rodillas. Su vecina alcanzó a sujetarla antes de que se desplomara completamente. Los niños comenzaron a llorar, pero Petra los mandó callar con determinación e intentó buscar una solución a toda prisa. Incorporó a su amiga y echó de menos un poco de agua. Miró a su alrededor y en la lejanía, pasado el campo, en la zona urbanizada distinguió a las personas que por allí se movían, pero no sabía si era seguro pedir ayuda, llevaban cosas un tanto comprometidas.

—¿Cómo te encuentras?

—Mareada —contestó con un hilo de voz.

—¿Puedes hacerte cargo de los niños? Voy a intentar llevar todo esto y vuelvo a por vosotros.

Paola asintió.

—¡Carmen! —y no utilizó el diminutivo a propósito—. Deja de llorar y quédate al cuidado de los dos, voy a llevar esto y vuelvo.

—Pesa mucho, tía —le advirtió entre hipidos la niña.

—Más peso yo y me llevo todos los días de un lado a otro —refunfuñó.

Cogió la bolsa y del impulso casi pierde el equilibrio, después se agachó y con la ayuda de Carmencita aupó la imagen y comenzó a andar con cuidado, apenas se la veía entre tanto trasto. Casi en la puerta se encontró con Pili que la ayudó a meter todo, le contó lo que había pasado y ambas hermanas se encaminaron en busca de su amiga a la que trajeron casi en volandas. Manuelín, desde su atalaya, contempló cómo tumbaban a Paola y ésta cerraba los ojos inmediatamente, no entendía qué pasaba, la muchacha estaba lívida a pesar de las moraduras y él en una cárcel de la que no podía moverse.

—Ahora vas a quedarte aquí quieta hasta que por lo menos te vuelva el color.

Entró Pili con un tazón lleno de agua y entre las dos la incorporaron para que bebiera.

—¿Cuánto hace que no comes? —empezó su interrogatorio Pili.

Paola negó con la cabeza.

—Te estoy haciendo una pregunta y quiero que me contestes —insistió.

Pero ella no estaba para interrogatorios, todo le daba vueltas y la cabeza amenazaba con estallar como una sandía madura, cada latido de su corazón era un latigazo en sus sienes y

lo único que deseaba era descansar, cerrar los ojos y apagarse como la vela que había soplado su amigo, que seguro que la estaba observando. Esa sensación de no poder más volvió a instalarse en su corazón como una tea ardiente.

—Seguro que lleva más de un día sin comer —Pili se volvió hacia su hermana con preocupación—, encima ayer perdió sangre, tiene una buena en la cabeza y para rematar viene desde Madrid cargando con todo eso que está junto a la puerta. Lo que no sé es cómo no le da un patatús.

—Voy a preparar un caldo —dijo a continuación—, supongo que el cajón de la virgen estará lleno de sorpresas. Hizo un guiño cómplice y salió a toda velocidad del cuarto. La muchacha parecía descansar, pero Petra no se iba a arriesgar a dejarla sola. Se sentó a los pies de su cama. Apoyada en la jamba de la puerta estaba Carmencita sin apenas atreverse a mirar.

—¿Se pondrá bien? —la espetó.

—¡Por supuesto! Esto no es más que cansancio, disgustos y falta de comida. Le han fallado las fuerzas, nada más. Cuando coma bien, descanse y duerma se levantará como una rosa. ¿Y Adrián?

—En el patio.

—Pues hoy cuida de él y procura que no haga ruido ni moleste para que tu madre descanse mucho ¿de acuerdo?

Asintió con fuerza y salió. El miedo se había aplacado de momento, hasta que no comprobara que la tía tenía razón no estaría segura. Se sentía un poco culpable por haber descubierto la mochila y que su madre hubiera tenido que cargar con todo ese peso. Se preguntó si habría valido la pena.

27

—¿Estás preparada?

La mañana se había levantado despejada y a medida que las horas avanzaban, el sol iba calentando más y más aquellas tierras, sus campos de cereal y a sus habitantes. Paz se había puesto un vestidito de flores azules que su abuela le había hecho con los restos de otro viejo que había pertenecido a su hija. En realidad, le quedaba grande y para poder aprovechar la tela, tenía parches en la zona baja de la falda que no guardaban la lógica del dibujo. Sin embargo, cuando el día anterior la abuela se lo dio, a la niña le pareció el mejor regalo del mundo.

—¿Me lo puedo probar?

—¡Pero si ya tienes que irte a la cama! —exclamó Carmen sonriendo a su nieta. Parecía que le hubiera dado el tesoro más preciado del universo. Con tan poco se conformaba la niña, pensó con resignación, con un nuevo vestido hecho de retales.

—¡Por favoooor! —y juntó las manos como si suplicara.

—¡Venga, Paz! Póntelo y ven a la cocina para que te veamos todos —Manuel, como siempre, se puso del lado de la niña.

El abuelo se mantuvo callado y la abuela se encogió de hombros en señal de conformidad. Paz salió corriendo y en un par de minutos apareció de nuevo. Llevaba puesto el vestido y daba vueltas y más vueltas como si se estuviera probando un traje de novia. Hizo reír a todos y se fue a la cama tan ilusionada que apenas podía dormir.

—¿Estás preparada? —Carmen repitió la pregunta asomándose al interior de la casa.

Por toda respuesta la niña apareció con su vestido nuevo y una sonrisa radiante.

—Pero hija, ¿cómo vas a ir así vestida al campo?

Paz torció el gesto.

Los días de mucho calor su abuela la subía sobre Florencio, el burro, que iba cargado con dos alforjas. Allí ponía la buena mujer el agua y la comida para los hombres que estaban trabajando en el campo. Realmente la niña sólo iba a lomos del animal, nada más, porque éste sabía de memoria dónde tenía que ir y simplemente caminaba por la vereda, moviendo sus cuartos traseros con una cadencia monótona, ni riendas, ni fusta, ni nada, una cachetada de la abuela y Florencio comenzaba su marcha con la niña sobre su lomo. Una vez que llegaban, su tío la lanzaba por los aires y después la colocaba en el suelo entre risas, vaciaba la carga, preparaba lo que hubieran de devolver y con otro palmetazo del abuelo, Florencio recorría el camino de vuelta.

A Paz le encantaban aquellos caminos, ver a todos los hombres trabajar inclinados sobre la tierra. A muchos los conocía y la saludaban a su paso mientras ella levantaba la manita y sonreía. No era mucha la distancia, pero se sentía tan mayor, que esperaba con entusiasmo que el calor fuera muy fuerte para salir con Florencio, incluso a veces le rezaba a Dios. Aquel día Paz se había puesto el vestido para subir a la era y su abuela no tuvo fuerzas para decirle que se cambiara, había pocos motivos para la ilusión, pero la infancia saca siempre de cualquier lugar una sonrisa, incluso de unos trapos recosidos con destreza. Ya era mediodía cuando se montó en la bestia y tras la palmada de rigor, el burro comenzó a moverse. Carmen la vio desaparecer en el camino, inclinada, susurrando algo en la oreja al animal, una oreja que sacudía de vez en cuando. Su cuerpecito subía y bajaba rítmicamente al compás del paso y sus piernecillas presionaban contra su piel. Se volvió y con la mano dijo adiós.

Manuel miraba el sol sin parar, ya estaba muy alto y Paz aún no había aparecido con el agua y la comida. Era extraño porque solía presentarse mucho antes. Se sintió intranquilo. La niña era muy pequeña y no sabría enfrentarse a ningún contratiempo. Dejó el trabajo y llamó a su padre, el hombre se secó el sudor y se acercó.

—¿No crees que tarda mucho la niña?

Marcial miró el sol, estaba muy alto, eran más de las dos, seguro. Bajó los ojos y asintió.

—¿No se habrá perdido? —preguntó de nuevo. Manuel estaba cada vez más nervioso, sobre todo desde que su padre había calculado la hora.

—Florencio no se perdería nunca, tal vez no ha podido venir, igual estaba mala.

Su hijo frunció el ceño, su madre les habría enviado algún mensaje o se habría presentado ella.

—Voy a acercarme al pueblo, quiero asegurarme de que todo está bien y de paso traigo agua y comida. Estoy seco.

Marcial asintió, se volvió y siguió con su tarea no sin antes dar un trago a la bota.

Manuel volvió con paso apresurado y cuando llegó a su casa cundió el pánico, Paz no estaba allí. La niña había salido hacía un par de horas a lomos del burro, pero no había llegado a su destino y en el camino tampoco estaba, Manuel lo había desandado hacía pocos minutos. Carmen se derrumbó horrorizada y empezó a sollozar, su hijo la abrazó y le prometió que traería a la niña de vuelta. Cogió un cayado y salió corriendo de la casa sin rumbo fijo. De repente, se paró y reflexionó un instante. Iría a buscar a su padre, cuatro ojos verían más que dos.

Corrió a todo lo que daban de sí sus piernas y en un santiamén estaba en la era. Marcial se puso tenso cuando se enteró, pero no perdió el aplomo, llamó a un par de vecinos que estaban cerca y les explicó el problema. Poco después varios hombres se lanzaron a buscar a la cría de Marcial que había desaparecido con el burro.

Antes de que entrara en la casa, Carmen ya escuchó los sollozos y salió corriendo al zaguán. Paz entraba en ese momento al patio y se dio de bruces con su abuela que la vio caminar sangrando, el vestido roto y unos enormes chorretones surcando su carita, esos que las lágrimas habían creado con el polvo del camino. La tomó en brazos, apenas podía con ella y se tuvo que sentar en las escaleras de la entrada para apretarla tan fuerte contra su pecho que la niña se quejó porque la estaba asfixiando.

—¿Dónde te habías metido? ¡Te está buscando el pueblo entero! —acertó a decir.

Pero Paz sólo sabía llorar y pronunciar palabras inconexas que se mezclaban con su llanto y su saliva. Se asomó una vecina, después otra.

—¡Ya ha aparecido! —gritó Carmen— ¡Avisad a los hombres de que ya ha aparecido!

Cuando entró Manuel como un ciclón en la cocina Carmen estaba lavando a la niña. Tenía un montón de rozaduras y arañazos y una fea herida en la rodilla, pero nada grave. Lo peor era un enorme chichón en la frente que empezaba a tener tonos morados. Manuel la cogió con fuerza por un brazo y la sacudió. Salpicó todo el suelo y Paz en su desolación sólo pudo pensar que la abuela se iba a enfadar.

—¿Se puede saber dónde coño estabas? ¡Casi nos matas de un susto, joder!

Paz miró a su tío, aterrorizada. Nunca la había zarandeado y jamás la había hablado así. El llanto arreció y empezó a hipar sin consuelo. Manuel supo que la desesperación le había jugado una mala pasada y trató de dulcificar el tono, pero la niña ya no atendía a razones, se sentía el ser más triste de todo el universo y por primera vez en mucho tiempo se acordó de mencionar a su madre.

—¿Dónde está mi mamá? ¿Es que no me quiere nadie? —balbució entre el llanto.

Las palabras de Paz rasgaron la tarde, fueron desgarradoras, inmensamente tristes, nadie se había parado a preguntarle qué le había pasado, cada uno se había consolado con su aparición y había gestionado el disgusto a su manera, pero aún nadie había querido saber qué había ocurrido, dónde estaba Florencio, la comida y el agua.

—Tranquila, mi niña —le acarició el pelo aún lleno de jabón su abuela—. Aquí todos te queremos mucho, mucho, mucho. Lo que pasa es que nos hemos asustado tanto que no hemos…

—¡¡¡Florencio se volvió loco!!! Empezó a correr y a dar coces y se salió del camino —Paz estalló, se balanceaba de un lado a otro mientras no dejaba de llorar haciendo pucheros e intentando explicarse, pero no le salían las palabras, sólo destilaba una pena inmensa y mucho miedo, un miedo que tenía atorado en la boca del estómago y se negaba a salir—. Yo no le hice nada, no le dije nada malo, pero se enfadó.

Con una toalla limpia Carmen la cubrió y la sentó en sus rodillas. La pequeña se dejaba hacer como si fuera una marioneta, ni un quejido cuando tocaba sus heridas, mientras su diminuto cuerpo parecía que se iba a desencajar a base de sollozos.

—Yo intentaba calmarlo y le gritaba que se parara, pero no me hizo caso y siguió trotando. Cuando estábamos muy lejos se paró y empezó a dar coces y a hacer mucho ruido y me tiró

—. Paz lloraba ahora más tranquila, por fin podía explicar todo lo que había ocurrido, el miedo que había pasado y el disgusto que traía.

—¡Florencio es muy malo! ¡Me tiró al suelo de golpe! Me hice mucho daño en la cabeza —prosiguió señalándose el chichón al que su abuela había aplicado aceite—, corrí detrás de él a ver si lo alcanzaba. También cayeron las alforjas y se rompió todo… ¡Se rompió todo abuela! Lo siento, no podía sujetarlo.

Carmen abrazó más fuerte a su nieta y le susurró palabras de cariño, aún resonaba en sus oídos la mención que la pequeña había hecho de su madre después de tanto tiempo. Sentado en un taburete Manuel se cogía la cabeza con las manos, había perdido los nervios al pensar que podía haberle ocurrido algo, se había sentido impotente y frágil, en el pueblo no habían desaparecido todavía los ecos de la tragedia de Leandro.

—Tío, no te enfades conmigo, corrí mucho, no quería que se escapara, pero Florencio tiene las patas muy largas y siguió dando coces y trotando. No sé dónde habrá ido—. Se secó los ojos con el dorso de la mano sin dejar de mirar a Manuel, con la otra se aferraba al cuello de su abuela y un tembloroso puchero conformaba sus labios.

—No te preocupes, pequeña —dijo al fin, y extendió sus brazos musculosos y bronceados y la niña se soltó de la abuela y se lanzó a ellos.

Entró Marcial en la cocina y miró la escena como quien no comprende nada de lo que ocurre a su alrededor.

—Florencio ya está en casa —dijo con tranquilidad—, le debió de picar la mosca y se puso como loco. Miró a su nieta y se rascó la cabeza.

—¿Cómo está la zagalilla? ¿Con el susto aún en el cuerpo?

Paz asintió muy seria sacando la cabeza del cuello de su tío.

—Pues vete acostumbrando, la vida es como ese borrico, cuando todo parece que está bien, le pica la mosca y el mundo se vuelve del revés. Ahora sólo hay que esperar a que deje de doler y Florencio volverá a los caminos como siempre. La vida es como un círculo en el que todo acaba donde empezó, no hay que darle más importancia.

Todos le miraron incrédulos. Marcial era de muy pocas palabras y aún menos de filosofías.

—¡No me volveré a montar en ese burro malo! —volvió a esconder la cabeza en el cuello de su tío, como si así estuviera protegida del mundo.

—¡Claro que lo harás! —insistió el abuelo ante el desconcierto de su familia.

—¡No! —exclamó con terquedad. No estaba dispuesta a ceder.

—Mira zagalilla —Marcial empezó a liarse un cigarrillo—, si no te subes al burro serás una cobarde toda tu vida. Cuanto más te cueste algo, mayor será el orgullo de alcanzarlo.

—¡No soy cobarde! ¡El burro es malo! —se enrabietó.

El abuelo la miró en silencio, con tranquilidad, con la sabiduría de los años.

—Mañana nos traerás la comida con burro o sin él, pero no te veo yo con las alforjas a la espalda.

Todos callaron entonces, incluida Paz. Marcial no solía hablar demasiado, pero cuando lo hacía nadie le replicaba y si había dicho que ella llevaría la comida, no quedaba otra que obedecer. Percibió cómo la ira no dejaba de crecer en su pequeño cuerpo, un sentimiento en el que se mezclaba todo su rencor, todo el abandono que sentía, pero mantuvo la boca cerrada. Giró la cabeza para que no se notara su enfado y entonces lo vio, no se había dado cuenta hasta entonces. Sobre una banqueta, hecho un gurruño estaba su vestido de flores. Estaba sucio, estaba roto y manchado. La ira dejó de ser ira para convertirse en angustia. Se había caído, se había hecho daño, se había roto el vestido, se había perdido, había caminado mucho para regresar y su abuelo se empeñaba en que volviera al día siguiente a montarse en Florencio para que la tirara otra vez. ¡Era muy desgraciada! Empezó a llorar de nuevo.

—¡Ya vale, Paz! ¡Ya has llorado bastante! ¡Tampoco es para tanto! —el abuelo estaba empezando a perder la paciencia, aquellos dramas no iban con él. Demasiados miramientos tenían con la niña, la abuela y Manuel la estaban malcriando.

—¡También se ha roto el vestido nuevo! — sollozó otra vez como si allí nadie fuera capaz de entender nada.

—La abuela te hará otro y no se hable más del asunto. Vamos a comer algo que me voy a desmayar del hambre, con todo este lío no hemos probado bocado y mañana tendremos que madrugar más. No sólo tú tienes problemas, Paz, todo está enlazado. Los problemas

tuyos también afectan a los demás
Y ahí finalizó la conversación.
José echaba de menos a su familia cada día más. Aunque sólo llevaba un par de meses en la montaña, a él se le empezaban a hacer interminables. Estaba atardeciendo en sangre aquel día y un viento húmedo destemplaba su alma mientras perdía la vista en el horizonte que se rompía por las copas de los árboles en la linde del bosque. Olía a pino, a leña recién cortada y a melancolía.
—Voy a bajar —murmuró como si orase.
—Haces mal, alguien puede verte y te pondrás en peligro de forma absurda
—Voy a bajar esta noche —insistió—, nadie me verá.
—No estás aquí detenido, eres libre de hacer lo que te plazca, pero piensa primero en las consecuencias, no sólo para tu familia, también para mí.
—Nadie me verá. Sé esconderme —repitió con cabezonería.
Leandro se encogió de hombros y no dijo más.
Escogió una noche sin luna, una noche perfecta para moverse entre las sombras sin ser visto. Levantó la cabeza para despedirse y se dejó engullir por la oscuridad de la montaña, decidido a coger el camino más corto, eso sí, tomando todas las precauciones. Era silencioso, lo había aprendido con Leandro cuando este le enseñaba a cazar. Tenía un buen paseo, pero no se despistó ni un momento, se mantuvo alerta a cualquier sonido, a cualquier atisbo de luz, a cualquier cosa que no encajara con ese bosque que ya formaba parte de él.
Ya de madrugada llegó a su casa, abrió el pequeño portón que daba al patio, lo cruzó en silencio y se acercó a la puerta de entrada. No quería asustar a nadie, pero no le quedaba más remedio que hacer patente su presencia de alguna forma, por lo que dio la vuelta por la zona de los aperos y se colocó bajo la ventana de la habitación de su hermano Manuel, que también había sido la suya. Estaba abierta de par en par, a pesar de las horas hacía bastante calor, mucho más que en la sierra. Trepó procurando no hacer ruido y se coló en el cuarto. Su hermano dormía profundamente, dejando escapar ligeros ronquidos intermitentes, se acercó con cuidado y le despertó tratando de que no se asustara.
—¡Me caguen! ¡Qué susto! —exclamó incorporándose de golpe. Acababa de descubrir el rostro guasón de José que se tapaba la boca casi sin poder contener la carcajada.
—Tenías que haberte visto la cara —y volvió a entrarle la risa que trató de sofocar sin éxito.
—¿Qué coño haces aquí? ¿Ha pasado algo? —Manuel luchaba por despejarse.
José negó con la cabeza.
—Quería saber qué tal estaba todo.
—¿Sabes lo peligroso que es? Yo también te echo de menos, pero no puedes bajar al pueblo por ningún motivo, ya te lo explicamos.
—¿Cómo va todo? —insistió— ¿Y los padres? ¿Y Paz?
—Pero ¿es que no me escuchas? Estamos todos bien, sabes que en caso de que pasara cualquier cosa te avisaríamos —bufó su hermano.
—¿Os apañáis en el campo?
—¿Me estás escuchando? ¡No puedes venir al pueblo, José!
—Lo sé, joder, lo sé. Pero a veces no puedo, Manuel. A veces me entra un gusanillo que apenas soy capaz de controlar y necesito hablar con ustedes y saber que todo está bien. Me asfixio en aquel silencio, en la tristeza que rodea a ese hombre, podrías tratar de entenderlo.
—¿Y si te ve la niña? ¿Lo has pensado? Creería que ya has vuelto y… no sé cómo podríamos arreglar ese desastre.
José bajó los ojos, reconocía que tenía razón, había sido una idea descabellada y peligrosa y se arrepintió de inmediato.
—Será mejor que me vaya
Manuel le observó, suspiró, se echó el pelo hacia atrás y trató de ponerse en su piel. Un joven solo, en las montañas, viviendo con un desconocido cargado de fantasmas, sin tener siquiera la certeza de su regreso. Era duro tener que renunciar a todo.
—¡Espera! Ya que has bajado quédate un rato y me cuentas cómo te va a ti la vida.

José sonrió incrédulo.
—Pero antes me tienes que prometer que no volverás al pueblo hasta que te llamemos.
—¡Hecho! —susurró y se sentó en la cama feliz, con eso se conformaba.
Los hermanos charlaron sin descanso un par de horas al cabo de las cuales Manuel le hizo saber que era hora de marchar.
—No dejes que amanezca, en la noche estás seguro, pero con las primeras luces eres presa fácil de los ojos madrugadores, ya sabes, las paredes del pueblo lo ven todo.
José se escabulló sin hacer ruido y caminó hasta el bosque donde se sintió más seguro. Le quedaba poco para llegar a la cabaña cuando los ladridos de Tris le alertaron. No iban dirigidos a él, Tris jamás se inmutaba cuando llegaba, por lo que dedujo que alguien más acababa de acercarse al refugio. Se paró en seco y trató de distinguir algún ruido, voces o cualquier pista que le permitiera identificar a lo que se enfrentaba, pero sólo el suave siseo de las hojas de los árboles le contestó. Trató de orientarse en la oscuridad calculando a qué distancia estaba y concluyó que aún le quedaba un buen trecho.
Con infinitas precauciones se fue acercando más y más. Antes de llegar al claro pudo ver un resplandor mortecino que se colaba por las rendijas de las contraventanas de la sala principal. Estaban cerradas, pero dentro alguien se movía a la luz de las velas. Se sentó al pie de un árbol, no le pareció prudente presentarse, tal vez era una de esas visitas de la guardia civil de las que le había hablado Leandro, aunque no le parecía una hora apropiada para esos menesteres. Se dispuso a esperar.
Se aburría. La curiosidad aguijoneaba su tedio y le incitaba a aproximarse e investigar. Las palabras de su hermano, en el polo opuesto, le hablaban de precaución y mientras tanto el tiempo pasaba y su indecisión crecía. Decidió acercarse un poco más y, cómo a medida que avanzaba no encontraba un lugar en donde esconderse, acabó por llegar a la pared lateral de la casa. Tris levantó la cabeza y lo miró con sus ojos oscuros y acuosos, abrió la boca, donde brillaron unos feroces dientes y bostezó. Por un momento José temió que no le hubiera reconocido, pero el perro se hizo nuevamente un ovillo y siguió durmiendo sin inmutarse cuando él se acercó y le regaló una caricia. El animal abrió los ojos y le miró agradecido.
Dentro se oían voces, pero quien quiera que fuese, hablaba en susurros y era imposible discernir las palabras. Estaba cansado, tenía sueño y empezaba a sentir el frío porque a aquella altura la temperatura bajaba y más a esas horas de la madrugada. A pesar de ello no pudo evitar entrar en una especie de duermevela insensato.
Se despertó sobresaltado, Tris se rebullía intranquilo, se levantó y se desperezó. Después se tensaron sus orejas y se quedó inmóvil, como una estatua, olfateando el aire. Por último, empezó a ladrar con furia, de vez en cuando paraba para gruñir y después, encolerizado, seguía ladrando. Se oyó movimiento en la cabaña, ruido de sillas y pasos acelerados, los murmullos se hicieron urgentes y José no sabía qué hacer. Volver al bosque desde su posición era muy peligroso, los árboles estaban demasiado lejos y aunque corriera sería extremadamente expuesta su situación. La única solución era escapar por detrás de la cabaña, allí el bosque casi lamía las paredes de la vivienda.
Tris estaba como loco, las babas chorreaban por sus fauces y tenía el pelo erizado, pero no se movía de su sitio. Dentro seguía la agitación. Oyó que se abría el ventanuco de atrás y las voces empezaron a llegarle con más nitidez, lo que significaba que su vía de escape se cerraba.
—¿Cómo sabes que son los civiles? —escuchó una voz desconocida.
—No lo sé, pero Tris los huele a distancia, nunca se pone así, sólo con ellos —contestó Leandro.
—Algo le habrán hecho —respondió otra voz—. No olvides lo del Tuerto ni la nota.
—Eso está hecho. Corred mientras les entretengo, no es habitual que suban a estas horas, suena a soplo.
—Será por el zagalico ese que tienes…
—Espero que no.
Se despidieron en voz baja y salieron pitando hacia los árboles, protegidos por la sombra del refugio que por allí estaba pegado al bosque. José pudo distinguirlos en la oscuridad, eran dos, parecían jóvenes y llevaban un fusil al hombro. Maquis, pensó sin dudarlo.

Los maquis eran grupos de guerrilleros que se oponían al régimen franquista y que se formaron al final de la Guerra Civil. En su mayoría eran huidos, pero también había desertores y los que escapaban de los campos de concentración. Eran hombres que temían las represalias o que tenían fuertes convicciones políticas y que acabaron por echarse al monte .

José no sabía qué hacer, Tris seguía ladrando cada vez con más furia. Podía echar a correr por el mismo lugar por el que habían escapado los maquis, pero se arriesgaba a que pensaran que los perseguía y le dieran un tiro. Miró a su izquierda, la linterna de los guardias ya se distinguía al final del camino y las botas retumbaban contra la arena. Entró en pánico, no se le ocurría ninguna idea que valiera la pena. Vio a Leandro aparecer por la puerta sujetándose los pantalones como si acabara de salir de la cama, con una vela en las manos, mandando callar a Tris. Si hubiera girado un poco más la cabeza le hubiera descubierto agazapado junto a la pared, pero totalmente visible. El corazón se le iba a salir del pecho y un sudor frío le recorría la espalda. Las figuras ya eran totalmente nítidas y un suave tono blanquecino comenzaba a teñir los cielos del amanecer.

A su lado, el cajón de la leña. Se movió para colocarse detrás, pero se dio cuenta de que era absurdo, así que abrió la tapa y se metió dentro en posición fetal. La leñera estaba casi vacía, aun así, con mucho cuidado de no hacer ruido, se echó por encima los troncos que encontró, en un gesto desesperado e inútil. Desde allí se escuchaba perfectamente todo, creyó incluso oír a Leandro murmurar una maldición.

—Buenas noches Leandro.

—Buenas noches —destilaba pereza como si realmente acabara de levantarse de la cama.

—Parece que le hemos despertado —dijo uno de los guardias en tono de sorna.

—Algo muy urgente tiene que traerlos por aquí a estas horas. ¿Me equivoco?

José, desde su escondite, escuchaba al leñador hablar con total tranquilidad como si nada hubiera ocurrido, como si unos proscritos no acabaran de saltar por su ventana.

—Lo de siempre, amigo, lo de siempre.

—Pues como les dije la última vez, por aquí todo está muy tranquilo, sólo animales y árboles.

—Y a mí que me cuesta creerle… Según nuestras informaciones hay algunas ratas por la montaña que son muy peligrosas, que corren por aquí, cerca de tu casa. A no ser…

Se hizo un silencio. José pensó que escucharían sus latidos si no volvían a hablar.

—A no ser… —dejó la frase también en suspenso.

—A no ser que sean amigos tuyos y los protejas —concluyó el guardia.

Leandro suspiró sonoramente.

—Se lo he dicho mil veces y de mil maneras distintas. Cazo y corto leña para vivir, no quiero tratos con nadie, ya no me queda nada de lo que preocuparme ¿No les ha ido nadie con el cuento de mi vida?

José admiró el valor de aquel hombre, pero con tristeza comprendió lo que quería decir, la vida le importaba tan poco que no les tenía miedo. Todo el mundo temía a los civiles, unos por lo que sabían y otros por lo que silenciaban, cualquiera se ponía nervioso en su presencia. Los vecinos bajaban los ojos y callaban cuando aparecían, hiciesen lo que hiciesen, era mejor no protestar. Leandro era distinto, los mismos guardias eran conscientes de que a aquel hombre la vida le traía sin cuidado. Su dolor era infinitamente mayor que la muerte, por eso no la temía, por eso se permitía el lujo de hablar así.

—Un día les pillaremos, como que hay Dios.

—Y a mí ¿qué me cuentan?

—¿Podemos echar un vistazo? —cambiaron de tercio.

No, no, no y mil veces no. José se sintió indefenso. Con abrir una tapa estaría expuesto y él sí temía a los civiles. Además, su amigo ni siquiera sabía que estaba allí, aguzó los oídos e intuyó que entraban en la cabaña.

—Disculpen el desorden, no esperaba a nadie —la ironía sobrevoló sus palabras. Se acercó a Tris y le acarició la cabeza.

—Bien hecho, chico —susurró junto a sus enormes orejas.

A menos de un metro, José le oyó hablar con el perro. Le hubiera gustado decirle que estaba allí, pero no se atrevió a moverse. Los guardias salieron. Escuchó sus pasos bajar los

escalones de la entrada, giraron y se acercaron a Leandro, lo supo porque Tris empezó a gruñir.
—¿Siempre es así este maldito chucho? —preguntó uno de los guardias, el que tenía la voz más ronca.
—No le gustan los extraños. Calma, Tris —y el perro calló.
José contuvo la respiración, se acercaban. La tapa se combó, alguien se había sentado. Sudaba y retuvo una arcada provocada por el miedo.
—¿Qué es eso? —de nuevo el de la voz ronca.
—La leñera ¿Quieren verla? Tal vez haya alguna rata peligrosa dentro.
El muchacho se sintió perdido, desesperado, sin saberlo, su amigo le estaba metiendo en la boca del lobo.
—No me gusta el tono de sus comentarios —el de la voz ronca volvía a hablar.
—Y a mí me molesta que me despierten de madrugada y que inspeccionen mi casa una y otra vez. No entiendo qué buscan.
La tapa volvió a su posición, Leandro se había levantado.
—Usted hará lo que nosotros digamos y le molestaremos las veces que sea necesario. Tal vez algún día no se muestre tan soberbio.
La puerta de la leñera se abrió de golpe.
—Sólo les queda inspeccionar…
Y descubrió a José en el fondo, entre los últimos troncos y por primera vez en aquella conversación, sus palabras temblaron un segundo, pero recuperó el tono de inmediato.
—La leñera —concluyó imprimiendo a sus palabras una seguridad que probablemente no sentía. Mantenía la puerta abierta, pero nadie se asomó.
—Volveremos a visitarlo cualquier día —el de la voz ronca se alejaba— y procure controlar a ese animal, no vaya a tener un disgusto.
La tapa se cerró de golpe. José dio un respingo y soltó todo el aire que tenía clausurado en los pulmones.
—Tris gruñe, pero no muerde, a no ser que se lo ordene y nunca haría eso con representantes del orden, pueden estar tranquilos y venir siempre que lo deseen —les dijo elevando el tono de voz mientras se alejaban.
Era una conversación de locos, absurda, un diálogo lleno de palabras a medias, todos decían lo que no querían decir, pero entendían lo que en realidad era.
Los pasos se alejaron, pero José no se movió de su escondite, sentía un profundo alivio. Entonces escuchó una voz dirigida a él.
—No te muevas hasta que te lo diga.
Leandro acarició al perro, se dio la vuelta y subió los escalones. La puerta se cerró y el muchacho se echó a llorar. Por primera vez entendió el horror del que hablaba su hermano.
—¿Qué coño hacías escondido? ¿Estabas espiando acaso?
El leñador había salido de la casa mucho tiempo después y había sacado de su escondrijo al chaval indicándole que se mantuviera en silencio, pero en cuanto cerró la puerta se dirigió a él a gritos, sin darle tiempo a ninguna explicación.
—¿Tú sabes lo que nos jugamos? ¿Se te ha ocurrido pensar en algo que no sea tus propios deseos? ¡Me cago en la puta! ¡Me caguen! ¿Cómo se te ha ocurrido meterte en la leñera?
¡La madre que me parió! ¡Estás mal de la cabeza!
José estaba confundido. Nunca había oído a Leandro hablar tanto y menos en aquel tono. Parecía otra persona, estaba fuera de sí y la cólera le hinchaba las venas del cuello, nada que ver con el tono calmado que había escuchado hacía un buen rato, había perdido la cuenta del tiempo.
—¡Habla, joder!
El muchacho reaccionó dando un respingo y levantó los ojos del suelo.
—Yo… llegaba por el bosque —las palabras se le hacían un nudo ante la mirada inquisitiva de su amigo. En el fondo no era más que un adolescente asustado y todo aquello le venía demasiado grande.
—¡La leñera! ¿Qué hacías en la leñera? —escupió las palabras. Toda la ira que su corazón guardaba contra aquellos uniformes, la humillación y el despecho, todo, se concentraba en esos momentos en sus ojos y en la rabia que le provocaba el hijo de Marcial, el hijo que él

no pudo salvar.

José cogió aire, tragó saliva y poco a poco fue contando lo que le había ocurrido.

—No quería entrar sin saber con quién estabas… Después Tris empezó a ladrar de aquella manera tan violenta y supe que se acercaban los civiles por vuestra reacción. No encontraba dónde esconderme, pensé en correr al bosque por la parte de atrás, pero ya salían por allí los ...esos hombres —estuvo a punto de decir los maquis—. Me escondí a la desesperada.

Leandro se sentó, se iba serenando y a medida que su corazón se calmaba, tomaba conciencia de su actitud con el joven que, en realidad, no había hecho nada.

—¿Has oído de qué hablábamos?

Negó con la cabeza y la vista en el suelo.

—¿Sabes quiénes son esos hombres? ¿Los conoces?

Volvió a negar.

—Bien, hazte a la idea de que aquí no ha pasado nada, quizás sea mejor así. Ya sabes que de vez en cuando recibo… *visitas.* Y tú, ver, oír y callar.

Esta vez el muchacho asintió.

—Y ahora a la cama, ya está amaneciendo y en un par de horas habrá que ponerse en marcha para comprobar las trampas —comentó más calmado. Se levantó, le dio una palmada en la espalda y José, no sabía cómo, supo que, de alguna forma, le estaba pidiendo perdón.

28

Estrella irrumpió en el salón con una gran bandeja. Dejó tres tazas de porcelana finísima sobre una pequeña mesa de centro y llenó la que estaba más cerca de la señora con café y leche. Después se dirigió con cortesía a Sonsoles y María.

—¿Desean las señoras café o té?

—Café con un poquito de leche, por favor —de las profundidades de sus recuerdos Sonsoles rescató sus buenos modales juveniles. Su hija la miraba perpleja al oírla hablar de esa forma.

María también pidió café. ¿Cuánto hacía que no probaba nada igual? Hubiera deseado que le llenara un tazón de desayuno hasta arriba, pero se tuvo que conformar con aquella diminuta tacita. La criada dejó la cafetera, de la misma porcelana que las tazas, sobre la mesa y un azucarero a juego. Desapareció en silencio y antes de que pudieran abrir la boca de nuevo, volvió a entrar con un plato de dulces caseros.

—Si hubiera sabido que ibas a venir, hubiera encargado algo de Pedro Mayo, con esto de la guerra no siempre tienen esos dulces que tanto te gustaban.

María escuchaba todo sin comprender aquella verborrea absurda. Había probado un pastel y le había parecido una maravilla y a duras penas se contuvo de coger el segundo inmediatamente después, su madre no lo vería bien, pero no era capaz de retirar los ojos del plato. El café hacía tiempo que se lo había bebido ¿Cómo aquella señora podía tener de todo? Dulces, azúcar, café.

—Coge otro pastel, hija, los ha hecho Estrella, tiene muy buena mano para los dulces —y le acercó el plato. Su madre estaba muy seria, pero María cogió lo que le ofrecían, dos a la vez, sin ni siquiera mirarla. Después acercó la bandeja a su hija que negó con la cabeza.

Sonsoles deseaba terminar pronto con todo aquello, no quería verse las caras con ninguno de sus hermanos porque, aunque se sentía fuera de lugar, estaba llena de sentimientos, unos sentimientos que amenazaban con ahogarla. Los recuerdos se agolpaban en su alma y corrían en desbandada por todo su ser. Volvía a verse en aquella casa y todo le dolía. Decidió ir al grano, ya no pertenecía a ese mundo de las apariencias.

—Necesito su ayuda, madre —le espetó.

La anciana se sobresaltó y María, con la boca llena, observó la reacción de ambas mujeres. Su abuela mantuvo la compostura y después su boca formó una breve y falsa sonrisa.

—Hay tiempo para todo, créeme, siempre has sido muy impaciente —inmediatamente se arrepintió de esas palabras—. Le pediré a Estrella que os prepare un par de habitaciones ¡Tenemos tanto que contarnos! Después del viaje…

—No, madre, no hay tiempo —la cortó con brusquedad—. No vamos a quedarnos, este ya no es mi sitio, el día que me marché dejé de pertenecer a esta familia y usted lo sabe mejor que nadie, pero necesito que me haga un favor, un favor muy grande, aunque sólo sea por caridad.

La mujer torció el gesto, no le gustaba en absoluto la actitud de su hija que parecía haber olvidado todas las buenas maneras, toda la educación que había recibido ¿Y aquellas ropas? Se asemejaba más a una pordiosera que a una señorita de aquella familia. Se contuvo de hacer comentarios y simplemente decidió escuchar eso que era tan importante, pero su Sonsoles no se decidía. El silencio se hizo tan profundo que el tic tac del reloj de pared se adueñó del espacio. María aprovechó, cogió otro pastel y se sirvió con torpeza otro café, no estaba dispuesta a desaprovechar aquella oportunidad, pero el chocar de la porcelana pareció despertar a su madre y a su abuela.

—Tu dirás —el tono cambió drásticamente—. Las cosas siempre acaban siendo a tu manera.

—Necesito que me pongas en contacto con un obispo de Pamplona, tengo que hablar urgentemente con él —solicitó decidida a no escuchar el último comentario.

—¿El obispo? ¿Y qué te hace pensar que puedo conseguirte una cita con él? ¿Y para qué quieres hablar tú con un obispo? —la interpeló. Podría haber seguido formulando una pregunta tras otra, pero se calló, Sonsoles parecía no atender a más razón que la suya.

María asistía a aquel combate en silencio. Su abuela nunca había sido su abuela y su madre parecía distinta en aquella casa. Poco sabía de su pasado, nunca hablaba de su juventud, pero abandonar esa vida, esos lujos… No hacía más que preguntarse cómo había podido cambiar todo aquello por tantas penurias y sinsabores y concluyó que probablemente nunca lo supiera.

Sonsoles suspiró. Era justo contar el porqué de su petición. Y someramente, sin entrar en muchos detalles le refirió que su marido estaba en la cárcel condenado a pena de muerte y que les había pedido que se pusieran en contacto con el obispo.

—No sabemos para qué ni por qué, sólo nos ha encomendado el encargo de que le contemos que está en la cárcel. Piensa que él sabrá qué hacer.

—¿Le conoce?

Sonsoles se encogió de hombros.

—No sé nada más. Llevamos varios días intentándolo…

—¿Lleváis varios días y no habéis venido hasta hoy? —la interrumpió contrariada, furiosa quizás, pero manteniendo la compostura de forma envidiable.

—Madre, tiene que entenderlo, no he vuelto a pisar esta casa desde… no hace falta que se lo diga. Para mí también es humillante llegar aquí a pedir un favor después de tantos años. Podía haberme dado con la puerta en las narices, podía haberme encontrado con padre o con alguno de mis hermanos. Si no fuera porque a Pablo se le acaba el tiempo…

No pudo terminar de hablar, escondió la cara entre las manos y comenzó a sollozar, la rabia por no poder controlar el llanto se unió a su tristeza. Su madre se levantó y le acarició el pelo.

—Nunca has dejado de ser mi hija, jamás habría permitido que después de tantos años alguien se atreviera a cerrarte la puerta. El mundo ha cambiado, todo está patas arriba, pero he aprendido a ser una persona distinta a tu padre. Lo que permití entonces, jamás lo habría consentido ahora, el sufrimiento de una madre sólo puede entenderlo otra y ahora que tú lo eres, me comprenderás. Intentaré hacer lo que me pides, pero mientras os quedaréis aquí, os daréis un buen baño y comeréis conmigo —casi ordenó con contundencia.

Sonsoles negó con la cabeza, pero con tan poca convicción que la anciana ni siquiera se percató de su negativa. Se levantó, llamó a Estrella para que lo preparara todo y por último mandó recado a su guía espiritual, sólo unas horas y toda su influencia fueron suficientes para concertar la ansiada cita.

María tardaría muchos años en olvidar la casa, el baño y la comida que le ofreció su abuela. Sería el único recuerdo que se llevaría de ella, pero en su mente quedó grabado como un sueño que, años después, se preguntó si había sido cierto. Finas toallas, fragante jabón, sábanas suaves con aroma a lavanda, un oasis de lujo en medio de su enquistada miseria.

El viento soplaba con fuerza cuando salieron de aquella casa al día siguiente, hubo abrazos y buenos deseos, así como la promesa de verse pronto, una promesa que sabían que jamás se cumpliría, una certeza que de pronto apenó profundamente a Sonsoles. La edad de su madre y las circunstancias que vivían le hicieron comprender que aquella sería la última vez que la vería. Era muy mayor y su vida estaba muy lejos de allí, pero volver a sentir su aroma y oír su voz la reconfortaron en la pérdida que aún no se había producido.

Un sacerdote las estaba esperando en la puerta de la catedral y, en silencio, las acompañó a la sacristía. Era un extraño lugar para el encuentro, pero no pusieron ninguna objeción a la cita, se habrían entrevistado hasta en el infierno si hubiera sido preciso. El religioso les franqueó la puerta y la cerró tras ellas, quedando fuera de la sala. El obispo estaba sentado en una silla y vestía con sobriedad, nada podía hacer pensar que se tratara de alguien importante en la jerarquía de la iglesia. Al verlas se levantó.

—Supongo que es usted doña Sonsoles —dijo dirigiéndose a la mujer de Pablo. Esta asintió.

Le tendió la mano y ella besó el anillo. Iba a comenzar a hablar, pero el obispo se adelantó.

—Han sido ustedes muy imprudentes —hablaba muy bajito, como si alguien pudiera estar escuchando.

—¿Imprudentes? No entiendo lo que quiere decir, Reverendísimo, nosotras no hemos hecho nada —le miraba perpleja.

—Venga aquí, siéntese y deje que se lo explique.
Sonsoles y María se sentaron en unas sillas que estaban preparadas frente a él. Se sentían un poco intimidadas, un obispo era un personaje muy principal en aquella ciudad.
—Han sido muy imprudentes por sus continuos intentos de verme. Las cosas se tienen que hacer de forma más sutil, sin poner a nadie en un compromiso como lo han hecho ustedes. No sabía quiénes eran ni por qué me buscaban con tanto ímpetu, pero ya ha habido quién se ha encargado de informarme. Estar en relación con un comunista no sería mi mejor carta de presentación.
María miró a su madre y comprobó cómo su rostro empezaba a arrebolarse y le temblaba el labio, síntoma inequívoco de que estaba a punto de explotar. Temió lo peor, extendió una mano y le tocó el brazo con un leve apretón que quería transmitirle calma.
—Con su proceder tan, cómo diría, tan poco recatado han podido…
—¡Basta de charla! —estalló como se temía su hija.
—¡Madre, por Dios! ¡Tranquilícese!
El obispo estaba boquiabierto, pero Sonsoles estaba descontrolada.
—Si sabe a qué hemos venido y sabe lo que ocurre, no sé a qué viene este sermón de las buenas maneras. Yo fui bien educada en el saber hacer de la alta sociedad, pero el tiempo corre en nuestra contra para perderlo en circunloquios absurdos. Realmente, no tengo ni idea qué hago aquí, estoy porque mi marido me lo pidió, pero llevo varios días y siento que su vida se va agotando cada minuto que pasa, y después de todo eso viene usted a darme lecciones de moral y me lanza una filípica que me importa un pimiento. La pregunta es sencilla —. Se había levantado de la silla y se encaraba con el obispo. María se incorporó a su vez y sujetó a su madre obligándola a que volviera a sentarse. Más tranquila, continuó.
—La pregunta es muy sencilla, ¿puede ayudar a mi marido? Porque si no puede, estoy perdiendo el tiempo y me vuelvo a Madrid —suspiró y dejó caer los brazos como si un cansancio extremo se hubiera desatado en su cuerpo devastado y frágil.
El obispo tardó unos segundos en recuperarse, no estaba acostumbrado a que le hablaran así, y menos una mujer. Había esperado entrevistarse con una señora de la alta sociedad navarra, hija de quien era, pero ante él tenía otra cosa, otra cosa que no supo definir, algo que le sorprendía y le horrorizaba a partes iguales.
—Vayamos pues a lo que le interesa —dijo por fin don Marcelino cruzando los brazos.
Sonsoles había perdido el ímpetu, aún peor, había perdido la confianza y María notó la frustración que sentía por haber malgastado tiempo y dinero yendo hasta allí. No creía que pudieran sacar nada en claro y ante la rendición de su madre decidió ser ella la que cogiera las riendas hasta agotar el último cartucho. Su padre nunca hablaba por hablar, algo tenía que saber aquel obispo.
—Mi padre es Pablo… —comenzó.
—Sé de sobra quién es su padre —la interrumpió. Ella lo miró desconcertada.
—Su padre es un antiguo compañero y amigo de nuestra época del seminario. Tengo una gran deuda con él, no una deuda económica, algo mucho más importante, algo que no olvidaré. Sin embargo, conociendo a Pablo como le conozco, dudo que me pida ayuda a cuenta de esa deuda, nunca habría mandado a su familia y no me hubiera puesto en esta situación si no fuera por algo extremadamente importante —su tono se había alejado de los cielos de la alta jerarquía para rozar a los simples mortales.
—Y lo es —afirmó la muchacha—. Es un caso desesperado, mi padre está preso en la cárcel de Porlier, en Madrid, sentenciado a pena de muerte.
Don Marcelino bajó la cabeza consternado, se acarició la barbilla reflexivo y asintió lentamente mostrando en su gesto dolido cuánto le había conmocionado la noticia.
—Pena de muerte —murmuró.
—¡Tiene que ayudarnos! ¡Es nuestra única esperanza! —resonó de pronto la voz de Sonsoles, más una súplica que una petición. Las lágrimas, que parecían no tener fin, amenazaban de nuevo sus ojos—. Nos dijo que usted sabría qué hacer.
El obispo se mantuvo en silencio, juntó las manos como si rezara y bajó la cabeza otra vez. Las dos mujeres le observaban en silencio, ávidas de recibir una buena noticia. El religioso pensaba, era mucho lo que le pedía el bueno de Pablo, era muy arriesgado, pero no le quedaba otra opción. Se lo debía, se lo debía al joven seminarista, al hombre que se marchó,

al padre e incluso al comunista. Pablo era bueno, él lo sabía, era un buen hombre tuviera las ideas que tuviera, era justo y leal, no se merecía acabar así.

—¿Sabéis los cargos que pesan contra él? —se pronunció por fin.

Ellas negaron sacudiendo la cabeza.

—¿Estuvo en el frente?

—Mi padre era furriel del bando republicano —contestó sin saber si esa aclaración sería suficiente.

—¿Furriel? No sé qué es eso. Perdone señorita mi ignorancia sobre estos temas.

—No disparaba, si a eso se refiere, se encargaba más bien de repartir suministros a las unidades.

—¿Entonces no tiene delitos de sangre? —volvió a preguntar mostrándose más optimista ante esa noticia.

—Mi marido, señor obispo, no ha disparado ni un solo tiro. Iba armado porque así establecía el reglamento, pero no sacó su arma de la funda jamás.

—Bien, bien…

—¿Podrá ayudarle?

La cara de Sonsoles mostraba por primera vez un átomo de esperanza, el obispo no había hablado de imposibles y no las había echado de allí con cajas destempladas. Consideró que era un buen comienzo.

—Señora, voy a hacer todo lo que esté en mi mano, se lo aseguro. Hay personas que, independientemente de sus ideas, que como comprenderá no comparto, son almas de Dios. Y su marido es una de ellas. Viví varios años a su lado y me precio de conocer la esencia del corazón. Pablo es un buen hombre, si no temerosos de Dios, sí de la justicia. No se merece morir de un tiro en la cabeza, él jamás haría algo parecido.

Sonsoles se secaba las lágrimas, a pesar del minúsculo alivio que sentía, no conseguía controlar en llanto cada vez que se mencionaba el nombre de su marido. Don Marcelino se levantó y se acercó a aquellas dos almas afligidas.

—¿Son ustedes creyentes? —interrogó con suavidad.

Sonsoles asintió, los sollozos apenas le permitían unir dos palabras. Su hija no dijo nada.

—Pues rece, rece con mucha fe porque vamos a necesitar toda la ayuda de Dios —y le dio unas palmaditas en la espalda. María pensó que, si su padre tenía que salvarse a base de rezos, lo tenía complicado.

—¿Cree que podrá sacarlo de la cárcel? —esta vez fue María la que lo interrogó.

—No lo sé, señorita, no lo sé. Habrá que ir por partes. Lo primero es conseguir que le conmuten la pena por cadena perpetua, pero antes de eso, tengo que poner en marcha todas mis influencias para evitar que, en el transcurso del tiempo que hace falta para solucionar esto, se le ejecute.

Ante estas palabras, los sollozos de Sonsoles se intensificaron.

—Tranquilícese, señora, eso no va a ocurrir, será mi misión primordial. Me alegra ver que al menos tiene una familia que le apoya y es capaz de remover cielo y tierra para salvarle.

Se volvió a sentar y juntó las manos de nuevo. Su rostro denotaba tristeza y preocupación. Suspiró y volvió a hablar.

—Esta reunión jamás ha existido, no la conozco, ni la he visto nunca. No intente ponerse en contacto conmigo pase lo que pase. Como hombre de Dios, tiene mi promesa de que haré todo lo posible por salvarle y ante cualquier imprevisto, yo me pondré en contacto con ustedes mediante alguien de mi confianza. Y recen, recen todo lo que se sepan. Yo estoy muy lejos de la capital y mi influencia se va debilitando con los kilómetros, pero confíen en Dios, Él sabrá guiarme.

El obispo se levantó de nuevo, fue hasta un cajón y sacó un papel y un lápiz. Se lo dio a Sonsoles y le pidió todos aquellos datos que podrían ser importantes para su caso, incluidas sus señas. Después las bendijo y las despidió.

—Transmítanle toda mi fuerza y díganle que, aunque se perdió en el camino hacia Dios, Él siempre permanecerá a su lado.

Madre e hija se incorporaron y se despidieron de Don Marcelino, que no pudo por menos que hacerles una última recomendación.

—No podemos salir de aquí juntos, sería una temeridad. Ya hay quien está indagando, son

tiempos de tinieblas, Satán campa desbocado por este país de pecadores. Salgan ustedes por aquella puerta que da al templo, quédense a rezar unos minutos como si fueran mujeres piadosas, mientras lo hacen, yo desapareceré por la sacristía. No olviden lo que les he dicho, no nos conocemos.

Una vez que abandonaron la catedral, y como había tiempo hasta que el tren saliera, Sonsoles quiso darse un último paseo por su Pamplona natal. No había echado de menos aquella ciudad de su juventud hasta el momento en que volvió a verla. Caminaron hasta la Plaza del Castillo, pasaron por el café Iruña, donde Sonsoles había acompañado a su familia muchos domingos de un tiempo olvidado, callejearon por el casco antiguo y desembocaron en la Plaza del Ayuntamiento, donde comenzaban las fiestas a las que nunca fue. Iba rescatando recuerdos que habían quedado en las profundidades del olvido y según caminaba, relataba a su hija las historias de aquellas calles. Le hablaba de sus paseos, de su infancia, de los lugares donde tenía alguna anécdota que compartir. Fueron también a las murallas y desembocaron en la Taconera. El gélido viento que procedía de las montañas no parecía ser un impedimento para el deambular de aquellas dos mujeres que iban de un lado a otro compartiendo remembranzas.

—Aquí, en este banco, bajo ese magnolio, nos encontrábamos tu padre y yo a escondidas.

—¿A escondidas?

—Tu padre llevaba hábito y yo era una señorita de postín ¿Te imaginas el escándalo? —sonrió.

—Pero padre no llegó a ser cura ¿verdad?

—¡Oh, no! Le rescaté yo antes —e hizo un guiño. Después miró a su alrededor con melancolía—. No me hago a la idea de que pueda pasarle algo, no sería capaz de resistirlo.

—¿Puedo preguntarte algo? —. Su hija no dejaba de pensar en la renuncia de su madre.

—¡Claro! —contestó levantando los ojos para tratar de combatir la pena y la añoranza.

—¿Cómo tuviste valor para dejar esta vida de… —no sabía qué palabra utilizar— de lujo? ¿No te has arrepentido nunca?

Sonsoles la miró con cariño, lo llevaba esperando desde que salieron de la casa de su familia. Negó con la cabeza y después suspiró.

—No hace falta valor, hija, hace falta amor, mucho amor, muchísimo, y ese amor te da alas para lo que tenga que venir. Yo habría podido tener muchas cosas, trajes maravillosos, joyas, viajes, una casa como la de mis padres, pero nunca habría conseguido ni el amor ni la felicidad. Tu padre me ha regalado eso, lo que no compra el dinero, lo que sólo se consigue una vez en la vida. Me ha dado los mejores años de mi vida, me ha dado una familia, pero, sobre todo, me he sentido amada todos y cada uno de los días que han transcurrido desde que le conozco. Le amo como el primer día, le necesito lo mismo que cuando nos fugamos como dos proscritos, le echo de menos cada segundo que está lejos de mí. Tengo que sacarlo de esa maldita cárcel como sea, porque si tu padre muere, yo moriré con él. Lo siento aquí —y se tocó el corazón—, siento que éste no querrá seguir latiendo si no es junto al suyo.

María miró a su madre y vio algo distinto, ya no vio a la madre, vio a la mujer, vio el sentimiento, la necesidad, el miedo y comprendió por qué había sido capaz de desprenderse de todo aquello para seguir a quien tanto amaba. Los envidió. Algún día le pediría que le contara los detalles de esa maravillosa historia de amor, pero ese momento no era el adecuado. Sentía a Sonsoles frágil, caminando en una fina línea entre la desesperación y la esperanza.

—¿Crees que ese obispo cumplirá su palabra? —el temor teñía sus palabras.

María asintió.

—Es un hombre de Dios y creo que le pesa demasiado eso que nos ha dicho que debe a padre. Así que, si no lo hace desinteresadamente, lo hará para saldar una deuda.

—¿Y cuál crees que será esa deuda?

—Ni idea, madre, ni idea. Otro secreto más que añadir a la lista. Tuvo que ocurrir hace muchos años, así que se lo tendrá que preguntar a su marido cuando salga —y dibujó una sonrisa de complicidad— ¡Venga señora! ¡Arriba ese ánimo! Hemos conseguido lo que padre nos pidió, ahora sólo queda esperar y confiar en Don Marcelino y sus influencias.

—No me llames señora.

—Es para recordarte de dónde vienes. ¡Estrella! Por favor trae unos dulces —imitó a su abuela y ambas se echaron a reír.

—Volvamos —dijo al fin—, no vayamos a perder el tren.

Y las dos mujeres cogidas del brazo caminaron por las calles de Pamplona rumbo a la Plaza de San Jorge, donde se encontraba la estación. El viento no había amainado y hojas y papeles bailaban desacompasados a su alrededor, era un viento gélido, extraño, un viento de cimas y neveros, un viento que no ayudaba a calmar el corazón. Cogieron el tren y observaron cómo desaparecía la ciudad con la esperanza de que hubiera valido la pena el viaje. Era descorazonador tener que dejar en manos de un desconocido el destino de un marido y un padre.

29

Desde muy pequeño, los pasos de Marcelino fueron dirigidos por doña Leonor, su madre, hacia la Iglesia. Ella siempre mantuvo la ilusión de que alguno de sus siete hijos se dedicara al sacerdocio y en vista de que no lo conseguía con ninguno de los seis primeros, puso todo su empeño con el pequeño. Marcelino era un niño débil y sensible, había nacido con muchos problemas de salud y eso hizo posible que se criara entre algodones, absolutamente abandonado a los cuidados de su madre. Y ese era el término correcto, abandonado, porque su padre no quería hijos enclenques y entraba en cólera cada vez que el niño se ponía enfermo, lo que pasaba muy a menudo.

Don Mateo se había encargado siempre de la educación de sus hijos y había dejado a su mujer el control de la casa y los rezos, porque si algo definía a doña Leonor, era su devoción. Rezos, salmos e iglesia por todas partes. Don Mateo, por el contrario, visitaba los templos escasamente y educaba a sus seis vástagos con mano de hierro. Los muchachos vivían atemorizados por un padre que se empeñaba en hacer de ellos *unos hombres que se vistieran por los pies.*

Doña Leonor estaba permanentemente pendiente de su hijo pequeño y volcó todas sus frustraciones en él, no dejaría nunca que se desviara del camino de la fe como los demás. Rezaban juntos al levantarse, rezaban antes de las comidas, rezaban el rosario, el ángelus y todo lo que se pudiera rezar. Por todo ello, Marcelino jamás se planteó otra vida que no fuera la de ser sacerdote, porque prácticamente desde que nació, su madre le aleccionó para que supiera cuál debía ser su destino para no incomodar al Señor. Colocó sobre sus hombros una responsabilidad enorme ya que le convenció de que sobre su fe descansaba la salvación de toda aquella familia de pecadores. Las mentes infantiles son extremadamente moldeables y Marcelino creció en la creencia de que había venido a este mundo exclusivamente para evitar que su padre y sus hermanos fueran al infierno.

Según pasaban los años, su salud mejoró y doña Leonor empezó a temer que su padre decidiera hacerse cargo de él. Siempre que podía, don Mateo aprovechaba la ocasión para recriminarle a su mujer que estuviera malogrando a aquel niño, se quejaba de que ya empezaba a ver en él maneras de afeminado, pero lo que realmente le ocurría a Marcelino es que tenía terror a salir de las faldas de su madre, quien se inventaba una enfermedad tras otra para impedir que su marido le arrancara a su pequeño de los brazos. El niño, oyendo hablar, terminaba por convencerse de que efectivamente estaba indispuesto e incluso llegaba a desarrollar síntomas ficticios de cualquier enfermedad.

No era más que un adolescente cuando su madre pensó que había llegado el momento de mandarlo a estudiar al seminario, don Mateo hacía tiempo que se había rendido y no consideraba que aquel ser larguirucho, pálido y enfermo fuera su hijo.

—Mira lo que has conseguido —le decía malhumorado—. Parece un fantasma en vez de un niño, no sabe hacer nada más que llorar y meterse bajo tus faldas, algún día te arrepentirás de lo que le has hecho.

Doña Leonor no le hacía caso, bajaba la cabeza y aguantaba el chaparrón y Marcelino sufría sin rechistar los insultos y los desprecios de su padre. Nunca se quejaba, sabía, porque se lo había dicho su madre, que tenía que soportar vivir en ese valle de lágrimas, que la resistencia lo era todo, y que más allá disfrutarían de una vida plena en comunión con Dios.

Marcelino no era como los otros niños, tampoco como sus hermanos, sus enfermedades primero y su madre después, le habían mantenido apartado de los demás. No salía a jugar, no tenía amigos, ni siquiera había ido al colegio porque su progenitora se había encargado de su educación. Era un ser solitario y extraño.

Un domingo de finales de verano, con toda la familia alrededor de la mesa, doña Leonor le comunicó que había llegado el momento de que abandonara la casa familiar para unirse a la de Dios. Todos sus hermanos giraron la cabeza y le miraron, pero el joven no comprendió qué quería decir aquello, sólo sintió que su cuerpo se contraía de temor. No hizo falta mucho tiempo para que su mente asimilara la cruda realidad de su futuro, a medida que

recibía las explicaciones oportunas. Para él la noticia tenía una lectura muy simple, debía de abandonar todo lo que conocía y poner rumbo a un lugar desconocido y extraño, un lugar donde su madre no estaría para protegerlo. La tripa se le descompuso, vomitó lo que había ingerido y no paró de llorar en toda la comida.

Su padre lo miraba con desprecio mientras le oía sollozar y su paciencia se iba agotando con cada nuevo hipido. Por fin no pudo más y dirigió toda su ira contra su mujer.

—¡Ya te lo decía, Leonor! ¡Te lo he dicho mil veces! ¿No te das cuenta? Parece una nena a la que le han quitado la muñeca. ¿Has visto lo que has conseguido con tanto mimo y tanto rezo?

Marcelino no escuchaba nada porque el terror se había adueñado de él.

—Se acostumbrará. Ahora está un poco asustado por la novedad, pero en cuanto esté en el seminario, todo cambiará —dijo con sequedad.

Comía en silencio, pensando que Dios le ayudaría. No esperaba que su hijo tomara la noticia de aquella manera, le defraudaba, habían hablado tantas veces del seminario que pensó que sería un momento de gran felicidad para el muchacho, pero nada más lejos de la realidad.

El señor Mateo negaba con la cabeza y ponía un gesto tras otro mientras intentaba comer, pero el guiso se le atragantaba y al final no pudo aguantar más.

—¡Deja ya de lloriquear! ¡Menuda vergüenza de hombre! —gritó— ¡Nos estás dando la comida!

Pero el llanto, lejos de detenerse arreció, lo que aún disgustó más a todos los presentes.

—¡Di a ese mocoso que se calle de una vez o no respondo! —voceó de nuevo dirigiéndose a su mujer.

Los hermanos, sentados a la mesa, comenzaron a hacerle burla, ponían pucheros y se mofaban de su pena sin que nadie moviera un dedo en su defensa. Marcelino nunca se había sentido tan desgraciado, ni lo del valle de lágrimas le servía ya, sólo quería levantarse y salir corriendo, pero no se podía abandonar la mesa si su padre no daba permiso. Hacía grandes esfuerzos por dejar de llorar, pero le resultaba imposible, miraba a su madre tratando de encontrar consuelo, pero doña Leonor comía con tranquilidad esperando que ese ataque de terror desapareciera por sí solo.

Sin embargo, las continuas recriminaciones de su esposo y los lamentos de su hijo hicieron que se hartase también.

—Marcelino, ¡ya está bien! Esto no es ninguna tragedia, más bien es la oportunidad de conseguir lo que siempre hemos hablado —susurró sin siquiera levantar los ojos del plato.

El niño se tragó las lágrimas y trató de serenarse, pero fue mirar a su madre, que seguía inmóvil comiendo pausadamente, y el llanto se desbordó de nuevo.

—¡Vete de mi vista! —el señor Mateo había llegado al límite de su aguante. Estiró el brazo y señaló la puerta.

El muchacho dejó la servilleta sobre la mesa y con cierto alivio se levantó. Retiró la silla y antes de que llegara a darse la vuelta, una pierna se puso en su camino y le hizo trastabillar. Para no caer, en un acto reflejo, intentó sujetarse a la mesa y parte del mantel se deslizó con él, llevándose a su paso piezas de la vajilla y cubiertos, comida y agua. El estrépito fue enorme.

Todos se quedaron en silencio. Marcelino se incorporó y, antes de que pudiera verlo venir, su padre le había cruzado la cara con tanta fuerza que volvió a caer. El niño miró a su madre desde el suelo, pensó que le defendería como había hecho siempre, pero lo miraba con el mismo desprecio que todos los demás, estaba igual de hastiada, pensaba que ella había hecho su parte, Dios bien lo sabía, había conseguido su objetivo, pero viéndolo allí manchado y lloroso, se preguntó si no se habría equivocado con él.

—¿Ves? ¡¿Ves?! Este es el resultado de tanta tontería. Te lo he dicho mil veces. ¡Has criado a un imbécil! Y ahora que vaya paseando mi apellido como si nada. Sí, sí, cuélaselo a los de la sotana porque si no le quieren allí, me dirás qué hacemos con él —chilló. Don Mateo fuera de control.

Doña Leonor, decepcionada, lo miró, luego se volvió a su marido y frunció el ceño.

—Ya aprenderá.

A Marcelino le ardía la cara, pero más daños tenía en el corazón. No entendía nada, no sabía

qué era lo que estaba pasando, pero, sobre todo, no comprendía por qué su madre no salía en su defensa y no dejaba de mirarle así.

—¡Lárgate de una vez! —le ordenó su padre, furibundo, señalándole con un dedo amenazador— ¡No te cruces en mi camino! A ver si te vas con los curas de una puñetera vez y nos dejas en paz. ¡Ah! y procura no romper más cosas en el camino a tu cuarto, si es posible.

Los demás soltaron una carcajada que paró en seco cuando el padre volvió a la mesa.

En la puerta. Marcelino se cruzó con la criada que ya se disponía a recoger todo y de reojo vio las caras de recochineo de sus hermanos, se tragó las lágrimas y sólo dio rienda suelta a su angustia una vez que estuvo en su cuarto. No salió en todo el día y su madre no apareció por allí ni siquiera a rezar el rosario.

Llegó al seminario un templado día de septiembre. Lo que recordaba con más claridad de esa jornada fueron las incontenibles ganas de orinar, no se atrevía a preguntar a nadie y a punto estuvo de hacérselo encima, menos mal que oyó a alguien interesarse por el servicio y le siguió. Aunque pudiera parecer mentira, ese fue el gran logro de aquella mañana, no mearse en los pantalones.

Los meses iniciales fueron un auténtico suplicio, se sentía solo y no era capaz de relacionarse con ninguno de los otros muchachos que, como él, estudiaban allí. No hablaba, cuando algún sacerdote le preguntaba, contestaba tan bajito que nadie era capaz de entenderle, se ponía colorado como un tomate y cuando no podía contenerse, se echaba a llorar.

Sus compañeros le consideraban raro y como los sacerdotes eran muy estrictos en cuanto a disciplina, preferían olvidarse de que existía antes que tener un contratiempo con él. Recibió capones por no saber la lección, le dieron con la regla en las palmas de las manos por no contestar, le tiraron de la oreja por no estar atento en clase y estuvo cara a la pared en muchas ocasiones. Aquellas humillaciones le traían sin cuidado porque su corazón estaba hecho añicos, ya que la persona que había sido su universo, su madre, en sus cartas sólo le conminaba a estudiar. Nada de cariño, nada de preocupación, sólo estudio, rezos y Dios. Le hablaba de su misión en el mundo, de la constancia, de la fe, le hablaba de todas esas cosas que habían perdido el sentido desde que ella no estaba a su lado. Se encontraba desorientado, sin rumbo, sin nada a lo que aferrarse y en ese no saber quién era transcurrían los días.

En las vacaciones de Navidad volvió a su casa. Al pasar por el portón de entrada se dio cuenta de que había crecido bastante, casi rozaba el marco. Su llegada fue tan sosa como lo fue su salida. A nadie pareció alegrarle, de hecho, a nadie pareció importarle lo más mínimo. Su madre le besó en la cara y fueron a la Iglesia a dar gracias a Dios, aunque él no acababa de entender por qué.

El día de Navidad, después de la comida en la que se reunió toda la familia, los padres de Marcelino tuvieron que asistir a un oficio tras el cual había una pequeña merienda. Era un acto que nadie de la alta sociedad de Pamplona se podía perder. Don Mateo iba rezongando, pero doña Leonor arrastró de él como un práctico atraca un barco.

El muchacho se quedó encerrado en su cuarto, aquel espacio era el único lugar donde se sentía protegido. No quería hablar con nadie, no quería burlas ni conflictos con sus padres, no quería tener que dar explicaciones que nadie le pedía. En realidad, no quería nada. Se tumbó en la cama y cogió un libro de poesía que doña Leonor le había regalado hacía muchos años, cuando aún le quería. Era de Santa Teresa, aunque si se desconociera cual era la autora, podría ser de cualquier mujer enamorada.

Llamaron a la puerta, no contestó, seguro que alguno de sus hermanos tenía ganas de tomarle el pelo, pero volvieron a llamar.

—¡Vete, seas quién seas! —gritó.

Pero sólo el silencio le respondió, después unos nudillos insistentes tocaron la puerta de nuevo. Se levantó, si no daba la cara no le iban a dejar en paz y le era indiferente lo que pasara.

—¡Se puede saber qué queréis ah...! —se quedó mudo.

Estaba dispuesto a todo menos a lo que vio bajo el dintel. Una muchacha rubia, mayor que él, estaba en la puerta apoyada en el marco. Llevaba unas ropas muy desgastadas de colores

chillones y el blusón abierto hasta el inicio de los senos. Marcelino abrió los ojos como platos, pero no fue capaz de decir ni una palabra.
Ella se coló en la habitación y cerró la puerta mientras él seguía clavado en el suelo. No se podía mover y era incapaz de desviar la mirada de aquel pecho que se insinuaba bajo la tela. La prostituta se rio, tenía una risa cantarina, como el agua de un río que discurre a gran velocidad.
—¡Eh, *pasmao* ! No tengo todo el día —y se acercó mientras se desabrochaba los botones de la camisa, dejando a la vista unas tetas voluminosas e increíblemente blancas, pero no hubo ninguna respuesta por parte del seminarista. Ella se puso en jarras y torció la boca.
—¡Me ha tocado el tímido! —exclamó y volvió a reírse. Le cogió las manos y se las colocó en el pecho, después le ayudó a acariciarlo. Marcelino nunca había visto a una mujer desnuda y jamás había sentido curiosidad por esas cosas, pero al rozar esa piel tan suave todo su cuerpo se revolvió.
—¡Uyyy! ¿Y esto que tenemos aquí? —preguntó metiéndole la mano por debajo de los pantalones. Él creyó morir.
Le arrastró a la cama y se tumbó sobre él. Marcelino se dejaba hacer sin ser capaz de controlar su cuerpo, sabía que estaba mal, sabía que lo que estaba pasando rompía la promesa de celibato, pero él aún no la había hecho, aún le quedaba mucho para ser sacerdote… y ya no pensó más. Antes de que se hubiera dado cuenta, un gemido incontrolado salió de sus labios y se derramó.
—¡Vaya! —sonrió la puta— Pues sí que eres rápido tú, no me ha dado tiempo a nada.
Él se fijó por primera vez en sus ojos, eran azules y un poco saltones y parecía que siempre sonreían.
Se levantó sin más contemplaciones y se limpió la mano con la sábana. Después le miró fijamente y volvió a torcer la cara en un gesto que había repetido varias veces.
—No has dicho ni una sola palabra, no serás mudo ¿no? Ellos no me dijeron nada de que fueras mudo —dijo extrañada. Le revolvió el pelo, le dio un ligero beso en los labios y se cerró la blusa—. Tu padre tendrá buenos informes, tu cosita ha funcionado perfectamente.
Se colocó el pelo con coquetería, hizo un mohín coqueto y salió por la puerta como si nada.
Marcelino se quedó sobre la cama mirando al techo, la respiración aún no se había frenado totalmente y el corazón todavía latía acelerado. No sabía qué sentir, había sido una insólita experiencia, pero no tenía palabras para describirlo. Cerró los ojos y de repente se incorporó.
¿Tu padre? ¿Había dicho tu padre? La lógica volvió a su mente, había estado enajenada por el placer. Su padre ¡Cómo no! Él había mandado a aquella prostituta para confirmar que no era un afeminado o quizás para alejarlo de la vocación cristiana y dar en las narices a su madre o simplemente para martirizarlo. Seguro que estaba conchabado con sus hermanos, seguro que ella contaría lo que había pasado y seguro que todos se morirían de risa tomando un vino en una taberna. Se sintió morir y aún más cuando la culpa llenó todo el espacio que la excitación paso a paso iba dejando vacío.
Necesitaba lavarse, necesitaba limpiar toda la impureza que aquella María Magdalena había dejado en su cuerpo. Echó agua en una palangana, se desnudó y se restregó una y otra vez hasta que su piel lució roja e irritada. Después, con la culpabilidad mordiéndole las entrañas se echó a llorar.
Volver al seminario fue volver a la nada, era consciente que no tenía hueco en ningún lugar, simplemente no quería estar, no quería ser, no quería vivir. La culpabilidad lo mortificaba, pero en cuanto cerraba los ojos veía el rostro de la meretriz y una excitación malsana recorría su cuerpo, lo que le hacía desear con más fuerza la muerte. Por eso rezaba todos los días, porque Dios, en su infinita bondad, se lo llevara de este mundo lo antes posible.
Los meses continuaban su curso y Marcelino seguía acumulando castigos y burlas. Los demás seminaristas empezaron a apodarlo “martirio” cuando los sacerdotes no los escuchaban, pero a él seguía dándole todo igual. Había aprendido a controlar las ganas de llorar durante el día, hasta que apagaban las luces de la gran habitación que compartía con sus compañeros, y era entonces cuando daba rienda suelta a sus sentimientos. Hubiera deseado poder compartir en confesión su pecado de lujuria y los que siguieron, soñando

con aquella mujer de ojos azules, pero no se atrevía a enfrentarse con uno de esos curas que tanto temor le inspiraban. ¿Y si no mantenía el secreto de confesión? Podía verse a sí mismo temiendo a cada instante que su culpa fuera expuesta delante de todos los alumnos y eso le impedía acudir a la iglesia. Sabía que estaba en pecado mortal y que uno no podía comulgar sin haber limpiado su alma antes, y esa encrucijada de vicio y falsedad lo martirizaba sin piedad.

En Navidad, doña Leonor había puesto en su conocimiento lo defraudada que se sentía por los informes que desde el seminario le llegaban, quería pensar que se debía al cambio de vida, pero no estaba dispuesta a consentir que su hijo no consiguiera ordenarse. No tuvo misericordia en aquella conversación delirante que mantuvieron en su cuarto y le escupió a la cara las palabras más duras que jamás hubiera imaginado.

—Si no vales ni para eso, será que tu padre tiene razón y no nos quedará más remedio que alistarte en el ejército —concluyó.

Le aterrorizaban esas palabras cada vez que volvían a su mente, sobre todo por las noches cuando la oscuridad y el silencio se cernían sobre él. Aunque lo había intentado, aunque se hacía firmes propósitos de enmienda, aunque se prometía estudiar y aplicarse, la tristeza, la amargura y el dolor no le permitían concentrarse y siempre acababa inmerso en sus sombríos pensamientos, perdido en las elucubraciones más negras que se pueda imaginar. No encontraba por ninguna parte una mínima ilusión a la que aferrarse.

Una tarde que estaba en la sala de estudio, con el libro abierto haciendo que estudiaba, alguien pasó a su lado y le dejó una nota. Era un papel doblado en muchos trozos, un papel gris, seguramente de un paquete de los que enviaban las familias a los estudiantes. Levantó la cabeza, pero sólo vio una espalda que se alejaba. El hermano de guardia no le quitaba los ojos de encima y no supo qué hacer, pero al final se decidió, cogió el papel cuando el sacerdote se despistó un momento, para pedir silencio a otra mesa, y con manos temblorosas lo abrió.

Martirio es mi nombre
mudo mi condición
a las doce de la noche
morirás en tu colchón.

Lo arrugó rápidamente, lo metió en el bolsillo y sintió que las lágrimas acudían a sus ojos, pero con gran esfuerzo las contuvo, no así el puchero que asomó a sus labios. Miró alrededor, sus compañeros, con la nariz metida en los libros, parecían ajenos a todo dentro de aquel estricto silencio. Se fijó más. Unos efectivamente estudiaban, otros escribían concentrados, pero también descubrió los que contenían la risa. Tenía miedo, no sabía qué maldad se les podía haber ocurrido ahora, qué nueva humillación, qué nueva burla, qué nuevo dolor. Por eso, antes de la medianoche se levantó de su cama sin hacer ruido y descalzo y a oscuras se dirigió al servicio, quería esconderse, no estar allí cuando dieran las doce. Estaba prohibido levantarse de la cama y menos sin autorización, pero el miedo era más fuerte que el castigo. El hermano de guardia tenía aún la luz encendida por lo que se agachó al pasar por el ventanuco y alcanzó los servicios sin problema, se acurrucó en un rincón y temblando se echó a llorar. En su mano apretaba con fuerza el anónimo de la amenaza bien arrugado.

Oyó hablar y el corazón se le desbocó, aguzó el oído y creyó distinguir la voz del hermano que parecía contrariado, después pasos que se acercaban, le entró el pánico, se levantó como un resorte y se escondió debajo de un lavabo, entre las cañerías, porque estaba demasiado lejos de las letrinas que contaban con puertas. Contuvo la respiración hasta casi perder el conocimiento, pero alguien iluminó el espacio, llevaba una vela que colocó en algún lugar que no pudo ver. Cerró los ojos pensando que así su presencia se desvanecería, pero cuando volvió a abrirlos un muchacho, en cuclillas, le estaba mirando con curiosidad. Era mayor que él y no recordaba haberlo visto nunca.

—¿Se puede saber qué haces ahí? —le susurró.

Marcelino no contestó, demasiado tenía con controlar el llanto.

—¡Anda, ven! Sal de ahí o te vas a congelar —le dijo tendiéndole la mano.

El joven se dejó guiar. Era la primera persona en mucho tiempo que le trataba bien, pero al extender la mano para salir, el papel arrugado se le cayó al suelo. Con el pánico incrustado

en los ojos comprobó cómo aquel desconocido lo recogía y se lo tendía.
—Se te ha caído.
No se movió, miró al suelo y se quedó, como era su costumbre, bloqueado. No intentó cogerlo, probablemente en el fondo de su alma quería que alguien supiera su desventura.
—¿No sabes hablar? Más vale que me digas qué haces aquí o el padre Román nos va a pillar y te va a caer una buena.
La respuesta fue el llanto, como siempre, como tenía interiorizado. Intentaba explicarse, pero sólo balbuceos salían de sus labios, el control de las lágrimas se había esfumado.
El desconocido desdobló el papel, leyó lo que ponía, torció el gesto y miró a Marcelino.
—¿Se lo has dicho a alguien?
Negó con la cabeza.
—¿Quién te ha dado esto?
—No lo sé —pudo por fin articular.
—Vete a la cama, yo me encargo.
Obedeció, salió escondido entre las sombras y se ocultó bajo las sábanas. Minutos después oyó hablar a su compañero con el hermano de guardia, nada más pasó y pudo por fin dormir.
Pero la paz no duró más que unos días. La nota organizó un gran revuelo y hubo castigos, pero en cuanto las cosas volvieron a la normalidad, las amenazas se multiplicaron como si todo el seminario estuviera en su contra. Lo acusaban de chivato, le prometían los peores castigos, le decían que le iban a matar. Marcelino vivía atemorizado, observado por mil ojos vengativos que le provocaban un terror constantemente, y lo peor de todo es que no sabía a quién dirigirse, a qué puerta llamar para pedir ayuda.
Un ventoso día de marzo, terminadas ya las clases, Marcelino salió al patio con el libro de poesía de Santa Teresa en las manos, una costumbre que le calmaba era lo más cerca que podía sentirse de su madre. Se acomodó en un banco apartado y se puso a leer, tan absorto estaba que no se percató de lo que se avecinaba y cuando levantó la vista, aquellos matones estaban allí, rodeándole. Primero le insultaron, le empujaron, le humillaron, después le amenazaron y por último le dieron algunos golpes que prometieron que eran sólo el aperitivo de lo que le iba a suceder si no dejaba el seminario. Quedó en el suelo, temblando y ya ni las lágrimas quisieron consolarlo.
Miró al cielo, estaba cubierto de nubes que se movían a gran velocidad, se incorporó y se sacudió la ropa. Le dolía el brazo derecho porque se lo habían retorcido. Se volvió a sentar en el mismo banco y pensó que aquellos muchachos tenían razón, era hora de abandonar el seminario, y no sólo el seminario, era hora de abandonarlo todo. Sin ser consciente de ello, acababa de tomar una decisión que, curiosamente, le llenó de paz y de seguridad. De repente, no sentía miedo, por primera vez en su vida sabía qué tenía que hacer sin consultar con nadie.
Lo preparó todo cuidadosamente. Le daban igual las burlas, los encontronazos que querían ser casuales en los pasillos, le daban igual las notas y las amenazas, por una vez en su vida tenía un objetivo y ese objetivo le daba tanta fuerza, que todo lo demás le traía sin cuidado. Hasta sus acosadores notaron el cambio, ya no temblaba, ya no contenía el llanto, ya no bajaba la cabeza.
Escribió una breve nota para sus padres, nada de cariño, nada de despedidas llorosas, nada de reproches, sólo un texto informativo. Ni siquiera les dio el gusto de perder el tiempo en explicaciones, si les interesaba, que las buscaran ellos.
Diluviaba aquel día, lo que era una bendición para evitar testigos indeseados. Llevó una a una todas las cosas al viejo cobertizo del patio, el que estaba detrás de las cocinas donde nunca entraba nadie y preparó la cuerda y la banqueta. Le costó un buen rato hacer un nudo lo suficientemente fuerte para que le sostuviera, no quería caer de culo y volver a fracasar. Y en esos menesteres estaba, cuando la puerta se abrió y una figura entró de espaldas a toda velocidad cerrando un paraguas. Se giró e inmediatamente Marcelino lo reconoció, era el compañero que le había encontrado en los baños.
El muchacho le sonrió e iba a decir algo, pero la sonrisa se le quedó helada cuando descubrió la cuerda que colgaba de una viga. Frunció el ceño sin comprender, detuvo los ojos en la banqueta y después en el papel que descansaba sobre una mesa llena de viejas

herramientas y comprendió a lo que se estaba enfrentando. Marcelino mientras tanto permanecía inmóvil, sin saber qué decir, sentía que acababan de robarle la única decisión acertada de su vida. El silencio se extendió por el cobertizo y sólo el golpeteo de la lluvia se dejó oír por unos instantes.

—Dime que lo que estoy viendo no es lo que me estoy imaginando —inquirió por fin el recién llegado.

Silencio.

—¿Es por lo de la nota? ¿Tan grave es como para pensar en esto? Creo que te ha afectado demasiado.

Más silencio.

—¿Cómo te llamas?

—Me gustaría que te marcharas y me dejaras tranquilo —pidió al fin—, y por favor, no le vayas con el cuento a nadie, cuando me haya ido, haz lo que quieras.

—Yo me llamo Pablo.

—¿No me has oído?

—¡Claro que te he oído! Pero estás loco si piensas que te voy a dejar aquí para que hagas… eso. La vida es un don divino que hay que vivir hasta el final, estás cometiendo un pecado mortal, sólo Dios tiene el derecho a poner fin a nuestra existencia. ¿Es que acaso te crees Dios?

Marcelino sentía que iba perdiendo la seguridad, el tal Pablo le hablaba como si le importase.

—No me has dicho cómo te llamas —insistió.

—Marcelino.

—Bien, Marcelino, ¿y qué es eso tan horrible que te ha ocurrido para que quieras hacer una locura como esta? —. Se acercaba lentamente y trataba de medir sus palabras para evitar que el muchacho se le escapara.

El cobertizo se iluminó de repente y un fuerte trueno a continuación barrió la tarde, la lluvia golpeaba con fuerza sobre el tejado y Marcelino se asustó mirando al techo aterrorizado. Le daban pavor los truenos y los rayos. Pablo le sonrió.

—No es más que una tormenta, lo que ocurre es que en esta construcción de madera parece que se acaba el mundo —le tomó por los hombros y le dirigió hacía unos fardos que estaban en el suelo. El joven seminarista se dejó llevar obediente—. Ven y cuéntame tus problemas, seguro que encontramos una solución a todo lo que te turba. Dios cierra muchos senderos, pero siempre abre otros caminos ¿no crees? y ahora Él me ha traído hasta aquí para ayudarte.

Marcelino se rendía, cada vez era más vulnerable, la voz pausada de Pablo le tranquilizaba y le incitaba a la confidencia. En el fondo de su corazón creía reconocer la mano salvadora que siempre había anhelado y aunque apenas tenía un par de años más que él, su experiencia vital distaba mucho de la de su compañero, que era como un niño que jamás se había enfrentado a nada.

Aquella tarde desapacible, por fin, Marcelino abrió su corazón y confesó todos y cada uno de los que él consideraba enormes pecados. Le habló de su familia, de sus hermanos y de su crueldad, de su padre y sus insultos, le contó el episodio de la prostituta y de cómo le costaba hacer desaparecer su recuerdo y la excitación que éste le producía, le narró las burlas de sus compañeros, la dureza de sus profesores. También le habló de sus sentimientos, de los deseos de venganza que a veces sentía, de cómo deseaba que Dios se lo llevara. Le habló de todo, unas veces llorando y otras más sereno, incluso enfadado. Y dejó para el final hablar de su madre, porque no sabía qué decir, porque aún no había decidido si la quería o la odiaba. Pero una vez comenzó, vomitó todo lo que su alma había estado guardando tanto y tanto tiempo.

Pablo le escuchó en silencio, sin interrumpir, como un sacerdote que asiste a una confesión. Le dejó vaciarse poniéndole la mano en el brazo en los momentos de mayor tristeza o confusión. Mientras le escuchaba pensaba cómo tenía que comportarse, qué palabras serían las adecuadas para alejar a aquella alma inocente del nido de víboras en el que estaba inmerso.

—¿Aún crees que no tengo motivos para querer irme? —concluyó Marcelino.

La lluvia había ido cediendo su dureza y un leve chapoteo tableteaba contra los cristales.
—¡Por supuesto! Como te he dicho antes, sólo Dios tiene la llave sobre nuestras vidas. Nada hay tan difícil que no se pueda superar si tienes fe. Y tú la tienes ¿no?
Marcelino dudó, pero inmediatamente asintió. Pablo se levantó, se acercó a la banqueta, se subió y deshizo el nudo. La cuerda cayó al suelo.
—Esto ya no es necesario ¿Sabes por qué?
El muchacho negó.
—Porque ahora me tienes a mí, yo seré tu amigo, tu guía y te protegeré. Ya no sentirás miedo, siempre que te ocurra algo puedes contármelo, si alguien te molesta lo arreglaremos y aprenderás a defenderte tú solo.
Marcelino estaba perplejo.
—¿Qué tal con los libros? ¿Va bien el curso? —continuó como si no estuviera deshaciendo los preparativos de un suicidio.
El hijo de doña Leonor negó, avergonzado, le costaba mucho seguir las clases, ni siquiera había ido al colegio.
—Perfecto, hablaré con el director para tutorarte, para que me deje ayudarte con el estudio, así pasarás más tiempo conmigo y en cuanto esos monicacos vean que estás con un compañero mayor buscarán otra cosa en la que entretenerse. El tema de tu familia es más peliagudo, quédate con el cuarto mandamiento, honrarás a tu padre y a tu madre, lo que quiere decir que tendrás que aprender a convivir, pero si quieres un consejo, esfuérzate al máximo y demuéstrales lo que vales. Eso te dará un lugar diferente entre los tuyos.
A pesar de estar desconcertado, el joven seminarista empezó a sentirse a salvo, como cuando su madre le defendía. Sabía que no era eso lo que pretendía Pablo, lo había dejado muy claro, tendría que aprender a defenderse sólo, pero estaba convencido de que nada sería igual si tenía un amigo. Un amigo, se repitió, y esa palabra le sonó a música celestial. Entonces se acercó a la mesa y cogió la nota.
—¿Qué hago con esto?
Pablo rebuscó entre los cachivaches mientras Marcelino le dejaba hacer preguntándose qué buscaba. Por fin pareció encontrarlo y cuando se dio la vuelta tenía un chisquero en la mano. Reunió un montón de arena del suelo e hizo una especie de volcán.
—Coloca la nota en el centro.
Marcelino obedeció.
—No sólo vas a quemar este papel, vas a quemar la idea de hacer lo que sólo Dios puede disponer, ¿entendido? Que nunca más se te pase por la cabeza.
El joven asintió reconociendo en su corazón un atisbo de felicidad, Pablo prendió la chispa y observaron juntos cómo el papel se quemaba.
—Y ahora un último consejo, deberías confesarte, deberías estar en paz con Dios. No es correcto comulgar con el alma manchada de pecados mortales.
Marcelino fue a protestar, pero su compañero lo frenó.
—Espera, no he terminado, comprendo que no quieras hacerlo con alguien al que vas a ver todos los días, pero hay otras posibilidades y muchas iglesias en Pamplona, visita alguna y confiesa. No tendrás por qué ver a ese sacerdote nunca más.
Y así se cerró el secreto entre los dos seminaristas. Pablo jamás le contó a nadie lo que había oído aquella tarde y procuró no juzgar lo que Marcelino hizo o pensó. Cumplió su palabra y se convirtió en su sombra, en su mentor, en su maestro, se convirtió en su tutor de apoyo y comprobó que era una persona extremadamente inteligente, extremadamente sensible y muy acertado en sus observaciones. Con una voluntad inquebrantable apuntaló su estima y fue soltando su mano a medida que la fuerza, la resolución y la edad le iban proporcionando la capacidad de caminar solo. Marcelino nunca olvidaría aquella tarde, una tarde que fortaleció su fe. Dios, que tanto le había asfixiado, en el último momento le había enviado un ángel que fue su salvador. Nunca habló con nadie de lo que pasó, aprendió a vivir sin el calor de los suyos y la relación con su madre se enfrió. A cambio, encontró una nueva familia, esa familia cristiana que suplió con creces sus carencias, con Pablo a la cabeza.
Sintió una tristeza infinita cuando su amigo colgó los hábitos, sabía que detrás de aquella determinación había una mujer, pero jamás le recriminó nada. Había aprendido de él

muchas cosas, pero sin duda una de las más importantes era la discreción, como él mismo hizo aquella tarde, no juzgaría a su amigo por sus decisiones. Igualmente aprendió de Pablo la capacidad de elegir que tenía el ser humano, cada cual debía buscar su camino y por las cartas que se cruzaron, menos de las que hubieran deseado, supo que su compañero era feliz, que había encontrado el camino correcto y que Dios, en su infinita bondad, podía esconderse en los lugares y las ideas más extrañas.

El suceso de aquella jornada jamás volvió a mencionarse en sus múltiples charlas, como si nunca hubiera sucedido, como si se tratara del mal sueño de una noche de pesadillas, aquellos hechos quedaron olvidados junto a la soga que descansaba en el suelo y la banqueta que volvió a las cocinas.

Y ahora acababa de descubrir que estaba en peligro, su amigo, su mentor estaba en peligro. Las dos mujeres que acababan de salir de la sacristía no se hacían ni una mínima idea de lo que aquel hombre significaba para él, por supuesto que haría todo lo que estuviera en sus manos para salvarle, lo que estuviera en sus manos y mucho más. En esos momentos no había nada en el mundo tan importante como conseguir que le conmutaran la pena, nada. Caminando por la calle Navarrería iba pensativo, organizando la red de influencias que tendría que movilizar para conseguir su objetivo. No había tiempo que perder.

30

Tal y como había vaticinado Pili, Paola sólo necesitaba reposo y sobre todo alimento. Petra hizo un buen guiso de legumbres, utilizando gran parte de lo que disponían para toda la semana, y sacó un plato bien cargado para su vecina. Al ver la comida Paola sintió náuseas y pensó que no sería capaz de ingerir nada, pero a medida que las cucharadas iban cruzando su garganta, una sensación de placer inundaba su cuerpo, igualmente estaba convencida de que no podría dormir, miles de pensamientos, miedos y dolores golpeaban su mente con fuerza, pero en eso también se equivocó.

Durmió muchas horas, y cuando despertó, la tarde estaba declinando y las sombras comenzaban a colarse en las estancias de una casa que permanecía en absoluto silencio. Se incorporó y fue consciente de que se sentía mucho mejor, a pesar de que el rostro aún le dolía y notaba la piel del labio tan tensa que parecía que estuviera a punto de romperse.

Se aseó. La hinchazón persistía, y un mapa de mil colores se vislumbraba en su rostro cuando se miró en una pequeña fuente de alpaca, la única que había guardado todos aquellos años. Estaba abollada, pero era un regalo de boda y siempre le traía a la memoria otros tiempos, la constatación de que un día, no hacía tanto, había sido feliz. Pensó en Adrián, su rostro se desdibujaba en su memoria, ya había dejado de esperarlo, era una ilusión absurda y demasiado dolorosa. El tiempo demuestra con su paso lo que no queremos ver, nos descubre con cada tic tac del reloj lo que ya no está. Y Adrián se había ido. Prefería pensar que había huido a América, que se vio obligado, que estaba a salvo, pero cuando la nostalgia apretaba fuerte, cuando los velos de las ilusiones desaparecían, el horror la embargaba y le imaginaba muerto en cualquier lugar. Se entristeció. Apenas recordaba ya sus ojos, esos de los que se enamoró, apenas se acordaba de él, apenas tenía un hueco en su vida. ¿Le estaría traicionando? se preguntó, pero inmediatamente supo que es imposible traicionar a un fantasma.

Dejó la fuente en la cocina y salió al patio esperando encontrarse a su familia, pero no había nadie. Le extrañó el silencio feroz de aquellas paredes y un temor sordo se adueñó de su corazón. Salió a toda prisa y los encontró a todos en el patio de las vecinas. Los niños jugaban, Petra cosía y Pili le abrió la puerta con una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras?

No pudo responder porque Carmencita salió corriendo y se abalanzó sobre ella preguntando si ya estaba bien, si podrían salir de nuevo. Tenía el miedo pintado en su gesto infantil. Paola sonrió, besó a su hija en la coronilla y anunció a todos que se encontraba perfectamente. Se quedaron a cenar en casa de sus vecinas y cuando llegó la hora de dar la velada por concluida, estas la enviaron de vuelta a su casa.

—Los niños hoy se quedan aquí para que descanses sin ninguna interrupción.

Paola intentó protestar, pero no hubo manera de convencer a nadie. A los niños también les tentaba la novedad, las promesas de juegos y al final no tuvo más remedio que irse sola.

Encendió una vela, suspiró y se sentó en su cama. Había perdido la cuenta de cuánto tiempo hacía que la casa no estaba vacía y el silencio se le antojaba ensordecedor. Vacía no, se dijo, Manuel andaba en algún lugar del tejado. Miró al techo y fue consciente de que nadie le habría subido comida, sólo ella se encargaba de eso. Fue a la cocina y reconoció el plato de su amigo sobre la mesa, cubierto con un trapo, Petra lo debía de haber dejado preparado para cuando se levantara y había olvidado decírselo. Llenó una jarra de agua, quitó el paño y buscó algo de pan. Era negro y estaba duro, pero no había otra cosa. Haciendo malabares fue a la habitación y con el palo de la escoba dio tres golpes en la trampilla. Él abrió y ella lo pensó mejor y le indicó que bajara. Primero aparecieron los pies y, colgándose de los brazos, se dejó caer sobre la cama con agilidad. Estaba demacrado y pálido, tenía el pelo sucio y la barba le había crecido demasiado. Se quedó mirándola fijamente con gesto de inquietud.

—¿Cómo estás? ¡He estado tan preocupado! ¿Qué te ha pasado?

Paola le devolvió la mirada y pensó que la vida se había quedado marcada en cada una de

las arrugas que prematuramente surcaban su rostro, parecía agotado.
—No me preguntes lo que es obvio. Hambre, cansancio y preocupaciones, un cóctel mortal, y no menciono los golpes del civil —contestó y se tocó la cara con prudencia.
Manuel asintió pensativo.
—Súmale mi presencia, por si no tenías problemas —hablaba con un deje de tristeza.
Paola, conmovida, le puso un dedo en los labios y sonrió.
—Ya estoy bien —dio por concluido el tema—. Hoy los niños se quedan con mis vecinas, así que te vas a asear y después vas a comer en una mesa y una silla como un ser humano. Tú también necesitas respirar; el hambre, las preocupaciones y la desesperación no son sólo mi patrimonio.
Cogió todos los baldes que las vecinas habían dejado llenos para que ella no hiciera ningún esfuerzo y los llevó a la cocina, inmediatamente Manuel la ayudó. Le dio jabón y unos trapos que algún día fueron toallas y se marchó para proporcionarle unos momentos de intimidad. El agua limpia fue una experiencia deliciosa y estimulante, aunque fría, le reconfortó el alma. Pensó con tristeza en cómo algo que siempre le había parecido tan simple, se volvía un placer. Estaba secándose, ya se había puesto los pantalones limpios que Paola le había dejado sobre una silla, cuando en susurros la voz femenina le preguntó si podía entrar.
—Pasa —le dijo mientras se colocaba a toda prisa una camisa. Todo había pertenecido a Adrián.
—Te he traído esto —y le enseñó una navaja de afeitar—. Había olvidado que estaba aquí, pero la he recuperado del fondo del armario.
Manuelín sonrió, se acercó a la pila, se enjabonó la cara y comenzó a afeitarse con lentitud porque el filo estaba muy desgastado y había tenido que raspar el óxido. Cuando terminó tenía un aspecto completamente distinto, suspiró y se giró completamente.
—Gracias, Pau, gracias y mil veces gracias. Nunca podré agradecerte… —vio el gesto serio de su amiga y se calló, se sentó y ella le acercó el plato.
La joven le observaba comer reflexiva, sumergida en un mutismo insondable y Manuel, aunque trataba de disimularlo, devoraba aquellos mezquinos alimentos casi con desesperación. La falta de alimento le torturaba a menudo, aunque jamás se quejaba. Para Paola era obvio que un hombre de su envergadura necesitaba más, pero también sabía que era lo máximo que podía ofrecer. Todos pasaban penurias, todos pasaban hambre y los niños eran lo primero. Pensar que pudiera fallar el paquete semanal de doña María le llenaba de zozobra, era su mayor fuente de alimento, su obsesión, sin eso, estarían condenados y las enfermedades se abalanzarían sobre ellos sin piedad, lo oía a diario en su barrio, en las colas del racionamiento, a sus vecinas. Desechó esos pensamientos de su mente y decidió preguntar a Manuel por su vida, por su familia, hablar de otra cosa que no fueran sus propias preocupaciones, desterrar por unas horas tanto miedo y compartir el dolor de otro, las vivencias de otro, el mundo de otro. No le apetecía estar sola, no le gustaba la casa tan vacía, le provocaba malas sensaciones ver todo tan ordenado.
—Cuéntame algo de estos últimos años. ¿Tu padre está bien?
Manuel la miró desconcertado, con la boca llena, pero inmediatamente, la perspectiva de una conversación con ella le entusiasmó.
Le contó lo poco que sabía, que su padre había huido a Portugal con los señores, de hecho, fue él quien conducía el automóvil que los llevó. A partir de ahí perdía el rastro. Muchas veces se preguntaba si habrían regresado, pero sabía que era mejor mantener la distancia, era mejor que pensara que no tenía un hijo porque saber de él sólo le traería problemas. Desde que se marchó al frente y su padre al exilio, la comunicación se hizo imposible, y tal y como se habían desarrollado las cosas, era mejor dejarlo ahí. Era un rojo proscrito y escondido.
Le habló de la guerra, de la muerte, de las pesadillas. Trató de no ser cruel, de no ser muy explícito, que Paola no sintiera el mismo terror que había sentido él y lo trasladara a su marido. Mejor hablar desde la distancia, desde un razonamiento moral, desde el arrepentimiento más puro y más culpable por aquella barbarie. Notó la tristeza que se posaba con más fuerza en los ojos de Pau, de su Pau, y quiso cambiar de tema. Silenció un instante sus palabras y antes de que pudiera proseguir cambiando el rumbo de sus

comentarios, la oyó suspirar. Parecía que le estaba leyendo el pensamiento cuando tomó la palabra.

—No me protejas, sé de esta maldita guerra lo mismo que tú. En otro escenario quizás, pero no menos doloroso.

—Siento que me equivoqué, Pau. Siento que jamás se debe defender nada con la muerte y menos con la muerte de inocentes.

Paola asintió, pero un rencor perdido en sus entrañas pugnaba por salir.

—¿Ha valido la pena?

—No —Manuel fue tajante—. Y no sólo porque hayamos sido derrotados por un dictador. Aunque se hubiera conseguido la victoria, nuestro mundo, nuestro futuro estaría destrozado. Hay personas de primera y de segunda. Los de primera son los que alientan desde más allá del peligro; los de segunda, los que se enfrentan a él. La injusticia es inherente al ser humano, tengas las ideas que tengas, la honestidad es un bien escaso cuando se trata de salvar el pellejo.

—Ya no somos los mismos, hemos perdido todo por el camino. Cuando te miro, tengo que escarbar demasiado para ver algo de mi Manuelín. Supongo que a ti te pasará lo mismo. Ya no soy la Paola que llegó a Madrid como un pajarillo asustado. Me he convertido en un monstruo —. Apoyó la cabeza en sus manos y miró al suelo.

—No digas eso —le recriminó pasándole el brazo por la espalda en un intento de consolarla con cierta indecisión. No quería confundirse.

Ella no se movió, se sintió protegida por aquellos brazos un instante. Hacía demasiado que llevaba una pesada carga que no podía compartir y era reconfortante sentir un abrazo en el que abandonarse.

—Sé que no volverá —susurró. Levantó la cara de repente y Manuel retiró el brazo.

—Siempre hay esperanza —. Le rompió el corazón pronunciar estas palabras.

—Comprendo que lo dices tratando de que me sienta mejor y te lo agradezco. Pero Adrián no va a volver. No sé si estará muerto con un tiro en la cabeza, destrozado por la metralla o simplemente se habrá visto obligado a huir. Sea lo que sea, se acabó. Tengo que poner un punto y final a esta espera, a la agonía de una espera desesperanzada. Me está volviendo loca.

El miliciano no sabía qué decir, aún menos qué sentir.

—¡Ojalá tuviera una tumba donde llorar! —continuó—. No saber es una maldición que acabas arrastrando como una condena. No soy viuda, pero como si lo fuera. Y estoy agotada.

Manuel sufría con su sufrimiento, quería rodearla y protegerla, quería volver atrás y sentarse en las escaleras a charlar mientras ella cosía, robarle los gestos y las sonrisas mientras no se daba cuenta que la espiaba, amar sus ademanes, su forma de quitarse el pelo de la cara, su mohín de concentración.

El corazón volvía a desbocarse con su presencia y unas incontenibles ganas de abrazarla y de besar sus labios se abría paso entre toda aquella aflicción. Se contenía a duras penas y cuando no pudo más extendió los brazos y rodeó su pequeño cuerpo. Paola aceptó, nuevamente, el abrazo y se recostó en su hombro. Dejaron de hablar, quedaron perdidos en los pensamientos y las emociones, y por unos minutos relegaron sus pesadillas y sus miedos al fondo de su infortunio y se mecieron en la quimera del olvido. Manuel, con los ojos cerrados, se deleitó en aquel silencio, absorbió todas y cada una de las sensaciones con las que durante años había soñado, intentando no imaginar el final. Paola, con la vista perdida en el infinito, dejó de pensar un instante y se abandonó al momento. Arrinconó sus tormentos, sus temores, sus obligaciones y permitió que otro sujetara su desconsuelo.

—Podría morir ahora mismo —susurró el miliciano sin apenas ser consciente de sus palabras, embargado por la dicha.

Paola levantó la cara y enfrentó los ojos de su amigo. Sabía lo que se escondía tras aquella intensidad dolorida, lo sabía hacía demasiado tiempo, aunque no entendía cómo aquel amor había sobrevivido incluso por encima de la muerte, de las balas, de las decepciones, del exilio y del sufrimiento. Aquel amor volvía a reflejarse en las profundidades de sus ojos, como siempre lo había hecho y quizás ese era el único rasgo que era capaz de reconocer en aquel rostro atormentado.

Manuel se debatía en una lucha devastadora, sintió la fuerza de todo el amor acumulado en aquel abrazo y no lo pensó un segundo, se hubiera echado atrás, era el instante preciso, el anhelado y, sintiendo temblar todo su cuerpo, acercó sus labios a los de Paola y la besó, lo hizo sabiendo lo que arriesgaba, con temor, consciente de que en cualquier momento podría perderlo todo.

Fue un beso inocente, un roce de los labios apenas. Se separaron y ella volvió a mirar aquellos ojos con intensidad. Se encontraba perdida, no era capaz de entender qué estaba ocurriendo, sólo sabía que aquello, fuera lo que fuera, le hacía sentirse bien. Matar o morir, ese era su lema, había perdido muchos infinitivos en la batalla. Amar, soñar, desear… ¡Había tantas palabras olvidadas que deseaba introducir en su vida! Se sentía borracha de sensaciones dormidas, borracha de cariño, borracha de pudor.

El segundo beso llegó igual de sosegado, como si temieran que el sueño se esfumara. Se reconocieron despacio y se abrieron poco a poco a la intimidad del otro. Manuel se sentía morir de deseo a cada paso, casi rozaba el llanto que a veces provoca la felicidad, pero el miedo a perderlo todo no dejaba de perfilarse en su alma.

—Creo que esto no está bien —. Paola se separó lentamente, relamiéndose los labios. Haciendo un esfuerzo sobrehumano por no perderse definitivamente en aquellos brazos que la incitaban al abandono.

—Yo… te amo —susurró, casi un lamento. Apenas había abierto los ojos intentando prolongar un segundo más su delirio—. El amor nunca está mal, Pau.

—Pero yo no sé lo qué siento. No lo sé —dijo mientras sus ojos se ahogaban en un manto opaco de dudas.

—No necesitas entender nada, sólo déjate llevar donde tu corazón decida.

Manuel le acariciaba la cara con ternura.

—No es tan fácil

No quería deshacerse de aquellos brazos.

—Adrián sigue aquí ¿es eso?

Paola se incorporó, se separó de su amigo y suspiró.

—Lo siento, Manuel, en serio que lo siento. Creo que aún no estoy preparada. Sé que te puede parecer una locura, pero no dejo de pensar que traiciono su memoria, esté donde esté.

El miliciano asintió, se recolocó en la silla y trató de serenar su alma.

—Tú marcas el tiempo. El tiempo y mi corazón. Yo sé que no podré olvidarte jamás, ya lo he intentado, pero desde el primer día que te vi no he hecho otra cosa que amarte, como amigo, como hombre despechado, como soldado en la distancia y ahora como un peligroso huésped escondido. Siempre estás aquí —y se señaló el pecho—. Y esa es la grandeza y el castigo de mi vida. No puede haber otra, tú ocupas todo en mi alma y, pase lo que pase, en este momento me siento dichoso, por fin verbalizo con libertad lo que he escondido todos estos años.

La vela se había apagado y sólo los reflejos de la luna se colaban por la puerta del patio desfigurando sus caras.

—Te amo, vida mía, te amo, te amo y jamás amaré a nadie más —Manuel balbuceaba aquellas palabras como si temiera que al abrir aquel tesoro silenciado tanto tiempo se convirtiera en polvo. Sin embargo, se sintió liberado, por primera vez.

Paola lo miraba con los ojos brillantes. Había olvidado que existían emociones más allá del odio, la cólera, la tristeza o el sufrimiento. Había borrado de su corazón, hacía demasiado tiempo, sentimientos como la fidelidad, el cariño o el amor. Y entre toda aquella maldad, entre todo aquel lodazal de dolor y rabia volvía a aparecer ese hombre hablando de sentimiento y emoción.

Volvió a apoyarse en el abrazo de aquel compañero improvisado, extendió una mano y le acarició el rostro. Comprobó que el tiempo había escrito su paso en la piel, reconoció sus cejas, la arruga que entre ellas se había instalado, profunda; los ojos, siempre cargados de amor hacia ella; la boca, que besó al paso de sus dedos ¡Cómo era posible no quererlo!

—Odiaría arrepentirme —dijo al fin apartando la mano—. Sería cruel confundir la necesidad con el amor. Es preciso que pase el tiempo para olvidar, para conseguir que los fantasmas vuelvan a sus escondites y me dejen en paz, tú te has hecho demasiado

importante en mi vida como para volver a hacerte daño. Tengo que estar segura, Manuel, tengo que estar limpia, tengo que desterrar este dolor y la ira de mi alma. Y cuando eso ocurra, si aún estás ahí, quizás pueda descubrir con claridad qué me une a ti.

Los brazos de su amigo atrajeron con más fuerza aquel diminuto cuerpo y besó su frente.

—No tengo prisa, mi amor —y se sintió dichoso de poder hablar con aquella franqueza—. Estaré esperando ansioso en el piso de arriba, por si decides subir. Yo tampoco puedo prometerte nada más allá de mis sentimientos, como ves, como sabes, soy un proscrito escondido en un tejado que considera un regalo poder asearse y cenar sentado frente a una mesa. Con eso me conformo, con eso y con descubrirte y escucharte cada mañana, con desear con todas mis fuerzas verte llegar.

Y se quedaron en silencio porque ya no tenían nada más que decirse, porque reposar en aquel abrazo era un regalo del que los dos disfrutaban. Ella cerró los ojos y dejó de pensar, ya habría tiempo para plantearse una vida, ahora sólo quería disfrutar de aquel bien escaso que no se conseguía en las colas del racionamiento. Él era ahora el que, henchido de felicidad, miraba al infinito sin ver más que oscuridad, sujetando, por primera vez en su vida, el cuerpo que tantas veces había anhelado.

Por fin se soltaron.

—No tentemos tanto a la suerte —dijo Paola con desgana.

—Será mejor que vuelva a mi tejado —y una sonrisa se dibujó en sus labios—. Ha sido un placer compartir esta cena con usted

—Lo mismo digo —le devolvió la sonrisa.

—Buenas noches, Pau.

—Buenas noches, Manuelín —y le guiñó un ojo.

—Subió y cerró la trampilla. Paola le sintió moverse haciendo crujir la madera y después la casa quedó en silencio, era obvio que se había acostado. Lo mismo iba a hacer ella rememorando los extraños momentos vividos, cuando vislumbró en la oscuridad la mochila que tanto le había costado acarrear. Sus vecinas la habían apoyado contra la pared de la cocina. En un primer momento se dijo que ya la abriría al día siguiente, pero la curiosidad era más fuerte que el cansancio o el sueño que no sentía después de lo mucho que había dormido durante la tarde. Se decidió. Se agachó y arrastrando el bulto e, intentando no hacer ruido, la sacó y se sentó en el suelo. Tenía miedo de encender una vela que desde fuera se pudiera ver y dudó de nuevo si abrirla o no y entonces, una voz que hablaba en susurros, la sobresaltó.

—¿Qué haces?

Miró hacia la habitación y vio la cabeza de Manuel asomar por la trampilla. No pudo reprimir una débil carcajada que inmediatamente sofocó con las manos. Era cómico ver aparecer la cara de su amigo surgiendo del techo como una lámpara.

—Nada —también hablaba muy bajito—. Estaba decidiendo si abrir o no la mochila que encontró Carmencita esta mañana enterrada entre los escombros. El miliciano no tardó un segundo en colocarse a su lado.

—Vamos a verlo.

Colocaron la vela en el suelo y la encendieron. Desde allí era muy difícil que nadie viera el resplandor que quedaría oculto por el muro del patio. Manuel dio la vuelta a la bolsa para acceder a las correas.

—¡Pesa muchísimo!

—Cuéntamelo a mí. Al final del camino he tenido que pedir ayuda, no podía cargar con ella y con la imagen de la Virgen que además llevaba en el cajón toda la comida que me había dado la señora María.

Desabrocharon las correas y fueron sacando el contenido con la respiración contenida. No sabían que lo que iban a encontrar les dejaría aún más alterados.

—Pero ¿qué es esto?

Miraron todo con los ojos desorbitados, Manuel cogió una pieza y la acercó a la luz de la vela.

—¿Qué es todo eso? —repitió con voz temblorosa Paola.

—En términos generales es oro. Incluso hay una figurita que parece maciza, me pregunto de dónde la sacaría el dueño. Así pesaba tanto la mochila. Cogió una cartera llena de

documentos, la acercó a la llama y observó su contenido. Miró a Paola y con los dedos pulgar e índice, se apretó los ojos.

—¿Dónde demonios habéis encontrado esto? —preguntó por fin.

Paola se lo contó con todo detalle.

—¿Y dónde vive esa señora a la que llevas la imagen?

—Cerca de la calle Serrano

Asintió comprendiendo. Demasiado cerca del Museo del Prado, demasiado cerca del Banco de España, demasiado cerca de todas las familias pudientes. Probablemente se trataba de un robo o quizás de un intento de huida. Paola le miraba sin entender nada, pero el miedo de los pobres le encogía las entrañas, aquella mochila únicamente traería más problemas a su familia.

Manuel siguió con su registro, sacó una pistola, la inspeccionó, estaba cargada, pero tenía el seguro puesto, también había una caja de balas. Según observaba cada objeto, lo colocaba con cuidado en el suelo, todo muy ordenado. Había también un jersey de lana negro y unos pantalones de caballero del mismo color, parecían limpios y bastante pequeños. Varios fajos de billetes atados con cuerdas. Un candelabro de plata despiezado, un joyero de madera con varios relojes de pulsera y uno de leontina.

Una vez que terminó de colocar los hallazgos, los dos se quedaron mirando aquellas cosas sin decir una palabra. Cada dos segundos Paola miraba la puerta como si esperara que en cualquier momento fuera a aparecer la policía. Tenía miedo y lo único en lo que pensaba era en volver a dejar aquella bolsa maldita en el mismo lugar en el que la habían encontrado. Manuel, sin intuir el terror de su compañera, se acariciaba la barbilla pensativo, mucho más tranquilo que ella, sopesando las posibilidades que todo aquello les podía brindar.

—Los fajos habrá que quemarlos, no tienen ningún valor, es dinero de la República, sólo podrían traerte problemas.

Su amiga lo miró atónita.

—¿Qué estás diciendo? Yo no voy a tocar nada de eso, mañana mismo lo escondo en el montón donde lo encontré y listo.

—¡No digas tonterías, Pau! Si no lo aprovechas tú, lo hará otro. Lo que pasa es que hay que actuar pensando mucho las cosas.

—¡No, no y mil veces no! ¿Qué pintan esas joyas o ese oro en mi casa? Me acusarán de haber robado, me meterán en la cárcel y vete tú a saber qué más —gritó muy alterada.

—Tranquilízate y vamos a pensar las cosas con cuidado —la vela se apagó consumida, quedaron completamente a oscuras y sólo algún resplandor repentino de la luna sobre el oro indicaba lo que había esparcido por ese suelo.

—Yo creo que no hay nada que pensar, es mejor tener una bomba en casa que esa mochila ¿Y si aparecen los civiles como el otro día y descubren todo esto? ¿Y el arma? ¿Qué hacemos con el arma?

—¡Pau! —trató de calmarla—. Lo primero que tienes que hacer es tranquilizarte. Te castañean los dientes. Vamos a pensar las cosas con cuidado y si al final quieres dejarla por ahí tirada, lo haces, pero no te dejes llevar por el miedo y pierdas una oportunidad única de salir de esta ratonera, de esta porquería de vida.

Paola suspiró y trató de acompasar su respiración.

—De acuerdo —musitó.

—Aquí hay mucho dinero —trató de que sus palabras fueran convincentes—. Como te he dicho, los fajos hay que quemarlos, no tienen valor y pueden ser un foco de problemas, no podrías explicar de dónde han salido. Pero el lingote, las monedas, las joyas y el candelabro son otro cantar. No soy un entendido, pero juraría que todo parece realmente bueno y el candelabro seguramente es de plata. Del arma no hay que preocuparse, yo me la quedo, siempre puede resultar útil en momentos de peligro.

Paola, más serena, le miraba sopesando sus palabras. Se había dejado llevar por la angustia al ver todas esas joyas, pero poco a poco empezaba a vislumbrar la multitud de oportunidades que se les abrirían si lograban convertir todo aquello en dinero.

—Será muy peligroso encontrar quien compre esto.

Manuel sonrió en la oscuridad, parecía que había superado el momento de pánico y

empezaba a comprender la magnitud de aquel hallazgo.
—La posibilidad de éxito se basa en la paciencia. No puedes aparecer con un lingote en el mercado negro y volver después a tu casa como si nada, sería un suicidio. Lo mejor que te podría pasar entonces sería que te arrestaran. Las cosas se tienen que hacer de otra manera. Lo primero de lo que hay que deshacerse es del candelabro, sacarás un buen pellizco, pero no levantarás sospechas, está destrozado y su único valor es el del material del que está hecho. Es algo habitual, sabes que hay miles de mujeres que se han deshecho de todo lo que se pueda vender para comer, puedes ofrecerlo por partes en distintos lugares y después ya iremos viendo.
Manuel empezó a guardar todo en la mochila con mucho cuidado.
—Deberías subirla, estará más segura contigo y prefiero que nadie vea nada. Los niños pueden decir cosas inadecuadas en lugares inoportunos, si yo me he quedado impresionada, imagínate un niño.
Asintió, se despidieron y él se encaramó al tejado. Primero subió la mochila y después desapareció cerrando la trampilla. Paola se tumbó en la cama y no supo si reír o llorar por lo que tenía en su poder, algo que podía permitirle traspasar la línea de la pobreza y la humillación para vivir con cierta tranquilidad. O tal vez la decisión que acababa de tomar la llevara directamente al infierno, arrastrando en su caída todo aquello que amaba y por lo que tanto había luchado. Matar o morir, repitió para sus adentros, ella siempre se había arriesgado y hasta ahora estaba en el lado de los que habían sobrevivido.

31

Las sirenas habían despertado a toda la casa. Los señores hacía tiempo que habían huido de aquel enorme piso dejando al mayordomo y su familia el encargo de cuidar bien de él. Salustiano había llegado a ser la mano derecha del señor y eso le llenaba de orgullo. Por eso, cuando un año antes, vestido con un abrigo de paño con cuello de piel y un sombrero de buena factura, el señor le había llamado a su despacho antes de su marcha, se había sentido muy importante.

—Salustiano, con todo nuestro pesar, hemos de partir. Las cosas en Madrid no van bien. Le dejo la honorable y difícil tarea de guardar mi castillo —. Y sonrió con esa superioridad que da el dinero.

—Lo que usted mande —había contestado el criado bajando ligeramente la cabeza.

—Podrán utilizar las dependencias de la casa a excepción de las habitaciones particulares de la señora y las mías propias. Mantenga todo en condiciones porque cuando esto haya acabado, que no dudo que será en breve, volveremos, y quiero encontrar las cosas como a mí me gustan. Y ahora haga el favor de hacer que lleven el equipaje al coche.

Y dándole la espalda, se fue por el pasillo colocándose los guantes.

—¿Qué te ha dicho? —le susurró al pasar su mujer que trabajaba de doncella en la misma residencia.

—Que nos quedamos al cuidado de la casa.

Beatriz, su esposa, sonrió levemente. La idea de danzar con los señores de acá para allá con un bebé de pocos meses y una niña de tres años no le agradaba en lo más mínimo. Además, ella aún no se había repuesto completamente del parto.

Esperaron a que todos se fueran y, cuando por fin sonó el gran portón al cerrarse, todo aquel enorme espacio quedó en un agradable silencio, en contraste con el bullicio que se había vivido los últimos días.

—¡Ya era hora! —gritó Beatriz y empezó a danzar por el enorme salón, después corrió por el pasillo y entró en una y otra habitación. Daba vueltas, cantaba, corría, se paraba y comenzaba de nuevo recorriendo toda la casa.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó indignado su marido que no había abandonado ni un instante su porte serio y estirado.

—¡Estamos solos! ¿No te das cuenta? Tenemos todo esto para nosotros cuatro —y giró sobre sí misma señalando el espacio—. Viviremos como los ricos, nada de sí señor, por supuesto señora, si no manda usted más. Comeremos en la mesa del salón, nada de cocinas y dormiremos en colchones de plumas al calor de la chimenea ¡Estoy deseando probar esas sábanas!

—¡Beatriz! ¡Compórtate!

Se paró en seco y miró a su esposo desconcertada. Él mantenía la misma rigidez, la misma postura, los mismos modales que tendría ante el dueño de la casa.

—Pero Salus ¿no te das cuenta de la suerte que hemos tenido?

—Nada de comer en el salón ni dormir en las habitaciones ¿Te imaginas que llega la familia de improviso y nos encuentra ocupando su sitio? Además, Don Servando me ha prohibido entrar en sus cuartos si no es para limpiar.

—Salus, cariño —le miró zalamera—, no hace falta ir a las habitaciones principales, están las de los invitados. ¿Vas a permitir que pasemos frío y penurias tus hijos y yo teniendo todo esto al alcance de la mano?

Él miró a su esposa disgustado. Ella nunca veía peligro en nada, es lo que siempre pasaba con las mujeres, les faltaba el sentido común, si no tenían un hombre que les mostrase el camino, muchas veces acababan en el barro. Ya se lo decía el sacerdote en sus visitas dominicales, que a las mujeres había que atarlas en corto porque tenían tendencia a los excesos y a los pecados.

—Utilizaremos la habitación azul —cedió al fin—, allí nos acomodaremos los cuatro, no usaremos ninguna más y, por supuesto, comeremos en la cocina. ¿Te imaginas que

rompiéramos algo de la vajilla, de la cristalería o de cualquiera de los tesoros que esconde esta casa? No, Beatriz, esto no es nuestro y lo cuidaremos como se nos ha ordenado.

—Me voy a por los niños —farfulló por toda respuesta, imprimiendo un claro desprecio a sus palabras—. Si no ordena nada más el señor.

Y con una ridícula reverencia salió refunfuñando del salón. Salustiano se la quedó mirando con gesto contrariado, cuando sacaba esa vena sarcástica, no podía soportar sus comentarios. Decidió ir a inspeccionar toda la casa, no fuera a ser que alguien del servicio o de la familia de don Servando se hubiera dejado algo abierto o en malas condiciones.

Beatriz se mudó inmediatamente. Sin nadie que le estuviera permanentemente dando órdenes, cogió todas sus cosas y las llevó a la habitación azul, se tiró en la cama y apreció lo mullido del colchón y el suave aroma a jabón floral de los cobertores. Arrampló también con la cuna, donde dormía plácidamente su bebé y por último llevó a su hija que miraba todo con perplejidad.

Sin embargo, Salustiano se sentía incómodo fuera de sus dependencias, temía permanentemente que su hija o su mujer rompieran algo, que rayaran algún mueble, que perdieran alguna de las cosas que se guardaban allí.

—No estés tan tenso, cariño, parece que te has tragado un palo —le decía su esposa cuando por la noche se metían en aquella maravillosa cama—. Disfruta de este tiempo porque nunca nos vamos a ver en otra igual.

—¿Y qué les decimos a los señores si pasa algo?

—Pues la verdad o ¿es que ellos no han roto nunca un plato? Además, ni se enterarían, no saben ni lo que tienen y para cuando lo necesitaran, cualquiera podría haber tenido el descuido.

—Pero es su plato, Bea, eso es lo que tú no entiendes. Todo lo que hay en esta habitación es suyo.

—Pues que nos hubieran llevado con ellos ¡no te fastidia! Yo no sé qué les debes tú a esos, al fin y al cabo, es un trabajo. Y mientras ellos huyen del peligro, aquí nos quedamos nosotros, los muertos de hambre, cuya vida vale menos que la propiedad, para cuidar eso que es tan suuuuuyyooo.

—¡Soy el mayordomo! No es sólo un trabajo, es mucho más. El señor confía en mí más que en nadie, por eso ha puesto en mis manos la gran responsabilidad de proteger su casa.

—¡Ah! Se me olvidaba que eras el señor mayordomo ¡Qué equivocado estás! Te darán una patada en el culo cuando les venga bien ¿Tú crees de verdad que les importas algo?

Salus no contestó, se dio la vuelta, molesto, y se dispuso a dormir. Su esposa no tenía solución, su lengua era demasiado larga y sus entendederas demasiado cortas para perder el tiempo en explicarle lo que significaba su puesto. Ella siguió rezongando un buen rato, tratando de que comprendiera lo absurdo de su obcecación, pero ante el silencio empecinado de su esposo, se calló, apagó la vela y se durmió.

Beatriz era feliz a pesar de las circunstancias. Siempre estaba sonriendo, siempre cantando a voz en grito por la casa mientras seguía con las labores de limpieza que su marido solía supervisar.

—Aquí viene el inspector de las bayetas. ¡Qué! ¿Le parece bien mi trabajo? —y se iba soltando una carcajada seguida por la mirada de reproche de Salustiano a quien las continuas faltas de respeto de su mujer le traían de cabeza.

Ella se sentía segura en aquel caserón, en aquella casa de ricos donde parecía que la guerra quedaba muy lejos. Beatriz era muy buena llevando la casa y su esposo lo sabía. Rara vez la pillaba en un renuncio, era eficaz y rápida y siempre tenía tiempo para todo, incluso para entretener a los niños. Quería a su marido, sabía que él no era malo, un poco estirado sí, sobre todo desde que el puesto se le había subido a la cabeza, pero en general era buen compañero, aunque a veces la tratara como a esa niña pequeña a la que hay que cuidar. No salía de parranda, ni siquiera a la taberna, no se emborrachaba, no le daba mala vida y llevaba buenos dineros a las arcas familiares. Soñaban con tener algún día su propia casa y para eso estaban ahorrando.

La primera vez que las bombas sonaron muy cerca, Beatriz se asustó muchísimo. Le hubiera gustado salir corriendo y poner inmediatamente a salvo a sus hijos, llevándolos a la estación del metro que no estaba muy lejos, pero Salustiano pensó que estarían más

seguros en la casa. En realidad, el sentido del deber tenía gran parte de culpa en el hecho de que no se movieran, pues él se había comprometido a cuidar de aquella propiedad y si la dejaban a merced de la guerra sentía que estaba faltando a su deber. Beatriz sospechaba que algo de eso se cocía en la mente de su esposo, pero no tenía más remedio que acatar sus deseos.

Según el conflicto se fue recrudeciendo, la sonrisa y las ganas de cantar de Beatriz se fueron diluyendo en un estado de angustia permanente que hacían que cualquier cosa la sobresaltase. Se volvió taciturna, desconfiada, llevaba a los niños a todos los rincones de la casa a los que ella iba, el bebé atado a su espalda, la niña de la mano. Y lo mismo si tenía que salir al barrio a comprar comida u otra cosa. Cuando sonaban las alarmas, el terror la dominaba, sentía pánico al pensar que una de aquellas bombas pudiera impactar en el edificio y que el techo se les viniera encima. Por eso, se metía debajo de la gran cama con dosel de la habitación de la señora y se llevaba a sus hijos con ella. Su marido se quedaba en el salón, a oscuras, sentado en una silla, muy serio, como si fuera el guardián del averno, hasta que todo pasaba.

—Tenemos que ir a un refugio o a la estación del metro —insistía Beatriz.

Pero él seguía erre que erre en su empeño de no salir de allí.

El pavor de su mujer iba en aumento con cada nueva noche de bombardeos, con cada nueva noticia de vecinos muertos o heridos. Pero a pesar de sus ruegos, Salustiano se mantenía inflexible.

—Un día nos va a caer una bomba encima y ya no habrá solución. Si tú no quieres ir —le dijo por fin un día—, me iré yo. No voy a seguir escondiéndome debajo de esa cama que me caerá sobre la cabeza cuando alguna de esas bombas alcance la casa.

—Pero mujer, si por aquí no hay tanto peligro y este edificio es macizo, es como una fortaleza.

Y era verdad, esa zona, lindando con el Barrio de Salamanca, no era, ni mucho menos, la más castigada. El General Franco había dado órdenes de bombardear lo menos posible ese lugar, muchos de sus partidarios tenían sus casas en ese barrio madrileño a pesar de que gran parte de ellos hubieran huido desde el principio de la guerra.

—Me da igual lo que me digas, yo no aguanto ni un minuto más.

—Tú te quedarás con tu marido porque es tu obligación y no quiero oír ni una queja más. Estamos en esta casa y estamos seguros, no hace falta ir a ningún sitio.

—¡No estamos seguros! —sollozaba.

—¡Se acabó Beatriz! ¡He tenido demasiada paciencia contigo! A un marido no se le replica, así que coge tus cosas y empieza con tu trabajo.

Baquelita mañana Beatriz no dijo nada, pero no estaba dispuesta a doblegarse más, no estaba dispuesta a seguir los dictados de Salus a pies juntillas y, sobre todo, no estaba dispuesta a morir porque él quisiera proteger una casa que no era suya antes que proteger a su familia. Comenzó con sus cometidos diarios, pero no hacía más que darle vueltas a su situación.

Había hecho un día soleado, el anuncio de la primavera se había plasmado en la suavidad de la temperatura, en los cantos de los gorriones y la explosión de la naturaleza. Nada importaba que los seres humanos se estuvieran aniquilando en esos momentos, todo seguía su curso y el planeta no dejaba de girar. Beatriz pensó que habría sido una jornada maravillosa si no fuera porque el aliento de la muerte los acompañaba a cada instante. Ya era noche cerrada cuando las sirenas despertaron a toda la casa. Aún quedaban minutos de angustia antes de que los motores atronaran el cielo.

—¡Vámonos, Salus, por el amor de Dios! —Beatriz llevaba a su bebé en brazos y éste comenzó a llorar.

—Ve a la habitación y métete bajo la cama —dijo por toda respuesta, como si no hubiera escuchado los ruegos.

Ella obedeció de mala gana temblando de miedo.

Pero pronto se dieron cuenta de que aquel no era un día normal, los motores se oían más fuerte y las bombas caían más cerca. Los cristales, a pesar de los refuerzos, temblaban y alguno empezó a resquebrajarse. El suelo parecía estremecerse y oyeron a unos vecinos que gritaban en el rellano. De repente, un estruendo demoledor atronó y la parte norte del

edificio se vino abajo. Salustiano corrió por el pasillo y se encontró de bruces con su mujer que tiraba de los niños con desesperación.

—¡Ha caído aquí, Salus! —dijo entre una nube de polvo.

Sin decir nada agarró con fuerza a su mujer y ambos se encaminaron al salón. La vajilla yacía desparramada y hecha añicos por todo el suelo. Las vitrinas habían estallado, algunos muebles se habían movido y la pared que daba a la cocina se había resquebrajado. No se pararon a mirar los desperfectos, siguieron pasillo adelante y cuando llegaban a la puerta, él se giró.

—¡Corre a refugiarte, el edificio puede caerse en cualquier momento! —chilló tosiendo en la oscuridad.

—¿Y tú, adónde vas? ¡Ya no tienes que quedarte aquí, no les debes nada! Ven con nosotros —suplicó Beatriz.

—Tengo que coger algo, en un momento me reúno contigo —gritó y se perdió en las tinieblas de la casa rumbo a la zona de servicio. Beatriz le vio marchar y dudó si seguir sus pasos, pero un nuevo estruendo le recordó que las bombas no habían dejado de caer.

Bajó a trompicones, con el bebé en brazos y la niña de la mano. En el último tramo se cayeron los tres, Beatriz se giró en el aire, impulsada por un instinto maternal, lo que impidió que aterrizara sobre su hijo, pero la cría tuvo menos suerte, rodó escaleras abajo y quedó gimiendo en el vestíbulo de entrada con una brecha en la cabeza y un brazo dislocado. La mujer de Salustiano se sentó en el peldaño, miró al niño y vio que se encontraba bien, intentó levantarse e ir en busca de su hija, pero cojeaba, la pierna le dolía con una intensidad insoportable con cada paso que daba, aunque no era momento de detenerse. Recolocó al niño, bajó como pudo, alzó a la pequeña sobre su cadera y así salió a la calle entre el tronar de motores y el retumbar de las bombas, cojeando, arrastrando la pierna derecha, tratando de correr y procurando no volver a caer y llevarse con ella a los pequeños. Miró al frente, la acera le pareció infinita, a ese ritmo jamás llegaría al metro, sus hijos lloraban, su marido no estaba y se sintió aterrada.

Otros como ella corrían a refugiarse, pero los demás contaban con dos piernas y no estaban solos con dos criaturas. Maldijo a Salustiano, lo maldijo por ser mayordomo, por dejarla sola, por volver a esa casa maldita que les iba a buscar la ruina. Seguía dando pasos a pesar del dolor, la niña se le escurría, no podía más, la pierna no le respondía, sólo el pundonor y la rabia la impulsaban a mover los pies una vez más sin soltar a sus hijos. Al fin cayó, el sonido del hueso al romperse hizo tal eco en sus oídos que no tuvo duda de que no volvería a levantarse de allí.

Abrazó a los niños en un absurdo intento de protegerlos de las bombas. Los que pasaban a su lado la miraban sin detenerse, con el miedo pintado en los ojos. Se arrastró como pudo hasta el lateral de la acera y se pegó a la pared. El suelo olía a excrementos, pero no le importó lo más mínimo. Metió a los críos en su regazo y quiso mimetizarse con la piedra del muro en el que se había apoyado. Allí se quedó y allí la sorprendió la madrugada cuando ya hacía rato que los aviones habían desaparecido.

Salustiano fue en busca de la mochila que tenía preparada desde el primer momento en el que los bombardeos se convirtieron en algo habitual y cercano. Frente a lo que pensaba su mujer, él siempre pensaba en su familia y en aquella bolsa había metido lo necesario para poder sobrevivir. Contaba con la posibilidad de que algo así pasara y se mantenía alerta en el salón, con la bolsa preparada para salir corriendo. Nunca la olvidaba, nunca había hecho guardia sin tenerla al lado, nunca, excepto aquella noche en la que todo pasó tan deprisa. Estaba resfriado, había dormido mal, se despertó sin saber dónde estaba, con las alarmas atronando en sus oídos. Hizo lo que hacía siempre, pero se olvidó de sacar la mochila y a por ella había vuelto, a por el salvoconducto para que su familia no pasara hambre.

Sabía dónde había una caja fuerte con lo que el señor no pudo llevarse y, aunque él pensaba que estaba protegida, Salustiano conocía la contraseña. Estaba tan escondida que pasara lo que pasase nadie podría dar con ella. El señor había tenido que dejarla atrás porque allí, a resguardo de todos, guardaba su segunda vida, todo lo inconfesable, lo relacionado con sus amantes, con sus negocios ilícitos, documentos de compra de casas, joyas y todo lo que pensara pagar o regalar para obtener los favores. Era una caja de la que se vanagloriaba el dueño con socarronería porque pensaba que era inexpugnable. Aunque el edificio se cayera

a pedazos, solía decir, seguiría cerrada cuidando sus secretos dentro, nunca pensó que quizás sus bromas al respecto se convirtieran algún día en realidad. Era esa que cientos de veces le había visto abrir, como cómplice silencioso de sus vicios, porque en el fondo don Servando no temía nada de él, lo consideraba un analfabeto, un pan sin sal incapaz de ninguna fechoría. Y en cierta medida tenía razón, su lealtad y rectitud eran incuestionables, pero todo tenía un límite, y este llegó con las bombas, con el pánico de su mujer y el llanto de sus hijos. Sin remordimiento ninguno, una noche se dirigió al escondite y abrió sin problemas la caja fuerte. Allí encontró joyas, una pistola, dinero y documentos y decidió que todo tendría valor en algún momento.

Al salir quiso coger algo de ropa, para él, para los niños, pero una nueva explosión lo empujó a partir cuanto antes del edificio que amenazaba con venirse abajo. Pasó por la habitación de la plancha y allí, olvidados, encontró un pantalón y un jersey que agarró sobre la marcha y que guardó antes de cerrar definitivamente la bolsa. Ya estaba casi en la puerta cuando el brillo de la plata resplandeció al iluminarse la noche. Un candelabro hecho pedazos descansaba en el suelo. No supo si por avaricia o por el triste sentimiento de ver todo destrozado, se agachó, lo cogió e inmediatamente lo guardó.

Bajó las escaleras en las que pocos minutos antes se había caído su mujer y salió a la calle justo para verla desplomarse al fondo de la avenida con los dos niños en brazos. Iba a salir en su ayuda cuando sintió que el mundo se detenía, que los oídos le estallaban y salía despedido. No sintió nada más, no supo qué había pasado, ningún pensamiento cruzó su mente, todo desapareció de repente y la oscuridad cubrió sus ojos. Allí acabó todo.

Cuando la mañana se desplegó cargada de luz, desde la acera, a pocos metros de donde estaba, Beatriz pudo ver el cuerpo sin vida que sobresalía entre los escombros de lo que había sido el portal de su casa. Al fijar su vista en el cadáver se quedó muda, bloqueada, sin respiración, pues desde la distancia creyó reconocer en aquellos despojos a su marido. Trató de levantarse, la pierna no le respondía más que a golpe de dolor, pero aun así lo consiguió apoyándose en la pared, los niños a sus pies.

Sí, desde allí podía verlo claramente, era él. Reconoció sus ropas.

—¡Maldito! —gritó gesticulando con rabia, sollozando—. ¡Yo te maldigo por mal padre y mal marido! Tenías que quedarte ¿verdad? Tenías que abandonarnos, tenías que cumplir tu palabra ¡Pues mira lo que te ha traído tanto deber y responsabilidad!

Una vecina y su esposo oyeron sus chillidos y se acercaron al reconocerla, pensando que lloraba de tristeza y desesperación. La mujer tomó a los niños de la mano y, apoyada en el vecino, Beatriz, sin dejar de llorar, pudo empezar a andar. Caminaron lentamente hacia los cascotes y observaron con horror el dantesco espectáculo. Poco después la ambulancia llegó y se llevaron el cadáver. Tiraron de él sin mucho miramiento y lo sacaron de la parte derrumbada del edificio, pero la mochila que llevaba, esa que le costó la vida, había volado por los aires y quedó oculta y abandonada en la montaña de cascotes, sin que nadie supiera el tesoro que se escondía bajo toda aquella ruina; tan olvidada como las intenciones de Salustiano, injustamente juzgado por su esposa, convencida de que fue un mal hombre que dejó en último lugar el bienestar de los suyos.

Beatriz quedó coja para siempre, la fractura se complicó con los esfuerzos por huir y nunca soldó adecuadamente.

La bolsa permaneció olvidada durante mucho tiempo bajo los escombros del edificio, hasta que los dueños regresaron, una vez terminada la guerra, y quisieron volver a levantar las partes dañadas. Empezaron los trabajos y una hebilla que brillaba a la luz de un sol extraño, hizo que una niña cruzara la calle y descubriera lo que Salustiano preparó para su familia sin que nadie lo supiera, cuando el deber ya había perdido todo su sentido.

32

Paz jugaba en la puerta de su casa. Hacía varios meses que su tío se había ido a Madrid, pero aún no había regresado. Estaba nerviosa porque ya habían abierto la escuela y la abuela le había dicho que quedaba poco para que fuera con las demás niñas del pueblo. Echaba de menos poder contárselo a su tío, explicarle que ya había visto a la profesora, que acababa de instalarse en el pueblo con su marido, que sería el maestro de los chicos. Al principio no le había gustado, con sus amigos había corrido a espiar sus movimientos y le había parecido una señora muy tiesa que tenía cara de grajo. Pero un día se cruzó con ella por casualidad y sonriéndole le había preguntado su nombre.

—Paola, señora, pero todo el mundo me conoce como Paz.

—Me encantará tenerte en mi clase, Paz

Había seguido su camino después de dar unos golpecitos cariñosos en su cabeza y esto le había encantado, que no pusiera pegas a su cambio de nombre. Por eso echaba de menos a José, porque ya había contado a todos ese encuentro, a todos menos a él. Carmen se asomó a la puerta y la llamó. La niña sacudió la tierra de su vestido y entró.

—¡Anda, ayúdame a preparar la cena!

—Abuela ¿cuándo vuelve José?

Carmen se detuvo un momento y suspiró tratando de controlar su pena. Siempre que preguntaba por su tío, la niña intuía el halo de tristeza de su abuela.

—Pronto, hija, pronto.

—¿Tú crees que llegará antes de que empiece el colegio?

—No lo sé.

—Pero ¿tantas cosas tiene que hacer?

—¡Basta ya! Cuando sea necesario volverá y no quiero más preguntas.

Paz no sabía qué pasaba, pero estaba segura de que había un misterio que rodeaba a su tío. Nada era igual desde que se había ido, todos parecían más tristes, más enfadados. Cuando oían llamar a la puerta se sobresaltaban y cuando ella preguntaba, todos terminaban contestándole mal, siempre con desagrado.

El abuelo y su tío Manuel llegaron a la hora de siempre, cuando empezaba a declinar el sol. Paz los vio entrar, lavarse y sentarse a la mesa como todos los días. Después toda la familia salió a la calle a disfrutar de la fresca. Salían con sillas y algunos vecinos se juntaban y conformaban un círculo en donde se hablaba del campo y se veía pasar el tiempo mientras los niños jugaban. Ese día tocaba el escondite y cada dos por tres una voz infantil desgranaba los números. Anochecía cuando unos faros rompieron la oscuridad antes de que el sonido chirriante de un motor cubriera el silencio de amenaza.

—Son los guardias —informó un vecino como si los demás estuvieran ciegos.

Todos esperaron con el corazón encogido sin moverse del sitio, no fueran a pensar que huían, preguntándose por quién irían esta vez, aunque ya nadie decía una palabra. De fondo las risas de los niños que seguían jugando contrastaban con la tensión de sus mayores.

—¡Por Sebas! Estabas detrás de la higuera.

—Te lo ha chivado éste.

—De eso nada. Te vi yo.

—¡Eres una tramposa!

Cuando el coche se detuvo frente a la casa de Marcial, los niños dejaron de jugar y se escondieron tras sus padres asustados, ya conocían lo que traían esos vehículos. Marcial se levantó y con paso cansino se acercó a su puerta.

—¿Desean algo?

—¿Es usted Marcial?

El hombre asintió.

—Queríamos hablar con su hijo José. ¿Está en casa?

Paz se había sentado en las rodillas de su tío, pero éste se levantó para acercarse a los

guardias y a su padre, y la niña se cambió a las rodillas de su abuela. Nada más apoyarse, sintió que temblaba.

—¿Por qué tiemblas abuela? ¿Tienes miedo? Si el tío José…

—¡Calla, hija! A estos siempre les tengo miedo. Tú ya sabes…

—Síííí… ver, oír y callar. ¡Me lo has dicho mil veces!

Escucharon como Marcial indicaba a los guardias que José no estaba en el pueblo, que estaba en Madrid ayudando a su hermana viuda, madre de varios niños

—¿Y hace mucho que se fue o se ha enterado que íbamos a venir y le han entrado ganas de ver a su hermanita?

—Se fue hace varios meses —contestó Manuel, más contundente que su padre.

—¿Y usted es…?

—Manuel, su hermano mayor.

El guardia que hablaba se tocó el mentón un instante, se quitó el tricornio y se secó la frente.

—¿Y cómo sabemos que lo que dicen es verdad?

—Pregunten a los vecinos, ellos se lo confirmarán. José hace meses que no está en el pueblo.

Los guardias se acercaron al corrillo de los vecinos, preguntaron y todos coincidieron en que José se había marchado, incluso alguien comentó que le había visto con el hatillo por la carretera. Volvieron a mirar a Marcial y contrariados se dirigieron hacia donde estaba.

—Necesitamos hablar con él… nada de importancia, unas simples aclaraciones. Tal vez podría darnos la dirección de su hija en Madrid.

Marcial se sobresaltó, si le iban a buscar en la capital, la cosa era más grave de lo que se había temido.

—Lo siento, señor, pero no conocemos las señas, nunca hemos estado allí.

—¿Y su hijo? ¿Cómo se iba a encontrar con su hermana?

—Ellos se escribieron y quedaron en un punto donde lo recogería mi hija, es todo lo que sabemos —esta vez fue Manuel el que contestó.

Los guardias se miraron y un silencio tenso se creó alrededor de los cuatro hombres. Marcial miraba al suelo, Manuel les mantenía la mirada. Por fin, decidieron irse, no sin antes recordarles que si volvía era su obligación presentarse en el cuartelillo. Informarían a sus superiores por si había que buscarle en Madrid. Marcial volvió a su silla y Manuel lo siguió. Ya nadie tenía ganas de comentar nada, nadie sabía con quién se jugaba las cartas.

Aquella noche Leandro tuvo visita. José los vio llegar tras una diminuta lámpara que se balanceaba siguiendo la cadencia de los pasos del hombre que la portaba. Primero fueron unos silbidos que José confundió con pájaros, después Leandro salió al porche y oteó el camino. Sólo oscuridad. Por último, se colocó las manos en la boca y emitió unos sonidos muy parecidos a los que momentos antes habían enmudecido el bosque. Eran cuatro. Llevaban fusiles colgados del hombro, pasaron por delante de él rápidamente y se colaron en la cabaña. Cuando José se disponía a entrar, Leandro se lo impidió.

—Ya te lo dije. Cuanto menos sepas, mejor será para ti.

Así que el muchacho se sentó con Tris a esperar, el perro ni se había inmutado con los visitantes.

No había pasado ni una hora cuando el animal comenzó a ladrar, el pelo se le erizó y las fauces se le anegaron de saliva. Alguien se acercaba. Dentro de la casa comenzó la actividad, ruido de las sillas al desplazarse, la ventana trasera que se abría y voces apagadas maldiciendo la tiranía. José comprendió que debía esconderse, pero no sabía si aún podía entrar. Tris dejó su puesto, salió corriendo hacia el camino y José se sintió vulnerable sin la compañía del perro. Nervioso, pensó en unirse a los que escapaban por detrás, pero en ese momento apareció Leandro por la puerta.

—¿Qué coño haces ahí? ¿Esperando que te descubran?

José no supo qué responder, intentaba ser discreto y siempre se equivocaba. Sabía cuál era su escondite, por las otras veces que los guardias los habían visitado, así que entró en la casa, desplazó una piel de vaca curtida que había en el suelo y levantó la trampilla que conducía a los cimientos de madera de la cabaña. Se arrastró hasta la cara norte donde había un agujero preparado para esos momentos y se coló dentro. Desde la trampilla era

imposible que nadie pudiera verlo.

Y entonces sonó el primer disparo, distante, el corazón del muchacho se desbocó. A lo lejos se seguían oyendo los ladridos de Tris, escuchó también la voz de Leandro, pero no podía distinguir lo que decía. De repente, el perro calló. Un segundo disparo, también lejano, rasgó la noche, y otro y otro. Perdió la cuenta, tampoco oía al leñador hablar, ni ladrar al can. Quería saber qué había ocurrido, pero no se atrevía a salir de allí. Se sobresaltó cuando Tris volvió a ladrar con furia y entonces oyó claramente la voz de Leandro ordenándole callar. Alguien más gritaba. Después todo quedó en silencio.

José se quedó hecho un ovillo en el fondo del agujero, sin atreverse a respirar siquiera. Por más que trataba de escuchar algo, sólo le devolvía silencio la noche. Temió por su amigo, por el perro y rezó para que la trampilla se abriera y Leandro le indicara que podía salir. Nada de eso ocurrió. Estaba aterido de frío y la humedad le calaba los huesos, pero sobre todo tenía miedo, mucho miedo, un miedo tan intenso, tan profundo que paralizaba todo su cuerpo y no sólo eso, se sentía profundamente solo. Al cabo de una hora más o menos cayó en un duermevela del que despertó sobresaltado.

Sacó la cabeza del agujero y la oscuridad no le devolvió nada, a pesar del sueño seguía siendo de noche. No podía continuar allí, notaba calambres en las piernas y hacía mucho tiempo que todo estaba en calma, así que se decidió, salió del agujero y se arrastró hasta la trampilla. Se paró y puso todos sus sentidos alerta, pero parecía que el mundo hubiese desaparecido allí arriba. Empujó con vigor, pero aquellas maderas no se abrían, lo intentó otra vez y el resultado fue el mismo. Finalmente entendió lo que pasaba. Leandro había colocado la piel de nuevo y desde abajo, con tan poco espacio, ese peso era muy complicado de levantar.

Se tumbó boca arriba y con todas sus fuerzas trató de salir, el portillo se movió, pero volvió a caer precipitando una lluvia de polvo que le cegó los ojos. Empezó a perder los nervios. Estaba muy asustado. Si no lograba huir de allí moriría de frío, de hambre o de terror, daba lo mismo. Se arrastró de nuevo hasta el agujero para respirar, se sentó en el fondo y trató de coger fuerzas. Gritar era absurdo, si Leandro no estaba allí, nadie podría oírlo. Intentó tranquilizarse, la angustia que sentía únicamente le pondría las cosas más difíciles y no había más posibilidad que reunir las fuerzas necesarias para levantar la puerta de aquella trampa. Respiró hondo varias veces y reptó de nuevo hacia la salida. Se puso boca arriba y levantó las piernas para ver si así hacía más fuerza, a punto estuvo de conseguirlo, incluso vio el cuero de la parte de atrás de la alfombra, pero le fallaron las fuerzas en el último momento y todo se vino abajo. Se sintió perdido y abandonado y pensó que moriría allí solo.

Volvió al agujero, al menos allí estaba más cómodo, seguía teniendo frío, aunque era verano, en la montaña nunca subía mucho la temperatura. Estaba dejándose llevar por el sueño y la desesperación cuando el ladrido de Tris rompió el silencio. Aquel sonido lo despejó, puso sus sentidos alerta y le pareció escuchar una voz. Bajó la cabeza y se concentró tratando de discernir si aquello era un espejismo, un peligro o su salvación. Entre los ladridos del perro volvió a escucharla, alguien parecía buscarle.

—José hijo, ¿dónde estás?

Inmediatamente reconoció la voz de su padre.

—¡Padre! —gritó— ¡Estoy aquí!

—¡José! ¡Gracias a Dios! —Marcial parecía aliviado.

—¿Dónde estás?

El muchacho le dio las instrucciones, Marcial entró en la casa y levantó la trampilla. Un José lloroso y lleno de barro surgió de los bajos de la cabaña y se abrazaron mientras Tris seguía ladrando como si quisiera recordarles que no había regresado aún su dueño.

—¡Tris, calla! —le regañó José como hacía Leandro, el animal dejó de ladrar y empezó a gruñir muy bajito. Se acercó y le acarició las orejas, el perro estaba atado y gracias a eso su padre se había podido acercar a la cabaña.

—¿Qué ha ocurrido? —interrogó a Marcial.

—Ha habido una batida en las montañas, bajaron ya de madrugada con varios presos, otros no lo han podido contar.

—He oído los tiros

—También han arrestado a Leandro, le llevaban a interrogar, pobre hombre, ¡con lo que ha pasado! Y yo temí por ti. Los guardias también estuvieron en casa preguntando por tu paradero, dijimos que estabas en Madrid desde hacía meses, pero no sé si nos creyeron, vuelves a correr mucho peligro. No sé qué malnacido estará detrás de todo esto, pero quiere nuestro mal.

—¿Y a dónde voy a ir ahora? —preguntó desconcertado dejándose caer en una silla.

Marcial se quedó callado, no tenía una respuesta para aquella pregunta, cualquier lugar le parecía peligroso.

El miedo es como una alimaña que crece y se desarrolla dentro de los corazones, impidiendo ver nada más allá que el propio pánico. Si no se sabe la causa, genera una impotencia tan devastadora que parece que el mundo, en un instante, ha perdido toda su lógica y sólo transitan por él las amenazas de un futuro aterrador.

José estuvo escondido en la cabaña dos días más, con la única compañía de Tris y sus negros pensamientos, mientras su familia resolvía cuál habría de ser su destino. Al fin, una noche, Marcial y Manuel subieron al monte escondidos en la oscuridad, procurando no ser vistos por nadie, después de mucho discutir habían llegado a la conclusión de que Madrid era el lugar más seguro para él, mucho más seguro que el pueblo donde no podían fiarse de nadie. Allí no le conocían y dar con el paradero de Paola era complicado, sobre todo teniendo en cuenta que la casa estaba a nombre de Adrián. Habían llegado a la conclusión de que José, lejos del pueblo, de quien quería hacerle daño, no tenía tanta relevancia como para perder demasiado tiempo en búsquedas inútiles.

El joven estaba aterrado. Si dejar a su familia y echarse al monte ya había sido duro, Madrid se le antojaba como un monstruo que devoraba a todos los que se acercaban a ella. ¿No podría quedarse allí, en aquel monte que conocía, junto al perro? Sin Leandro, seguro que a nadie le interesaría ese lugar, pero su hermano y su padre no estuvieron de acuerdo con él y José no tuvo más que decir.

Al día siguiente, cuando ya había caído definitivamente la noche, el joven, sin pasar por el pueblo, sin despedirse de su madre ni de su sobrina, arropado por la negrura, dejó el monte que había sido su hogar y puso rumbo a la capital.

Paz oía hablar a todos en susurros, trataba de entender qué era lo que ocurría, pero nadie contestaba a sus preguntas. Eres muy pequeña para entender, era todo lo que conseguía escuchar. Algunas veces el nombre de José salía a colación, era entonces cuando todos callaban y cuando la abuela se sacaba un pañuelo de la manga para secarse las lágrimas que nublaban sus ojos. Ella era una niña, pero la infancia no lleva aparejada la ignorancia, ni se le puede esconder el dolor, por eso la pequeña sabía que algo no iba bien en aquella ciudad que a todos hacía daño.

Aún hacía calor en el pueblo cuando comenzaron las clases. Las escuelas estaban en la calle del mismo nombre y Paz llegó de la mano de su abuela que le había hecho una bolsita de tela donde llevaba un diminuto bocadillo por si tenía hambre. Otras muchas niñas se agolpaban en la puerta, casi todas amigas de juegos, los niños tenían la entrada por el otro lado, así que no los veían. Estaba muy nerviosa, aquella noche se había despertado un montón de veces haciéndose mil preguntas sobre las aulas, la maestra, lo que tenían que aprender. La abuela ya le había enseñado a leer, y escribía todas las letras, mayúsculas y minúsculas, con destreza. Su tío Manuel había sido el encargado de enseñarle los números, los recitaba hasta el cien y también a sumar.

Sintió un cosquilleo en el estómago cuando se soltó de la mano de Carmen para ponerse en una fila, según indicaba la profesora que en aquellos momentos acababa de aparecer por la puerta. Las más pequeñas delante, las mayores detrás.

Se llamaba doña Florencia. Era una mujer menuda, con los pómulos muy marcados y una nariz que recordaba a las aves rapaces. Tenía además unos ojos grandes y expresivos, de un verde desleído que desprendían cierta comprensión. Paz comprobaría a lo largo de los días que su vestuario no variaba, los tonos siempre los mismos, marrón, verdusco o gris, una falda por debajo de la rodilla, un jersey o una blusa abrochada hasta el cuello, sobre ellos una rebeca y zapatos negros con tres dedos de tacón. Siempre muy tiesa, a menudo las manos enlazadas por debajo del pecho. Nunca levantaba la voz, pero sólo una mirada bastaba para que las niñas se pusieran en tensión.

Entraron en el aula y Paz quedó maravillada. Los pupitres de madera vieja tenían un pizarrín en cada sitio y de él colgaba una tiza, por encima de todo, una cartilla para aprender a leer. Había un crucifijo encima de la mesa de la maestra, que se encontraba sobre una tarima, un mapa de España y la foto de un señor muy serio que la niña no había visto en su vida. Leyó la placa para sus adentros. *Don Francisco Franco Bahamonde. Caudillo de España.* Seguía sin conocerle y no sabía qué era un caudillo.

Doña Florencia fue colocando a cada una de sus alumnas en el lugar correspondiente y allí se mantuvieron en pie para rezar. Después, con un gesto, la maestra les indicó que se sentarán y empezó a hablar. Tenía una voz aflautada y un poco desagradable. Paz no perdía una palabra, atenta a todo para no cometer ninguna equivocación. Pronto se daría cuenta de que no había nada de lo que preocuparse, a la mayoría de sus compañeras nadie les había enseñado nada y por eso con el tiempo, doña Florencia decidió depositar en la niña su confianza para apoyar su labor, a pesar de que fuera de las alumnas más pequeñas. Ella se afanaba en enseñar las letras a sus compañeras imitando a doña Florencia y no por ello dejaba de aprender todo lo que podía con una voluntad de hierro.

Le encantaba el colegio.

El día que la maestra la eligió para ser su ayudante entró como un ciclón en la cocina, la abuela hacía la comida inclinada en el hogar y se asustó al sentirla entrar de esa manera.

—¡Abuela!¡Abuela! La maestra me ha colocado en la primera fila porque soy la que se lo ha sabido todo y voy a ayudarla a enseñar a otras niñas las letras —chilló dando saltitos alrededor de Carmen—. Soy su ayudante, soy su ayudante.

Estaba exultante, y su abuela le dedicó una sonrisa orgullosa, pronto en el pueblo se sabría que su nieta era la más lista. Con la llegada del atardecer se volvió a repetir la misma escena, no habían acabado de regresar los hombres del campo cuando se lanzó a los brazos de su tío para contárselo. Llevaba un buen rato impaciente, en la puerta, mirando el camino donde se alzaba la cruz de piedra y desde dónde el sol declinaba. En cuanto le vislumbró, siempre caminaba primero, salió corriendo calle arriba. Manuel al enterarse le dio dos vueltas en el aire y le hizo mil fiestas.

—¡Tengo la sobrina más lista del mundo! —dijo por fin tendiéndole la mano par—. Me tienes que enseñar más cosas ¡Quiero ser siempre la ayudante de doña Florencia!

—No corras zagala, no corras tanto que la soberbia es un pecado muy feo —Marcial se volvió y reprendió a su nieta—. Otras niñas también tienen que disfrutar de lo que disfrutas tú ahora.

Paz no contestó, el abuelo era un aguafiestas, nadie le iba a quitar su puesto porque nadie iba a trabajar y a estudiar tanto como ella. Se disgustó, pero no dijo nada. Cuando Marcial abría la boca había que respetarlo, hasta su tío Manuel, con lo fuerte y lo grande que era, callaba cuando su padre decía algo. Le miró un instante y siguió caminando un poco cabizbaja. Le hubiera gustado contárselo a José también, pero no estaba y no sabía nadie cuando iba a volver. Había decidido no preguntar, cada vez que decía algo, todo el mundo se ponía triste, así que lo añoraba en silencio. Odiaba Madrid, odiaba ese sitio donde todo el mundo iba y ya no regresaba, allí decían que estaba su madre, pero ahora su madre era su abuela, a la otra ni siquiera la recordaba. Había dicho que volvería pronto, pero mintió, ya no la quería y ya no la esperaba. ¡Seguiría en el pueblo toda la vida! Y ahora era José el que había mentido, dijo que volvería pronto y que le traería un regalo, pero le estaba pasando lo mismo que con su madre, que cuando quería recordarlo, no conseguía ver su cara, y eso sabía lo que significaba, no regresaría. Puso un puchero y miró sus alpargatas, no quería que nadie le preguntara. Observó cómo el polvo se levantaba a su paso y se quitó con furia una lágrima que asomó a sus ojos.

Manuel miró a la niña que de repente se había quedado callada, iba a decir algo, pero se lo pensó mejor, su padre tenía razón, Paz habría de aprender a ser humilde. Unos minutos después, sentados a la mesa, Carmen miró a su marido con una interrogación en los ojos. El hombre asintió y su corazón se rompió un poco más, su hijo José se alejaba de su lado y aún no entendía el porqué.

Habían transcurrido pocos días desde la marcha de José cuando volvió Leandro, que estuvo en el pueblo apenas una hora. Le habían interrogado y los signos de las preguntas estaban marcados en su cuerpo, pero ningún vecino le dijo nada. Cogió provisiones y se subió al

monte de nuevo, esos malnacidos no le habían podido sacar ni una palabra, es complicado hacer hablar a un muerto y él hacía años que lo estaba. Cuando emprendía el regreso se cruzó con Marcial y Manuel que volvían del trabajo, estos hicieron ademán de acercarse, pero el leñador, con un rápido gesto, se lo impidió.

—Mejor ni me conocéis —susurró al pasar—. Esos hijos de puta están por todos lados. Y siguió caminando como si no los hubiera visto en su vida. Cojeaba y movía el cuerpo de un lado a otro sin perder su dignidad. Marcial negó con la cabeza despacio, lleno de incomprensión. ¿Cuándo acabaría esa guerra sucia? Pero no verbalizó sus sentimientos.

—¿Soltamos al final al perro? —su hijo interrumpió sus pensamientos.

—No, no me atreví, ese animal nos hubiera devorado en cuanto se hubiera visto libre. ¿Viste cómo aullaba cuando nos íbamos?

—¿Habrá sobrevivido? Es lo único que le queda a ese pobre hombre, espero que mi hermano lo haya dejado libre y el perro no se haya ido.

José quería al perro, se había encariñado con él desde el primer día y en las últimas jornadas había sido su única compañía, su amigo, su protección. No estaba dispuesto a dejar morir al animal, atado a aquella estaca, de hambre o sed y seguro que nadie se atrevería a subir allí, a delatarse como amigo de Leandro y arriesgarse a ser detenido por dar de comer a un perro. Así que lo preparó todo, escondió comida en distintos sitios rodeando toda la cabaña. Con el agua no había problema, el pequeño arroyo que corría a escasos metros le saciaría la sed. Confiaba en que se quedara por allí cerca por si su dueño volvía, Tris sentía veneración por él y diez minutos después de despedirse de su padre y de su hermano lo soltó definitivamente.

El animal, al verse libre, salió corriendo como si estuviera loco, saltaba y sorteaba los árboles hasta que apenas se le veía para volver a aparecer unos segundos después. Por fin se paró con la lengua fuera y la respiración acelerada, se sentó y cuando José cogió sus cosas y comenzó a caminar, el perro le miró sin entender y siguió sus pasos mientras se alejaba.

—¡No, Tris! Tienes que quedarte —y le indicó con el dedo que volviera. El animal se dio la vuelta, se quedó mirándolo y nuevamente salió tras él.

—Tris… no puedo llevarte conmigo —José soltó el hatillo y lo depositó en el suelo. Se puso de rodillas frente a él y le acarició la cabeza con cariño—. Escucha amigo, tienes que esperar a que vuelva Leandro, este es tu sitio, no puedo llevarte conmigo. Cuida de la cabaña ¿de acuerdo?

Tris le miraba como si entendiera sus palabras y cerraba la boca y los ojos con cada caricia.

—¡Vamos Tris! ¡Al porche! —le ordenó

El perro le miró una última vez y obediente se dio la vuelta. José le vio subir las escaleras y tumbarse junto a la puerta de entrada. La cabeza sobre las patas y la mirada triste. Es mucho más listo y fiel que muchas personas, pensó para sí. Recogió sus cosas y siguió su camino. Se volvió una última vez y el brillo de los ojos del animal le despidió de las montañas. Las lágrimas cegaron el camino que, esta vez, no volvía a casa. Tuvo un último pensamiento para Tris y para Leandro ¡Ojalá vuelva pronto tu dueño! deseó ¡Ojalá estés ahí para darle la bienvenida!

El perro no se movió de la puerta. Únicamente se levantaba a beber agua del arroyo y a husmear los restos de carne de conejo putrefactos que José le había dejado. Leandro lo encontró allí, más delgado, menos lustroso, pero igual de feliz por recuperar de nuevo a su dueño. El hombre tiró todo al suelo y se dejó abrazar por aquel monstruo peludo que le limpió a lametazos la cara.

—¡Basta Tris, basta!

Pero Tris estaba tan feliz que siguió con su ritual de saltos, lametones y ladridos de bienvenida haciendo que Leandro se sintiera, por fin, en su hogar.

33

Pablo seguía en la cárcel y el obispo no había dado señales de vida. Todos los días que podían, alguien de la familia se acercaba hasta la prisión para llevar comida y tabaco, aunque no siempre lo conseguían. Muchas tardes, enviaban a los pequeños a las calles a buscar colillas. Los críos perseguían a los hombres que veían fumando y se peleaban por recoger el desperdicio antes de que se consumiera, cuando el fumador iba a pisar los restos del cigarro, ellos se lanzaban para que no lo hiciera, lo que en más de una ocasión les había valido un pescozón. Una vez en casa deshacían las chustas y conseguían algo de tabaco que guardaban para su padre.

Una extraña cotidianidad había vuelto a aquella familia. Malvivían con lo que les quedaba del dinero que les había dado Agustín, del que no tenían noticias, de las cartillas de racionamiento y de los trabajos de sus hijas y sus respectivos maridos. Formaban una familia deforme, donde los niños y las parejas se mezclaban en un conjunto incomprensible para los vecinos con los que apenas tenían trato más allá del saludo. Después de la experiencia con su esposo, al que, al parecer, una vecina había delatado, Sonsoles no quería saber nada de preguntas ni de cotilleos. Se centraba únicamente en mantenerlos a todos bien y en tratar de sacar a Pablo del infierno en el que vivía. Ya habían pasado dos meses desde que volvieran de Pamplona, pero ni una sola noticia habían tenido.

—Ese no va a hacer nada, te lo digo yo —Angelines estaba en la cocina con su madre que se afanaba en sacar un guiso sin apenas ingredientes.

—Yo confío en tu padre, si él confía en ese hombre, no se me ocurre nada mejor.

Pero dentro de su corazón esa fortaleza que demostraba ante su hija no era más que una cortina.

—No sé, madre. Ha pasado mucho tiempo y la callada por respuesta. A mí no me da buena espina, qué quiere que le diga.

—Al menos sigue vivo, hija, y no sabemos si es gracias a Don Marcelino o no.

Angelines torció el gesto y salió de la cocina soltando un bufido. Su madre se estaba agarrando a la tabla de salvación equivocada, a su pesar, ella pensaba que su padre tenía pocas posibilidades de salir con vida de aquella prisión. Sintió la angustia recorrerle las entrañas y se sentó en su cama, sacó el costurero y se puso a zurcir calcetines, necesitaba estar activa, no hacer nada le revolvía la sangre y no podía dejar que el desánimo se llevara a todos por delante.

Pablo se había recuperado totalmente, pero se encontraba débil como todos los demás. Tenía el tono de piel ceniciento, profundas arrugas y una barba mal afeitada. Lo mejor de aquella tortura eran los instantes en los que tenía visita, en los que veía a Sonsoles y a alguno de sus hijos, y no por lo que le trajeran, sino por la triste alegría que le dejaban. Les daban muy poco de comer y no moría de inanición por lo que recibía de su familia, aunque le pesaban en el alma esos esfuerzos, no dudaba de que aquellas raciones significaban un gran gasto para todos.

No obstante, había un momento que barría cualquier recuerdo, cualquier alegría, cualquier instante de optimismo, y era cuando la corneta lloraba su aviso, Pablo creía morir antes de tiempo, se pasaba las horas dándose ánimo, tratando de decirse que no le podía pasar a él, confiando en que su amigo Marcelino estuviera moviendo los hilos necesarios, apoyándose en el doctor que también creía en los milagros. Sin embargo, cuando llegaba la hora del listado, se desmoronaba. Le faltaba una fe en Dios que dejase a Su voluntad el futuro y envidiaba a los que oía rezar con devoción, le faltaban unos ideales por los que valiera la pena perder la vida. Sus convicciones políticas eran muy claras y creía en la igualdad que emanaba de ellas, pero no tenía tan claro que morir por eso tuviera ningún sentido. La balanza siempre acababa del lado de la libertad, de la paz y de la oscura posibilidad de no volver a ver a su familia.

Se apoyaba en un rincón, encadenando un cigarro con otro y trataba de no decir nada para que las lágrimas no aparecieran de improviso. Escuchaba las botas mucho antes de que

llegaran, trataba de controlar el nerviosismo, sentía revolverse a sus compañeros y odiaba el silencio atronador que se gestaba entre esa marea de hombres hacinados esperando su condena. Algunas veces sentía la mano del doctor apretarle el hombro en señal de camaradería, pero la mayoría de las veces la soledad más absoluta rodeaba los listados interminables de nombres y apellidos en los que temía estar él.

Cuando acababa el terror, llegaba el espanto. Una noche más en la que se sobrevivía, una noche más en la que se echaba de menos a los que ya no estaban. Todos conocían su destino.

No llevaba ni dos meses en prisión cuando su mayor apoyo, el doctor, fue nombrado en una de las funestas listas. Pablo levantó la cabeza como si hubiera despertado de un mal sueño. Tan obsesionado estaba con su muerte, que había olvidado la de sus amigos. Cruzó una mirada espantada con él, que siempre estaba a su lado, y sólo descubrió templanza. Envidió su postura. El médico le tendió la mano y se la estrechó con fuerza, igual que al maestro y a alguno más y después, antes de que volvieran a nombrarlo, salió para unirse al grupo de condenados. Pablo se dejó caer arrastrando la espalda contra la pared y se cubrió la cara con las manos, ya no escuchó ningún nombre más, ni siquiera se preocupó de que se pronunciara el suyo.

La pérdida del doctor fue un duro golpe, y aunque el maestro trató de insuflarle ánimos, Pablo no escuchaba nada ni a nadie. De repente, había llegado a la conclusión de que aquel era el camino que antes o después todos tomarían, nunca se había preocupado por su amigo porque siempre le había visto confiado en que su mujer lo sacaría de allí, pero ya no creía en nada, ni siquiera en que Marcelino moviera un dedo por él, había pasado demasiado tiempo, sabía que era un grave problema para el obispo y no dejaba de ser un rojo comunista.

Hasta Sonsoles notó su desidia cuando pudo verle. Le preguntó, pensó que se encontraba enfermo, pero Pablo lo negó todo con desgana y apenas quiso hablar. Escuchaba el parloteo de su mujer, abstraído y huraño, estaba derrotado y ella, después de tantos años juntos, lo supo de inmediato. Intentó animarlo, se ofreció a volver a Pamplona, a pedir dinero a su familia, a lo que fuera con tal de sacarlo de allí. Empezó a sentirse desesperada, alzaba la voz entre aquel gallinero queriendo pensar que su marido no podía escucharla, que ese era el motivo de su apatía.

—Déjalo estar, mujer, no se puede hacer más de lo que has hecho —gritó por fin con la voz entrecortada y ronca.

Las palmas, que indicaban el fin de la visita, sorprendieron a Sonsoles sin saber qué decir, y cuando trató de abrir la boca, Pablo ya se marchaba sin siquiera despedirse. Ella lo vio alejarse, la espalda encorvada, los hombros caídos, la ropa que cada vez le quedaba más grande, y se sintió morir. Él no podía fallarle, él no, él no podía venirse abajo porque su fuerza residía en la entereza de su marido. Todo el mundo se marchaba y ella no podía moverse. Un guardia la empujó y le gritó algo que no fue capaz de comprender, aunque como un autómata siguió a la multitud que escapaba de aquel infierno en el que sus seres queridos estaban encerrados. Cuando cerró la puerta de su hogar se encerró en su cuarto y gritó de impotencia antes de terminar llorando de rabia.

Una semana después, Pablo recibió una carta. Se extrañó, nadie le había escrito más allá de lo que su familia le ponía de vez en cuando entre la comida, el tabaco o la ropa que le llevaban. El sobre estaba abierto, como era de esperar, y de él sacó un papel descolorido y escrito con un lápiz cuya punta necesitaba un buen afilado.

Estimado amigo,

Espero que estés bien al recibir esta carta. Siento que la llamada del Señor no te llevara por el camino correcto y ahora te encuentres en ese trance. Confía en nuestro Caudillo, él será misericordioso con todos, como un padre lo es con sus hijos. A veces ha de ser duro para que aprendan la lección, pero los ama sobre todas las cosas, como su Excelentísimo ama España.

¡Viva Franco!¡Viva España!

Germán Caballero (Doctor en medicina)

Pablo leía la carta sentado en el suelo, en un primer momento pensó que era de Marcelino, de su antiguo compañero que entre bonitas palabras se lavaba las manos. La ira y la rabia iban en aumento con cada nueva línea que leía, hasta que vio la firma. Primero lo inundó la

incredulidad, después la alegría y, por último, se empezó a reír. Primero lo hizo para sí, pero después no pudo contener las carcajadas. El hijo de la gran puta lo había conseguido. El doctor, su amigo, más listo que todos aquellos de la censura, le había hecho llegar una misiva para mandarle la esperanza que tanto necesitaba. Sus compañeros le miraban extrañados y Pablo dejó de reír, pero el gozo que inundaba todo su ser permaneció en su cuerpo como muestra indeleble de lo que el viejo doctor había conseguido transmitirle.

Se levantó con la misiva en las manos y fue donde el maestro fumaba mientras explicaba algo a unos jóvenes que lo atendían casi con devoción. Enseñaba a leer y a escribir y las operaciones básicas de matemáticas a los presos más jóvenes que querían aprender. Según sus propias palabras, de poco les iba a servir más allá de ver por escrito su sentencia y entender lo que ponía, pero al menos estaban entretenidos y no pensaban en ese futuro siniestro que les aguardaba. Algunos ni siquiera habían llegado a la veintena.

—¡Maestro! Te necesito —le llamó con voz resuelta. Se sorprendió Germán al escucharle después de los depresivos días que llevaba tras la marcha del doctor.

—En un segundo, Páter.

Dio unas últimas indicaciones a sus alumnos y se levantó tocándose los bolsillos en busca de un cigarro que no tenía.

Páter era el mote de Pablo, se lo había puesto el propio Germán cuando se enteró que había colgado los hábitos, a partir de ahí, los más cercanos le conocían con ese apelativo a pesar de que la mayoría ignoraban por qué. Cuando los dos amigos estuvieron juntos, Pablo le llevó a un rincón, en la zona donde había menos compañeros porque apestaba a desperdicios. El hedor era irrespirable.

—¿No podías llevarme a un sitio más asqueroso? No hay Cristo que aguante esta peste. Si no fuera porque te conozco diría que has resucitado de entre los muertos, Páter —y tratando de taparse la nariz, le dio una palmada en la espalda—. Me alegro de que lo hayas superado, no podemos hacer más.

—No puedes ni imaginarte lo que ha pasado.

Germán le miró extrañado, no entendía aquella felicidad repentina en su compañero.

—Toma, pero que no lo vea nadie —y le pasó hecha un gurruño la nota.

Germán extendió el papel y se puso a leer. Su cara iba tomando tonos rojizos a medida que sus ojos descifraban el mensaje.

—¿Pero qué coño de mierda es esta? —farfulló indignado antes de terminar de leer, lanzando el papel al suelo.

—Pero ¿qué haces? —Pablo se agachó y lo recogió. Miró a su alrededor, pero los demás estaban cada uno a lo suyo.

—¿Tú eres gilipollas? ¿Qué mierdas son esas del Caudillo y su puta calavera? —susurró— ¿Y esto te ha puesto tan contento? —preguntó estupefacto. A duras penas podía contener la ira, pensaba que Pablo se había vuelto loco.

—¡¿Quieres escucharme de una puta vez?!

Ahora sí, algunos prisioneros se volvieron hacia ellos y muchos se preguntaron qué hacían en el rincón que llamaban de la mierda, un sucedáneo de las letrinas. Pero eso quedó en segundo plano ante la posibilidad de una pelea. Aquellas palabras podían significar el inicio de una reyerta y eso, entre hombres ociosos, era un aliciente. Los dos presos se miraron desafiantes unos instantes, se escuchó decir son el maestro y el páter, se tensó la situación y por unos segundos partidarios de uno y otro midieron las fuerzas. Para decepción general, al final ambos salieron de ese rincón y se sentaron en el suelo con gesto contrariado, sin mirarse siquiera. Poco a poco dejaron de levantar interés, permitieron que pasaran unos minutos en silencio, cada uno en sus divagaciones para disfrutar de algo de privacidad.

—Te escucho —dijo por fin Germán con los brazos cruzados y gesto hosco.

Pablo volvió a tenderle la carta, pero antes de que la cogiera con gesto cansino le miró fijamente.

—Olvídate de toda la mierda escrita, sólo lee la firma y después me dices.

El maestro arrancó el papel de las manos de su compañero y fijó directamente la mirada en la última línea. Levantó los ojos, Pablo arqueó las cejas frente a él y el maestro comenzó a negar con la cabeza muy despacio.

—¡Será cabrón! —susurró sonriendo—, así que la firma Germán Caballero.
Le devolvió la carta a Pablo y le palmeó la espalda.
—El muy cabrón lo ha conseguido. Te juro que me alegro casi como si me hubiera librado yo.
—¿Entiendes ahora todo? Se ha saltado la censura, los imbéciles que leen el correo solo han visto Caudillo, Excelencia, Viva España, Viva Franco y ni han reparado en la firma. Poner tu nombre era la señal, también quería que tú lo supieras, nuestro doctor está a salvo y nos manda un mensaje de esperanza.
—¡Ya decía yo que te notaba raro!
Y ambos hombres se echaron a reír mientras Pablo hacía añicos la carta. Los presos que se encontraban más cerca, al oír las risas, se volvieron y pensaron que se habrían reconciliado los que, un rato antes, se miraban con inquina. Rápidamente perdieron el interés. Para Pablo y Germán aquello era más que una alegría, era una victoria; uno de ellos, al menos uno de aquellos apestosos rojos comunistas había driblado a la muerte. Y no sólo eso, en la carta había otra información muy relevante, una esperanza. No todos los que eran llamados en las listas, eran fusilados, había alguno, muy pocos, de eso estaban seguros, que conseguía salvarse de una muerte prematura y violenta.
Jesusín jugaba en la acera con su hermano Pepe, tenían hambre, siempre tenían hambre desde que habían vuelto de Francia.
—¿Sabéis dónde vive la señora Sonsoles de Solá?
Los niños levantaron la vista y se encontraron de cara con un sacerdote bastante joven que llevaba un maletín bajo el brazo.
—Mi madre se llama Sonsoles, pero no sé si es de Solá —Jesusín contestó metiendo sus manos sucias en los bolsillos. Pepín a su lado se rio.
—¿Y dónde vive tu madre, guapo? —volvió a preguntar con voz melosa el religioso.
—¿Qué me da si se lo digo? —tentó a la suerte el niño.
El sacerdote torció el gesto y pareció por un momento que soltaría un pescozón. Jesusín, viéndolo venir, estaba dispuesto a salir corriendo antes de que le pillara, pero nada de eso ocurrió. El cura metió una mano bajo la sotana y sacó una moneda de peseta, los críos se le quedaron mirando con los ojos muy abiertos, aquello era una pequeña fortuna. Se la puso delante de la cara al pequeño y volvió a preguntar por su casa.
—En este portal —y señaló el que estaba justo a su espalda—, en el cuarto derecha.
El niño extendió la mano, pero la moneda había desaparecido bajo los pliegues de la sotana y cuando el niño trató de protestar, el religioso ya estaba entrando en el portal. Corrió tras él.
—¡Eh! ¡Oiga! ¿Y mi peseta? Me ha engañado.
El sacerdote se volvió y con una sonrisa desagradable le revolvió el pelo.
—El pecado de avaricia es de los más graves.
—¡Pues el de la mentira es aún peor! —gritó enrabietado el niño, pero ya el joven religioso subía las escaleras de dos en dos y no oyó lo que pensaba aquel crío de él.
Cada vez que sonaba la puerta Sonsoles se sobresaltaba y un miedo irracional corría por todo su cuerpo. Estaba aventando los viejos colchones de lana de las camas pequeñas cuando el sonido perturbador del timbre rompió el silencio y la tranquilidad de su casa. Se quedó petrificada, sabía que era un miedo irracional, que nadie volvería a por unas mujeres y unos niños, pero no lo podía controlar, estaba sola en aquel momento y le costó reaccionar. Por fin, ante la insistencia, recorrió el pasillo titubeando y abrió. Un sacerdote aguardaba en la puerta y la saludó con una sonrisa, de forma educada.
—¿Sonsoles de Solá?
La mujer asintió relajándose al observar el hábito.
—Soy el padre Nemesio, sacerdote de la iglesia de Nuestra Señora de Covadonga, me envía don Marcelino.
Sonsoles sintió que el corazón se desbocaba en su pecho, pero intentó mantener la calma y, echando mano de los buenos modales que había aprendido en su familia, invitó al religioso a entrar. El hombre miraba con recelo aquella casa semivacía, de paredes deslucidas y alguna que otra humedad y se preguntaba qué se le habría perdido al obispo con aquella familia. Sin embargo, no era asunto suyo y don Marcelino le había dejado muy claras las

consecuencias que cualquier filtración podría tener para su carrera. Era un asunto personal, de vital importancia y don Nemesio se tenía que ceñir exactamente a las instrucciones que él le diera. Por eso estaba allí, para seguir las órdenes de su Excelencia Reverendísima. Llevar una carta, esa era su primera misión y después de tanto secretismo, después de caer en el pecado de la vanidad pensando que había sido el elegido, se encontraba en aquella pobre vivienda haciendo más caridad que otra cosa. Trató de quitarse esas ideas de la cabeza y se centró en acabar a la mayor celeridad posible su cometido con la señora de Solá, menudo apellido rimbombante para aquella muerta de hambre.

—Siéntese por favor —Sonsoles lamentó no tener nada que ofrecer al sacerdote más que una silla desvencijada y vieja.

—No se preocupe, estoy bien así. El obispo me ha encargado que le dé esta carta en mano —y manteniéndose en pie en todo momento, la sacó de su carpeta y se la tendió—. Además de informarle de que yo seré el correo para cualquier aviso que tenga a bien querer hacerle llegar. Me encontrará habitualmente en la iglesia o en la casa parroquial, en el número dos de esta misma calle.

No dijo más, como si hubiera soltado una pregunta del catecismo que se había aprendido de memoria. Se le notaba incómodo, con ganas de salir de allí y Sonsoles no quiso hacer más larga su estancia, se lo agradeció cortésmente y le acompañó a la puerta. Ella tampoco tenía ningún interés en alargar la espera. Según cerró, se apresuró por el pasillo hasta la sala sobre cuya mesa había quedado la misiva abandonada, abrió el sobre con impaciencia y leyó con ansia. Se sentó porque ya no le sostenían las piernas y se secó una lágrima solitaria que no sabía si era de alivio o de preocupación, quizás de ambas.

En la carta el obispo, de forma directa, le informaba de sus pesquisas. En pocas palabras decía que había movido sus influencias para intentar sacar a Pablo de la situación en la que se encontraba. Ahora sabía que para ello se necesitaba tiempo, algo de lo que su amigo carecía. Por eso había llegado hasta alguien, cuyo nombre por seguridad no mencionaba, que tenía acceso a los archivos carcelarios, con el fin de esconder el máximo tiempo posible el informe de Pablo, que no apareciera entre las condenas recientes. Este hombre, al parecer, había ocultado su expediente al final de todos los papeles, mezclado con otros documentos. El obispo continuaba la carta asegurando que de esta forma se había sentido mucho más seguro mientras seguía con sus pesquisas para poder obtener la conmutación de la pena. También le advertía que la pronta puesta en libertad del condenado era, de momento, todavía una utopía.

Sin embargo, su *topo* le había comunicado que, no sabía cómo, el expediente de Pablo había vuelto a aparecer entre los que se iban a revisar de forma inmediata, lo había descubierto por azar, al ir a consultar otros archivos. Volvió a hacer la misma operación y un par de días después comprobó que nuevamente los papeles de Pablo volvían a aparecer en primer plano. Según *el topo* eso era síntoma inequívoco de que había alguien muy interesado en que fuera ejecutado. De momento, haberlo descubierto les daba cierta ventaja porque podían estar al tanto para ir escondiéndolo con regularidad.

La carta acababa preguntando a Sonsoles si conocía a alguna persona que tuviera tanta inquina a la pareja como para desear el mal a su marido. Si era así, que se lo hiciera saber por los cauces que don Nemesio, a buen seguro, le habría indicado, con el fin de buscar una solución.

Sonsoles dobló la carta y no supo qué pensar, sentirse en manos de un desconocido, de su diligencia para salvar la vida de su esposo le parecía una bufonada de mal gusto. Pero era su única baza. Después estuvo un buen rato sentada pensando, tratando de imaginar quién podía ser aquella persona que tenía mucho interés en que Pablo fuera ejecutado, pero no se le ocurrió nadie. Su marido era un buen hombre que jamás se metía en problemas, tendría que preguntarle a él.

Don Nemesio, el sacerdote, bajaba por las escaleras abstraído, la visita le había decepcionado mucho, sus expectativas de hacer algo realmente importante se habían esfumado. Aquella mujer, aquel piso, aquella pobreza no le cuadraba en absoluto con un obispo. ¿Correspondencia con esa señora? ¿Qué tendrían que decirse? ¿Serían de una rama pobre de su familia? ¿Serviría ese servicio para lanzar su carrera eclesiástica? En estos

pensamientos se debatía mientras trotaba escaleras abajo, cuando Jesusín le oyó. Seguía endemoniado por el engaño y el rencor le inundaba el alma. Por eso no lo pensó dos veces, llamó a su hermano y le explicó el plan, se colocó en el tramo inferior, donde apenas llegaba un poco de claridad de un ventanuco del entresuelo, cuyos cristales no se limpiaban desde que falleció la portera, y con rapidez, desde abajo, sacó la mano y sujetó el zapato del religioso un instante. Distraído como iba, éste no tuvo tiempo de agarrarse a la barandilla, tropezó y cayó escaleras abajo.

Para entonces los niños habían desaparecido saliendo raudos y silenciosos por el portal. Don Nemesio se dio un buen golpe, pero nadie lo vio, así que se sentó en las escaleras y maldijo al obispo, a la señora del cuarto y a todo lo que se le ocurrió. Se levantó muy digno, sintiendo el dolor en el cuerpo y trató de calmarse. Rezó para sus adentros, posiblemente el Santísimo le hubiera castigado por tanta curiosidad, tanta soberbia y tanta ambición. Cuando salió a la claridad del día vio a los hijos de doña Sonsoles jugando en el mismo sitio donde los había encontrado al llegar. Jesusín levantó los ojos con cara de enfado y el sacerdote, para congraciarse con Dios, le lanzó una moneda de céntimo que el niño cogió al vuelo. No le dio las gracias, sólo sonrió con picardía, lo que el religioso entendió de forma equivocada, cómo iba a sospechar que el porrazo que se había dado no había sido fortuito. Siguió andando calle abajo seguido de la mirada de los hermanos que ya empezaban a pensar qué podrían conseguir con ese dinero para que aliviara su hambruna.

Cuando el día llegaba a su fin, Sonsoles, con evidentes signos de alegría, reunió a la familia, los más pequeños ya estaban durmiendo. Esa noche se habían tenido que conformar con unas pocas sobras que había podido conseguir en la taberna Julio, el marido de Angelines, y lo de las cartillas, que cada día era menos.

No era extraño que se reunieran todos en aquella estancia cuando caía la noche, que contaran los avatares de la jornada y se apoyaran unos a otros en aquellos duros momentos, recordando también a los que estaban lejos. Pero aquel día era distinto, Sonsoles se había mostrado inquieta toda la tarde, hacendosa, y cuando le habían preguntado por ese continuo trajinar, había ofrecido la misma respuesta, por la noche lo hablarían. Por eso se encontraban todos en silencio a la espera de que por fin les contara eso que tanto la perturbaba.

—Esta mañana ha venido un cura de la parroquia con noticias de don Marcelino —fue directa al grano.

Todas las miradas confluyeron en sus ojos.

—¿Y? —preguntó María anhelante.

Sonsoles dejó la carta encima de la mesa para que todos la pudieran leer, mientras iba pasando de mano en mano un sentimiento de vulnerabilidad se afianzaba en los corazones.

—¿Quién puede desear el mal a padre? —formuló Angelines en voz alta la pregunta que rondaba en la mente de todos.

—Nunca ha tenido problemas con nadie —afirmó María.

—No hace falta que tu padre se haya portado mal o tenga enemigos. Lo que todo el mundo sabía es que era un comunista convencido, ese pecado es bastante para que otros puedan salvar su culo — afirmó Julio. Su mujer lo miró sin comprender.

—¿Qué quieres decir con eso? —Sonsoles fue a por otra vela que sacó del aparador.

—Es sencillo ¿qué es lo que odia nuestro caudillo sobre todas las cosas? Estoy harto de escucharlo en la taberna, a los *rojos* y a los masones. Y siento deciros que vuestro padre era un *rojo* de la peor calaña, un comunista. ¿Y qué mejor manera de limpiar nuestro propio pasado que delatar o poner en la picota a quien más nos conviene? Con ello consigues limpiar tu nombre, no ser sospechoso de poca afección al régimen y te conviertes en una persona de confianza.

—¿Quieres decir que cualquiera, aunque apenas conozca a mi padre, sólo por haber oído que es comunista puede desear que lo fusilen? —preguntó María escandalizada.

—No —Julio trató de explicarse mejor—. El hecho de que lo fusilen es secundario, lo importante es demostrar afección al régimen, ese es el verdadero motivo de las delaciones. Después llega el turno del odio, de las revanchas, de las venganzas, el turno del ojo por ojo diente por diente. Los comunistas mataron a mi padre o a mi hermano o a mi hijo y tienen que ser exterminados, o torturaron o enviaron a fusilar, qué más da, el odio visceral de

unos y otros tardará décadas en superarse. Lo desalentador es que no es lo mismo estar en un bando o en otro, porque la venganza de los vencidos tardará mucho en llegar, posiblemente no llegue nunca o su virulencia sea ínfima. Y no por una mayor bondad sino por una menor posibilidad.

Todos quedaron en silencio, pensar que un fantasma desconocido depositaba en su padre, que no había disparado ni una sola vez, todo su odio, les generaba un vértigo que iba más allá del momento presente. Las palabras de Julio eran una constatación de la España dividida, de la sociedad marcada por el odio, el dolor y la venganza.

—Esperemos que *el topo* haga bien su trabajo —susurró más para sí que para su familia una Sonsoles esperanzada.

—La vida de padre depende de su diligencia —Angelines apoyó las palabras de su madre.

—Dudo que haya problemas en ese sentido —aseveró Julio—. En la Iglesia un mal paso es un grave problema de promoción, nadie quiere quedarse en una parroquia de pueblo.

—Pero padre se está consumiendo —puso la nota discordante María—, tiene que estar viviendo un infierno, aunque no quiera decirnos nada. ¿Os imagináis esperando la muerte? ¡Es horrible!

Juan alargó un brazo y atrajo a María hacia él en un gesto de apoyo.

—Sobre eso no podemos hacer nada, hija. ¡Qué más quisiera yo que mover un dedo y tener a tu padre a mi lado! Pero creo que son buenas noticias, yo empezaba a desesperarme pensando que don Marcelino se había olvidado del tema. Es un obispo y un obispo no es moco de pavo, tenemos que confiar en él, es lo único de lo que disponemos.

Todos asintieron, hubieran deseado recibir una carta donde les dijeran que su padre estaba libre, pero ni un obispo tenía ese poder, de eso estaban seguros. Ese hombre tampoco podía delatarse, se trataba de un comunista confeso. Las influencias había que tejerlas en la trastienda, paso a paso, obteniendo favores, ofreciendo prebendas, creando una red compleja que funcionara como un reloj suizo cuando fuera necesario. Sonsoles recordaba esas enseñanzas de su madre, de cuando era una adolescente a la que aquellas cosas le aburrían sobremanera y ella, inmutable, trataba de inculcárselas.

Terminaron la velada y se retiraron a dormir, cada cual, con sus pensamientos, con sus miedos, sus alegrías y sus fracasos. Y durmieron rápidamente porque el trabajo les obligaba a madrugar y madrugar hacía que a esas horas todos estuvieran derrotados. Las velas se apagaron y la oscuridad se hizo la dueña de la casa. Sonsoles no fue a su cuarto, se dirigió a la cocina, sin saber por qué y allí, con la ventana abierta, mirando la noche, estaba Jesusín muy serio. Murmuraba algo en francés, ella creyó entender una oración.

—¿Qué haces aquí, hijo? ¿Te encuentras bien?

El niño se sobresaltó, miró a su madre y la angustia que sentía se extendió por su pequeño cuerpo, pero no dijo nada, mantuvo un empecinado silencio.

—Hijo, ¿te encuentras bien? —repitió.

El niño afirmó con la cabeza y retiró la mirada. Sonsoles supo que estaba a punto de llorar, se acercó a él y lo sentó en sus rodillas, él se dejó hacer, no había sensación más reconfortante que estar en los brazos de su madre.

—¿Tienes hambre? ¿Es por eso por lo que estás en la cocina? Aquí no encontrarás nada.

Sacudió la cabeza en un gesto de negación y su madre vio que tenía los ojos brillantes.

—¿No le vas a contar a mamá eso que te pone tan triste?

—He hecho algo muy malo —y las primeras lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas abarrotadas de pecas.

—Has hecho algo malo y te arrepientes ¿no es eso?

Jesusín afirmó sacudiendo con fuerza la cabeza, su madre le acarició y sintió el pelo que, como un cepillo, raspaba sus manos.

—¿Y se lo quieres contar a mamá?

— *Mais* es que me vas a regañar *beaucoup* y además mademoiselle Francois dijo que cuando haces *quelque chose mal* , nuestro Dios nos castigará a nosotros o a quien *nous aimons.*

Cuando Jesusín se ponía nervioso intercalaba palabras en francés, aunque poco a poco iba dejándolo en el olvido. Mademoiselle Francois había sido su maestra en Francia, una mujer extremadamente religiosa que atormentaba a los niños con infiernos y penitencias.

—¡ *Et mon père* no va a salir de la cárcel por mi culpa! —concluyó echándose a llorar. Miró a su hijo con ternura y le apretó contra su pecho.

—Jesús, hijo mío, lo de tu padre no tiene que ver contigo, son unos señores muy malos los que hacen esas cosas. Da igual lo que hayas hecho, ya verás como pronto lo tenemos aquí.

El niño no contestó, escondido en los brazos de su madre.

—Y ahora me vas a contar eso tan malo que te atormenta

Jesusín le relató su encuentro con don Nemesio, el engaño y la venganza. Sonsoles se armó de paciencia, su hijo se estaba convirtiendo en un salvaje, aunque luego fuera tan sentido. Le regañó, le dijo que esas cosas no se hacían, que el sacerdote podría haberse hecho mucho daño y que la venganza no llevaba a ninguna parte. Pero fue una reprimenda amable, sin gritos ni reproches, ya bastante arrepentimiento arrastraba el crío.

—¡ *Mais il m´a trompé!* —trató de defenderse el niño.

—No te entiendo, hijo, ¿qué dices que te ha hecho?

—¡Me engañó!

—En su conciencia quedará, cielo. Tú no tienes por qué ser como los demás ¿entendido?

Jesusín afirmó y se volvió a esconder en el regazo de Sonsoles, no era habitual poder disfrutar de un momento de cariño con su madre y pensaba aprovecharlo. A pesar de la regañina su corazón se había vaciado y la angustia que lo atenazaba hacía unos momentos había desaparecido completamente.

—¡Y ahora a descansar! —se levantó y dejó al niño en el suelo, le dio la mano y lo acompañó al cuarto donde sus hermanos dormían hacía un buen rato. Le metió en la cama, le dio un beso en la frente y salió sin hacer ruido. Una vez en su cama, sonrió. Cinco de sus diez hijos estaban con ella, de dos tenía noticias y estaban bien, de Agustín no sabía nada, pero era demasiado vivo para tener problemas. La familia se iba reuniendo, pero le faltaba Pablo a su lado. Lo echó de menos, tanto, que casi le dolió. Te sacaré de ahí, pensó, te sacaré mi amor, aunque tenga que descender a los infiernos. Y con ese pensamiento y un poco de esperanza, se durmió.

34

La mañana se levantó ventosa a pesar de la época del año en la que se encontraban. El cielo, cada vez más plomizo, amenazaba con desatar un fuerte temporal. Las nubes venían de Toledo y eso era un mal augurio porque cuando esas masas grisáceas llegaban de aquel lado, la tormenta era inminente. Un potente relámpago iluminó el cielo y segundos después el trueno hizo que los niños entraran corriendo por la cocina.

—¡Qué susto! —Adrián se colocó junto a su madre.

Pili también entró en ese momento a toda velocidad.

—Ya está empezando a llover, menudos goterones, de mi puerta aquí me he puesto pingando, verás esta tarde —. Se paró en seco y miró a Paola desconcertada.

—¿No me dirás que vas a salir con la que está cayendo?

Su vecina asintió mientras colocaba el hacha y cogía la bolsa, que tintineó con parte del candelabro dentro.

—¿Y Carmencita? —insistió Pili.

—Carmencita hoy se queda en casa. Tú tienes turno de tarde ¿no?

La mujer asintió contrariada

—Si todo va bien, estaré aquí para comer —afirmó y, sin esperar contestación, salió.

Al abrir la puerta fue recibida por fuertes ráfagas de viento que azotaron su rostro con una furia húmeda, se colocó el pañuelo que cubría su cabeza, apretó el nudo y comenzó a caminar. Instantes después ya estaba empapada, pero no le dio importancia, iba tan preocupada por lo que tenía que hacer, que no sentía ni la lluvia ni el viento, sólo deseaba salir airosa de su cometido y conseguir una buena suma de dinero.

La tormenta había pasado cuando empujó la puerta de la joyería Mariscal, nunca había oído hablar de aquel negocio, pero Manuel le instó a que probara.

—Primero preguntas por don Feliciano Orduño. Si te dicen que ya no trabaja allí, te vas ¿me has entendido? No contestes a ninguna pregunta, te vas a toda prisa.

Paola asintió, memorizó aquel nombre y aunque no entendía bien lo de irse, siguió escuchando en silencio. Estaban en el tejado, de madrugada, cuando todos dormían.

—Si consigues hablar con él, le dices que vas de parte de Manu el Portugués.

—¿Ese eres tú?

—Así me llamaban, algún día te contaré por qué.

—¿Y es seguro delatarte de esa manera? ¿Y si después vienen a por nosotros?

—Creo que el Feli es de fiar, aunque en estos tiempos no hay que fiarse de nadie. Es un sinvergüenza honesto y yo ya le puse las cosas en su sitio hace tiempo, he hecho mil negocios con él y puede tratar de engañarte, pero que yo sepa, nunca ha vendido a nadie y mira que sabe cosas el tío.

Paola no estaba nada convencida, Manuel conocía a ese sujeto de cuando el viento soplaba a favor, de cuando Madrid pertenecía a la República y él era alguien importante. Ahora las tornas habían cambiado, la ciudad no era segura y Manuel era un proscrito. Le expresó sus dudas, pero su amigo se encogió de hombros y levantó las cejas.

—Tenemos pocas opciones. Vender objetos de valor no es ir a una esquina a ofrecer huevos. Yo confío en ese hombre, lo único que le interesa es ganar dinero, nunca se ha preocupado del origen de las mercancías, y creo que es más peligroso contactar con un desconocido. Además, estamos hablando de un pedazo de candelabro que creemos que es de plata, pero no lo podemos asegurar y ni siquiera sabemos si está completo. Probablemente sólo sirva para fundir.

Al final, después de muchas deliberaciones, Paola se decidió, sobre todo cuando Manuel expuso la posibilidad de arriesgarse a ir él mismo. Esas palabras le erizaron el vello sólo de pensarlo y notó una angustia que hacía mucho tiempo que no sentía. No quiso pararse a pensar por qué le afectaba tanto lo que pudiera ocurrirle, pero tomó una decisión.

—Iré —concluyó con el alma colmada de miedo.

Según empujó la puerta, escuchó sonar la campana que indicaba que alguien había entrado. Los nervios a flor de piel y los sentidos alerta. Inmediatamente, tras un mostrador

desvencijado que tenía varias piezas debajo de un cristal bastante sucio, apareció un muchacho de no más de quince años, desgarbado y raquítico, con unas orejas desmesuradas y una sonrisa cargada de dientes torcidos y amarillentos.

—¿Qué desea la señora?

Dudó. Estaba claro que aquel joven no podía ser Feliciano Orduño, no tenía edad. Estuvo a punto de darse la vuelta y marcharse, pero obligó a sus piernas a mantenerse en su lugar. Tomó aire y se acercó al mostrador.

—Busco a Feliciano Orduño —dijo con seguridad.

El muchacho la miró de arriba a abajo con desconfianza, se rascó la cabeza tratando de ganar tiempo y fijó los ojos en los de Paola que le sostuvo la mirada.

—¿Y se puede saber quién le busca?

Ella negó con la cabeza en un gesto duro.

—Quiero hablar con el señor Orduño, si es posible —dejó la bolsa en el suelo y escuchó tintinear el metal. Se llevó la mano a la cintura, sintió el volumen tranquilizador del hacha, sopesó las posibilidades con respecto al muchacho y se dijo que podría salir airosa en caso de necesidad.

—Espere un momento —pidió al fin el dependiente con gesto contrariado.

Se relajó un instante, las cartas estaban echadas. Si se había equivocado Manuel y salía otro hombre de la trastienda, ante un ataque, no tenía nada que hacer. Odiaba vivir sospechando, vivir a la defensiva como si un peligro inminente bailara continuamente sobre su cabeza. Suspiró y miró con desgana las piezas llenas de polvo que se amontonaban en el mostrador.

—Soy Feliciano Orduño. Mi ayudante me ha dicho que quiere verme.

Ella observó sus rasgos con cuidado. Tal y como le había contado su amigo, se trataba de un hombre robusto, con barba espesa y un dato que no daba lugar a equívoco, tenía un ojo de cada color, uno marrón muy claro y otro negro. Definitivamente se trataba de él. Feliciano comenzó a hacer sonar los dedos contra el cristal en señal de impaciencia y Paola dejó a un lado su reconocimiento. Sacó de la bolsa cuatro partes del candelabro y las puso sobre el mostrador.

—Quiero vender esto —expuso con firmeza mirando fijamente aquellos ojos desiguales. No pensaba delatar a Manuel si no era inevitable.

—¿Y para eso me haces salir? Te podía haber atendido éste —y señaló al muchacho de las orejas prominentes que puso una sonrisa bobalicona—. Déjame ver.

Observó las piezas, se puso una lupa en el ojo y empezó a negar con la cabeza.

—No sé de dónde habrás sacado esto, pero no vale nada —comentó con desprecio—. Unos céntimos, poco más.

Paola sabía que estaba mintiendo, sus ojos caprichosos habían cambiado al observar la pieza y el color de la avaricia se había instalado en ellos. La vida le había enseñado a conocer al género humano y sus bajezas y estaba segura de que quería engañarla, acababa de observar el lado sinvergüenza de aquel hombre y recelaba de ese lado honesto del que hablaba Manuel. Dudaba si perder el dinero y buscar no sabía qué o hablar de su amigo. Empezó a sudar.

—¿Me está escuchando? Ya le he ofrecido un precio, no me haga perder más el tiempo.

—¿Podría hablar con usted a solas? —se decidió. Y miró al dependiente que seguía allí con las manos enlazadas en la espalda, manteniendo un gesto de devoción cada vez que su jefe abría la boca.

Feliciano la observó con ojos inquisitivos y vio dureza y decisión tras ellos. Dedujo que se había dado cuenta de que había intentado mentirle, pero no alcanzaba a imaginar qué secreto querría contarle a solas.

—¡Espérame en la trastienda! —se dirigió a su empleado—. Guarda las piezas que están sobre la mesa, después de limpiarlas, donde tú sabes.

El muchacho salió inmediatamente, traspasó una cortina y se perdió en la parte de atrás.

—¿Y bien?

—Vengo de parte de alguien que usted conoce, de Manu el Portugués —soltó de golpe—, me ha encargado que le diga que más vale que me dé un buen precio o vendrá él en persona a hacer negocios.

Feliciano miró a la mujer que estaba frente a él con desconfianza.
—¿Manu el Portugués? ¡Yo no conozco a ninguna persona que se llame así!
Todo se iba desarrollando según lo previsto. Manuel le había advertido que primero negaría conocerle, era muy precavido, un viejo estafador, sinvergüenza y vividor que había sabido salir adelante de mil avatares.
—Me dijo que diría eso. También me dijo que le preguntara si su señora estaba ya a salvo en Portugal —Paola reproducía como un loro unas frases que no comprendía, pero que al parecer tenían un sentido para ellos, secretos de antiguos camaradas.
—¿Será verdad? —exclamó Feliciano tocándose la barba con una sonrisa en los labios.
—Es verdad —constató Paola.
—Así que el jodido está vivo, como siempre con sus líos, y me manda negociar con una mediadora que se llama …
—Da igual mi nombre, sólo quiero que me diga lo que vale eso —y señaló las piezas que estaban sobre el mostrador—. Hace unos momentos intentó engañarme, sé que son de plata y Manuel también. Tengo algunas cosillas más, pero sólo las traeré aquí si me da un buen precio, de lo contrario buscaremos otro comprador. Paola ya había decidido poner todas las cartas sobre la mesa, demostrar debilidad era lo más peligroso, ella lo sabía bien.
—¿Y de dónde habéis sacado …
—Nada de preguntas, ese es el trato —le cortó con contundencia. Sudaba a mares, no sabía si todo aquello daría resultado, lo que sí sentía era el miedo amarrado a su alma.
—¡Vaya, vaya! Veo que el portugués se rodea de buenos camaradas, siempre supo elegir. ¡Menudo genio! Veamos nuevamente —el joyero tomó otra vez una de las piezas y la miró con detenimiento—. Esto es antiguo, parte de un candelabro de plata bastante grande. ¿Tienes todas las piezas?
Ella se encogió de hombros.
—Ya estaba así cuando lo encontré, no tengo ni idea de si está completo.
—Pues el precio varía mucho por ese pequeño detalle. Si es por piezas, sólo sirve para fundir, pero si está completo se podría restaurar y su valor se multiplicaría. Podemos dejar esto aquí, compruebas lo que tienes y vuelves con el resto. Lo tratamos de montar y …
—¡Ni hablar! —Paola no se fiaba de nadie, no iba a dejarlo allí sin ninguna garantía—. Deme un precio por lo que le traigo, vuelvo con el resto y si está todo completo me paga lo que me corresponda.
El joyero la observó admirado, no se arredraba y mostraba una decisión y una valentía bastante impropia en una mujer en aquellos días.
—Está bien, llegaremos a un acuerdo.
Cuando la puerta se cerró tras ella, Paola suspiró con fuerza, empezó a caminar con determinación y sintió que el corazón se desbocaba en su pecho. La tensión se aflojó y notó cómo sus músculos se relajaban enviando a su cerebro mensajes de debilidad. Llevaba una buena suma de dinero en la faldriquera, junto al hacha, y la promesa de poder conseguir más. Da un rodeo, no vuelvas directamente, asegúrate de que nadie te sigue. Atenta en todo momento, sigue calles llenas de gente y a la menor sospecha corre. Ahora recordaba claramente los consejos de Manuel, no le había querido responder, a veces se olvidaba de que llevaba sola mucho tiempo, como si ella no se hubiera movido por ese Madrid de rufianes y golfos. Aceleró el paso, hizo pequeños rodeos y no pudo por menos que recoger unas diminutas maderas que encontró al lado de una obra. Al final del trayecto, la parte de campo que separaba la última calle de su casa, lo hizo a la carrera, sus pies volaban. Cuando ya tenía a la vista la colonia se frenó, moderó el paso y se acercó con toda la tranquilidad del mundo, como cualquier jornada. Abrió la puerta preparada para lanzar un grito de júbilo, pero no llegó a emitirlo completamente, se quedó semi atorado en su garganta al descubrir al invitado que esperaba, sentado en una silla, junto a la cocina. Abrió los ojos desmesuradamente, tanto como el joven que, con la cabeza gacha, acababa de incorporarse al verla entrar gritando.
—¿José? ¿Eres tú?
No pudo contestar, Pili apareció secándose las manos en el delantal.
—Dice que es tu hermano, no sabíamos qué hacer, pero al final le hemos dejado que entrara a esperarte. No pareció peligroso dejar a un forastero en tu puerta —hizo un gesto

con los ojos indicando el tejado y Paola comprendió.

José seguía en medio de la sala sin saber qué hacer, apenas reconocía en esa mujer a la hermana que un día se marchó del pueblo. Paola, sin embargo, soltó la bolsa y lo abrazó con fuerza, ella supo inmediatamente quién era, su cara apenas había cambiado ni sus ojos oscuros y profundos y, aunque su cuerpo era el de un joven alto y fuerte, seguía siendo el niño tímido que recordaba. Se separó con la sonrisa pintada en su rostro, le miró a los ojos e inmediatamente descubrió la tristeza que se acumulaba en ellos.

—Pero dime, ¿qué haces tú por aquí? ¿Cómo está Paola? ¿Se acuerda de mí? ¿Y los padres? ¿Y Manuel? —parecía una metralleta soltando una tras otra mil preguntas que no daba un segundo para contestar. José estaba bloqueado, se habían sentado uno junto al otro y tenían aún las manos entrelazadas. Ella no comprendía que para el joven era una desconocida, un fantasma, la hermana mayor que se fue a Madrid y de la que apenas recordaba nada. Él era un niño cuando se marchó y escasamente se habían cruzado dos veces más desde ese momento.

—Deja al muchacho respirar —intervino Pili. Tras ella apareció Petra que se colocó junto a ellos llena de curiosidad. Carmencita le miraba con recelo desde la habitación y Adrián seguía en el patio con sus juegos, ajeno a aquella convulsión familiar. José se sentía observado y esa sensación avivaba más su timidez y le hacía apretar la gorra que llevaba en la mano. Paola lo comprendió y trató de dominar su necesidad de saber de los suyos.

—Ven —le dijo. Se levantó y le arrastró tras ella.

Salieron al patio y se sentaron bajo las parras que ya les proporcionaban algunas uvas. Cuando los demás hicieron ademán de seguirles, Paola se volvió y con un gesto hizo que todos se quedaran dónde estaban, quería hablar a solas y hasta Adrián, entre quejas, tuvo que abandonar sus juegos.

Los dos hermanos se pusieron al día sin la mirada indiscreta de nadie. José le contó el motivo por el que estaba allí y cómo la familia no había encontrado una mejor solución, a pesar de que él, lo único que deseaba era volver al pueblo. También le habló de Paz, de lo feliz que era con los abuelos y mintió al confirmarle que se acordaba mucho de su madre. Le explicó las peripecias que había vivido para llegar a su casa siguiendo las indicaciones, muy vagas, de su hermano Manuel y le confesó sus temores, el miedo a que la estuviera poniendo a ella y a su familia en peligro. Nadie sabía por qué le buscaba la guardia civil, ni qué habían dicho de él, ni de qué le habían acusado.

José parecía cansado y le confesó que estaba hambriento, apenas había comido nada desde que saliera del pueblo más allá de las provisiones que le llevó su padre y lo que había podido recolectar en el camino.

Entraron. Le presentó a la vecina que no conocía y a sus sobrinos que no acababan de entender quién era aquel tío que había aparecido de repente en sus vidas. Ellos no conocían más que a sus tías Pili y Petra, las que, curiosamente, no eran de su sangre, aunque eso ellos no lo sabían, pues las habían tenido allí desde siempre. Después comieron el guiso que había hecho Petra y que tuvo que estirarse para uno más, provocando la escasez de las demás raciones.

—¡Aún queda en la cacerola! —anunció Adrián poniéndose de pie sobre la silla.

—Ya no se come más, eso es para mañana —le reprendió su madre. Había que defender la ración de Manuel.

—¡Pues quiero comérmelo hoy, tengo hambre! —y puso uno de sus pucheros.

Pili se levantó, se llevó la cazuela con los restos dentro y la colocó en una balda lo que hizo que Adrián se pusiera a llorar. Para que se calmara, Carmencita tuvo que prometerle jugar en el patio a lo que quisiera y así se olvidó un poco de la comida. La anfitriona miró a José, vio las oscuras ojeras que cercaban sus ojos y observó los bostezos continuos que trataba de contener.

—Deberías descansar un poco, me temo que no has dormido demasiado en los últimos días. Puedes acostarte en la cama de los niños, luego ya decidiremos cómo organizamos todo — se levantó y acompañó a su hermano a la habitación. Éste se tumbó vestido como estaba y en pocos minutos dormía profundamente.

Paola volvió a la cocina y se sentó con la cabeza entre las manos. Pili, que acababa de limpiar los cacharros, se sentó a su lado y a los pocos minutos entró Petra que había ido a

tirar el agua sucia. Las tres se miraron desconcertadas.
—¿Y ahora qué? —Pili se secó las manos y empezó a golpear con los dedos rítmicamente la mesa—. Nos vamos a convertir en un albergue.
—Está huido —confesó Paola.
—¿Cómo que huido? ¿Le buscan las autoridades? —se alarmó su vecina.
—Sí —y les contó someramente la historia que su hermano acababa de relatarle.
Pili se arrepintió de su ironía, le dio unos golpecitos de apoyo en el antebrazo y suspiró.
—¿Y qué piensas hacer? No puedes echarle de casa, es tu hermano.
—¿Quién habla de echarle? ¡De ninguna de las maneras! Pero mi vida se complica por momentos y aún no sé qué hacer. Puedo actuar con normalidad y que todo el mundo sepa que mi hermano ha venido a visitarme o puedo esconderle en el tejado con Manuel. Estamos en Madrid, no sé cuán largas son las redes de la ley, tampoco sabemos por qué se le busca.
Después de un rato comentando posibilidades, las vecinas se fueron a su casa y Paola quedó sola en la cocina tratando de recolocar su vida. Estaba muy cansada, le pesaba la responsabilidad, todos dependían de ella en mayor o menor medida y en ocasiones pensaba que no podría continuar tirando de todo aquel peso que empezaba a ser enorme. Se rascaba la cabeza con desesperación tratando de encontrar una salida cuando escuchó abrirse la trampilla y la voz de Manuel susurrando su nombre.
—¿Estás loco? No aparezcas, te pueden ver los niños y lo que nos faltaba —en su voz bailaba la pesadumbre.
—Sube esta noche y hablamos. ¿Lo has conseguido? ¿Estaba Feliciano?
Ella se había olvidado por completo de ese asunto, aún llevaba escondido el dinero, pero no se sentía tan optimista como cuando salió de la joyería. Asintió con desgana.
—He oído lo de tu hermano, no desesperes, buscaremos una solución —y desapareció en su mundo de sombras.
Paola se quedó absorta en el vacío con las manos escondidas en su cabello. No podía creerlo, otra alma atormentada que echarse sobre los hombros. ¿Cuándo acabaría aquella pesadilla? Empezaba a sentirse incapaz de seguir al frente de toda esa heterogénea y condenada familia, siempre esperando su decisión, siempre esperando la solución a cada una de las encrucijadas que asomaban a su vida. Y mientras, ella vivía atormentada por la derrota. Quería descansar, tranquilizarse, preocuparse sólo de sí misma, no enfrentarse a hombres asalvajados, rencorosos, llenos de violencia que se creían con el derecho de hacer daño gratuito a los demás amparados en sus uniformes. No quería negociar con sinvergüenzas por muy honestos que fueran, ni poner una granada en el negocio de un malnacido, ni amenazar con un hacha a un cabrón retorcido. Estaba harta, estaba muy harta de mirarse a sí misma y sólo descubrir miseria, dolor, violencia y miedo. Quería romper todo lo que la rodeaba, coger una maza y tirar las paredes, destrozar los tazones, quemar la madera que aún quedaba, hacer saltar por los aires el gallinero, no dejar ni un sólo recuerdo de su paso por allí. Porque aquella ya no era su casa, no era un hogar en el que ofrecer seguridad a sus hijos, en el que reír y ver pasar los años en paz. No era lo que soñó con Adrián, cuyo fantasma ni siquiera la acompañaba ya.
Se balanceaba en la silla en la que estaba sentada, con las manos cruzadas sobre el pecho, tarareando una canción de cuna que su madre le enseñó, con los ojos cerrados y la tristeza cubriéndolo todo. Manuel desde las alturas contemplaba su ruina, su derrota, sus movimientos desesperados buscando una señal que le indicara un camino seguro. Y le dolió ver así a quien tanto amaba y se preguntó si no estarían entre todos cargando sobre sus frágiles hombros demasiada responsabilidad. Y entre tanto tormento, a él únicamente se le había ocurrido preguntar por el dinero, se odió a sí mismo, su falta de tacto y contempló ese mundo absurdo que se desmoronaba a su alrededor.
Paola se permitió esos instantes de debilidad, se permitió volver a su infancia, a su pueblo, a lavar en el río, a escuchar los consejos de su madre. Se permitió los recuerdos felices con su marido, se permitió la esperanza de que todo acabara pronto. Y para cuando Adrián, su pequeño, entró llorando en la cocina con una rodilla sangrante, la metamorfosis se había producido.
—¡Mamá, me he caído! —gritaba llorando— ¡Me he hecho sangre!

Carmencita entraba a su lado llevándole de la mano.

—¡Es que es un desobediente! Mira que le he advertido que se iba a caer.

Se levantó decidida, como si todo lo que había sufrido hacía unos minutos nunca se hubiera producido, se acercó a sus hijos y les dio un abrazo tan fuerte que ambos se quejaron. La niña la miró confundida.

—¿Está bien?

Su madre asintió y los besó en la frente.

—Vamos a ver que te has hecho ahí —cogió en brazos al niño, lo sentó en una silla y miró la raspadura—. Yo creo que vamos a tener que cortar por aquí, no por aquí, o por aquí…

Su madre iba subiendo por la pierna del niño simulando que su mano era un cuchillo y cuando llegó a la altura de la ingle le hizo cosquillas.

—¡Por aquí, por aquí, por aquí!

Las carcajadas del pequeño llenaron de alegría la sala. Le curó con un poco de agua con sal y lo retuvo unos instantes contra su pecho, después les dejó marchar.

Manuel seguía sus movimientos con devoción, había asistido a su desesperación, a su tristeza y a su reconstrucción posterior, a la fuerza que ahora emanaba su pequeño corazón. Ya habría tomado una decisión, estaba seguro, ya habría encontrado la mejor solución que pudiera haber. Envidió su valentía, su fuerza y su coraje. Paradójicamente, no habría sido así si hubiera siquiera intuido por donde iban los tiros. Ni en mil años habría imaginado lo que Paola empezaba a tramar, ni en mil años se le habría ocurrido pensar en una idea tan descabellada como la que acababa de concebir su amiga.

La noche hacía mucho tiempo que había sembrado de sombras la casa. Sonaba el viento contra las ventanas y se colaba por debajo de la puerta, pero todavía era un viento templado. José dormía en el suelo de la habitación de sus hijos y Paola, esperando que el cansancio y la seguridad que le proporcionaba un techo seguro, a pesar de la siesta, mantuvieran a su hermano en los brazos de Morfeo, decidió hablar con Manuel.

Dio tres golpes suaves en la trampilla y esta se abrió. Desde allí la ayudó a alzarse cogiéndola con fuerza por los brazos y cerraron de nuevo. Apenas se movieron, el crujido de las maderas en el silencio nocturno retumbaba por toda la casa. Adrián se inclinó, quería saludarla con un beso, pero Paola le rechazó con dulzura. Instantes después, ante la decepción que leyó en su mirada, fue ella la que se acercó y le rozó los labios y él se conformó.

—¿Entonces has podido hablar con Feliciano?

—¡Menudo pájaro! —fue su respuesta—. Quiso engañarme hasta que pronuncié tu nombre. Hubiera querido no tener que hacerlo, pero…

Y en pocas palabras le contó lo sucedido y el dinero que había obtenido, sin olvidar mencionarle que el candelabro entero tenía mucho más valor.

—Seguro que está completo, estoy convencido de que es un robo. Alguien quería fugarse con todo esto cuando le sorprendió la muerte, lo que más me extraña es que no hubiese un cadáver a su lado, tal vez la bolsa quedó cubierta y el dueño a la vista.

—Quizás lo había. Nosotras tiramos de la mochila y no miramos más, pero estaba bajo una montaña de escombros pegada al edificio.

Manuel asintió pensativo.

—¿Y qué te parece lo del lingote? Por más vueltas que le doy no encuentro una razón lógica. Estas cosas suelen estar en los bancos, nadie guarda un lingote de oro en casa ¿o sí? Será muy complicado deshacernos de algo que, aunque tiene muchísimo valor, es muy peligroso.

Paola apenas escuchaba el parloteo incansable de su amigo, suspiró, estaba a punto de verbalizar su decisión, sabía que caería como una lluvia de piedras, por lo que intentaba escoger las palabras con cuidado.

—Manuel —susurró al fin y por su gesto supo que se avecinaba algo importante. Calló y se dispuso a aguantar lo que viniera.

—Dime.

—Quiero irme de aquí.

Él la miró sin comprender, pero Paola no le dio tiempo a reaccionar porque siguió hablando.

—Quiero reunir todo el dinero que podamos vendiendo las joyas y después quiero escapar de esta ratonera. Ya no puedo más, tengo que cerrar este capítulo de mi vida y empezar lejos, fuera de todo este odio, de este rencor, de esta violencia. Nunca me lo planteé porque era imposible, pero ahora…

Calló y tomó aire mientras se enfrentaba a los ojos de su amigo que la miraban incrédulos.

—No sabes de lo que hablas, ni siquiera lo imaginas, te moverías con dos perseguidos, es muy peligroso, demasiado arriesgado y más con dos niños.

—Tres, no dejaré atrás a mi pequeña Paola. La recogeremos camino de Portugal, que será nuestro destino.

El miliciano enarcó las cejas y pensó por un momento que su amiga no se encontraba bien.

—¡Es una locura!

—No hay prisa, tenemos tiempo de planearlo bien, hay que vender todo poco a poco, sin levantar sospechas.

Manuel la miró, su expresión era obstinada, extendió el brazo y ella volvió a acurrucarse en su pecho. Quedaron en silencio unos minutos.

—Son demasiados kilómetros y luego la frontera. No sé si puedo enfrentarme de nuevo a todo eso, es mucho peor de lo que puedas imaginar.

—Ahora no estarás solo, iremos de la mano —Paola le impidió decir las palabras que volvían a asomar a su boca poniéndole un dedo en los labios—. Lo necesito Manuel, necesito sentir que todos estáis a salvo. Siguen los fusilamientos, se sigue apresando a hombres y mujeres, sigue el hambre y las enfermedades. Todo es igual de horroroso. ¿Qué crees que pasará si te descubren aquí? ¿Y qué vida tendrás si no te descubren? No hay solución, amigo mío, no la hay. Mira a mi hermano, es casi un niño, sólo se ha dedicado al campo, a ayudar a mi padre ¿qué mal ha hecho para merecer este exilio?

Manuel sabía que tenía razón en todo, pero se confundía en un detalle. Su temor no era por él, él cruzaría mil veces las fronteras, caminaría lo que fuera necesario, se expondría a los peligros que se pusieran en su camino, pero lo haría de nuevo solo. Su miedo nacía precisamente de ella, de lo que supondría poder perderla ahora que estaba tan cerca. Tomó su barbilla y levantó su cara. Aún tenía restos de haber llorado, pero vio en aquellos ojos pardos una determinación imposible de doblegar. Había asistido a la gestación de esa imprudente idea desde su atalaya, había observado cómo se rehacía después de la tormenta, de la derrota y el miedo, como llegaba a la conclusión de que había que arriesgarse, matar o morir, ese le había dicho que era su lema.

—¿Estás segura de que quieres arriesgarte y arriesgar a tu familia emprendiendo ese viaje?

Ella asintió con contundencia. Se sentía más fuerte rodeada de aquellos brazos y así se lo transmitió.

—Empezaremos a planearlo en secreto tú y yo. Aún queda mucho por hacer, pero con dinero todo es más fácil ¿no crees? —sonrió con amargura a sabiendas de que se estaba embarcando en una aventura cuyo desconocido final podría convertirse en tragedia.

Manuel suspiró, se llevó la mano al cabello y se arrepintió de antemano de aquella locura. La besó, no se le ocurría mejor contestación a esa pregunta sin respuesta. Paola devolvió el beso. Sabía que Adrián seguía allí, entre ellos, no la dejaba abandonarse, pero también era consciente de que todo sería más fácil lejos de los recuerdos, las ausencias y los dolores. No era culpabilidad lo que había en su corazón, ese sentimiento se había ido diluyendo como el recuerdo de su esposo, era más bien el respeto a su memoria, a su casa, a sus hijos, lo que la frenaba. Pasaron un rato reconociéndose, rescatando antiguas sensaciones olvidadas en un pasado que, aunque no fuera lejano, estaba en otro mundo al que ya no pertenecían. Por fin Paola, con un gran esfuerzo, se separó de aquellos brazos y Manuel la dejó ir porque sabía de sus dudas y de la lucha interna que soportaba.

—Voy a dormir, mañana tengo que llevar la Virgen a la señora María y me cuesta un buen rato llegar allí.

—Con el dinero que vas a sacar podrías dejar de danzar por una miserable propina.

Ella le miró con condescendencia.

—Parece mentira que seas un militar ¿No os enseñan estrategia a los soldaditos? —supo que ella sonreía—. No, Manuel, tengo que seguir con mi vida como siempre. Agradeceré la

propina como siempre, pasaremos penurias como siempre, recogeré madera para el invierno como siempre. Ni un ápice de mi rutina variará, nadie sospechará nunca lo que me propongo. El dinero lo esconderás aquí arriba y sólo se utilizará cuando nos vayamos.
Él asintió, posiblemente otra vez la prudencia de Paola fuera lo más conveniente y su estrategia más certera y segura. Se levantaron tratando de no hacer ningún ruido y Manuel se acercó a ella, le quedaba algo por solucionar, algo a lo que había dado muchas vueltas. La incertidumbre ya empezaba a hacer mella en él.
—Me gustaría pedirte un favor.
—¿Un favor? Tú me dirás
Manuel ya le había hablado de Pablo y Sonsoles, someramente había contado su periplo por Francia y lo absurdo de su decisión de volver, ahora estaba intranquilo, lo que se encontró en España distaba mucho de lo que habían creído entender por la propaganda. Muchas noches tenía pesadillas con su amigo, pesadillas en las que veía a Pablo y a su mujer frente al pelotón de fusilamiento mientras sus hijos lloraban. Nunca había creído en premoniciones ni santería, pero la pesadilla recurrente lo tenía preocupado. Y sabía cómo localizarlos.
—Me gustaría que cuando vayas a la ciudad busques a mis amigos y me cuentes cómo se encuentran.
—Madrid es muy grande y está derruida, no sé si lo recuerdas —sonrió con ironía, pero Pablo no lo podía ver—. Si no tengo señas…
—Sé cómo llegar a ellos. Hay una pequeña casa que fue su residencia antes de la guerra en el barrio de la Guindalera. Pablo me dijo que dejaría allí su dirección debajo de un azulejo naranja que está entre los marrones que sostienen la verja, hace años tuvo que arreglarlo y no encontró de ese color, por eso es distinto a los demás. No debes coger el papel, sólo memorizar lo que ponga y dejarlo en el mismo sitio, su hijo Agustín también conoce el escondrijo.
Paola aceptó y Manuel, esperando que no tuviera nuevos inquilinos, le dio la dirección. Le quedaba un poco apartado de su recorrido habitual, tendría que seguir el arroyo Abroñigal hasta la Plaza de las Ventas y desde allí subir por Alcalá, pero no le importó.
—No te preocupes, me las arreglaré con o sin vecinos. Al fin y al cabo, no tengo ni que entrar.
A la mañana siguiente madre e hija salieron con su Virgen a cuestas, pero en vez de dirigirse a casa de la señora María, se desviaron hacia la plaza de Manuel Becerra. La niña le advirtió que por allí no se iba, pero su madre la tranquilizó explicándole que tenían que hacer un recado antes.
La casa estaba deshabitada, tenía un diminuto jardín lleno de maleza rodeado de una verja tan baja que cualquiera podía meterse dentro. El azulejo naranja era llamativo y desentonaba con el resto. Se dirigió allí con determinación, dejó la imagen en el suelo y disimuló como si tuviera algo que le molestara en un pie. Su hija la miraba desconcertada, pero estaba acostumbrada a las rarezas de su madre, por lo que su instinto le dijo que se pusiera delante para cubrir de miradas indiscretas lo que hacía.
Vio cómo levantaba un azulejo y sacaba una pequeña caja de lata oxidada, dentro había un papel amarillento que su madre tardó un segundo en leer. Después volvió a depositarlo en la caja, ésta en el hueco y por último colocó encima el azulejo que encajó con un clic.
—¡Ya está! —Paola se levantó con decisión, tomó de nuevo la imagen y se dirigieron hacia la calle Serrano.
—¿Qué era eso? —preguntó la niña muerta de curiosidad.
—Es un secreto, hija, ahora no puedo contártelo, pero pronto lo sabrás todo.
Y con esas enigmáticas palabras continuaron su camino.
La señora del Viso ya hacía alarde de su embarazo. Un vientre muy abultado la precedía en su lento caminar. Le había confesado a Paola que estaba un poco asustada, pues no eran pocas las posibilidades de que un parto se complicara y eso significaba un sufrimiento que se sentía incapaz de superar, por eso, en cada visita, le rogaba una y otra vez que le relatase cómo se producía el alumbramiento. Su amiga trataba de tranquilizarla, de asegurarle que todo saldría bien, que dispondría de un médico y una matrona para ayudarla y que no olvidara que era una mujer fuerte. Cuando le hablaba con esa delicadeza veía que sus

pupilas se dilataban, que su cuerpo se destensaba y respiraba con más tranquilidad. Rezaba con premura, como si necesitara más tiempo para la batería de preguntas que tenía preparadas en cada ocasión. Muchas veces Paola no podía por menos que reír, pues María no parecía percatarse de que ella no tenía más conocimiento que los partos de sus tres hijos. Las cuestiones médicas que algunas veces planteaba se quedaban sin respuesta.

—Mire señora, no tiene por qué preocuparse, ya tendrá tiempo de hacerlo si surge algún problema. Ahora disfrute de lo que tanto ha anhelado. Además, esto ya no tiene solución, es como cuando uno se lanza al vacío, no hay vuelta atrás. El bebé saldrá, con su miedo o sin él, no va a quedarse ahí dentro.

Y así se les pasaba el tiempo entre confidencias que cada vez eran más íntimas, tanto que en alguna ocasión llegaban a ruborizarse. A pesar del dinero, María no tenía con quién compartir sus incertidumbres, ni sus anhelos, ni sus miedos; su marido estaba demasiado ocupado con sus negocios y sus politiqueos y cuando le asaltaba una duda, él sonreía y le decía que eso era cosa de mujeres y que él no podía ayudarla. Ante el desconcierto de su esposa, le prometía algún regalo, y siempre terminaba la conversación aseverando que su hijo no daría problemas. Y esa era otra de las preocupaciones recurrentes de la futura madre, el miedo a que fuera una hija y su marido la detestara por ello.

Aquellas visitas le servían de desahogo, y contaba con tristeza que cuando salía con su esposo a los distintos eventos, las conversaciones eran protocolarias, encorsetadas en unos parámetros de los que era imposible salir sin que las demás señoras te señalaran con el dedo, haciendo que tu marido fuera significado a su vez. Y esa era una de las razones por las que no tenía amigas, no contaba con ninguna mano generosa y desinteresada que tranquilizara su alma, que la guiara, sólo aquella mujer que traía la Virgen era capaz de escuchar con discreción sus problemas, sin juzgarla. De ahí la importancia que para ella tenían sus charlas con Paola.

Aquella tarde María le obsequió con un café que le pareció lo más exquisito que había probado en su vida y con unas pastas que había hecho su cocinera que tenían un delicioso sabor a mantequilla. Antes de irse, sacó el paquete de comida correspondiente que cada vez era más abultado y que cada vez le costaba más encajar en el cajón, también envolvió unas pastas y se las metió en el bolsillo de la falda.

—Para los niños. He leído que el azúcar es bueno para el cerebro —. Y se despidió.

Paola salió hacia la cocina y la señora María, con las manos en la espalda, levantando su vientre, se quedó mirando cómo se alejaba por el pasillo. Había encontrado un motivo para despedir a Herme, esa bruja cotilla y delatora, que espiaba cada uno de sus pasos, por fin se sentía mucho más tranquila en su propia casa. Apreciaba a Paola, la apreciaba de verdad, lástima que no fuera de su mismo nivel, hubieran podido llegar a ser muy amigas. Recordó entonces con tristeza las palabras de su marido la última vez que Herme le fue con el cuento.

—En cuanto nazca el niño no quiero ni Vírgenes ni mendigas ni trasiego de comida. Las obras de caridad las haces como las demás, fuera de casa.

María no había defendido su amistad con Paola, sabía que su marido había tenido mucha paciencia con ella y lamentaba de antemano lo que era más que probable que ocurriera. Pero aún quedaba tiempo para el parto, ya vería cómo se las ingeniaba cuando el niño estuviera en casa, tal vez estuviera en lo cierto, quizá no tuviera tiempo para nada más.

Según llegó donde la esperaba Carmencita, sacó una pasta del bolsillo y se la tendió. La niña se la llevó a la boca, la saboreó y le brillaron los ojos.

—¡Está riquísima! — dijo con la boca llena— ¡Nunca había probado nada igual!

Paola metió la mano en el bolsillo y le dio otra, lo que la niña recibió con una alegría desbordante. Siguieron su camino, esta vez con la bolsa de los trastos vacía y la cabeza llena. Paola daba vueltas y más vueltas a su plan, del que cada día estaba más convencida. Los niños no recordaban el sabor de la mantequilla, del azúcar, de un simple dulce, les faltaba inocencia y les sobraban calamidades. Estaba claro, se decía una y otra vez, que no desaprovecharía esa oportunidad que el destino había colocado en su camino, sus hijos tendrían un futuro lejos de allí, comerían galletas e irían limpios, dormirían con sábanas y acudirían al colegio y, si no fuera así, se dejarían la vida en el intento. Empezaba a trazar su estrategia y el primer paso estaba claro, recoger a su hija del pueblo. Su madre ya había

cargado con esa responsabilidad demasiado tiempo, había llegado el momento de recuperar a su pequeña.

35

Paola aprovechó que José estaba con los niños en el patio para hablar con Manuel. Dio tres golpes tenues y el miliciano abr la trampilla y sacó la cabeza.

—¿No nos estamos arriesgando demasiado? El día menos pensado la liamos.

—Tenía que hablar contigo. Todos están en el patio, si escuchamos cualquier ruido diré que estoy descansando y tú simplemente vuelves al tejado sin hacer ruido —. Se tumbó en la cama como si reposara.

Manuel dejó caer la trampilla hasta sujetarla con algo que Paola no pudo distinguir y que sólo le permitía sacar la cabeza.

—Ya tengo la dirección de tus amigos, pero no me puedo presentar allí sin más, no están los tiempos para fiarse de extraños que uno no conoce.

Él supo que tenía razón, pero no sabía cómo facilitar el encuentro.

—Sólo se me ocurre que les hables de mí, que digas mi nombre, que les cuentes que llevé a su hijo pequeño y todas esas cosas que te he contado. Si te dan con la puerta en las narices, al menos sabré que están aquí.

—Me las apañaré.

Se hizo un silencio que Manuel supo interpretar.

—Pero hay algo más, algo que te preocupa ¿verdad?

—Sí. Quiero recoger a mi hija pequeña antes de irnos, pero no sé muy bien cómo hacerlo.

Manuel calló un segundo mientras pensaba. Era muy peligroso, pero estaba claro que no se iría dejando a su hija atrás. Paola le oyó suspirar.

—Lo mejor sería recogerla durante la huida, tu pueblo está relativamente cerca del camino que tomaremos para pasar a Portugal, es muy arriesgado, pero es la mejor opción. Ir ahora sería una locura, supuestamente tu hermano está aquí, contigo, para ayudarte, sería una provocación aparecer allí sola. Podrían detenerte y después acompañarte para detenerlo a él.

Paola tomó aire, cerró los ojos un instante y asintió.

—Tienes razón —aceptó decepcionada. Había abrigado la esperanza de tener a la niña en sus brazos en pocos días. El miliciano sintió el desencanto en sus palabras.

—Entiendo tu desilusión, pero no podemos hacer las cosas a la desesperada, has sido capaz de esperar todo este tiempo, sólo tienes que tener un poquito más de paciencia, es por la seguridad de todos. —razonó.

Ella se disponía a replicar cuando oyeron que la puerta de la cocina se abría, Manuel cerró la trampilla con cuidado de no hacer ruido.

—¡Mamá! —Adrián apareció sonriente, pero al ver a su madre tumbada cambió el gesto asustado— ¿Qué te pasa?

No estaba acostumbrado a ver a su madre en la cama y pensó que estaba enferma.

—Nada, hijo, estoy descansando un poco. ¿Qué querías? —preguntó, el niño volvía a sonreír confiado.

—El tío José ha hecho una cosa increíble, ven y lo verás —. La diminuta mano infantil asió la de su madre y tiró de ella como si tuviera fuerza suficiente para alzarla. Ella se levantó sonriéndole con ternura y se fue con él. Manuel, desde su escondrijo, sintió una triste envidia que le revolvió el alma.

El otoño ya empezaba a pintar los primeros matices en la ciudad, y no sólo por las hojas que comenzaban a alfombrar las polvorientas aceras, sino por los días más breves y las noches más frescas. Paola se había puesto el jersey negro que había encontrado en la mochila, había salido a llenar los cubos de agua y al sentir que las temperaturas habían bajado, lo buscó y se lo colocó de cualquier manera. Le quedaba un poco grande, pero estaba nuevo y abrigaba. Se acopló la falda y se ciñó el hacha. No se acordaba de la última vez que se había mirado en un espejo, pero supuso que debía de tener un aspecto horrible. No le importó demasiado, tenía preocupaciones más perentorias y urgentes que mejorar su aspecto, aunque bien era cierto que, si alguien llamara a su puerta con esas trazas, probablemente ni

le abriría.

Suspiró, cogió la bolsa, que tintineó cuando chocaron las piezas del candelabro que aún estaban por vender, y salió. Esta vez Carmencita se quedaba en casa, los asuntos que se traía entre manos no eran para compartirlos con una niña, por muy madura que fuera, porque podía ser peligroso y ya estaba harta de exponer a la criatura a situaciones arriesgadas. Tampoco quería tener que dar explicaciones sobre lo que llevaba en la bolsa, todos en aquella casa parecían haber olvidado la mochila que desapareció de debajo de su escondite sin dejar rastro. La llegada de su hermano José había alterado la rutina y el recuerdo del macuto había pasado a un segundo plano. Pensarían que tenía cosas para vender en el mercado negro y de eso siempre se preocupaba ella, pero nada digno de mención.

Primero visitó a Feliciano, que esta vez la recibió con una sonrisa. Su ayudante, al verla llegar, avisó a su jefe inmediatamente, así que cuando la campanita sonó, el joyero salía de la trastienda con gesto meloso.

—Buenos días, señora —saludó.

—Buenos días —contestó con sequedad, no podía olvidar cómo trató de engañarla la primera vez.

—Supongo que me trae las otras piezas del candelabro.

Paola asintió y fue sacándolas de la bolsa una a una y colocándolas con cuidado sobre el mostrador. El joyero comprobó el material con el mismo aparato de la vez anterior y entró en la trastienda. Instantes después salía con las primeras piezas y escogiendo con cuidado cada una, fue montando la obra completa.

—Muy interesante —susurró— muy interesante. Es una gran pieza. He hecho averiguaciones para recabar información sobre su valor, y al parecer es alto. Sin embargo, como no disponemos de ninguna documentación… porque no disponemos de ningún documento que diga que el candelabro es suyo ¿verdad?

Paola negó.

—En ese caso —continuó—, hemos de venderlo en otros circuitos menos… cómo le diría yo… menos habituales… no sé si me entiende.

—Hay que ponerlo en circulación en el mercado negro, quiere decir —Estaba cansada de los circunloquios de aquel sujeto.

—No quería ser yo tan explícito —y soltó una carcajada—, pero veo que está bien informada.

—Lo que quiero saber es cuánto está dispuesto a pagarme, dónde lo venda y cómo me trae sin cuidado —. El gesto del joyero no le gustaba en absoluto, crispaba sus nervios y no se fiaba de él ni un pelo.

Feliciano cambió de actitud, le disgustaba el tono de aquella mujer estrafalaria.

Con el primer precio que le ofreció, Paola, sin decir una palabra, recogió sus piezas y volvió a colocarlas en la bolsa. Estaba dispuesta a marcharse cuando el joyero la retuvo.

—¡Espere! Podemos adecuar el montante un poco más.

Ya estaba harta, ese tipo la trataba cómo si fuera idiota y de idiota ella tenía muy poco. Odiaba el regateo, no se le daba bien, pensaba que las cosas tenían un precio y era eso lo que esperaba, un precio adecuado, nada de engaños ni trapicheos y tampoco le sobraba la paciencia. Se volvió, cogió aire y lo miró fijamente.

—Mire, yo no he venido ni a perder el tiempo ni a que me trate usted como si fuera boba, he venido a ganar dinero igual que lo hace usted. Si va a seguir por ese camino, recojo y no vuelvo más. Ya le dije que tengo otras cosas… un buen precio me daría la tranquilidad de seguir haciendo negocios con esta joyería, pero hay otros muchos, no lo olvide. Si estoy aquí es por el Portugués…

—Entienda…—interrumpió su discurso.

—No, se equivoca, la que tiene que entender no soy yo. El Portugués está dispuesto a darse una vuelta por aquí y tal vez prefiera tratar con él.

Desconocía la relación que habían tenido los dos hombres, pero echó un órdago esperando que funcionase y cuando vio cómo Feliciano tragaba saliva, supo que había dado en el clavo, no quería tratos con él más allá de los negocios.

A partir de ese momento, todo cambió. Ajustaron un precio que a Paola le pareció

desorbitado, pero simuló que no le había convencido totalmente y el joyero se disculpó aduciendo que se tendría que arriesgar en esos circuitos fraudulentos de los que le había hablado. Finalmente se dieron la mano y la mujer recogió todo el dinero, más del que jamás hubiera visto en su vida. Por un breve instante sintió una punzada de arrepentimiento, su génesis católica le susurraba que no estaba bien, que aquello era fruto de un robo, pero sólo tardó un segundo en apartar ese absurdo pensamiento, se trataba del futuro de todos los que ella amaba y la mochila no tenía dueño.

Al salir de la joyería se coló en el zaguán de un edificio destartalado y oscuro. Sacó una bolsa de tela cosida a su falda y escondió el dinero, dejando algo fuera por si la asaltaban, se lo había aconsejado Manuel, si no encontraban nada, los ladrones se ponían furiosos, era mejor darles un señuelo.

Antes de salir miró a derecha e izquierda y cuando se sintió segura abandonó su escondrijo para coger el tranvía que era la forma más rápida y segura de volver a su hogar. Había evitado ese medio desde que Adrián no estaba, le provocaba demasiada nostalgia, y cuando entró, la añoranza se le hizo casi insoportable. Pagó y se sentó tratando de dejar a un lado la tristeza, pero su memoria, desbaratada y llena de recuerdos, voló y se escapó por la ventanilla por la que no dejó de mirar hasta que llegó a su parada. Después caminó apresurada, nadie a su alrededor, a lo lejos vio la colonia, su hogar y por fin se sintió a salvo.

Por la tarde, después de dejar el dinero a buen recaudo con Manuel, se dirigió a casa de Pablo y Sonsoles. No sabía cómo presentarse, estuvo ensayando todo el trayecto, pero cuando se encontró frente al portal, seguía con la mente en blanco. Estaba segura de que ni siquiera le abrirían la puerta y, si lo hacían, se la cerrarían inmediatamente en las narices pensando que era una mendiga. La bolsa que llevaba colgada del brazo tintineaba con cada movimiento, había recogido materiales inservibles por el camino, no sólo para seguir con su rutina, como le había contado a Manuel, sino porque le daba una seguridad falsa y absurda de cotidianidad. Por si todo salía mal.

Subió los escalones con parsimonia, con esa necesidad de no llegar y de que a la vez pasase todo aquello. Una vez en el rellano, hizo varias intentonas de llamar, pero no se decidía. Por fin se obligó a que sus nudillos golpearan la puerta. Oyó unos pasitos cortos y rápidos al otro lado de la puerta y ésta se abrió despacio para que tras ella apareciera un niño de unos nueve años, cara llena de pecas, ojos avispados y pelo rapado. Antes de que Paola pudiera decir una palabra, desde el interior de la casa, una voz femenina le habló con contundencia.

—¡Jesusín! ¿Cuántas veces te tengo que decir que no abras?

Por el pasillo apareció una mujer entrada en años, enjuta y consumida, que cogió al pequeño de la mano y lo colocó a un lado, fuera de la mirada de aquella mendiga.

—No tenemos nada para darle, lo siento.

Paola levantó el mentón, se sintió herida en su orgullo y estuvo a punto de darse la vuelta, pero en el último momento se controló cuando Sonsoles ya cerraba.

—¿Es usted Sonsoles?

La puerta se volvió a abrir despacio y la mujer la miró con desconfianza.

—¿Quién lo pregunta?

—Me llamo Paola y soy amiga de Manuel, él es quien me ha dicho que viniera a verlos.

—No sé de qué Manuel me habla —contestó con rotundidad dispuesta a cerrar de nuevo.

Paola pensó que últimamente nadie parecía conocer a nadie en aquella ciudad comida por el miedo. No se fue inmediatamente de allí porque se lo debía a su amigo, pero estaba cansada de tener que dar tantas explicaciones y aún le picaba el orgullo.

—Me refiero a ese Manuel que cruzó a Francia con ustedes, el que cargó con su hijo pequeño, el amigo de su marido que, si no me ha informado mal, se llama Pablo, Pablo Martínez. No sé si necesita alguna otra reseña.

Sonsoles miró de arriba a abajo a la mujer que estaba ante ella, la que había confundido con una mendiga que pedía limosna y decidió que no tenía pinta de ser peligrosa, dudó, le había dado demasiados detalles. Aun así, no tenía todas consigo.

—Pase —dijo al fin con sequedad.

Paola la siguió por un pasillo que parecía perderse en un infinito de oscuridad y puertas cerradas, pero entraron en la primera sala que se abría a la derecha. Le recordó su casa. No había visillos, en el centro una gran mesa desvencijada, varias sillas desiguales y un viejo

aparador con velas en una esquina, todo eso conformaba el escaso mobiliario. Aún no habían abierto la boca cuando una muchacha de unos veintitantos años entró decidida e iba a preguntar quién había llamado cuando se frenó en seco y miró con curiosidad a la recién llegada.
—Usted dirá —dijo la mujer de Pablo y se sentó en una silla e invitó a Paola a sentarse con un gesto. María lo hizo en silencio y Jesusín se colocó en las rodillas de su hermana.
—Soy amiga de Manuel, le conocí mucho antes de que comenzara la guerra. Él…
—Manuel me llevó en brazos cuando yo me cansaba —Jesusín intervino en la conversación y calló en cuanto su madre le dedicó una dura mirada de reproche.
—¿Cuantas veces he de decirte que los niños callan en las conversaciones de mayores? Ve con tus hermanos.
—Pero yo…
—¡Que no te lo tenga que repetir!
Enfurruñado abandonó la habitación murmurando, pero no obedeció, no fue con sus hermanos, se quedó en el pasillo para escuchar. Sin embargo, María que le conocía bien salió tras él y le obligó entre quejas a alejarse.
—Disculpe, está un poco asilvestrado.
Paola compuso una breve sonrisa, de eso también sabía mucho.
—Me decía entonces que conoce a Manuel desde hace mucho tiempo. ¿Y sabe dónde está ahora?
Paola dudó. La desconfianza era mutua y palpable en el ambiente y desvelar el paradero de Manuel era meterse ella sola en la boca del lobo. ¿Hasta qué punto podía confiar en esa familia? Según su amigo eran como la suya propia. Decidió ser sincera.
—Mire, no sé si lo hago bien o mal, pero Manuel es mi amigo —Sonsoles la miró con curiosidad y se preguntó dónde llegaba esa amistad—. Me ha dicho que para él son ustedes como su propia familia. Si por mi fuera no estaría aquí, no se lo niego, lo hago por él, pero una indiscreción podría traernos unas consecuencias nefastas.
Sonsoles asintió. Entendía lo que trataba de explicarle.
—Me parece normal que no se fie, hoy en día nadie confía en nadie, pero para su tranquilidad le diré que mi marido está en la cárcel esperando su ejecución, fue delatado, así que de indiscreciones sé bastante.
Un silencio se hizo entre las dos mujeres.
—Manuel está escondido en mi casa.
Sonsoles asintió con pesar.
—Es muy peligroso, imagino que lo sabe. Policía, guardia civil, y los que yo llamo advenedizos están a la caza.
Asintió de nuevo
—Dígale que para nosotros sigue siendo nuestra familia, que jamás podremos agradecer lo que hizo en los días de exilio. Me gustaría decirle que podemos ayudarle, pero ya ve cuál es nuestra situación, aunque de corazón le deseo lo mejor —se paró y reflexionó un instante, luego prosiguió—. Si le digo la verdad, ahora mismo no sé qué es lo mejor en estas circunstancias que vivimos, todo parece una maldita trampa.
Paola sopesó la posibilidad de hacerla partícipe de sus planes, pero lo desestimó.
—Siento lo de su marido —dijo a cambio— ¿Hay alguna posibilidad?
Sonsoles torció el gesto y se secó una lágrima con el dorso de la mano mientras su interlocutora esperaba que se recompusiera.
—No lo sé, hacemos todo lo que podemos y movemos todos los hilos que están a nuestro alcance, pero no sé si será suficiente. La noticia que me trae usted hoy me llena de pesar y probablemente no se lo diga a Pablo, él ya sufre bastante y creo que se aferra a la vida pensando que otros están a salvo, entre ellos Manuel. Si le dijera que está escondido esperando…
Calló, no quería seguir, el futuro que se le presentaba a su amigo no era nada halagüeño.
—Tengo que irme —anunció Paola.
—Dígale a Manuel que nos acordamos mucho de él, también dígale que aún no sabemos nada de Agustín y que aquí tiene su casa para cuando quiera —se frenó ante el absurdo y rectificó—, para cuando pueda. Le hablaré de su visita a Pablo porque sé que le gustará,

pero le mentiré… espero que lo entienda.
—Por supuesto y creo que Manuel aplaudirá también su decisión.
Las mujeres se dieron la mano, fueron hacia la puerta y entonces volvió a aparecer Jesusín corriendo por el pasillo y se colgó del brazo de su madre.
—¿Sabe dónde está Manuel? — preguntó.
Paola negó con una sonrisa y acarició la cabeza del niño sintiendo los pelos como púas.
—Manuel también es mi amigo, le estoy buscando y esperaba que tu madre me lo dijera, pero tampoco lo sabe —no quería que el niño pudiera decir a un desconocido algo inoportuno.
—Pues si le ve, le da esto de parte de Jesusín —contestó con ironía y le dejó en la mano una bolsa llena de lo que parecían piedras.
—No te preocupes, si algún día lo veo se lo daré de tu parte.
—Puede visitarnos cuando lo desee —Sonsoles abrió la puerta y le guiñó un ojo—, estaremos encantados de saber de usted y de lo que haya averiguado.
Se despidieron y Paola bajó las escaleras con un peso extraño en el corazón, no le gustaba ser embajadora de malas noticias y aquellas lo eran. Manuel sufriría por su amigo y eso le hacía sentir mal. Le hubiera gustado poder mentir como iba a hacer la mujer de Pablo, pero no se sentía capaz. Apretó con fuerza la bolsita que le había dado el niño, la llevaba aún guardada en el puño y había olvidado que estaba ahí. Abrió la mano y la miró, era de tela muy vieja y muy desgastada, tenía una cuerda deshilachada que la cerraba con un nudo. Lo deshizo y volcó sobre la palma el contenido. Efectivamente eran seis piedrecitas, tres eran negras y alguien las había tratado de tallar burdamente para que fueran circulares, las otras tres eran marrones e igualmente trataban de ser cuadrados. No entendió el significado, así que volvió a colocarlas en su sitio y cerró con cuidado la bolsa que se metió en un bolsillo.
Caminó despacio, tratando de disfrutar del frescor de la tarde que ya declinaba. Era curioso como todo permanecía inmutable, el sol, las nubes, el cielo… la naturaleza seguía su curso sin preocuparse de nada, sin importarle que las personas que se movían en su superficie fueran infelices. No recordaba desde cuando no corría por las calles de Madrid, había olvidado lo que era pasear, no ir preocupada de recoger nada, de proteger nada, de defenderse de nada. Ni siquiera el hacha, que se había convertido en una parte esencial de su atuendo, como la falda o el jersey, le pesaba ese día.
Tenía dinero, mucho, y posibilidades de conseguir más. Sabía que era un juego peligroso, que la envidia y la avaricia eran arriesgadas, pero se sentía capaz de llegar hasta el final. Vendería todo lo que pudiera hasta tener suficiente y después huiría, lejos, muy lejos, tanto como le llegara la imaginación.
Sin darse cuenta, sumida en sus pensamientos, dejó atrás los edificios y se internó en el campo. Al fondo se veía la farola de la esquina que, fijada a un muro, se alzaba frente a su casa. Era amarillenta y creaba un círculo de luz diminuto que alumbraba las dos paredes de aquel rincón, dejando el resto en penumbra. De repente, voces rotundas y gritos de angustia surcaron la noche, se detuvo paralizada conteniendo el aliento. Distinguió un motor en marcha y un segundo después unos faros iluminaron la puerta de su hogar y giraron. De forma instintiva se tumbó en el suelo, se arañó una rodilla por el ímpetu y se mantuvo alerta, pero el coche terminó de dar la vuelta y se alejó por la calle que arracimaba las viviendas. Todo quedó en silencio entonces, todo menos su corazón, que se aceleró desbocado, su mente era un hervidero de sospechas y se recriminó con inquina el haber tardado tanto en volver. ¿Y si Manuel…? ¡Dios mío! pensó, ¡Sonsoles! Una idea muy oscura cruzó su mente y la colmó de angustia. Sabía lo que había ocurrido, sabía que no tenía que haberse fiado. Probablemente ella le había delatado para conseguir sacar de la cárcel a su marido. ¡Maldita hija de perra! Se incorporó y salió corriendo a todo lo que daban sus piernas. la bolsa, de la que nunca se separaba, quedó abandonada en medio del campo.
Abrió la puerta de golpe y se dirigió precipitadamente a la cocina de donde salía la titilante claridad de una vela. Entró con tal virulencia que se encontró con los rostros asustados de los niños y las vecinas que la miraban sin comprender.
—¿Estáis todos bien? —dijo tomando aire.
La familia asintió.
—He visto el coche y he creído…

—No ha sido aquí —aclaró Pili con un hilo de voz.
—Han entrado en casa de Adán, el de la Luisa. Como siempre, han llegado dando voces, pero sólo estaba la madre, la señora esa, la coja que está medio loca ¿sabes de quién hablo? La Luisa.
Paola asintió.
—Hace meses que al hijo no se le ve, al parecer ha huido nadie sabe dónde. El caso es que la anciana se ha enfrentado con valentía a esos tíos, se ha puesto furiosa, les ha insultado… en fin un espectáculo. Pero han debido de pensar que no valía la pena molestarse con la vieja, simplemente la han empujado al interior de la casa, han amenazado con llevársela si no se callaba y aun así ella erre que erre. Yo creo que le han propinado algún golpe, pero al final se han aburrido y se han largado, esta vez sin presa.
Paola soltó el aire de golpe y con el pulgar y el dedo anular se apretó los ojos.
—Siéntate y toma resuello que menudo susto te acabas de dar —. Pili se levantó y le cedió su sitio. Los niños, una vez repuestos del sobresalto, siguieron comiendo como si nada.
—Esto no es vida —comentó Paola suspirando, ya más repuesta. Petra le sirvió un plato de un guiso que olía estupendamente y le acarició el pelo.
—Es lo que hay, no podemos hacer otra cosa hasta que todo se calme, si es que se calma algún día.
Pero ella no iba a esperar a que nada se calmase como refería su vecina, pensó para sí. Cada segundo que pasaba estaba más decidida a marcharse de allí cuanto antes.
Cuando acabó de cenar volvió a buscar su bolsa, lo que le llevó un buen rato porque con los nervios no recordaba dónde la había dejado y llegó a pensar que se la habían robado. Finalmente la reconoció en la oscuridad. En realidad, no necesitaba volver a por ella, nada de lo que contenía valía la pena, nada le iba a servir en la vida futura a la que se enfrentaba, sin embargo, era lo que hubiera hecho en otras circunstancias, habría recuperado los tesoros de su desgracia y era necesario seguir manteniendo la pantomima de la absoluta pobreza.
Cada día se hacía más complicado buscar un instante para comunicarse con Manuel, todo se había agravado con la llegada de José y hasta hacerle llegar la comida era una aventura. No sabía muy bien cómo tratar a su hermano, si como a una visita deseada o como a un perseguido. Si tomaba el papel de hermano, tendría que poder moverse libremente e incluso buscar empleo. Si decidía protegerlo de ojos extraños, en algún momento habría de hablarle de Manuel e incluso mandarle al tejado con él. No obstante, por lo pronto, mientras salía de dudas, le mantenía encerrado en casa.
—¿Crees que estoy en peligro? —le había preguntado una noche antes de acostarse.
Paola se encogió de hombros.
—No soy capaz de entender por qué alguien querría hacerte daño. Nuestro hermano luchó con el bando victorioso, lo que tendría que ser un seguro de lealtad, padre nunca se ha metido en berenjenales políticos y madre… ya me contarás. ¿Hay algo que yo no sepa?
El muchacho negó con la cabeza.
—Yo de esas cosas no entiendo nada, Manuel jamás habla de la guerra, nunca ha dicho ni una palabra y que sepa, no tengo problemas con nadie del pueblo, pero algo debe de haber.
Y así quedó todo, poco más se podía comentar. José era muy servicial y se llevaba muy bien con sus sobrinos, hacía todo lo que le mandaban, trataba de ayudar en todo lo que podía, pero Paola veía el pesar en sus ojos. Echaba de menos el lugar en el que nació, echaba de menos a su familia, a sus amigos… echaba de menos su mundo.
Una noche, en vista de que era imposible encontrar un momento de tranquilidad para hablar con su amigo, Paola esperó despierta varias horas hasta que comprobó que todos dormían. Ya era tarde cuando golpeó levemente la trampilla con el palo, deseando que Manuel aún estuviera despierto. Esta se abrió y asomó su cabeza con cuidado.
—Ayúdame a subir —susurró la muchacha.
La portezuela se abrió completamente y Paola desde la cama subió con la ayuda del miliciano.
—Creía que te habías olvidado de mí —fue lo primero que dijo—. Te has convertido en un brazo que me alimenta, esa mano es lo poco que veo de ti y te echo tanto de menos. No creas que no comprendo nuestra situación, es que la espera es larga sin nada que hacer y tu

ausencia me mata.
—No mientas — dijo Paola con gesto burlón — a ver si crees que no sé que me espías.
Si hubiera habido luz, habría comprobado cómo el rubor tintaba las mejillas del antiguo soldado y sus labios se transformaban en una sonrisa avergonzada
—¿Has encontrado a Pablo? —cambió de tema.
—Sí.
—¿Y?
—No son buenas noticias, te lo advierto —la diplomacia no era la característica más sobresaliente de Paola. El rostro de Manuel se ensombreció.
—Cuéntame lo que hayas averiguado.
Y Paola le contó la visita, la noticia del encarcelamiento de Pablo y su condena a la pena capital. Trato de ser comedida en sus palabras, pero hay noticias que no pueden suavizarse. Manuel estuvo en silencio unos instantes y su amiga pensó que estaba a punto de echarse a llorar, le cogió la mano.
—Sonsoles me ha comentado que están haciendo todo lo posible por conseguir que le conmuten la pena, hay algo de esperanza, no todo está perdido.
Pero él apenas oía nada. La condena se había clavado en su alma como un dardo envenenado que iba soltando la ponzoña lentamente. Paola se acercó un poco más y le abrazó. Él se dejó mimar, pero sin convicción, le faltaba el ansia de las últimas visitas, se había roto y lo había hecho en el más absoluto silencio, ni una queja, ni una lágrima, ni un grito, solo mutismo y oscuridad. Tanto luchar, tanto sufrir, tanto cavilar para volver a una patria que le obsequiaba con la muerte.
—Di algo, por favor, tu silencio me asusta.
Pero nada salió de sus labios, no eran palabras lo que necesitaba, lo único que podía calmarle era saber que su familia, la postiza, la del hambre y las calamidades, estaba a salvo. Y no era así.
—Manuel —Paola le acarició la cabeza—, no pierdas la esperanza. Aún hay posibilidades, seguro.
—No me engañes —su voz rasgó su propio silencio—, tu y yo sabemos cuál es su destino.
—No te engaño, de esperanza estoy curtida, de salir adelante, de no ver ni una luz, de sentir que no puedo seguir, de creer que no queda nada… de eso lo sé casi todo. Y te lo repito, no pierdas la esperanza, si Sonsoles no la ha perdido, tú no tienes derecho a hacerlo.
De pronto se acordó de algo.
—Alguien me ha dado un regalo para ti —se separó contra su voluntad de esos brazos que la abrigaban y rebuscó entre la falda—, por si te encontraba.
Manuel cogió la bolsa y sin abrirla la apretó con fuerza, y ahora sí, Paola vio correr unas lágrimas brillando por su rostro
—Jesusín... —susurró.
—Siempre hay esperanza —volvió a repetir. Ese niño espera que no lo olvides.
Y dejó que aquel hombre viajara a sus recuerdos, que dejara atrás aquel encierro, que abandonara el tejado de una humilde casa de Madrid y se internara en un pasado que Paola no había vivido junto a él y que no sabía qué le ofrecía, si dolor o felicidad.
—Solía jugar con él a las tres en raya, es un rabo de lagartija, pero el más gracioso y sin duda, el más valiente. Yo le hice estas piedras y él las ha guardado todo este tiempo.
—Les ayudaremos, entre todos conseguiremos que Pablo vuelva con su familia.
—No sé cómo, cariño. No sé cómo.
—Con dinero, ¿con qué va a ser? Y todavía no te permito que me llames cariño.
Manuel sonrió por primera vez desde que le había hablado de sus amigos y aquella madrugada le contó muchas más cosas de las que ya sabía. Le habló de los cigarrillos que fumaba con Pablo, a escondidas, en el campo de concentración y de la playa inmunda donde vivieron; de cómo, a pesar de lo que creían, fue esa familia la que le devolvió la vida al darle algo por lo que luchar. Hablaron y hablaron, entre risas y entre lágrimas, entre susurros y abrazos, cuajando de besos sus palabras. Ya amanecía cuando Paola se descolgó hacia su cama con el alma templada de un sentimiento que creía haber olvidado, de una necesidad de la que creía haberse despojado para siempre. Cerró los ojos y, sabiendo que Manuel velaba sus sueños desde las alturas, sonrió enamorada cayendo en un maravilloso

duermevela.

36

Paola siguió haciendo visitas al joyero y cuando apareció con las primeras piezas de oro, Feliciano silbó y se quedó mirando perplejo a aquella mujer que le había sorprendido tanto.

—Sé que no debo preguntar, aun así, me cuesta no poder saber de dónde ha sacado el Portugués semejante tesoro. ¿Lo ha robado?

Paola lo miró con gesto furibundo y soltó un resoplido.

—Efectivamente, no tiene por qué preguntar nada, pero por si le sirve de algo le diré que no es del Portugués.

Aquel hombre abrió los ojos desmesuradamente y ella levantó la barbilla con orgullo.

—Así que están haciendo de intermediarios de un tercero… eso es, como poco, muy interesante.

Paola estaba a punto de estallar al sentir que ese sujeto no la consideraba capaz de ser la dueña de toda aquella fortuna, pero consiguió frenar, cerró los ojos y se dominó. La soberbia estaba hablando por ella y sabía que era un defecto incontrolable y absurdo. Respiró profundo y asintió, lo que hizo que Feliciano compusiera una sonrisa de triunfo que a ella le recordó el hocico, en eterno movimiento, de las ratas.

—¡No me diga más! Ahora me encaja todo. ¿Un aristócrata venido a menos que se equivocó de bando? Imagino que le pagará unos buenos dineros porque lo que hace no está exento de peligro, no deja de ser una mujer sola, con joyas o con demasiado dinero en el bolsillo. En los tiempos que corren es muy arriesgado o, pensándolo bien, quizás es la mejor idea que se le haya ocurrido a nadie. Porque ¿quién pensaría que alguien como usted pueda llevar todo eso encima? —levantó los ojos de las alhajas y los fijó en ella. Paola creyó ver un halo perverso de avaricia cruzar sus pupilas y sintió repugnancia—. Quizá, si fuera un poco más inteligente, podríamos hacer negocios usted y yo, no sé si me entiende…

Aquella sonrisa le resultó tan amenazadora que decidió que ya sobraban las palabras y era hora de acabar cuanto antes.

—No, no le entiendo y no tengo interés alguno por hacerlo. Me gustaría que dejara esa cháchara absurda y me dijera qué me da por eso —contestó señalando lo que había en el mostrador y tratando de controlar la furia que estaba empezando a adueñarse de ella.

—¿Ya trae usted una idea aproximada de lo que puede valer? —preguntó como si no hubiera escuchado las últimas palabras.

Él sólo se estaba metiendo en la boca del lobo dando por sentado cosas que ella, en ningún momento, había afirmado. Era una gran oportunidad que el joyero pensara que venía de parte de alguien que sí conocía el valor de lo que quería vender. Sonrió para sus adentros.

—Por supuesto.

—Bien pues veamos. Esta esmeralda es soberbia… y el engarce… son unas piezas de gran valor, sí señor… aunque tenemos el mismo problema de siempre, en este caso agravado porque me temo que son piezas únicas.

Paola resopló, estaba harta de aquel sujeto. Tanta palabrería estaba minando su paciencia e iba a soltar un improperio cuando pronunció una cantidad que ella creyó haber entendido mal. Se trataba de una auténtica fortuna y sin pretenderlo, no pudo contener una exclamación de sorpresa.

—¡¿Qué?!

El joyero la miró muy fijamente, parecía querer fulminarla con la mirada, pero finalmente sonrió equivocado mostrando su cara más perversa.

—Ya veo por su expresión que le parece poco, pero su cliente tiene que comprender que son piezas a las que se les puede seguir el rastro. Habría que sacarlas al extranjero y ahora con la guerra en Europa…

A Paola le faltaba el aliento y no sabía por dónde seguir ni hasta dónde llegar. Deseó por un momento que Manuel estuviera a su lado y que juntos pudieran negociar. La cantidad que ese estafador le había ofrecido le había parecido desorbitada y aun así era consciente de que podía conseguir más. Le turbaba pensar que aún tenía más piezas y relojes, pero lo

cierto es que debía esforzarse por sacar lo máximo posible, aunque ante ella estuviera un rufián que no cejaba en su intención de engañarla.

—Si no me puede ofrecer más —consiguió normalizar su tono para dar realismo a sus palabras — me tendré que llevar las joyas y consultarlo con mi cliente.

El joyero pensó con rapidez y levantó una mano para frenar a su clienta que ya parecía estar dispuesta a recoger su mercancía. Se rascó el mentón, reflexivo.

—Veo que vienes bien aleccionada y al parecer es complicado poder regatear cuando ya tienes algo en mente. Un personaje astuto, ese individuo que te manda, sabe de tasaciones y ha elegido una buena intermediaria. En fin, te daré mi última oferta, por encima de ahí no puedo llegar, esta vez va en serio, y creo que es un muy buen negocio. Si no se ajusta a las expectativas de ese caballero puedes buscar quien te dé más, y le ofreció una cifra sensiblemente más alta que la vez anterior. Paola trató de serenarse, de digerir su inquina, de disimular su confusión, le hubiera golpeado cuando volvió a abrir la boca para pronunciar esa cantidad desproporcionada y, aunque cada vez la ira llenaba más su corazón, no dijo nada, simplemente aceptó.

El joyero se metió en la trastienda seguido por los ojos de su ayudante que no perdía ni una palabra de lo que se hablaba allí, algo que llenaba de intranquilidad a Paola, por más que Feliciano hubiera insistido en que era de fiar. Sin embargo, ella no se fiaba de nadie y menos de un desconocido y un golfo estafador.

Cuando tuvo el dinero en sus manos, sin poder evitar que le temblaran, salió de la tienda. Era una cantidad importante, no había visto tantos billetes juntos en su vida y tuvo miedo, mucho miedo. En su poder estaba el futuro de su familia y no dejaba de ser una mujer minúscula con un hacha en el refajo que nada tenía que hacer contra un hombre un poco entrenado.

Se coló con rapidez en el mismo edificio medio derruido como en ocasiones anteriores y se escondió tras una columna. Allí esperó en silencio, hacha en mano, con todos los sentidos alerta por si oía algo, por si alguien la seguía. Estuvo más de media hora esperando, pero nada ocurrió, así que repartió los billetes entre la bolsa de debajo de su falda, las bragas y el pecho. Iba incomodísima, el papel pinchaba su piel y tenía un miedo incontrolable de que algo se le cayera. Respiro hondo varias veces y cuando se sintió preparada, salió de su escondite y comenzó a andar con brío, directa a la parada del tranvía, sin dejar de mirar de vez en cuando con disimulo a su alrededor, acariciando el hacha por encima de la ropa para sentirse un poco más acompañada.

Observaba con recelo a la gente que se movía en torno a ella y cuando alguien se acercaba más de la cuenta se ponía tensa, después se relajaba al comprobar que seguían otro camino o pasaban delante de sus narices sin detenerse. Llegó a la parada casi a la vez que el tranvía y lo cogió, un joven tras ella subió casi en marcha. Era muy poca cosa y vestía ropas viejas y desgastadas, olía a agrio y por eso se alejó de él en cuanto pagó su billete, no reparó en Paola ni un segundo.

Al llegar a su destino se bajó y cuando ya empezaba a tomar la calle que desembocaba en la zona sin edificar que precedía su casa, algo llamó su atención. Se volvió y vio cómo el joven que casi se había subido en marcha, el que olía mal, salía en el último segundo del tranvía que ya se ponía en movimiento para seguir su camino. Se tensó, todo su cuerpo se puso alerta, pero no quiso delatarse, su mente empezó a trabajar a toda velocidad buscando alternativas por si aquello era una trampa. La primera, sin duda, era aminorar el paso y comprobar si la adelantaba, aún estaba en una calle donde el tráfico era fluido, carreteros, calesas, coches… vehículos a los que pedir ayuda en caso necesario. El joven también ralentizó su marcha. Aquello no vaticinaba nada bueno y el instinto de Paola le instaba a tomar decisiones. No podía atajar campo a través como hacía siempre, era peligroso, mejor torcer por la siguiente calle, aunque esta opción tampoco era demasiado segura. Era poco más que un camino de tierra prensada con casas dispersas, algunas incluso derruidas, que tampoco ofrecían mucho cobijo y por la que casi nunca pasaba nadie, menos a aquellas horas de la tarde. Parar tampoco era una opción, se arriesgaba a que la esperara más adelante escondido, llevarlo detrás le daba más oportunidades.

Se acercaba a la esquina y antes de doblarla metió la mano por debajo de su jersey y puso el hacha en una posición en la que fuera rápido y sencillo hacerse con ella. Apretó el paso y

giró. El joven no lo hizo, continuó calle abajo y un débil alivio suavizó los latidos desbocados de su corazón, pero cuando se volvió para ver si la seguía, comprobó que no le quitaba los ojos de encima y creyó detectar algo siniestro en esa mirada.

No bajó la guardia, sabía que el camino no era seguro y que seguir la calle le llevaría más tiempo puesto que la obligaba a dar un rodeo. No corría, pero marchaba a toda velocidad con el corazón enloquecido en su pecho. Matar o morir, matar o morir se repetía acariciando el hacha, esperando que, en cualquier momento, en cualquier esquina la asaltara amenazante ese monstruo que aún no tenía cara. Sin embargo, estaba equivocada, pues no llegó por dónde esperaba, sino que la pilló desprevenida atacándola por detrás. No lo vio venir, cuando se quiso dar cuenta ya estaba encima, simplemente sintió unos brazos que apresaban su cuello y apenas le dejaban respirar. Pensó que estaba perdida, no podía sacar el hacha en esa postura y la bolsa que siempre llevaba, volvía casi vacía, había llegado a la conclusión de que era absurdo cargar más de lo debido y no creía que pudiera funcionar como arma. Aun así, lo intentó e imprimiendo toda la fuerza que pudo, la lanzó hacia atrás con tan buena fortuna que algo de lo poco que llevaba le impactó en los ojos y tuvo que soltar a su presa maldiciendo y frotándose la cara.

—¡Zorra! ¡Serás desgraciada! ¡Te vas a enterar, hija de puta! —Era una voz profunda, como de tenor, una voz que contrastaba con el odio que destilaban sus ojos.

No se paró a escuchar los insultos, se dio la vuelta ágil como un gato y echó a correr. La adrenalina daba alas a su pierna, pero una vez pasada la sorpresa, aquel tipo salió en su persecución. Era más rápido y le comía terreno poco a poco. Paola sentía los billetes moverse en sus escondites, le molestaban y temía a cada paso que acabaran esparcidos por la tierra del camino, lo que le impedía ir más deprisa. Miró hacia atrás, lo tenía casi encima y decidió, con la desesperación de no encontrar otra salida, enfrentarse a él. Así que de un salto se volvió y se encaró. Cuando vio la avaricia en sus ojos, supo que el joyero estafador estaba detrás de todo, no era el tipo de víctima apetecible para un ladrón, su aspecto gritaba que vivía en la miseria, a no ser que alguien supiera más.

Una navaja brilló, los últimos rayos de un sol deslucido se reflejaron en su hoja y Paola tragó saliva con dificultad.

—Y ahora vas a ser una buena chica y me vas a dar eso que con tanto celo guardas —reclamó con una sonrisa felina y una boca de dientes amarillentos y descolocados que afeaba su rostro.

Paola dejó caer los brazos en señal de rendición, estaba demasiado lejos para su hacha, tenía que atraerlo y rezar porque el factor sorpresa jugara a su favor igual que había ocurrido en otras ocasiones. El joven se relamió y volvió a sonreír en señal de triunfo.

—¿Creíste que podrías escapar? —preguntó con condescendencia, con su voz de tenor, mientras se acercaba confiado.

Y cuando menos lo esperaba, el arma, que el hombre no supo de dónde había salido, se clavó en su hombro. Inmediatamente la liberó. Aunque Paola había tratado de imprimir toda la fuerza de la que era capaz, un movimiento en el último instante evitó que se estrellara contra la cabeza, siempre le ocurría lo mismo y eso restaba valor al efecto sorpresa. Le hizo un buen corte, pero no lo inmovilizó y, aunque ella aún tenía el hacha en la mano, el joven se apartó con rapidez para evitar el segundo tajo mientras gritaba toda clase de barbaridades contra ella. Su herida sangraba con profusión manchando su ropa, pero él no sentía dolor y sólo miraba a Paola con furia. De repente, se abalanzó sobre ella que levantó el arma de nuevo dispuesta a defenderse hasta la muerte. No hubo opción, antes de que pudiera darse cuenta, ese hombre con voz de tenor cayó al suelo inconsciente y segundos después una mano se posó en el hombro de la muchacha que se volvió levantando de nuevo el hacha dispuesta a seguir luchando.

—¡Eh, eh! ¡Tranquila que soy yo!

José estaba a su lado y el agresor en el suelo, inconsciente, con un fuerte golpe en la cabeza. Paola contemplaba todo sin entender. Miró a su salvador, miró al atracador temblando y, sin previo aviso, levantó de nuevo el hacha, enajenada, dispuesta a rematar el golpe. Su hermano se lo impidió sujetando su brazo.

—Déjalo ya. Vámonos a casa.

—Pero él …

—Da igual, vamos a casa. Este ya se ha llevado lo suyo.
—¿Cómo lo has hecho? —preguntó volviendo la vista, aún estaba conmocionada, el corazón acelerado.
José levantó la mano y dejó ver la honda, Paola asintió despacio, después la empujó suavemente tomándola del brazo para obligarla a que caminara.
—Vamonos ya, puede pasar alguien por aquí y no queremos líos ¿verdad? ¿Y desde cuando te paseas con un hacha en la mano?
Los dos se alejaron del agresor que seguía en el suelo con un feo corte en la cabeza y se escurrieron por el primer camino que desembocaba en la zona deshabitada que servía de atajo a su casa, saliéndose de la calle para evitar ojos curiosos.
—Lo del hacha es una larga historia, algún día te la contaré —iba recuperando el color— ¿Tú crees que está muerto?
—No —respondió con rotundidad—. Desgraciadamente se recuperará y perturbará a otras mujeres solas, sabe Dios con qué intenciones.
Paola no dijo nada, no quería inmiscuirle en sus negocios, al menos no por el momento. Apretaron el paso y José rodeó los hombros de su hermana fraternalmente, quería que se sintiera protegida. En su hogar toda la familia los esperaba impaciente y respiraron aliviados al verlos entrar por la puerta.
Después se enteró de por qué su hermano estaba allí, de por qué las vecinas habían salido por el campo, de por qué todo el mundo estaba preocupado por su tardanza. El promotor había sido Manuel que sabía los turbios asuntos en los que andaba, que conocía el peligro y que presintió que algo no iba bien cuando comprobó que tardaba demasiado en volver. Se puso en contacto con Pili, le rogó que saliera a buscarla y la vecina organizó todo, aunque se equivocó al pensar que Paola llegaría por el campo, como hacía siempre. El azar había vuelto a jugar a su favor, la destreza de su hermano con la honda había hecho el resto. La suerte, una vez más, había caído de su lado.
Feliciano había infravalorado la capacidad de una mujer como Paola, curtida en una batalla que, sin bombas ni armas, había sido tan cruel como el frente más sanguinario. Cuando su sicario apareció en la joyería con la ropa manchada de sangre, una fea herida en un hombro y un golpe que le hinchaba parte de la frente no daba crédito al desastre. Más atónito se quedó cuando le contó lo sucedido.

—¿Un hacha? —preguntó intrigado— ¿Sacó un hacha de su ropa?

El sicario asintió.
—Y alguien, al que apenas pudiste ver, te lanzó algo que te dejó inconsciente…
—Creo que fue una piedra.
—Seguramente el Portugués se lo esperaba —murmuró rascándose el mentón sin comprender cuánto se equivocaba—. Prepárate hijo de puta, prepárate porque te voy a cazar como a una rata.
El sicario le miró extrañado.
—¡No me refiero a ti, hombre! Ve a que te curen esa herida no se te vaya a gangrenar.
Cuando el matón salió por la puerta de la joyería la campanita emitió su sonido. Feliciano pensaba con rapidez, no todo estaba perdido, por aquella calle probablemente se dirigía a la colonia Mahou y tampoco había demasiadas casas en esa zona, todos se conocían. Sólo era cuestión de investigar, preguntar y esperar. La alimaña caería en su trampa tarde o temprano. Una sonrisa aviesa surgió de sus labios, hacía tiempo que no necesitaba una justificación a su maldad.

37

Pablo se había ido acostumbrando al horror de la prisión, aunque echaba mucho de menos a su amigo el doctor. Su pérdida, a pesar de tratarse de una alegría, le había enseñado a no encariñarse con los hombres que compartían su destino y, a excepción del maestro, no había entablado amistad con nadie más. Si ya era traumático ver partir a tantos hacia la muerte, haber conocido sus historias y sus esperanzas le habrían llevado a la locura. Pasaba los días reflexionando sobre Dios, sobre teología y sobre filosofía, tratando de recordar textos que había leído en su juventud y que algunas tardes, entre cigarro y cigarro, discutía con el maestro al que le gustaba más hablar de literatura.

Les comían los piojos y las chinches y los días que no les llegaban las raciones de las familias se alimentaban de un *aguachirri* repugnante , como lo definía el maestro, una suerte de caldo marrón con tropezones, que no acertaban a adivinar qué era, pues carecía de sabor. Les templaba el estómago, pero no les alimentaba. Si se hubieran tenido que mantener con esas raciones habrían muerto de inanición o de cualquier enfermedad de las que circulaban por aquel lugar siniestro, por eso los familiares, siempre que era posible, se abrían paso a codazos para poder hacer llegar algo a su esposo y padre.

Para Pablo, las visitas eran el momento más feliz en la rutina malsana de la prisión, cuando recibía noticias, cuando veía las caras de aquellos por los que soportaba aquella terrible situación. Le traían tabaco envuelto en papel y no había que ser muy astuto para darse cuenta de que lo conseguían en la calle, pero a él le valía, el tabaco era su único consuelo en las noches en las que se leía la lista de condenados. También le llevaban una especie de tartera con comida, que no siempre llegaba a sus manos y ropa limpia. Sonsoles no perdía la sonrisa en cada visita, no paraba de animarle, de prometerle que le sacaría de allí, pero Pablo sabía leer en sus ojos y la falta de noticias durante aquellos meses no auguraba nada bueno.

Recordaba que era martes, no solía preocuparse de en qué día vivían, pues allí todos eran iguales. Sin embargo, el día anterior le había visitado su hija Angelines y había mencionado que, aunque era lunes, su marido había tenido que ir a trabajar. La corneta sonó triste aquella noche, los presos se prepararon para ver aparecer a su verdugo y cuando éste surgió de la oscuridad, los nombres fueron desgranándose uno a uno, con ese recochineo que algunos carceleros imprimían a la inmundicia.

Pablo fumaba apoyado en la pared, la cabeza gacha y el corazón encogido, sin querer ser partícipe de cómo cada cual se enfrentaba a lo inevitable. El maestro a su lado murmuraba una letanía que nadie comprendía, quizá producto de la superstición, porque no era hombre de rezos. Y tras una de aquellas pausas crueles, cuando pensaban que ya había acabado la dolorosa enumeración, en la soledad y el silencio de aquellas paredes, retumbó su nombre, nítido, completo, brillante. Pablo Martínez Sanz. Siempre se había preguntado cómo afrontaría la muerte, si se derrumbaría, si lloraría, si se sentiría orgulloso. Quería prepararse, que la nada no le pillara desprevenido, pero en ese instante supo que nadie está preparado para conocer un terrible destino de antemano. Quizás, pensó en un remolino de angustia absurda, el problema radicaba en que nunca llegamos a conocernos completamente a nosotros mismos, y ante sucesos incomprensibles, no somos capaces de vaticinar nuestras respuestas por más lógicas que nos parezcan.

Pablo tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó con fuerza mientras miraba las pequeñas chispas que surgían de él antes de apagarse definitivamente. Tal vez era una similitud con su vida. Metió las manos en los bolsillos y se internó entre sus compañeros que abrían un pasillo para que saliera, donde el silencio aún era más denso, y de reojo vio al maestro caminando junto a él. Cuando ya no pudo continuar más a su lado le susurró, con lágrimas en los ojos.

—¡Ánimo, amigo!¡Ánimo Páter!

Pablo asintió, le hizo un gesto con la cabeza y se colocó junto a los demás reos. Nunca había visto llorar al maestro, ni siquiera cuando se fue el doctor, siempre pensó que su templanza contenía las emociones, pero en eso también se había equivocado. Para su perplejidad no

sentía nada, no tenía ni siquiera miedo, si se paraba a pensarlo, lo único que encontraba en su corazón era un inmenso alivio, no había sido consciente durante todos aquellos días de que ya estaba muerto mucho antes de que su nombre apareciera en la lista.

Pensó en Sonsoles, en sus hijos, pensó que ya no podría protegerlos nunca más y sintió la nada caer sobre él. Caminó porque todos caminaban, guardó silencio porque nadie hablaba, respiró porque no quedaba otro remedio.

Llegaron a un cruce de galerías, estaba oscuro, él se movía como en un sueño, como si nada de eso fuera real, arrastrando los pies por un suelo que parecía no sostenerle. Se habían parado, alguien le empujó. Gritaban nombres, volvían a decir algo, pero él ya había dejado de oír. Un nombre conocido resonó en su cerebro y le hizo reaccionar, lo estaban llamando. Lo oyó una vez más, con más nitidez y pareció que la bruma de sus ojos se disipaba.

—¡Pablo Martínez!

—Presente —acertó a pronunciar.

Una mano lo agarró de la manga y lo lanzó en una dirección distinta a la que seguían el resto de los presos. A su lado un muchacho sollozaba en silencio caminando junto a él. Pablo pensó que los estaban repartiendo en pelotones, pero no era capaz de entender cuál era el sentido de todo aquello. Cerró los ojos un instante y respiró profundamente. Estaba rodeado de cuatro carceleros y en el medio caminaban el muchacho, que seguía lloriqueando, y él. ¿Cómo va a ser nuestra muerte? se cuestionó angustiado. Le hubiera gustado preguntar para anteponerse a lo que les esperaba, pero sabía que era inútil.

La luz le deslumbró cuando alcanzaron una sala que tenía cuatro sillas colocadas contra la pared y una puerta en el lado opuesto. Los guardias no hicieron ningún ademán, simplemente les ordenaron que se sentaran. ¿Tortura? Se preguntó Pablo, ¿Les iban a torturar antes de matarlos? Un nudo de angustia mezclada con un pánico indescifrable le recorrió las entrañas y todo el alivio que había sentido al escuchar su nombre desapareció de golpe. El muchacho que lo había acompañado todo el trayecto había dejado de llorar, pero miraba desconfiado a su alrededor con los ojos hinchados.

—¿Qué crees…

—¡Silencio! —la voz del carcelero retumbó contra las paredes, el joven dio un respingo y en sus miradas Pablo contempló el terror.

Varios minutos después, la puerta se abrió y un militar salió por ella con un uniforme impecablemente planchado y unas botas relucientes. Después de meses en la inmundicia, Pablo envidió, en un sentimiento ridículo en aquellos instantes, el olor a loción y la pulcritud de su aspecto, él se enfrentaría a la muerte como un pordiosero. El soldado sostenía en sus manos unos papeles que parecía estudiar con detenimiento. Por fin levantó la mirada y la posó en los dos hombres que tenía frente a él. No había ni odio ni rabia en sus ojos, sólo indiferencia.

—Pablo Martínez ¿es usted? —y le señaló.

Pablo asintió y se levantó.

—Puede usted pasar.

Siguió al militar y entraron en una oficina. Para alivio del condenado, esa sala no tenía ninguna pinta de ser un lugar de tortura. El soldado dio la vuelta, se sentó detrás de un escritorio y dejó los papeles sobre él. Le indicó al reo que tomara asiento, cogió un cigarro y lo encendió. Pablo volvió a sentir envidia y miró con codicia el paquete de tabaco que descansaba junto a los papeles.

—Según los documentos que me constan…

El militar se puso a leer, ante el desconcierto del preso, un montón de órdenes, decisiones y fallos, de todo lo cual Pablo únicamente retuvo en sus oídos una frase, *han decidido conmutarle la pena de muerte por otra de treinta años ...*

Se quedó paralizado mientras aquel sujeto de forma interminable seguía leyendo, pero él no era capaz de escuchar ni una sola palabra más, se descubrió con perplejidad falto de sensaciones. Había soñado con ese día, con ese momento, con ese instante cada noche y ahora que llegaba, lo único que sentía eran unas irremediables ganas de llorar, pero era consciente de que no podía, por extraño que pareciera, sólo tenía ojos para el paquete de cigarrillos. No lo sabía, pero algo se había ido rompiendo con cada paso que le alejaba de la celda rumbo al paredón, a ese paredón que no entendía por qué, se disipaba ahora. Ya era

tarde para la alegría, para saborear la victoria, para el júbilo, porque esa noche su corazón había sido fusilado junto a los otros presos de la lista. Ni siquiera tenía fuerzas para sentirse a salvo y únicamente se le ocurrió pensar en los que sí habían seguido otro camino, el camino por el que él se sentía culpable, un sendero que sin duda transitaba hacia una muerte segura, el destino que le hubiera correspondido a él mismo, ese del que lo había librado un golpe de suerte

Cuando todo terminó le condujeron de nuevo a las celdas, creyó ver miradas acusadoras entre sus compañeros a pesar de que nadie se fijó en él más allá de observar su rostro desencajado, sus movimientos descoordinados y los murmullos que salían de su boca como una retahíla. Aún no era capaz de entenderlo, pero todo era producto de su imaginación, de su locura, de su incapacidad para frenar su descontrol. Y es que todavía no se había dado cuenta de que en aquel lugar nadie le conocía, nadie había convivido antes con él, nadie sabía de su suerte ni de su desgracia, porque aquella noche a Pablo le habían cambiado de galería.

Sonsoles había visitado con asiduidad al padre Nemesio en busca de noticias. Era consciente de que a aquel sacerdote le molestaba su presencia, aunque no entendía el porqué. Se suponía que eran los representantes de Dios en la Tierra y que por tanto se debían a los demás. Sin embargo, don Nemesio tenía otras aspiraciones y aquella mujer era la prueba palpable de que el obispo no le había tomado en serio, le había colmado de expectativas y al final, simplemente le había encargado un asunto de poca monta, ser el mensajero de un secreto que ni siquiera le había confiado, en relación a una pobre señora que, además, era pesada e insistente. Había cientos, miles de casos como aquel, y por más que lo intentaba no conseguía comprender el interés de su Ilustrísima por un asunto de ese tipo. En su amargura y alentado por su ambición, no había sabido leer entre líneas, no había traducido la premura del religioso ni su nerviosismo ni sus ojeras. No había sido capaz de comprender que incluso en lo más pequeño se puede esconder algo inmenso. Lejos estaba él de saber lo sumamente importante y delicada que era esa cuestión para don Marcelino que trabajaba a contrarreloj para salvar a su amigo y compañero del horror de esa muerte.

Un día, en una de esas insistentes visitas de Sonsoles, el sacerdote se enfadó.

—Si no viene a rezar a la Iglesia es mejor que se quede en casa, le he dicho un millón de veces que en cuanto sepa algo se lo haré saber.

Sonsoles le miró furiosa.

—Vendré las veces que haga falta, esto es la casa del Señor y usted no me puede impedir que entre.

El religioso bufó indignado.

—¡Pero si aún no sé siquiera si es usted creyente! ¿Es que no tiene nada mejor que hacer? Las mujeres se deben a una serie de obligaciones…

—¡No se le ocurra decirme lo que tengo que hacer! —Sonsoles levantó un dedo acusador— ¡Y claro que soy creyente! Aunque con sacerdotes como usted, con esa capacidad de ponerse en el lugar de los demás, se me quitan las ganas. Me soportará las veces que sea necesario ¿entiende? Mi marido se está jugando la vida y no voy a consentir que nadie me diga cómo tengo que actuar.

—¡Su marido es un comunista! ¡Quemaron iglesias y religiosos...

—¡Eso a usted no le importa! —le cortó levantando la voz— ¡Lo único que quiero es saber si tiene noticias! Lo demás me da igual.

—Está en la casa de Dios, por favor. Guarde un poco de decoro.

Sonsoles le miró con antipatía, se dio la vuelta y se fue maldiciendo entre dientes. No se fiaba de aquel sacerdote que ya se había dado a conocer, estaba claro que no le hacía ninguna gracia ayudar a un comunista y eso jugaba en su contra. Quizás estaba escondiendo las noticias, tal vez su alma era tan negra como su sotana. Al llegar a su casa decidió mandar aviso a don Marcelino, temía que por aquel cauce no le llegara ninguna nueva. No obstante, no hizo falta, a la mañana siguiente don Nemesio se presentó en su hogar y sin pasar de la puerta, le tendió una carta que tenía el sello del obispo.

El sacerdote se quedó plantado ante ella sin cruzar el umbral, le miró con desconfianza y le preguntó si quería algo más.

—La respuesta —contestó muy serio el cura.

Ella pensó un instante.

—Voy a leer lo que me dice el señor obispo y si necesita una respuesta no se preocupe, ya me pongo en contacto con usted, me acerco a la iglesia y de paso rezo —Le saludó y cerró la puerta dejando a don Nemesio en el rellano masticando su inquina.

Las piernas le temblaban cuando entró en el salón. Angelines llegó justo cuando leía la misiva y se puso detrás de su madre para poder enterarse también. En pocas palabras don Marcelino les informaba de que había conseguido que conmutaran la pena de Pablo a treinta años, lo que probablemente él sabría ya. Había tenido que remover cielo y tierra y de momento dejaría ahí sus pesquisas, no era cuestión de que nadie se preguntara qué hacía un obispo interesándose en la causa de un comunista.

Igualmente les comentaba que seguiría trabajando más adelante para poder sacarle de prisión, pero que de momento se daba por satisfecho. Sabía que las condiciones de la cárcel eran muy duras, pero Pablo habría de tener paciencia. Pedía también que le hicieran llegar su cariño, su ánimo y, aunque sabía que había abandonado el camino del Señor, le instaba a retomarlo. De cualquier forma, les indicaba que él no dejaba de rezar por todos. En la posdata les pedía encarecidamente que hicieran desaparecer la carta, nunca se sabía a qué manos podría llegar, si se quemaba, mucho mejor.

Sonsoles levantó los ojos del papel, los tenía anegados de lágrimas, aunque, después de tantos sinsabores, esta vez eran de alegría. Las dos mujeres se fundieron en un abrazo, Pablo estaba a salvo. Cuando llegó María y se enteró de la noticia no pudo evitar gritar de júbilo y bailó por la casa con todos sus hermanos como si se hubiera vuelto loca.

En la siguiente visita Pablo ya había cambiado de galería y ambos sabían lo que eso significaba. Sonsoles descubrió en los ojos de su marido algo que no recordaba haber visto en mucho tiempo, un soplo de esperanza.

38

—¡Cuéntame qué ha pasado! He oído lo que has dicho, pero no sé hasta dónde podías contar.

Era de madrugada. Todos dormían menos Paola y Manuel que estaban refugiados en el tejado tratando de poner en orden todo lo que había ocurrido. Ella le contó con todo detalle los sucesos de la mañana, a los demás les había tenido que mentir, hablarles de un robo frustrado y un intento de violación, no podía poner aún sus cartas sobre la mesa.

—Tendría que haber ido contigo, yo sabía lo peligroso que es ese hombre, aunque pensé que mi nombre tendría algún valor. Me equivoqué, le creí más honesto dentro de su negocio.

—Pues ya ves que no, al fin y al cabo, no es difícil unir cabos, te recuerdo que eres de los vencidos —la voz de Pola denotaba cierto temor—. Se habrá dado cuenta de que si me mandas a mí es porque tú no puedes ir, creo que de alguna forma hemos puesto a todos en peligro. ¿Vendrá a por nosotros?

Manuel sacudió la cabeza con pesar. Se sentía inútil.

—Seguro. La cantidad de dinero que te ha dado es lo suficientemente suculenta como para que no quiera dejarla marchar y si no le conozco mal, la posibilidad de verme entre rejas sería otro buen aliciente. No fuimos lo que se dice amigos, pero le paré los pies cuando aún tenía esa posibilidad, supongo que no me habrá perdonado.

Paola se acomodó bajo su brazo.

—¿Y cómo me dijiste que fuera a él si es tan peligroso? —preguntó. No lo entendía.

—Había que arriesgarse, era necesario convertir en dinero nuestro pequeño tesoro, no conozco a muchos que hagan lo que hace Feliciano y pensé que sabiendo que estaba yo detrás… pero está claro que me equivoqué —repitió con pesar—, no calculé bien mis posibilidades, aunque dudo que nos hubiera ido mejor con cualquier otro de estos estafadores profesionales que seguro que han surgido como setas en otoño para aprovecharse de la necesidad.

—¿Qué crees que debemos hacer?

Manuel pensó unos instantes, se sentía tan culpable de haber llevado la inseguridad a esa familia que llevaba maldiciéndose todo el día. Había sido un necio, había sobrestimado sus posibilidades pensando que era alguien que, para su desgracia, había dejado de existir hacía tiempo, alguien que no contaba nada para los demás. Si le pasaba algo a aquella familia, no se lo perdonaría jamás. Paola intuyó sus pensamientos.

—No es culpa tuya —y le acarició el rostro—, como tú bien dices, teníamos que arriesgar. Si no hubiera sido con éste habría ocurrido con otro, no te castigues. Desde que comenzó la maldita guerra no hemos tenido una vida normal, al menos he encontrado en ti un compañero de viaje y eso hace mucho más sencillo el camino.

Manuel la miró con ternura y no pudo evitar besarla.

El silencio se hizo fuerte entre ellos mientras se perdían en sus pensamientos.

—Creo que hay que empezar a pensar en organizar todo para la huida. No sé cuánto tiempo tardará ese malnacido en localizarnos, pero una vez que lo haga estamos perdidos. Si se entera, nos delatará.

Manuel había roto el silencio dando forma a las palabras que ambos ya conocían. Los sucesos de la mañana iban a desencadenar un río de peligros a los que no podrían enfrentarse, adelantar su marcha era la opción más razonable.

Paola tenía a su lado la caja con todo el dinero que había conseguido, la cogió y se la puso sobre las piernas, la abrió y se quedó maravillada de ver todos esos billetes.

—¿Has contado el dinero?

Manuel asintió.

—Hay mucho, muchísimo. Hay suficiente para empezar una nueva vida y aún tienes más joyas con las que negociar.

—Ojalá pudiéramos chascar los dedos y estar a salvo, utilizar el dinero y olvidar estos

malditos años —. Paola soñaba.
—No te hagas ilusiones, queda lo peor, cariño, queda conseguir despistar a un ejército completo. Tendremos que caminar kilómetros, pasar penurias, enfrentarnos a muchos peligros y no imagino qué más. Hemos de estar preparados, esto no es ningún juego, hay que pensar las cosas con mucho cuidado, los caminos a seguir, todo. Planear es lo más complicado porque de ello depende el éxito de una empresa como esta.
Ella se apretó aún más contra su pecho, había sentido un escalofrío recorrer su cuerpo, abandonar su hogar, aquellas paredes que habían protegido su infortunio le provocaba un profundo vértigo, era como dejar atrás el único lugar en el mundo donde encontrarse a salvo. Su amigo tenía razón, quedaba la parte más peligrosa, en la que se lo iban a jugar todo y su ejército sólo contaba con tres mujeres, dos hombres y dos niños, un contingente muy débil si se tenía en cuenta el que tenían frente a ellos.
—Seamos optimistas —la animó Manuel que temía se viniera abajo, aún no la conocía lo suficiente. Le tomó la barbilla entre los dedos y se la alzó—. Se puede conseguir, lo vamos a conseguir ¿eh?
Paola asintió y se apoyó de nuevo en su pecho, su mente ya estaba en funcionamiento.
—En primer lugar, hay que hablar con José, tiene que saber que estás aquí, tiene que participar en los planes.
—Por supuesto —aceptó Manuel.
—Los niños lo sabrán en el último momento, no dejan de ser niños y pueden comentar cualquier cosa que para ellos no sea peligrosa, pero que ponga en jaque toda nuestra organización.
El miliciano estuvo de acuerdo con ella.
—Y…
—Dejar de salir —Manuel cortó lo que iba a decir—. No puedes dejarte ver, es lo más peligroso, por esta zona no hay muchas casas y se tarda poco en preguntar y menos en localizarte.
—Tengo que ir a ver a doña María, aunque sea una última vez. Sería inaceptable no despedirme, ella nos ha mantenido a salvo con sus paquetes de comida y no hay que olvidar que su marido es alguien importante en las altas esferas y si se empeña, si piensa que puede haberme pasado algo y le da por indagar, es posible que intenten buscarnos antes de tiempo. He de dejar la imagen en su casa, no quiero que además de fugada me busquen por robo y sacrilegio.
Manuel la besó en la coronilla pensativo, el olor de su cabello tranquilizaba su alma.
—Me sigue pareciendo muy peligroso. ¿No podría acercarse una de tus vecinas? Me quedaría más tranquilo —concluyó.
Paola negó con la cabeza, escuchaba aquel corazón latir a distintos compases según de lo que estuvieran hablando. Cerró los ojos y se perdió un instante en aquel sonido tranquilizador.
—No pienso poner en peligro a otras personas, no me parece buena idea, pero te prometo que trataré de pasar desapercibida, iré con Pili en vez de con Carmencita y me vestiré como un hombre. Todavía queda algo de la ropa de Adrián, me estará enorme, pero puedo arreglar alguna prenda para ese día.
—¿Y qué diría esa señora cuando te viera aparecer con esas pintas? —razonó.
Ella suspiró. En su afán por tranquilizar a su amigo había olvidado lo fundamental y Manuel tenía razón, lo de vestirse de hombre era absurdo. Torció el gesto. Eso de jugar a espías ya empezaba a venirle grande. ¡Todo era tan difícil!
—Pero tengo que arriesgarme —dijo con tono de desaliento—. Se lo debo.
Casi había amanecido cuando Paola bajó a su cama, tenía que reconocer que la compañía de Manuel cada vez se le antojaba más imprescindible y no por la protección que pudiera ofrecer, sino por el sentimiento que iba naciendo en sus entrañas y que no acababa de explicarse. Le hubiera encantado seguir ahí arriba, acunada en sus brazos, planeando en susurros su partida. Había tenido que hacer un impresionante esfuerzo para separarse de su lado, porque lo que realmente le hubiera encantado habría sido encogerse en su regazo y dormir con él, junto a él, respirando ese aire viciado con aromas olvidados, pero había que ser cautelosos y permanecer en el tejado era un peligro innecesario.

Manuel la observó deslizarse en silencio y meterse en la cama mientras un vacío intenso y desgarrador se abría en su pecho, en ese mismo punto en el que instantes antes la cabeza de la mujer que amaba daba calor a sus entrañas.

A la mañana siguiente Paola no se movió, no preparó su bolsa, no llamó a Carmencita y ni siquiera se vistió para salir. Cuando sus vecinas entraron para cuidar de Adrián y la encontraron allí, sin trazas de moverse, se asustaron. No entendían qué ocurría y su primer temor fue que estuviera enferma o que hubiera caído en ese estado de desesperación que conocían bien después de los últimos acontecimientos, como el que había sufrido cuando dejó marchar a su hija. Paola estaba tan centrada en sus preocupaciones que no fue consciente de sus miradas de incertidumbre y cuando lo hizo decidió que había llegado el momento de explicar por qué aquel día iba a ser muy diferente. En primer lugar, les pidió que una de ellas volviera con Carmencita y Adrián a su casa, era muy importante que los niños fueran ajenos a lo que allí se iba a tratar, la hermana que se quedara en casa de Paola se lo contaría a la otra. Petra se ofreció a llevarse a los niños y Pili se quedó a la espera de las noticias, frotándose las manos nerviosa, sin intuir lo que se le venía encima, ni por qué tanto secretismo. Estaba en la cocina sentada junto a José cuando Paola apareció seguida de Manuel. El joven dio un respingo y Pili se llevó las manos a la boca confundida.

—Querido hermano, te presento a Manuel, un amigo que tenemos escondido en el tejado —dijo a modo de saludo ante el estupor del muchacho que se había puesto en pie de forma refleja.

El joven quedó desconcertado, sus ojos se habían abierto desmesuradamente e iban constantemente de su hermana al extraño y volvían de nuevo a su hermana. No le salían las palabras, no sabía qué decir, estaba petrificado, pero, sobre todo, cada vez era más consciente de que no tenía ni idea de quién era Paola. Abrió la boca y la volvió a cerrar. Sus pensamientos volaban desbocados, inconcretos, aturullados y no era capaz de ordenarlos en una secuencia lógica de palabras.

—No hace falta que digas nada, de momento sólo escucha y te contaré la historia —su hermana aprovechó el silencio para continuar.

—Manuel es un viejo amigo de la época en la que servía en Madrid, por aquel entonces su padre era el chófer de los señores y él participó en la guerra defendiendo a la República. Se exilió a Francia y cuando volvió fue perseguido y acabó llamando a mi puerta, a los amigos no se les niega la ayuda y lo escondimos. Además, le debemos mucho, gracias a Manuel y sus contactos hubo una época durante la contienda en la que no nos faltó la comida y esas cosas no se olvidan. Entre el tejado y el techo hay un espacio y ahí lleva encerrado desde hace meses, escondido del mundo, pero como comprenderás, los niños no saben nada.

Paola dejó de hablar y miró a José, este aún mantenía su silencio.

—Puedes confiar en él, te lo aseguro.

Manuel extendió la mano y José se la estrechó sin pronunciar una palabra.

—Y una vez que ya sabemos todos quienes somos, vamos al meollo de la cuestión, os voy a explicar por qué él está aquí y qué es lo que ha ocurrido.

Paola dudaba y sin darse cuenta comenzó a titubear porque no encontraba las palabras adecuadas para decir aquello que quemaba sus labios. Manuel le apretó el antebrazo y José miró ese gesto de cariño con cierta extrañeza, pero no dijo nada. Su hermana era una mujer adulta, aunque no le pareció bien esa familiaridad, seguía casada, aunque Adrián estuviera desaparecido. Al final, tras ese momento de inseguridad, decidió ir al grano y soltar las cosas tal y como eran. Se sentó, se recogió un mechón de pelo tras la oreja y suspiró.

—Corremos mucho peligro —comenzó por lo más difícil, Pili y José la miraron desconcertados—. Tenemos que irnos de aquí.

—¿Lo han descubierto? —José miró de soslayo a Manuel, pero Paola negó con la cabeza.

—No, no es por él. El asunto es mucho más complicado y necesito daros una explicación más detallada para que entendáis lo que nos ha llevado a esta situación. Hace varias semanas, uno de los días que fuimos con la Virgen a casa de la señora María, mientras me esperaba en la calle, Carmencita encontró una mochila bajo los escombros de un edificio medio derruido cerca de la calle Serrano. Le costó muchísimo sacarla de allí sin que la vieran y más aún nos costó llegar con ella hasta aquí, pesaba un quintal.

—¡Es verdad! Lo recuerdo —dijo Pili—, pero ya no la volví a ver y supuse que no tendría

nada de valor. De hecho, pensé en el trabajo tan inútil de traerla.
Paola se apretó los ojos con los dedos pulgar e índice, no le gustaban tantas interrupciones cuando se trataba de algo tan importante y tan difícil de narrar, al final acabaría por perder el hilo de lo que quería contar. Pili se dio cuenta y calló un poco molesta.
—El caso es que la mochila sí tenía cosas de valor, de mucho valor. Aparte de una pistola y mucho dinero inservible de la República, había muchas alhajas y además muy valiosas, oro, joyas con piedras preciosas y relojes del mismo estilo, sin olvidar un candelabro de plata enorme. Lo abrimos una noche Manuel y yo, una noche en la que no había nadie en la casa y, como comprenderéis, nos quedamos con la boca abierta.
—Al principio Paola no quería hacerse cargo, tenía miedo de los problemas que nos pudiera acarrear, pues posiblemente esa mochila fuera el resultado de algún robo u otra cosa igual de ilegal —continuó Manuel—, pero al final vimos una oportunidad de tener una vida mejor y decidimos quedarnos con ella.
—No sabíamos muy bien cómo convertir todo aquello en dinero, pero lo cierto es que hemos empezado a vender cosas en el mercado negro —completó Paola con un suspiro.
Pili no daba crédito a lo que estaba oyendo, pero su mente empezaba a atar cabos a toda velocidad. Su pie zapateaba el suelo sin control.
—No me digas más, niña, el ataque de ayer fue por eso, habías ido a vender algo —su vecina se levantó y se acercó a la puerta del patio, se quedó mirando un instante hacia afuera y de repente se volvió— ¡Tú no estás bien de la cabeza! Sabes de sobra que esa gente no se anda con tonterías, parece mentira que a estas alturas seas tan inconsciente y tú, Manuel, ¿cómo se te ocurre ponerla en peligro de esa manera?
—Fuimos a alguien de quien pensamos que nos podíamos fiar —se justificó ella—, pero nos equivocamos, después de las dos primeras veces me siguieron y casi me quitan todo.
—Por no decir que podían haberte matado —intervino José con el ceño fruncido rompiendo su persistente silencio
—¡Nunca hay que confiar en esa gentuza! Parece mentira, niña —repitió—, que no te lo imaginaras.
Paola asintió, tampoco había que dar demasiados detalles sobre las visitas a Feliciano y de dónde había salido la información.
—Siento lo que ha pasado, eso ya no tiene solución, probablemente fue una mala idea, pero lamentarse no lleva a ninguna parte —Manuel no quería extenderse en las explicaciones, ya bastante culpable se sentía como para remover más la porquería.
Pili se sentó de nuevo y fue Paola la que se levantó, los nervios no le dejaban permanecer quieta. Mientras tanto, José pensaba en el segundo detalle que le volvía a llamar la atención con respecto a su hermana y a ese tal Manuel. ¿Por qué la llamaba Pau? ¿Qué nivel de confianza había entre ellos? Se mantuvo en silencio una vez más.
—Fui a una joyería que regenta un individuo que era conocido de Manuel, un lugar donde de forma ilegal se pueden poner en el mercado negro piezas como las que tenemos nosotros. Son piezas únicas, reconocibles y, por tanto, según hemos podido saber, hay que sacarlas al extranjero. El caso es que vendí el candelabro y me dieron mucho dinero, más del que he visto en toda mi vida —Paola también miraba por la ventana del patio añorando antes de tiempo todo lo que había sido su mundo—. Como las cosas iban bien, me llevé un puñado de joyas. La cantidad que me ofreció ese tipo era astronómica, para marearse. Supongo que en los círculos donde se mueven las personas que llevan esas cosas, los precios serán absolutamente normales, pero para nosotros es una fortuna.
Se volvió, tomó un vaso y lo llenó con el agua de una jarra que había sobre una repisa. Miró a Manuel buscando no solo su complicidad, sino también su aliento. A lo lejos se comenzaron a escuchar unos truenos, se acercaba una tormenta, la luz que entraba en la cocina desde el patio de repente se esfumó y los grises se comieron el espacio. Manuel sonrió a Paola y la invitó a seguir, quedaba la peor parte.
—Pues bien, después de pagarme por las joyas alguien me siguió e intentó quitármelas, ahora ya sabéis el verdadero motivo de la agresión. Si ahí acabara la historia, si con dejar de aparecer por allí desapareciera el problema, no os habría tenido que reunir aquí. Lo realmente peligroso es que mucho nos tememos que este fulano no se va a quedar de brazos cruzados, no va a parar hasta que no recupere su dinero, que en realidad es nuestro

dinero, y no sólo eso, es muy posible que pretenda localizar y después delatar a Manuel a las autoridades. En estos tiempos que vivimos no hay mejor manera de limpiar las fechorías pasadas.

Pili soltó un gritito de angustia y se llevó las dos manos a la boca como si quisiera evitar que todo el pánico que sentía en esos instantes se desbocara sin control e inundara el ambiente.

—¿Y cómo sabe ese que Manuel está aquí? —José aún no era consciente de la envergadura de lo que su hermana estaba insinuando.

—Porque casi se lo dije yo —contestó Paola.

—¿Como que casi? —la interrogó. No era hombre de acertijos.

—Para evitar que me estafara, que eso es lo que pretendía en un primer momento, le dije que venía de su parte —. Y apuntó a Manuel que levantó las cejas en señal de disculpa.

—Así que ahora sabe que o bien lo escondes tú o bien sabes dónde está escondido.

Paola se sentó derrotada y miró a cada uno a los ojos buscando una comprensión que sólo halló en los de Manuel.

—Eso es. Precisamente de eso se trata, estamos en un buen lío ¿Por qué crees que he dicho al principio que corremos peligro?

—Y ahora ¿qué vamos a hacer? Si no he entendido mal —Pili estaba pálida como una hoja de papel blanco, pero trataba de que no le temblara la voz—, estamos en el punto de mira de un estafador y sus secuaces, que buscan robarte el dinero que has sacado por una mochila que a su vez robasteis. Y también en el de las autoridades que van a saber que hemos escondido a un rojo en el tejado de la casa durante meses. Creo que estamos realmente jodidos.

Todos la miraron sorprendidos pues no estaban acostumbrados a oír en sus labios esas palabras tan soeces.

—Pili, la mochila no es robada, estaba enterrada bajo un montón de cascotes y no tiene ninguna identificación que nos sea útil para su devolución.

—¡Ya! —contestó y un cierto sarcasmo asomó a sus pupilas.

Paola no estaba diciendo toda la verdad, en realidad no habían estudiado detenidamente los papeles y los documentos que había dentro de la bolsa, pero prefirió no entrar en más polémicas.

—No tiene lógica discutir ahora por eso, lo hecho, hecho está, para bien o para mal, el caso es que nos quedamos la mochila y ahora es nuestra —zanjó Manuel el tema.

—¿Qué opciones tenemos entonces? —preguntó José un poco atemorizado también.

Paola cogió aire y se dispuso a soltar la bomba. La expectación que estaban despertando sus palabras tensaron todo su cuerpo y supo que si tomaban la decisión no habría marcha atrás, que todo lo que conocían quedaría enterrado por mucho tiempo. Sintió miedo.

—Deberíamos irnos de aquí.

Pili la miró desconcertada.

—¿Irnos a dónde?

—Fuera del país.

—¡Pero si medio mundo está en guerra! ¿Tú has perdido la cabeza? ¿No has tenido bastantes bombas, ni bastantes muertes, ni bastante sangre? Es obvio que os habéis metido en un buen lío con el estafador ese, pero tendremos que solucionarlo de otra forma, el remedio no es salir corriendo a la desbandada como si fuéramos pollos descabezados. Mi hermana se muere si le cuento que quieres que abandonemos nuestra casa.

—Habíamos pensado en Portugal, es neutral —indicó Paola mirándola fijamente.

—¿Y qué mierda se nos ha perdido en ese país? ¿Me lo quieres explicar? No conocemos su idioma ni sus costumbres y yo no quiero moverme de aquí — había levantado tanto la voz que Paola le indicó que la bajara, se acercó a ella y la abrazó. Pili se echó a llorar y su vecina tuvo que contener el impulso de abandonar y ceder.

—No nos queda más opción, en serio. Siento haber metido la pata de una manera tan absurda, siento haberos puesto a todos en peligro, lo siento mucho, pero os voy a sacar de esta, lo prometo —acariciaba el pelo de su vecina que sollozaba sin poder controlarse—. No podemos permanecer aquí a la espera de que nos maten, nos detengan, nos interroguen o vaya usted a saber. Sería un auténtico martirio quedarnos a esperar a ver qué pasa.

Tenemos todo ese dinero, podemos utilizarlo y sé que nos abrirá un montón de puertas y aún nos quedan más cosas para vender.

—¿Y no te podría ayudar la señorona esa de la Virgen a través de su marido? Has dicho mil veces que es un tío muy influyente —propuso su vecina hipando entre llantos.

Paola negó con la cabeza, ni siquiera era necesario verbalizar lo que todos ya sabían, Manuel no podía darse a conocer sin ir a juicio.

Pili siguió sollozando muy bajito y dejó caer la cabeza contra el hombro de su amiga.

—¿Estás segura de que es la única opción? —preguntó de nuevo José. Miraba a aquella mujer llorar y sentía que su deseo de volver pronto al pueblo estaba cada vez más lejano.

—Sí, hermano, creo que es la única posibilidad de mantenernos todos a salvo.

Manuel permaneció en silencio porque no le correspondía a él solucionar aquellos problemas relativos a unas emociones que no compartía. Desde un punto de vista pragmático, él creía que iban a vivir infinitamente mejor en el país vecino que en el propio, las condiciones en España eran muy difíciles, muy adversas para ellos, con restricciones de todas las libertades, con hambre, con corrupción, con miseria y miedo. Poco se imaginaba él hacia dónde se dirigían.

Sin embargo, cuando terminaron los lamentos y todo quedó dicho, se sintió en la obligación de aclarar algo fundamental.

—Lo que tenemos por delante es un camino durísimo, no exento de riesgos y sin la seguridad de que todo vaya a llegar a buen puerto. No será nada fácil salir del país y menos sin la documentación correcta, como me ocurre a mí. Habrá que asumir que en un determinado momento tendremos que movernos al margen de la legalidad, por lo que hay que planear todo al máximo, hasta el último detalle, va a ser muy complicado y tal vez no lo consigamos todos, pero hay que intentarlo.

Paola lo miró molesta, había sido un varapalo para la familia saber lo que les esperaba y no le pareció adecuado echar más leña al fuego. No era necesario soltar toda la información de golpe, pero Manuel no entendió aquella mirada y se disponía a seguir cuando ella le interrumpió.

—No le hagáis demasiado caso, es un cenizo. No digo que vaya a ser un camino de rosas, pero tampoco hay que sacar las cosas de quicio. Tenemos dinero para hacer un viaje cómodo. Primero pasaremos por el pueblo, despediremos a los padres —miró a José— y recogeré a mi pequeña Paola, si las cosas están tranquilas allí puedes quedarte si no vendrás con nosotros, luego seguiremos adelante y cruzaremos la frontera.

Manuel nunca había sido partidario de esconder la realidad y aunque no estuvo de acuerdo con las últimas palabras de su amiga, calló prudentemente. Jamás había tenido a su cargo otras personas que no fueran soldados y con estos él siempre procuró ser sincero, hasta cuando comprendió que no tenían salida o cuando supo que todo estaba perdido. Hubiera tenido el mismo comportamiento con esa familia para que estuvieran preparados, para que supieran que estaban asumiendo un enorme riesgo. Su pelotón arrastraba dos niños, con lo que eso conllevaba, dos mujeres ya con cierta edad, un muchacho que tal vez no fuera con ellos y Pau. Era mejor que supieran sus posibilidades desde el primer momento porque ello les permitiría decidir. Una vez que se pusieran en marcha, no habría vuelta atrás.

Aquella misma mañana, cuando los niños volvieron a casa, mientras Petra hacía la comida con ojos inquietos y Pili la ayudaba sin pronunciar una palabra, mientras José recogía en el patio unas uvas que no se venderían en el mercado negro y Manuel había vuelto a su encierro, Paola escribió una carta a su familia en la que sin dar ningún detalle les informaba de que el sábado del segundo fin de semana de octubre, al caer la tarde, visitaría la casa familiar para recoger a la pequeña Paola y traerla de vuelta a Madrid.

Manuel, desde su escondite, entre las tablas del suelo, la miraba escribir concentrada, con la atención puesta en cada palabra que sus manos dibujaban y un recuerdo lejano y difuso, perteneciente a otra vida, llena de otros personajes, le vino a la mente y se sintió triste. Ya no era su pequeña Pau, ya no era la inocencia y la bondad, no era la sonrisa fácil ni la cháchara continua, ni la ilusión desbordada ni la curiosidad, ya no era la que había sido y nunca sería lo que fue. Se maldijo una vez más por tanto pesar. No se merecía vivir esa vida llena de penurias, de peligros, de sinsabores, de horror y con una punzada de desesperación se prometió en ese instante tratar por todos los medios, a través de su amor,

de devolverle, aunque sólo fuera una milésima parte de lo perdido.

Ya oscurecía y no había dejado de llover en toda la tarde, todo rezumaba añoranza en aquella casa y un silencio extraño señoreaba el hogar. Ni siquiera los niños hacían ruido, Adrián tirado en el suelo, con un montón de piedras se contaba una historia que nadie más que él comprendía, Carmencita leía una vez más el único libro que había en la casa, ese con el que su madre le había enseñado a leer, José andaba haciendo mosto con las uvas en la cocina y Paola cosía pensativa nuevas prendas para los niños de los retales que había podido conseguir.

Sonaron las llaves y Pili entró a toda velocidad quitándose el pañuelo que llevaba en la cabeza, lo sacudió un par de veces para eliminar la humedad y lo dejó colgando del respaldo de una silla. Se sentó junto a Paola y ésta percibió el aire fresco que emanaba su vecina y sintió un escalofrío.

—Dice que ella no se mueve.

Dejó la costura y se volvió mientras se mordía el labio con preocupación.

—¿En serio?

—Y tan en serio. Dice que de su casa no la mueve nadie, que vosotros podéis marchar si queréis, que lo sentirá mucho, pero que ella se queda.

—Es peligroso Pili, muy peligroso. Todo el mundo sabe que somos una familia, que comemos juntos, que nos movemos juntos, que compartimos todo. Si vienen a por nosotros y no estamos ¿a quién crees que detendrán? ¿a quién interrogarán?

Pili asintió con pesar. Suspiró y se soltó una horquilla para volver a colocarla con cuidado, abriéndola con la boca, para que sujetara el mechón que se había soltado de su pelo.

—¿Y qué quieres que haga? Llevo intentando convencerla toda la tarde, pero ella no se baja de la burra. Incluso me ha llegado a decir que me vaya yo, si tantas ganas tengo, que ella sabe cuidarse sola.

Paola siguió cosiendo, era un antídoto contra las preocupaciones mantenerse ocupada. Su mente trabajaba a toda velocidad, de ninguna de las maneras contemplaba dejar a sus amigas allí, pero tampoco se le ocurría cómo convencer a Petra, era muy cabezota cuando se lo proponía.

—¿Y si voy a hablar con ella?

Pili negó con determinación.

—Me parece que por hoy ya ha tenido bastante conmigo, creo que en la cena no habría que sacar el tema y mañana lo volveremos a intentar.

—Está bien, seguramente tengas razón.

—Pero…

Dejó la frase sin terminar, aunque Paola inmediatamente intuyó las siguientes palabras.

—Lo entendería —dijo por toda respuesta.

—Es mi hermana, siempre hemos estado juntas, no me separaría de ella por nada del mundo, por más que me doliera.

El silencio volvió a adueñarse de todo y Pili se levantó a preparar la cena. Últimamente no había que preocuparse de la comida, todos los días había algo que llevarse a la boca, con dinero todo era mucho más fácil. Trataban de ser discretos, de que nadie notara el cambio, pero era grato no tener que preocuparse de ello. Paola fue tras su amiga y ambas trabajaron sin dirigirse la palabra.

Habían hecho una sopa con verduras y pollo, podían comprar cosas mejores, pero sería un alarde absurdo, aquellas pobres gentes no tenían más que hacer que mirar a todas horas tras los visillos. El pollo lo había traído Paola en su bolsa de desechos como un trasto más, al igual que las verduras, algo que no llamaría la atención de nadie. Media hora después, Petra entró con cara de pocos amigos y se sentó con los demás, los niños no sabían muy bien qué pasaba, pero intuían que algo no iba bien, por eso aquella noche se mantuvieron callados comiendo la deliciosa sopa con la cabeza gacha. Después recogieron todo y Carmencita y su hermano se fueron a dormir. Petra, Pili, Paola y José quedaron en la cocina a la luz de las velas. El silencio era muy incómodo y de vez en cuando se oía un suspiro o un bostezo, pero nadie sabía qué decir.

—Imagino que os habrá dicho mi hermana que yo no me voy a ir a ningún sitio —Petra por fin se decidió.

Paola asintió y José la miró confundido.
—No es muy razonable, Petra.
—¿Y qué consideras tú razonable? ¿Largarnos a sabe Dios dónde? Al menos aquí lo conozco todo.
Pili miró a su vecina con disgusto.
—Es peligroso quedarse —insistió.
—¡Pero si yo no he hecho nada! ¿Quién te manda a ti a meternos en tus problemas? —su tono demostraba la cólera que la invadía.
—Lo siento, Petra, lo siento muchísimo. Siempre he hecho las cosas pensando en todos, esta vez simplemente me equivoqué.
—¡Me equivoqué, me equivoqué! —se burló amargamente—. Y ¿dónde nos deja eso a los demás? ¿Fue tu amigo el del tejado quien te lo aconsejó? ¿Fue él, que ya está cansado de vivir en una ratonera?
—¡Basta ya, hermana! —Pili salió en defensa de su vecina—. No es justo que te pongas así con la niña. Si hemos sobrevivido ha sido gracias a ella y tú lo sabes. Si tienes miedo y no quieres irte lo entiendo, yo me quedaré contigo, pero no puedes acusarla de hacer algo para perjudicarnos.
—Así que te pones de su lado, ya tardabas en demostrarme tu desprecio —la melliza se levantó.
—Yo nunca he querido hacer mal las cosas…
—Tú eres igual de mala que ésta —y señaló a su hermana— igual de egoísta, igual de soberbia.
—¡No te consiento…
Pero Pili no pudo seguir, Carmencita con ojos de sueño acababa de hacer acto de presencia y miraba sin entender a las tres mujeres, era extraño verlas discutir y no comprendía qué pasaba. Su madre, sentada aún en la silla, con la cabeza entre las manos, ni siquiera se había percatado de su presencia, pero levantó los ojos cuando su vecina calló.
—¿Os estáis peleando?
—¡Oh! No, no, no —dijeron al unísono. Las tres mujeres dulcificaron el gesto como si estuvieran programadas y se acercaron rápidamente a la niña que no se había creído nada.
—¡Os estabais peleando! ¡Lo he oído desde el cuarto! —afirmó con obstinación.
—Pero ya se nos ha pasado —Pili contestó antes de que nadie dijera nada.
Carmencita las miró escéptica, no parecía que estuvieran diciendo la verdad y torció la cabeza.
—No quiero que discutáis —dijo por fin— tenemos que estar todos juntos y llevarnos bien, mamá siempre me lo dice cuando Adrián y yo regañamos, somos nuestra única familia y si estamos aquí es porque cada uno de nosotros hemos puesto de nuestra parte ¿verdad que siempre nos dices eso?
Las tres bajaron la cabeza, la niña tenía toda la razón, si estaban vivas era porque cada una había cumplido su cometido.
—Ve a la cama, hija, te prometo que se acabó la discusión —Paola se levantó y se acercó a la pequeña, le dio un beso en la frente y la empujó levemente para que se fuera. Después se volvió y con los ojos brillantes abrazó a cada una de las hermanas.
—Si no quieres venir estás en tu derecho, no será nada fácil la huida y ni siquiera puedo asegurar que tengamos éxito. Tampoco sé a lo que os enfrentáis quedándoos aquí. Siento en el alma que estéis en esta situación por mi culpa, me encontraré vacía sin vosotras y jamás podré agradeceros lo que habéis hecho por mi familia, pero no debo ser egoísta.
Paola se separó definitivamente de ellas que la miraban con ojos indecisos.
—Que sepas que si voy no lo haré porque tú me lo pidas, iré porque Carmencita necesita alguien con dos dedos de frente a su lado ¡Odio que me ocultes las cosas, niña! —anunció Petra componiendo un gesto de fastidio.
Así que ese era el problema, ahora lo entendía, su vecina se sentía dolida porque había sido ninguneada, porque se habían tomado decisiones sin tener en cuenta su criterio, decisiones importantes que afectaban a su vida. Probablemente sí se había comportado de forma egoísta y soberbia, había dado por sentado que su decisión se asumiría sin más, y era lógica la respuesta de aquella buena mujer. Volvió a abrazarla.

—Lo siento, lo siento en el alma. A veces actúo de una forma horrible —le susurró al oído. Petra se separó y le colocó el pelo tras la oreja.

—No sé qué ibais a hacer sin mí —concluyó levantando los hombros.

José asistía a toda aquella palabrería sin entender nada. No compartía esa emoción, no alcanzaba a comprender por qué antes no y ahora sí, no entendía los abrazos, los perdones, las tímidas sonrisas, se sentía un extraño que viviera al margen de aquella familia fraguada en las penalidades y en la miseria. Desconocía sus códigos secretos, su pasado, sus dolores, sus envidias y rencores si es que había de aquello. Por eso, una vez más decidió callar, como hacía siempre que no veía claras las cosas, pero se alegró de que al fin todo estuviera resuelto. La tensión entre las personas le provocaba malestar. Él, por su parte, confiaba en poder quedarse en su pueblo y seguir con su vida, con sus padres, con su hermano, en aquellas tierras que le habían visto nacer. El obligado encierro en esa maldita ciudad, en esa casa, en esa habitación, con esa familia impostada cuyos comportamientos no alcanzaba a descifrar, cada vez se le hacía más cuesta arriba.

Nuevamente las penurias, las miserias y el dolor unían a unos y alejaban a otros. Daba igual la sangre que corriera por las venas, los lazos que se habían gestado en la soledad de la ausencia pedían su espacio en aquel mundo de apoyos y rechazos. Muchos años atrás José había visto partir a su hermana con la tristeza lamiéndole las entrañas, pero el tiempo, capaz de desgastar cualquier arista, acabó por convertirla en una mujer ajena cuyo empeño en salvar a todos era incapaz de comprender.

39

Era martes, el día de la semana en el que visitaba la casa de la señora del Viso. No había dejado de llover en las últimas jornadas y los caminos estaban embarrados por el agua, pero no hacía frío, el otoño se negaba a marchar, aunque la humedad en los huesos de los pobres se sentía doblemente. Se despertó temprano, últimamente dormía mal, tenía pesadillas extrañas en lugares desconocidos. Se estiró y se asomó a la ventana, las parras lloraban intermitentemente y por un instante su mente quedó perdida en las gotas que seguían inundando el suelo. Observó el patio, las maderas que había ido acumulando para quemar en invierno, bien amontonadas contra la pared, se estaban empapando, pero daba igual, no las utilizaría, ni eso ni ninguno de los trastos que almacenaban en aquel espacio, esos materiales que con tanto trabajo había ido trayendo de todas partes para intentar darles uso, para luchar a través de ellos con la pobreza.

Se sentía ajena a todo lo que estaba ocurriendo, era como si el control que siempre había mantenido se estuviera escapando por las rendijas que abrían las circunstancias en su existencia. Siempre supo qué hacer, de dónde sacar, como buscar; siempre supo, sobre todo, a dónde volver. Y ahora todo se ceñía a abandonar aquello, a dejar atrás su hogar, a cerrar una puerta que la había mantenido a salvo, a caminar hacia un futuro incierto e inseguro arrastrando con ella todo lo que amaba y por lo que se había mantenido en pie.

Se abrazó a sí misma, cerró los ojos y suspiró. Le hubiera gustado tener un mínimo de ilusión, pensar en un futuro que quizás le trajera algo bueno, que quizá rompiera esa cadena de tristeza que hacía años soportaba. El dinero, frente a lo que siempre había pensado, únicamente la separaba de todo lo que alimentaba su fe.

Se volvió y dejó atrás sus pensamientos, no le servían de nada porque ninguna otra cosa se podía hacer. Le hubiera gustado ser capaz de doblar la casa como si fuera un pañuelo, con su acera diminuta, con su patio, con su gallinero y sus trastos, guardarla en un hatillo y llevar todo con ella. Volver a empezar con aquellas paredes conocidas, con sus parras que daban sombra en el verano, con la trampilla que llevaba al tejado y al cosquilleo de lo prohibido. Sacudió la cabeza ante un pensamiento tan absurdo y se dispuso a prepararse para salir.

Había decidido ir sola, no quería que nadie dependiera de sus decisiones, prefería que, si pasaba algo, la pillara a ella y a nadie más. Saldría muy temprano, cuando las gentes de bien dormían, caminaría con rapidez y se mantendría alerta en todo momento. Nada de tranvía, nada de vender en la esquina los huevos, sólo pretendía llegar y dejar zanjado el asunto. Se puso una pañoleta en la cabeza, serviría de muy poco con la que estaba cayendo, pero no tenía nada mejor con lo que protegerse; el hacha, más presente que nunca, entre su falda descolorida y mil veces usada; el jersey negro que la resguardaba del frío y la imagen de la Virgen cubierta por un terciopelo que a su vez protegió con otro trapo más grueso. Cuando cerró la puerta tras de sí, un azote de nostalgia restalló contra su corazón al pensar que sería la última vez que cargaba con la imagen, era un paso más hacia la despedida.

Caminó a toda velocidad bajo el aguacero, apenas se cruzó con nadie y cuando llegó era tan pronto que tuvo que hacer tiempo, empapada, bajo aquella lluvia persistente que parecía no tener fin. Decidió cruzar la calle y guarecerse en la vivienda que seguía en construcción, entre cuyos restos habían encontrado la mochila. Ya no quedaba ni rastro de las piedras amontonadas junto a sus paredes, todo estaba limpio y preparado para volver a levantar el flamante edificio que antaño debió de ser, había obreros dentro, a resguardo del aguacero, los oía despotricar sobre el maldito tiempo. Se sentó en el suelo, en lo que probablemente sirvió de garita al portero, que aún mantenía el tejado intacto y se dispuso a esperar.

Tenía frío, le temblaba todo el cuerpo a causa de la humedad y desde su escondite observaba cómo la ciudad se iba despertando. No sabía cuánto llevaba allí cuando vio a unos hombres que caminaban directamente hacia ella, eran más de diez, unos iban en silencio, con las manos en los bolsillos y con la cabeza gacha para librar el rostro de la lluvia, mientras otros charlaban sin que al parecer les molestara el agua. Paola se puso en

tensión y dejando la imagen en el suelo, tocó el hacha con las manos para darse valor. Los hombres giraron sin percatarse siquiera de su presencia y por sus comentarios pudo adivinar que eran más trabajadores que comenzaban su jornada en ese inmueble. Apoyada en la pared, se dejó caer hasta quedar sentada de nuevo sobre las antiguas baldosas de la portería. Se sintió estúpida, se sintió vulnerable y fue consciente de que era imposible vivir de aquella manera, siempre mirando su espalda, siempre temiendo lo que pudiera ocurrir, siempre con el miedo persiguiendo sus pasos.

Los obreros empezaron con sus tareas e imaginó que no estaría permitido que estuviera allí, así que cogió la imagen y salió. La lluvia parecía haber dado una tregua a los infelices transeúntes que, como ella, no disponían de ninguna forma de guarecerse. Subió las escaleras, llamó al timbre y esperó que alguien abriera la puerta. Para su sorpresa, fue la cocinera quien apareció al otro lado, sonrió y la condujo hasta la cocina.

—Todo el mundo está muy ocupado hoy —dijo a modo de saludo —. Tenemos gente importante para la cena, la señora está indispuesta y el señor se niega a suspender la fiesta. ¡Menuda bronca la de esta mañana! No le digo más que él se ha marchado dando un portazo.

Paola no dijo nada, no le gustaban los cotilleos de las criadas, ella fue experta en esas lides y sentía bastante aversión desde entonces. El aroma de la cocina la asaltó una vez más.

—Pero ¿podrá atenderme doña María o vengo en otro momento?

—¡Oh, no! Ha dado indicaciones precisas de que nadie la moleste excepto usted, pero no puede entrar así, lo pondría todo perdido, está empapada y llena de barro y con el lío de la cena todos están un poco alterados. ¡Si pasa y mancha algo se puede montar una! —. La cocinera sacudió la mano para mostrar la magnitud de lo que podía pasar. Espere que le traiga alguna cosa que ponerse.

Un momento después, apareció con unas prendas muy usadas pero limpias y unas zapatillas demasiado grandes.

—No he podido encontrar nada mejor —dijo ligeramente compungida. Pídale disculpas a la señora de mi parte.

Paola se puso aquellos pingajos y cruzó el salón que se encontraba sumido en una actividad frenética, rumbo al cuarto de doña María. Llamó a la puerta y entró. La mujer estaba sentada en la cama, apoyada sobre un montón de cojines que aparentaban ser muy cómodos. Según entró Paola la miró de arriba a abajo, pero antes de que dijera nada, ella se disculpó.

—Siento aparecer con estas pintas, pero me he empapado viniendo para acá y la cocinera me ha prestado esto —se excusó y sin más dejó la imagen sobre una cómoda.

Doña María tenía los ojos hinchados, síntoma de haber llorado y, aunque quería disimular, su voz arrastraba una pena imposible de disimular.

—¿Llueve todavía?

Paola negó.

—Ya había parado cuando subí.

La señora del Viso suspiró, la alegría se encontraba a mucha distancia de allí, su abultado vientre subía y bajaba al compás de su respiración y en un acto reflejo, ella ponía las manos continuamente sobre él.

—¿Puedo preguntar qué le pasa, si no es una indiscreción?

La mujer la miró un instante y con la mano le hizo un gesto para que se sentara. Ella acercó una silla y se colocó a su lado.

—He discutido con mi marido, nunca lo había visto así, estaba… furioso. Y todo por esa maldita invitación.

Paola se removió en la silla, pero no dijo nada.

—Tenemos una cena con todos los gerifaltes del gobierno, uno de esos eventos de vital importancia —y al decir las últimas palabras puso la voz ronca de un hombre—. No me encuentro bien, mi querida amiga, me encuentro pesada y torpe, me duele la espalda como si me corrieran mil rayos por las piernas, tengo ardores… ¿No se puede atrasar el dichoso evento hasta después del parto?

—En eso no puedo ayudar, señora, es algo que se me escapa. Comprendo que su esposo debería entenderlo, pero no sé si estas cosas, con gente tan importante, se pueden retrasar

sin que tengan consecuencias para la carrera de su marido.
Doña María asintió con poco convencimiento.
—Se me están haciendo larguísimos los últimos meses —suspiró.
—Siempre ocurre lo mismo, al final una desea que pase todo de una vez.
Las dos mujeres siguieron hablando de los pormenores del final del embarazo y del parto. Después doña María rezó sus oraciones, que Paola estaba segura, ahora tenían que ver con el momento del alumbramiento. ¡Que ocupada tenían a la Virgen aquellas señoronas, como las llamaba Pili! No le extrañaba que quedara tan poco para los pobres.
Había pasado más de una hora y era el momento de marchar, Paola se armó de valor.
—Señora María, le tengo que dejar la imagen aquí, alguien vendrá a recogerla desde la iglesia, mande usted recado.
La cara de extrañeza de su interlocutora hizo todas las preguntas en un solo gesto.
—Me marcho a vivir al pueblo, ya no volveré más —mintió.
—Pero ¡qué me dice! No puede dejarme en estos momentos ¡Es inaceptable!
Por primera vez aquella señora de la alta sociedad se estaba dirigiendo a ella como lo que era, una criada más con aspiraciones.
—Lo siento, pero no puedo quedarme aquí —insistió Paola molesta y algo humillada.
—¿Es por dinero? ¿Por la comida? ¿No es suficiente lo que le mando? Puedo darle más.
María hablaba atropelladamente con los ojos cargados de ansiedad y Paola empezaba a agobiarse, no había contado con la posibilidad de tener que dar muchas explicaciones.
—No señora, no es eso. No sabe lo que le agradezco todo lo que ha hecho por mi familia.
—¿Entonces?
—Tengo una hija en el pueblo con mi madre y necesito ir a por ella.
—¡Ah, bueno! —dijo con mal disimulado alivio—. No hay problema. Yo haré que se la traigan, sólo tiene que darme la dirección de ese lugar y un coche irá a recogerla.
Paola era consciente de que cada vez todo se liaba más y se hundía en sus propias palabras, lo que estaba escuchando le quemaba la sangre. ¡Hubiera sido tan fácil saber eso unos meses atrás! Ahora podría disfrutar de su pequeña y no penar pensando si podría recogerla o no.
—Señora, tampoco le puedo dar demasiadas explicaciones, sólo quería despedirme, agradecer su ayuda, desear que su parto sea una horita corta y que su hijo nazca sano y fuerte.
Doña María miraba sin entender. Aquel día parecía estar todo en su contra, primero la discusión con su marido y ahora esto. Aquella desagradecida la abandonaba en el peor de los momentos, cuando más necesitaba sus palabras, sus conocimientos y su compañía. La miró con hostilidad, no estaba acostumbrada a que las cosas le fallaran.
—Pues nada, con Dios y que le vaya bien —pronunció las palabras con rabia, se sentía defraudada, se dio la vuelta y se quedó mirando la ventana. Pequeñas gotas volvían a estamparse contra los cristales.
—María…
—Para usted, señora María —la cortó con amargura.
—Señora —Paola volvió a intentarlo—, le juro que no me queda otro remedio. Estoy en apuros, tengo un grave problema que no puedo contarle, pero que me obliga a abandonar mi casa. ¿Cree que si no fuera una cosa así me marcharía?
Ella giró la cabeza y miró de frente a la que había considerado su amiga y descubrió en sus ojos aflicción. Ella misma tenía un nudo en la garganta.
—¿Tan grave es?
Se lo jugó todo y asintió. No era sensato estar diciendo aquellas palabras, pero sentía que debía mucho a esa mujer.
Doña María, contra todo pronóstico, extendió su mano y tomó la de su amiga. Sus pieles se rozaron, una suave, perfumada, la otra llena de callos y surcada de arrugas.
—¿No puedo ayudar en nada?
Paola negó tragándose las lágrimas.
—Su posición no se lo permitiría. Disculpe lo que voy a decirle, pero su vida y la mía no tienen nada en común, sólo se cruzan en los minutos que compartimos, nada más. Yo vengo de la calle, no soy lo que usted ve, lucho cada día, cada segundo por llevar algo a mi casa,

porque mis hijos no mueran de hambre, no pasen frío y para usted esas palabras no significan nada. Tiene hambre y alguien le pone un plato caliente, tiene frío y alguien le da calor, sus preocupaciones y las mías en nada se parecen. Por eso le ruego que lo entienda, que comprenda que lucho porque mis hijos tengan una vida mejor como usted luchará porque a su hijo no le falte de nada.

Una lágrima solitaria de aceptación corrió por la mejilla de aquella mujer que sentía en el alma que perdía a alguien importante en su vida, que sabía que echaría de menos a Paola.

—He venido —continuó— porque usted se ha portado conmigo como una amiga y a las amigas no se las abandona sin una explicación. Me ha dado comida para mis hijos y ropa para abrigarnos y eso, créame, en los tiempos que corren es mucho, muchísimo. Tenía la necesidad de darle las gracias, de corazón y en persona.

—No sé quién tiene que agradecer más a quien —doña María torció la cabeza y se volvió a palpar el vientre—. Yo estaba perdida y sola y tú alimentaste mi alma, que es tan importante como alimentar el cuerpo. He esperado con impaciencia cada una de tus visitas, he escuchado con atención cada una de tus palabras y me he sentido un poco mejor con cada cosa que te daba. Perdona si he sido brusca, si me he portado de manera egoísta, pero, aunque no lo creas, dejas una huella en mi corazón y un vacío en mi alma. No alcanzo a imaginar lo difícil que debe ser tu vida, quizás tendría que haber puesto más atención, aunque ya es tarde para eso. ¡Te echaré tanto de menos!

Y las dos mujeres se abrazaron, tan diferentes, tan lejanas, tan distintas y tan unidas en aquel momento.

—Si necesitas algo no dudes en acudir a mí ¿entendido?

Paola asintió, no le salían las palabras, el nudo de añoranza que llevaba sintiendo los últimos días, acababa de agrandarse.

Le haré llegar de alguna manera noticias sobre mí —prometió—, y espero que me conteste y me cuente cosas de su hijo, de sus progresos y de su vida.

Por fin se despidieron y Paola salió de la habitación dejando la Virgen para no hacerse cargo de ella nunca más. Se sentía extraña, como si le faltara algo, y es que el peso de la imagen estaba unido a las visitas a aquella casa. Se fue a cambiar la ropa, pero la cocinera le entregó dos paquetes en una bolsa de tela.

—No pensará ponerse todo eso empapado, cogerá una pulmonía. Llévese lo puesto, ya no le vale a nadie.

Paola la miró desconfiada, dejó las bolsas en el suelo y revolvió la que tenía la ropa.

—Está ahí, al fondo —indicó la cocinera.

—No dirá nada ¿verdad?

—¿Yo? Cada uno se defiende como puede, la vida no es tan fácil como parece en esta casa. No vivo aquí, sólo trabajo y también tengo que apañármelas como puedo.

Después de revolver un poco encontró lo que buscaba, sacó el hacha y se la colocó para que pasara desapercibida.

—Le he puesto también unas galletas para los niños.

Seguir allí le pesaba, así que dio las gracias a la cocinera, bajó las escaleras y se perdió entre la lluvia que había empezado a arreciar de nuevo, escondiendo las lágrimas que no se había permitido hasta ese momento.

Llegó a su hogar sin incidentes, el día no estaba para seguir a nadie, el agua había vuelto a calarle hasta los huesos, por lo que lo primero que hizo fue cambiarse de arriba a abajo y encender la cocina junto a la que se sentó para entrar en calor. La casa estaba en silencio, intuyó que todos estaban con las vecinas y agradeció esos momentos de paz. Tenía que pensar, necesitaba alejarse de ese sentimiento de abandono y tristeza que la acompañaba cada vez con más fuerza. Se trataba de caminar hacia una vida mejor, se trataba de salvar la vida, se trataba de seguir avanzando en contra de las circunstancias, sin embargo, no conseguía remontar esa sensación de pérdida, de rendición, de derrota.

Manuel apareció en el marco de la puerta, pero Paola no lo vio, estaba de espaldas, con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre la mesa. Estaba perdida en sus pensamientos y no le oyó acercarse. Se sobresaltó cuando sus brazos rodearon su cuerpo y se relajó cuando aspiró el conocido aroma a cerrado que emanaba de su persona. Él la besó el cabello empapado y ella se irguió y se apoyó contra él.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, después se giró, tomó sus manos y se sentó frente a ella.
—Todo lo bien que cabía esperar.
—Pues no pareces muy contenta.
—No lo estoy.
—¿Qué te preocupa?
Elevó los ojos y observó a su amigo, necesitaba otro buen afeitado.
—No sé cómo me preguntas algo así. Me preocupa todo, pero ahora mismo no es preocupación lo que siento, eso ya llegará cuando se acerque el momento.
—¿Entonces?
Se levantó deshaciéndose de las manos de Manuel y extendió los brazos. Giró y volvió a quedarse donde estaba.
—Este es mi mundo, esto que ves, toda esta miseria es mi mayor tesoro. Aquí creí que sería capaz de alcanzar la felicidad con mi marido y mis hijos, que sería el hogar donde envejecería junto a Adrián.
Manuel agachó la cabeza, el dolor que aquellas palabras le producían únicamente resonarían en su corazón, no podía permitir que salieran de ahí. Obligó a su amor a permanecer en silencio y únicamente el final de su tristeza habló por él.
—Nada es eterno, a nada nos podemos aferrar porque nada nos pertenece —filosofó.
—Pero yo no sabía eso, yo me crie entre campos inmutables y personas que maduraban y envejecían al paso de la vida, no a trompicones y antes de tiempo. Me cuesta dejar atrás todo esto, me cuesta mucho, Manuel, me siento vulnerable fuera de estas paredes. Quiero sentarme bajo mis parras, en mi patio, bañando a mis hijos en los baldes al sol. Quiero guisar en esta cocina, recuperar mis muebles, oír la risa de mis pequeños... volver atrás. Pero sé que eso es imposible y esa idea no me deja respirar, la añoranza no me deja vivir, me está ahogando sin remedio.
Se dejó caer en la silla como si de repente le hubieran fallado las fuerzas.
—Sé que tengo que hacer muchas cosas y sé que tengo que buscar la ilusión en los cambios que se avecinan, pero la nostalgia empieza a adueñarse de mi voluntad y amenaza con no dejarme seguir adelante —concluyó derrotada.
Manuel la miraba confundido, no sabía qué decir para ayudar a que recuperara el ánimo.
—¿Quieres bailar? —dijo de pronto.
Paola lo miró sin entender.
—¿Bailar?
—Eso he dicho, bailar. ¿Cuánto hace que no bailas?
—No te entiendo. Recuerda que simplemente que hayas salido del tejado es peligroso y tú me hablas de bailar ¿Es que no has escuchado nada de lo que te he contado?
El miliciano se levantó y alargó la mano.
—¿Quiere concederme este baile, señorita? —puso la voz engolada.
Ella no pudo contener la carcajada.
—Se te ha ido la cabeza definitivamente —exclamó entre risas, pero tomó su mano y se levantó.
—Nadie nos puede ver aquí, estamos en una cocina que da a un patio, los niños están con Petra y nosotros vamos a bailar —le susurró al oído.
Ella volvió a sonreír, se enlazaron y él comenzó a tararear sin apartar la boca de su oído una canción de Conchita Piqué muy de moda en esos momentos. Giraban lentamente y aquella mujer devastada de nostalgia cerró los ojos dejándose llevar por la voz y los movimientos que parecían alejarla de la realidad. Manuel ya no recordaba la letra y dejó de cantar, pero siguieron girando sin parar al son de una melodía que sólo ellos escuchaban.
—No estarás sola, empezaremos en otro lugar y tendrás tu parra, bañarás a los niños en un balde, conseguirás que las paredes de tu nueva casa te den seguridad y, si me lo permites, yo te cuidaré.
—No necesito que nadie me cuide —contestó en tono de burla sin abrir los ojos.
—Pues dejaré que tú me cuides a mí.
—Ni lo sueñes —sonrió—. Cada uno que se cuidará solo.
Manuel la atrajo aún más y la besó. Ella se dejó abrazar y respondió al beso, y todo desapareció, ya no estaban en una cocina miserable, ni vestidos con andrajos, no estaban

escondidos, ni el peligro les acechaba. Todo se esfumó porque necesitaban que desapareciera y sólo quedaron ellos dos, en medio de la nada, girando abrazados para conjurar el vértigo que el futuro les proporcionaba.

—¿Te he dicho que tengo miedo? —susurró Paola rompiendo el silencio.

—No, pero es normal, aunque seas la mujer más valiente que he conocido.

—¿Y has conocido muchas? —le interrogó e inmediatamente se arrepintió de su indiscreción y apretó los ojos en un vano intento de borrar la última pregunta.

—¿Tengo que contestar?

Se habían parado y Manuel la miraba con ojos risueños. El rubor teñía sus mejillas y se negaba a separar los párpados. Por fin le miró con un gesto infantil de culpa y consiguió que él se echara a reír. La abrazó con fuerza y la giró en el aire. Ella se aferró a su cuello y se sintió un poco más feliz.

De repente, sonaron las llaves, ellos se frenaron en seco, Manuel salió volando hacia la habitación, Paola le siguió y cerró la puerta disimulando, como si acabara de salir del cuarto para darle tiempo a volver a su escondite. Se maldijo en silencio por aquel descuido, se había dejado llevar y casi los pillan.

—No sabíamos que habías llegado —comentó Petra que entraba con Adrián de la mano sacudiéndose la toquilla que llevaba sobre los hombros perlada de gotas, a su lado Carmencita escondía algo bajo la rebeca.

—Me he tumbado un momento para descansar.

La vecina la miró entrecerrando los ojos, pero no dijo nada.

—¡Mira lo que me ha hecho la tía! —exclamó entonces su hija sacando de golpe una muñeca de trapo. Se la mostró ilusionada a su madre, quien alabó el trabajo de la vecina.

Los niños se quedaron jugando en el comedor, Adrián con sus sempiternas piedras y Carmencita con su nueva muñeca, feliz porque Petra le había prometido hacerle más vestidos.

Las dos mujeres entraron en la cocina.

—¡Menudo tiempecito! No ha parado de llover en todo el día —. Paola sacó unas verduras del paquete que le había dado la cocinera de doña María y las puso sobre la mesa.

—Tienes tú las mejillas muy coloradas ¿no?

Se frenó un instante, cogió aire y volvió al trabajo. No dijo nada.

—¿Estás segura de lo que haces, niña? —le quitó el cuchillo e hizo que se sentara.

—No sé de qué me hablas.

—Yo creo que sí, nunca te he tenido por tonta.

—No es lo que piensas, simplemente hablábamos, tenemos muchas cosas en las que pensar.

—¿Seguro?

—Petra, si quieres decirme algo háblame en cristiano, ya te he dicho que sólo charlábamos.

—No soy quien para decirte qué debes hacer y que no, pero te recuerdo que estás casada. No sé qué significa eso para ti.

—Si te soy sincera, me dice poco y según pasa el tiempo, menos. En realidad, creo que soy viuda, si no ¿por qué Adrián no está aquí? —Volvió a levantarse y siguió lavando verduras.

—¿Y si está en otro país? ¿O en América? Dicen que muchos huyeron allí.

—¿Y si simplemente lo mataron? Hace mucho que acabó la guerra, no me he movido de esta casa, no he dejado de esperar, pero … ¿Ni una carta? ¿Ni un mensaje con un amigo? ¿Ni una sola señal de que simplemente está vivo? No, Petra, él no era así —y le dolió hablar por primera vez en pasado—, adoraba a su familia y me quería a mí.

—Tal vez esté herido…

—¡Basta! No me lo pongas más difícil, no me ayudes a mantener una ilusión que sólo me impide seguir adelante sin arrastrar una culpa demasiado pesada. Yo lo amaba, lo amaré toda mi vida, pero tengo que continuar. Manuel y yo, de momento, somos amigos, no ha pasado nada de lo que me tenga que sentir avergonzada, sabes que jamás te mentiría. Me encuentro bien con él, me da seguridad, protección, me ayuda a tomar decisiones y me hace sentir un poco más viva.

Petra meneó la cabeza y compuso un gesto severo.

—Eso no suena demasiado bien ¿no crees? Siempre te las has ingeniado tú sola sin tener

que pedir ayuda a nadie.

—Sé que puede sonar raro, incluso injusto, pero si no dejo que Adrián se vaya, seré una infeliz toda la vida. Aunque sé que adorabas a mi marido, él no está, pero yo sí y te necesito, os necesito a todos, mucho, porque sois todo lo que tengo.

Petra se levantó, cogió las verduras que Paola había lavado y empezó a cortarlas.

—Espero que no te equivoques, niña, pero si tú eres un poco más feliz, yo lo soy más de verte —y sonrió—. Y, por cierto, sí, menudo tiempecito tenemos.

Manuel escuchaba atento lo que hablaban en la cocina, a veces le costaba entender lo que decían porque el ruido monótono de la lluvia se lo impedía. Lo cotidiano de su estancia en el tejado hacía que más abajo se olvidaran de su presencia y él, sin nada mejor que hacer, seguía la conversación. A Paola le dolía la marcha, le dolía abandonar aquella casa, pero no solo porque era su hogar, no sólo porque era el lugar al que volver, su mundo, como le había confesado a él, Paola temía que al irse estuviera abandonando el recuerdo de Adrián. Le cayó una gota en la cara. Miró hacia arriba y descubrió un diminuto reguero que se precipitaba por una viga, allí había una pequeña gotera por la que se filtraba el agua, la única que Adrián no habría visto cuando reparó el tejado. Adrián, siempre Adrián, pensó, un fantasma que desde el más allá se colaba entre Paola y él, invencible. Se la había arrebatado una vez y amenazaba con volver a hacerlo, porque luchar contra un recuerdo se le antojaba un imposible y se sentía impotente al sentir que podía perderla de nuevo.

Se movió un poco para evitar que le cayeran más gotas y entonces escuchó cómo entraba José y se unía a las mujeres en la cocina. Envidió poder moverse con la libertad de los demás, aunque era consciente de que sus últimas salidas ponían en peligro a todos. Intentó retomar el hilo de la conversación tratando de despejar su mente de pensamientos oscuros.

—¿De dónde sales tú? —preguntó entonces Paola mirando a su hermano que llegaba empapado.

—Le pedí que trajera agua —intervino Pili—. Estaban los cubos vacíos.

—Os he dicho que de momento no quiero que salga, no necesito que nadie le vea y vuelvan a hacernos una visita para saber quién es.

—¡Pero si está diluviando! —José se quitó el jersey y Paola se preguntó cuando había crecido tanto—. Solo he ido hasta la fuente, lo necesitaba, si paso más tiempo encerrado me voy a volver loco.

No quería que sonara a queja, pero lo había parecido, su hermana hacía lo que podía, pero no estaba acostumbrado a vivir así y las paredes se le venían encima.

—¿Crees que podré quedarme en el pueblo?

Paola se encogió de hombros. Un olor muy agradable comenzaba a desprenderse del guiso. Le miró y se dio cuenta de que esperaba una respuesta, suspiró, buscó un poco de apoyo en Petra, pero esta solo enarcó las cejas y puso cara de circunstancia.

—No lo sé —dijo al fin, a sabiendas de que aquel era el mayor deseo del muchacho—. ¿Tan horrible sería venir con nosotros?

José reflexionó un instante y trató de medir sus palabras para que no se entendieran mal.

—Agradezco todo lo que estás haciendo por mí, hermana, y no quiero que pienses que no lo valoro, pero este no es mi mundo, me asfixia esta vida de reclusión y de falta de actividad. Recuerdo con añoranza el pueblo, subir a los campos con padre, volver a ver a mis amigos, y lo peor de todo, es que no entiendo qué mal he hecho para que tenga que estar encerrado o huyendo.

Paola no creía que las cosas hubieran mejorado, conocía bien a los habitantes de aquel lugar y cuando se hacían con una presa era muy difícil que la soltaran. El odio que se había instalado entre unos españoles y otros era común a cualquier lugar y su pueblo no sería menos. Aun así, no quiso desanimarle todavía más.

—Puede ser que las cosas se hayan calmado —comentó sonriendo con fingida despreocupación— y pronto vuelvas a tu vida de siempre.

El joven la miró a los ojos y supo que mentía, pero le conmovió su esfuerzo por disimular lo que pensaba. Él también estaba convencido de que todo seguiría igual, porque las malas lenguas y los malos sentimientos nunca descansan. Sin embargo, no quería rendirse de antemano, habría que esperar y dejar abierto un resquicio a la esperanza.

La lluvia seguía repiqueteando en los cristales de forma persistente y un ligero viento se

colaba por debajo de la puerta advirtiendo de la proximidad del invierno. La mente de Paola era una máquina que trabajaba a toda velocidad, sentía el peligro cerca, no sabía explicarlo, pero su intuición le decía que no podían perder el tiempo porque aquel reducto de seguridad que siempre consideró su hogar se había hecho muy vulnerable. Pensó en Manuel, encerrado por encima de ellos, en Petra, que preparaba la cena a su lado, en sus hijos que jugaban tranquilos en el suelo, en Pili que acababa de aparecer empapada maldiciendo aquel tiempo desagradable y en José que se mantenía pensativo a su lado. Todos esperaban de ella el milagro, todos confiaban en ella para seguir adelante, todos se dejaban llevar por sus decisiones. ¿Y si se equivocaba? Empezó a poner la mesa distraída.

—¡Ummm! ¡Qué bien huele eso! ¡Tengo tanta hambre! ¡Carmeeen! Hoy cenamos también — Adrián había guardado sus piedras y nervioso daba toquecitos a su hermana para hacerle partícipe de la gran noticia.

Paola dejó sus pensamientos aparcados junto a sus preocupaciones y sonrió con ternura al contemplar cómo el pequeño se disponía a echar una mano sin que nadie se lo pidiera.

40

La amistad pervive a pesar de los desastres, de los infortunios y de la lejanía, siempre que sea una amistad verdadera, siempre que sea fuerte, de esas que se fraguan en los momentos difíciles, en las situaciones peligrosas, en las pérdidas. Manuel sentía que con la familia de Pablo era así, que todo lo que habían vivido, lo que habían superado, lo que habían compartido, había creado unos lazos invisibles que perdurarían en el tiempo. Por ello cuando empezaron a organizar los planes de huida, tuvo la imperiosa necesidad de contactar con aquella familia que estaba sufriendo tanto, de saber qué había sido de su amigo, de ayudar en lo posible a los demás.

Durante toda la jornada, los aguaceros habían dado una tregua en aquel otoño lluvioso y había salido un tímido sol para templar las almas y pintar de ocres todo lo que les rodeaba. Paola, acostumbrada al exceso de actividad, se ahogaba sin poder salir y los días se le hacían eternos. Carmencita había preguntado más de una vez por qué ya no llevaban la Virgen, los huevos a vender o cualquiera de las otras cosas que hacían a diario. Su madre, sin saber qué responder, le había dicho que tenían que descansar para el invierno y la niña pensó que aquello era muy raro, aunque al final había dejado de preguntar y se la veía feliz trajinando por la casa.

Aquella noche Paola se sentía sola a pesar de tener la casa llena y cuando tocó la trampilla para subir la comida a Manuel, sabiendo que todos dormían ya, decidió auparse al tejado a charlar. Esas visitas, que habían empezado como algo esporádico, se habían convertido en más habituales de lo que ella hubiera deseado. Al principio se justificaba a sí misma aduciendo que eran muchos los preparativos o que había una gran necesidad de organizar un montón de cosas, pero al final se tuvo que reconocer, no sin cierto pesar, que se sentía especialmente bien junto a Manuel y que, durante todo el día, cada vez más a menudo, se sorprendía pensando en lo que ansiaba que llegara la noche para compartir esos momentos. Aunque se negara a admitirlo, los días que no podía visitar el tejado porque las vecinas se quedaban más de la cuenta, porque José no terminaba de irse a dormir o simplemente porque ella lo evitaba, el malhumor la invadía y se iba rabiosa a la cama.

Manuel la saludó con una sonrisa radiante, él jamás le pedía que subiera, simplemente anhelaba a cada momento su compañía y se sentía dichoso cuando sus brazos menudos sobresalían a la espera de que él la ayudara a alzarse. Y aquella noche el milagro se produjo.

El miliciano comía con ganas mientras su amiga buscaba una excusa para justificar su presencia allí esa noche. Sin embargo, no hubo ocasión para explicarse, porque nada más terminar, él dejó el plato a un lado y componiendo un gesto de indecisión expuso su deseo.

—! ¿Qué?! — exclamó Paola perpleja, no daba crédito a lo que oía.

—Tengo una obligación con esa familia —le dijo tratando de que comprendiera.

—¿Te has vuelto loco? Eso es una majadería. Tú mismo me recomendaste que me quedara en casa para que no me pudieran encontrar. Te recuerdo que Feliciano y compañía a ti sí te conocen —respondió señalándole con el dedo.

Manuel quería ir a casa de Pablo a despedirse, quería saber de su amigo, dar un abrazo a Sonsoles y a los niños y, si Paola se lo permitía, dejarles un poco de dinero. Tal vez podría servir de algo en el proceso contra el antiguo seminarista.

—Iré yo como la vez anterior, les transmitiré el mensaje que quieras o les llevaré una carta si lo prefieres —resolvió Paola—. Y, por supuesto, les dejaré dinero.

El miliciano negó con vehemencia, cogió una piedrecita del suelo y empezó a juzgar con ella.

—No es suficiente, esta vez no. Si me voy, necesito verlos y despedirme cara a cara. He pasado mucho con esa familia, tantas cosas que sería interminable enumerarlas, no es un capricho, cariño, es una necesidad.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames cariño? —. Paola compuso un mohín de enfado fingido.

—No es lo que tú piensas, mujer engreída, te he dicho que tienes *caradeniño* .

Los dos quedaron mirándose un instante y de repente, soltaron una carcajada a la vez.

—¡Chiss! Nos van a oír —pudo decir Paola entre risas contenidas.
—Tienes razón —susurró él mientras se secaba las lágrimas. Respiró profundamente y se serenó— En serio, cariño, necesito hacerlo.
Ella le miró fijamente en la oscuridad y comprendió que no le convencería, la determinación que mostraban sus ojos no daba lugar a las dudas. Afirmó con la cabeza.
—Pero yo te acompañaré.
Ya no hubo más discusión sobre ese tema, se perdieron en los planes y los sueños de futuro. Paola se acurrucó como solía y él la abrazó mientras acariciaba su cabello y se perdía en aquel paraíso que era su compañía.
Al día siguiente, se las apañaron para que Manuel pudiera salir de su escondite mientras José entretenía a los niños en el patio ordenando aquel revoltijo y aprovechando que el sol había aparecido de nuevo. Hacía un par de días que el muchacho andaba melancólico y si de por sí ya era tímido y callado, últimamente parecía haberse quedado mudo. Sólo se le escuchaba cuando andaba liado con sus sobrinos.
Manuel se puso una gorra y no se quitó sus ropas llenas de polvo. Todo eso unido a la barba que no se había afeitado en los últimos días, daba como resultado una figura que tenía una apariencia de hombre mayor que en nada se parecía a él. Salieron por separado, el miliciano sé escabulló saltando por una ventana que daba a la parte de atrás de la casa, después anduvo por el campo dando un rodeo para que nadie supiera dónde vivía. Al cabo de un rato, más allá del atajo, su compañera se colocó a su lado sin decir una palabra, con la falda descolorida, su jersey negro y, aunque él no lo supiera, su inseparable hacha en la cintura. Se sentía frágil sin ella y nunca se sabía cuándo podría ser necesaria.
Caminaron en silencio, uno junto al otro. En un momento dado, ella le tomó del brazo y pudo sentir la fuerza que emanaba su determinación, pero no dejaba de mirar a todos lados con desconfianza, no se sentía segura, creía que los seguían y apretaba el paso sin darse cuenta de que terminarían corriendo.
—Más vale que te relajes, Pau, intenta comportarte con naturalidad —Le dijo ante su nerviosismo.
—Tengo la absurda sensación de que todo el mundo nos observa.
—¡Claro! ¡Es que todo el mundo nos observa! Vas llamando la atención, como si te hubieras puesto un cártel en la frente con la palabra culpable. Miras constantemente hacia atrás, me llevas a la carrera como si estuviéramos huyendo y pareces un animal acechando una presa. Es lógico que nos miren. Y, por cierto, me estás apretando tanto el brazo que me lo vas a arrancar de cuajo.
Notó que inmediatamente la presión de su mano se diluía, después ella le miró con una sonrisa nerviosa.
—Ir a tu lado es como caminar junto a una bomba a punto de estallar.
—¡Hombre, gracias!
—No te ofendas, pero pocas veces me he sentido tan insegura. Pienso que en cualquier momento nos pueden parar y pedirnos la documentación y entonces ¿Qué haremos?
—Lo estás arreglando… —Manuel hablaba en un susurro y parecía que paseaba tranquilamente por la calle—. Quizás hubiera sido mejor haber venido solo. Nadie nos va a parar ni nos va a pedir nada a no ser que tú te sigas comportando como una fugitiva.
La mujer trató de serenarse, tomó aire y lo soltó con un resoplido.
—No debí permitirte esta locura, nos estamos arriesgando sin motivo. No sé qué puede ser tan importante para que salgas de tu escondite y nos pongas a todos en solfa.
El miliciano se detuvo y la observó con un gesto de contrariedad.
—Creo que no he sido capaz de explicarte lo que Pablo y su familia representan para mí. No es ninguna locura, Pau, no es ninguna chiquillería, ni una cabezonería, ni un deseo absurdo. No pondría a ninguno de los tuyos en peligro y mucho menos a ti, si no les considerara tan importantes. El peligro, las penalidades, incluso la cercanía de la muerte nos convirtió en uno solo ser, sé que es difícil de entender, pero no acierto a expresarlo mejor, siento que les debo una explicación y toda la ayuda que pueda. Yo me arriesgo por lo que creo, pero entiendo que tú no tienes por qué hacerlo. Si quieres volver a casa, lo entenderé, si quieres acompañarme te lo agradezco, pero no me hables más de locuras y de absurdos.

Paola bajó la vista y creyó comprender a su amigo. Pili y Petra significaban para ella lo mismo que esa familia para él. Habían compartido esos momentos en los que todo parecía venirse abajo, esos en los que sólo se puede remontar el vuelo si a tu lado tienes quien confíe en ti. Ella no podría dejarlas atrás por nada del mundo.

—Lo siento. Sé que he sido muy egoísta —admitió con una cierta congoja.

Manuel tiñó su dura mirada de ternura y sin decir nada más comenzó a andar. Paola lo siguió y agarró su brazo de nuevo, pero esta vez no hubo presión. Si seguía estando nerviosa o tenía miedo, supo disimularlo. Apenas hablaron hasta llegar a su destino.

Sonsoles estaba en la cocina lavando la ropa interior, ajada y amarillenta, de toda la familia. El agua estaba helada y las manos las tenía teñidas de rojo. En la pileta de granito gris frotaba contra la piedra rugosa cada una de las prendas, el jabón no siempre llegaba con las cartillas y por eso mareaba la ropa a golpes una y otra vez. Pensaba en Pablo mientras retorcía la colada cuando sonaron unos golpes en la puerta.

—¡Voooy! —María ya recorría el pasillo y con precaución se asomó a la mirilla—. ¿Sí?

Últimamente se habían acostumbrado a no abrir sin preguntar quién había detrás.

—Soy Paola, estuve hace unas semanas con la señora Sonsoles —se oyó una voz femenina.

María no reconoció a la pareja que esperaba en el descansillo.

—Un segundo.

Cuando la muchacha se giró, su madre ya se acercaba y con un movimiento rápido abrió la puerta de par en par.

Al principio no le reconoció, se quedó parada, indecisa, mirando fijamente al extraño que tenía frente a sí, pero cuando él se quitó la gorra y sonrió, Sonsoles se llevó la mano a los labios y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Pero ¿qué haces aquí? —la esposa de Pablo tomó a Manuel de la mano y lo arrastró dentro de la casa y María cerró inmediatamente la puerta. Se dirigieron al salón y Paola comprobó que nada había cambiado desde la última vez que había estado allí, la misma escasez de muebles, las mismas velas, la misma tristeza.

—Manuel ¡has venido! —articuló por fin Sonsoles con emoción.

—Y como no, mujer, tenía que hacerlo. ¿Qué se sabe de tu marido?

—Siéntate, hijo, siéntate. ¿No es peligroso que estés aquí? Esa muchacha me dijo que andabas escondido en su casa, no te dejes ver, mira lo que nos ha pasado a nosotros, le delataron —se secó las lágrimas, estaba tan nerviosa que contaba las cosas a borbotones—. Todo era mentira, lo de los panfletos esos de que volviéramos, una trampa. Al poco de llegar apresaron a Pablo, tú le conoces, Manuel, sabes que mi marido es más bueno que el pan. Pues van y le condenan a muerte ¿Dónde se ha visto semejante tropelía? Con lo que hemos pasado...

El llanto volvió a apoderarse de Sonsoles que trataba de contenerlo sin éxito. El miliciano, sentado a su lado, le tomó la mano con cariño, pero un tumulto de gritos se acercó por el pasillo. Jesusín se lanzó a sus brazos y le rodeó el cuello y los otros dos hermanos, más tímidos, simplemente saludaron.

—¿Cómo estamos, zagal? —separó al niño y le miró de arriba a abajo—¡Veo que sigues siendo un alambre!

Jesusín sonrió y se quedó sentado en sus rodillas.

—Es que siempre tengo hambre. Pero, *une chose* , ¿sabes que se llevaron a *mon père* y lo tienen encerrado?

—Ya me está contando tu madre.

—¿Has venido para sacarlo? —preguntó con los ojos llenos de esperanza.

—Ojalá pudiera, zagal.

Paola, como convidado de piedra, asistía a toda aquella complicidad con un sentimiento de ternura emocionada. Era obvio que ese niño tenía una fe ciega en su amigo, que le veía capaz de conseguir lo que los demás no podían y no tuvo ninguna duda de que ese cariño se habría gestado en las penas compartidas y en los peligros superados.

Estuvieron hablando un buen rato, Sonsoles se disculpó por no poder ofrecerles más que un vaso de agua, pero fue suficiente para afrontar las confidencias. Poco a poco se había ido tranquilizando y de forma más ordenada le contó el calvario que habían vivido hasta llegar a desvelarle la mejor de las noticias, que a Pablo le habían conmutado la pena, lo que había

llenado a todos de esperanza.
—¿Y ahora? —se interesó Manuel.
—Pues de momento no temo por su vida, pero la condena es de treinta años.
—¡Treinta años!
—Si Manuel, treinta. Nuestra única esperanza está en don Marcelino, ese obispo amigo suyo, el mismo que ha conseguido que le saquen de esa galería maldita. La última vez que hablamos me dijo que tiene que dejar pasar un tiempo prudencial para no levantar sospechas y que después empezará a trabajar de nuevo para hacer que la pena sea mucho más leve.
—Ya veo. Es curioso que sea un religioso quien le esté ayudando, con lo ateo que es Pablo.
Ambos rieron con ganas.
Después le tocó el turno a Manuel, que contó su historia, los meses que llevaba escondido en el tejado, los problemas que habían tenido y cómo se veían obligados a salir del país.
—En realidad he venido a despedirme —concluyó.
Aquellas palabras esparcieron un halo de tristeza por todo el salón, hacía mucho que no estaban juntos, pero se reconocían cerca, ahora hablaban de una distancia inmensa. El primero en romper el silencio fue el pequeño Jesús que, volviéndose, le miró desolado.
—¿No vas a volver *jamais* ? Podrías quedarte a vivir *avec* nosotros, esta casa *est très grand* , puedes dormir conmigo, te dejo un sitio.
Las palabras del niño enternecieron a todos, con más fuerza a Paola, que sintió en su alma la pérdida de su hija.
—Volveré, zagal, volveré y jugaremos a lo que tú ya sabes —y le guiñó un ojo—. Tengo tu bolsa preparada entre las cosas que me voy a llevar. ¡Ah! y tienes que dejar de decir esas cosas en francés, ya no estás allí, ahora estás en España.
—¿Me lo prometes? ¿Me prometes que volverás y jugaremos?
—¡Que siiiiiii! Y ahora dejad que hablemos los mayores.
Los niños salieron del salón y María se fue tras ellos con la excusa de cuidarlos.
—Así que os vais… —dijo Sonsoles con pesar.
Manuel asintió.
—¿Podremos comunicarnos?
—Siempre que os mantengáis en esta casa sí, os escribiré y os contaré si lo hemos conseguido, quiero que la próxima vez que veas a Pablo le digas que he venido, que … que quiero que sepa… que me gustaría… —se le atragantaron las palabras.
—Lo sé Manuel, lo sé, le trasladaré tus sentimientos. Sé que le hará muy feliz enterarse de que has venido, que estás bien y que puedes conseguir la libertad que a él le falta.
Se levantaron, no había que tentar a la suerte y ya era hora de marchar. Abrazó a Sonsoles con fuerza y se separó sin soltarla, después giró una de las callosas manos femeninas y dejó sobre ella el paquete que le había acercado Paola.
—Ten, te servirá de ayuda, si podemos te enviaremos más.
—¿Qué es esto? —preguntó extrañada mientras rompía el paquete por una esquina y veía el perfil inconfundible de los billetes—. Pero…
—Agradéceselo a ella —la interrumpió—, fue quien encontró ese dinero.
—No, esto no está bien, vosotros lo vais a necesitar más que yo.
—No sufra —intervino Paola—, nosotros tenemos más que suficiente y ustedes son muchos.
—Muchísimas gracias, hija, toda ayuda es poca. Mi madre también me manda de vez en cuando algo y con eso, las cartillas, lo que sacan mis hijas y yernos y esto, tendremos para una buena temporada.
Se acercó a ella y la abrazó también.
—Nos vamos, se está haciendo tarde —concluyó Manuel—. Le escribiré y espero que cuando me conteste, Pablo esté a su lado.
—Dios te oiga, hijo, Dios te oiga.
Salieron al pasillo seguidos por Sonsoles, y cuando estaban a punto de marchar, Jesusín llegó corriendo y se abrazó a las piernas del miliciano, que hizo el gesto de revolverle un pelo que no tenía, porque lo llevaba rapado. Desde las profundidades de la casa María llamaba a su hermano.

—Cuidaos mucho —se despidió Manuel.
—Sed prudentes y no os fieis de nadie por esos mundos de Dios. Y muchas gracias por venir y por el dinero —contestó separando a su hijo del miliciano, después se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.
Una vez en la calle, Paola miró a su amigo, tenía los ojos brillantes y un gesto extraño en el rostro, sin poder contenerse le abrazó y por fin Manuel rompió a llorar.
Caminaron de vuelta con paso rápido, no era necesario arriesgarse más de lo necesario. Se cruzaron en varias ocasiones con policías y guardias, pero ninguno pareció tener el más mínimo interés por aquella pareja de pordioseros que caminaban a buen paso, en cada ocasión Paola había comprobado cómo el corazón se le desbocaba y se había preguntado si a Manuel le pasaría lo mismo. Le miró de reojo, no parecía inmutarse, tal vez aún estaba ahogado en la tristeza y eso le hacía mantenerse ajeno al peligro o tal vez disimulaba muy bien. Decidieron tomar el tranvía, era más seguro y rápido. Ya próximos a la parada, Paola vislumbró una silueta conocida, se frenó en seco y tiró de la manga de su amigo para que no siguiera andando, la figura en ese instante se giró al sentirse observado
—¡Es él! El que quiso robarme
Pero ya era tarde. El sujeto que la había perseguido pocos días antes y que fumaba tranquilamente en la parada, apoyado en la marquesina, los había visto. Manuel supo de quién se trataba antes de que ella dijera nada, la marca del chichón que tenía en la frente lo delataba.
—¡Corre! —tiró de la muñeca de su compañera y la arrastró hacia el lado contrario. El sicario de Feliciano, después del estupor inicial, los persiguió.
La pareja corría levantando la curiosidad de todas las personas con las que se cruzaban. En otras circunstancias Manuel se habría encarado, sabía que reduciría a ese tipo sin dificultad, pero lo último que necesitaban era una pelea en pleno centro de Madrid, le pareció más sensato emprender la huida y, de no quedar más remedio que enfrentarse, hacerlo fuera de ojos indiscretos. Su perseguidor, por segunda vez, había calculado mal sus posibilidades, la apariencia del hombre que acompañaba a la zorra del hacha era la de un tío mayor, aunque por su forma de correr era posible que todo aquello no fuera más que un burdo disfraz.
Poco a poco iban tomando distancia, pero cada vez eran más los transeúntes que se paraban a observarlos, ver a una pareja correr de aquella manera y no sentir curiosidad, era imposible, máxime cuando otro hombre los perseguía. Ellos lo sabían, se sentían angustiados, eran conscientes de que en cualquier momento los podrían detener, entonces se descubriría la verdad y todos sus planes se vendrían abajo.
Llegaron a un cruce, Manuel iba a girar a la izquierda, pero Paola lo arrastró a la derecha. Conocía aquellas calles de memoria, más de una vez había utilizado sus esquinas para el estraperlo, se trataba de un barrio que tenía muy pateado y en sus incursiones con Carmencita habían descubierto todos los recovecos. Condujo a su amigo por un callejón y desembocaron en las ruinas de un viejo negocio cuyo cartel aún podía leerse en la puerta, *Tapicería Pacheco Herranz.* Cruzaron el umbral por el hueco de una puerta desaparecida y se adentraron en lo que antaño seguramente fue la tienda, solo las marcas de cemento en el suelo señalizaban el lugar que probablemente ocupó un gran mostrador. Todo el tejado se había desmoronado y anduvieron pisando cascotes hasta desembocar en la zona del taller donde el techo se mantenía en mejor estado, aunque había agujeros por todas partes. Era una nave enorme, llena de piedras, polvo y algún resto del trabajo que se realizaba, carcomido por las polillas y cubierto parcialmente por los cascotes.
—¿Esto tiene salida?
—Nunca he entrado aquí —Paola hablaba en susurros como si alguien pudiera oírla—, pero creo que puede ser un buen lugar para escondernos.
Manuel miró a su alrededor y torció el gesto.
—¡Vámonos! Si no hay otra puerta más allá, este lugar es una ratonera. En caso de que ese malnacido estuviera acompañado y nos hayan seguido, aquí no tenemos forma de defendernos.
Paola no estaba de acuerdo, ella era más de esperar y atacar, siempre, por una razón u otra, había conseguido salir airosa. Tocó su hacha, su compañera, pero no era momento de

discutir estrategias, por lo que decidió seguir a Manuel que ya caminaba con decisión para cruzar la nave. Llegaron al final del enorme espacio y encontraron, aliviados, una puerta de metal que fueron incapaces de abrir no parecía cerrada con llave, pero estaba claro que fuera había algo que impedía que batiera sobre sus goznes. El miliciano apoyó todo su cuerpo y Paola también empujó con todas sus fuerzas, pero la puerta apenas se abrió unos centímetros, lo justo para comprobar que más cascotes impedían su movimiento.

Se miraron con desaliento.

—Las ventanas están demasiado altas para poder salir por ahí y eso sin contar con que los cristales están reventados. No queda otra que volver y salir por donde entramos.

Paola asintió, se dio la vuelta con determinación y comenzó a desandar el camino de nuevo. Apenas habían dado unos pasos cuando escucharon ruidos en la zona de la tienda, pisadas que crepitaban, alguien había entrado y caminaba sobre las ruinas de aquel lugar. Manuel se paró en seco y se puso un dedo en los labios indicando silencio. Se mantuvieron con todos los sentidos alerta, pendientes de cualquier señal y, efectivamente, comprobaron que alguien se acercaba. Sin pensarlo un segundo, se escondieron tras una de las montañas de escombros, casi tumbados.

—Ha sido una mala idea —susurró su amiga aterrorizada.

—Si viene solo el tipo ese, no hay problema.

La mandíbula del miliciano estaba tensa, todo su cuerpo rígido y cuando Paola lo miró, descubrió al soldado que había sido en otro tiempo, casi podía observar sus pensamientos discurrir por su cabeza sopesando las posibilidades. Ella nunca sería capaz de hacer algo así, ella se lanzaba a la desesperada sin estrategia ninguna, sin medir consecuencias o peligros.

—Lo importante es que no nos descubra. No puede habernos visto entrar, echará una ojeada y si no nos encuentra se marchará a buscar a otro lugar —continuó en un murmullo.

—¡Pero estamos demasiado a la vista!

—¡Silencio!

Divisaron una silueta que se internaba en la nave desde lo que había sido la tienda, sin mucha convicción, saltando, sin preocuparse de ser visto, sobre los cascotes, mientras ellos se pegaban más al suelo con la esperanza de pasar desapercibidos. No volvieron a pronunciar un solo sonido mientras oían los pasos de aquel sujeto pisando piedras y cristales, controlando, entre la escasa luz grisácea que entraba por las ventanas, sus movimientos, conteniendo la respiración.

—¿Algo? —se oyó una voz desde la tienda.

—No, nada. ¡Esto es enorme! —. Quien contestó estaba bastante más cerca de ellos. Manuel miró a Paola, levantó dos dedos y ella asintió.

—Dile al Choli que se quede en la puerta vigilando por si los ve por la calle —indicó el que había entrado el primero que parecía ser el cabecilla.

El miliciano cerró los ojos con pesar, miró a su compañera ahogado en el desánimo y levantó tres dedos. La cosa se ponía fea. Enfrentarse a uno era tarea relativamente fácil a tenor de su envergadura, con dos la cosa se ponía peliaguda, pero contra tres, estaban perdidos.

El sicario seguía caminando por la nave, soltando maldiciones de vez en cuando. Posiblemente el otro hombre, al que no alcanzaban a ver, también los buscaba, pues oyeron cómo llegaban a la puerta del fondo e intentaba abrirla sin resultado, soltando un bufido por el esfuerzo.

—Por aquí no hay salida, o están por ahí escondidos como ratas o se han ido antes de que llegáramos.

—El Choli dice que los vio entrar, pero no salir.

Manuel se preguntó cómo les habían seguido con tanta velocidad, pero pronto cayó en la cuenta de su error. Ellos sólo podían reconocer a uno de los tipos, el que atacó a Paola, mientras que los tres matones de Feliciano sabían perfectamente quiénes eran ellos. Bufó para sus adentros, no se podía perdonar ese descuido, había sido una torpeza intentar coger el tranvía y además en la misma parada en la que siguieron a Paola.

Las pisadas se acercaban peligrosamente, el miliciano acercó su mano a la de su compañera y la apretó con fuerza, era el momento de intentar salvarse. Mientras el tal Choli continuara

en la puerta, eran dos y no tres a los que habría de enfrentarse, llegar hasta allí entre los cascotes llevaba su tiempo. Por el contrario, si los descubrían tumbados en el suelo, no tendrían ninguna posibilidad de luchar, no quedaba otra, era ahora o nunca. Soltó la mano que con tanto amor apretaba y sin que ella supiera qué se disponía a hacer, cuando los pasos estaban prácticamente encima, se levantó. Los dos hombres se sobresaltaron al ver su figura aparecer tras los cascotes, pero fue sólo un instante, enseguida se pusieron en guardia.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo el del chichón en la cabeza—, supongo que eres el rojo hijo de puta del que nos ha hablado Feliciano. ¿Dónde has escondido a tu zorrita? Creo que le debe algo a mi jefe.

Manuel no se dejó amilanar y se mantuvo erguido, en silencio, con gesto sereno y desafiante que contrastaba con su barba, sus ropas y sus greñas. Ya había observado que empuñaban unas navajas de gran tamaño y aspecto amenazador.

—No debemos nada a nadie —dijo con voz calmada—. Fue un trato justo.

Los sicarios se echaron a reír.

—Juraría que Feliciano no piensa lo mismo. Si te parece, le dices a esa putita que salga de donde se haya escondido y como buenos chicos nos acompañáis a ver al jefe.

Mientras hablaban, Paola se había arrastrado de la forma más silenciosa que había podido hasta situarse detrás de los dos hombres que parecían tan seguros de sí mismos. Se había arañado las rodillas y se había clavado varios cristales en las manos, pero no sentía el dolor, la adrenalina había empezado a jugar su papel y la idea de sobrevivir era lo único que llenaba su mente. No podían fallar, tenía que volver junto a sus hijos. Sacó el arma que tanta protección le había brindado siempre y se preparó. Manuel, por el rabillo del ojo, la había visto arrastrarse sin comprender qué pretendía hacer, estando el tal Choli en la puerta era imposible que pudiera escapar.

—No voy a ir a ningún sitio —declaró el miliciano con rotundidad.

El del chichón se acercó aún más, el gesto hostil, la navaja resplandeciente.

—Si no vienes te llevo en pedazos —amenazó—. Después cogeré a la hija de puta esa que me...

Sin previo aviso, Manuel se lanzó sobre el que hablaba, sin darle tiempo a terminar la frase, pillándole desprevenido. Era la tercera vez que aquel sicario infravaloraba a sus enemigos. Se enzarzaron en una pelea que el antiguo militar, más corpulento y mejor preparado, tenía muchas posibilidades de ganar. El otro, una vez que comprendió lo que pasaba, al ver a su compañero en apuros, se lanzó también sobre Manuel que se defendía de las tarascadas como podía. Y de repente, el del chichón vio tras su compañero surgir a Paola, abrió los ojos desmesuradamente e intentó avisarle de lo que estaba a punto de pasar, pero no tuvo tiempo. Concentrando las fuerzas de las que disponía, apoyadas en su determinación, ella dejó caer su pequeña y afilada hacha, con toda la furia de su alma, con toda la desesperación de su vida, con todo el hartazgo que cada día le suponía, con la ferocidad de una madre que cuida sus cachorros.

El sicario cayó al suelo, el hacha clavada en el cuello, la sangre corriendo a borbotones y las manos del herido intentando taponar la herida. Manuel aprovechó el despiste de su contrincante, la mirada de angustia que le dirigió a su compañero, para arrebatarle la navaja, que manejó con destreza, consiguiendo reducir al matón. Aún se estaba preguntando qué había ocurrido allí, de dónde había salido Paola y el hacha, pero por encima de todo, se preguntaba cómo había tenido la valentía y los arrestos de hacer algo así sin titubear. Esa mujer nunca dejaría de sorprenderle y comprendió entonces su máxima en toda su crudeza, era matar o morir.

Y cuando creía que lo había visto todo, cuando aún estaba perplejo por lo que acababa de suceder, Paola se movió de nuevo. No estaba preparado para presenciar lo que hizo a continuación. Sin perder de vista al hombre que estaba en el suelo, se acercó y cogió el arma que, en su desesperación el sujeto se había arrancado y que yacía abandonada a su lado. Después la limpió con su falda deslucida y llena de polvo y se preparó de nuevo para atacar.

El tipo del chichón miraba todo aquello sin dar crédito y vacilante, volvió la vista a su captor.

—Si dices una palabra te mato —Manuel le tenía cogido por detrás, la navaja rozando su cuello. Él asintió acobardado volviendo a posar la vista en su amigo que se quejaba con leves gruñidos mientras se desangraba.

Se dirigieron a la salida, dejando allí al moribundo, pasaron por la zona de la tienda y en el vano de lo que había sido la puerta vieron sentado a un chaval enclenque, que no tendría más de quince años y que, dándoles la espalda, fumaba y silbaba sin preocuparse de lo que pudiera pasar dentro. Paola indicó a Manuel que se detuviera y ella se acercó por detrás, hacha en ristre, pero justo cuando estaba casi encima, el muchacho se dio la vuelta, su gesto fue la viva imagen del horror y antes de mediar palabra, salió corriendo sin mirar atrás.

El miliciano acercó al del chichón a la pared, le obligó a sentarse y se situó frente a él sin bajar la guardia.

—¿Cuántos trabajáis para Feliciano?

El tipo se revolvió incómodo, lo pensó un instante y se rascó la cabeza.

—Cuatro.

—Y de esos, ¿cuántos nos estáis buscando?

—Tres.

—¿El muchacho que acaba de salir corriendo es uno de ellos?

—No —dijo con desgana y ciertas dosis de miedo que trataba de controlar—. Ese es un granuja que hace pequeños trabajos, sobre todo de vigilancia.

—¿Y el que falta?

—¡Y yo qué coño sé! —se enfadó—. ¡Pregúntaselo al jefe! Hoy solo nos mandó a la parada al Luci y a mí. El Pasmao no sé dónde anda.

—Deberíamos irnos —interrumpió Paola.

—Dile a Feliciano —continuó Manuel sin atender la demanda de su compañera— que como me busque, me va a encontrar y te aseguro que no le va a gustar la visita. Llévate a tu amigo antes de que se desangre y dejadnos en paz.

—No le va a hacer gracia tu mensaje, pagó una fortuna por lo que le llevó esta… —se topó con la advertencia adherida a los ojos del miliciano—, que le llevó tu amiga.

—Pues ahora el mensaje es para ti —y acercó más el arma a su cuello haciendo un diminuto corte del que brotó un hilillo de sangre—. Si te vuelvo a ver, te mato. Procura no cruzarte en mi camino, esta vez has tenido suerte, pero no me tientes.

Un suave quejido salió de sus labios.

—¿Me has oído? —le susurró al oído con voz amenazante.

El sicario asintió de mala gana.

—Y ahora vas a entrar ahí a por tu compañero y le vas a ayudar para que le curen esa herida si no es demasiado tarde.

Separó la navaja y le indicó con ella que se levantara y que se fuera. El sicario se incorporó y se alejó de la pareja que lo vio adentrarse en la nave con paso inseguro. Había fracasado de nuevo y no quería ni imaginarse lo que se le avecinaba cuando apareciera con el Luci medio muerto y las manos vacías.

—¡Vámonos! —rogó Paola de nuevo.

Manuel, como saliendo de un mal sueño, la tomó de la mano y ambos se fueron a toda prisa sin mirar atrás.

—¿Crees que nos volverán a seguir?

—Lo dudo, cariño, se han llevado un buen susto. Espero que el chaval ese, el Choli o como se llame, no intente hacerse el valiente, pero tenemos que ser muy prudentes, hay otro fulano por ahí que no sabemos cómo es, que también está en el ajo.

Continuaron andando, tratando de evitar las calles concurridas, mirando constantemente a todos lados. Dieron un enorme rodeo, tomaron caminos que les alejaban de su destino, para torcer de repente y seguir por otro lado, siempre atentos a los rostros con los que se cruzaban. Llevaban más de tres horas caminando cuando por fin decidieron dirigirse a casa de Paola, cruzaron el campo e hicieron los últimos metros casi corriendo, pero antes de separarse, Manuel entraría de nuevo por detrás, el miliciano se acordó de algo.

—Debería haberme llevado también la navaja del otro —soltó de repente acariciándose la frente cuando ya estaban a pocos metros de su destino.

—¿Cuál? ¿Esta?

Paola sacó de uno de los bolsillos de su falda una navaja enorme ya cerrada. Manuel la miró perplejo.

—¿Cuándo …? Mejor déjalo ahora, creo que tienes demasiadas cosas que explicarme.

Ella, sintiéndose ya segura cerca de los muros de su hogar, sonrió.

—No contaste conmigo, en general por mi aspecto nadie cuenta conmigo, pero ¿cómo cojones crees que he sobrevivido hasta hoy? Subestimar a una mujer desesperada puede llevar a la perdición a un hombre vanidoso.

Manuel compuso un gesto indefinido a caballo entre la admiración y el recelo.

—Algo oí a tu hermano del hacha. ¿Siempre la llevas encima?

—Sí, sin ella me siento desnuda.

—¿Y eres capaz de …

—Sí —le interrumpió sin dejarle concluir la pregunta, con el rostro devastado—. Ya te dije que soy un monstruo, un monstruo capaz de matar antes de que acaben conmigo, sabes mi lema, matar o morir, literal. Y hasta ahora he tenido suerte.

Antes de salir del atajo se separaron.

Petra y Pili aparecieron por la puerta de la cocina seguidas de los niños y de José. Se las veía preocupadas por la tardanza, pero ya estaban acostumbradas a los cambios de planes. La ropa sucia y rota, las heridas de las manos, todo indicaba que algo había salido mal, pero no preguntaron, ya se enterarían más adelante de lo ocurrido. Paola se sentía agotada y hambrienta, no había probado bocado desde la mañana y el delicioso aroma que surgía de la olla que estaba al fuego le provocó un mareo.

—Vayamos todos a la cocina y os cuento cómo me he caído en un agujero que estaba sin señalizar. ¡Estas dichosas obras! Me tengo que lavar y pronto será la hora de la cena —. Se volvió hacia Pili y le susurró que abriera la ventana de atrás para dejar a Manuel que entrara, mientras el resto de la familia se alejaba en sentido contrario.

Ya en su habitación y con un par de cubos de agua helada, Paola se desvistió y comenzó a lavarse. Se frotaba con fuerza, sin sentir el frío. Quería limpiarse el miedo, el odio, el arrepentimiento, la negrura de su corazón y la constatación de que su alma estaba condenada. Las primeras lágrimas cayeron serenas, después se atropellaron y fueron ríos de angustia al comprobar que lo único capaz de quitarse con aquel jabón que olía a miseria, era el polvo.

41

Las manos le dolían con cada pequeño movimiento que hacía, pero no quería asustar a su familia y por eso no se quejó ni se curó adecuadamente hasta que los niños se fueron a la cama. Cuando estuvo segura de que dormían, se reunió con los demás en la cocina, estaban ansiosos por conocer qué había ocurrido y ella, por fin, pudo comprobar el estado de sus heridas que la estaban mortificando. Petra la miró preocupada.

—¿En qué telares andáis metidos para que parezca que volvéis de una batalla? Anda, ven que te cure bien esas manos.

—Creo que tengo varios cristales dentro porque me pinchan cuando trato de coger algo.

Petra acercó una vela y estudió los cortes. Algunos eran realmente profundos. Uno a uno los fue desinfectando con agua y sal y en aquellos donde Paola se quejaba de pinchazos, rebuscaba con una aguja hasta encontrar los pedazos de vidrio y sacarlos. Algunos se veían muy bien y era fácil, otros, más pequeños, costaba extraerlos. A pesar de que no podía evitar los gestos de dolor, no se quejó más de lo estrictamente necesario.

Cuando su vecina terminó, y mientras cubría las lesiones con unos trozos de tela limpia a modo de vendas, Pili, llena de curiosidad, le preguntó por lo ocurrido. José estaba a su lado, nervioso, moviendo rítmicamente una pierna sin perderse ni una sola de las palabras de su hermana que, tras un suspiro, soltó la tensión que aún guardaba en su corazón y contó con todo lujo de detalles la visita, la llegada a la parada del tranvía y todo lo que sucedió después.

—¡Virgen Santísima! El día menos pensado nos das un disgusto —. Petra acababa de atar los dos últimos cabos del jirón de tela.

—Tenías que haberme dicho que fuera con vosotros —José, por fin, se decidió a expresar lo que estaba pensando.

—Te confieso que habría sido una buena idea, pero no supimos anticiparnos a lo que podía ocurrir. La próxima vez, si es que hay una próxima vez, contaremos contigo, puedes estar seguro —le dijo dándole una palmada cariñosa en la espalda, a lo que siguió un gesto de dolor.

Continuaron comentando los pormenores de la jornada y, bien entrada la noche, las vecinas se fueron a su casa. En la cocina, mal iluminada, quedaron José y su hermana, ambos en silencio, cada uno en sus fantasías, sus miedos, sus esperanzas y sus dudas. Fuera, en el patio, un búho rompía la tranquilidad de las sombras cuando Paola se puso en pie, pero antes que anunciara que se iba a dormir, escuchó la voz profunda de su hermano.

—Yo no quiero ir a Portugal ni a ningún otro sitio.

Ella se volvió a sentar contrariada, el día había sido demasiado largo y lo último que necesitaba en aquellos momentos era discutir con José, estaba deseando ver cómo se encontraba Manuel, deseando alzarse al tejado y acurrucarse en esos brazos que habían compartido sus desventuras, pero sabía que su hermano necesitaba desahogarse.

—Si todo está bien con los padres, podrás quedarte —le animó.

—Sabes de sobra que no crees lo que dices. Ni tú ni yo tenemos ninguna esperanza de que hayan dejado en paz a nuestra familia, conocemos el pueblo y sus miserias, sus chismorreos y sus envidias, la cosa va para largo y yo no quiero irme de allí —repitió de mal humor.

—José —Paola se paró un segundo a reflexionar sus palabras toqueteando descuidadamente los trapos que Petra le había colocado en las heridas—. Esto no va de lo que queramos o no queramos hacer, es algo mucho más complicado. Yo tampoco quiero irme, no pedí que hubiera una guerra ni perder a mi marido, no decidí que mis hijos pasaran hambre ni que tuviera que despedir a mi hija. No, hermano, nada de eso hubiera querido, pero ahí está y hay que adaptarse a las circunstancias, porque es una cuestión de supervivencia.

—¿Y lo de Manuel es también una cuestión de supervivencia? —la ira habló por él.

—¿Qué de Manuel? —preguntó confusa.

—He visto cómo os miráis y hay noches en las que pasas mucho tiempo en el tejado, crees

que soy un niño, que estoy dormido, pero os oigo.

Paola sintió que la vergüenza y la rabia a partes iguales inundaban su corazón. No creía que nadie, absolutamente nadie tuviera derecho a juzgarla, pero ese resquicio de culpabilidad que siempre la acompañaba cuando estaba con el miliciano se convirtió en una pared insalvable. Apretó los labios y miró al suelo resoplando. José intuyó arrepentido que había sobrepasado la línea de la confianza y estaba dispuesto a disculparse cuando escuchó la voz dolorida de su hermana.

—No eres quien, para pedirme explicaciones, tú no tienes ni idea del infierno que he pasado y no te voy a permitir que valores mi comportamiento por lo que crees saber. Hago lo que considero más justo en cada momento, pero si con ello te vas a sentir mejor y va a desaparecer esa inquina que leo en tus ojos, te diré que Manuel es mi gran amigo, mi protector, mi guía cuando no sabía qué camino coger, mi apoyo y mi aliento en la desesperanza. Hasta ahí. No voy a engañarte porque ya no eres un niño, quizá con el tiempo lleguemos más allá, pero de momento, ahí arriba —y señaló el tejado— sólo hablamos y hacemos planes.

José se sintió abochornado, la juventud le instigaba a hablar de más y por eso prefería mantenerse en silencio, tenía la sensación de que no era capaz de controlar sus palabras, le llegaban sin avisar, muchas veces repletas de esa ira sorda que provoca la impotencia y, cuando quería frenarlas, ya se escuchaban en el aire y no pocas veces producían dolor. Alargó una mano y tomó la de Paola, sintió que toda ella temblaba e imaginó que estaba furiosa con él.

—Lo siento, he sido un estúpido bocazas. En realidad, lo que me molesta es no poder seguir con mi vida en el pueblo como siempre, hacer lo que hacía y con quien lo hacía. Yo no he hecho mal a nadie, pero —bajó la cabeza con pesar—, me enfado y parece que tengo que herir de acuerdo al dolor que siento yo.

Paola aflojó la tensión y frente a ella vio a un joven, apenas un adolescente, sufriendo por algo que no acababa de comprender. Suspiró y soltando su mano le revolvió el pelo.

—Eso no está bien, no es bueno guardar rencor contra inocentes por un daño que no nos hicieron. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para que vuelvas al pueblo, pero no te puedo asegurar que sea posible, habrá que esperar. Lo que sí está claro es que no puedes quedarte allí y aguardar que los civiles te detengan sabe Dios con qué motivo. Esos no preguntan, o preguntan demasiado fuerte y no voy a permitir que nadie te haga daño, ya bastante dolor soportamos.

El muchacho asintió, aún estaba compungido, se levantó con desgana y dio las buenas noches a su hermana después de besar su mejilla. Paola lo vio salir de la cocina encorvado y sintió pena e impotencia, sintió el rencor que le había desaconsejado y un poquito de culpabilidad por no haber sido totalmente sincera. Manuel era más que un buen amigo y él había intuido con acierto la verdadera realidad.

Apagó la vela y se fue a su dormitorio sin olvidar llevar con ella la cena del miliciano. Dio unos golpes en la trampilla y esperó, no se escuchaba nada y pensó que tal vez se había quedado dormido. Lo intentó una vez más y el resultado fue el mismo. Se bajó de la cama y supuso contrariada que tal vez el sueño fuera más reparador que la comida. Estaba a punto de tumbarse cuando la portezuela se abrió sin hacer ruido y ella, reconfortada, volvió a subirse en la cama y estiró los brazos izando con cuidado la cena cosa por cosa, después elevó las manos, prueba inequívoca de que quería subir.

A Manuel le costó más que de costumbre auparla, Paola casi se cae y tuvo que agarrarse al reborde del suelo del tejado con una de sus manos.

—¡Cuidado! —susurró—. Casi me caigo. ¡Estás medio dormido!

Manuel emitió un breve gruñido y ella se introdujo en sus dominios. Había subido una vela y un mapa viejo que había comprado hacía ya tiempo para ir decidiendo el camino que iban a tomar. Encendió la vela y al ver el rostro de su amigo, supo que algo no iba bien, estaba pálido, ojeroso y demacrado, acentuado su aspecto por la titilante luz de la vela.

—¿Te encuentras bien?

Manuel se subió la camisa y mostró el origen de su aspecto.

—¡Dios mío! ¡Estás herido!

En el costado presentaba un buen corte del que parecía haber manado mucha sangre, la

camisa tenía una enorme mancha y un buen desgarro. Al lado de su manta vio otra camisa vieja empapada, era obvio que con ella se había tratado de taponar la herida. No entendía cómo podía haberle escondido el desgarro y la sangre durante todo su periplo por Madrid. Paola se miró las manos, las tenía inutilizadas.

—¿Te duele? Túmbate.

El miliciano afirmó, obedeció y se recostó sobre la manta.

—No es profunda, me pilló de lateral por lo que no ha ido hacia dentro —su voz era un susurro doloroso—. Ya parece que no sangra.

Ella estudió los daños. Efectivamente era un corte longitudinal, no se introducía demasiado en el cuerpo, pero sí era profundo. En aquel tejado insalubre se podía infectar con facilidad, llevaba varias horas sin curar y presentaba un aspecto negruzco y feo.

—¿Por qué no me lo dijiste? Te habríamos curado hace rato.

Manuel se encogió de hombros y se tumbó, era evidente que apenas tenía fuerzas para hablar. Paola sopesó sus posibilidades, con sus manos vendadas era casi imposible hacer nada, pero no quería salir a aquellas horas a avisar a nadie. No lo pensó más, había muy pocas posibilidades, así que bajó de nuevo a la cocina y cogió todo lo que se le ocurrió, lo que había visto hacer a Petra que siempre había sido la encargada de las curas. Agua, sal, vinagre, cebollas y un montón de telas limpias. Volvió a subir, se tuvo que izar prácticamente sola, lo que le costó muchísimo más y sintió un dolor profundo y acerado en las manos.

Una vez arriba se deshizo de sus vendajes y limpió la herida de Manuel con agua y sal. Sentía el escozor que quemaba en sus propias lesiones, pero trató de no dar la impresión de estar sufriendo por ese motivo. Después preparó un emplasto con ajo, vinagre y cebolla que picó y colocó sobre el corte.

—Esto seguro que te va a molestar

Cuando puso la mezcla en la piel, el miliciano dio un respingo y cerró los ojos.

—¿Molestar? ¡Escuece más que un sabañón! —exclamó. Suspiró y trató de contener el malestar.

—Ahora voy a tapar la herida con estos trapos limpios y en un rato te lo quito, mientras puedes ir comiendo, está muy rico.

Manuel no tenía apetito, pero su experiencia le decía que había que aprovechar el alimento para poder recuperarse antes, su amiga lo miraba pensativa mientras ingería la cena con desgana.

—Se acerca el momento de irnos —dijo por fin—. Las cosas cada vez se complican más y la fecha para recoger a mi hija está a la vuelta de la esquina.

Él asintió.

—No te preocupes, un poco de descanso y estaré listo en un par de días, de momento creo que lo más sensato es salir de casa lo mínimo posible. Tus vecinas pueden acercarse a por el racionamiento de vez en cuando para no levantar sospechas y encargarse de traer la comida. Y si preguntan por ti, que diga a todo el mundo que estás enferma —dejó el plato a un lado y volvió a tumbarse componiendo un rictus de dolor.

—José no quiere venir con nosotros, quiere quedarse en el pueblo —dijo por toda contestación apoyándose en una viga junto a él.

—Eso es peligroso, habrá de esperar el momento oportuno, tienes que convencerle.

—A veces pienso que tiene algo planeado, como un as en la manga, pero con ese carácter tan cerrado nunca sé lo que pasa por la cabeza.

—Es muy joven, mujer, a esa edad no se ve igual el peligro —. La vela titiló con fuerza por una corriente de aire que se levantó de pronto—. Tiene que ser duro que te obliguen a dejar todo atrás sin entender el porqué. Hay que darle tiempo.

—Eso sería perfecto en otras circunstancias, pero precisamente tiempo es lo que nos falta. Temo que llegue allí y se empeñe en no moverse

Ahuecó un brazo y sin palabras Paola supo lo que quería decir, se apoyó con cuidado en su pecho e inmediatamente se sintió reconfortada.

—Deja de preocuparte por todo, ve paso a paso, cuando aparezca el problema trataremos de resolverlo, pero no puedes tenerlo todo controlado. Vamos a empezar un camino lleno de dificultades e incertidumbres, a menudo tendremos que decidir sobre la marcha, y en

más de una ocasión meteremos la pata.

Paola tomó aire y lo soltó de golpe. Sabía que tenía razón, que no podía preverlo todo. Sin embargo, cada vez que pensaba en lo que tenían por delante, la angustia invadía su universo y unas irrefrenables ganas de abandonarse y dejar que todo siguiera su curso, la asaltaban. En ese instante, en aquella postura, en aquel tejado, en aquella casa hubiera deseado entregarse al paso monótono del tiempo y simplemente descansar.

—Había subido un mapa, lo tengo hace meses, lo compré en una vieja papelería de Madrid y lo he abierto infinidad de veces soñando el camino que seguiría para recuperar a mi hija, pero en realidad tampoco entiendo muy bien como se sabe por dónde va uno. Yo simplemente pongo el dedo y sigo las líneas que creo que me acercan a mi pueblo.

—No es difícil interpretar un mapa, es como un dibujo con caminos, se elige la ruta y se sigue, te ayuda a no perderte.

—Ya

Paola bostezó y cerró los ojos. De repente, se incorporó.

—Te voy a quitar eso —y señaló la cura—. Petra dice que con un rato es suficiente, que si no se reblandece la herida y empeora.

—No sabes lo que voy a agradecerlo.

La mujer sonrió.

—¿Sabes que eres un enfermo pésimo? —dijo mientras le abría la camisa y empezaba a quitarle las tiras de trapo para descubrir el corte.

—No te has encontrado tú uno mejor. ¡Ahh!

Manuel se calló y apretó la mandíbula, Paola estaba retirando los restos del emplasto y volvía a limpiar la herida.

—Ahora te la vuelvo a vendar. Esta noche tienes que dormir boca arriba para que no sangre otra vez y mañana haremos otra cura. Le pediré a Petra que me ayude a preparar algún remedio de esos que ella sabe para que cicatrice lo antes posible.

—¡Miedo me da! Ya sabes lo que dice el refrán…

Ella le miró sin comprender.

—Ya he olvidado casi todos los refranes, mi madre decía un montón —comentó con añoranza.

—Pues ahí va uno para la doctora Paola. De médico, poeta y loco, todos tenemos un poco.

Se miraron, trataron de mantener la serenidad, pero el rictus de Manuel se rompió en una sonrisa y ambos soltaron una carcajada tratando de contenerla, una risa que conjuraba las tensiones de aquella jornada y mantenía a raya los temores de ese futuro tan sumamente incierto que se avecinaba para todos.

42

Carmen observó a su nieta alejarse. Había crecido en los últimos meses y el pelo se le estaba oscureciendo, a pesar de ello, era aún muy pequeña, avispada y curiosa, apenas un proyecto de vida.

Iba al colegio como cada mañana, feliz de ver a su maestra y de encontrarse con sus compañeros, caminaba dando saltitos y las coletas subían y bajaban acompasadas con sus movimientos; de su mano colgaba la bolsa que le había cosido Carmen y que ella había tomado como el mejor de los regalos.

—¡Qué bonita! ¿Cuándo la has hecho que no te he visto, abuela? —y torcía la cabeza interrogativa.

—Ayer por la noche. Por cierto, me ha dicho doña Florencia que esta semana también estás en la primera mesa.

Paz ya había cogido la bolsa de flores y brincaba por la cocina encantada mientras Carmen pelaba unas habas para la cena.

—Es que me supe todo el abecedario y fui la mejor en lectura. Doña Florencia me ha dicho que, si hago la plana de sumas bien, me hará su secretaria.

—¿Y ya las has hecho?

—¡Noooo, abuela! No las tengo aquí, las tengo que copiar del encerado en el pizarrín, pero ya verás como no me equivoco. ¿Quieres preguntarme?

—De acuerdo, pero primero tendrás que sentarte, me estás mareando con tanto trajín — Paz se sentó muy seria frente a su abuela—. A ver … si a cuatro le sumo seis ¿Qué me da?

—¡Qué fácil! Diez. ¡Ponme una más difícil!

—Tú lo has querido ¿eh? Esta no sé si te la vas a saber…

—¡Venga! —. La niña se acercó más a su abuela y sus ojos, intensamente verdes, la miraron con impaciencia.

—Catorce más ocho.

Paz se puso a pensar, guardó sus manitas bajo la mesa y contó con los dedos, Carmen la miraba de reojo y sonreía por dentro. Su maestra no le dejaba utilizar ese método, pero ella solo sabía hacer operaciones muy simples y aquello era un reto importante.

—¡Ya lo tengo! Son ventidós.

—Veintidós — la corrigió su abuela.

—Eso, veiiintidós, ¿a qué voy a ser la secretaria?

Carmen la abrazó y sonriendo le dijo que era la niña más lista del mundo.

Y ahora la veía alejarse con toda la felicidad que ella perdía con cada paso que daba la pequeña. En el bolsillo de su delantal, la carta de su hija, la carta en la que Paola le pedía a su madre que preparara a la niña para llevársela. ¡Para llevársela! se repitió, y una lágrima solitaria quiso salir de sus ojos, pero la frenó a tiempo.

Sabía que ese día tenía que llegar, sabía que tarde o temprano tendría que despedirse de la pequeña, pero nunca creyó que fuera tan pronto, o tal vez había equivocado la dimensión del tiempo y la palabra pronto había perdido su significado. Paz era la alegría de aquella casa, era esa luz que permitía que ella pudiera ver. Desde que el más pequeño de sus hijos había tenido que huir, la niña se había convertido en su apoyo, en el centro de sus cuidados, de sus preocupaciones, de su orgullo. Y ahora, una nueva pérdida que añadir a su devastado corazón. Primero fue Paola, después su pequeña Lucía, su José y ahora Paz. Se dio la vuelta y entró en la casa. Aún no había hablado con Marcial ni con su hijo Manuel, aún no les había dado la mala noticia, no sabía cómo hacerlo, odiaba esparcir la tristeza entre los que amaba.

Sin embargo, nada comparado con decírselo a la niña. La pequeña había dejado de hablar de su madre hacía mucho tiempo, no preguntaba por ella, no preguntaba por sus hermanos y en las pocas ocasiones en que el nombre de Paola había salido a colación, la niña cortaba la conversación con un *ahora mi madre eres tú,* refiriéndose a Carmen . Paz era muy cabezota, para lo bueno y para lo malo, su voluntad de hierro le permitía esforzarse al máximo en cualquier empeño, incluso en olvidarse de los que ella creía que la habían

abandonado. Porque la niña nunca entendió por qué Paola tuvo que dejarla allí, por qué su madre eligió a los demás y no a ella, nunca lo había verbalizado, tal vez era tan pequeña que no sabía lo que significaba, que no podía expresarlo, pero el sentimiento estaba allí, y ese rencor visceral e inocente de la incomprensión, que sólo los niños son capaces de sentir, estaba anclado a su corazón como una losa.

No podía dejarlo por más tiempo, la fecha se acercaba y todos tenían que prepararse. Metió la mano en el bolsillo y tocó el papel, ni una palabra de José, ni una mención a su hijo pequeño. No creía que acompañara a Paola, sería precipitado y peligroso, los civiles seguían preguntando por el muchacho, trataban de hacerlo de forma casual cada vez que pasaban por el pueblo, pero nadie se fiaba y estaban felices de que estuviera a salvo en Madrid. A ella le encantaría verle, su hijo era el más especial de todos, tan tímido como Marcial, pero más frágil. Había vivido siempre a la sombra de la familia, arropado por la contundencia de su hermano mayor, por la sabiduría de su padre y el amor de ella misma. No era tan independiente como los demás, ni tan decidido, era más sensible y era el que más unido estaba a ella.

La mañana se le hizo eterna, angustiada como estaba por lo que iba a suceder. Paz volvió de la escuela, comió sin dejar de contar las mil y una peripecias del colegio, feliz porque la maestra había vuelto a felicitarla y había sido nombrada secretaria. Después volvió al colegio, igual de alegre, y al caer la tarde esperó con impaciencia a su tío para contarle las novedades. Manuel la recibió en sus brazos como cada día, no importaba que volviera muy cansado del campo, la llevó en volandas hasta la cocina y la envolvió de cariño como cada tarde.

Carmen no sabía por dónde empezar, así que esperó a que la pequeña se fuera a la cama.

—Ha llegado carta de Paola —dijo por fin con un fuerte suspiro mientras recogía los cacharros y los iba colocando en su sitio una vez fregados.

Su marido la miró escamado, llevaban demasiados años juntos como para no reconocer ese tono.

—Diríase que te molesta —Marcial, sentado en una silla, apuraba el último trago de vino.

Manuel los miró en silencio sin comprender aún.

—No, lo que me molesta no es recibir carta de la niña, sino lo que dice.

El hombre se puso tenso imaginando una desgracia.

—¡Habla mujer! ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Carmen sacó la carta y se la tendió, este la leyó y torció el gesto un instante.

—Pensé que era algo más grave. Es lo propio, mujer, la niña tiene que estar con su madre y con sus hermanos.

Manuel también la leyó, la dejó sobre la mesa, pero no dijo nada.

—¡Menudo disgusto se va a llevar la cría! Paz no quiere ni oír hablar de su familia, ya lo has visto —comentó Carmen con insistencia, no comprendía la actitud de su esposo.

—Paz no es tu hija, mujer, es tu nieta. Su madre tiene toda la ley de llevarse a la niña cuando quiera y ni tú ni yo podemos decir nada, aunque hayamos cogido cariño a la zagalilla, sabíamos que esto era así, y ella hará lo que su madre diga, le guste o no —. Dio el último trago al vino y dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—Te falta corazón, marido.

—Seso es lo que te falta a ti, mujer —se levantó—. Y no se hable más de este tema. La zagalilla se irá con quien la parió y nuestra vida seguirá como siempre.

Carmen conocía demasiado bien a su esposo y sabía que hablaba su razón porque su corazón lloraba como el de ella. El hombre se despidió y salió de la cocina malhumorado, se iba a acostar. Allí quedaron madre e hijo en silencio.

—Yo tampoco quiero que se vaya, pero padre tiene razón, Paola está en su derecho —dijo al fin Manuel dolido.

Carmen se dejó caer en la silla que acababa de dejar Marcial vacía, secándose las manos.

—El problema no es que se vaya, sino que sufra. Tú lo sabes, Manuel, sabes que no quiere saber nada de su vida en Madrid, una niña no es un objeto, no se puede tomar y dejar a su antojo, necesita tiempo para entender lo que pasa. Ya se ha acostumbrado a esta vida, a sus amigos, a su maestra, se ha acostumbrado a correr por el campo, a acompañarme a lavar… se ha acostumbrado a estar con nosotros. Y de repente, tendrá que volver a dejar todo lo

que conoce para ir no sé dónde. ¿De vuelta a la capital? ¿A otro lugar? En la carta no queda claro, supongo que ha sido precavida y no ha querido dar más indicaciones.
—Madre, no sufra, es muy triste, pero no podemos hacer nada.
—Pues que sepáis, se lo dices a tu padre, que no pienso ser yo quien le dé la noticia a Paz. Si quiere, que venga su madre y se lo cuente y si no, os echáis a suertes a quién le toca de vosotros dos. ¡A ver si mi niña va a pensar que la abuela no la quiere con ella! —. Se levantó muy enfadada y salió de la cocina rezongando.
Manuel se quedó mirando los últimos rescoldos de la cocina. Si Paz se iba, la alegría de aquella casa se iría con ella. Pensó en Mariana, el fuego le recordaba su cabello, últimamente pensaba mucho en aquella muchacha que había llegado al pueblo unos meses atrás, era la sobrina de los nuevos maestros y se rumoreaba que estaba allí por desobediente y díscola, aunque ya se sabía, las noticias había que ponerlas en cuarentena en aquel lugar. Era bastante más joven que él, pelirroja, de piel blanca y ojos azules. Su pelo alborotado y rebelde le llamaba poderosamente la atención, siempre que se cruzaban se miraban y se sonreían. Manuel nunca había sentido tanto interés por una moza del pueblo. Abandonó esos pensamientos, Mariana podía esperar, Paz no.
Cogió la vela y fue a la alcoba de su sobrina, la niña dormía plácidamente, ajena a todo lo que se cernía sobre ella. Se sintió impotente, sus promesas iban a saltar por los aires y la pequeña terminaría por odiar a todos los que no la protegían. Saboreó con anticipación la congoja de la ausencia y en aquel instante, a los pies de su cama, fue consciente, con desconsuelo, de lo mucho que iba a echarla de menos. Arropó su cuerpecillo, besó su manita y salió. Tardó mucho en dormirse y cuando lo hizo, soñó que volvía al frente y que allí, en medio de la batalla, Paz, en camisón, luchaba por que no la alcanzaran.
Esperaron a estar todos juntos para hablar con la niña. Cenaban en la cocina como cada noche y la pequeña no dejaba de parlotear, estaba emocionada porque doña Florencia le había regalado un pequeño misal por ser la mejor de la clase.
—Come y calla un poco —le dijo Marcial, que aquella noche se mostraba más huraño que de costumbre.
Paz le miró extrañada, el abuelo no era muy parlanchín, pero no solía hablarle así.
—¿Está enfadado conmigo?
Él dijo que no con la cabeza.
—Es que no paras de hablar y se te va a enfriar la cena —contestó partiendo un trozo de pan que se había quedado duro.
Los tres, sentados alrededor de la mesa, se observaron con desaliento mientras Paz contaba todas sus aventuras, pero al cabo de un rato notó que algo extraño ocurría, dejó la cuchara en el plato y los miró despacio sin abrir la boca, después continuó comiendo en silencio. Todo en ella se puso alerta.
—Hemos recibido carta de tu madre —fue Manuel el que se decidió a contarle a la niña lo que ocurría. Ella siguió comiendo como si no hubiera oído nada, pero su manita tembló ligeramente al llevarse la cuchara a la boca.
—Va a venir a por ti, quiere que estés con ella y con tus hermanos —concluyó
Paz levantó la cabeza muy despacio, la angustia se dibujaba en su rostro sin filtro ninguno, la barbilla le temblaba.
—Dile que no venga, tío. Yo estoy muy bien aquí con vosotros y ella tiene más hijos. Dile que me deje aquí.
—Eso no depende de nosotros, mi niña, ella es tu madre y es quien decide qué hacer —Carmen trató de suavizar la situación—. También quiere estar contigo.
—¡Mi madre eres tú! —gritó la niña.
—¡Tu madre es tu madre! Y no seas desconsiderada y contestona —. Marcial dio una fuerte palmada en la mesa que hizo que Paz diera un respingo.
—¡No me iré! —replicó llorando, no le importaba enfrentarse al abuelo— ¡No me iré!¡ No me iré! ¿Qué va a decir doña Florencia que se queda sin secretaria? ¿Y quién va a acompañar a la abuela a los recados? ¿Quién te va a esperar a ti, tío, al volver del campo?
—Paz —la llamó su abuela a punto de echarse a llorar también.
—Déjame, abuela, déjame quedarme aquí contigo, por favor —rogaba ya sin fuerzas, ahogada en el llanto, unas lágrimas que se secaba frotándose los ojos con los nudillos.

—¡Basta ya! Harás lo que tu madre diga —Marcial se levantó de la mesa—. Y ahora vete a la cama inmediatamente que no quiero oírte más, niña maleducada.

Paz abrió los ojos y miró a su abuela que no pudo sostenerle la mirada, después se giró hacia su tío que observaba un plato frente a él que estaba prácticamente lleno y no tuvo el valor de alzar sus ojos y, por último, se enfrentó a su abuelo que con un dedo señalaba la salida de la cocina. Se levantó y su banqueta chirrió lastimeramente al arrastrarse contra el suelo. Dio un pequeño saltito y se bajó.

—Os quería lo más, pero ya no os quiero.

Y se marchó casi corriendo, Carmen iba a salir tras ella, pero su marido se lo impidió.

—Cuanto menos nos quiera, más fácil le será la marcha.

El abuelo había perdido toda la fuerza con la que había mandado a su nieta a la cama, volvió a tomar asiento, dio un trago a su vaso de vino y fijó la vista en los rescoldos de la cocina que ya empezaban a volverse grises.

—Mira que le he cogido cariño a la jodía niña… —murmuró.

Carmen recogió los platos, ninguno había terminado el suyo. Manuel dijo que iba a acostarse, dio un beso a su madre en la frente y cuando iba a salir de la cocina su padre lo frenó.

—Déjala tranquila tú también.

—Cada cual toma sus decisiones, padre. Nunca sabes lo que es más acertado —contestó Manuel y sin más palabras salió.

Entró en la habitación de su sobrina, la pequeña lloraba quedamente bajo las mantas, ni siquiera se le veía la cabeza, se sentó en la cama y apretó la mandíbula.

—Paz, escúchame…

—¡Vete! —y una cascada de hipidos sonó a continuación.

—Paz… me gustaría que me…

—¡Vete! ¡Ya no te quiero! ¡No os quiero a ninguno!

—Eso no es cierto, nosotros no podemos…

—¡Todos me echáis!

Manuel perdió la paciencia, cogió la sábana y lanzó toda la ropa a los pies de la cama. La niña ni siquiera se había desnudado, sólo se había quitado los zapatos. La tomó en brazos y aunque al principio trató de resistirse, su tío la abrazó tan fuerte que rompió todas sus defensas y acabó enlazada a su cuello, llorando con desconsuelo. Dejó que se vaciara sin decir una palabra, permitiendo que se le rompiera el corazón ahogado por la pena aquella chiquilla. Poco a poco se fue tranquilizando.

—Me encantaría que te quedaras aquí —le susurró al oído—, y también a los abuelos. Pero es tu madre quien toma esas decisiones, no nosotros. Ella no te abandonó, no te dejó a la buena de Dios, no tenía otra opción, tuvo que tomar una decisión muy difícil y muy dolorosa, pero seguro que todo este tiempo no ha dejado de pensar en ti. Sabía que estabas en buenas manos, que nosotros te cuidaríamos y por eso te dejó marchar tranquila.

—¿Y por qué yo? ¿Por qué no dejar a los demás? —hablaba entrecortadamente entre los hipidos que aún no había logrado contener.

Ese era el centro de su dolor, el origen de su impotencia ahí radicaba la gran pregunta y de ahí partirían todas las ausencias que arrastraría Paz a lo largo de su vida. Manuel fue sincero.

—No lo sé, cariño, no lo sé. Quizá porque Carmencita es la mayor y la puede ayudar más y Adrián era demasiado pequeño.

La barbilla de la niña aún temblaba.

—¿Vendrás a verme?

A Manuel se le partía el alma.

—Te lo prometo.

—¿No me lo dices de mentirijillas para que no llore? ¿No me engañarás como todos hacen?

—Te prometí que no me iría de casa y aquí estoy ¿no?

Entre las lágrimas que aún cubrían sus ojos esmeraldas, Paz compuso una sonrisa pícara.

—¿Es verdad que te gusta Mariana?

Manuel se puso tenso, no se esperaba esa pregunta y menos en aquel momento.

—¿Y a ti quién te ha dicho eso? Te estás volviendo una chismosa ¿eh?

—A la Mari se lo dijo su hermana que está en mi clase, en la tercera fila porque algunos días no se ha sabido las letras. Dice que Mariana siempre te mira y que ha preguntado por ti, y que tú cuando bajas a la taberna coges el camino de la Iglesia, en vez del de la Era, que es más corto, para pasar por su casa.

El muchacho pensó que en el pueblo las paredes tenían ojos y que era imposible guardar un secreto sin que fueras la comidilla de cada casa. Había intercambiado cuatro saludos con la joven del pelo rojo y ya había llegado el chisme a su sobrina, era increíble, pero también esperanzador que se hubiera interesado por él. Anotó en su cabeza ese dato.

—Me parece guapa, sí, pero esto es un secreto entre tío y sobrina ¿de acuerdo?

La pequeña puso un gesto grave y afirmó con seriedad.

—Así cuando te escriba te puedo contar si me da calabazas o no.

La niña soltó una carcajada.

—¡Pero si eres el chico más guapo del mundo!

Manuel se maravilló de cómo los niños pasaban del llanto a la risa sin mediar un instante.

—No vas a llorar más ¿verdad? y no quiero ver esa carita triste. Con tu madre vas a estar muy bien, ella te quiere mucho y te va a cuidar y a proteger. Yo me encargaré de ir a verte o de traerte a que veas a los abuelos.

—¿Me lo prometes también?

—Muchas promesas ya ¿no te parece? Haré todo lo posible y ya sabes que soy muy cabezota. —no quería mentir a la niña y las cosas de momento no estaban para viajes.

Paz se quedó tranquila, su pequeño corazón latía más confiado y ya no se sentía tan abandonada, aunque todavía estaba enfadada con el abuelo.

Se acostó y su tío la arropó.

—Aún quedan días para que vengan a por ti, hablaremos mañana, ahora ¡a dormir!

Le dio un beso en la frente y salió de la alcoba. Una vez en la suya, se tumbó y se perdió en las sombras del techo, tanto sentimiento se acumulaba en su corazón que tardó mucho en conciliar el sueño. La pena que sentía por la marcha de su sobrina se solapaba con la emoción de lo que Paz le había contado de Mariana. La vida era caprichosa, ni disfrutar de la pena le dejaban a uno, ni sufrir las alegrías. La echaría tanto de menos que no quería pensar lo que aquella casa sería sin esa criatura que todo lo llenaba, no quería pensar lo que sufriría su madre, lo que no diría su padre, no quería pensar, simplemente era eso, no quería pensar en nada aquella triste noche.

43

El sol aún no había salido, pero la luz lechosa de la madrugada se dejaba entrever. Una brisa gélida soplaba aquella mañana en la que el otoño ya se había instalado definitivamente. Las parras del patio, de las que todavía colgaban algunos racimos de uvas marchitas, siseaban por efecto del viento en una melodía conocida para todos los habitantes de la casa.

Pili, Petra y los niños habían partido la noche anterior rumbo a Badajoz, un pequeño equipaje y el dinero suficiente para viajar de forma cómoda hasta la ciudad extremeña era su bagaje. Allí, esperarían a que los demás llegaran. Paola, Manuel y José tenían que seguir un camino diferente para pasar por el pueblo y recoger a la pequeña Paz, ellos tenían que viajar a pie o alquilar un carro, en cualquier otro transporte podían pedirles la documentación y Manuel carecía de ella, estarían entonces en un callejón sin salida. Las vecinas y los niños tenían por delante muchos kilómetros, pero todos confiaban en que dos mujeres con dos niños no levantaran ninguna sospecha, el país estaba lleno de viudas que volvían a los pueblos amparadas bajo el paraguas de sus familiares.

Paola salió al patio y miró aquel espacio atestado de cacharros con añoranza, el gallinero, ya vacío, pocos días atrás se habían comido las dos últimas y viejas gallinas que había robado en Vicálvaro. Las parras, cuyos troncos retorcidos parecían más grises que nunca, se empeñaban en ofrecer todavía algunos racimos como si quisieran chantajearla en su marcha. Miró las piedras que conformaban el diminuto camino hacia ninguna parte, ese suelo que había sido el centro de los juegos de sus hijos, las piedras de Adrián todavía en equilibrio. Todo le hablaba de despedida y tristeza, de abandono, de derrota. Estaba apoyada en el marco de la puerta y una voz desde el interior la apremió para que se apresurara, se les hacía tarde.

Manuel había estado inspeccionando los papeles que contenía la mochila que encontró Carmencita. Se habían obsesionado tanto con la venta de las joyas que habían olvidado todo lo demás, a excepción de los billetes en desuso que ya habían quemado. Había una carpeta de cartón bastante grande y pesada, las hojas sobresalían desordenadas por los lados. La había abierto con cuidado de no liar aún más todo aquello y fue mirando cada uno de los documentos con atención.

Para su sorpresa, allí había un poco de todo, desde contratos de compra de inmuebles hasta pagarés imposibles de cobrar, pasando por documentación personal y mil certificados, registros, actas…

Manuel trató de imaginar qué hacía todo aquello en una mochila bajo los cascotes de un edificio junto a joyas, un candelabro, una pistola… parecía un juego de locos. Podría tratarse de una huida precipitada, quizás de un robo. ¿Pero dónde estaría el dueño de la bolsa? ¿Por qué abandonarla? Posiblemente nunca lo sabrían y era evidente que aquella carpeta no les serviría de nada, por lo que tras su inspección concienzuda decidió dejarla en el tejado. Sólo se quedó con unos documentos de identificación a nombre de un tal Salustiano Herrera Sanz, nacido en Ávila y con una edad similar a las suya. ¡Quién sabía si aquel papel podría serle útil algún día! Cuando el miliciano cogió la pistola y se la guardó, se sintió un poco más seguro y recordó las palabras que Paola le había dicho respecto a la tranquilidad de llevar su hacha al cinto y la comprendió.

Decidió recogerlo todo para evitar que nadie pudiera notar que el tejado había estado ocupado todos esos meses. No esperaban que nadie entrara en la casa, pero no podían asegurarlo y si lo hacían era mejor que no vieran allí la manta, las velas y todo lo que había ido acumulando con el paso de los días, una señal inequívoca de que esa familia había escondido a un sospechoso. Era mejor que los vecinos creyeran que habían emigrado en busca de nuevas oportunidades, por lo que una vez los niños abandonaron la casa, se dedicó a limpiarlo todo y a bajar sus cosas.

José tenía poco que hacer más allá de lo que le encomendaba su hermana. No sentía nostalgia por dejar Madrid, a él no se le había perdido nada en esa gran ciudad que no había

llegado a apreciar y su único pensamiento giraba en torno a su pueblo, a la posibilidad tan improbable de que pudiera quedarse allí. No se imaginaba en Portugal, no entendía por qué su hermana había puesto en peligro a toda su familia por aquel miliciano taciturno con el que apenas había cruzado dos palabras, a no ser que se hubiera enamorado como una colegiala inconsciente y arrastrara por ese amor, a los suyos, a un futuro incierto. En su ignorancia, ahogado en esos pensamientos, muy a su pesar, siempre terminaba enfadado con ella.

Paola, por su parte, era ajena a las elucubraciones y las incertidumbres de su hermano, no sabía que él estaba decidido a no acompañarla en su aventura, que no tenía ninguna intención de dejar su país ni su pueblo, que prefería esconderse en las montañas que tan bien conocía, antes que seguirla en esa locura. Todavía estaba la casa de Leandro, podía buscar a los hombres de la sierra y unirse a ellos, saber de los suyos y protegerlos, tener encuentros con su familia. Y si ya no estaban, no tendría ningún reparo en vivir solo en los montes hasta que todo se olvidara y pudiera de nuevo volver a su hogar.

Se reunieron los tres en la cocina con las pocas cosas que se iban a llevar, víveres incluidos. Ninguno decía nada porque cada cual estaba sumido en sus temores. A Paola se le hacía el alma girones por tener que abandonar su hogar, el refugio de su familia, el lugar en el que había vivido lo mejor y lo peor de su vida. Manuel estaba preocupado por el camino, sabía de los peligros que iban a correr y de las pocas posibilidades de éxito. José se perdía en profundas reflexiones sobre cuándo y cómo decirle a su hermana que él no iría a ninguna parte. Sin embargo, nadie dijo lo que pensaba.

—Bueno, es hora de marchar. Yo saldré por la ventana de atrás y daré un rodeo para unirme a vosotros en el atajo. Esperadme sentados para que no se vean vuestras siluetas cuando empiece a salir el sol, a partir de este momento, estamos en continuo peligro, no nos olvidemos —comentó con seriedad. Los dos hermanos asintieron.

—Según salgas cerramos la ventana y después nos iremos nosotros —añadió Paola.

Todos se levantaron. Paola apartó su pena y la redujo a un sentimiento lejano que se escondía en lo más profundo de su mente. Manuel saltó y José cerró la ventana mientras su hermana cogía los hatillos. Cerraron la puerta con llave y se perdieron por la calle que llevaba al atajo.

—¿Estás llorando?

—No es nada José, la nostalgia de dejar mi hogar.

—No te entiendo. Podías quedarte en tu casa tranquilamente si no fuera por ese hombre.

—Tú lo has dicho José, no entiendes nada. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos? ¿Cuántos años? Pues de todo ese tiempo no sabes nada y sería largo, pesado y doloroso relatarte tantas y tantas penurias que hemos pasado. Pero lo que sí te repito es que probablemente no estaríamos aquí sin la ayuda de ese hombre, como tú le llamas.

José calló. Últimamente tenía la virtud de meter la pata hasta el corvejón. Volvía a darse cuenta de que estaba tan enfadado con la situación que siempre tenía que buscar un culpable a su frustración y nuevamente había dirigido la inquina hacia su hermana. Siguieron caminando en silencio unos minutos más.

—Esperaremos aquí —ordenó Paola en tono cortante.

Se sentaron en el suelo como les había indicado Manuel. José quería disculparse, pero no le salían las palabras, su hermana cogió una ramita seca y la arrancó, después se la metió en la boca y la mordisqueó distraídamente. El viento continuaba insistente refrescando la mañana y un sol tímido y descolorido salía entre las nubes blanquecinas. Paola había dejado de llorar y su tristeza había sido sustituida por la severidad en su mirada.

—Sé que te va a sonar mal, pero lo siento otra vez.

Ella le miró reflexiva.

—No puedes ir soltando la lengua a paseo cada vez que te venga en gana o cada vez que te enfades para luego querer arreglarlo pidiendo perdón. No, así no funcionan las cosas. Si estás enfadado porque no quieres venir con nosotros, nadie tiene la culpa, pero no te voy a consentir insinuaciones de ningún tipo.

—Pero es que ¡no entiendo nada! No entiendo qué coño ha pasado y por qué estoy en esta jodida situación.

—Ya José, ninguno entendemos nada. Con la guerra nuestro mundo saltó en pedazos y

desde entonces no eres tú sólo el que no entiende nada. Pero eso no nos da derecho a hacer daño a los demás.

—¡Ya te he dicho que lo siento!

—Pero es la segunda vez que haces una fea insinuación sobre la relación entre Manuel y yo. No te admitiré una tercera.

—No la habrá.

—Eso espero.

El muchacho aprovechando ese momento de confidencia y sinceridad, decidió explicar sus planes.

—No voy a ir a Portugal.

—Eso dependerá de cómo estén las cosas en el pueblo ¿no? —preguntó su hermana que aún se mantenía distante.

—No, Paola, da igual cómo estén las cosas, no me voy a ir. ¡No me da la gana!

—José no seas cabezota, tienes que…

—No insistas, lo tengo decidido —cortó sus palabras, no iba a oír más explicaciones—. Si todo se ha tranquilizado, perfecto; si no ha sido así, me echaré al monte.

Paola abrió los ojos de par en par y comprendió que hablaba con la determinación de haber dado mil vueltas al asunto. Aun así, trató de disuadirlo.

—Eso sería una temeridad, tú solo en el monte, no lo veo, además podrías poner a los padres en peligro si tratas de verlos.

—Nunca haría eso. Buscaré a los hombres que se esconden en el bosque, esos para los que no ha acabado la guerra y huyen de los civiles y si ya no quedan, aguantaré allí hasta que todos se olviden de mí.

—¡Pero eso pueden ser años!

—Da igual años o siglos. Tengo la decisión tomada. ¡Mira! Ahí está Manuel.

Y así dio por concluida la conversación. Su hermana no contaba con argumentos para convencerle de lo contrario. En realidad, se trataba de cambiar un peligro por otro, ella no podía asegurarle que su aventura fuera a salir mejor que la de él y ante eso, prefirió callar. Nada era bueno en aquellos momentos, nada seguro, nada certero.

Manuel apareció con paso firme, su herida había cicatrizado muy bien gracias a los cuidados de Paola que, dirigida por Petra, había preparado emplastes, curado, desinfectado y vendado la herida a diario con dedicación y mimo. El mayor peligro, le había dicho la vecina, era que se le infectara. No es una puñalada, es un corte, había confirmado al verle, lo que es una buena noticia, pero hay que tener cuidado porque es profundo, así que tendrás que ser muy metódica y limpia. Lava tus manos muy bien antes de cada cura y todo saldrá a pedir de boca. Y siguiendo estas simples instrucciones la herida del miliciano pronto se curó.

Los hermanos se levantaron cuando Manuel llegó hasta ellos y comenzaron a caminar con paso decidido. Podrían haber cruzado la ciudad, lo que hubiera sido mucho más rápido, pero prefirieron algo menos peligroso, no querían tener problemas antes de comenzar su peripecia, así que la rodearon por caminos y vías pecuarias hasta llegar a la carretera de Badajoz donde comenzaron realmente su viaje por senderos desconocidos.

44

Tras la guerra, las infraestructuras de toda España quedaron devastadas. Desde 1937, con el llamado Plan Peña comenzaron las obras de reconstrucción y se establecieron las seis carreteras nacionales, que serían radiales y que tendrían su origen en la Puerta del Sol de Madrid. La que unía la capital con Badajoz pasó a llamarse N-V.

Sin embargo, Paola y sus compañeros, trataron de evitar todo lo posible esa carretera que estaba plagada de obras y de obreros que se afanaban en hacer transitable cada tramo dañado lo antes posible. Caminaban por senderos secundarios, por zonas poco transitadas en las que era difícil encontrarse con nadie, tratando de sortear todos los pueblos con los que se topaban a su paso. Manuel dirigía la expedición porque había aprendido a orientarse durante sus años de soldado y no era la primera vez que se veía en una situación similar. Paola, a su lado, miraba permanentemente a su alrededor con desconfianza, siempre alerta, echando mano de su hacha en cualquier instante en el que las más leve de las sospechas hiciera saltar sus alarmas. José, taciturno como siempre, callaba. Se escondían en cuanto vislumbraban cualquier presencia, ya fuera pastor, carretero o leñador, y esperaban a que se alejara para seguir su marcha. Se alimentaban de lo que cazaba José con su honda, con la que era realmente diestro, y de vez en cuando, los hermanos entraban en alguna población y compraban un poco de queso, pan, cebollas, fruta o cualquier cosa que los campesinos quisieran venderles. También ese vino que templaba sus noches.

No hacía demasiado frío aún, pero cuando el sol desaparecía, bajaban mucho las temperaturas. Solían dormir al raso, si encontraban alguna edificación en ruinas, un refugio de pastores o un cobijo natural, se guarecían de las inclemencias del tiempo e incluso en algún caso, hicieron una pequeña hoguera para comer caliente.

No sufrieron incidentes, los campos más alejados de las zonas pobladas parecían estar abandonados, era obvio que faltaba mano de obra, todos aquellos hombres que o bien habían fallecido o estaban encarcelados se habían visto obligados a dejar sus tierras desamparadas. Las mujeres no podían hacerse cargo de esas fincas tan lejanas, y sin cuidados, los rastrojos y las malas hierbas las pintaban de desolación.

Una vez que alcanzaran Navalmoral de la Mata, depararían a un lado la ruta hacia Portugal y se desviarían por veredas escondidas, para dirigirse al pueblo de Paola, donde recogerían a la pequeña Paz. Manuel ya había advertido a su compañera de que le parecía un duro trayecto para una cría tan pequeña, a lo que ella había respondido que la niña iría con ellos costara lo que costase. Eso fue al salir de Madrid, cuando apenas habían andado unos pocos kilómetros, pero con el paso de los días y la dureza del trayecto, empezó a ver las cosas desde una perspectiva diferente y un atisbo de arrepentimiento se instaló en su corazón por no haber escuchado las prudentes palabras de Manuel. Después de tantos días de caminata por senderos intransitables, entre maleza, zarzas y pedregales, pasando penurias, frío y hambre, no sabía muy bien si había sido una decisión muy acertada. Sus ansias de reencontrarse con la niña le habían obnubilado el juicio, pero tampoco estaba dispuesta a admitirlo, a poner en palabras lo que desde hacía varias jornadas le rondaba la cabeza.

Estaba atardeciendo, los días cada vez eran más cortos y las tinieblas de la noche se cernían sobre los viajeros con más prontitud, había amenazado toda la jornada con llover y unos cielos insistentemente encapotados les hicieron presagiar lo peor, sin embargo, ni una sola gota había dificultado su camino.

La noche antes de llegar a Navalmoral descansaron cerca de un pueblecito que Manuel identificó como Peraleda de la Mata, acamparon al lado de una laguna y allí se refugiaron hasta que la noche les hizo invisibles. Estaban lejos de cualquier senda, vereda o camino y se sintieron protegidos entre la maleza que lamía el agua. Tenían hambre, pero ninguno se atrevía a decirlo en voz alta, los problemas que no tenían solución era mejor obviarlos, estaban cansados, y debían soportar la humedad que hacía que la sensación de frío les mantuviera despiertos y helados, pero en silencio.

La noche fue larga. Manuel dejó que Paola se acurrucara contra su hombro para darse

calor. José los miró y puso un gesto que Paola supo descifrar, pero no dijo nada. Durmieron a trompicones y poco antes del amanecer se pusieron en marcha de nuevo con el frío instalado en sus huesos. Acababan de salir de la protección de los matorrales y tomaban rumbo hacia el norte, cuando cerca de las primeras casas del pueblo vieron luces y escucharon voces. Aún estaban lejos, aunque no dudaron en buscar resguardo de inmediato, pretendían rodear el pueblo, pero una comitiva compuesta de varias personas salía de él y hasta allí llegaban sus gritos. Aguzaron la vista y se recomendaron silencio con la mirada.

Las primeras luces del alba perfilaban las siluetas, Paola sintió que el corazón se le detenía cuando creyó intuir los uniformes, miró a Manuel con los ojos desorbitados y éste afirmó e hizo un gesto de tranquilidad.

—Hay civiles —susurró protegida por una frondosa encina.

—No sé qué están haciendo, pero nada bueno —el miliciano estaba a su lado—. Creo que son una patrulla, probablemente de Navalmoral, es el pueblo más grande de la zona.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Paola preocupada, apenas se oían las palabras que articulaba.

—Nada. Parece que van hacia los abrevaderos, nos mantendremos escondidos y en silencio. No saben que estamos aquí —respondió Manuel.

Las imágenes se iban haciendo más visibles a la luz de la mañana que volvía a presentarse cargada de nubes. Dos hombres con las manos a la espalda eran conducidos por la guardia civil a empujones hacia los abrevaderos. Algunas mujeres lloraban e imploraban piedad para ellos, pero los civiles se mantenían impasibles. Llegaron a los pilones y uno de los guardias se volvió a la comitiva y gritó algo, las voces de las mujeres dejaron de oírse. Entonces obligaron a los detenidos a ponerse de rodillas y comenzaron a hacerles preguntas. Desde donde estaban no alcanzaban a escuchar lo que decían ni los unos ni los otros, a pesar de que los captores vociferaban. Supusieron que se negaban a contestar, es posible que ni siquiera supieran lo que les preguntaban, porque les golpearon con las culatas de sus fusiles haciendo que cayeran al suelo como fardos de harina. Los alzaban por los brazos, les ayudaban a incorporarse y volvían con las preguntas y con los golpes. El espectáculo era espeluznante y Paola dejó de mirar, sentía casi en sus carnes aquella violencia infringida contra hombres que no tenían ninguna posibilidad de defenderse.

—Les están interrogando —musitó Manuel.

José, mientras tanto, observaba todo con desesperanza, convencido que algo parecido le podría suceder a él en poco tiempo, sintió que el vello de sus brazos se le erizaba.

Uno de los hombres maniatados se puso en pie de repente, encaró a sus captores y gritó algo. El sonido cortante de un disparo cruzó la mañana y el cuerpo sin vida del arrestado, tras un instante en el que la cabeza se movió ligeramente hacia atrás, se derrumbó. Una de las mujeres soltó un aullido y se lanzó al suelo, pero ya nada se podía hacer por el fallecido. El otro arrestado se mantenía con la cabeza gacha y Paola hubiera jurado que su cuerpo temblaba con los pequeños espasmos del llanto, aunque no podía asegurarlo, no sabía si era fruto de su imaginación.

El guardia, aún con la pistola en la mano, se dirigió al que seguía de rodillas y, sujetándole del pelo, le levantó la cabeza. Gritó algo, le amenazó con el arma y siguió con sus preguntas, pero esta vez debió de obtener las respuestas que esperaba porque, tras un buen rato escuchando, se giró y dio una palmada a su compañero en señal de triunfo. Guardó el arma y sujetó del brazo al preso obligándole a levantarse. Después se encaminaron hacia las casas y se perdieron entre las diminutas calles del pueblo dejando abandonado un cadáver y a la mujer que lo lloraba, sin un ápice de misericordia.

—Ya se van —murmuró Manuel.

—¡Le han matado! —contestó Paola aún con el alma perturbada—. ¿Lo habéis visto?

—Son unos canallas —la voz de José se oyó por primera vez.

—¿De verdad quieres echarte al monte? ¿Quieres acabar así? —. Paola se giró hacia su hermano con gesto inquisitivo, los ojos perdidos, secos, indefinidos.

El muchacho tragó saliva y tras un instante de duda afirmó sin convencimiento.

—No es momento de discusiones familiares —Manuel interrumpió a los hermanos—. Aún tenemos que conseguir llegar, una vez allí que decida. Creo que tenemos que irnos lo antes

posible, no me gustaría cruzarme con esos en ningún lugar.
—¡Pero vamos en la misma dirección! —Paola estaba horrorizada.
En ese momento se oyó un motor renquear, dio un par de explosiones y el sonido se fue alejando.
—Ahí tienes la respuesta —dijo Manuel apesadumbrado y se levantó para continuar caminando, esta vez lo más lejos posible de cualquier zona habitada. Se habían desviado del camino que se dirigía al pueblo, pero desde la lejanía pudieron ver al hombre asesinado, seguía en el mismo lugar en el que había caído, parecía que los lugareños se habían olvidado de él y la viuda continuaba llorando a su lado. Nadie más acompañaba a la desafortunada pareja, nadie más se había atrevido a cruzarse con los agentes que ostentaban la autoridad, nadie quería arriesgarse a Dios sabía qué. El miedo es incontrolable y nada se podía hacer por aquella pobre alma prematuramente aniquilada. Se mimetizaron de nuevo con la maleza que los protegía y, al cabo de unos minutos, como si se hubieran puesto de acuerdo, como las hormigas que abandonan el hormiguero cuando creen que están seguras, uno tras otro, todos los habitantes de aquel lugar se acercaron al pilón a consolar a la viuda.
—¡A buenas horas! —farfulló José.
—Es porque ya se fueron los civiles, tú mismo has oído el coche —contestó el miliciano.
—¡Menudos cobardes! —insistió.
—No los juzgues muchacho, aún no tienes ni idea de lo que es el miedo.
—¡Ya salió el soldado! Podían haberles ayudado, si todo el pueblo se pusiera de acuerdo…
Paola apretó el brazo de su hermano.
—Déjalo José.
—No quiero dejarlo, no sé por qué no puedo dar mi opinión.
Manuel se paró, volvió sobre sus pasos y se encaró con él, el rostro severo, la mandíbula apretada, se mordió los labios y respiró con fuerza.
—Esas gentes —y señaló a ninguna parte, ya se habían alejado demasiado— están horrorizadas. La mayoría de los hombres fueron a luchar y no volvieron, pero lo peor es que, de esos que ves ahí, de los que consuelan y dan palmaditas en la espalda, de los vecinos de toda la vida no te puedes fiar. Los que eran antes amigos, ahora son enemigos. Con un solo comentario puedes acabar con un tiro en la cabeza tal y como hemos visto. El odio se ha hecho endémico en este bendito país, por eso te recomendaría que cuidaras mucho tus palabras y tus juicios y, sobre todo, si quieres sobrevivir, nunca subestimes el miedo.
Y continuó andando.
José le siguió apresurando el paso.
—No hay que dejar a esos verdugos hacer lo que les venga en gana ¿no crees?
—Yo ya no creo nada, con salvar mi pellejo y el de la gente que me importa me doy por satisfecho, las justicias las abandoné hace tiempo.
José iba a seguir, pero Paola le alcanzó y con la mirada le rogó silencio. Todos se sentían desgarrados por la escena que acababan de contemplar. A Manuel se le iba la vida en arrepentimiento, como si sólo él tuviera que cargar sobre sus espaldas todos y cada uno de los muertos de aquella triste y desastrosa guerra. Hubiera querido chillar, salir de su escondrijo, proteger a aquellos hombres y gritar que todo lo que estaba ocurriendo era una locura sin razón de ser, pero hubiera sido inútil y peligroso. Paola, caminando a su lado, estaba sobrecogida, la frialdad del disparo, su sonido rotundo, habían abierto en su corazón una brecha que vislumbraba el horror de lo que podía agazaparse en cualquier rincón. Se sintió frágil lejos de casa y el camino se le antojó mucho más peligroso.
José iba un poco rezagado, irritado por el gesto de Paola. ¡Como si él no pudiera tener su propia opinión! No entendía por qué caminaban siempre siguiendo al soldado, siempre aguantando sus traumas y sus palabras en clave. No le caía nada bien ese sujeto, ni sus aires de superioridad, aunque en el fondo sabía que hablaba su miedo, el terror a la decisión que había tomado. Miró la figura de su hermana que caminaba delante de él, tan poca cosa y tan grande a la vez, y reconoció que había vuelto a hacerlo, había vuelto a dirigir su frustración contra el primero que había encontrado a mano y se arrepintió en silencio una vez más.
Las siguientes jornadas transcurrieron con cierta tranquilidad. Caminaron por sendas perdidas y pedregales que les dañaban los pies. Las temperaturas seguían descendiendo y

las noches eran cada vez más duras, por lo que intentaban siempre buscar algún tipo de refugio en el que guarecerse.
A medida que se acercaban, las dudas de Paola crecían y se empezaba a maldecir por no haber seguido los consejos de Manuel, por no haber vuelto a por su niña más tarde, cuando el camino fuera más sencillo, ahora ya no tenía sentido echarse atrás. Pero, por otro lado, una creciente emoción iba adueñándose de ella con cada nuevo kilómetro, la esperanza de reencontrarse con su pequeña Paola a la que hacía tanto que no veía, quien se había convertido en su motor, en lo que le daba la fuerza que necesitaba para superar la dureza del camino.

Cuando ya estaban a poca distancia del pueblo, decidieron hacer un descanso para trazar un plan, era el momento más delicado, no podían aparecer allí como si nada y recorrer las calles hasta la casa de sus padres, a la vista de todos.

—Tendremos que esperar a que caiga la noche —dijo Manuel. Se sentó sobre una piedra y dejó el palo que le ayudaba a caminar a un lado. Se quitó un zapato, lo zarandeó y unas piedrecitas cayeron al suelo.

—Yo tengo una idea mejor —. José se sentó cerca del miliciano.

—Te escuchamos.

—Podemos subir al bosque, allí hay un antiguo refugio que está reconvertido en casa, el lugar donde estuve escondido, donde vivía Leandro. ¿Tú te acuerdas de Leandro, Paola?

—¿El de la casa del molino?

—El mismo. Pues se retiró al bosque después de la muerte de su familia —al ver que su hermana iba a preguntar, se adelantó—. Ya te contaré esa historia. El caso es que padre me mandó allí cuando las cosas se pusieron feas y conozco esa zona como la palma de mi mano. No sé si Leandro vivirá aún ahí, cuando me fui lo habían apresado, pero, aunque estuviera es un tipo del que se puede uno fiar. Allí estaremos a salvo. En la casa podemos descansar, cazar algún conejo, comer caliente y echar un vistazo a la situación, incluso uno de nosotros, durante la noche, si las cosas están tranquilas, puede bajar a por la niña.

Decidieron que era una buena idea, retomaron la marcha y llegaron a la cabaña cuando ya anochecía, los ladridos de Tris les dieron la bienvenida. Paola se quedó petrificada al ver cómo se les echaba encima el enorme perrazo, pero cuando saltó sobre su hermano y le cubrió de lametazos, no pudo por menos que sonreír. La claridad de alguna vela bailaba iluminando la puerta que acababa de abrirse.

—¡¿Quién va?! ¡Tris! ¡Ven aquí!

—Leandro soy yo, José.

Se hizo un silencio correoso.

—¡José, muchacho! ¿De verdad eres tú? ¡Me caguen en la madre que te parió! ¿Se puede saber qué se te ha perdido por estas tierras?

Los tres se acercaron seguidos de Tris que saltaba sin cesar alrededor del joven, Leandro los esperó apoyado en el dintel.

—No sé si recuerdas a mi hermana Paola —hizo la presentación según llegaban a la puerta.

—¡Cómo no! ¡Cuánto tiempo sin verte! —miró a la mujer de hito en hito y le alargó la mano. Era evidente que se había quedado sorprendido por su aspecto y ella se sintió un poco avergonzada, pero no dijo nada, simplemente estrechó aquella mano callosa.

—Y este es Manuel, un amigo suyo.

—Será mejor que hablemos dentro —comentó el leñador.

Los hombres también se estrecharon las manos y todos juntos entraron en la cabaña, mientras Leandro palmeaba la espalda a José. En el hogar un puchero borboteaba llenando la estancia de un delicioso aroma a comida, hacía una agradable temperatura allí dentro y el anfitrión los invitó a sentarse ofreciéndoles a continuación un plato del apetitoso guiso. Lo engulleron con ansia y una vez saciada el hambre y la sed, Paola agradeció aquella hospitalidad y después relató el motivo de su viaje. El leñador torció el gesto.

—Es peligroso. Las cosas en el pueblo no son fáciles, no sabes de quién puedes fiarte y de quién no. Todo el mundo se mira con recelo y los que antes eran amigos ahora apenas se hablan, cada uno en su casa y los chismes de puertas adentro.

—Mi madre ya está avisada de que recogeremos a la niña, pero no nos espera hasta mañana por la noche.

—Por eso no tengáis problema, podemos apañarnos en esta vieja casa, no es muy grande, pero haremos espacio. Lo que no se me ocurre es cómo traer a la niña, podría bajar a por ella, pero sería muy sospechoso, sobre todo si la cría desaparece. Al día siguiente empezarían los cotilleos y la persecución no se haría esperar.

Paola asintió, empezaba a parecerle que su plan hacía aguas por todas partes.

—Lo mejor sería que bajara yo, soy su madre y he vuelto a llevármela. No estoy acusada de nada y no tengo que esconderme de nadie.

—Eso da igual, sigue siendo peligroso —comentó Manuel que tomó su vaso y bebió un trago de vino, las últimas horas en aquel refugio le habían devuelto la vida.

Leandro se levantó a remover las ascuas.

—Venir aquí ha sido una locura —dijo al fin—. Los civiles visitan a vuestros padres cada vez que pasan por el pueblo, no sé qué fijación tienen contigo, José, incluso han preguntado tu dirección en Madrid. Si apareces y coincides con ellos, vas al cuartelillo de cabeza. De momento Marcial me dice que va todo bien, pero yo sé que viven atemorizados, si supieran que estáis aquí se morirían del disgusto y de la felicidad a partes iguales.

Se volvió a sentar y se echó vino en el vaso.

—¿Y si vas tú? —preguntó el leñador señalando a Manuel—. En el pueblo nadie te conoce, serías un forastero más que tiene el encargo de llevarse a la niña, incluso podrías decir que eres su padre y nadie lo pondría en duda.

Los recién llegados se miraron en silencio y no supieron qué decir. Leandro se dio cuenta de que algo se le escapaba y desconcertado fue mirando uno a uno en busca de respuesta.

—Él es un soldado republicano que ha vuelto del exilio y del que nadie sabe nada, no tiene ni papeles. Vivía escondido en el tejado de mi casa —lo dijo de un tirón como si recitara una oración.

—¿En serio? ¿Un fugitivo? —Leandro clavó sus ojos en el miliciano, sorprendido. Este asintió.

— Pensé que habría amnistía, fui un ingenuo, me creí la propaganda del dictador.

—¡Lo que nos faltaba, joder! ¡Podíais haber traído al propio Alcalá Zamora! —y frente a lo que todos temían, se echó a reír—. En fin, que la cosa se va complicando.

Un silencio incómodo se posó en la diminuta sala mientras buscaban una solución airosa que no alcanzaban a encontrar.

—Creo que estamos demasiado cansados para pensar—concluyó Manuel. Mañana veremos todo con más claridad.

Y todos estuvieron de acuerdo en dejar las decisiones importantes para el día siguiente.

Leandro salió al relente de la noche, se sentó en una gran roca que había cerca de la puerta y encendió un cigarro. Supuso que ya todos dormían y los envidió. Él tenía dificultades para atrapar el sueño y cuando lo hacía, este se poblaba de pesadillas, por eso esperaba hasta que el cansancio lo vencía. Dormitaba entonces en cualquier lugar aprovechando los minutos en los que la tristeza le daba tregua. Tris se colocó a sus pies y el hombre acarició su lomo distraído.

—Me gustaría quedarme contigo —la voz de José le sobresaltó. Se volvió y vio al muchacho apoyado en la puerta.

—No sabes lo que dices, aquí no tienes ningún futuro más que una bala entre los ojos.

Siguió mirando al infinito con melancolía.

—Pero tú vives aquí y no parece que te disguste.

—Yo no tengo nada que perder y tú tienes todo por ganar. ¿Te parece poco? Algún día vendrán a por mí, antes o después me pillarán, porque están seguros de que doy cobijo a los de las montañas, que les ayudo de una forma u otra, pero aún no han podido demostrarlo y la lástima que inspiro a los del pueblo me protege. No sé hasta cuándo. ¿Ese es el futuro que quieres? ¿Esperar que te coloquen en un paredón?

José no dijo nada, pero se acercó lentamente a su amigo y se sentó en la misma piedra, dándole la espalda.

—No —dijo por fin—. Quiero algo mejor, pero aquí, entre estos montes y los campos. No quiero irme lejos, esto es lo que siempre he conocido, lo que me hace feliz, simplemente respirar este aire me da vida. ¿Tú te irías?

—Yo no, nunca. Todo lo que me queda está en el cementerio, bajo tierra. Pero tú eres

distinto, tu vida aún tiene que empezar, puede que parte de mí te entienda, pero hay personas malvadas, debes asumirlo de una vez, personas que disfrutan con el sufrimiento de otros, personas llenas de egoísmo y envidia, personas que no pueden soportar que alguien tenga lo que ellos no tienen. Son sujetos nocivos, que no paran hasta infringir el mismo daño que ellos creen sufrir y cuando sospechan que estás en su camino, no dudan en acabar contigo. Sé que es injusto lo que te ocurre, pero al menos tienes opciones, reza porque nunca te veas sin ninguna salida.

José tenía perdida la vista, cargados los ojos de añoranza en la negrura de unos árboles que ya era imposible distinguir y pensaba en las palabras que Leandro acababa de pronunciar. Distinguió en su discurso un alma atormentada, un hombre roto, un ser al que la vida no le debía nada, para el que el futuro era sólo sinónimo de dolor. Y comprendió lo que intentaba explicarle, comprendió que él vivía en aquella cabaña porque a poca distancia, en el cementerio, se encontraba todo lo que le quedaba, lo quería tener y ya no estaba; el resto, le traía sin cuidado, incluso su propia existencia. Por eso, no tenía miedo a los civiles, por eso esperaba pacientemente su final, porque sentía que ya estaba muerto.

La tristeza por la injusticia le cayó como una losa, incluso la rabia le vino a hacer una visita. Le hubiera gustado poder hacer algo por él, por su melancolía aterradora, poder consolar de alguna forma tanto pesar, pero sabía que era una causa perdida. No se puede devolver a los muertos la vida.

Tomó una decisión.

—De cualquier forma, no me iré. No podría vivir lejos de aquí, simplemente con pensarlo se me hace un nudo en el estómago que apenas me deja respirar. No concibo dejar de ver a mis padres, a mi hermano. Estoy decidido, sé que es peligroso, pero estoy dispuesto a asumir los riesgos. Me quedaré en el monte; si me dejas, contigo; si no, buscaré otro lugar.

—Si es lo que quieres, sea —Tris levantó la cabeza como si hubiera entendido y Leandro le rascó su gran cabezota gris, el perro volvió a tumbarse y el silencio se hizo uno con las estrellas.

A la mañana siguiente, cuando Paola se levantó, ya sabía lo que tenía que hacer. A ella no la perseguía nadie por ningún motivo, tenía su documentación en regla y no tenía por qué ser noticia que una madre quisiera recoger a su hija después de tanto tiempo. Le parecía la mejor opción y así se lo comentó a todos cuando estaban desayunando.

—¿Y si te preguntan por José? —preguntó Leandro.

—Diré que no sé nada de él desde que dejé Madrid.

—Entiendo que sabes lo que eso significa.

Paola le miró confundida y él continuó.

—Se supone que vienes de la capital a recoger a tu hija para volver después a tu casa —encendió un cigarro que llevaba unos instantes liando y ofreció otro a Manuel que observaba con ansia el tabaco—. Si José no ha venido, es que sigue allí por algún motivo, te piden la dirección, dan aviso y si encuentran la casa cerrada, las sospechas de lo que sea que buscan, se convertirán en certezas. No sé quién está detrás de todo esto, quién odia a tu familia, pero tiene mucho interés en joderte, José. Ya os dije ayer que la guardia civil molesta a vuestros padres un día sí y otro también.

Paola se dejó caer en una silla desalentada y todo el coraje con el que había amanecido se desvaneció.

—Baja esta noche, Paola, no me importa lo que sospechen de mí, coge a la niña y salid de aquí. Yo ya he decidido quedarme con Leandro.

Su hermana le miró indecisa.

—Tiene razón el muchacho, si él va a quedarse y nosotros nos vamos, poco importa quién le busque y dónde —Manuel lo dijo entre las volutas de humo—. Aquí no podemos permanecer mucho tiempo, la fecha que diste a tus padres es hoy, tu hija te estará esperando y cuanto más se acerque el invierno todo será peor.

Leandro seguía sin verlo claro, pero Paola asintió con un toque de ilusión. Agradeció infinitamente a Manuel que no le recordara que ya le había expuesto muchas dudas sobre aquella aventura, que ella no quiso escuchar, empecinada como estaba en recoger a la niña. El plan quedó definitivamente trazado. Una vez que cayera la noche, bajaría al pueblo. El primer tramo lo haría acompañada de Leandro, no fuera a perderse y después continuaría

sola, recogería a la niña, hablaría con sus padres y volverían las dos hasta la carretera donde les esperaría Manuel para emprender la huida.

El día pasó en un suspiro y la noche cayó en silencio, decorada con un manto de estrellas que brillaba especialmente en el firmamento. El frío de los últimos días había atemperado y el viento estaba escondido. Leandro y Paola se despidieron y emprendieron el camino mientras Manuel quedó intranquilo. Le gustaba el control o al menos la presencia cuando había demasiada incertidumbre, pero esta vez le tocaba esperar, veía a Paola marchar y su instinto no le transmitía nada bueno, no sabía por qué, pero la preocupación le ahogaba más que de costumbre.

—Volverán pronto —le dijo José intuyendo sus pensamientos mientras le palmeaba la espalda.

—No sé… algo no va bien, no puedo explicarlo, pero me asusta dejarla ir sola.

—Es astuta y sabe defenderse, ya verás cómo en poco tiempo estáis rumbo a Portugal.

—Ojalá… Hubiera preferido ir yo.

—No hubieras podido, mis padres ni siquiera te conocen y no te habrían dejado a la niña.

El miliciano tuvo que reconocer que tenía razón, pero la inquietud no amainaba.

—Manuel —le llamó de pronto el joven.

Él se volvió y dejó de observar durante unos instantes el camino por el que habían desaparecido Leandro y Paola.

—Dime

José se sentó en la piedra en la que le había confesado a su amigo que se quedaría. Reflexionó un momento, tal vez no era buena idea, pero un pensamiento le rondaba la cabeza desde que había estado en Madrid y necesitaba una respuesta. Decidió lanzarse, no volvería a tener otra oportunidad.

—¿Qué hay entre mi hermana y tú?

Manuel se quedó pasmado. Entre sus muchas preocupaciones, lo último que se esperaba era aquella cuestión, primero sintió un ápice de ira, después trató de tranquilizarse.

—No sé a qué viene esa pregunta ahora y no creo que sea a mí a quien tengas que hacérsela —trató de eludir la respuesta.

—Simplemente quiero saber en manos de quién va a estar mi familia.

—Me dejaría morir antes de que le pasara algo a ella o a los demás. ¿Te basta con eso?

—¿La quieres?

—¡Claro que la quiero! Es mi amiga desde hace muchos años.

—No te hablo de ese tipo de querer, tú ya me entiendes.

—Sé qué me preguntas, pero no puedo contestarte. Si quieres saber si estoy enamorado, la contestación es que la amo desde que la vi por primera vez, es lo más que te puedo confesar. Los sentimientos de tu hermana se los tendrás que preguntar a ella.

—No es necesario, me basta con saber que la cuidarás y a mis sobrinos también. No hago más que preguntarme si he tomado la decisión correcta, si no soy egoísta por no querer ir con vosotros.

—Nunca sabes si la decisión que tomas es la correcta y para cuando quieres enmendarlo es tarde. Así que deja a tu instinto y a tu corazón que decidan por ti, aquí también puedes ayudar a los tuyos, tienes más familia, no te castigues, no merece la pena. Te juro que les cuidaré más que a mi vida, quédate tranquilo.

Y se sentó al lado de José, en silencio y juntos contemplaron aquel cielo nocturno plagado de titilantes estrellas mientras esperaban con desazón el momento de bajar a la carretera.

45

Paz había estado triste toda la semana y por recomendación de sus abuelos no había contado a nadie que se iba del pueblo, las paredes estaban atentas a cualquier movimiento y no sabían qué peligro podía cernirse tras unas palabras dichas en un momento y lugar inadecuado. Tan apagada estaba la niña que una tarde la maestra abordó a Carmen en la calle y le comunicó su preocupación. La abuela disimuló y confesó a la profesora que también la había notado triste últimamente, lo que había achacado a la ausencia de su familia.

—Ya sabe cómo son los niños, lloran y ríen sin que pase un minuto entre ambas cosas. Alguna amiguita le habrá hablado de su madre y ella se ha sentido mal, es lo único que se me ocurre, otro motivo no encuentro.

—Es una niña excepcional, inteligente, trabajadora y muy dispuesta a cumplir lo que se le manda, no es holgazana como otros, por eso me he preocupado tanto. Siempre ha mostrado ilusión y ganas de aprender, pero en estos últimos días parece ajena a todo lo que pasa a su alrededor —le indicó la maestra con preocupación.

—Hablaré con ella, doña Florencia. Muchas gracias.

Y se despidieron cogiendo cada una, una dirección diferente.

El último día, la niña se levantó con dolor de tripa y vomitó el desayuno, su abuela le tocó la frente y reconoció que estaba caliente, por lo que la llevó de vuelta a la cama y salió al portón para mandar recado a la maestra con alguna de las niñas que pasaban por su puerta.

—Abuela…

—Dime Paz —contestó sacando del armario la poca ropa de la pequeña, para luego doblarla metódicamente.

—No me quiero ir.

—Ya hemos hablado de eso y creí que te había quedado claro.

—Pero es que cada vez que lo pienso se me pone una cosa aquí —se señaló el estómago—, y siento ganas de vomitar.

Acababa de pronunciar la última palabra cuando salió disparada hacia el patio, la abuela la siguió y observó con una enorme tristeza como la criatura devolvía otra vez.

—¿Ves? —dijo entre lágrimas y saliva—. Me pone enferma salir de aquí.

Carmen estaba abatida, a la inminente marcha de su nieta se unía la incertidumbre por el futuro de sus hijos, de Paola, del pequeño José. Le hubiera gustado llorar, gritar, quejarse, pero ni siquiera eso se lo podía permitir, Paz no debía verla en semejantes condiciones, no debía adivinar su sufrimiento porque aumentaría su zozobra. Sacudió la cabeza y suspiró. Todo estaba en manos de Dios, ella no tenía posibilidades de cambiar nada.

—Vamos Paz, a la cama —y cogiéndola en brazos la llevó a la habitación. Le tocó la frente, estaba segura de que tenía fiebre, la arropó bien y siguió con su dolorosa tarea.

—Me voy a poner muy fatal si dejas que me vaya —insistió con esa cabezonería que sólo se puede perdonar a un niño.

—Yo no puedo hacer nada, tu madre quiere estar contigo y así tiene que ser.

—¡Pero ella me dejó aquí y se quedó con mis hermanos!

—¡Y vuelta la burra al trigo! Me estoy enfadando cariño, intenta dormir un rato ¿entendido? Vas a irte pase lo que pase, mamá viene desde muy lejos a por ti y no quiero oírte refunfuñar más.

Enfadada y triste se dio la vuelta en la cama, se tapó hasta las orejas y lloró bajito. Carmen acabó de colocar las cosas y se llevó, además de unos calcetines para zurcírselos antes de que se fuera, una pena que no le cabía en el pecho. Le dolía el alma o el corazón o la vida. Le dolía algo, muy profundo y muy cortante, pero no sabía definirlo.

Al final de la tarde, la niña apareció en la cocina, se había vestido, se había peinado y había cogido el hatillo que preparó su abuela por la mañana. Tenía los ojos hinchados y rojos de tanto llorar y no quiso mirar a nadie. Manuel y su padre tomaban un chato alrededor de la mesa esperando que Carmen terminara la cena. Se aupó en un taburete que era demasiado

alto para ella frente a una ventana, con sus cosas a los pies y se dispuso a esperar balanceando las piernas. Nadie dijo nada, las palabras sobraban, la tristeza sobrevolando el hogar hablaba por sí sola.

Paola llegó a las afueras del pueblo, hacía rato que había caído la noche y las callejuelas estaban desiertas. Las amarillentas luces de las velas temblaban en las ventanas dando al pueblo el aspecto de una maqueta irreal. La taberna seguía abierta y los últimos clientes se despedían entre palabras malsonantes, producto del alcohol. Decidió dar un rodeo para evitar encontrarse con alguien conocido a quien tuviera que dar explicaciones de su llegada a aquellas horas intempestivas, la casa de sus padres estaba justo al otro lado del pueblo, en el camino que conducía a las eras.

Se sentía una fugitiva que iba a cometer alguna fechoría caminando entre las sombras atestadas de zarzas y maleza. Vislumbró el muro del patio y el corazón le dio un vuelco, hacía tantos años que no veía a su familia que temió que no la reconocieran. Cuando llegó a la parte trasera del muro, giró para dirigirse al portalón de entrada y en ese momento, el sonido de un motor interrumpió la noche.

La iluminación de muchas casas desapareció, se habían soplado de golpe las velas y Paola, sin saber qué hacer, se dio la vuelta y a toda prisa se sumergió de nuevo en las sombras para que su presencia no fuera visible. Temblaba, aunque no hacía frío, pero sabía que era la angustia de estar tan cerca y tan lejos a la vez. Se agachó y se pinchó con algún cardo, pero decidió no moverse, el golpe seco de unas puertas al cerrarse y los golpes en el portón de su casa no admitían dudas.

Marcial, Carmen y su hijo también escucharon el motor y se miraron aterrados, no había tiempo que perder, en un movimiento rápido Manuel cogió a la niña y la sacó de la cocina rumbo a su cuarto intentando no hacer ruido.

—¡Métete en la cama! —ordenó—. Y ni se te ocurra aparecer por la cocina.

Volvió y comprobó que ya habían hecho desaparecer el hatillo, se sentó a la mesa junto a su padre y le apretó el brazo. Sonaron los golpes en el portón.

—Déjeme a mí, padre —el muchacho se levantó y se dirigió a la entrada.

—¿Quién va? —preguntó como si tuviera dudas de quien aporreaba la puerta esa noche.

—¡Abra a la Guardia Civil!

Manuel abrió el portón y se encontró a la pareja que les visitaba regularmente desde hacía algunos meses.

—Buenas noches —saludó Manuel.

Los guardias no se anduvieron con cortesías.

—¿Ya volvió su hermano?

Negó sacudiendo la cabeza.

—Sigue en Madrid, no sabemos nada de él.

—¿Y su sobrina?

Aquella pregunta le desconcertó, le cogió por sorpresa, aunque trató, como pudo, de disimular, nunca habían preguntado por ella y aquel día precisamente esa cuestión atufaba a traición. Sus sentidos se pusieron alerta y su intuición le advirtió de que un peligro cercano y real les rondaba aquella noche.

—¿Paz? Está durmiendo a estas horas.

—Nos gustaría hablar con ella.

—¿Y no pueden venir mañana? No se encuentra muy bien, se levantó con fiebre, incluso no ha podido ir al colegio.

—Ya nos ha informado la maestra de que la niña no ha asistido hoy a clase —y una risa felina se posó en los labios de aquel hombre desagradable—. Necesitamos hablar con ella ahora.

Manuel estaba horrorizado, la benemérita preocupándose de saber si una niña había asistido al colegio, presentándose por la noche para hablar con una cría y empeñándose en levantarla de la cama a pesar de que no se encontraba bien. Allí estaba pasando algo muy raro.

—Está bien, pasen.

Los tres hombres entraron en la cocina donde una Carmen desencajada los miró con desconfianza.

—Madre, despierte a Paz y tráigala a la cocina, estos señores quieren hablar con ella.
Temblando de miedo, la mujer salió hacia la habitación mientras Marcial les ofrecía un vaso de vino para intentar suavizar la tensión, pero lo rechazaron. Manuel miraba a los guardias una y otra vez porque hubiera jurado que aquella situación les resultaba cómica por un motivo que a él se le escapaba, se miraban constantemente y hacían gestos de complicidad que nadie más que ellos comprendían.
Por fin apareció la abuela con su nieta en brazos. Paz hizo una actuación estelar poniendo cara de recién levantada mientras que los guardias la miraban como si hubieran visto un fantasma. El silencio que se gestó durante interminables segundos fue incomprensible para la familia.
—Aquí está mi sobrina.
Los dos hombres se miraron con desconcierto, uno de ellos pareció retomar la compostura y se dirigió a la niña.
—¿Por qué no has ido hoy al colegio? —le preguntó esa ridiculez con cara de pocos amigos.
Paz notaba los brazos de su abuela temblar y la mirada suplicante de su tío que parecía avisarla del peligro.
—Estaba malita, la abuela me ha dicho que tenía fiebre y además he devuelto todo el desayuno.
—Pues no parece que estés muy enferma ahora.
—Llevo todo el día en la cama y estoy mejor. ¿Ya me puedo ir a dormir? ¡Tengo mucho sueño!
—¡No! —la voz tronó y asustó a la pequeña.
—¿Y tu madre?
Paz no salía de su perplejidad, no creía que aquel señor conociera a su madre. Se giró y miró a su tío que le recomendó prudencia sin decir una sola palabra. Entendió que algo no iba bien e intuyó que de lo que dijera dependían muchas cosas.
—No lo sé, en Madrid, supongo.
—¿Y cuándo viene a por ti? Tenía entendido que te iba a recoger hoy —preguntó con malicia.
Su tío tensó todos los músculos, sintió su corazón latir a toda velocidad y por un momento le faltó el aire, Carmen no pudo soportarlo y dejando a la niña en el suelo, se desplomó en una silla como si estuviera agotada y Marcial se mantuvo igual de taciturno que siempre. Todos temían que en su ingenuidad dijera la verdad y esperaban con ansia las palabras que iban a salir de su boca.
—Tampoco lo sé, señor, espero que nunca —dijo con fingida inocencia.
—¿No quieres volver con tu madre? —los guardias cada vez estaban más extrañados. El chivatazo estaba siendo un fiasco, desde la aparición de la cría, todo se había desmoronado.
—No —contestó con rotundidad frotándose los ojos y abriendo la boca en un bostezo— prefiero que ella se quede en Madrid y me deje en el pueblo para siempre.
Poco más había que rascar aquella noche. Los agentes habían recibido un soplo con la información fidedigna de que Paola acudiría a por su hija aquel día y los guardias habían esperado a la noche para comprobar que la niña había desaparecido y poder así empezar a actuar contra toda la familia, porque aquel secretismo no podía esconder nada bueno.
El hijo, el tal José, se les había escurrido entre los dedos y eso les había costado una buena reprimenda. Se habían frotado las manos esperando poder pillar a la tal Paola y sacarle la información que deseaban y si iba acompañada de su hermano, muchísimo mejor, dos pájaros de un tiro.
Se fueron.
—Pero ¿cómo han sabido lo de su hija? —preguntó Carmen cuando desaparecieron. Se levantó y se llevó las manos a la cabeza.
—Espero que no venga, que haya sido prudente y esté vigilando.
—No digas sandeces, hijo, no estamos en una historia de espías, tu hermana aparecerá esta noche si no ha tenido otros contratiempos y estaremos perdidos —. Marcial salió de su mutismo para contradecir a su hijo.
—Pues estos no se van a rendir tan fácilmente, padre —cogió a Paz, la sentó en sus rodillas y la felicitó—. Lo has hecho muy bien.

La niña sonrió por primera vez en aquel aciago día, se agarró al cuello de su tío y se hundió en su pecho confiada, esperando de todo corazón que su madre se asustara de esos señores tan malvados y no acudiera a la cita.

Ajena a los pensamientos de su hija, Paola vio cómo los guardias salían de su casa y se hundió aún más en la maleza. Iban hablando, pero desde donde estaba no oía lo que decían. Ni siquiera miraron hacia su escondite, los vio desaparecer en la oscuridad, escuchó el motor y esperó un buen rato hasta que estuvo segura de que el camino ya estaba tranquilo. Sabía que era una temeridad, desconocía los motivos de aquella intempestiva visita, pero no dudaba, a tenor de lo que les había comentado Leandro, que tendría que ver con su hermano. No calibró los peligros, no fue prudente, el ansia por ver a su hija, por llevársela con ella, pudo más que el sentido común. Desoyó su intuición, las señales de alarma que todos sus sentidos le lanzaban, pero estaba empecinada, no veía más allá, sólo tenía en mente su objetivo. Se convenció de que los civiles se habían ido, que aquello era una visita de rutina y confiaba que no se repitiera aquella noche.

Sentía los latidos del corazón en cada centímetro de su piel, cogió aire lentamente, lo soltó y se levantó. A cada paso que daba, las zarzas y los cardos pinchaban sus piernas, pero apenas notaba esa insignificancia. Llegó a la callejuela donde el muro del patio de su casa era más alto, se pegó a la pared de adobe y reconoció el aroma que flotaba siempre en su pueblo. Caminó despacio amparada por las sombras con todos los sentidos alerta y, estaba a punto de alcanzar el portón, cuando vio la luz.

En un primer instante se quedó paralizada como un gazapo deslumbrado, sin saber si correr o rendirse.

—¡Está aquí! ¡Viene por este lado!

Le sorprendió que fuera una voz de mujer.

—¡Alto a la guardia civil! ¡Alto!

Los guardias llegaban corriendo desde el otro lado, desde el camino que conducía a las eras y en el silencio de la noche sus botas retumbaban en el suelo como las herraduras de un caballo que está a punto de llevarse por delante cualquier cosa que encuentre a su paso.

No fue consciente de lo que hacía, no le dio tiempo de sopesar las posibilidades ni los riesgos, no se paró a pensar que ella no había hecho nada, que sus papeles estaban en regla, nada de esto la detuvo y en su mente sólo se abrió, compacta, una idea, huir.

Se dio la vuelta con la agilidad de un felino y corrió por la callejuela cortada hasta hundirse en la oscuridad y en la maleza de nuevo, pero esta vez no se escondió, siguió corriendo mientras sentía las púas clavarse en sus piernas.

—¡Por allí, por allí! ¡Se fue por allí! —de nuevo aquella voz de mujer desconocida, delatora.

Paola seguía avanzando, no podía correr porque su ropa se iba quedando atrapada entre las zarzas y cuanto más estiraba, más se clavaban y enredaban sus ramas. Resopló ofuscada. Los perseguidores ya estaban en la calle que ella acababa de dejar y pronto aparecerían a su lado. Oyó cómo saltaban, cómo blasfemaban, como apartaban las ramas con algún objeto. Estaba perdida, sus pasos eran lentos y solo disponía de sus manos para librarse de aquel laberinto caótico que era el zarzal, había dejado su hacha en manos del miliciano y ahora estaba arrepentida de su decisión, no había calculado bien las posibilidades de tener un altercado.

En su desesperación, entre sus lágrimas de impotencia, entre los continuos altos de sus perseguidores, una idea surgió de repente. Ni un segundo dedicó a plantear su viabilidad, dejó actuar al instinto, simplemente se arrojó como un sediento se lanza sobre el agua sin pararse a pensar si es potable. Se fue desnudando, dejando las prendas atrás a medida que sus ropas se iban quedando enganchadas en las plantas y cuando ya no tuvo más que quitarse a excepción de los paños menores, siguió en su empeño, arañándose con saña con cada paso que daba, sin emitir un gemido, con la rabia de luchar por alejarse de sus perseguidores.

La negrura de la noche era total, solo unas tímidas estrellas en el firmamento daban un halo de claridad que quedaba deslucido por la vegetación. Paola oía a sus seguidores, pero no estaban tan cerca como antes, posiblemente se habían despistado en el zarzal, sin una luz era difícil seguir una dirección exacta y ellos también tenían dificultades. Se dio de bruces con una valla de piedra, caminaba con tanta furia que estrelló su rodilla contra la roca al

dar un paso. Ahogó un lamento, cerró los ojos un instante y, aunque parecía que sólo había sido un golpe, le dolía como si le hubieran arrancado la articulación de cuajo. Agotada, sin pensar, se subió sobre las piedras para saltar la valla y en ese momento sonó un disparo y la voz de aquellos hombres, que volvían a darle el alto, se escuchó nítida en la noche. No pudo por menos que maldecirse por su imprudencia, su desesperación le hacía cometer errores, subida en las piedras era un blanco fácil y se había hecho visible.

Tras la cerca salió a un camino e inmediatamente se orientó, sabiendo dónde estaba continuó corriendo hacia la derecha como una loca, hacia el monte, porque no pensaba acudir a la cita con Manuel, pondría en peligro a todos. Sonó otro disparo y esta vez una quemazón surgió de su brazo derecho, pero ella siguió corriendo sin cederle un segundo al pánico. Corrió y corrió hasta que no le quedó un ápice de aliento, hasta que le empezaron a quemar los pulmones de puro agotamiento. Ni un disparo más, ni un grito de alto, ni las botas tronando contra el suelo. Por fin se paró para tomar resuello junto a unas enormes encinas, con las manos en los muslos y la espalda hacia delante y se dio cuenta de que el más absoluto silencio la acompañaba. No podía saber que los guardias se habían rendido mucho antes, uno por su peso y otro por su edad, ninguno de los dos podía seguirla.

Tras un brevísimo descanso continuó monte arriba, aun tratando de correr, pero sin éxito. Las heridas de las piernas la quemaban, el brazo le dolía, estaba aterida de frío y el corazón latía desbocado por el miedo y la rabia de no haber podido llevarse a la pequeña Paola. Se fue tranquilizando poco a poco, la respiración se acompasó y decidió pararse a la vera del camino para decidir qué hacer a partir de ese momento. Lo que no era antes, lo era ahora, una fugitiva.

Entonces lo oyó y su adrenalina volvió a dispararse. Era un motor renqueante que subía por el camino. Se levantó como un resorte y comenzó a correr de nuevo, pero campo a través. Aún no había llegado a la zona más boscosa y en aquella dehesa, con los faros de un coche, era perfectamente visible. Según corría se planteaba otras opciones, si no sería mejor echarse al suelo y dejar que pasaran de largo, pero la duda se resolvió sin necesidad de que lo meditara ni un segundo más, la claridad de los faros que se acercaban venía acompañada de luces laterales que probablemente procedían de linternas, por lo que continuó con su carrera desbocada no sabía hacia dónde.

Cruzó a toda la velocidad que le permitían sus piernas la pequeña dehesa donde se perfilaba algún animal y donde diseminadas aquí y allá se levantaban inmensas encinas, y fue al pasar junto a una de ellas cuando una mano sujetó con fuerza su brazo y la hizo trastabillar y caer al suelo. Echó mano a su cintura y por segunda vez se acordó de su hacha y fue consciente de su desnudez. Se levantó de un salto e iba a salir de nuevo a la carrera cuando esa misma mano la agarró por detrás, le tapó la boca y la empujó contra el tronco del árbol.

Paola luchó por soltarse, con las manos intentaba dar puñetazos que se perdían en el aire y se contorsionaba dando patadas y tratando de liberarse de aquellos brazos.

—¡Quieta, mujer, nos van a pillar a todos! —susurró una voz profunda y quebrada en su oído.

Pero ella no se fiaba de nadie, sólo quería seguir su camino. El hombre la aferró más fuerte y ella pensó que moriría asfixiada por lo que se calmó un poco.

—Escucha, no tengo ninguna intención de hacerte daño —volvió a susurrar—. Huyes de los civiles como nosotros, pero si no te calmas te rompo la crisma. No sé de dónde has salido, pero nos pones en peligro.

Paola trató de volverse y sintió cómo las manos aflojaban la presión.

—Ahora voy a soltarte, pero no salgas corriendo ¿de acuerdo?

Ella asintió. El hombre la fue liberando lentamente. En un primer momento, su intención era escapar, pero después lo pensó mejor, había hablado en plural, lo que quería decir que eran más, probablemente eran los hombres del monte que había mencionado su hermano, aquellos para los que la guerra aún no había acabado.

—¡Agáchate y abraza el árbol! —ordenó aquella voz indefinida.

Paola no comprendió, se giró para ver qué trataba de decirle y se encontró con un rostro barbudo en el que sólo brillaban los ojos. Una gorra tapaba su cabeza y sostenía una escopeta que acababa de rescatar del suelo.

—¡Vamos! —insistió.
Se giró e hizo lo que el desconocido ordenaba sintiendo cómo él se abrazaba a su lado y estiraba de algo que cayó sobre ellos, como si la encina hubiera hecho descender sus ramas para protegerlos.
—Y ahora silencio —volvió a susurrar.
El sonido del motor estaba encima, más allá de la dehesa, renqueante, y de repente se paró y todo quedó en silencio. El canto de un búho rompió la noche justo en ese momento y para su desconcierto, el hombre que tenía a su lado reprodujo un canto parecido, pero más cortante. Se oían pisadas, comentarios lejanos incomprensibles. Los guardias estaban inspeccionando la zona, pero se habían decidido por el lado contrario y sus linternas cada vez se alejaban más.
Nuevamente cantó el búho.
—¡Vamos!
Cogiendo de la mano a Paola, salió de aquella red y comenzó a correr como si conociera palmo a palmo aquel terreno. Ella le seguía como podía, estaba casi desnuda y le dolía todo el cuerpo, pero no se quejó ni una sola vez pues su intuición le decía que, si había una forma de salir de aquel enredo, sería de la mano de quien galopaba delante de ella. Le faltaba el aliento y cada vez sentía más debilidad y más frío.
—¡No te pares! Un poco más y ya estamos —. El desconocido apretó el paso.
Había que hacer un último esfuerzo y lo sabía. Se aferró a la mano que la sujetaba y apretó los dientes de rabia impulsando con ella una y otra vez las piernas en su carrera. No tenía ni idea de a dónde se dirigían, pero dejaron atrás la dehesa y se internaron en una zona más arbolada. El olor a pino y a humedad inundó sus sentidos. Se podían escuchar más pisadas, ramas rotas aquí y allá y algún susurro, el hombre paró en seco, se giró y bajó por una especie de sendero pedregoso, a Paola aquel giro la pilló desprevenida y estuvo a punto de caer. La noche era cerrada y las estrellas que los habían acompañado en la zona más despejada apenas se veían ya entre las copas de los árboles.
Corría a ciegas, el sonido del agua irrumpió en sus oídos y dedujo que estaban cerca del riachuelo, aunque desconocía a qué altura. Por fin su salvador paró, se dio la vuelta y Paola consciente de su desnudez, se sentó en el suelo y trató de taparse. El hombre barbudo se quitó su chamarra y se la tendió sin decir nada, ella se la puso, le quedaba enorme, pero sintió el calor inmediatamente, así como un olor a leña quemada y mugre. Aún no se habían dirigido la palabra cuando apareció otro individuo y otro y otro, parecían salir de la nada, llegaban sin aliento y se paraban a recuperar el resuello.
—¿Y ésta? —preguntó el que llegó tras ellos mientras la señalaba.
El barbudo se giró hacia ella con gesto inquisitivo.
—¿Por qué te perseguían?
Paola se calló un instante, no le parecía que aquellos fugitivos fueran a hacerle nada malo, podrían haberla dejado a su suerte y sin embargo la protegieron, así que, aunque sólo fuera por agradecimiento, decidió contarles la verdad.
—Quería recuperar a mi hija que está con mis padres.
—¿Y por eso te perseguían? —volvió a tomar la palabra el de la barba.
—Es algo más complicado —respondió ajustándose aún más la chaqueta—. La guardia civil busca a mi hermano, no sabemos por qué, y él se vino a Madrid, que es donde vivo, es decir, donde vivía.
—¡Yo te conozco! —dijo de repente una voz a su espalda—. Eres la Paola, la hija de la Carmen, la del Marcial.
Se volvió y vio a un joven que la miraba sonriente.
—Soy amigo de tu hermano José y escuché que se había largado a Madrid.
El de la barba los miraba desconcertado, pero no podían perder más tiempo.
—Tenemos que seguir subiendo ¿podrás?
Lo pensó un instante, no sabía si seguir con aquellos rebeldes o intentar acercarse a la carretera. Por fin se decidió.
—Me esperan abajo, en el cruce del camino, el de la piedra.
—¿Quién te espera?
—Mi hermano José, un amigo y Leandro el de…

—Conocemos a Leandro muy bien —interrumpió las explicaciones su salvador parándose frente a ella mientras se acomodaba al hombro el fusil—, pero hoy es peligroso volver a acercarse al pueblo.

—No puedo dejarles ahí, pensarán que me ha pasado algo, quizás traten de indagar y tal vez sean ellos los que sufran las consecuencias de mi plan —Paola no se imaginaba lo que estarían padeciendo ante su ausencia—. No, voy a bajar a avisarles, pero os agradezco la ayuda.

—¿Qué te parece, Segis? —. El que había acompañado a Paola todo el camino miraba con los brazos en jarras a un compañero que parecía ser el jefe.

El tal Segis miró a sus compañeros un instante, se rascó la cara y asintió levemente, pareció que, sin palabras, eran capaces de comprenderse.

—Dile al Rubio que sin ser visto baje y avise, nada de ponerse en peligro, y les diga que les esperamos en la cabaña —y dirigiéndose a Paola le informó—. Subirán ellos.

Aceptó el plan sin rechistar y se pusieron en marcha inmediatamente. Estaba aterida de frío y agradeció que comenzaran a moverse y, sobre todo, que se alejaran un poco del riachuelo del que se desprendía una terrible humedad. Más de tres horas después, caminando por el monte, llegaron a la cabaña de Leandro dónde ya les esperaban desde hacía un buen rato. Manuel, ansioso, había tratado de descubrir a Paola entre aquellos hombres que se acercaban, pero la mujer parecía uno más, arrebujada en el chambergo, caminaba sin voluntad, derrotada, rota, herida. Al llegar a la cabaña todos se dispersaron y su figura se perfiló abandonada en el centro de la pequeña explanada, estaba desorientada. Manuel, devorado por la incertidumbre de perderla, la descubrió entre las sombras y en unas zancadas estuvo a su lado y la abrazó. Ella pareció volver de un mal sueño, devolvió el abrazo con fuerza y se echó a llorar.

—¡No lo he conseguido! ¡No lo he conseguido! Estaban esperando nuestra llegada. No sé cómo lo han sabido, pero estaban allí. ¡He puesto a todos en peligro! ¡A vosotros y a mi familia! Si no me llego a encontrar con ellos…

Y se rompió en sollozos.

Manuel trataba de calmarla con palabras de cariño, pero ella no atendía a razones. Los hombres de las montañas se marchaban, en su mente aturdida, Paola recordó que llevaba el abrigo de uno de ellos. Sin embargo, no se lo quería quitar, su desnudez la avergonzaba. Iba a poner una disculpa cuando el fugitivo de la barba se adelantó.

—La zamarra se la dejas al Leandro, ya me la hará llegar, pero no te olvides, que las noches ya son duras en el monte como para hacerlas peor, y esa chaqueta es de las buenas.

—Nos vamos ahora mismo —dijo al que llamaban Segis después de saludar—. La noche está revuelta, no queremos sorpresas y que ésta no baje o acabará con un tiro o algo peor. Nos vemos.

Y sin entrar siquiera a la cabaña, se dieron media vuelta y desaparecieron en la oscuridad, mientras un muchacho de apenas doce años salía corriendo tras ellos. Los oyeron hablar entre las sombras.

—Tú no vienes Rubio, otra vez será. Baja al pueblo que allí nos haces falta, que nadie te eche de menos.

El crío obedeció y pasó por delante corriendo como una exhalación sin decir ni una palabra.

En ese momento, sin previo aviso, sin un quejido, Paola cayó de bruces al suelo dejando a todos paralizados. El primero en reaccionar fue Manuel que la tomó en brazos y con premura la llevó al interior donde a la luz de una vela pudieron observar su verdadero estado. Medio desnuda, tenía las piernas ensangrentadas y llenas de arañazos de distinta profundidad, también el vientre, las manos y en el brazo, casi a la altura del hombro, se abría una fea herida de bala que tenía el aspecto de haber sangrado mucho. El proyectil debió de alcanzarla y había salido por detrás, pero no parecía que hubiera tocado el hueso. Pocos instantes después, abrió los ojos desorientada y observó durante un breve instante cómo Manuel se afanaba en curarla. Escocía. Volvió a perder el conocimiento.

Leandro, a pesar del estado de la mujer, les recomendó marchar.

—Este lugar no es nada seguro esta noche y probablemente no lo será en bastante tiempo. Me extraña que los guardias todavía no hayan pasado por aquí a dar la murga. Es cierto que

Paola tuvo la sangre fría de alejarlos, pero cuando se cansen de dar por el culo en aquella zona, vendrán a jodernos aquí.
—Ella no está bien, está muy débil, no sé si es recomendable hacerla caminar —dijo el miliciano mientras trabajaba de forma eficaz limpiando los arañazos.
—No se trata de lo recomendable o no que sea, se trata de que esos hijos de puta están ansiosos por cazar carne fresca. Si la han tomado con tu familia, agarraos, rezad todo aquello que sepáis, porque lo de esta noche significa que tu hermana se ha pasado por las narices las órdenes de los civiles y eso no se lo van a perdonar.
Volvió a abrir los ojos y miró a los tres hombres que estaban a su alrededor como si acabara de verlos por primera vez.
—Tengo que ir a por mi pequeña —dijo con un hilo de voz.
Un profundo silencio fue la contestación. Sólo el sonido del viento al acariciar los árboles se escuchaba en aquella estancia que olía a jabón de aceite que el propio Leandro hacía.
—Me temo que va a ser imposible —la voz de Manuel denotaba tristeza—. Sería absurdo.
Paola se incorporó con una sorprendente fuerza, José estaba en el exterior con Tris vigilando el camino, los ojos febriles brillaban en su rostro como teas incandescentes y de un manotazo se deshizo de los cuidados de su amigo y los miró con furia.
—¡He venido aquí a por mi hija y no me iré sin ella! —sentenció.
Esta vez fue Leandro quien intervino.
—Lo siento mujer, pero sería un suicidio y nos arrastrarías a todos en tu locura.
Se recostó de nuevo y suspiró.
—Volveré mañana, de día, nadie sabe que era yo la que escapó esta noche, podría haber sido cualquiera, hasta uno de esos de las montañas —las lágrimas empezaron a anegar sus ojos—. No puedo irme sin ella.
Leandro suspiró contrariado por esa cabezonería inconsciente.
—No irás. ¿Tú te has visto? ¡Estás empecinada en un imposible, joder! Si bajas te arrestarán según pongas un pie en ese pueblo, te interrogarán y cantarás hasta lo que no sabes. Me delatarás a mí, a tu hermano, a tu amigo y hasta a los hombres que esta noche te han ayudado. No, mujer, no. Tendrás que seguir sin la niña, ya volverás a por ella más adelante.
—¡No, no y no! ¡Iré a por mi hija!¡Me da igual lo que digáis! —trató de levantarse de nuevo. Al apoyar el brazo herido sintió un dolor agudo y un quejido incontrolado salió de sus labios
—¡Tranquilízate! —Manuel la sujetó por los hombros para impedir que se levantara otra vez y le acarició el rostro—. Estás herida, cualquiera que te viera sabría que eras tú la fugitiva, Leandro tiene razón, estamos todos en peligro, debemos irnos.
—¡Manuel! No me hagas esto, tú no. ¡No puedo dejarla aquí, no puedo! —y volvió a arreciar el llanto—. Creía que me ayudarías, que estarías conmigo.
El miliciano sentía que su corazón se hacía añicos con cada palabra, con cada acusación, con cada negativa. No podía ceder a aquellos deseos irracionales, pero anhelaba tanto poder ayudar que estuvo a punto de proponer una locura, pero miró al leñador y este, intuyendo sus intenciones, negó con el semblante severo. No se le ocurría qué hacer para mitigar un poco el dolor de aquella madre desconsolada.
—No te angusties, estará bien, está con tu madre. Mandaremos a alguien a que la recoja en cuanto nos hayamos establecido.
Finalmente, tras minutos de llanto desgarrador, tuvo que claudicar, una bala le había rozado aquella noche, se había arañado todo el cuerpo, había pasado frío y miedo, pero nada de eso le importaba, ni el dolor ni las heridas, lo único que le partía el alma era el fracaso.
Descansaron apenas una hora y partieron. Atrás quedaba José, que se despidió de ellos con Tris entre sus piernas; Paz, que frente a lo que pensaba su madre, dormía tranquilamente desde hacía horas; su familia y su pueblo. Paola caminaba sin ilusión, vestida con ropas de hombre, en un silencio empecinado y el corazón destrozado y Manuel, a su lado, trataba de consolarla, pero ella rechazaba sus intentos con una furia injusta, como si él fuera el culpable de su desventura.
Las estrellas se habían ido cubriendo lentamente por un manto de nubes blanquecinas,

parecían no querer ser testigos del dolor de aquella mujer que caminaba con desgana, dejando a cada paso un trozo de su alma. Quedaban muchos kilómetros por delante, muchos peligros, muchas angustias, demasiada maldad, pero ella, en esos momentos, no pensaba más que en el fracaso, en la pena de su niña esperando a que llegara la madre que tanto había esperado. Se imaginaba, de forma equivocada, a la criatura que dejó marchar de su lado, tan pequeña, tan vulnerable, sentada en las rodillas de su abuela, ilusionada por volver a estar cerca de la familia, y esa imagen atormentaba su caminar. Se regodeaba en su dolor culpándose de la derrota, sacando mil defectos a ese plan ridículo de recuperar a su hija. Fantaseaba con que los inmensos ojos verdes de su niña se habrían llenado de lágrimas, que no podría dormir aquella noche, que se habría sentido engañada y buscaba, arrastrada por un instinto malsano, la mejor manera de infringirse dolor, de canalizar la ira que se desbordaba por cada milímetro de su piel. Caminaron toda la noche, él impotente, ella atormentada, en un silencio doloroso que les oscureció el alma.

En casa de Marcial habían oído el jaleo, las carreras de los guardias persiguiendo a alguien, los chillidos de aquella mujer que indicaba el camino por el que había huido el fugitivo. Manuel había salido al portón y por delante de él había visto a los dos hombres internarse a la carrera por el callejón, desapareciendo entre la maleza dando el alto a gritos. No tuvo duda de que uno de sus hermanos huía en aquellos momentos de los guardias y le hubiera gustado echar una mano, pero no tenía ni idea de qué hacer ni hacia dónde dirigirse. Cerró los puños de impotencia, aterrorizado y terminó por estrellar uno de ellos contra el marco. Paola había sido tan críptica en sus mensajes que no sabía qué se proponía exactamente. Cuando entró de nuevo en la cocina, Carmen sollozaba muy bajito y Marcial a su lado le daba golpecitos en la mano para consolarla. Nunca había visto a sus padres en una actitud tan cariñosa y por unos momentos los ojos le brillaron más de la cuenta. La pequeña Paz se había vuelto a encaramar en el taburete del que le colgaban los pies y miraba distraída las ascuas de la cocina, pero su tío habría jurado que rodeada de su ignorancia, sonreía.

—¡Vamos, a la cama! —ayudó a la niña a bajar dándole la mano y la acompañó a su cuarto.

—¿Ya no va a venir, tío? —la sonrisa infantil no admitía duda en cuanto a sus sentimientos.

—No Paz, ya no viene nadie —contestó Manuel con preocupación sintiendo la presión de su mano.

—¿Nunca?

La miró con severidad y la niña se puso seria.

—Lo siento, tío, es que yo quiero estar con vosotros y Dios ha escuchado mis rezos.

Se cruzó con sus padres en el diminuto recibidor y besó a su madre en la frente. Volvió a salir, abrió el portón con cautela y aguzó los oídos, el pueblo estaba en silencio. Se preguntó quién sería la malnacida que había delatado a sus hermanos, no había reconocido la voz. Se sentó junto a la puerta y esperó, se quedó medio dormido hasta que el sonido de un motor que se alejaba le despertó. No podía dilucidar si los civiles se iban con o sin presa, se enteraría al día siguiente, eso era lo bueno y lo malo de los pueblos, no había secretos, y como estaba muerto de frío decidió entrar en la casa y tratar de descansar, nada más podía hacer aquella noche.

Al día siguiente, la familia de Carmen fue a misa de doce como todos los domingos, era casi obligatorio para que nadie te mirara mal. A la salida, Leandro se hizo el encontradizo, saludó y al estrechar la mano de Marcial dejó en ella una nota, le preguntaron cómo se encontraba y se despidieron, sabían que estaban demasiado expuestos.

—Al cementerio voy, a visitar a los míos —elevó un poco la voz.

Algunos vecinos bajaron la vista y otros miraron con lástima a aquel hombretón que cada domingo se acercaba al cementerio para limpiar las lápidas y charlar un rato con los suyos.

Ya en la seguridad de su hogar, Marcial entregó la misiva a su mujer que la leyó en alto. Era una breve nota escrita con un carboncillo y una letra mal formada.

todos estan asalbo.

La familia respiró aliviada.

Por la tarde, Carmen entró en la cocina y descubrió a Paz inclinada sobre una hoja de papel con un lápiz en la mano, con un gesto de absoluta concentración, sacaba media lengua y repetía para sus adentros las palabras que estaba escribiendo.

—¿Tareas para la señorita Florencia? —preguntó entrando con un puñado de ropa entre

los brazos.
—No, es una carta para mi madre —contestó levantando la cabeza un instante.
—¿Y qué le cuentas?
—¿Se la mandarás cuando puedas? —. Su abuela sintió una punzada de tristeza, comprendía la tristeza de la niña, pero no sabía qué decir para que no se sintiera abandonada.
—No pudo recogerte, cariño, pero lo intentó, te lo aseguro. Te quiere muchísimo y seguro que volverá a por ti, te prometo que en cuanto sepa dónde anda, se la mando.
La pequeña, satisfecha, volvió a enfrascarse en su tarea.
—¿No me has dicho que le cuentas? —insistió con gesto cariñoso Carmen.
—No te va a gustar —replicó sin levantar los ojos del papel.
La buena mujer pensó que sería una lista de reproches.
—Seguro que no es tan malo.
Paz dejó el lápiz sobre la hoja y giró la cabeza hacia su abuela, puso un mohín reflexivo y suspiró.
—Le estoy diciendo que no quiero que vuelva, que ya tiene dos hijos y que tú no tienes ninguno pequeño y que yo te ayudo. Le digo que estoy muy contenta y que el pueblo me gusta mucho. ¡Ah! y también que el tío Manuel es como un padre.
Carmen se quedó de piedra, parada en el centro de la cocina con la ropa en suspenso, sin saber qué decir. La niña clavaba sus inmensos ojos verdes esperando su reacción, su enfado, pero no se produjo. Era tan complicado abrazar y regañar a la vez que no supo cómo reaccionar. Todos estaban abatidos, compungidos y paradójicamente ella se sentía feliz de que su madre no hubiera llegado para llevársela. No supo si era alivio lo que contra natura sintió, pero una leve sonrisa se formó, contra su voluntad, en la comisura de sus labios.

46

Manuel y Paola dejaron el pueblo una madrugada de finales de octubre. Pronto abandonaron la carretera y se internaron en los campos en busca de refugio, probablemente toda la guardia civil de la zona les estuviera buscando en esos momentos y era muy peligroso no poner kilómetros por medio. Caminaban mimetizados en las sombras y al más leve sonido se escondían rápidamente para comprobar que nadie les perseguía. La suerte y la decisión de abandonar su propósito fueron su salvación porque nadie pensó que una madre no volviera en buscar de su hija, que no intentara una vez más, de algún modo, recuperarla, y centraron todos sus esfuerzos en peinar las inmediaciones del pueblo y vigilar la casa de los padres de Paola, mientras ellos, vencidos, se alejaban lo más rápido que podían.

Paola se mantenía en el mismo obstinado silencio con el que dejó a su hermano, al que dedicó sus últimas y cariñosas palabras. Sabían que los guardias subirían a la cabaña, si no aquella noche, a la siguiente, por lo que dejaron a Leandro y a José planeando su escondite. Después de eso, no había vuelto a abrir la boca, estaba ofuscada, se sentía maltratada por el mundo y ni siquiera era consciente de con quien caminaba ni hacia dónde iba. Todo a su alrededor era odioso, las tierras que transitaban, los árboles que dejaban atrás, el viento y el frío, todo despertaba en ella un rechazo atávico, una ira consistente.

En su mente solo una idea, la derrota; sólo un sentimiento, la pena; sólo un objetivo, recuperar a su hija lo antes posible.

Caminaron todo aquel día sin incidentes, evitando poblaciones y personas, de momento llevaban las provisiones que les había facilitado Leandro. Cuando cayó la noche, Manuel comenzó a buscar un lugar en el que refugiarse para dormir un poco, Paola le seguía de un lado a otro como un autómata, sin voluntad, y por fin, en lo alto de un repecho vislumbraron una vieja ermita en ruinas. Tenía casi todo el techo hundido, pero había un par de bancos de madera tosca que estaban en buenas condiciones en un rincón en el que las vigas aún no habían cedido. El miliciano, como buen soldado, inspeccionó el lugar y los alrededores y no encontró nada sospechoso, corrió los bancos contra la pared y dejó las cosas apoyadas sobre ellos.

La noche era fría, las nubes habían ido compactándose a lo largo del día y el cielo carecía de estrellas, tampoco había luna, lo que hacía que la oscuridad fuera total. Sacaron un poco de pan, queso y cebollas y cenaron en silencio. Los sonidos de las sombras reverberaban en las palabras que no se estaban pronunciando, llenando de incomodidad a Manuel y de una angustia desconocida que atenazaba sus entrañas. El miedo que no sentía por su suerte, lo sentía por aquel terco mutismo. Ni siquiera se atrevió a curarle las heridas.

Se tumbó en el banco mirando al techo y puso las manos sobre la nuca. Las telarañas y los nidos abandonados competían por el espacio. A su lado Paola se acostó también, pero de lado, dándole la espalda. Manuel se sintió cobarde y por un instante tuvo el deseo de huir, ya había perdido la batalla con aquella mujer una vez y no quería volver a sentir ese sufrimiento de nuevo, pero en contra de lo que deseaba, se quedó allí, ahogado en la zozobra de un sinsentido que no era capaz de entender. Estaba decepcionado, parecía que ella le hubiera convertido en culpable de todas las desgracias de su existencia, cuando había dedicado todos sus esfuerzos a protegerla, ayudarla y a tratar de comprenderla.

Perdido en estos desdichados pensamientos estaba, cuando ella se giró y le miró.

—A veces soy injusta contigo —dijo—. Afeo a mi hermano un comportamiento que también tengo yo, quizá por eso me da tanta rabia

Y sus palabras, después de horas de silencio pertinaz, atronaron el espacio.

El miliciano siguió mirando al tejado, la angustia que se agarraba a sus entrañas no cedía y no tenía ni las fuerzas ni las ganas necesarias para hablar. Temía que todo fuera a peor, que las palabras se enzarzaran en reproches y los reproches caminaran hacia el rencor.

—Tú no tienes la culpa de nada —continuó—. Tú no dejaste marchar a tu hija, ni te empeñaste en ir a buscarla sin pensar en las consecuencias, tú lo único que has hecho todo

este tiempo ha sido cuidarme, darme buenos consejos y ser mucho más prudente que yo. Y, sin embargo, la ira que arrastro, el odio que me ahoga, lo pago contigo. Espero que sepas perdonarme.

El silencio se instaló de nuevo entre ellos, Paola esperaba una respuesta que no llegaba y comenzó a temer que hubiera rebasado el límite de la paciencia de su amigo. ¿Qué haría si él decidía largarse? Nunca se lo había planteado porque había dado por supuesto que siempre estaría allí, que nunca fallaría. Desechó este pensamiento, no se iba a arredrar por nadie, aún la ira le daba fuerzas, haría lo que siempre había hecho, seguir adelante. Pero sin él… y un calor surgido del fondo de su alma invadió su cuerpo llenándolo de pesar.

—¿No vas a decir nada? ¿Te estás vengando? —le comía la impaciencia.

—Me faltan las fuerzas —dijo al fin—. Yo también quería que las cosas salieran de otra manera, también hubiera deseado que en este momento camináramos junto a tu hija, pero casi nunca conseguimos lo que queremos y en eso soy especialista.

—Lo siento —insistió—. ¡Es que estoy tan decepcionada!

—¿Qué somos? —preguntó de repente el miliciano.

—¿Qué somos, de qué? —lo miró extrañada, no entendía lo que le quería decir.

—Camino a tu lado, te cuido, me preocupo. Cuando te esperaba y no llegabas creí morir, hubiera salido en tu busca sin pensarlo ni un instante si aquel zagalillo no hubiera venido a avisarme. Me dejaría morir si con ello consiguiera tu felicidad, me dejaría morir, literalmente por ti.

Manuel no se había movido, seguía con los ojos fijos en las vigas, más allá, en un cielo cuyas estrellas se habían negado a salir.

—Pero hoy, en este silencio eterno del camino, al que me has condenado no sé muy bien por qué, me he hecho mil preguntas y la más importante es esa. Yo sé lo que eres para mí, no tengo dudas porque lo eres todo, pero quizás me estoy confundiendo, quizás esta aventura deba acabar cuando estés a salvo, cuando mi deber se haya cumplido —concluyó exhausto.

—¿Soy un deber? —Paola encontró el medio de desviar la conversación, se incorporó y se sujetó la cabeza con la mano para mirarle.

—No lo sé, dímelo tú.

—¿Yo? No te entiendo. Si soy o no un deber para ti es cosa tuya.

—No cariño, te equivocas, no sé cuál es mi sitio, tal vez porque mi corazón no sabe hacerlo de otro modo, siento que debo ponerte a salvo. Pero quiero más, mucho más. No deseo volver a convertirme en el amigo que escucha tus secretos, el que acompaña tus penas, el que te verá desaparecer del brazo de otro. Yo…

Manuel calló, tenía un enorme nudo en la garganta y le costaba explicarse. Ella, con la cabeza apoyada en la mano, le observaba en la oscuridad, tomó aire, se incorporó y cogió sus piernas con los brazos. Él, sin moverse, buscó las fuerzas necesarias para seguir.

—Yo te amo, te he amado desde el primer día que te vi y sé que puede sonar a folletín, pensarás que las personas no pueden enamorarse con un sólo vistazo, pero a mí me ocurrió y cuanto más te conocía, más me enamoraba. Y qué mayor prueba de amor que estar aquí, después de tantos años, con el sentimiento intacto, igual de hiriente, igual de maravilloso. Después de que te fueras con Adrián, de que formaras una familia, de que lo perdieras, después de todo eso, del dolor que sentí por tu marcha y la alegría por el reencuentro, mi amor sigue ahí, en el mismo punto en el que ha estado siempre, a la espera de ti. Pero si voy a convertirme en el amigo quiero saberlo porque quiero estar preparado para la despedida.

Manuel dejó de hablar. Su espíritu había quedado en paz, era una deuda cuyo pago se debía a sí mismo desde hacía ya demasiado tiempo. Suspiró y cerró los ojos. Un alivio que llegaba de sus entrañas le envolvió y le liberó de todos aquellos años de secretos a medias, de conversaciones incompletas, su amor se había convertido en transparente y eso le hacía sentirse bien.

Paola a su lado se balanceaba, no había calibrado la magnitud de su egoísta actitud. Llevaba años disponiendo, luchando, sobreviviendo y se había acostumbrado a ser ella y solamente ella la que decidía sobre el destino de los demás, siempre hablando de sí misma, siempre hablando de sus ausencias, de sus faltas, de sus tristezas. Reconoció que Manuel se había convertido en la roca que sujetaba su mundo cuando éste se tambaleaba, pero las rocas son

eso, materia sin vida y en su certeza no pensó en el sufrimiento de aquel hombre al que ella alimentaba de migajas.

Se dio la vuelta y le observó, con los ojos cerrados parecía haber quedado en paz consigo mismo y un impulso que no controló, provocado por el miedo de perderlo, la hizo tumbarse junto a él y abrazarlo. Él abrió los ojos sorprendido y la miró, ella le sonrió. Quizás eran innecesarias muchas de las palabras que aún quedaban por decir porque acababan de perder su sentido.

Y por primera vez, fue ella quien se acercó a sus labios y le besó.

Manuel cerró los ojos con fuerza y una lágrima solitaria se precipitó hacia su sien dejando un leve cosquilleo en su cara. Alargó los brazos y rodeó el cuerpo maltratado de su compañera, de su amiga, de la que deseaba que se convirtiera en su mujer.

—¿Qué somos? —volvió a repetir con un hilo de voz que se ahogaba en el miedo a la respuesta.

—¿Unos pecadores?

Manuel negó con la cabeza.

—¿Unos fugitivos?

Volvió a negar componiendo un gesto de fingida impaciencia, le tranquilizaba aquel juego absurdo.

—¿Unos estúpidos?

—Por ahí creo que vas mejor.

—¡Bobo!

Se volvieron a besar y aquel hombre enamorado ya no necesitó más palabras porque sus bocas y sus cuerpos se dijeron todo aquello que se debían desde hacía muchos años. Fue una noche especial porque en un lugar derruido, en unos bancos desvencijados y sucios, bajo un cielo opaco, ateridos de frío, se amaron. Y todo aquello que les rodeaba dejó de existir durante unas horas, los hijos, la guerra, los dolores, Adrián, el mundo desagradable que se esparcía a su alrededor se hizo a un lado durante ese breve periodo de tiempo para darles un respiro, para permitirles rozar la felicidad unos instantes. Manuel pensó que todo en su vida había valido la pena sólo por confluir en ese momento, por sentir lo que le anegaba, por besar aquellos labios que tanto había deseado, acariciar aquella piel y llenarse de ese cuerpo con el que nunca había dejado de soñar.

Durmieron abrazados. Paola no podía creer lo que había pasado, por primera vez los remordimientos no habían hecho acto de presencia, probablemente su corazón había necesitado recorrer un camino desolador, donde el dolor era el único horizonte, en busca de una catarsis que diera origen a otra vida. Nunca dejaría de querer a su marido, siempre estaría en su corazón, en su recuerdo, en su vida. Pero aquella historia tenía un punto y final que ella acababa de escribir y en estas nuevas páginas de su existencia surgía un sentimiento arrebatador por el hombre que, junto a ella, miraba un cielo sin estrellas. A pesar de todo lo que siempre pensó, con sorpresa se tuvo que reconocer que se había vuelto a enamorar.

47

Petra, Pili y los niños llevaban hospedados en Badajoz varios días esperando con ansiedad la llegada de los demás. Les había recomendado no hacer ostentación del dinero que llevaban y las dos hermanas habían elegido una modesta pensión que regentaba una viuda que se había visto obligada a alquilar varias habitaciones de su casa para poder sobrevivir. Se notaba que venía de buena familia por sus modales, por la hechura de sus vestidos ajados y por ese vano intento de que no se notara su pobreza. Sin embargo, todo el edificio se veía deteriorado y las comidas eran escasas e insustanciales. Para hacer las necesidades se tenía que bajar a una especie de jardincillo donde habían levantado con unos tablones viejos un excusado que se atascaba con cierta facilidad pues la canalización al pozo ciego era una chapuza.

Todos los días la extraña familia iba a misa de doce, asistían al oficio con cierta desgana y volvían a la pensión decepcionadas. Era allí, en la iglesia, donde esperaban encontrar a Paola y los demás, en ello habían quedado.

La ciudad estaba atestada de colas por las cartillas de racionamiento, también para coger algo de carbón, pero las hermanas procuraban estar en la calle lo mínimo posible porque los soldados aún permanecían entre la población y no querían tener que dar demasiadas explicaciones de su estancia. Era una zona de contrabando, donde las familias sacaban un sobresueldo cruzando al país vecino y volviendo con productos como harina, café o tabaco, que luego vendían de estraperlo. Estas actividades generaban una tensión constante entre los pacenses y las autoridades en la que nadie pasaba desapercibido. La tristeza, la desconfianza y el miedo campaban por doquier, la guerra había dejado heridas que sangrarían durante muchos años más.

Adrián se aburría todo el día encerrado y no paraba de pedir comida y Carmencita estaba muy preocupada, deseando ver a su madre y comprobar que no le había pasado nada. En el fondo no terminaba de comprender todo lo que ocurría, por qué no habían podido ir todos a recoger a su hermana pequeña y mientras, aquella espera se les hacía eterna.

Paola y Manuel caminaron sin descanso más de una semana hasta llegar a Badajoz. Podrían haber tardado menos si no hubieran tenido que sortear todo aquello que consideraban un peligro. Dejaban a un lado caminos y carreteras y caminaban campo a través siguiendo la dirección que marcaba la vieja brújula del miliciano. Alguna vez se perdieron y muchas se desviaron para evitar poblaciones, ríos o zonas a las que era imposible acceder. Llegaron famélicos, no habían tenido muchas oportunidades de comer en condiciones, pero felices con la esperanza del reencuentro.

En aquella última jornada hacía mucho frío, la lluvia se había presentado sin previo aviso y las sendas se convirtieron en un barrizal.

—¡Lo que nos faltaba! —había rezongado Paola cuando las primeras gotas comenzaron a caer.

—Demos gracias por estar a un paso de la ciudad, al menos no nos ha llovido en todo el recorrido.

Ella le miró de reojo y pensó que últimamente parecía mucho más optimista, sonrió al pensar en los posibles motivos y alargó la mano para enlazarla con la suya. Avistaron el perfil de Badajoz entre la bruma, la lluvia había arreciado y estaban empapados. Apenas eran las nueve de la mañana, demasiado pronto para ir a la iglesia, por lo que decidieron permanecer en un chozo de pastores con el que se toparon a las afueras de la ciudad. No era gran cosa, pero al menos tenía un techo en el que cobijarse, aunque eso sí, con algunas goteras. Se acurrucaron uno junto a otro y esperaron guarecidos a que pasara el tiempo para visitar la Catedral, punto de encuentro con sus vecinas, que debían de haber llegado allí hacía varios días.

Cuando Pili y Petra seguidas de los niños aparecieron por el final de la calle procurando no empaparse, la pareja ya esperaba a las puertas de la basílica. Fue un momento muy frío, los pequeños estaban aleccionados para que se comportaran como si se tratara de un encuentro casual, pero, aun así, Carmencita, con cara de felicidad, se colocó junto a su

madre y no se separó ni un instante durante toda la conversación. Después Manuel se despidió de todos dejando a Paola con los suyos mientras él empezaba a moverse para encontrar la forma de cruzar clandestinamente al país vecino. Pili le previno. En sus conversaciones con la dueña de la pensión había oído hablar de los contrabandistas y de la persecución que sobre ellos pesaba por parte de los carabineros que estaban por toda la frontera. El miliciano agradeció la información y marchó. Los demás se encaminaron a la pensión donde Paola alquiló otra habitación. La propietaria no la miró con muy buenos ojos porque llegaba con un aspecto deplorable, y si no hubiera sido por la mediación de Pili, que había hecho buenas migas con la viuda, probablemente no habría cedido en dar alojamiento a aquella pordiosera.

Pili bajaba muchas tardes con doña Bernardina, así se llamaba la dueña de la posada, a hacer el paripé de tomar café. La señora preparaba una pequeña mesita con unas tazas de primorosa porcelana, un azucarero y una lecherita, pero en realidad, bebían achicoria aguada, el azucarero estaba vacío y manchaban la mezcla con una gota de leche y no todos los días. No hacía Pili ningún comentario sobre aquellas escaseces, se sentaba y escuchaba, de la dama venida a menos, pequeños cotilleos que a nadie importaban. De vez en cuando salía a relucir el tema de la *Raya,* del contrabando, de los exiliados, y entonces doña Bernardina bajaba la voz y era en esos momentos en los que la hermana de Petra ponía más atención en la conversación, tratando de enterarse de cualquier cosa que pudiera serles útil. Para mantener esos encuentros, Pili siempre aparecía con unos dulces que conseguía en la pastelería *La Cubana* a un precio considerable y que suponía eran la excusa para que ambas pasaran el rato. Nunca se sabía hasta qué punto podía ser importante la ayuda de alguien en un lugar desconocido, por eso aguantaba los aires de grandeza de la aquella mujer que ya no tenía donde caerse muerta y que, antes de ponerlos sobre la mesa, miraba con ojos golosos los pasteles de su inquilina.

Y ahí estaba la respuesta a sus esfuerzos, cuando la señora, aun viendo el aspecto sucio y desaliñado de Paola, le permitió coger una habitación.

—Si usted responde por ella, tendré que fiarme, pero entienda que la apariencia de su amiga deja mucho que desear.

—Lo sé, lo sé. Llega de un largo viaje y he creído entender que sufrió un robo, ya sabe cómo andan los caminos de revueltos —y le daba golpecitos en la mano con cara de circunstancia prometiendo bajar por la tarde a tomar café.

Y así Paola pudo alojarse en una ínfima habitación que tenía una cama, una silla, un aguamanil y una diminuta ventana cuyo paisaje era un muro descolorido, pero nada de esto pudo con su ánimo. Se lavó con un agua que estaba helada y un jabón con aroma a rancio que le devolvió la vida, se vistió con ropas limpias de su modesto equipaje que habían cargado las vecinas y sintió el calor volver a su cuerpo. Guardó el hacha debajo de la cama, lo demás lo desechó, ya eran andrajos que no servían de nada. Cuando se estaba desenredando su raquítica melena, llamaron a la puerta.

—Soy yo, Petra —susurró pegada al marco.

Paola abrió y allí estaba su vecina con un cuenco humeante entre las manos.

—Ten, para que se te temple el corazón —la miró de arriba a abajo y pareció dar su conformidad al cambio—. Ya pareces una mujer honrada, aunque se te vea triste.

Durante el trayecto desde la catedral a la posada, Paola había puesto al día a sus vecinas de su fracaso y de las penurias y las tristezas que había sufrido hasta llegar allí. Evidentemente suprimió toda mención de Manuel y su reciente relación, para eso ya habría tiempo más adelante. También les había asegurado que estaba decidida a volver a por la niña en cuanto fuera posible, no queriendo tomar en cuenta la mirada de desaliento que se habían cruzado las dos hermanas.

Cogió el recipiente con la sopa y se sentó en la cama. Petra la siguió.

—No sé cómo lo consigue, pero se ha metido a la estirada esa en un bolsillo.

Paola la miró sin comprender mientras soplaba con fuerza.

—Me refiero a mi hermana. No veas el cariño que le ha cogido doña Bernardina en estos pocos días, le saca lo que quiere, yo creo que es por los pastelillos que le trae. La señora, y lo dijo con retintín, quiere mantener su exquisita educación en la mesa, pero ve los dulces y se le escapan las manos, no se mete todos en la boca porque se ahogaría. Si te lo digo yo…

cuando el hambre aprieta ni educación ni zarandajas.
Paola sonrió y su amiga la miró con curiosidad, lo lógico es que estuviera desolada, pero dentro de la tristeza la encontraba distinta.
—¿Y tú por qué andas tan feliz? Esos ojos…
La muchacha se sonrojó y la vecina ató cabos a toda velocidad.
—Ya lo decía mi madre, el hombre es fuego, la mujer estopa y viene el diablo y sopla.
—¡Petra!
Y se echó a reír mientras su vecina también dejaba en libertad su risa. No habían tenido últimamente cosas por las que alegrarse y aquella simple insinuación rompió la tensión.
Cuando terminó de comer, fue a visitar a sus hijos, su aspecto era muy distinto al de la mujer sucia, desaliñada y empapada de la Catedral, se alegraron mucho de verla y pasaron la tarde charlando de todo y de nada. Paola durmió de un tirón, hacía demasiadas noches que no descansaba en una cama y sus huesos agradecieron la comodidad, pero antes de abandonarse al sueño dedicó un pensamiento a su pequeña y en la soledad de la diminuta habitación, lanzó una promesa a la noche.
—Pronto volveré a por ti.
Sólo restaba esperar que Manuel llegara con buenas noticias.
A la mañana siguiente Pili y Paola fueron a la catedral a misa de doce. Cuando llegaron divisaron al miliciano sentado en un banco lateral de la nave central, oculto en las sombras de aquellos muros centenarios. Estaba encorvado, como si rezara, aunque en realidad lo que doblaba su espalda era la preocupación, el miedo y la intranquilidad por el peligro que iban a correr. Había dejado de llover, pero la temperatura se había desplomado y hacía mucho frío en aquel templo medio lleno de mujeres devotas vestidas de negro con el velo sobre la cara. Asistieron al oficio sentados muy cerca, él delante y ellas detrás, pero no cruzaron una palabra hasta que el sacerdote no acabó y se retiró.
—Tenemos que hablar —dijo Manuel sin volver la cabeza—, pero aquí no. Hay que salir de la ciudad.
Quedaron en verse al caer la tarde en el chozo en el que habían esperado la mañana que llegaron, después abandonaron la iglesia por puertas diferentes simulando que no se conocían.
Ya se iba llenando el camino de sombras cuando Paola apareció envuelta en una gruesa manta que había comprado a los estraperlistas y en su cintura volvía a sentir la seguridad de su sempiterna hacha. Se acercó despacio, con los sentidos alerta, escuchó la noche y sus murmullos y no encontró nada raro, se escondió tras unas enormes piedras, precavida, justo al lado del chozo y esperó un rato más. Al ver que todo parecía normal, se decidió. Estaba a punto de empujar el portón de ramas secas cuando salió Manuel. Se abrazaron e inmediatamente se colaron dentro.
—¡Tenía tantas ganas de verte!
Ella sonrió. Hacía poco más de un día que se habían separado, pero parecía una eternidad. Manuel volvió a abrazarla, la miró a los ojos y la besó. Continuaron besándose con pasión unos instantes y con un suspiro se separaron.
—¡Cuéntame! ¿Qué has averiguado?
El miliciano se colocó un poco más lejos y apoyó la espalda en la pared.
—Al parecer, tal y como nos dijo Pili, la zona está plagada de bandas de contrabandistas muy organizados. Cruzando el río Guadiana llevan y traen las mercancías, pero también hay varios puestos de carabineros en el lado español y de guardiñas en el Portugués.
—¿Tenemos que cruzar un río? —se puso seria.
—Me temo que sí y es bastante ancho, aunque parece ser que hay vados.
—¿Y qué es un vado?
—Pues es una zona donde cubre menos y se puede pasar a pie, pero no deja de ser peligroso y arriesgado, en el agua eres un blanco fácil.
—Yo no sé nadar —. Le tembló la voz.
—Ni yo.
—¿Y los niños? ¿Cómo cruzarán los niños? —la angustia ya había teñido el rostro de la mujer con su manto de impotencia—. No creo que podamos hacerlo, habrá que buscar otro modo.

—Tranquila cariño, primero vamos a ver las posibilidades. Buscar otro lugar es más complicado aún, piensa la dureza del camino que hemos hecho desde tu pueblo, y eso que íbamos tú y yo solos. Ahora imagina que hubiéramos sido todos. Hemos escapado por los pelos en más de una ocasión ¿crees que no llamaríamos la atención tres mujeres, dos niños y un hombre?

Paola tuvo que aceptar que tenía razón. Echarse atrás no era una buena opción, pero pensar en cruzar el río le producía una ansiedad que a duras penas lograba controlar. Si ella no sabía nadar, ¿cómo podría proteger a sus hijos? Trató de serenarse, había que hacerlo, lo que no alcanzaba a comprender era cómo.

—Pero hay otra solución.

La esperanza asomó inmediatamente a sus ojos preocupados y Manuel puso un gesto de disgusto porque ninguna de las alternativas era buena y no quería generar falsas expectativas para luego decepcionarla de nuevo.

—He conseguido hablar con una especie de cabecilla de una de las cuadrillas de contrabandistas. Hubiera sido imposible encontrarlo o que alguien me hubiera ayudado, pero un golpe de suerte ha jugado a nuestro favor, pues cuando empezaba a desesperar y sólo caras de desconfianza y malas palabras devolvían mis preguntas, me he topado con un camarada. Me ha reconocido, me ha saludado y por él, que se dedica a pasar al negocio, he podido contactar con el tal *Lince* que es quien me ha contado lo que te he dicho.

Me ha explicado que es peligroso, no te lo voy a negar, y cuando le he mencionado que viajamos con dos niños, se ha llevado las manos a la cabeza. Sin embargo, su tono ha cambiado cuando le he comentado que podíamos pagar, entonces se ha quedado callado y me ha conducido a una casa en la que me ha presentado a un tal *Manco.* Como ves, nada de nombres.

El Manco es más que un contrabandista, tiene pinta de ladrón y delincuente, pero al parecer organiza pasos del río en algún tipo de embarcación y facilita documentación. No me da buena espina y me fío poco de esa clase de tipos, pero me pareció que era la única posibilidad de cruzar la frontera con un mínimo de garantía. Nos pide una pequeña fortuna.

—¿Aunque no te fíes? ¿Y si nos la juega?

Se tocó la cintura y sacó la pistola.

—Cada uno maneja sus cartas, tú aún tienes el hacha ¿verdad?

Paola asintió.

—¿Y qué te propones con eso? ¿Vas a cruzar disparando y yo a hachazo limpio?

Manuel sonrió con nerviosismo e hizo sonreír a su compañera. En aquellas horas de tensión y duda les permitió relajarse un instante para respirar el optimismo que se había esfumado.

—No, por el amor de Dios —volvió a ponerse serio—. Quiero decir que si las cosas se ponen feas podremos defendernos.

A Paola no le convencía nada ese plan y se quedó pensativa un instante.

—Quería creer que lo peor había pasado, que esto sería más fácil, pero veo que me equivoqué otra vez. ¿A qué locura os he conducido? —se lamentó.

—Si fuéramos sólo nosotros dos, sería sencillo, nos uniríamos a los mochileros y ya está. Pero recuerda que tenemos que pasar a dos niños y a tus vecinas. Pili está más ágil, pero ¿te imaginas a Petra con el agua por el cuello?

—Está bien. ¿Qué propones? —. Comprendió que el miliciano tenía razón, no había otra salida.

El Manco nos pasará de noche en una barcaza, me dará documentación falsa, un guía y una dirección para que nos alojemos los primeros días, una vez allí, con una familia portuguesa, todo ello por un precio escandaloso. He regateado mucho para que pensara que eran todos nuestros ahorros, si ese tipo huele que tenemos mucho más, estamos muertos, nos ahogará él mismo con sus propias manos. Solo se ve codicia en sus ojos.

—¿Ya has hablado de dinero? No había entendido eso ¿Has regateado sin saber si lo iba a aceptar? —se sentía un poco molesta.

—¡No tenemos otra salida, Paola! ¡Qué más quisiera yo! No hubiera negociado jamás con un sujeto como él, desconfía hasta del aire que respira, destila maldad por todos sus poros, pero no hay otra posibilidad. Además, según me ha contado mi camarada, si queremos

cruzar, cuanto antes mejor, el río cada vez baja más crecido y sus aguas están más frías. Me ha prevenido contra el Manco, pero también me ha confesado que es el único que puede hacerlo en toda la comarca en estas fechas.

Paola suspiró profundamente, estaba agotada, en cada nueva prueba que les ponía el destino iba perdiendo poco a poco la vida, las fuerzas y la esperanza. Un río los separaba de la libertad y no sabían nadar, era una paradoja absurda que representaba lo que había sido su vida en los últimos años. Se subirían, sin saber si serían capaces de llegar, en una barca que un tipo del que no se fiaban, les ofrecía, con un guía que no conocían y que probablemente fuera de la misma calaña que su jefe. Llevaban dos niños de los que se tenían que preocupar, una pistola y un hacha para defenderse. Aquello no tenía ni pies ni cabeza, olía a desastre y, sin embargo, era su única salida, ya no podían dar marcha atrás.

—Necesito aire.

Salió al frío de la noche y sintió la brisa gélida acariciar sus mejillas. Perdió su mirada en el infinito y procuró controlar toda la ansiedad que no la había abandonado desde que habían comenzado a hablar. Manuel salió tras ella. Comprendía toda la zozobra que intuía en su corazón, tal vez porque él mismo no confiaba en la suerte. La abrazó por detrás y ella sujetó sus manos.

—No vamos a salir de esta ¿verdad? —su voz sonaba a derrota. Se giró y clavó los ojos en su pareja.

—¡Claro que saldremos! No digas eso, mi amor. No te he encontrado para perderte, eso te lo aseguro.

—Pero no somos invencibles, todo lo contrario, somos tan vulnerables que cualquier cosa puede salir mal. Me aterra pensar que vamos a subirnos a una barca con dos posibles delincuentes para cruzar un río sin saber nadar, con dos criaturas que…

No pudo seguir, apretó los labios para que no le temblaran y se concedió un par de lágrimas rebeldes. Cogió aire y cerró los ojos con fuerza. Después renació como por ensalmo.

—Lo conseguiremos —dijo al fin muy bajito, entre dientes—. No he llegado hasta aquí para rendirme, no he perdido tantas cosas en el camino para rendirme, no he luchado tanto para que cruzar un río me detenga. ¡Lo tenemos que conseguir!

Paola se daba fuerzas verbalizando su frustración, tratando así de conjurar todos sus temores.

Manuel asistía a ese resurgir en silencio, admirando un valor que ella le hacía recuperar también a él. Se había hecho tarde, el frío era intenso y no era seguro volver a la ciudad a aquellas horas. Sin mediar palabra entraron de nuevo al chozo y se cubrieron con la manta y así, abrazados, durmiendo a ratos, llorando a veces para besarse después, pasaron la noche.

A la mañana siguiente volvieron las indecisiones, Paola no quería compartir los peligros a los que se enfrentaban con los demás, no quería ver más sufrimiento, más dudas, no quería dar más explicaciones, pero Manuel consideró que no era justo. Que los niños vivieran en su ignorancia le pareció bien, pero que Petra y Pili caminaran hacia un futuro peligroso e incierto sin tener siquiera la posibilidad de elegir, le resultaba cruel. Así se lo hizo saber a su compañera y ella tuvo que confesarse que tenía razón, pero pidió al miliciano que fuera él el que explicara el plan, ella temía no ser capaz de hacerlo, no poder imprimir a sus palabras suficiente optimismo y añadir más inquietud a la que de por sí ya sufrían.

Las hermanas escucharon a Manuel en silencio, con el semblante serio. Al parecer no iba a ser nada fácil aquel último tramo del viaje, algo que ya habían imaginado. En pocas palabras, les vino a decir que estaban en su derecho de abandonar aquella aventura y que siempre tenían la posibilidad de volver a su casa. Cuando terminó de hablar, las dos se miraron y entre ellas no hicieron falta las palabras.

—Iremos con vosotros —dijeron—. No hemos llegado hasta aquí para dejaros ahora.

Paola les agradeció con una profunda mirada cargada de cariño aquel gesto.

—Y, por cierto —añadió Petra con una sonrisa apagada—, nosotras sí sabemos nadar. Antes de morir, papá nos llevaba al río en verano y allí nos enseñó a no ahogarnos, aunque dudo que en estas circunstancias y con este río tan crecido tenga demasiado valor. Pero no temas, niña, la barca llegará a la otra orilla sin contratiempos, ya lo verás.

Manuel fijó con el Manco la salida para dos noches después, no habría luna y eso les protegería. Aquel sujeto pretendía que pagaran por adelantado, pero él se negó en rotundo, aquello hubiera sido una sentencia, un suicidio acordado, sólo el dinero podría ofrecerles una oportunidad. Después de mucho discutir y de amenazar con no hacer el cruce, el Manco comprendió que aquel sujeto era un hueso duro de roer y que la desesperación no le nublaba las entendederas, por lo que acordaron finalmente pagar un veinticinco por ciento de adelanto y el resto al llegar a la otra orilla.

—Pagarás al guía —le había dicho con cara de pocos amigos—, y no trates de joderme que no sabes con quien te la juegas.

—Lo mismo digo —había respondido el miliciano—. Si tu guía quiere volver, que no me ande tocando los cojones.

Se midieron con la mirada y dejaron zanjado el asunto.

Manuel volvió con el rostro tenso y la preocupación lamiendo sus pasos. Había quedado en reunirse con toda la familia cerca de la catedral para informarles de lo sucedido.

—En la barca irán dos sujetos el guía y el remero. De mí se pueden esperar una respuesta en caso de ataque, de ti no. Si ves cualquier cosa rara, encárgate de el de los remos, procura que estos no se caigan al agua o quedaremos a merced de la corriente, pero si tienes que mandar al tipo al fondo, no lo dudes. Yo estaré pendiente en todo momento del guía, es la mano derecha del Manco y es el que lleva las órdenes, buenas o malas.

—¿Y nosotras? —preguntó Pili.

—Petra que se ocupe de los niños. Mantenlos siempre fuera del alcance del guía, lo más lejos posible. Si coge a uno de ellos y lo lanza al agua lo tenemos todo perdido. Hay que evitar a toda costa que se acerque, ellos son nuestro punto más débil. Y tú, Pili, ayuda según veas la situación.

Paola miraba a Manuel y volvía a ver al soldado ordenando la estrategia a sus tropas. Sintió un profundo temor, intuyó que estaba convencido de que aquellos tipos no jugarían limpio.

—Te oigo dar órdenes y me muero de miedo —dijo Petra de repente con un tono cargado de ingenuidad—. ¿En serio crees que ese hombre va a ser tan malvado como para lanzar a una criatura al agua? ¿Tan insensible como para hacernos daño, aunque vayamos a pagar?

Él la miró con ternura, hay almas en este mundo que ni en los momentos más difíciles son capaces de concebir la maldad humana y envidió esa ingenuidad desconcertante.

—Estoy seguro de que va a intentar algo, he visto muchos individuos de esa calaña en la guerra. Luchan por ellos mismos, por salvar su culo, por enriquecerse lo antes posible, por salirse con la suya en todo momento. Quería que pagáramos por adelantado ¿sabéis lo que hubiera hecho a continuación?

Todos asintieron. Petra los observó angustiada como una niña.

—No bajéis la guardia —continuó—, nuestras mejores bazas son que somos más y que no se esperan que luchemos. Creerán que con neutralizarme a mí todo está hecho y de vosotras se preocuparan muy poco, no saben cuánto se equivocan.

Las últimas palabras las dijo mirando a Paola que, sentada junto a Pili en uno de los bancos de la catedral, reflexionaba sobre aquellas últimas indicaciones mientras se concentraba en el tembloroso movimiento de las velas. Todo estaba preparado.

A la hora convenida llegaron a la margen del río, cada uno llevaba un pequeño hatillo con sus cosas y lo de valor iba repartido entre la bolsa de Manuel, que pagaría el viaje, y la de Carmencita para despistar. Allí los esperaban los hombres del Manco. Se adelantó un tipo enjuto del que apenas veían más que la tea del cigarrillo que se estaba fumando, una mano sarmentosa y una calva incipiente que brillaba grasienta. Se paró frente a Manuel y extendió la mano, el miliciano se la estrechó.

—Soy Matías, el guía. El Manco me ha hablado de tres mujeres, dos niños y tú. —susurró. Tenía una voz rasposa y el aliento le olía a vino.

—Eso es —respondió escueto Manuel.

—Salgamos ya, a estas horas deberían de estar por la zona de arriba.

—¿Quién? —inquirió el miliciano.

—Los carabineros —aclaró el tal Matías.

La barca estaba en el agua, pegada a la orilla, era muy vieja y bastante pequeña para ocho personas y a Manuel le inquietó tener que ir tan pegados. Dentro ya había dos hombres

sentados y uno más la sujetaba a la orilla.
—¡Vamos! ¡Adentro!
—Espera un momento —el miliciano se paró en seco y los demás tras él—. El trato era que nos acompañarían el barquero y el guía, nadie más.
—Pero ya aprovechamos el viaje, es…
—¡No me jodas! Un trato es un trato.
—Pero ¡qué más da, cojones! Tardaremos unos minutos en cruzar a la otra orilla.
—Dile a ese tipo que salga de ahí o la barca no va a ningún sitio —amenazó Manuel.
Matías se encaró y por un momento todos pensaron que estaban a punto de liarse a palos, Paola echó mano a su cintura y Petra atrajo a los niños aterrorizados hacia sí, pero contra todo pronóstico, el guía sonrió de forma lobuna y levantó las manos en señal de paz, claudicaba.
—De acuerdo, de acuerdo. No vamos a discutir por tan poca cosa ¡Santi! Te quedáis para la próxima.
Sin decir una palabra, uno de los dos hombres se levantó y salió con agilidad de la embarcación.
—Ahora —dijo con sorna—, si hacen el favor de subir de una puta vez les estaré muy agradecido. Como sigamos poniendo pegas, nos van a pillar.
Se subieron. La barca se movía peligrosamente mientras se iban sentando, Paola entró temblando, se agarraba fuertemente a la madera y pensaba que volcarían con cada vaivén.
—¿No quieres ponerte aquí, a proa conmigo? Es el lugar más chulo —el guía se dirigía a Adrián al que aquello le parecía una aventura.
—¿Puedo? —preguntó inocentemente mirando a su madre.
—¡Quédate donde estás! —gritó Paola con un toque de histeria que no controló.
El niño que ya hacía ademán de levantarse se sentó de nuevo.
—Joder con la madre… que no me lo voy a comer ¡coño!
Ella miró entonces a Manuel con los ojos incendiados de pánico y él le indicó con un gesto de la mano que se serenara. Apretó su hombro al pasar y se colocó junto al guía.
En aquel medio desconocido, Paola se sentía insegura. De momento sabía que controlaban la situación, pero ella estaba a punto de estallar, había comprobado que las cosas se iban sucediendo tal y como había vaticinado su compañero, lo que quería decir que en un momento u otro intentarían algo, aún no sabía qué, pero algo que los pondría en peligro a todos. Miró a sus hijos y comprobó que Pili y Petra los llevaban bien sujetos.
Comenzaron a moverse. La embarcación se separó lentamente de la orilla empujada por los que allí se quedaban y el remero con cautela comenzó a bogar.
—Y ahora, absoluto silencio —susurró Matías—, cualquier ruido puede llegar muy lejos.
Sólo el chapotear rítmico de los remos se escuchaba mientras se internaban en aquella oscuridad acuosa. Paola temblaba, se agarraba con tanta fuerza al borde de madera, que los nudillos se le pusieron blancos; a la incertidumbre por lo que podía pasar, se unía el terror de que alguno se cayera al agua y que se ahogase sin remedio. Manuel por su parte no quitaba ojo al guía que, de espaldas, miraba distraído la otra orilla en un peligroso silencio. Tenían que avanzar en diagonal porque la corriente los arrastraba, lo que hacía el trayecto más largo.
Estaban ya tan cerca de la otra orilla, que hubo un instante en el que el miliciano se preguntó si sería tan sencillo, si llegarían al otro lado, pagarían y podrían respirar tranquilos, pero no había acabado de conformar ese pensamiento cuando el guía se dio la vuelta y sus ojos brillaron en la oscuridad. En las manos sostenía una enorme navaja que relucía en la penumbra. En ese mismo instante, el otro sujeto dejó los remos colgando y se levantó a su vez, sacando de su cinto su navaja también.
—Fin del trayecto —cantó con sorna Matías—. Salten y no les haremos nada, si mis cálculos no fallan, aquí tocan fondo y podrán, con un poquitín de esfuerzo, llegar a la orilla, pero el equipaje se queda a bordo.
Paola, mientras oía las últimas palabras del guía, agarró el hacha con furia. Como les había presagiado Manuel, los dos hombres se enfrentaban al miliciano sin preocuparse lo más mínimo de las mujeres a las que consideraban inofensivas, entretenidas en cuidar a los niños y morirse de miedo. Manuel parecía sorprendido y no se movió.

—¡Controla este trasto! —gritó el tal Matías y mirando al miliciano le indicó que no se moviera.

La corriente los arrastraba lentamente, el remero se giró, se sentó y volvió a remar para evitar que la barca siguiera su curso. Paola miró la negrura del agua y tragó saliva, estaba aterrorizada, no sabía si sería capaz de superar ese pavor que la paralizaba, ese pánico a caer. Decidió tratar de no pensar más en el agua. Tenía que esperar el momento adecuado. Una vez controlada la embarcación, el remero se levantó de nuevo, miró un instante a las mujeres y a los niños que, sin moverse de su sitio, lo observaban mudos y asustados y se dio la vuelta confiado, tenían que encargarse del hombre, el único elemento peligroso de aquella estúpida familia.

Dio dos pasos tambaleantes y sintió un dolor punzante en la espalda que le obligó a soltar la navaja.

—¿Pero ¿qué…?

No le dio tiempo a terminar la frase cuando Paola volvió a hundir el hacha, esta vez cerca del cuello. Había apuntado a la cabeza, pero entre la oscuridad y el movimiento de la barca, había errado una vez más. El sonido de un hueso al astillarse envolvió la noche y un gemido lo siguió. Cayó de rodillas.

—¡Será hija de puta! ¿Qué has hecho? —exclamó, los ojos desorbitados, las manos tratando de cortar la hemorragia, la voz sin aire.

Las vecinas y los niños estaban horrorizados y Carmencita se refugiaba en el pecho de Pili para no mirar. La barca se balanceaba peligrosamente y se deslizaba corriente abajo.

Matías desconcertado trataba sin éxito de vislumbrar en la oscuridad qué estaba pasando al otro lado de la embarcación, momento que aprovechó Manuel para sacar la pistola, extendió el brazo y le colocó el cañón en la cabeza.

—No sabes en el lío que os estáis metiendo, cabrón, con el Manco no se juega —a pesar de sentir el frío del metal en su cabeza calva, seguía manteniendo el mismo aire de superioridad.

—Como tú has dicho, fin del trayecto —respondió con voz firme, y arrebatándole la navaja de la mano la lanzó al río.

En ese momento, para desconcierto de todos, Matías soltó una carcajada, se tiró al agua antes de que Manuel pudiera reaccionar y desapareció en la oscuridad. El movimiento que produjo en la embarcación al lanzarse hizo perder el equilibrio a Paola, que estaba dispuesta a rematar su tarea con las manos en alto y no pudo evitar acabar en el agua arrastrando en su caída al pequeño Adrián que se había levantado al ver a su madre con el hacha en la mano. Petra intentó con desesperación atraer al niño, pero se le escapó.

Manuel, preocupado, fue hasta la zona donde habían caído y llamó a Paola. La mujer contestó tosiendo, había tragado agua en la caída, pero había conseguido ponerse en pie, el agua apenas le llegaba al pecho.

—¡También ha caído Adrián! —le dijo.

En la barca Petra había recogido el hacha y amenazaba innecesariamente con ella al otro hombre que apenas se movía.

—¡Adrián! —gritó desesperada girándose a un lado y a otro— ¡Adrián!¡Hijo!

Empezó a caminar lo más rápido que le daban las piernas buscando a su alrededor el cuerpo de su pequeño. Petra saltó también y Pili, buscaban con denuedo, contra reloj, sabiendo que un minuto era una eternidad, pero el niño no aparecía.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Aquí! Al final, el crío se ha venido conmigo —susurró una voz cargada de cinismo. Todos se volvieron.

Alguien les llamaba desde el otro lado de la barca y Manuel, maldiciéndose por el descuido, se dio la vuelta y pudo ver el perfil de Matías contra la noche. Adrián en sus brazos.

—Si seguís armando ruido tendremos aquí a todos los guardiñas portugueses, y esos se andan con pocas gaitas.

Paola había escuchado desde el agua a Matías y caminaba a favor de la corriente rodeando la embarcación mientras los demás la sostenían para que no se deslizara sin gobierno.

—¡Dame al niño! —ordenó Manuel.

—No estás en posición de hacer muchos tratos ¿eh? Yo te propongo uno.

La barca se movía por efecto de la corriente, aunque desde el fondo trataban de sostenerla.

—Te escucho —concedió mientras su mente trabajaba a destajo buscando una solución.
—Primero te recomiendo que dejes la pistola en el banco, son muy peligrosas y la oscuridad no ayuda, podría haber un trágico accidente, y después claves el remo para que no nos alejemos más.
El miliciano sacó la pala del escálamo y la clavó en el fondo con fuerza. Sintió la energía del agua tratando de llevarse la barca, pero estaban tan cerca de la orilla que pudo sujetarla con ambas manos.
— El trato es que saltes al agua tú también, yo me suba y después te lanzo al niño. Lo mismo que antes, pero más peligroso, tal y como habéis decidido. ¡Ah! y quiero ver las manos a la loca de tu mujer en todo momento.
Estaba claro a quién se refería. Una vez que la barca se frenó, ella salió por detrás y sujetándose avanzó hacia el lado en el que estaba el guía.
—No le hagas daño, te lo suplico —el llanto apenas la dejaba hablar— es sólo un niño.
Matías sonrió y avanzó hacia ella. Adrián aterrorizado se agarraba a su cuello con firmeza y llamaba a su madre muy bajito.
—Reconozco que tienes cojones, pero …
Separó al niño y lo sostuvo por el abrigo, el crío intentó gritar, pero la corriente lo convirtió en un muñeco que sólo podía tragar agua. Paola lo oía toser y suplicaba. Por fin lo volvió a sujetar y lo sacó del agua medio asfixiado.
—La próxima vez lo suelto y dudo que volváis a verlo. ¡Te he dicho que bajes! —ordenó a Manuel que aún se amarraba al remo.
Paola lo miró suplicante y él saltó sujetando la barca.
—¡Todos a la orilla! —ordenó de nuevo—. Bueno, todos menos esa que va a seguir controlando que la barca no se mueva hasta que me suba y cuidado con intentar cualquier cosa o mando al niño al infierno.
Y señaló a Petra que, al ser más bajita, tenía más dificultades para avanzar.
—¡Por favor! Deme al niño, por favor. Ya tiene lo que quiere —seguía sollozando y suplicando Paola.
—¡He dicho que a la orilla!
Pili la cogió de los hombros y junto con Manuel caminaron con cierta dificultad hacia la ribera que era un mar de matorrales. Se pararon y se volvieron justo en el momento que Matías lanzaba al niño, sin ningún miramiento, dentro de la barca, la sujetaba e indicaba a Petra que se largara.
—¿Y Carmencita? —gritó de pronto Paola— ¿Y mi hija? ¿Dónde está?
La niña seguía a bordo de la embarcación, con todo el jaleo nadie se había acordado de ella. Su madre cayó de rodillas en el agua y comenzó a dar puñetazos a la nada.
—¿No se tiró con vosotras a por Adrián? —preguntó Manuel angustiado entre los gemidos de aquella madre desesperada y sola.
Nadie pudo contestar.
Matías ya estaba encaramándose a la embarcación cuando sonó el disparo. Nadie más que Carmencita pudo verlo porque en sus manos estaba la pistola del miliciano. La bala le entró por la frente y el hombre, perdiendo la fuerza en los brazos, cayó hacia atrás y se perdió en la oscuridad de la corriente. Después la niña soltó el arma, que se estrelló contra la madera haciendo un ruido hueco, y llamó a su madre. Manuel, que había visto a Matías caer, sin comprender qué había ocurrido, salió corriendo hacia el centro del caudal, no podía permitir que la corriente arrastrara a los dos niños que aún permanecían dentro. Paola corría tras él, pero avanzaba más despacio a pesar de sus esfuerzos. Petra no llegaba. Cada vez les cubría más, el agua les llegaba por la cintura y para su desesperación, lentamente la barca se iba deslizando río abajo.
No lo conseguirían, Paola no sabía cómo continuar, el agua le llegaba al pecho y le impedía caminar. Aun así, con los dientes apretados, hundiéndose en el fango del fondo, no se rendía. Manuel también lo intentaba, pero sin convicción, sabía que habían perdido la partida.
—¡Mamá! — oyeron gritar a la niña cada vez más lejos.
Paola se paró, no podía seguir o perdería pie y el agua la arrastraría. Quiso morir en ese instante y por su mente vagó la dulce idea de dejarse ir, de terminar definitivamente de una

vez con aquella angustia de vida. Pero no lo hizo, volvió sobre sus pasos con resignación. Manuel giró y se acercó más a la orilla para seguir avanzando, no quería perderlos de vista, pero ni siquiera alcanzaba a verlos en la oscuridad de aquel río que los devoraba.

48

Hay ocasiones en las que el destino desde su más remota ubicación se despista y de tanto imponer dificultades, sin ton ni son, a desafortunados corazones, se excede. Y es en esas ocasiones en las que, en el último momento, en el límite de las fuerzas, se ve en la obligación de rectificar. Aquel no tenía que ser el aciago día en el que dos inocentes perdieran la vida, no era el momento en el que Paola habría de ahogarse en la pena, no era tiempo de tensar más su resistencia. Y debieron ser los hados los que, bajando la guardia, les dieron un respiro. O quizá ese ángel de la guarda del que la abuela Carmen siempre hablaba, el mismo que extendía su manto para que al caer, los niños no se hicieran daño.

La barca continuaba su rumbo con los pequeños que lloraban abrazados dentro. Seguían a la deriva, cuando en un recodo, la embarcación se quedó atorada en la maleza que se acumulaba alrededor del tronco de un árbol caído. Chocaron y los pequeños se precipitaron golpeándose contra la madera del banco. A pesar de las embestidas de la corriente, como si una mano protectora sujetara el bote, este no acababa de liberarse ni de volcar. Manuel seguía su carrera agónica por la orilla, ciego, chapoteando en el agua, sin pararse a pensar el peligro de toparse con los guardias portugueses. No quería asumir la derrota, se negaba a aceptar la tragedia que se cernía sobre ellos y tenía que seguir avanzando hasta su último aliento y entonces lo vio. El corazón le dio un vuelco y se salió aún más del agua para llegar más rápido hasta el tronco caído. Sentía sus piernas ateridas por el frío, pero siguió marchando por la orilla hasta que rozó las cuadernas de madera empapada y sucia. Carmencita se sujetaba a las ramas del árbol en un intento infantil de que la embarcación no siguiera su curso y Adrián a su lado se aferraba a sus faldas con la inocente convicción de que ayudaba a su hermana. En el suelo, inconsciente o quizá muerto, el remero.

Sin pensarlo un instante les pidió que saltaran, la niña soltó las ramas y empujó a su hermano que se lanzó primero. El miliciano se lo colocó en la cadera y le ordenó que se agarrara bien fuerte. Después saltó ella, la atrapó en el aire y la abrazó con fuerza, tal vez demasiada, pero no podía concebir mayor felicidad que tener en sus brazos a los dos niños, a los hijos de Paola, evitando el trágico final que les reservaba aquel ataúd flotante. Los depositó a salvo en la orilla y después sacó los hatillos y la pistola. La embarcación se iba lentamente desgajando de su celda de ramas, como si ya no fuera necesario permanecer más allí. Entonces iniciaron el regreso, un regreso que se les hizo eterno, nunca hubiera pensado el miliciano todo lo que había corrido por la orilla, estaban muertos de frío, pero a salvo.

Cuando apareció con Carmencita de la mano y Adrián en brazos, Paola ya no sentía, no veía nada, de rodillas en el agua sollozaba destruida. Ni siquiera había intentado levantarse ni llegar hasta donde sus vecinas esperaban intranquilas, simplemente se abrazaba a sí misma y se mecía en la corriente, a veces maldiciendo, a veces suplicando.

—¡Mamá! —llamó la niña al verla.

La mujer levantó la cabeza desorientada, entre las lágrimas no era capaz de distinguir nada. Trató de localizar la voz de su hija en la oscuridad, asegurarse de que no era un engaño maldito de su mente, otro recodo cruel de su vida y cuando definitivamente comprobó que era real, que eran sus hijos, se incorporó de un salto y chorreando, corrió hacia ellos. Carmencita se soltó de la mano Manuel y también corrió hacia su madre. Se fundieron en un abrazo imposible de describir en el que Paola, deshecha en llanto, trataba de comprobar si la niña estaba bien. Después llegó Manuel y le puso en los brazos a Adrián que temblaba de frío y miedo. Se aferró a su cuello y se acurrucó sin decir nada.

—Gracias —acertó a decir entre lágrimas de alivio.

Volvieron a encontrarse con Petra y Pili que esperaban impacientes y preocupadas sin saber qué hacer y que se sintieron felices de ver a los niños sanos y salvos. Salieron todos de la maleza y dejaron el río atrás. Estaban ateridos, empapados y agotados, con el susto aún corriendo por sus venas. Caminaron por el campo un buen trecho, aún asustados, pensando que con la que habían liado no se explicaban cómo no les habían oído los

guardias portugueses, tal vez había sido su día de suerte. Cuando por fin creyeron estar a salvo, se pusieron ropa seca y continuaron su camino. Una hora más tarde, aproximadamente, divisaron el perfil negruzco de unas casas a lo lejos, a su alrededor luces intermitentes que se movían en la oscuridad.

Se acercaron con prudencia y se escondieron en las sombras. Eran los mochileros haciendo su trabajo, los contrabandistas que esa misma noche volverían a cruzar el río cargados de productos, sería su sustento, lo que les permitiría sobrevivir en aquellos días de miseria. Manuel dejó a todos escondidos en la oscuridad y se acercó a las casas. Un idioma extraño y cantarín lo saludó, pero no entendía nada. Los mochileros llenaban sus bolsas, negociaban y se iban, hablaban bajito y se entendían por señas.

Cuando apareció el miliciano surgido de la noche, todo se paró, las miradas confluyeron en aquel extraño y un hombre de mediana edad, patillas exageradas y prominente barriga, con una escopeta en la mano salió de entre todos los que allí se agolpaban y le preguntó algo que no entendió.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —volvió a preguntar, pero esta vez en un castellano cuyas vocales tintineaban con el mismo son del idioma que había escuchado al llegar.

—Me llamo Manuel, vengo de España, he cruzado el río esta noche con mi familia y necesito un lugar donde dormir.

—Manoel… belo nome —dijo moviendo la cabeza como si afirmara. Le miró con fijeza y no supo por qué, pero le creyó.

El sujeto bajó la escopeta e hizo un gesto con la mano para que le siguiera, la maquinaria del contrabando volvió a ponerse en marcha sin reparar más en aquel extraño.

Entraron en un diminuto chamizo que aparentaba ser un almacén y allí, lejos de oídos indiscretos, el portugués le interrogó. Le preguntó de dónde venía, cuántos eran, cómo habían cruzado, qué buscaba. Manuel trató de ser sincero, pero no mencionó el episodio de la barca y cuando le dijo que querían quedarse a vivir en Portugal a la espera de que mejorasen las cosas en España, el lusitano se rio. Su gobierno — le comentó— no estaba muy dispuesto a soportar exiliados, de hecho, era aliado y amigo del régimen del dictador.

—Sólo hay una posibilidad de que os dejen vivir en paz.

Manuel lo interrogó con la mirada.

—¡Pues qué va a ser! —volvió a reír— ¡El dinero! ¿Tenéis dinero?

Manuel dudó.

—Algo —dijo al fin—, pero siempre podemos trabajar.

El portugués le observó un instante con socarronería, era capaz de leer más allá de las palabras y los silencios hablaban por sí solos.

—Los exiliados que llegan aquí terminan en Lisboa tratando de coger un barco para México. No sois muy bien recibidos, unas veces os deportan, otras os encarcelan y pocas os consienten. El dinero es el que lo consigue todo, si lo tienes comprarás voluntades, si no, te pudrirás en tu tierra o en la mía, eso da igual.

—¿Y cuánto costaría comprar esas voluntades? —tanteó Manuel.

—Bastante. ¿Cuántos has dicho que sois?

—Cuatro adultos y dos niños.

El portugués se secó las comisuras de los labios y después se acarició la barba.

—Puede ser una cantidad importante, ahora mismo no te podría decir, pero tengo amigos que quizá…

Los siguientes meses fueron complicados para la familia. Sebastian, el portugués, había intuido con acierto que aquellos extranjeros tenían recursos y como buen comerciante quiso sacar su buena tajada del negocio. Les alojó, por una módica cantidad, en una casa que tenía a unos kilómetros de allí, un paraje boscoso y solitario al que no se acercaban ni los cuervos, y mientras, se encargó de mover los hilos de la corrupción, buscando la solución más adecuada a aquella atípica familia a la que poco a poco fue cogiendo cariño.

En aquellos parajes los días fueron pasando monótonos pero tranquilos, sin el miedo que les perseguía desde hacía tanto tiempo. Una vez a la semana, la esposa de Sebastián, una mujerona cantarina que no hablaba una palabra de español, les subía provisiones y les contaba un montón de cosas que ellos no entendían. Preparaba café, un café denso y exquisito propio de la zona y se sentaba a la mesa de la cocina a charlar en un monólogo

absurdo del que nadie se enteraba.

Manuel y Paola ya no escondían su amor y disfrutaban cada noche de la paz de estar juntos, de dormir juntos, de disfrutar juntos, de sentirse a salvo.

Cuando llegaron los papeles legalizando su situación, todo se volvió más fácil, habían pagado una auténtica fortuna, pero valió la pena. Se mudaron a un pequeño pueblo y se convirtieron en un matrimonio con dos hijos que se camufló entre sus habitantes, unas gentes humildes que los acogieron con hospitalidad. Petra y Pili vivían en su propia casa como las hermanas que eran y volvieron a ser vecinas de Paola, ya nadie los incomodó jamás.

Manuel comenzó a trabajar de chófer del hombre más rico de la zona, Don Joao, que había comprado un coche que no sabía manejar y al enterarse de que *el español conducía* , no dudó en contratarle. Se paseaba por el pueblo para que todos le miraran e iba a Évora a solucionar sus negocios, siempre pagado de sí mismo. Pero a Manuel poco le importaba, la felicidad que le proporcionaba vivir a salvo y a la vista de todos con la mujer de su vida era mayor que nada que pudiera alterar este mundo.

Paola, en cambio, no podía alcanzar la felicidad completa, le faltaba su hija, la pequeña, esa que no pudo recoger aquel aciago día. Quería creer que las cosas serían más sencillas para volver a por ella, pero nada más lejano a la realidad. Había escrito a su familia tratando de explicarles de forma críptica lo que había sucedido, pero no recibió respuesta. Lo intentó varias veces, pero el silencio fue su única contestación. Estaba preocupada por ese mutismo, pero Manuel la convenció de que seguramente la correspondencia no llegara hasta su remoto pueblo, como así era, y dejó de escribir.

La vida siguió su curso, invariable, rutinaria y segura por muchos años. La posibilidad de volver a España se fue complicando a medida que pasaba el tiempo y el miedo a las represalias no acababa de abandonar los corazones. Aunque Paola nunca olvidó a su pequeña, aprendió a convivir con aquella herida y el tiempo mitigó el dolor. En su nueva casa, en su nuevo pueblo, con sus nuevos vecinos dejaron olvidadas las penurias, los miedos, la violencia, las rencillas. Todo quedó abandonado junto al río en el que estuvieron a punto de perderlo todo, en la casa cerrada en cuyo tejado escondieron a Manuel, en el hacha, que ahora colgaba encima de la chimenea de su casa portuguesa, sin uso y sin recuerdo, en las camas bajo las que se ocultaban durante los bombardeos, pero, sobre todo, el mundo de Paola quedó dormido en el patio donde siguieron brotando, como cada primavera, las uvas de las parras.

EPÍLOGO

Las vidas se entretejen en un laberinto sin fin, unas con otras, por unos instantes o por toda la vida, son el destino y las circunstancias los que marcan la pauta, los que convierten a la familia en extraños y a los vecinos en familia.

El reencuentro de Paola con su hija Paz, a la que ella seguía llamando con su mismo nombre, se produjo cuando la joven contaba ya diecisiete años. Fue un encuentro frío, el de dos desconocidas que no se reconocen. Paola dejó a una niña, casi un bebé, y ante ella tenía a una mujer. La joven nunca perdonó a su madre su primer abandono, pero cuando por fin conoció las circunstancias, aunque la disculpó en cierta medida, ya era tarde para afectos. Nunca se sintió su hija, y mira que lo intentó, y Paola, a pesar de que trataba de superarlo, jamás quiso a esa muchacha como amaba a sus otros dos hijos. Lo que había fantaseado su cabeza durante tantos años, soñando con volver a verla, se quedó en eso, una simple fantasía. El tiempo, asesino de dolores y ausencias, había hecho su trabajo. Paola volvió a Madrid cuando falleció Manuel de forma prematura y aunque las vidas de madre e hija transcurrieron paralelas a partir de aquel momento, jamás se sintieron como tales.

Carmencita no quiso volver, toda su vida estaba allí, en Portugal, en el lugar donde se sintió feliz por primera vez tras la guerra. Su novio, un lisboeta fornido, dueño de una ferretería, le pidió matrimonio para que no se fuera del país y ella aceptó. Adrián, sin embargo, acompañó a su madre, juntos abrieron su antiguo hogar y volvieron a hacer brotar las parras del patio.

Pili y Petra se quedaron en el país vecino, nunca regresaron a su casa de la colonia Mahou, nadie las esperaba y ya estaban muy mayores para aventuras. Aguardaron su vejez juntas, como habían vivido.

Don Marcelino, después de seis años sin dejar de insistir, consiguió un indulto para Pablo, que salió así de la cárcel un gélido día de invierno. Estaba famélico, enfermo y mentalmente destrozado, pero la felicidad de compartir la libertad con los suyos le fue sanando poco a poco, Sonsoles se encargó de ello, le cuidó, le mimó y le amó como en aquellos primeros días de Pamplona, agradecida de que por fin estuviera junto a ella. Contra todo pronóstico, todos sus hijos se encontraban bien. Agustín nunca salió de Francia y allí se casó con una judía alemana a la que escondió de los nazis. Para Pablo, aquellas Navidades fueron las más felices de su vida, el primer nieto estaba en camino.

Carmen y Marcial educaron a su nieta con todo el amor del que fueron capaces. Manuel se casó en el pueblo con Mariana, la sobrina de los maestros. La familia de la muchacha no estaba de acuerdo con aquella relación, el labrador les parecía poco para ella, pero la pelirroja era de armas tomar y después de mucho tira y afloja, los padres decidieron que era mejor tenerla casada que trotando desbocada por el mundo. Se quedaron a vivir en el pueblo como Manuel había prometido a la pequeña Paz y compraron a Leandro la casa del molino de la que irremediablemente se enamoró Mariana. El fallecimiento de Marcial supuso un duro golpe para toda la familia y Carmen envejeció de golpe. La vuelta de Paola a Madrid precipitó la marcha de Paz a la capital, su abuela no tenía fuerzas para hacerse cargo de ella y aunque la joven le rogó que la dejara quedarse, que quería cuidarla y protegerla, Carmen supo que no tenía futuro en aquel lugar del que cada vez huían más jóvenes.

José pasó un par de años en las montañas, pero su juventud empezó a pedirle vida. Un día de primavera, harto de la espera y tras despedirse de sus padres, cogió sus cosas y se fue. Carmen lloró su marcha una vez más y sufrió cada instante que pasaba sin noticias suyas. Un año después recibió esa carta tan deseada, era muy larga y en ella le contaba que se había enrolado en un barco rumbo a Argentina, allí se había quedado a trabajar y las cosas parecían irle muy bien. Nunca más volvió a España.

Y mi madre, Paz —Paola para su madre—, también se casó y tuvo hijos. Desde que murió Manuel, mi abuela se vistió de negro y se recluyó en su casa, en su patio con su gallinero que convirtió en invernadero. Era una mujer dura, de pocos sentimentalismos, que te daba un pescozón si se te caía el pan y que se empeñaba en que comiéramos con vino y casera.

Me costaba verla reír y lo que más afecto me provoca eran las exquisitas rosquillas que hacía por mi santo. No recuerdo que fuera cariñosa ni con mis hermanos ni conmigo y creo que, aunque lo intentó, nunca quiso a mi madre como a una hija, posiblemente porque era la viva imagen de su derrota y, por ende, nunca nos vio a nosotros como sus nietos. Siempre había quien lo hiciera mejor. Mis tíos tampoco vieron nunca a mi madre como a una hermana y esa es la pena, pero sobre todo la incomprensión, que ha arrastrado ella toda su vida.

Hoy es la misa de funeral por Paola, una misa por la que nunca consideré a mi abuela, ni siquiera nos avisaron de su muerte, ni siquiera mi madre pudo despedirse. Sin embargo, necesita ir y veo en sus ojos verdes a la niña que fue, a la niña que se sintió abandonada, a la que tuvo abuela en vez de madre, la que sobrevivió a los vientos de ira, la misma que quiere que la acompañe, y es solo por ella por quien lo haré.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela, segunda parte de Zapatos de lluvia, surge de la íntima necesidad de dar voz a los olvidados, de plasmar un recuerdo hilado a base de sentimientos, de atrapar y dar forma a todas esas historias que escuché durante mi niñez.

Agradezco, en primer lugar, a mis padres, que desgraciadamente ya no están, las interminables sobremesas en las que cualquiera podía decir lo que quisiera y en las que se fueron desgranando partes de su vida que, a pesar del dramatismo del contexto, siempre nos transmitieron ajenas al rencor.

A toda mi familia,

A mis cuñadas, Carmen y Montse, por esos viernes de cervezas y proyectos. No es fácil encajar tan bien en esta familia. A mi cuñado Jorge, casi un hermano, uno de mis primeros lectores. Gracias por tu bondad.

A mis hermanos Raquel y Jesús, por leerme y recordar… A mi hermano Dani, por sus buenas indicaciones y por ser el artífice de esas maravillosas portadas.

A mi amigo Ramón, porque sembró las semillas de todo este lío.

A Mijai Novac y Juan León, mis primeros lectores. A Leonardo Bermejo por sus palabras de ánimo y sus siempre acertados comentarios.

A Yolanda Narro, magnífica conversadora, empujón final para que estas letras vieran la luz. Nuestras misiones no defraudan.

A mis hijos, sin duda mi mejor escrito, les debo todo. Marta, torbellino de ideas, la audacia personificada, siempre mi primera lectora, mi brújula, inmenso corazón. Dani, el puerto seguro cuando las tormentas arrecian, él, que entiende de lenguaje marinero, sabe de qué le hablo.

A Laura, casi mi hija, gracias por tu “bautizo” y respaldo en redes sociales. Tu paciencia es infinita, casi tanto como mi ignorancia en esos temas.

A Manuel, mi pareja, que confió en mí antes que yo misma y se lanzó al abismo sin un ápice de duda. Sin ti, sin tu amor, nada de esto habría sido posible.

Por último, mi agradecimiento infinito a ti, lector, que en última instancia es a quién va dirigida esta historia. Espero que haya valido la pena llegar hasta aquí.

La Guerra Civil ha concluido, pero hay muchos para los que esto poco significa, pues una posguerra cruel de hambruna y miseria se cierne sobre el país. Madrid es un vertedero atestado de escombros y miles de ciudadanos se ven obligados a emprender el camino del destierro, una huida hacia la frontera francesa donde improvisados campos de refugiados los esperan con grandes dosis de sufrimiento y odio.

Paola, devastada, no pierde la esperanza de que su marido regrese, se avergüenza de no haber podido cumplir su palabra, pero quiere creer que con su vuelta todo se arreglará. El miedo aguijonea su alma sin compasión y su mundo se va poblando de los fantasmas que una vez conformaron sus días.

¿Qué queda de su mundo? ¿Merece la pena seguir luchando? ¿Reunirá en su desesperación razones suficientes para sobrevivir? Son tiempos de odio, violencia y muerte. Corren tiempos de ira.

MARÍA TERESA MAGDALENA HERRERO

(Madrid 1961) Diplomada en Magisterio, licenciada de Pedagogía e Historia del Arte, ha trabajado como maestra casi cuatro décadas, vocación compartida con su pasión por la lectura y su fascinación por contar historias.

Esta es su segunda novela y desenlace final de *Zapatos de lluvia*, su primer trabajo, publicado en 2021.

9 788409 556458